LÍRAEL



GARTH NIX

UNA HISTORIA DE MAGIA NEGRA

Lectulandia

¿Quién es Lirael? Catorce años han pasado desde que la Abhorsen Sabriel ahyuentara al malvado Kerrigor más allá del noveno portal y ayudara a restaurar al rey Piedra de Toque al trono del Reino Antiguo. Lirael se ha educado entre las clarvis, aunque nunca se ha sentido verdaderamente hija suya. No tiene el don de la clarividencia, derecho de nacimiento de las clarvis, y la muchacha se siente diferente, insegura de su identidad. Acompañada de su fiel amiga, la *Perra Canalla*, y bajo la creciente amenaza de un mal milenario, Lirael debe embarcarse en una misión desesperada. En sus manos está el destino del Reino Antiguo.En esta continuación de Sabriel, obra ganadora del Aurelis Award en Australia, Garth Nix teje una trama fascinante plagada de descubrimientos, peligros y sorpresas.

Lectulandia

Garth Nix

Lirael

Trilogía Abhorsen - II

ePUB v1.0
Zephyr 08.02.12

más libros en lectulandia.com

Para Anna, mi familia y amigos.

PRÓLOGO

Aquel verano hizo un calor muy húmedo y los mosquitos pululaban por todas partes tras abandonar las tierras donde se habían criado, en las orillas pobladas de juncos a los pies del monte Abed. Los pajarillos de ojos brillantes descendían en picado entre las nubes de insectos y comían hasta hartarse. Más arriba, las aves de presa volaban en círculo para devorar, a su vez, a los pajarillos.

Había un lugar cerca del lago Rojo donde no llegaban los mosquitos ni los pájaros, donde no crecía la hierba ni ningún ser vivo. Una colina baja, a poco más de tres kilómetros de la orilla oriental. Un montículo de tierra y piedras compactadas, una zona inhóspita y extraña, rodeada de pastizales y de los verdes bosques que trepaban las colinas cercanas.

El montículo carecía de nombre. Si en algún mapa del Reino Antiguo lo había tenido, ese mapa ya no existía. En otra época, las granjas que había por aquella zona siempre estaban separadas por una distancia no menor a una legua. Y la gente que había vivido allí no osaba siquiera dirigir la vista hacia aquella extraña colina y mucho menos hablar de ella. El pueblo más cercano ahora era Borde, una precaria aldea que, pese a no haber vivido días de fortuna, seguía albergando la esperanza de que llegasen. La gente del pueblo de Borde sabía que lo más sensato era no acercarse a la orilla oriental del lago Rojo. Hasta los animales del bosque y la pradera evitaban acercarse al montículo, el instinto los mantenía alejados de cuantos se encaminaban hacia aquel lugar.

Como el hombre que estaba de pie en las lindes del bosque, donde las colinas se fundían con la lisa orilla del lago. Un hombre delgado, de cabellos ralos, enfundado en un traje armadura de cuero que lo cubría entero, de los tobillos a las muñecas. Empuñaba en la izquierda una espada desenvainada, la hoja en equilibrio sobre el hombro. La mano derecha reposaba sobre la bandolera de cuero que llevaba cruzada sobre el pecho. Siete morrales colgaban de la bandolera, el más pequeño no mayor que un pastillero, el más grande, del tamaño de su puño. De los morrales pendían unos mangos de madera. Mangos de negro ébano sobre los que los dedos del hombre se movían como arañas por una pared.

Cualquiera que hubiese estado presente habría sabido que los siete mangos de ébano correspondían a otras tantas campanas y eso, a su vez, le habría permitido identificar al hombre por el oficio, pero no por el nombre. Era un nigromante y llevaba las siete campanas de su oscuro arte.

El hombre bajó la vista, contempló el montículo durante un rato y comprobó que ese día no era él la primera persona que había estado allí. Al menos dos se encontraban en la colina desnuda y en el aire flotaba un calorcillo que sugería la presencia de otros seres menos visibles.

El hombre consideró la posibilidad de aguardar hasta el anochecer, pero sabía que no tenía esa alternativa. No era su primera visita al montículo. En lo más profundo, aprisionado en las entrañas de la tierra, había mucho poder. Había acudido desde el otro extremo del Reino respondiendo a su llamada que lo convocaba ese día del solsticio de verano. Seguía llamándolo en ese preciso momento y no podía hacer otra cosa que responder.

Conservaba algo de orgullo y voluntad como para no echar a correr el último tramo que lo separaba del montículo. Tuvo que emplear todas sus fuerzas, pero cuando sus botas rozaron la tierra desnuda, al pie de la colina, lo hicieron con parsimonia, sin asomo de prisa.

Conocía a una de las personas que había allí, es más, esperaba encontrarla. El anciano, último del linaje que había servido a la cosa agazapada bajo el montículo, hacía de puente entre el poder que la ocultaba a las miradas de las brujas que, desde su cueva de hielo, todo lo veían. El hecho de que el anciano fuese el último y que a su lado no hubiese ningún aprendiz llorón resultaba tranquilizador. Llegaría el momento en que la cosa aquella ya no necesitaría ocultarse bajo tierra.

La otra persona allí presente era desconocida. Se trataba de una mujer, o algo que en otros tiempos había sido una mujer. Llevaba una máscara de bronce deslustrado y las pesadas pieles de los bárbaros del Norte. Innecesarias e incómodas con el calor que hacía... a menos que su propia piel no notara el sol, sino otra cosa. Lucía varios anillos de hueso en las manos cubiertas de guantes de seda.

—Tú eres Hedge —dijo la extraña.

El hombre se mostró sorprendido por la fuerza electrizante que desprendía la voz de aquella mujer. Tal como había sospechado, se trataba de una hechicera de la magia libre, pero era más poderosa de lo que había imaginado. La mujer conocía su nombre, o al menos uno de ellos, el más humilde, el nombre que en los últimos tiempos había usado con mayor frecuencia. Él también era un hechicero de la magia libre, como todos los nigromantes.

—Un siervo de Kerrigor —prosiguió la mujer—. Veo la marca que llevas en la frente, pese a que tu disfraz destila ingenio.

Hedge se encogió de hombros y se tocó la frente, donde llevaba lo que parecía ser una marca del Gremio. Ésta se partió en dos y se le cayó como una costra dejando al descubierto una fea cicatriz que serpenteó debajo de su piel.

—Llevo la marca de Kerrigor —aclaró él sin alterarse—. Pero Kerrigor no está. La Abhorsen lo ató y ha estado preso estos últimos catorce años.

—Ahora me servirás a mí —dijo la mujer con un tono que disuadía de toda protesta—. Dime cómo puedo comulgar con el poder que yace debajo del montículo. Él también se someterá a mi voluntad.

Hedge hizo una reverencia para disimular la sonrisa. ¿Acaso aquella situación no

recordaba la manera en que él había llegado al montículo en los días que precedieron a la caída de Kerrigor?

—Hay una piedra en el lado occidental —dijo él señalando con la espada—. Hazla girar y encontrarás un estrecho túnel subterráneo de abrupta caída. Sigue por el túnel hasta encontrarte con una pesada losa que bloquea el paso. Notarás que la base de la piedra rezuma agua. Prueba el agua y percibirás la fuerza de la que hablas.

No mencionó que el túnel era obra suya, producto de cinco años de trabajo, ni que el agua que rezumaba era la primera señal visible de una lucha por la libertad que llevaba ya más de dos siglos.

La mujer asintió. La delgada línea de pálida piel que bordeaba la máscara no permitía adivinar expresión alguna, como si la cara que se ocultaba tras ella fuese tan fría como el metal. Se volvió entonces para lanzar un hechizo y, por la abertura de la boca de la máscara, con cada palabra salió una nube de humo blanco. Cuando terminó, dos criaturas que habían estado tendidas a sus pies confundiéndose casi con la tierra, se levantaron. Dos seres humanos de una delgadez extrema, cuyas carnes y huesos de fuego azulado fluían como la bruma. Se trataba de seres elementales de la magia libre, a los que los humanos llamaban siseantes.

Hedge los observó con atención y se lamió los labios. Podía ocuparse de uno de ellos, pero no de los dos sin revelar unas fuerzas que, por el momento, prefería mantener ocultas. El anciano no le iba a servir de nada. Seguía ahí sentado, murmurando, haciendo de conducto viviente de una parte de la fuerza oculta bajo la colina.

—Si al anochecer no he vuelto —anunció la mujer—, mis siervos te despedazarán en cuerpo y alma, si llegaras a buscar refugio en la Muerte.

—Esperaré aquí —contestó Hedge acomodándose sobre la tierra pelada.

Ahora que conocía las instrucciones de los siseantes, ya no representaban una amenaza. Dejó la espada, volvió la cabeza hacia el montículo y apoyó la oreja contra el suelo. Alcanzó a oír el susurro constante de la fuerza subterránea que traspasaba todas las capas de tierra y piedra, pese a que sus propios pensamientos y palabras no conseguían penetrar la prisión. Más tarde, si fuera necesario, entraría en el túnel, bebería del agua y abriría la mente para enviar sus pensamientos de vuelta al fondo, a través del hilillo de agua del ancho de un dedo, que había conseguido traspasar las siete defensas mágicas lanzadas tres veces. A través de la plata, el oro y el plomo; el serbal, el fresno y el roble y la séptima defensa de hueso.

Hedge no se molestó en ver cómo se alejaba la mujer, ni se movió cuando oyó rodar la enorme piedra, aunque se trataba de una hazaña que superaba las fuerzas de cualquier hombre normal o de varios hombres normales.

Cuando la mujer regresó, Hedge se encontraba de pie en el centro mismo del montículo mirando en dirección al Sur. Los siseantes estaban cerca, pero no se

movieron al ver que su ama volvía a subir a lo alto. El anciano seguía sentado en el mismo sitio, farfullando hechizos o tonterías, Hedge no logró precisarlo. No se trataba de ninguna magia que él conociera, aunque en la voz del viejo notaba la fuerza de la colina.

—Os serviré —dijo la mujer.

Su voz había perdido todo vestigio de arrogancia aunque no de fuerza. Hedge vio tensarse los músculos del cuello de la mujer cuando ésta pronunció las palabras. Él sonrió y levantó la mano.

—Se han alzado pilares de piedra del Gremio demasiado cerca de la colina. Los destruirás.

—Eso haré —convino la mujer, bajando la cabeza.

—Eras una nigromante —prosiguió Hedge.

En los años pasados, Kerrigor había atraído hacia él a todos los nigromantes del reino y los había convertido en sus subalternos. Algunos seguían vivos, pero esta mujer nunca había sido sierva de Kerrigor.

—Hace mucho de eso —dijo la mujer.

Hedge notó el débil aleteo de la vida en el interior de aquel cuerpo sepultado bajo las pieles encantadas y la máscara de bronce. Aquella bruja era vieja, muy, pero muy vieja, lo cual no constituía una ventaja para una nigromante que debía recorrer el reino de los muertos. El río de frías aguas tenía especial predilección por aquellos que tras eludir sus garras repetidamente habían sobrepasado el límite de años.

—Volverás a empuñar las campanas, vas a necesitar muchos muertos para la tarea que te espera —diciendo esto, Hedge se desabrochó la bandolera y se la pasó con cuidado, tratando de que las campanas no sonaran. Él poseía otro juego de siete, el que le había arrebatado a un nigromante menor aprovechando el caos generado tras la derrota de Kerrigor. Para recuperarlas hubo de correr ciertos riesgos porque estaban guardadas en la zona principal del reino largo tiempo reclamada por el rey y su reina Abhorsen. Sin embargo, no las necesitaba para sus planes inmediatos, además, no podía llevarlas donde tenía intención de ir.

La mujer aceptó las campanas pero no se puso la bandolera. Tendió la mano derecha con la palma hacia arriba. En ella brillaba una chispita, una astilla metálica que despedía un fuego blanco. Hedge tendió a su vez la mano y la astilla saltó sobre ella para instalarse debajo de la piel sin hacerlo sangrar. Hedge se la acercó a la cara y notó la fuerza del metal. Luego cerró despacio los dedos y sonrió.

Aquella esquirla de arcano metal no era para él. Era una semilla, una semilla que se podía sembrar en muchos suelos. Hedge le tenía reservado un lugar especial, una almáciga fértil donde pudiera crecer y dar frutos. Aunque tal vez sería preciso que pasaran muchos años antes de que pudiese sembrarla donde más daño pudiera causar.

—¿Y tú? —inquirió la mujer—. ¿Qué haces?

—Voy al Sur, Chlorr de la Máscara —respondió Hedge, demostrándole así que sabía su nombre y muchas cosas más—. Al sur de Ancelstierre, al otro lado del Muro. Al país donde nací, aunque por espíritu no soy hijo de esas tierras de impotentes. Tengo mucho que hacer allí y en otros lugares. Tendrás noticias mías cuando te necesite. O si recibo noticias que me disgusten.

Se dio media vuelta y se alejó sin pronunciar ni una palabra más. Los amos no suelen despedirse de sus sirvientes.

PRIMERA PARTE

El Reino Antiguo

Decimocuarto año de la restauración del rey Piedra de Toque I

Un cumpleaños fastidioso

Desde lo más profundo del sueño, Lirael sintió que alguien le acariciaba la frente. Una mano tierna y suave recorría su piel afiebrada. Notó que sus labios esbozaban una sonrisa. Aquel contacto le resultaba delicioso. El sueño cambiaba entonces y la muchacha arrugó la frente. El contacto de la mano ya no era tierno y amoroso, sino áspero y rudo. Ya no era fresco, sino caliente... La quemaba.

Despertó. Tardó un instante en darse cuenta de que se había aferrado a la sábana y que había estado tumbada boca abajo sobre la colcha de tela basta. La lana era muy áspera. La almohada estaba en el suelo. La funda había sido arrancada en el curso de alguna pesadilla y colgaba del respaldo de la silla.

Lirael echó un vistazo a la pequeña alcoba pero no apreció otras señales de daño nocturno. La cómoda sencilla de pino pulido estaba en su sitio y el pasador de acero opaco seguía echado. El escritorio y la silla continuaban en el otro rincón. Su espada de prácticas colgaba detrás de la puerta, metida en su vaina.

Seguramente aquella había sido una noche relativamente tranquila. En ocasiones, en medio del sueño cargado de pesadillas, Lirael se levantaba y echaba a andar, hablaba, sembraba el caos. Aunque nunca salía de su alcoba. De su preciado cuarto. No quería ni pensar en lo que sería la vida si llegaban a obligarla a regresar a las habitaciones colectivas.

Cerró otra vez los ojos y prestó atención. Reinaba el silencio, lo cual indicaba que debía de faltar bastante para el toque de campana. Tocaba todos los días a la misma hora para que las clarvis se levantaran de la cama y recibieran el nuevo día.

Lirael apretó los ojos con más fuerza e intentó dormirse otra vez. Quería recobrar la agradable sensación que le había producido aquella mano en la frente. Aquella caricia era lo único que recordaba de su madre. Había olvidado su cara y su voz, pero conservaba vivo el recuerdo del fresco contacto de aquella mano.

Hoy necesitaba aquel contacto con desesperación. Sin embargo, la madre de Lirael se había ido hacía mucho llevándose con ella el secreto de la paternidad de la muchacha. Se había marchado cuando Lirael tenía cinco años, sin decir una sola palabra, sin una sola explicación. Tampoco hubo explicaciones después, sólo las noticias de su muerte: un mensaje confuso procedente del lejano Norte, recibido tres días antes de que Lirael cumpliera los diez.

En cuanto se ponía a pensar en aquel asunto, ya no había manera de que volviera a dormirse. Como hacía todas las madrugadas, Lirael ya no intentó mantener los ojos cerrados. Los abrió y miró el techo durante un rato. La piedra seguía tal cual estaba la noche anterior, fría y gris, con algunas vetas rosadas.

La marca del Gremio correspondiente a la luz resplandecía cálida y dorada en la piedra. Había brillado con mayor fuerza cuando Lirael despertó y se avivó más

cuando la muchacha sacó los pies de entre las sábanas y tanteó el suelo con la punta de los dedos en busca de las chinelas. La residencia de las clarvis contaba con la calefacción de las fuentes termales y de la magia, pero el suelo de piedra estaba siempre frío.

—Hoy cumplo catorce años —susurró Lirael.

Ya tenía puestas las chinelas, pero no hizo ademán de ir a levantarse. Desde que había recibido el mensaje de la muerte de su madre pocos días antes de cumplir los diez, todos sus aniversarios posteriores sólo habían traído consigo el presagio de nuevas fatalidades.

—¡Catorce! —repitió Lirael no sin cierta angustia en la voz.

Cumplía catorce años y, según los cánones del mundo que había más allá del Glaciar de las Clarvis, ya era una mujer. No obstante, debía seguir llevando la túnica azul de las niñas, porque las clarvis señalaban el paso a la edad adulta no por los años, sino por el don de la visión.

Lirael volvió a cerrar los ojos y los apretó con fuerza mientras se obligaba a ver el futuro. Todas las chicas de su edad tenían el don de la visión. Muchas niñas más pequeñas vestían la túnica blanca y la diadema de ópalos. Nunca se había visto a nadie que, al cumplir los catorce años, no le llegara el don de la visión.

Lirael abrió los ojos: de visiones, nada. Sólo veía su sencilla alcoba, una imagen borrosa a causa de las lágrimas. Las enjugó de un manotazo y se levantó.

—Sin madre, sin padre y sin don de la visión —dijo mientras abría el armario y sacaba una toalla.

Se trataba de una conocida letanía. La repetía a menudo pese a que le producía siempre una terrible punzada de pena en el estómago. Era como hurgar en una muela picada con la punta de la lengua. Dolía, pero era incapaz de contenerse. La herida formaba ya parte de ella.

Algún día, quizá, la portavoz de los nueve días la mandaría llamar. Entonces despertaría y diría: «Sin madre, sin padre, pero tengo el don de la visión».

—Tendré el don de la visión —masculló Lirael para sus adentros, abrió la puerta y recorrió de puntillas el pasillo que llevaba a los baños.

Las marcas del Gremio fueron encendiéndose a su paso llevando el día allí donde había oscuridad. Las demás puertas de la Residencia de Jóvenes seguían cerradas. En otros tiempos, Lirael solía llamar entre risas a todas ellas para invitar a las demás huérfanas que vivían allí a que fueran a bañarse.

De aquello hacía muchos años. Antes de que a todas les fuera dado el don de la visión. En la época en que Merell, tutora de las jóvenes, había dirigido a sus niñas con mano blanda. Kirrith, la tía de Lirael, era ahora la nueva tutora. En cuanto oía un ruido, salía de su habitación con la bata de rayas blancas y granate para ordenar silencio y respeto por los mayores que descansaban. No escatimaba reprimendas a

Lirael por el hecho de que fuese su sobrina. Al contrario. Kirrith era el polo opuesto de Arielle, la madre de Lirael. Estaba a favor de las normas, la tradición, la obediencia.

Kirrith nunca habría abandonado el glaciar para irse a quién sabe dónde y regresar siete meses más tarde con una hija. Lirael lanzó una mirada iracunda a la puerta de Kirrith. En realidad, su tía nunca había hecho comentario alguno. De pequeña, Lirael se fue enterando de detalles de la vida de su madre por las conversaciones de sus primas más cercanas. En aquellas conversaciones comentaban que no sabían qué hacer con una niña tan rara.

Lirael volvió a lanzar una mirada colérica al pensar en aquello. La rabia que llevaba dentro se negaba a marcharse, siguió acompañándola incluso después de haberse frotado la cara con piedra pómez en la bañera llena de agua caliente. El choque del agua fría cuando se zambulló en el estanque largo logró al fin borrarle la expresión ceñuda.

La frente de Lirael volvió a arrugarse cuando se peinó delante del espejo comunitario del vestuario, anexo al estanque largo. El espejo era un rectángulo de acero plateado, de más de dos metros de alto y tres de ancho, un tanto desazogado en los bordes. Promediada la mañana, ante él iban a peinarse al mismo tiempo hasta ocho de las catorce huérfanas que vivían en la Residencia de Jóvenes.

Lirael detestaba compartir el espejo, porque no hacía más que destacar otra de las diferencias. La mayoría de las clarvis tenían el pelo rubio, los ojos claros y la piel morena que, tras la exposición al sol en las laderas del glaciar, adquiría un tono castaño intenso. En comparación con ellas, Lirael se veía como un hierbajo pálido entre hermosas flores. Ella nunca se ponía morena, la piel blanca se le quemaba al contacto con el sol y tenía los ojos negros y el pelo más negro aún.

Estaba segura que se parecía a su padre, quienquiera que hubiese sido. Arielle nunca había revelado su nombre, una vergüenza más con la que su hija tuvo que cargar. Las clarvis solían quedarse preñadas de los hombres que las visitaban, pero no tenían por costumbre abandonar el glaciar para encontrarlos, tampoco ocultaban sus nombres. No se sabía por qué, pero casi siempre parían niñas. Niñas rubias, de piel castaña y ojos azules o verdes.

Lirael era una excepción.

Sola, delante del espejo, la muchacha se olvidó de todo. Se concentró en la tarea de peinarse, cuarenta y nueve cepilladas a cada lado. Se sentía algo más esperanzada. Quizás ése sería el día. Un decimocuarto cumpleaños marcado por el mejor de los regalos. El don de la visión.

Aun así, a Lirael no le apetecía desayunar en el refectorio central. La mayoría de las clarvis comían allí, y ella tendría que compartir mesa con niñas tres o cuatro años menores, destacando como un cardo en un parterre de flores primorosamente

cuidadas. Un cardo vestido de azul. Todas las muchachas de su edad iban de blanco y ocupaban las mesas destinadas a las clarvis coronadas y reconocidas.

Lirael atravesó dos pasillos silenciosos, bajó dos escaleras de caracol que descendían en direcciones opuestas y llegó al refectorio inferior. Era el lugar donde comían los mercaderes y los suplicantes que acudían a ver a las clarvis para que les predijeran el futuro. Las únicas clarvis allí presentes eran las encargadas del turno de cocina y las camareras.

O casi las únicas. Había otra que Lirael esperaba encontrar. La portavoz de los nueve días. Al descender los últimos peldaños, Lirael se imaginó la escena. La portavoz bajaba la escalinata principal, golpeaba el gong y hacía una pausa para anunciar que la guardia de los nueve días la había visto a ella, a Lirael, cuando la coronaban con la diadema de ópalos, la había visto tras conseguir por fin el don de la visión.

El refectorio inferior no estaba muy concurrido esa mañana. Sólo tres de las sesenta mesas estaban ocupadas. Lirael se dirigió a la cuarta, lo más lejos posible de las demás, y apartó el banco. Prefería sentarse sola, aunque no se encontrara entre clarvis.

Dos de las mesas estaban ocupadas por mercaderes, probablemente de Belisaere; hablaban a voz en cuello de las importaciones de pimienta en grano, jengibre, nuez moscada y canela que habían traído del extremo norte y esperaban vender a las clarvis. Era evidente que alababan sin recato la calidad de las especias que anunciaban con el propósito de que sus comentarios llegasen a oídos de las clarvis de la cocina.

Lirael olisqueó el aire. Era posible incluso que lo que decían fuese cierto. El aroma del clavo y la nuez moscada que despedían los sacos de los mercaderes era intenso, agradable. Lirael lo interpretó como un buen presagio.

La tercera mesa la ocupaban los guardias de los mercaderes. Aunque se encontraran en el interior del Glaciar de las Clarvis, seguían llevando los coseletes compuestos de escamas entrelazadas y tenían las espadas envainadas debajo de los bancos. Seguramente pensaban que los bandidos, o algo peor, podían seguir sin problemas el estrecho sendero que bordeaba el desfiladero del río y derribar la puerta que daba al vasto complejo de las clarvis.

No era menos cierto, sin embargo, que habrían sido incapaces de ver la mayor parte de las defensas. El sendero del río estaba plagado de marcas del Gremio para ocultar y cegar, y debajo de las lajas se escondían los enviados de bestias y guerreros que, a la menor amenaza, se levantarían en armas. Por otra parte, el sendero cruzaba el río no menos de siete veces, por medio de puentes estrechos de antigua construcción, en apariencia tallados en piedra. Puentes de fácil defensa, debajo de los cuales pasaba el río Renegado, que era lo bastante profundo y rápido para impedir el

paso a los muertos.

En las paredes del refectorio menor también había magia del Gremio en estado latente, y enviados que dormían en la áspera piedra labrada del suelo y el techo. Aunque las marcas del Gremio eran muy tenues, Lirael alcanzaba a verlas y a desentrañar los encantamientos que formaban. Los enviados eran los más difíciles de descifrar porque sólo estaban claras las marcas que les daban origen. Evidentemente, también había marcas bien visibles, las que iluminaban la estancia y todos los rincones de los dominios subterráneos de las clarvis estaban metidas en la piedra de la montaña, cerca de la masa helada del glaciar.

Lirael escrutó el rostro de los visitantes. Se habían quitado el yelmo y llevaban el cabello cortado casi al cero, por lo que se podía comprobar que ninguno de ellos tenía la marca del Gremio en la frente. Por lo tanto, era casi seguro que no percibían la magia que los rodeaba. Siguiendo un impulso, Lirael se apartó el flequillo demasiado largo y se palpó la marca. Al tocarla, latió levemente, y la invadió la sensación de estar conectada, de pertenecer al gran código del Gremio que describía el mundo. Aunque careciera del don de la visión, al menos era algo parecido a una maga del Gremio.

Los guardias de los mercaderes deberían confiar más en las defensas de las clarvis, pensó Lirael, mientras volvía a observar a hombres y mujeres armados. Uno de ellos la sorprendió observándolos; sus miradas se cruzaron un momento y la muchacha apartó la vista. En ese breve instante, vio a un joven con la cabeza más rapada que sus compañeros, en cuya calva reluciente se reflejaba la luz de las marcas del Gremio del techo.

Pese a que intentó no hacerle caso, Lirael comprobó que el guardia se levantaba y se acercaba a ella, el coselete de escamas demasiado grande para alguien que no completaría su desarrollo hasta varios años más tarde. Lirael arrugó el entrecejo cuando lo vio acercarse e intentó ocultar más la cara. Por el mero hecho de que de vez en cuando las clarvis eligieran pareja entre los visitantes, algunos pensaban que toda aquella que bajara al refectorio inferior lo hacía porque iba a la captura de un hombre. Era una idea particularmente arraigada entre los jóvenes de dieciséis años.

—Disculpa —dijo el guardia—. ¿Me puedo sentar?

Lirael asintió de mala gana; el chico se sentó y una infinidad de escamas tintinearon sobre su pecho como una cascada de metal.

—Me llamo Barra —dijo él alegremente—. ¿Es la primera vez que bajas?

—¿Cómo? —preguntó Lirael, intrigada y tímida—. ¿Te refieres al refectorio?

—No —contestó Barra riéndose e indicando con un amplio ademán el espacio a su alrededor—. Me refiero al Glaciar de las Clarvis. Es la segunda vez que vengo, de manera que si necesitas que alguien te guíe... Aunque supongo que tus padres vendrán a menudo a comprar y vender.

Lirael apartó la mirada y notó que las mejillas se le teñían de rojo. Trató de pensar en una respuesta cortante, pero lo único que le vino a la cabeza fue que los forasteros sabían que no era una verdadera clarvi. Hasta los más tontos, canijos y ataviados con trajes que parecían sonajeros como el que tenía enfrente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Barra sin percatarse del sonrojo ni del terrible vacío que había crecido en el fuero interno de la muchacha.

Lirael tragó saliva, se humedeció los labios, pero las palabras se resistieron a salir. Tenía la impresión de carecer de nombre y de identidad. Ni siquiera se atrevía a mirar a Barra porque los ojos se le habían llenado de lágrimas, y para disimular había clavado la vista en la pera a medio comer que tenía en el plato.

—Yo sólo quería saludarte —dijo Barra la mar de incómodo cuando el silencio se fue prolongando.

Lirael asintió; sobre la pera cayeron dos lagrimones. No levantó la mirada ni intentó enjugarse las lágrimas. Siguió allí sentada, con los brazos caídos, inútiles, como su voz.

—Lo siento —se disculpó Barra al tiempo que se levantaba ruidosamente.

Escudada tras un mechón protector, Lirael lo vio regresar a su mesa. Cuando el chico estuvo a unos metros de distancia, uno de los hombres hizo un comentario en voz baja, casi inaudible, Barra se encogió de hombros y el resto de los hombres y algunas mujeres se echaron a reír.

—Es mi cumpleaños —susurró Lirael mirando el plato, con voz desconsolada—. No debo llorar el día de mi cumpleaños.

Se levantó, pasó por encima del banco con torpeza, recogió el plato y el tenedor y los llevó al ventanuco que comunicaba con la antecocina, poniendo mucho cuidado de no mirar a los ojos a ninguna de sus primas que trabajaban allí.

Seguía con el plato en la mano cuando una de las clarvis bajó la escalera principal y con la varita de punta metálica golpeó el primero de los siete gongs que había al pie de los siete escalones. Lirael se quedó paralizada y cuantos se encontraban en el refectorio interrumpieron sus conversaciones al ver a la clarvi descender y golpear uno por uno los gongs restantes arrancándoles distintas notas que se fundieron en una sola antes de volver a quedar en silencio.

La clarvi se detuvo en el último escalón y levantó la varita. A Lirael le dio un vuelco el corazón y notó un nudo en el estómago. Era tal y como lo había imaginado. Tan idéntico a lo que había imaginado que tenía la certeza de que no eran imaginaciones suyas, sino el inicio de la visión.

Tal como indicaba su varita, Sohrae era la actual portavoz de los nueve días, que anunciaba cuándo la guardia veía algo de interés público para las clarvis o el reino. Y lo más importante era que la portavoz, también anunciaba cuándo la guardia había visto a la niña que acababa de adquirir el don de la visión.

—Aquí y ahora proclamo —proclamó Sohrae y su voz clara llegó hasta el último rincón del refectorio y las cocinas—, que la guardia de los nueve días tiene el placer de anunciar que el don de la visión ha despertado en nuestra hermana...

Sohrae inspiró hondo antes de continuar; Lirael cerró los ojos porque sabía que pronunciaría su nombre. «Tengo que ser yo, tengo que ser yo —pensó—. Dos años más tarde de lo habitual pero tengo que ser yo porque hoy es mi cumpleaños. Tengo que ser...» —Annisele —dijo Sohrae.

Se dio media vuelta y subió las escaleras golpeando ligeramente a su paso los gongs cuyos sonidos se unieron al suave coro de voces de los visitantes.

Lirael abrió los ojos. El mundo no había cambiado. No tenía el don de la visión. Todo continuaría como hasta ese momento. Lamentablemente.

—¿Me das el plato, por favor? —le pidió la prima invisible apostada detrás del ventanuco de la antecocina—. ¡Ah, pero si eres tú, Lirael! Creía que era un visitante. Será mejor que te des prisa y subas, querida. En breve comenzará el despertar de Annisele. Ya sabes que ésta es la última parada de la portavoz. ¿Cómo es que se te ha ocurrido venir a comer aquí?

Lirael no le contestó. Soltó el plato, cruzó el refectorio como una sonámbula rozando con los dedos las esquinas de las mesas al pasar. Como una letanía, la voz de Sohrae le daba vueltas en la cabeza.

—El don de la visión ha despertado en nuestra hermana Annisele. Annisele. Annisele sería quien luciera la túnica blanca y la diadema de plata y ópalos, mientras Lirael tendría que conformarse otra vez con ponerse su mejor túnica azul, el uniforme de las niñas. La túnica a la que ya no le quedaba dobladillo de tantas veces como se la habían alargado. La túnica que todavía le venía demasiado corta.

Annisele había cumplido los once hacía diez días. Pero el día de su cumpleaños no sería nada comparado con éste, el de su despertar.

Los cumpleaños no significaban nada, pensó Lirael, poniendo mecánicamente un pie delante de otro mientras subía los seiscientos escalones que llevaban del refectorio inferior al camino del oeste, y que continuaba por el sendero hasta llegar a los doscientos escalones que la separaban de la puerta trasera de la Residencia de Jóvenes. Contó todos los escalones sin mirar a nadie a los ojos. Lo único que vio fue el vaivén de las túnicas blancas y el brillo que desprendían las chinelas negras cuando todas las clarvis entraron en tropel en el Gran Salón para rendir honores a la niña que acababa de unirse a las filas de quienes veían el futuro.

Al llegar a su cuarto, Lirael se encontró con que no había podido disfrutar de ninguna de las pequeñas alegrías que suelen acompañar un cumpleaños. Todas se habían apagado como una vela. Era el día de Annisele, pensó Lirael. Debía hacer lo posible y alegrarse por su prima. Debía pasar por alto la pena inmensa que le rompía el corazón.

Un futuro Perdido

Lirael se dejó caer en la cama y trató de sobreponerse a la desesperación. Debía vestirse para asistir a la ceremonia del despertar de Annisele. Pero cada vez que intentaba incorporarse, algo le impedía continuar y volvía a sentarse. En ese momento le resultaba imposible levantarse. Sólo atinaba a revivir lo ocurrido en el refectorio inferior, cuando no había oído pronunciar su nombre. No obstante, logró apartar la mente de aquellos pensamientos y concentrarse en el futuro inmediato en lugar del pasado. Lirael tomó una decisión. No asistiría a la ceremonia del despertar de Annisele.

Era altamente improbable que la echasen de menos, aunque cabía la posibilidad de que alguien fuera en su busca. Esta idea le dio las fuerzas necesarias para levantarse de la cama y buscar lugares donde ocultarse. Debajo de la cama era lo acostumbrado, pero en la parte inferior del catre de Lirael no había demasiado espacio, además, estaba llena de polvo, puesto que llevaba varias semanas sin cumplir con las normas de limpieza.

Pensó un momento en el armario. Su forma de caja desnuda de madera de pino le recordaba un ataúd puesto de pie. No era la primera vez que lo pensaba. Siempre había tenido lo que sus primas consideraban una imaginación morbosa. Ya de pequeña le gustaba interpretar dramáticas escenas de muerte de relatos famosos. Hacía años que había dejado de hacer teatro, pero nunca había dejado de pensar en la muerte. Sobre todo en la suya.

—La muerte —musitó Lirael, temblando al oír la palabra.

La repitió en voz más alta. Una palabra sencilla, una forma sencilla de evitar las cuestiones que la acosaban. Quizá pudiera faltar a la ceremonia del despertar de Anniselle, pero seguramente le sería imposible no asistir a las que vendrían después.

Si se suicidaba, pensó Lirael, no se vería obligada a ver que las niñas cada vez más pequeñas que ella conseguían el don de la visión. Entonces no se vería obligada a estar entre un puñado de crías vestidas con túnicas azules. Niñas que la miraban de reojo durante la ceremonia del despertar. Lirael había visto muchas veces aquella mirada y reconocía el miedo que había en ella. Temían parecerse a Lirael, estar condenadas a que les faltara lo único que importaba de verdad.

Tampoco se vería obligada a aguantar a las clarvis que la miraban con cara de lástima. Las que siempre la paraban para preguntarle cómo estaba. Como si las palabras pudiesen describir sus sentimientos. O como si aun disponiendo de palabras, Lirael pudiese contarles lo que se sentía al tener catorce años sin haber recibido el don de la visión.

—La muerte —volvió a musitar Lirael, saboreando las palabras.

¿Qué otra salida le quedaba? Cuando era más pequeña siempre había abrigado la

esperanza de que un día le llegase el don de la visión. Pero ya tenía catorce años. ¿Dónde se había visto nunca una clarvi de catorce años sin el don de la visión? La vida nunca le había parecido tan desesperante como ese día.

—Es lo mejor que puedo hacer —declaró Lirael, como si estuviese informando a una amiga de una decisión vital.

Su voz sonaba confiada, pero en el fondo no estaba tan segura. El suicidio era algo impropio de las clarvis. Si se quitaba la vida, sería como confirmar de manera irrefutable que no tenía nada que ver con aquel ambiente. Tal vez fuese la mejor solución. ¿Cómo iba a hacerlo? Lirael desvió la vista hacia donde guardaba la espada de prácticas en su vaina, detrás de la puerta. Era de acero blando y estaba desafilada. Podía dejarse caer sobre la punta, pero entonces sufriría una muerte lenta y dolorosa. Además, oirían sus gritos y acudirían en su auxilio.

Tal vez existiera un encantamiento que le cortara el aliento, le secara los pulmones y le cerrara la garganta. Pero no lo encontraría en sus libros de texto, el cuaderno de ejercicios titulado Magia del Gremio y el índice de marcas del Gremio, que descansaban sobre la mesa, a unos pasos de distancia. Tendría que investigar en la Gran Biblioteca para encontrar semejante encantamiento y además, ese tipo de magia estaría cerrada a cal y canto por los hechizos.

Solo le quedaban dos medios razonablemente accesibles para acabar con todo: el frío y la altura.

—El glaciar —susurró Lirael.

Era la solución. Subiría por la escalera del monte Estrella cuando todo el mundo estuviera en la ceremonia del despertar de Annisele y desde lo alto se arrojaría al hielo. Con el tiempo, si alguien se molestaba en buscarla, encontrarían su cuerpo roto y congelado, entonces se darían cuenta de lo difícil que era ser una clarvi sin el don de la visión. Los ojos se le llenaron de lágrimas al imaginar a la multitud silenciosa presenciando el levantamiento de su cuerpo y su traslado al Gran Salón, el azul de su túnica infantil convertido en blanco por el hielo y la nieve que lo cubrían.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió su morbosa ensoñación. Aliviada, Lirael se puso en pie de un salto. Daba la impresión de que, para variar, la guardia de los nueve días la había visto. La habían visto subir al glaciar y tirarse de cabeza, y por eso habían enviado a alguien para impedir ese futuro, para decirle que algún día conseguiría el don de la visión y que todo saldría bien.

Se abrió la puerta antes de que Lirael pudiera decir «pase». Ese detalle bastó para que se diese cuenta de que no se trataba de una guardiana de los nueve días, preocupada por su seguridad. Era la tía Kírrith, tutora de las jóvenes. Más tutora que tía, porque trataba a Lirael como a todas las demás, y porque nunca le demostraba el afecto que podía esperarse de una tía.

—¡Por fin te encuentro! —atronó Kirrith sin venir a cuento, con ese tono

falsamente alegre que resultaba tan irritante—. Te busqué a la hora del desayuno, pero era tal la aglomeración que no di contigo. ¡Feliz cumpleaños, Lirael!

Lirael miró a Kirrith y el regalo que le ofrecía. Un paquete grande y cuadrado, envuelto en papel azul y rojo, espolvoreado de oro. Un papel precioso, la verdad. Era la primera vez que la tía Kirrith le hacía un regalo. Lirael lo achacaba a que ella tampoco aceptaba regalos, pero en el fondo, tenía la sensación de que la cuestión era otra. La cuestión era dar, no recibir.

—Vamos, vamos, ábrelo —la invitó Kirrith—. Falta poco para la ceremonia del despertar. ¡Quién iba a decir que le tocaría a la pequeña Annisele!

Lirael cogió el paquete. Era blando y bastante pesado. En un periquete, la idea de quitarse la vida desapareció por completo, vencida por la curiosidad. ¿Qué sería el regalo?

Cuando volvió a palpar el paquete, tuvo un terrible presentimiento. A todo correr hizo un agujero en una esquina del papel y descubrió el tono azul delator.

—Es una túnica —dijo Lirael, pero las palabras parecían provenir de otra persona muy lejana—. Una túnica de niña.

—Sí —dijo Kirrith, esplendorosa con su túnica blanca y la diadema de plata y ópalos firmemente sujeta sobre el pelo rubísimo—. Con el estirón que has pegado, la que llevas hace mucho que te viene corta y eso, querida mía, es poco apropiado...

Siguió hablando, pero Lirael no la escuchaba. De repente, todo se volvió irreal. La túnica que sostenía en sus manos. La tía Kirrith que no paraba de cotorrear. Todo.

—¡Venga, vístete! —la animó Kirrith alisándose los pliegues de la túnica.

Era una mujer alta y corpulenta, una de las clarvis más altas. A su lado, Lirael se sentía muy pequeñita y sucia, comparada con los metros y metros de blanca túnica de su tía. Clavó la vista en aquella blancura y volvió a pensar en el hielo y la nieve.

Estaba sumida en sus pensamientos cuando Kirrith le dio una palmada en el hombro.

—¿Qué? —preguntó Lirael al darse cuenta de que no se había enterado de lo que había dicho Kirrith.

—¡Que te vistas! —repitió tía Kirrith. Arrugó la frente y la diadema se le bajó proyectando una sombra sobre sus ojos—. Sería de muy mala educación que llegásemos tarde.

Como una autómata, Lirael se quitó la túnica vieja y se puso la nueva. Era de grueso lino, tan nueva que estaba tiesa, de manera que tuvo dificultades para ponérsela y tía Kirrith tuvo que tirar de ella hacia abajo. Cuando consiguió meter los brazos por las mangas y acomodarse bien la prenda bien a la altura de los hombros, comprobó que le llegaba a los tobillos.

—El largo suficiente para que sigas creciendo —observó tía Kirrith, satisfecha—. Es hora de irnos.

Lirael miró desde arriba el vasto mar de tela azul que le cubría el cuerpo entero y pensó que jamás llenaría aquella prenda. Tía Kirrith debía de pensar que su sobrina nunca vestiría de blanco para la ceremonia del despertar, porque tenía túnica para treinta y cinco años.

—Ve tú, que enseguida te sigo —mintió pensando en la escalera del monte Estrella, en los acantilados y en el hielo que la esperaba—. Voy a ir al lavabo.

—Muy bien —dijo Kirrith y salió al pasillo—. ¡Pero date prisa! ¡Piensa en lo que diría tu madre!

Lirael la siguió y dobló a la izquierda, hacia el cuarto de baño más cercano. Kirrith dobló a la derecha dando palmas para meterles prisa a tres niñas de ocho años que, sofocando las risas, se iban poniendo las túnicas por la cabeza sin dejar de caminar.

Lirael no tenía idea de lo que habría dicho su madre sobre nada. Ya le habían dado mucho la lata con Arielle cuando era pequeña, antes de que acabara convertida en una extraña con la que nadie quería meterse. Las clarvis solían buscar amantes ocasionales entre los visitantes del glaciar y no era raro que a veces los encontraran fuera. Pero jamás había dejado de inscribirse a los padres de los niños.

La madre de Lirael había contribuido a que su hija fuera una extraña cuando, impulsada por alguna visión de la que nada había dicho a las demás clarvis, se marchó del glaciar abandonando a la pequeña de cinco años. Años más tarde, tía Kirrith le contó a su sobrina que Arielle había muerto sin darle nunca más detalles. A Lirael le habían llegado varias teorías, incluida la que sostenía que Arielle había sido envenenada por rivales celosas de la corte de algún señor de poca monta de las heladas tierras del Norte o devorada por las fieras. Al parecer, trabajaba como vidente, un oficio que, según las clarvis, estaba muy por debajo de la gente de su sangre.

El dolor de la pérdida de su madre quedó encerrado en el corazón de Lirael, pero no tan profundamente para que no aflorara a veces a la superficie. Tía Kirrith era experta en traerlo siempre a colación.

Cuando Kirrith y las tres niñas amonestadas desaparecieron, Lirael regresó a su cuarto y se puso la ropa de calle: una abrigada chaqueta de lana grasienta por la lanolina, un gorro de doble fieltro con orejeras, chanclos impermeables, guantes forrados de piel y anteojos de cuero con lentes ahumados de cristal verde. Una vocecita en su interior le decía que era una tontería llevar tanta ropa para ir al encuentro de su muerte, pero otra vocecita insistía en que eso no era motivo para que no fuese vestida como estaba mandado.

Como todas las zonas habitadas de los dominios de las clarvis tenían calefacción de vapor transportado por una tubería desde las fuentes termales, Lirael envolvió en el abrigo toda la ropa de lana y demás complementos. Al subir la escalera del monte

Estrella entraría en calor y no tendría necesidad de vestirse tanto. Como último gesto de desafío, se quitó la túnica nueva y la tiró al suelo. Decidió ponerse las prendas más neutras utilizadas por las clarvis cuando trabajaban en la cocina o la antecocina del refectorio inferior, una camisa larga, de algodón gris, que le llegaba a las rodillas, sobre unas calzas de lana azul. El conjunto se completaba con un mandil de loneta, pero la muchacha decidió dejarlo.

Se hacía raro bajar con sigilo por el camino del Norte sin nadie a la vista. Normalmente, aquella vía tan transitada estaba llena de clarvis que iban o venían de la guardia de los nueve días o se ocupaban de alguna de las infinitas tareas más mundanas de la comunidad. El Glaciar de las Clarvis era en realidad una pequeña aldea, muy extraña, eso sí, puesto que la actividad principal de sus habitantes era observar el futuro. Mejor dicho, tal como las clarvis se veían obligadas a aclarar constantemente a los visitantes, los numerosos futuros posibles.

En la encrucijada del camino del Norte con el Zigzag, Lirael se cercioró de que nadie la observaba. Dio unos cuantos pasos por la primera vuelta del Zigzag y buscó un agujerito negro, a la altura de la cintura. Cuando dio con él, de la cadena que le colgaba del cuello sacó una llave. Todas las clarvis tenían llaves como aquella para abrir la mayoría de las puertas normales. La puerta del monte Estrella se usaba muy de vez en cuando, pero Lirael creía que no precisaba de una llave especial.

Alrededor del agujero de la cerradura no había señales de puerta alguna hasta que Lirael metió la llave y le dio dos vueltas. Del suelo se elevó una suave línea plateada que poquito a poco fue dibujando en la piedra una entrada con su puerta.

Lirael abrió la puerta de par en par. La recibió una ráfaga de aire frío que la obligó a cruzarla a toda prisa. Si por ahí cerca había más gente, lo primero que notarían sería la brisa helada. Las clarvis podían vivir en una montaña medio oculta tras un glaciar, pero el frío no les hacía una gracia especial.

La puerta se cerró en cuanto Lirael la hubo cruzado y las líneas plateadas que marcaban su contorno se desdibujaron lentamente. Frente a ella partía una escalera que subía en línea recta. Las marcas del Gremio que había en lo alto desprendían una luz más débil que la de los salones principales. Las contrahuellas eran más altas de lo habitual, detalle que Lirael no recordaba de la excursión que había hecho con sus compañeras de curso años antes, cuando todos los escalones le habían parecido altísimos. Hizo una mueca al empezar a subir pues sabía que los músculos de las pantorrillas no tardarían en dolerle a causa de esos quince centímetros de más.

Una barandilla de bronce llegaba hasta los primeros cien escalones, donde la escalera continuaba en vertical. Lirael se agarró con fuerza al subir y notó el frescor del metal. Como tenía por costumbre, empezó a contar los escalones; el ritmo regular borró momentáneamente las imágenes mentales en las que se veía precipitándose por una infinita ladera helada.

Apenas se dio cuenta de que la barandilla se interrumpía y de que los escalones se dirigían hacia adentro, hacia la larga espiral que la conduciría a la cima del monte Estrella. Frente a éste se alzaba su hermano, el monte Ocaso, y entre los dos sostenían el glaciar. En otros tiempos, el glaciar había tenido un nombre propio que ya nadie recordaba. Durante siglos todos se referían a él con el nombre de las clarvis, por ser ellas quienes vivían justo en lo alto, y en ocasiones, debajo de él. Con el paso de los años, la denominación pasó a designar también al Reino de las Clarvis, de manera que la enorme masa de hielo y las residencias de piedra eran conocidos con el topónimo de Glaciar de las Clarvis, como si formaran una unidad.

No era costumbre de las clarvis elegir sus moradas tan cerca del glaciar. Llevaban siglos viviendo en la montaña, siguiendo los túneles dejados por las larvas taladradoras, una especie en extinción, o practicando sus propias excavaciones por medios físicos o mágicos.

Entretanto, el glaciar había seguido su inexorable deslizamiento valle abajo, en dirección a las montañas que sujetaban sus bordes. El hielo desgastaba y rompía la piedra y el glaciar se mostraba indiferente a la destrucción de los túneles de las clarvis producida por su recorrido.

Lógicamente, las clarvis veían por dónde discurría el loco avance del glaciar, pero eso no había servido para poner freno a la ambición de los constructores de otras épocas. Era evidente que habían calculado que las extensiones excavadas por ellos durarían al menos tres o cuatro generaciones, tiempo suficiente para que la obra mereciera la pena.

Lirael pensó en todos aquellos constructores y se preguntó por qué habrían edificado la escalera con escalones tan incómodos y tan altos. A medida que iba avanzando, ni siquiera el recuento mecánico de escalones logró mantener su fantasía a raya. Empezó a imaginar el aspecto que tendría Annisele en ese preciso instante. Tal vez estuviera de pie, en las primeras filas de los niños, en el Gran Salón, la única silueta blanca en medio de un mar azul. Echaría a andar hacia el otro extremo percatándose apenas de las infinitas filas de clarvis vestidas de blanco, sentadas en las veintiuna filas de bancos distribuidos a ambos lados del salón durante metros y metros. Los bancos estaban hechos de caoba antigua, con cojines de seda que se cambiaban cada cincuenta años con bastante ceremonia.

En el extremo opuesto del Gran Salón se encontraría la portavoz de los nueve días, y quizá también algunas de las guardianas, si sus obligaciones lo permitían. Estarían todas de pie, alrededor del pilar del Gremio que se elevaba del suelo del salón como un solitario menhir surcado por todo tipo de marcas cambiantes y refulgentes que formaban la carta en la que se describía cuanto existía en el mundo, lo visto y lo no visto. Y en el pilar del Gremio, tan alto que nadie podía alcanzarla, salvo la portavoz con su varita de punta metálica, estaría la diadema de la nueva

clarvi, la plata y los ópalos reflejarían las marcas del Gremio del pilar de piedra.

Lirael pugnó por levantar los pies y subir un escalón más. Annisele no se cansaría durante el paseo de unos pocos cientos de pasos en los que estaría flanqueada de caras sonrientes. Y cuando le colocaran la diadema en la cabeza, se oirían el tumulto de las clarvis al ponerse de pie y los vítores cuyo eco se propagaría por todo el salón y más allá. El despertar de Annisele, auténtica clarvi, señora de la Visión. Por todos aclamada.

Qué diferencia con Lirael que, como de costumbre, se encontraba sola, sin que nadie reparara en ella. Sintió ganas de llorar, pero se limpió las lágrimas de un manotazo. Cien escalones más y llegaría a la puerta del monte Estrella. Después de entrar por la puerta y cruzar la amplia terraza que había enfrente, Lirael se detendría en el borde del glaciar y miraría hacía el fondo, donde se encontraba la helada muerte.

Papelonaves

Lirael se detuvo a descansar en lo alto de la escalera del monte Estrella hasta que ya no aguantó más el frío de la piedra. Se puso entonces la ropa de abrigo y al colocarse los anteojos, el mundo se tiñó de color verde. Por último, sacó una bufanda de seda del bolsillo del abrigo, se cubrió con ella la nariz y la boca y se bajó las orejeras del gorro.

Vestida de esa guisa podía muy bien haber pasado por una de las clarvis. No se le veían ni la cara ni el cabello ni los ojos. Tenía exactamente el mismo aspecto que cualquiera de las clarvis. Cuando encontraran su cuerpo, no sabrían de quién se trataba hasta que no le quitasen el gorro, la bufanda y los anteojos.

Sería la última vez que Lirael tendría el mismo aspecto que las demás clarvis.

Delante de la entrada que llevaba de la escalera al hangar de las papelonaves y a la puerta del monte Estrella, la niña vaciló. Tal vez no fuese demasiado tarde para regresar, para poner como excusa que le había sentado mal el desayuno y que se había visto obligada a quedarse en su cuarto. Si se daba prisa, era casi seguro de que estaría de regreso antes de que todas saliesen de la ceremonia del despertar.

El problema era que si regresaba, las cosas seguirían igual. Allá abajo no le quedaban esperanzas, decidió Lirael, y ya que había llegado hasta allí, podía aprovechar para ver los acantilados. Ya tomaría una decisión cuando estuviese allí.

Volvió a sacar la llave y con movimientos torpes, a causa de los guantes, abrió la puerta. Esta vez se trataba de una puerta visible, pero con custodias mágicas. Lirael notó cómo fluía la magia del Gremio y pasaba a través de la llave, de la piel de sus guantes y de ahí a sus manos. Al principio se puso tensa, pero cuando el efecto se le fue pasando, se relajó. No se sabía qué era lo que custodiaba el encantamiento, aunque estaba claro que no sentía interés alguno por ella.

Detrás de la puerta hacía más frío aún, pese a que Lirael seguía en el interior de la montaña. La amplia estancia donde se encontraba era el hangar de las papelonaves, donde las clarvis guardaban sus aviones mágicos. Tres de ellos dormían. Tenían más bien aspecto de gráciles canoas, con alas y colas de halcón. Lirael sintió el impulso de tocar a uno, para ver si el tacto era realmente como el del papel, pero se abstuvo de hacerlo. Las papelonaves estaban hechas materialmente de miles de hojas de papel reforzado. En su fabricación intervenía una buena dosis de magia, por eso, esos vehículos aéreos tenían cierta capacidad de sentir. Los ojos pintados en la parte frontal de la nave más cercana, de tonos verdes y plateados, podían parecer como dormidos, pero apenas alguien la tocara, se iluminarían. Lirael no tenía ni idea de cómo reaccionaría la nave después. Sabía que se controlaban mediante marcas del Gremio silbadas, y que ella sabía silbar, aunque desconocía las marcas y las técnicas especiales que éstas requerían.

Lirael pasó de puntillas delante de las papelonaves y fue hasta la puerta del monte Estrella. Era enorme: tenía el ancho suficiente para dar paso a treinta personas y dos papelonaves, y casi cuadriplicaba la altura de la muchacha. Por suerte, no tuvo que molestarse siquiera en abrirla, porque en el extremo izquierdo de la puerta había una portezuela. Tras una breve maniobra con la llave y unas cuantas caricias al encantamiento de custodia, la portezuela se abrió y Lirael salió.

El frío y el sol acudieron ambos a su encuentro, el primero era lo bastante intenso para traspasar todas las capas de ropa que llevaba encima, y el último, lo bastante resplandeciente para forzarla a entornar los ojos, pese a la protección de los anteojos.

Era un hermoso día de verano. Allá abajo, en el valle, pasado el glaciar, haría calor. Donde ella se encontraba hacía mucho frío, sobre todo por la brisa que, tras recorrer el glaciar, seguía montaña arriba.

Delante de Lirael había una terraza ancha, anormalmente plana, tallada en la ladera de la montaña. Medía unos cien metros de largo por cincuenta de ancho, y la nieve y el hielo en gruesos bloques se amontonaban a su alrededor en profundos ventisqueros. Sin embargo, un leve manto de nieve cubría apenas la terraza. Lirael sabía que se mantenía así por obra de los enviados del Gremio, sirvientes creados por medios mágicos que, armados de palas y rastrillos, se ocupaban de limpiar aquella expansión durante todo el año, sin importarles el tiempo que hiciese. No había ninguno a la vista, pero la magia del Gremio que los ponía en marcha acechaba debajo de las piedras que cubrían el suelo. En el extremo más alejado de la terraza, la montaña acababa en un profundo precipicio. Lirael miró en esa dirección y sólo vio el cielo azul y las suaves volutas de algunas nubes. No le quedaba más remedio que cruzar la terraza y mirar hacia abajo para poder ver la mole del glaciar, trescientos metros más abajo. Sin embargo, no la cruzó. Se limitó a imaginar lo que ocurriría si saltaba. Si se lanzaba con el impulso suficiente, caería libremente hacia el hielo que la estaría esperando y encontraría así un rápido fin. Pero si el impulso no llegaba a ser suficiente, golpearía contra los salientes de las rocas, nueve o diez metros más abajo y, desde allí, seguiría rodando la distancia que le quedaba y, a cada impacto, se rompería los huesos uno por uno.

Lirael se estremeció y apartó la vista. Ahora que se encontraba allí, y que sólo una caminata a paso vivo la separaba del precipicio, ya no estaba tan segura de que eso de quitarse la vida fuese tan buena idea. Por desgracia, cada vez que intentaba pensar en un futuro posible, se sentía débil, paralizada, como si todos los caminos que se le ofrecían estuviesen cerrados por muros altísimos, imposibles de escalar.

Se obligó a dar unos cuantos pasos por la terraza para echar aunque más no fuera un vistazo al precipicio. Sin embargo, las piernas no parecían obedecerla porque la llevaron a recorrer todo el largo de la terraza sin acercarse del lado del precipicio.

Media hora más tarde, regresó a la puerta del monte Estrella, después de haber

recorrido cuatro veces toda la longitud de la terraza sin el coraje de acercarse siquiera al precipicio que había en el otro extremo. Lo máximo que se atrevió a hacer fue acercarse a la abrupta caída situada al final de la terraza, desde donde despegaban las papelonaves. Se trataba de una caída de apenas treinta metros, por una de las caras menos escarpadas de la montaña que no llegaba al glaciar. Pese a ello, tampoco se había atrevido a acercarse más que a varios metros del borde.

Lirael se preguntó cómo harían las papelonaves para lanzarse desde allí. Nunca las había visto despegar ni aterrizar y durante un buen rato estuvo imaginando cómo sería. Evidentemente, se deslizarían por el hielo y, en un punto determinado, se lanzarían hacia el cielo, ¿pero dónde sería exactamente? ¿Necesitarían realizar una larga carrera, como los pelícanos azules del río Renegado, o se elevaban raudas como halcones?

Estas preguntas no hacían sino aumentar la curiosidad de Lirael por saber cómo funcionaban realmente las papelonaves. Consideraba la posibilidad de observar más de cerca una de las que descansaban en el hangar cuando advirtió que la motita negra que acababa de ver en lo alto del cielo no era producto de su imaginación ni una nubecilla que presagiara tormenta. Era una verdadera papelonave aprestándose a aterrizar.

Al mismo tiempo oyó el rugido profundo de la puerta del monte Estrella que comenzaba a abrirse. Se volvió a mirar hacia la puerta y luego otra vez para ver la papelonave, sacudiendo la cabeza con desesperación. ¿Qué iba a hacer?

Podía cruzar la terraza a la carrera y lanzarse al precipicio, pero la idea ya no la seducía. Había superado el momento de más negra desesperación, al menos temporalmente.

También podía retirarse a un lado de la terraza y ver cómo aterrizaba la papelonave, pero se arriesgaba a recibir una severa reprimenda de tía Kirrith, por no mencionar los meses de trabajo extra en la cocina que podían caerle. O cualquier otro castigo desconocido todavía peor.

Otra posibilidad que le quedaba era esconderse y mirar. Al fin y al cabo, lo que quería era ver aterrizar una papelonave.

Todas estas alternativas pasaron veloces por su mente y sólo tardó un instante en decidirse por la última. Lirael corrió hacia un montículo de nieve, se sentó encima y empezó a enterrarse como pudo. Al cabo de poco, quedaron borrados los indicios de su presencia, salvo el camino de huellas que recorrían la nieve hasta su escondite.

Lirael visualizó la carta del Gremio, buscó en su eterno fluir y sacó las tres marcas que precisaba. Una tras otra adquirieron brillo en su mente hasta llenarla por completo e impedirle pensar en otra cosa. Las dibujó en la boca y luego las sopló en dirección a las huellas que había en la nieve.

El hechizo partió de la muchacha en forma de bola de aliento helado que fue

creciendo hasta alcanzar el ancho de un brazo. Echó a rodar por el sendero borrando las huellas de Lirael. Concluida su misión, la bola se dejó arrastrar por el viento, y el aliento y las marcas del Gremio se esfumaron.

Lirael levantó la vista con la esperanza de que quien viajara en la papelonave no hubiese notado la extraña nubecita. La aeronave estaba más cerca, la sombra de sus alas se proyectó sobre la terraza cuando voló una vez más en círculo perdiendo altura en cada pasada.

Lirael entrecerró los ojos; lo veía todo más oscuro a causa de los anteojos y la nieve le cubría casi toda la cara. No alcanzaba a distinguir bien quién viajaba en la papelonave. El color de ésta no era como el de las clarvis sino rojo y dorado, los colores de la Casa Real. ¿Sería un mensajero? Existía una comunicación fluida entre el rey de Belisaere y las clarvis; con frecuencia, Lirael había visto mensajeros en el refectorio inferior. Aunque habitualmente no llegaban en papelonave.

Unas notas silbadas, cargadas de fuerza, llegaron hasta Lirael. Durante un instante sintió náuseas y tuvo la sensación de que también estaba volando y que debía ponerse a favor del viento. Entonces vio aproximarse otra vez la papelonave y virar en dirección al viento para terminar recorriendo la terraza y detenerse envuelta en una nube de nieve, muy cerca del escondite de Lirael, tan cerca que la muchacha temió lo peor.

Dos personas bajaron de la cabina de mando con movimientos cansados y estiraron brazos y piernas. Iban envueltos en tantas pieles que Lirael no logró saber si eran hombres o mujeres. Por el tipo de ropa no eran clarvis, eso estaba claro. Una llevaba un abrigo de marta negro y plateado; la otra, uno de una piel color rojizo que Lirael no reconoció. Y los anteojos tenían lentes azules en vez de verdes.

La del abrigo rojizo buscó en el interior de la cabina de mando y sacó dos espadas. Lirael pensó que él —estaba casi segura de que era un hombre— entregaría la otra, pero se ató las dos al ancho cinturón de cuero, una a cada costado.

Lirael llegó a la conclusión de que la otra persona, la del abrigo negro y plateado, era una mujer. Se lo indicaba la forma en que se sacudía los guantes y apoyaba la palma de la mano en el morro de la papelonave, como una madre que comprueba si su hijo tiene fiebre tocándole la frente.

La mujer buscó entonces en la cabina de mando y sacó una bandolera de cuero. Lirael alargó el cuello para ver mejor e hizo caso omiso de la nieve que se le metía por el cuello. Al reconocer lo que había en los morrales de la bandolera, soltó un grito ahogado que estuvo a punto de delatarla. Siete morrales, el más pequeño tenía el tamaño de un pastillero, y el más grande medía como la mano de Lirael. Por cada morral asomaba un mango de caoba. Los mangos de las campanas, las campanas cuyos badajos eran silenciados por el cuero. Fuera quien fuese aquella mujer, llevaba las siete campanas de los nigromantes.

La mujer se cruzó la bandolera sobre el pecho y sacó la espada. Era más larga que la utilizada por las clarvis. Y más antigua. Desde su escondite Lirael notó la fuerza que despedía. Era la magia del Gremio que irradiaban la espada y esas dos personas.

Y las campanas, advirtió Lirael, porque gracias a ellas la muchacha supo quién era aquella persona. La nigromancia era magia libre, y estaba prohibida en el reino, igual que las campanas utilizadas por los nigromantes. Exceptuando las empleadas por una sola mujer. La encargada de deshacer las maldades pergeñadas por los nigromantes. La mujer que enviaba a los muertos al descanso definitivo. La mujer que reunía en su persona la magia libre y la del Gremio.

Lirael se echó a temblar, y no era por el frío, cuando se dio cuenta de que se encontraba a escasos metros de la Abhorsen. Hacía años, la legendaria Sabriel había rescatado al príncipe Piedra de Toque, convertido en piedra, y los dos juntos habían derrotado a Kerrigor, criatura perteneciente a los muertos mayores, que había estado a punto de destruir el reino. Y se había casado con el príncipe cuando éste se convirtió en rey y juntos habían...

Lirael volvió a mirar al hombre y se fijó en las espadas y en la forma en que se ponía cerca de Sabriel. Cuando se dio cuenta de que debía de ser el rey casi le da un desmayo. ¡El rey Piedra de Toque y la Abhorsen Sabriel estaban allí, delante de ella! Y los tenía tan cerca que podía incluso dirigirles la palabras... si fuera lo bastante valiente.

No lo era. Se hundió más en la nieve sin importarle el frío y la humedad y esperó a ver qué ocurría. Lirael desconocía las reglas del protocolo, no sabía si tenía que hacer una reverencia ni cómo dirigirse al Rey y a la Abhorsen. Y lo peor de todo, no sabía cómo explicar su presencia en ese lugar.

Una vez terminaron de equiparse, Sabriel y Piedra de Toque se acercaron y hablaron en voz baja, sus caras casi se rozaban. Lirael aguzó el oído, pero no oía nada. El viento se llevaba sus palabras en dirección contraria. Sin embargo, estaba claro que esperaban algo... o a alguien.

No tuvieron que aguardar mucho. Lirael volvió despacio la cabeza hacia la puerta del monte Estrella procurando no mover la nieve apretada a su alrededor. Un reducido grupo de clarvis salía por la puerta y cruzaba la terraza a toda prisa. Estaba claro que venían directamente de la ceremonia del despertar, porque casi todas se habían puesto la capa o el abrigo encima de las túnicas blancas, y casi todas lucían todavía las diademas.

Lirael reconoció a las dos que abrían la comitiva, las gemelas Sanar y Ryelle, impecable paradigma de la clarvi perfecta. Su visión era tan fuerte que casi siempre estaban en la guardia de los nueve días, de manera que Lirael se cruzaba con ellas muy de vez en cuando. Las dos eran altas e increíblemente hermosas; el sol reflejado en sus rubias cabelleras arrancaba destellos más brillantes que las diademas.

Las seguían otras cinco clarvis. Lirael las conocía vagamente y, si la apuraban, hasta podía recordar cómo se llamaban y qué relación de parentesco las unía a ella. Como mínimo eran primas terceras, pero sabía que todas estaban dotadas de un fuerte sentido de la visión. Si todavía no formaban parte de la guardia de los nueve días, tal vez mañana pasaran a engrosar sus filas, o tal vez ya lo habían hecho la semana anterior.

En pocas palabras, eran siete de las clarvis más importantes del glaciar. Todas ellas ocupaban cargos corrientes, además de encargarse de su trabajo visionario. La pequeña Jasell, por ejemplo, que cerraba la fila, era la administradora jefa, responsable de las finanzas internas de las clarvis y de su banco central.

Además, eran las últimas personas con las que Lirael deseaba encontrarse en un lugar donde le era vedado estar.

Un destello en la nieve

Mientras Sanar y Ryelle dirigían del cortejo, Lirael pensó que las vería hacer lo que se suponía que marcaba el protocolo cuando estás ante el rey y su reina, que a su título de soberana sumaba el honor de ser la Abhorsen.

Sin embargo, Sabriel y Piedra de Toque no esperaron a ser recibidos según las normas protocolarias. Salieron al encuentro de Sanar y Ryelle y, tras haberse calzado los anteojos en la frente y quitado las bufandas, las abrazaron y las besaron en ambas mejilla. Una vez más, Lirael se inclinó hacia adelante para escuchar mejor lo que decían. El viento seguía soplando en dirección contraria, pero había amainado un poco, de manera que le llegaba parte de la conversación.

—Dichosos los ojos que os ven, primas —dijeron Sabriel y Piedra de Toque con una sonrisa.

Ahora que al fin les veía las caras, a Lirael le pareció que estaban muy cansados.

—Os vimos anoche —dijo Sanar, o tal vez fuera Ryelle, Lirael no estaba segura —. Pero tuvimos que adivinar la hora por el sol. Espero que no os hayamos hecho esperar mucho.

—Apenas unos minutos —comentó Piedra de Toque—. Lo suficiente para estirar las piernas.

—Sigue sin gustarle mucho esto de volar —dijo Sabriel sonriendo a su marido—. No confía en el piloto.

Piedra de Toque se encogió de hombros, lanzó una carcajada y respondió:

—Con la práctica vas mejorando.

Lirael tuvo la impresión de que no se refería únicamente a pilotar papelonaves. Era como si entre Piedra de Toque y Sabriel hubiese una especie de lazo secreto. Compartían algo invisible, algo que contribuía a que los ojos de Sabriel estuvieran siempre risueños.

—En la visión que tuvimos no os quedabais —continuó Sanar—. Supongo que no nos equivocamos, ¿verdad?

—En efecto —contestó Sabriel y sus ojos se ensombrecieron de repente—. Hay problemas en el Oeste y no podemos entretenernos. Sólo lo suficiente para recibir vuestro consejo. Si es que tenéis alguno que darnos.

—¿Otra vez el Oeste? —preguntó Sanar dirigiendo una mirada preocupada a Ryelle, al tiempo que las clarvis que iban detrás de ella daban muestras de inquietud —. No llegamos a ver todo el Oeste. Hay algún poder que sólo nos permite brevísimos atisbos. Sin embargo, sabemos que será del Oeste de donde partirán los problemas. De modo que muchos futuros muestran fragmentos de esos problemas, pero no los suficientes para lograr una interpretación útil.

—También hay muchos problemas en el presente —dijo el rey con un suspiro—.

En los últimos diez años he levantado seis pilares del Gremio alrededor de Borde y el lago Rojo. Sólo quedan dos en pie, y ya no dispongo de tiempo para reparar los otros. Iremos hacia allí ahora e intentaremos poner fin al problema actual, sea cual fuere, pero no abrigo demasiadas esperanzas de que lo consigamos. Sobre todo si es lo bastante fuerte para sustraerse a la visión de las clarvis.

—No siempre es la fuerza la que oscurece nuestra visión —observó una de las clarvis, la mayor de las allí presentes—. Ni siquiera el mal. Hay poderes sutiles que desvían nuestra visión por motivos que sólo podemos adivinar; por otra parte, no olvidemos el hecho de que vemos demasiados futuros, durante espacios brevísimos. Tal vez, lo que nos enceguece cerca del lago Rojo no sea más que eso.

—Si lo es, entonces también rompe los pilares de piedra con la sangre de los magos del Gremio —dijo Piedra de Toque—. Y atrae a los muertos y a la magia libre como nada en el mundo. En todo el reino, la región del lago Rojo y de las estribaciones del monte Abed es la que más se resiste a nuestro gobierno. Hace catorce años Sabriel y yo prometimos reconstruir los pilares rotos y volver a fundar las aldeas para que la gente pudiera continuar con sus vidas y sus oficios, sin temor a los muertos y a la magia libre. Lo hemos conseguido desde el Muro hasta el desierto del Norte. Pero no conseguimos derrotar a lo que fuere que se nos opone en el Oeste. Dejando de lado el propio pueblo de Borde, esa parte del Oeste continua siendo el páramo en que Kerrigor la convirtió hace doscientos años.

—Las obligaciones del reino te dejan exhausto —dijo de repente la clarvi anciana y tanto Piedra de Toque como Sabriel asintieron.

Sin embargo, mantenían las espaldas erguidas y, pese a que reconocían su cansancio, no daban señales de rechazar la carga.

—No tenemos descanso —le comentó Piedra de Toque—. Siempre surgen problemas, algún peligro que sólo el rey o la Abhorsen pueden resolver. A Sabriel le toca la peor parte, porque todavía quedan muchos muertos en el extranjero, y demasiados imbéciles dispuestos a abrirle más puertas a la muerte.

—Como el que está sembrando la confusión cerca de Borde —dijo Sabriel—. Al menos eso dicen los mensajes. Una nigromante o hechicera de la magia libre, una que lleva una máscara de bronce. Porque se trata de una mujer, según nos informan, y en compañía de vivos y muertos arrasan las haciendas y granjas desde Borde hacia el Este, y llegan incluso hasta el pueblo del Roble. Sin embargo, no hemos tenido noticias vuestras. Seguramente lo habréis visto, ¿no?

—Rara vez vemos nada cerca del lago Rojo —contestó Ryelle frunciendo el ceño con preocupación—. Aunque normalmente no tenemos problemas en las zonas más alejadas de ese punto. En este caso, lamento no haberte advertido de lo ocurrido, pero no puedo ofrecerte guía alguna para lo que vendrá.

—Una compañía de la guardia partió a caballo desde Qyrre —dijo Piedra de

Toque—. Tardarán al menos tres días en llegar. Nosotros tenemos pensado estar en el pueblo del Roble por la mañana.

—Con suerte, el cielo estará despejado —añadió Sabriel—. Si los informes son ciertos, esta nigromante tiene bajo su control a muchos braceros muertos. Tal vez los suficientes para atacar un pueblo al abrigo de la noche o en un día muy nublado.

—Creo que si fuera a producirse un ataque al pueblo del Roble, lo veríamos, vamos, estoy casi segura —dijo Ryelle—. Y no hemos visto nada.

—Es un alivio —dijo Piedra de Toque, aunque Lirael notó que no las creía del todo.

Ella misma estaba asombrada, porque nunca había oído comentar que el don de la visión pudiera quedar bloqueado, ni que hubiese algún lugar que las clarvis no pudiesen ver. Exceptuando el otro lado del Muro que rodeaba Ancelstierre, claro está, pero eso era distinto. En Ancelstierre no funcionaba ningún tipo de magia, ni menos cuando te ibas muy al sur del Muro. Eso contaban las leyendas. Lirael no conocía a nadie que hubiese estado en Ancelstierre, aunque se rumoreaba que Sabriel se había criado allí.

El viento comenzó a soplar con más fuerza mientras Lirael reflexionaba sobre lo que acababa de oír, de manera que se perdió parte del diálogo siguiente. Sin embargo, vio que las clarvis hacían una reverencia y que Sabriel y Piedra de Toque les indicaban que se levantaran.

—¡No os pongáis formales conmigo! —exclamó Piedra de Toque—. Es imposible que lo veáis todo, del mismo modo que es imposible que nosotros lo abarquemos todo. De algún modo, hasta ahora nos hemos arreglado y seguiremos haciéndolo.

—«Seguiremos haciéndolo» es el lema de este año y de los precedentes —dijo Sabriel con un suspiro—. Por cierto, más nos vale que giremos la papelonave y volvamos a emprender vuelo. Quiero pasar por la Casa Real de camino al pueblo del Roble.

—¿Para pedirle consejo a...? —inquirió Ryelle. Y el resto de su pregunta no llegó a oídos de Lirael porque una ráfaga de viento se la llevó lejos. La muchacha se inclinó un poco más procurando no mover la nieve que le cubría el gorro.

Sabriel le contestó algo, pero Lirael sólo consiguió enterarse de las últimas palabras.

—... sigue durmiendo gran parte del año gracias a Ratina... Se perdió las frases siguientes cuando todos se arremolinaron alrededor de la papelonave y la giraron en sentido contrario. Lirael se estiró lo más posible haciendo que la nieve cayera de su cara. La enfurecía verlos y oír palabras sueltas sin poder entender el sentido general. Por un momento se sintió tentada de lanzar un encantamiento para mejorar su sentido del oído. Había visto referencias a este tipo de hechizos, pero no conocía las señales

necesarias. Además, Sabriel y los demás advertirían casi con toda certeza la presencia de magia del Gremio. El viento amainó de pronto y Lirael volvió a oír con claridad.
—Siguen en la escuela, en Ancelstierre —decía Sabriel respondiendo a una pregunta que le había formulado Sanar—. Vendrán para las vacaciones. Dentro de tres..., no, de cuatro semanas. Si logramos salir con bien de esta emergencia, es posible que lleguemos a tiempo al Muro para recibirlos. Habíamos planeado pasar unas semanas juntos en Belisaere. Aunque me temo que se produzcan nuevos contratiempos que reclamen la presencia de al menos uno de nosotros y entonces tendrán que regresar.

A Lirael le pareció que decía estas últimas palabras con tristeza. Piedra de Toque debió de pensar lo mismo, porque la tomó de la mano para infundirle ánimos.

—Al menos allí están a salvo —le dijo, y Sabriel asintió dejando entrever una vez más el cansancio.

—Los hemos visto cruzar el Muro, aunque puede tratarse de la próxima vez, o de la siguiente —afirmó Ryelle—. Ellimere se parece... se parecerá mucho a ti, Sabriel.

—Por suerte —observó Piedra de Toque echándose a reír—. Aunque a mí se parece en otras cosas.

Lirael se dio cuenta de que hablaban de sus hijos. Sabía que tenían dos. Una princesa más o menos de su misma edad y un príncipe algo menor, aunque no sabía exactamente cuántos años le llevaba. Se notaba que Sabriel y Piedra de Toque se preocupaban mucho por ellos y que los echaban de menos. Eso la hizo pensar en sus padres, que no se preocuparon demasiado por ella. Recordó otra vez el tacto fresco y suave de aquella mano. No obstante, su madre la había abandonado y a lo mejor su padre ni siquiera se había enterado de su nacimiento.

—Será reina —dijo un voz muy gruesa que sacó a Lirael de sus pensamientos—. No será reina. Puede que sea reina.

Era una de las otras clarvis, una anciana que hablaba con la voz de la profecía y veía algo muy distinto del montón de hielo donde había clavado la vista. Lanzó un grito ahogado y dio un traspié tendiendo las manos para amortiguar la caída.

Piedra de Toque reaccionó de inmediato, la cogió antes de que tocara el suelo y volvió a ponerla en pie. La mujer se balanceó algo insegura, la mirada enloquecida y soñadora.

—Un futuro lejano —dijo con una voz a la que le faltaba el extraño timbre de la profecía—. Un futuro en el que tu hija Ellimere era mayor que tú ahora y reinaba como reina. Pero también vi muchos otros futuros posibles, uno al lado del otro, en los que no hay más que humo y cenizas y el mundo es pasto de las llamas y la destrucción.

Un escalofrío recorrió a Lirael de pies a cabeza al oír lo que la anciana clarvi predecía. Había tanta convicción en su voz, que Lirael llegó incluso a ver las ruinas desoladas. ¿Pero cómo podía el mundo ser pasto de las llamas y la destrucción?

—Futuros posibles —intervino Sanar, aparentando calma—. Muchas veces recibimos atisbos de futuros que jamás serán. Esa es parte de la carga que supone tener el sentido de la visión.

—Pues entonces me alegro de no estar dotado de él —dijo Piedra de Toque, mientras dejaba que Sanar y Ryelle se ocuparan de la temblorosa clarvi. Levantó la vista hacia el sol y luego miró a Sabriel que le hizo un gesto afirmativo con la cabeza —. Cuánto lo siento, hemos de partir aprovechando el viento.

Sabriel y él sonrieron al percatarse de la rima espontánea; volvieron la cabeza para no delatarse y desde su escondite, Lirael fue la única que los vio. Piedra de Toque se quitó las espadas y las guardó en la cabina de mando e hizo otro tanto con la de Sabriel. La Abhorsen se quitó la bandolera con las campanas y la depositó con suavidad, tratando de no agitarlas. Lirael se preguntó por qué se habrían molestado en sacarlas, si iban a quedarse tan poco tiempo. Cayó entonces en la cuenta de que vivían tan inmersos en el peligro que para ellos era como un acto reflejo tener las armas a mano. Igual que los guardias de los mercaderes que había visto esa mañana en el refectorio. Saber que la Abhorsen y el rey no se fiaban de la protección de las clarvis obligó a Lirael a pensar que ella también estaba desarmada. ¿Qué iba a hacer si llegaban a atacarla cuando todos se hubiesen marchado? No estaba segura de que su llave abriese desde fuera la portezuela. Al subir, ni siquiera había pensado en ese detalle.

Lirael apartó la vista de la papelonave y se dejó invadir por el pánico cuando imaginó que pasaba la noche ahí fuera y una garra monstruosa la arrastraba por la nieve. La perspectiva de una muerte no deseada no la seducía nada. En ese instante, un movimiento brusco captó su atención. Sabriel, ya instalada en la papelonave, estaba señalando. ¡Señalaba directamente hacia el escondite de Lirael en la nieve!

—Será mejor que investiguéis qué es ese destello verde —sugirió Sabriel. Sus palabras se oyeron bien nítidas por primera vez—. Creo que lo que hay sepultado debajo es inofensivo, pero nunca se sabe. Adiós, primas de las clarvis. Espero que volvamos a vernos pronto y que podamos quedarnos un poco más.

—Y nosotras esperamos ser de más ayuda —dijo Sanar mirando hacia donde Sabriel le indicaba—. Y que veamos con más claridad, tanto en el Oeste como debajo de nuestras propias narices.

—Adiós —se despidió Piedra de Toque agitando la mano desde la parte posterior de la papelonave.

Sabriel silbó una nota pura cargada de magia. El silbido se elevó en el viento haciéndolo rolar y bajar para que levantara la papelonave y la deslizara por la terraza. Sabriel y Piedra de Toque saludaron con la mano; la nave roja y dorada salió despedida al final de la terraza, y se perdió de vista.

Lirael contuvo el aliento y luego inspiró aliviada al comprobar que la papelonave

surcaba el cielo. Volando en círculos se fue elevando más y mas, luego viró al Sur y siguió viaje a toda velocidad, cuando Sabriel invitó al viento a que soplara por la cola.

Lirael se quedó mirando un segundo y luego trató de hundirse más en la nieve. A lo mejor la tomaban por una nutria de los hielos. Sin embargo, aunque desapareciera en el montón de nieve, sabía que de nada iba a servirle. Las siete clarvis avanzaban hacia su escondite con cara de pocos amigos.

Una oportunidad inesperada

Lirael no supo muy bien cómo consiguieron regresar tan deprisa al hangar de las papelonaves. Sabía que la habían aferrado más manos de las que correspondían a siete personas y que la hicieron recorrer la nieve a empellones, con lo que el trayecto le resultó más incómodo que si la hubiesen dejado caminar sola. Durante unos instantes creyó que estaban muy, pero que muy enfadadas con ella. Se dio cuenta entonces de que en realidad tenían frío y querían meterse dentro de una vez por todas.

Una vez en el interior del hangar, quedó claro que aunque las clarvis no estaban realmente furiosas, tampoco se las veía encantadas de la vida. Le arrancaron el gorro, los anteojos y la bufanda sin miramientos, tirándole del pelo si hacía falta, y entonces se encontró con siete caras moradas de frío que la miraban desde arriba.

—La hija de Arielle —dijo Sanar, como quien nombra una planta o una flor entresacada de una relación—. Lirael. No figura en la lista de turnos de la guardia. Por tanto, todavía carece del don de la visión. ¿Es así?

—Pu... pues... sí —tartamudeó Lirael.

Nadie la había mirado nunca con tanta fijeza; además, siempre que podía, trataba de no hablar con nadie, sobre todo con las clarvis hechas y derechas. Las clarvis importantes la ponían nerviosa incluso cuando no había hecho nada de lo que avergonzarse. Y ahí delante tenía a siete de ellas dedicándole toda su atención. Deseó que la tierra se la tragara para reaparecer luego en su cuarto.

—¿Por qué te escondías ahí fuera? —preguntó la clarvi anciana. Lirael recordó de pronto que se llamaba Mirelle—. ¿Por qué no estás en la ceremonia del despertar?

Su voz no tenía ni una pizca de calidez, era fría y autoritaria. Lirael recordó algo tarde que aquella anciana de cabellos grises y cara coriácea era, además, la comandante de las tropas de asalto de las clarvis, encargadas de cazar y patrullar por los montes Estrella y Ocaso, el glaciar y el valle del río. Se encargaban de todo, desde viajeros perdidos hasta bandidos de pocas luces y fieras acechantes. Era mejor no meterse con ellas.

Mirelle le repitió la pregunta; Lirael no atinaba a contestarle. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero consiguió que no rodaran por sus mejillas. Cuando creyó que Mirelle estaba a punto de emprenderla a sacudones con ella para arrancarle la respuesta y frenar las lágrimas, dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Es mi cumpleaños. Hoy cumplo catorce años.

No supo por qué extraña razón aquello era justamente lo que debía decir. Todas las clarvis se relajaron y Mirelle dejó de aferrarla por los hombros. Lirael dio un respingo. La anciana la había apretado con fuerza suficiente para dejarle morados.

—De manera que has cumplido catorce años —dijo Sanar, mucho más amable que Mirelle—. ¿Y estás preocupada porque la visión no ha despertado en ti?

Lirael asintió sin atreverse a hablar.

—A algunas nos llega tarde —prosiguió Sanar mirándola con ojos cálidos y comprensivos—. Ten en cuenta que cuanto más tarda, más fuerte despierta. A Ryelle y a mí no nos llegó hasta los dieciséis. ¿No te lo había dicho nadie?

Lirael abrió los ojos como platos y por primera vez su mirada se encontró con la de la clarvi. ¡Dieciséis años! ¡Imposible!

—No puede ser. —La sorpresa y el asombro se le notaban en la voz—. ¿A los dieciséis?

—Sí —dijo Ryelle sonriendo y prosiguiendo la conversación donde Sanar la había dejado—. A los dieciséis años y medio, para ser exactas. Pensamos que nunca nos llegaría. Pero llegó. Imagino que no podías soportar el tener que asistir a otra ceremonia del despertar. Por eso subiste hasta aquí, ¿verdad?

—Sí —contestó Lirael esbozando una tímida sonrisa.

¡Dieciséis años! O sea que todavía le quedaban esperanzas. Le entraron ganas de repartir abrazos entre todas, incluida Mirelle, y de bajar la escalera del monte Estrella a todo correr, gritando de alegría.

De repente, su plan de quitarse la vida le pareció increíblemente estúpido, y su gestación, algo del pasado remoto.

—Gran parte de los problemas que tuvimos entonces se debían a que nos pasábamos todo el tiempo pensando en que carecíamos del don de la visión —comentó Sanar, a quien no se le habían escapado las señales de alivio reflejadas en el rostro de Lirael y en la postura de su cuerpo—, y por eso no formábamos parte de la guardia y no recibíamos adiestramiento en el uso de la visión. Y a nosotras tampoco nos gustaba hacer turnos extra en la lista de tareas.

—No, la verdad —se apresuró a decir Lirael. ¿A quién iba a apetecerle limpiar lavabos o fregar platos más de lo necesario?

—No era habitual que se nos asignara un puesto antes de los dieciocho años —prosiguió Ryelle—. Pero lo pedimos, y la guardia acordó que desempeñáramos un trabajo adecuado. Pasamos a formar parte del personal de vuelo de las papelonaves y aprendimos a pilotarlas. Ocurrió en la época que precedió el regreso del rey, cuando todo era mucho más peligroso e inestable, de manera que volamos con muchas más patrullas y llegamos mucho más lejos que ahora.

»A1 cabo de un año de vuelos, la visión despertó en nosotras. Podía haber sido un año horrible, como lo había sido el anterior, en el que esperamos sentadas a que nos viniera el don, pero estábamos demasiado ocupadas para pensar siquiera en ello. ¿Crees que un trabajo adecuado podría ayudarte a ti también?

—¡Sí! —contestó Lirael con fervor.

Si le asignaban un trabajo fijo ya no se vería obligada a llevar la túnica infantil, podría vestirse con el uniforme de las clarvis trabajadoras. También podría alejarse de

las niñas más pequeñas y de tía Kirrith. A lo mejor, dependiendo de la tarea que fuese, incluso cabía la posibilidad de que la eximieran de participar en las ceremonias del despertar.

—La cuestión es, ¿qué trabajo se ajustaría más a ti? —caviló Sanar—. Creo que nunca has aparecido en nuestras visiones, de manera que por ahí no conseguiremos ninguna ayuda. ¿Hay algún destino que te interese especialmente? ¿Las tropas de asalto? ¿El personal de vuelo de las papelonaves? ¿La oficina de comercio? ¿El banco? ¿Obras públicas? ¿La enfermería? ¿La central térmica?

—No tengo ni idea —dijo Lirael, repasando mentalmente la gran variedad de trabajos que hacían las clarvis, además de las tareas comunitarias.

—¿Qué se te da mejor? —preguntó Mirelle. Miró a Lirael de arriba abajo, midiéndola sin ningún complejo, para comprobar si podía reclutarla para las tropas de asalto. Levantó ligeramente la nariz en el aire, en clara señal de que el potencial de Lirael no daba para grandes alegrías—. ¿Qué tal manejas la espada y el arco?

—No muy bien —contestó Lirael sintiéndose culpable y pensando en todas las prácticas a las que había faltado en los últimos tiempos para encerrarse en su cuarto a lamerse las heridas—. Lo que mejor se me da, creo yo, es la magia del Gremio. Y la música.

—Tal vez las papelonaves serían la solución —dijo Sanar. Frunció el ceño y miró a sus compañeras—. Aunque me parece a mí que todavía eres demasiado joven. Las papelonaves pueden llegar a ser una mala influencia.

Lirael observó de reojo a las papelonaves y no pudo contener un ligero estremecimiento. Le gustaba la idea de volar, pero las papelonaves le daban un poco de miedo. Resultaba un tanto espeluznante que estuviesen vivas y tuvieran su propia personalidad. ¿Qué pasaría si se veía obligada a hablar todo el tiempo con una de ellas? Si ya le gustaba poco hablar con la gente, con las papelonaves, mucho menos aún. Tras sopesar ese detalle, Lirael dedujo cuál sería el trabajo en el que tendría menos contacto con la gente y dijo:

—Me gustaría trabajar en la biblioteca.

—La biblioteca —repitió Sanar, un tanto contrariada—. ¡Huy! Puede ser peligrosa para una chica de catorce años. Y bien mirado, también para una mujer de cuarenta.

—Sólo en parte —adujo Ryelle—. Sólo los niveles antiguos.

—No se puede trabajar en la biblioteca sin haber pasado por los niveles antiguos —comentó Mirelle con tono sombrío—. Al menos una temporada. A mí no me haría ninguna gracia recorrer ciertas zonas de la biblioteca.

Lirael las escuchaba preguntándose por lo que estarían hablando. La Gran Biblioteca de las clarvis era un lugar inmenso, pero nunca había oído mencionar los niveles antiguos.

Conocía muy bien el plano general del edificio de la biblioteca. Tenía forma de concha de nautilo, un túnel continuo que descendía en una espiral cada vez más cerrada hasta el corazón de la montaña. Esa espiral principal era una rampa sinuosa muy larga que conducía desde las cimas más altas de la montaña hasta más abajo del suelo del valle, a varios cientos de metros de profundidad.

De la espiral principal partían incontables corredores, habitaciones, vestíbulos y extrañas salas. Muchas de ellas albergaban los registros escritos de las clarvis, en su mayoría documentos con las profecías y visiones de generaciones de videntes. Aunque también archivaban libros y documentos de todos los rincones del reino. Libros de magia y misterio, sabidurías antiguas y modernas. Pergaminos, mapas, hechizos, pócimas, inventarios, historias, cuentos reales y sabe el Gremio qué más.

Además de todas esas obras escritas, la Gran Biblioteca albergaba otras cosas. En ella había antiguos arsenales con armas y armaduras que llevaban siglos sin utilizarse, pero que conservaban el mismo brillo y el mismo olor que si fueran nuevas. Había salas llenas de extrañísimos objetos que nadie sabía cómo utilizar. En algunas salas había maniquíes completamente ataviados con las prendas que llevaban las clarvis de antaño y con los trajes más diversos de los bárbaros del Norte. Había invernaderos atendidos por los enviados, alumbrados con marcas del Gremio que lucían como soles. Había habitaciones completamente oscuras, que se tragaban la luz y a los incautos que osaban entrar en ellas sin preparación alguna.

Lirael había visto algunas zonas de la biblioteca en compañía de sus compañeras de curso, durante visitas cuidadosamente guiadas. Siempre había anhelado trasponer aquellas misteriosas puertas, pasar detrás de los rojos cordones que, a manera de barreras, impedían adentrarse en los corredores o túneles donde sólo se permitía el paso a las bibliotecarias autorizadas.

—¿Por qué quieres trabajar allí? —preguntó Sanar.

—Po... porque es interesante —tartamudeó Lirael, sin saber a ciencia cierta cómo debía contestar.

No quería reconocer que la biblioteca sería el mejor sitio donde ocultarse de las demás clarvis. Y en lo más recóndito de su cabeza, no olvidaba que en la biblioteca podría encontrar un hechizo para poner fin a su vida. Pero no para utilizarlo ahora, claro, porque sabía que algún día recibiría el don de la visión. Sino para más tarde, si los años iban pasando sin que el don llegase, viendo crecer en su interior la más negra de las desesperaciones, como le había ocurrido esa mañana.

—Es interesante —repitió Sanar—. Aunque debes tener presente que la biblioteca encierra cosas peligrosas, conocimientos nocivos. ¿No te inquieta?

—No lo sé —contestó Lirael con toda franqueza—. Depende de qué se tratara. Pero me gustaría mucho trabajar allí. —Tras una pausa, añadió en voz muy baja—: Quiero estar ocupada en algo, como dijiste, y olvidarme de que no tengo la visión.

Las clarvis se apartaron de Lirael y formaron un corro apretado del que la muchacha quedó excluida y se pusieron todas a cuchichear. Lirael las observaba con creciente inquietud, consciente de que en su vida estaba a punto de ocurrir algo trascendental. El día había sido horrible, pero ahora volvía a abrigar esperanzas.

Las clarvis hicieron silencio. Lirael las miró a través de la abundante cabellera, contenta de que le cubriera la cara. No quería que notasen las ganas inmensas que tenía de que la dejaran trabajar.

—Como hoy es tu cumpleaños —dijo Sanar—, y dado que consideramos que es lo mejor, hemos decidido que, tal como pides, te pondremos a trabajar en la biblioteca. Mañana por la mañana, te presentarás ante Vancelle, la bibliotecaria jefa. Si ella no te considera inadecuada por algún motivo, pasarás a desempeñarte como auxiliar tercera de la bibliotecaria.

—¡Gracias! —exclamó Lirael. La voz le salió como un ronquido, de manera que tuvo que repetir—: Gracias.

—Una cosa más —le dijo Sanar acercándose tanto que Lirael tuvo que levantar la vista para mirarla a los ojos—. Hoy has oído conversaciones de las que no deberías haberte enterado. Es más, has presenciado una visita que nunca se produjo. La estabilidad de un reino es algo frágil, Lirael, algo que se pierde con facilidad. En otros lugares, en otras circunstancias, Sabriel y Piedra de Toque no hablarían con tanta franqueza.

—No diré nada a nadie —prometió Lirael—. En realidad, hablo muy poco.

—No lo recordarás —dijo Ryelle, que ya se había situado detrás de la muchacha para realizar el encantamiento que llevaba preparado en el hueco de la mano.

Antes de que Lirael pudiese pensar siquiera en contestarle, una cadena de brillantes marcas del Gremio cayó sobre su cabeza y se ciñó a su frente.

—Al menos hasta que no sea preciso que recuerdes —continuó Ryelle—. Recordarás todo lo que has hecho hoy menos la visita de Sabriel y Piedra de Toque. Ese recuerdo quedará borrado y será reemplazado por el de un paseo en la terraza y un encuentro casual con nosotras. Como te vimos preocupada, conversamos sobre la posibilidad de un trabajo y sobre cuándo llega el don de la visión. Así es como has conseguido el nuevo puesto, Lirael. Así lo recordarás y de ningún otro modo.

—Sí. En la biblioteca —contestó Lirael cuyas palabras se fueron desprendiendo de sus labios con mucha lentitud, tanta que parecía borracha o muy, muy cansada—. Mañana me presentaré ante Vancelle.

Auxiliar tercera de la bibliotecaria

La bibliotecaria jefa disponía de un amplio despacho revestido de roble, un escritorio muy largo cubierto de libros, papeles y una gran bandeja de bronce con el desayuno de esa mañana a medio terminar. Sobre el escritorio había también una larga espada desenvainada, con la hoja de plata y la empuñadura muy cerca de la mano de la bibliotecaria.

Lirael se plantó delante del escritorio e inclinó la cabeza mientras Vancelle leía la nota de

Sanar y Ryelle que le acababa de entregar la muchacha.

—Y bien —dijo la bibliotecaria, y su profunda voz de mando hizo que Lirael diera un brinco—. ¿Así que quieres ser bibliotecaria?

—S...sí —tartamudeó Lirael.

—¿Y das la talla? —preguntó la bibliotecaria.

Acarició la empuñadura de la espada; por un instante, Lirael pensó que Vancelle iba a empuñarla y a dar unos estoques al aire para comprobar si se asustaba.

Lo cierto era que Lirael ya estaba asustada. La bibliotecaria le daba miedo aunque no llevara espada. Su rostro no dejaba entrever sentimiento alguno, y se movía economizando al máximo las fuerzas, como si en el momento menos pensado fuera a estallar en una reacción violenta.

—¿Das la talla? —preguntó la bibliotecaria.

—Pues... no... no lo sé —susurró Lirael.

La bibliotecaria abandonó su lado del escritorio con tanta rapidez que Lirael no supo bien si había pestañeado y se había perdido el momento en que ocurrió.

Aunque Vancelle era apenas más alta que Lirael, daba la impresión de erguirse encima de ella con toda su imponencia. Tenía los ojos azules y brillantes y su pelo suave y reluciente era del color grisáceo habitual, como la ceniza más fina que queda al enfriarse los leños del hogar. Llevaba los dedos llenos de anillos y en la muñeca izquierda lucía una pulsera de plata con siete esmeraldas y nueve rubíes engarzados. Era imposible adivinar su edad.

Lirael tembló cuando la bibliotecaria le tocó la marca del Gremio que llevaba en la frente. La notó brillar y sintió la piel ardiendo, luego vio su luz reflejarse en los anillos y la pulsera.

La bibliotecaria permaneció impasible cuando tocó la marca del Gremio de Lirael. Apartó la mano y volvió a ocupar su sitio detrás del escritorio. Una vez más, acarició la empuñadura de la espada.

—Nunca hemos aceptado a una bibliotecaria que no hubiese aparecido como tal en nuestras visiones —dijo, inclinando la cabeza, como quien está a punto de colgar un cuadro y no acaba de decidirse dónde—. Aunque lo cierto es que tú no has

aparecido en las visiones de nadie, ¿verdad?

A Lirael se le secó la boca. Incapaz de hablar, asintió con la cabeza. Notó que la oportunidad que acababan de darle se le escapaba de las manos. El perdón, la oportunidad de trabajar, de ser alguien...

—De manera que eres un misterio —prosiguió la bibliotecaria—. Pero no hay mejor lugar para el misterio que la Gran Biblioteca de las clarvis, y es mejor ser bibliotecaria que parte de la colección.

De entrada, Lirael no la entendió. Luego, la esperanza volvió a renacer en ella y, tras recuperar el dominio de su voz, preguntó:

—¿Quieres decir que... que doy la talla?

—Sí —contestó Vancelle, la bibliotecaria jefa de la Gran Biblioteca de las clarvis —. Das la talla y puedes empezar ahora mismo. La bibliotecaria auxiliar Ness te dirá lo que tienes que hacer.

Lirael se marchó envuelta en una nube de felicidad. Había sobrevivido a la dura prueba. La habían aceptado. ¡Sería bibliotecaria!

La bibliotecaria auxiliar Ness se limitó a recibir a Lirael con desdén y a remitirla a la bibliotecaria auxiliar primera Roslin, que le dio un beso distraído en la mejilla y la mandó a ver a la bibliotecaria auxiliar segunda Imshi, de apenas veinte años, a la que acababan de ascender, por lo que había dejado de llevar el chaleco de seda amarillo para lucir el rojo que correspondía a su nueva jerarquía.

Imshi se llevó a Lirael al vestidor, una habitación inmensa, llena de equipos, armas y objetos varios utilizados por las bibliotecarias, desde cuerdas para escalar a bicheros. E incontables decenas de chalecos de la biblioteca, de distintas tallas y colores.

—Las auxiliares terceras llevan el amarillo, las segundas, el rojo, las primeras, el azul, la suplente, el blanco y la jefa, el negro —le explicó Imshi mientras ayudaba a Lirael a ponerse el chaleco amarillo nuevecito encima de la ropa de trabajo—. Pesa más de lo que parece, ¿verdad? Se debe a que está confeccionado con lona forrada de seda. Así dura más. Este silbato va prendido a la solapa, aquí, de manera que inclinando la cabeza puedas soplar por él, aunque te sujeten los brazos. Usarás el silbato sólo si de verdad precisas ayuda. Si oyes que alguien lo ha utilizado, corre hacia el sonido y haz lo que esté en tu mano para ayudar.

Lirael cogió el silbato, un simple tubito de bronce y lo prendió con las presillas de la solapa destinadas a tal fin. Tal como Imshi le había explicado, para soplar por él no tenía más que inclinar la cabeza. ¿Pero a qué se referiría Imshi? ¿Qué era lo que podía sujetarla de los brazos?

—Claro que el silbato sólo sirve si alguien lo oye —continuó Imshi, entregándole a Lirael algo que, a primera vista, tenía aspecto de pelota plateada. Mediante señas le indicó que lo guardara en el bolsillo superior izquierdo de su nuevo chaleco—. Para

eso tienes el ratón. Es automático sólo en parte, de manera que deberás acordarte de darle cuerda una vez al mes, y el hechizo debe renovarse todos los años durante el solsticio de verano.

Lirael echó un vistazo al pequeño objeto de plata. Era un ratón con patitas mecánicas, dos rubíes brillantísimos hacían de ojos y llevaba una llavecita en el lomo. Notó el calorcillo producido por el hechizo del Gremio que yacía en estado latente en su interior. Dedujo que el encantamiento se encargaría de activar el mecanismo automático en el momento adecuado y enviarlo donde hiciera falta.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó Lirael sorprendiendo un poco a Imshi.

La muchacha no había abierto la boca desde que las habían presentado y se había quedado allí plantificada, con el pelo tapándole la cara. Imshi ya la había catalogado como una de las contrataciones excéntricas de la jefa, pero a lo mejor todavía quedaban esperanzas. Lo cierto es que a la muchacha se la notaba interesada.

—Consigue ayuda —contestó Imshi—. Si estás en los niveles antiguos o en algún lugar donde te parezca que nadie oirá el silbato, echa el ratón al suelo y pronuncia o dibuja la marca activadora, que ahora mismo te enseño. Cuando esté activado, correrá al salón de lectura y dará la alarma.

Lirael asintió y se apartó el pelo de la cara para examinar el ratón más de cerca, le pasó el dedo por el lomo plateado. Cuando Imshi se puso a hojear un índice de marcas del Gremio, Lirael sacudió la cabeza y guardó el ratón en el bolsillo correspondiente.

—Ya conozco la señal, gracias —dijo en voz baja—. La vi en el hechizo.

—¿Ah, sí? —dijo Imshi, otra vez sorprendida—. Debes de ser buena. Yo apenas consigo encender una vela o calentarme las manos cuando estoy ahí fuera, en el glaciar.

«Amiga —pensó Lirael—, pero tú tienes el don de la visión. Ya eres una clarvi.»

—De todos modos, tienes el silbato y el ratón —dijo Imshi siguiendo con su trabajo—. Aquí tienes el cinturón y la funda, y ahora veré cuál de las dagas es la más afilada. ¡Ay! Con ésta te valdrá, creo yo. Ahora debemos registrar el número en el libro y tienes que firmar por el material que acabo de entregarte.

Lirael se abrochó el ancho cinturón de cuero y se ató la funda a la cadera y el muslo. La daga que iba dentro medía como su antebrazo y tenía la hoja delgada y muy afilada. Era de acero con un baño de plata y la hoja estaba cubierta de marcas del Gremio. La muchacha les pasó el dedo suavemente para comprobar cómo reaccionaban. Se calentaron al contacto de su dedo y Lirael las identificó como las señales para romper y desenmarañar, muy útiles contra las criaturas de la magia libre. Las habían puesto allí hacía unos veinte años, en sustitución de las antiguas, que se habían gastado. Las actuales durarían otros diez años, pues al colocarlas no las habían dotado de grandes poderes ni habilidades. Lirael pensó que ella lo haría mejor, pese a

no ser especialmente experta en realizar encantamientos sobre objetos no animados.

La muchacha apartó la vista de la daga y comprobó que Imshi la esperaba expectante, con la pluma en la mano, inclinada sobre el voluminoso libro diario encuadernado en cuero, atado con una cadena al escritorio de la entrada del vestidor.

—El número —dijo Imshi—. Está en la hoja.

—Ah —dijo Lirael.

Colocó la hoja de lado hasta que las marcas del Gremio desaparecieron y vio el metal desnudo y la letra y el número grabados por medios convencionales.

—L2711 —dijo Lirael y luego enfundó la daga.

Imshi anotó el número, mojó la pluma en la tinta y se la pasó a Lirael para que firmase.

En el diario, entre las líneas trazadas con tinta roja, constaban el nombre de Lirael, la fecha, su cargo de bibliotecaria auxiliar tercera y una lista de todos los objetos que le habían entregado, claramente asentados por Imshi. Lirael leyó la lista pero no firmó.

—Aquí pone una llave —dijo cautelosamente levantando la pluma para que la gota de tinta que amenazaba con formarse no cayera sobre el papel.

—¡Ay, es verdad, la llave! —exclamó Imshi—. ¡La apunté pero luego se me ha olvidado!

Se fue hasta uno de los armarios de la pared, lo abrió y hurgó en su interior. Finalmente, sacó una ancha pulsera de plata con esmeraldas engarzadas, idéntica a la que ella llevaba en la muñeca. La abrió y se la colocó a Lirael en la muñeca derecha.

—Tendrás que ver a la jefa para que despierte el hechizo que lleva dentro —le explicó Imshi, y le indicó a Lirael cómo dos de las siete esmeraldas de su propia pulsera se llenaban de brillantes marcas del Gremio—. Abrirá entonces las puertas adecuadas en función de tu trabajo y tu cargo.

—Gracias —dijo Lirael lacónicamente.

Notaba el hechizo en la plata, las marcas del Gremio se ocultaban en las profundidades del metal a la espera de fluir hacia el interior de las esmeraldas. Adivinó que, en realidad, había siete hechizos, uno por cada esmeralda. Aunque ignoraba cómo sacarlos a la superficie y hacer que funcionaran. Ese tipo de magia escapaba a sus conocimientos.

Diez minutos más tarde, cuando Vancelle la tomó de la muñeca y lanzó un encantamiento que no era hablado ni ofrecía otras marcas identificables, ni llevaba firma ni dibujo, tampoco logró salir de su ignorancia. Fuera lo que fuese, el encantamiento iluminó una sola esmeralda dejando las seis restantes en la oscuridad. Eso, dijo Vancelle, bastaba para abrir las puertas más corrientes, más que suficiente para una bibliotecaria auxiliar tercera.

Lirael tardó tres meses en deducir cómo despertar los cuatro siguientes hechizos

de su pulsera; los correspondientes a la sexta y séptima esmeraldas se le resistieron y continuaron sumidos en el misterio. Sin embargo, se cuidó mucho de no despertar los hechizos adicionales de golpe, pues precisó de un mes más para crear la ilusión de la pulsera tal como se suponía que debía ser, para lucirla encima de la verdadera y ocultar el brillo de las esmeraldas que, en realidad, no debían estar iluminadas. Fue por pura curiosidad como se puso a elaborar los encantamientos de las llaves. Cuando se puso a investigar, no tenía intención de activarlos, sólo la impulsaba el afán averiguar su funcionamiento, no era más que un mero ejercicio intelectual. Sin embargo, eran tantas las puertas, las trampillas, los portales, las rejas y los candados y tan interesantes, que le resultó imposible no preguntarse qué había detrás. Una vez que los hechizos de la pulsera quedaban activados, le resultó muy difícil no pensar en utilizarlos.

Su trabajo diario contribuyó a hacerla caer en la tentación. Gran parte de las tareas manuales recaían en los enviados del Gremio que se ocupaban del transporte de materiales entre el salón de lectura principal y los estudios de los eruditos, pero las comprobaciones, los registros y la catalogación corrían por cuenta de personas como ella. En general, las bibliotecarias principiantes. Había, además, artículos muy especiales o peligrosos que había que ir a buscar en persona, muchas veces en grupos de bibliotecarias armadas. A Lirael nunca le tocaba formar parte de estas estimulantes expediciones a los niveles antiguos. Ni le iba a tocar hasta tanto no consiguiera el chaleco rojo de las auxiliares segundas, para lo cual debían pasar al menos tres años.

En el desempeño de sus atribuciones normales, recorría a menudo pasillos de aspecto interesante, vetados a la entrada por la habitual cuerda roja, o puertas que la atraían, casi como si estuviesen diciéndole: «¿Cómo puedes pasar delante de mí todos los días sin sentir deseos de trasponerme?».

Toda entrada de aspecto vagamente interesante estaba cerrada sin excepción y en ella no servían ni el encantamiento de la llave original ni la única esmeralda reluciente de la pulsera de Lirael.

Salvo la prohibición de acceder a las zonas interesantes, la Gran Biblioteca respondía a casi todas las esperanzas de Lirael. Le asignaron un pequeño estudio propio. En él apenas había espacio para estirar los brazos y sólo contenía un estrecho escritorio, una silla y varios estantes. Pero era un refugio, un lugar donde podía estar sola, al abrigo de las intromisiones de tía Kirrith. Estaba pensado para la concentración y el estudio, en el caso de Lirael, de libros de formación para bibliotecarios principiantes: Las normas del bibliotecario, Bibliografía esencial y El gran libro amarillo: encantamientos sencillos para auxiliares terceras. Había tardado un mes en aprender cuanto precisaba de esos volúmenes.

De manera que, con gran disimulo, se dedicó a tomar en préstamo cuantos libros caían en sus manos, como El libro negro de la bibliomancia, que una bibliotecaria

suplente olvidó incluir en una lista de devoluciones. Y dedicó mucho tiempo a analizar los encantamientos de su pulsera, abriéndose camino poquito a poco a través de las complejas cadenas de señales del Gremio hasta dar con los símbolos activadores.

Al principio, a Lirael la había guiado la curiosidad y la satisfacción que le producía descifrar la magia que, por su edad, no le correspondía conocer. Con el tiempo, comenzó a darse cuenta de que disfrutaba aprendiendo magia del Gremio por puro gusto. Y cuando estudiaba las señales y las combinaba para formar hechizos, se olvidaba de sus problemas y del hecho de que no disponía aún del don de la visión.

Aprender a ser una verdadera maga del Gremio también la mantenía ocupada cuando las demás bibliotecarias o sus compañeras de la Residencia de Jóvenes se dedicaban a las actividades de tipo social.

Al principio, las demás bibliotecarias, en especial, la decena larga de auxiliares terceras, habían tratado de mostrarse amables con ella. Pero todas eran mayores que Lirael y poseían el don de la visión. Por tanto, la muchacha creía no tener nada de qué hablar con ellas, por eso no abría la boca y procuraba ocultarse detrás del mechón de cabello. Al cabo de un tiempo, dejaron de invitarla a que se sentara con ellas durante el almuerzo, a las partidas vespertinas de tabore y a las reuniones nocturnas en las que se dedicaban a criticar a sus mayores mientras tomaban una copa de vino dulce.

De manera que Lirael volvió a encontrarse sola pese a estar rodeada de gente. Se repetía para sus adentros que lo prefería de ese modo, aunque le resultaba imposible negar la punzada de dolor que sentía en el corazón cuando veía pasar grupos risueños de jóvenes clarvis y comprobaba con qué facilidad conversaban y disfrutaban de la amistad.

Lo pasaba peor todavía cuando mandaban llamar a grupos enteros para que se unieran a la guardia de los nueve días, algo que comenzó a ocurrir cada vez con mayor frecuencia durante los primeros meses de trabajo de Lirael. La muchacha estaba de pronto en el salón de lectura, apilando libros, o escribiendo en uno de los registros, cuando aparecía una mensajera de la guardia con las fichas de marfil con las que se convocaba a su receptor a acudir al observatorio. En algunas ocasiones, decenas de clarvis que en ese momento se encontraban en el salón de lectura abovedado recibían una ficha. Sonreían, soltaban alguna palabrota, hacían muecas o la aceptaban con estoicismo. Seguía entonces una actividad frenética, todas interrumpían su trabajo, echaban la silla hacia atrás, guardaban libros y papeles bajo llave en los cajones de sus escritorios o los devolvían a los estantes y luego sorteaban las mesas antes de salir en tropel por las puertas.

Al principio, Lirael se sorprendió de que convocasen a tantas, y se sorprendió aún más al ver que algunas de ellas regresaban al cabo de horas o de pocos días, en lugar de los nueve acostumbrados que daban nombre a la guardia. Pensó que se debía a

alguna peculiaridad de las bibliotecarias y que por eso convocaban a tantas de golpe, aunque no para todo el período; la cuestión era que no le apetecía preguntar a nadie para salir de dudas, de manera que tardó un tiempo en conocer el verdadero motivo, cuando oyó por casualidad a dos auxiliares segundas que cuchicheaban en la sala de encuadernación.

—Me parece bien que llamen a noventa y ocho. Pero de ahí a convocar a ciento noventa y seis e ir aumentando el número hasta llegar a las setecientas ochenta y cuatro de ayer es el colmo de la ridiculez —dijo una de las auxiliares segundas—. Lo cierto es que en el observatorio cabíamos todas. ¡Pero ahora se habla de que llamarán a mil quinientas sesenta y ocho! O sea casi todas, creo yo. Además, no parece que engrosar la guardia contribuya a mejorar más las cosas que las habituales cuarenta y nueve. Yo no le veo ninguna diferencia, la verdad.

—A mí no me importa especialmente —contestó la otra auxiliar segunda mientras encolaba cuidadosamente la cubierta rota de un libro—. Cambiar de tercio viene bien, además, cuando la guardia es tan nutrida, la cosa acaba antes. Pero es un aburrimiento cuando tenemos que tratar de concentrarnos hacia donde no vemos nada. Me pregunto por qué las altas instancias no reconocen que nadie es capaz de ver nada alrededor de este estúpido lago y sanseacabó.

—Porque no es tan sencillo —la interrumpió una suplente de voz adusta echándoseles encima como un enorme gato blanco sobre dos ratones regordetes—. Todos los futuros posibles están conectados. El hecho de no ver dónde comienzan los futuros constituye un problema importante. ¡Deberíais saberlo, y también deberíais saber que no se habla de lo que ocurre en la guardia!

Pronunció la última frase al mismo tiempo que echaba una mirada colérica a su alrededor. Pese a que Lirael estaba medio oculta detrás de una enorme prensa, notó que iba especialmente dirigida a ella. Al fin y al cabo, todas las demás personas presentes en la sala eran clarvis hechas y derechas, y reunían todas las condiciones para formar parte de la guardia de los nueve días.

Las mejillas se le enrojecieron de vergüenza e incomodidad mientras reunía todas sus fuerzas para girar las manivelas de bronce del tornillo con que se apretaba la prensa. Poco a poco, a su alrededor, la conversación prosiguió su curso, pero ella no prestó atención y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

Fue entonces cuando decidió despertar la magia latente en su pulsera y utilizar el encantamiento que había ideado para ocultar el brillo de las otras esmeraldas.

El hecho de que no pudiera formar parte de la guardia en el observatorio no le impedía explorar la biblioteca.

Más allá de la puerta del sol y la luna

Pese a haber despertado los encantamientos adicionales de su pulsera, a Lirael le resultaba difícil explorar las zonas que antes le habían estado vedadas. Siempre había demasiado trabajo o demasiadas bibliotecarias pululando por ahí. Después de los primeros dos intentos en los que, con el corazón en la boca, había estado a punto de realizar un descubrimiento delante de puertas prohibidas, Lirael decidió posponer su investigación hasta el momento en que hubiese menos gente o pudiera escaparse con facilidad del trabajo.

La primera oportunidad verdadera se le presentó casi cinco meses después de haberse puesto el chaleco amarillo de auxiliar tercera. Estaba en el salón de lectura, clasificando los libros que serían devueltos por los enviados que formaban un corro a su alrededor, y de cuyas siluetas envueltas en la oscuridad sólo se veían las manos fantasmales, producto de la magia del Gremio. Se trataba de enviados bastante sencillos, sin funciones superiores, que adoraban su trabajo. A Lirael también le caían bien, porque con ellos no tenía necesidad de hablar y porque no le hacían preguntas. La muchacha se limitaba a entregar los libros adecuados al enviado que correspondía y éste se los llevaba para su zona donde los colocaba en el anaquel asignado.

Lirael reconocía sin ningún esfuerzo a los enviados, habilidad muy valiosa puesto que los signos bordados en sus cogullas solían quedar oscurecidos por el polvo o estaban tan descosidos que no había manera de descifrarlos. No tenían nombres oficiales, sólo respondían a la descripción de sus responsabilidades. Aunque la mayoría disponía de motes, como Pequeño, encargado de Cuentos de Viajes, AD, o Adoquín, que se ocupaba de la colección de geología.

Lirael le estaba entregando a Pequeño un volumen especialmente grande, pesado y difícil de manejar, encuadernado en cuero que llevaba repujado un camello de tres gibas, cuando llegó la mensajera de la guardia. Lirael no le prestó mucha atención, porque sabía que a ella no le iba a tocar ninguna ficha de marfil. Después advirtió que la mensajera se detenía delante de todos los escritorios y hablaba con todas, y oyó elevarse a sus espaldas el murmullo de las conversaciones. Con disimulo, Lirael se metió el pelo detrás de las orejas y escuchó con atención. Al comienzo, el murmullo resultaba poco claro, pero a medida que la mensajera se fue aproximando, Lirael captó las palabras «mil quinientas sesenta y ocho» y se dio cuenta de que las repetía sin cesar.

Por un momento se sintió perpleja; acto seguido, cayó en la cuenta de que debía de tratarse de lo que las auxiliares segundas habían comentado. La convocatoria de mil quinientas sesenta y ocho clarvis a la guardia, una concentración del don de la visión sin precedentes.

Aquello exigiría que marcharan casi todas las bibliotecarias en funciones, según

calculó Lirael, con lo que ella gozaría de una oportunidad de oro para emprender su excursión secreta. Fue la primera vez que Lirael contemplaba a la mensajera repartir las fichas y en lugar de rendirse al desánimo y a la autocompasión, como solía hacer, se sintió embargada por el entusiasmo. En ese momento deseaba que convocaran a la guardia a absolutamente todas y cada una de sus compañeras. Procurando disimular su alegría, Lirael se aventuró a salir de detrás del escritorio para comprobar si la mensajera se había olvidado de alguien. Pues no, de ninguna. A Lirael le resultó extrañamente difícil respirar mientras esperaba que alguien se acordara de decirle lo que debía hacer... o no hacer. Ninguna de las bibliotecarias con las que solía trabajar estaba allí. Imshi brillaba por su ausencia. Lirael supuso que la mensajera se la habría topado por el camino y había aprovechado para entregarle una ficha.

Deseó con todas sus fuerzas que se marcharan todas y se puso a clasificar los libros con concentrada ferocidad, como si no le importara cuanto ocurría a su alrededor. Los enviados se mostraron encantados y se movían más deprisa; apenas uno acababa de recoger su pila de libros, el siguiente pasaba a ocupar el primer lugar de la fila.

Finalmente, el último chaleco reluciente brilló en el hueco de la puerta y se perdió de vista. Más de cincuenta bibliotecarias despachadas en menos de cinco minutos. Lirael sonrió y, al depositar el último libro con un golpe seco, decepcionó al enviado que esperaba una pila entera.

Tras dejar diez minutos de margen, por si había alguna rezagada, bajó por la espiral principal. Más o menos a medio kilómetro de la superficie, en lo profundo de los niveles antiguos, se topó con una puerta que le inspiraba especial curiosidad y que quería investigar primero. La superficie de madera, que lucía un emblema con un sol radiante asomando entre las nubes, era bastante corriente, salvo por ese detalle. Se trataba de un disco dorado del que partían los rayos de arriba a abajo. (Como era de esperar, una cuerda roja, fijada a ambos extremos con sellos de cera en los que resaltaba el símbolo del libro y la espada de la bibliotecaria jefa, impedía el paso.

Hacía ya bastante tiempo que Lirael había logrado averiguar cómo poner fin a aquel fastidio. Sacó del bolsillo del chaleco un trocito de alambre con dos mangos de madera y lo sostuvo cerca de la boca. Acto seguido pronunció tres señas del Gremio, un encantamiento sencillo para calentar metal. Cuando el alambre estuvo al rojo vivo, seccionó rápidamente los sellos y los ocultó junto con la cuerda en un agujero que había en la pared del corredor, lejos de la luz.

Llegó entonces la prueba definitiva. ¿Lograría su pulsera abrir la puerta o serían necesarios los dos encantamientos que faltaban y que ella no había podido descifrar?

Sostuvo la pulsera tal como le habían enseñado y la agitó delante de la puerta. Las esmeraldas comenzaron a emitir destellos, pasando a través del hechizo enmascarador con que las había cubierto y la puerta se abrió de par en par sin hacer ruido.

Lirael pasó y la puerta se cerró despacio. Se vio en un pasillo corto y se sintió momentáneamente desorientada por la brillante luz de su extremo. Era imposible que aquel pasillo llevase al exterior. Se encontraba en el centro de la montaña, a miles de metros bajo tierra. Pestañeó varias veces por efecto de la luz y avanzó aferrando la empuñadura de la daga con una mano y el ratón mecánico de emergencia con la otra.

El corredor no conducía al exterior, pero Lirael comprobó cómo se había dejado inducir a error. Se abría a una amplia cámara, más grande que el Gran Salón. En el techo altísimo, a decenas de metros del suelo, las marcas del Gremio brillaban con la intensidad del sol. En el centro de la estancia se alzaba un frondoso roble, con todo el follaje, como si fuera verano, y sus ramas proyectaban sombra sobre un estanque sinuoso. La caverna entera estaba llena de flores. Flores rojas. Lirael se inclinó y cortó una, sin estar del todo segura de que no se tratase de una ilusión. Pero no, era real. No vio magia alguna, sólo el tallo crujiente entre los dedos. Una margarita roja en plena floración.

Lirael la olió y estornudó cuando el polen se le metió en la nariz. En ese instante notó el profundo silencio reinante. La enorme caverna podía imitar el mundo exterior, pero el aire estaba demasiado en calma. No soplaba la brisa y no se oía nada. Ni pájaros, ni abejas alegres y ajetreadas entre tanto polen. Tampoco había animalitos que se acercaran al estanque a beber. No se veía nada vivo, salvo las flores y el árbol. A diferencia del sol, las luces del techo no despedían calor. En aquel lugar había la misma temperatura que en el resto del reino deshabitado de las clarvis, la misma humedad proveniente de la red de tuberías que conducían el agua calentísima desde los géiseres y los vapores acumulados en lo más profundo.

Por más hermosa que le pareciera la caverna, no dejaba de decepcionarla. Lirael se preguntó si aquello era cuanto iba a descubrir en su primera expedición. Fue entonces cuando reparó en otra puerta, más bien una especie de celosía, en el extremo opuesto de la caverna.

Tardó diez minutos en llegar a ella, más de lo que había calculado. Intentó no pisar demasiadas flores en el trayecto y dio todo un rodeo para no acercarse al estanque ni al árbol. Por si acaso.

La celosía impedía el paso a otro corredor que iba hacia la oscuridad en lugar de hacia la luz. La celosía, una simple reja metálica, portaba el emblema de una luna plateada en lugar de un sol. Un cuarto creciente, con las puntas más aguzadas y largas de lo habitual o de lo que podía considerarse estéticamente agradable.

Lirael miró a través de la celosía y contempló el pasadizo que había detrás. Sin saber por qué, le recordó el silbato que llevaba en el chaleco y le hizo pensar en cosas que la agarraban de los brazos. De todas maneras, en ese lugar el silbato iba a servirle de poco, y de inmediato, la muchacha se dio cuenta de que el ratón le serviría todavía menos, porque en ese momento, en el salón de lectura no quedaba nadie que pudiera

oír su chirrido de alarma.

Dejando de lado los peligros desconocidos, no había motivos aparentes para no intentar abrir al menos la celosía. Lirael agitó el brazo y las esmeraldas volvieron a resplandecer, sin embargo, la celosía no se abrió. Dejó caer la mano, se apartó el cabello de los ojos y frunció el ceño. Estaba claro que aquella celosía sólo respondía a hechizos superiores. A continuación oyó un clic y la hoja derecha de la celosía se abrió poco a poco, apenas lo suficiente para permitir que Lirael se colara. Para dificultar más las cosas, la luna en cuarto creciente asomaba por el espacio abierto y sus puntas quedaban a la altura del cuello y las ingles de Lirael.

La muchacha miró la estrecha abertura y analizó la situación. ¿Y si del otro lado la esperaba algo horrendo? Se repitió que no tenía nada que perder. El miedo y la curiosidad pugnaron en su interior durante un momento. Y ganó la curiosidad.

Dejándose llevar por este último impulso, Lirael sacó el ratón del bolsillo y lo dejó en el suelo, entre las flores. Si algo llegaba a torcerse al otro lado de la celosía, le quedaba siempre el recurso de gritar la señal del Gremio que lo activaba y el ratón emplearía sus taimados y ratoniles recursos para llegar hasta el salón de lectura. Aunque fuese demasiado tarde para salvar a Lirael, podía servir de advertencia a las demás. Según comentarios de sus superiores y compañeras de trabajo, no era infrecuente que las bibliotecarias ofrecieran sus vidas en beneficio de todas las clarvis, ya fuese por exceso de trabajo o en el curso de peligrosas investigaciones o en actos contra peligros desconocidos hasta entonces y descubiertos en la colección de la biblioteca. Lirael consideraba que el principio de sacrificio se adaptaba a ella perfectamente, porque las demás clarvis poseían el don de la visión y por eso debían continuar con vida mucho más que ella.

Después de dejar el ratón en el suelo, Lirael sacó la daga y se coló por la celosía entreabierta. Apenas le quedaba espacio para pasar, y las puntas de la luna eran afiladas como cuchillas, pero consiguió colarse sin que su ropa y su persona sufrieran daño alguno. Ni se le ocurrió pensar que un hombre o una mujer completamente desarrollados habrían sido incapaces de lograrlo.

El corredor estaba muy oscuro, de modo que Lirael pronunció un sencillo hechizo del Gremio para producir luz y lo dejó fluir en su daga. Levantó ésta ante ella a manera de linterna, aunque no alumbraba demasiado. Una de dos, o el hechizo le había salido algo torcido o había algo que interfería con él.

Además de oscuro, era evidente que el corredor no estaba conectado con las tuberías geotérmicas de las clarvis, porque hacía un frío que pelaba. El polvo se levantaba a cada paso y volaba en el aire formando extraños dibujos. La muchacha creyó que a lo mejor se trataba de señales del Gremio que ella desconocía.

Al fondo del corredor se abría una pequeña estancia rectangular. Sosteniendo bien alta la daga, Lirael alcanzó a ver sus rincones en sombra plagados de leves marcas del

Gremio, marcas tan viejas que casi habían perdido su luminosidad.

La magia flotaba por la estancia, magia del Gremio antiquísima y extraña que no comprendía y que le causaba miedo. Las señales eran vestigios de un encantamiento increíblemente antiguo, ya senil y roto. Pese a ello, ahora estaba formado apenas por unos cuantos cientos de marcas inconexas dibujadas en el polvo.

Sin embargo, de aquel hechizo se conservaba lo suficiente para que Lirael se inquietara aún más. Flotaban en el aire señales para confeccionar ataduras y prisiones, para levantar protecciones y advertencias. Pese a estar roto, el hechizo intentaba cumplir con su objetivo.

Peor aún, Lirael se dio cuenta de que, no obstante las marcas fueran muy viejas, el encantamiento no se había apagado sin más, tal como había creído en un principio. Lo habían roto hacía poco, algunas semanas o quizá meses.

En el centro de la estancia había una mesa baja de piedra negra y lustrosa, una losa que recordaba vagamente un altar. Ésta también estaba cubierta de restos de algún encantamiento o hechizo poderoso. Las marcas del Gremio fluían por su tersa superficie, buscando eternamente conectarse con alguna marca maestra del Gremio que las uniera a todas. Pero la marca maestra ya no estaba allí.

La mesa lucía siete pequeños plintos, dispuestos en fila. Tallados en una especie de hueso blanco luminoso, todos estaban vacíos menos uno. El tercero por la izquierda tenía en lo alto un pequeño modelo o estatuilla.

Lirael vaciló. No lograba descifrar qué era, pero no quería acercarse más. Y mucho menos sin tener más datos sobre los hechizos que se habían roto allí.

Se quedó donde estaba un rato, observando las marcas y escuchando. Nada cambió, la estancia continuaba sumida en el silencio. Un paso más al frente, pensó Lirael, no podía suponer una gran diferencia, le permitiría ver lo que había en el tercer plinto y luego retrocedería.

Se acercó más y levantó la luz.

En cuanto puso el pie en el suelo, se dio cuenta de su error. Notó el suelo raro, poco firme. Se abrió una raja tremenda y los dos pies traspasaron el panel de cristal oscuro que había confundido con la continuación del suelo.

Lirael se precipitó hacia delante, asida firmemente a su daga. Su mano izquierda cayó sobre la mesa e instintivamente aferró la estatuilla. Golpeó con las rodillas el borde donde se unían el cristal y la piedra y un dolor punzante la recorrió toda hasta llegarle a la coronilla. El cristal le había dejado muchos cortes en los pies y sentía un fuerte escozor.

Bajó la vista y vio algo peor que vidrios rotos y cortes en los pies, algo que la impulsó a moverse al instante sin reparar en el daño que los fragmentos de cristal podían causarle.

El vidrio era la tapa de una especie de trinchera larga, con forma de ataúd, que

contenía algo en su interior. Algo que al principio parecía una mujer dormida y desnuda. Tras un momento de horror, Lirael vio que sus antebrazos eran tan largos como sus piernas, curvados hacia atrás y rematados en grandes garras, como los de las mantis religiosas. La cosa abrió los ojos dejando ver el fuego plateado que ardía en su interior, unos ojos brillantes y terribles que Lirael jamás había imaginado.

Lo peor de todo era el hedor que flotaba en el aire. La delatora pestilencia metálica de la magia libre, que le dejó a Lirael un regusto agrio en la boca y la garganta y le revolvió el estómago.

La criatura y Lirael se movieron al mismo tiempo. La muchacha echó a correr hacia el corredor mientras la cosa tendía sus horripilantes garras para atraparla. No lo consiguió, y el monstruo soltó un chillido enfurecido, completamente inhumano, que impulsó a Lirael a correr como si en ello le fuera el alma, pese a tener cortes en los pies.

Antes de que el grito se hubiese apagado, Lirael inspiró tan hondo a causa del miedo, que a pesar de lo estrecho de la abertura, logró colarse por la celosía y todavía le sobró sitio. Al llegar al otro lado, se volvió y agitó la pulsera gritando:

—¡Ciérrate! ¡Ciérrate!

La celosía no se cerró y la criatura apareció de pronto ante ella y coló una pierna y uno de sus asquerosos brazos. Por un instante Lirael creyó que el bicho no lograría superar las puntas afiladas de la luna, pero de repente se adelgazó, se hizo más largo, su cuerpo era maleable como la arcilla blanda. Sus ojos plateados echaban chispas, abrió la boca dejando ver hileras y más hileras de dientes blancos y se lamió los labios con una lengua grisácea cubierta de rayas amarillas, como una sanguijuela.

Lirael no se detuvo a mirarla. Se olvidó del ratón de emergencia. Se olvidó de no acercarse al estanque y el árbol. Corrió y corrió en línea recta, pisoteando las flores, haciendo saltar por los aires una nube de pétalos de margarita.

Y corrió y corrió pensando que en cualquier momento una garra ganchuda caería sobre ella dejándola fuera de combate. En el corredor exterior no aminoró la marcha y frenó justo a tiempo para no acabar estampada contra la puerta. Agitó la pulsera y, en cuanto la puerta se entreabrió apenas, se coló dejándose todos los botones del chaleco.

Una vez al otro lado, agitó la pulsera otra vez y contempló la abertura con los mismos ojos desorbitados y enfermos de expectación del ternerillo que ve acercarse al lobo.

La puerta dejó de abrirse y, poco a poco, empezó a cerrarse de nuevo. Lirael suspiró y cayó de rodillas con la sensación de que iba a vomitar. Cerró los ojos un instante y oyó un golpecito que no se parecía en nada al que hacían las puertas al cerrarse.

Abrió los ojos y por una abertura de apenas un dedo de ancho vio asomar un

garfio curvado, largo como su mano, con aspecto de pertenecer a un insecto. Le siguió otro... y la puerta comenzó a entreabrirse. Lirael acercó la boca al silbato y el eco de su agudo silbido se oyó a lo largo de toda la espiral. Pero no había nadie que lo oyera, y cuando metió la mano en el bolsillo donde guardaba el ratón, encontró una extraña estatuilla de piedra suave en lugar del cuerpo plateado y conocido del ratón.

La puerta se agitó y la abertura aumentó, la criatura estaba consiguiendo vencer el hechizo que intentaba mantenerla cerrada. Lirael clavó la vista en ella sin saber qué hacer. Miró nerviosamente a ambos extremos del corredor, como si por ahí fuera a llegar una ayuda inesperada.

No tuvo esa suerte y en lo único que atinó a pensar fue en que debía impedir que aquel engendro llegase a la espiral principal. Le vinieron a la mente las palabras de las bibliotecarias sobre el sacrificio y las imágenes de su triste ascenso por la escalera del monte Estrella de hacía apenas unos meses. Ahora que la muerte se convertía en algo probable, se dio cuenta de que deseaba fervientemente seguir viva.

Pese a todo, Lirael sabía lo que debía hacer. Se concentró y buscó la ayuda del Gremio. De allí, del infinito fluir, extrajo todas las señales que conocía para romper y destruir, para quemar y hacer saltar por los aires, para bloquear, impedir y cerrar. Le inundaron la mente, más brillantes y cegadoras que cualquier luz, tan fuertes que apenas lograba dominarlas para tejer con ellas un hechizo. No supo cómo, pero consiguió manejarlas a su antojo y juntarlas en una sola marca maestra, una señal muy poderosa que nunca antes se había atrevido a utilizar. Cuando el hechizo estuvo dispuesto, contenido apenas por su voluntad, Lirael tuvo el gesto más valiente de su vida. Con una mano tocó la puerta, con la otra, el garfio de la criatura y pronunció la seña maestra del Gremio para lanzar el hechizo.

Al pie de la quinta escalera trasera

Al pronunciar el hechizo, un aliento de fuego recorrió la garganta de Lirael. De su mano derecha partió una blanca llamarada que alcanzó a la criatura; su izquierda liberó una fuerza titánica que cerró la puerta con estrépito. La muchacha salió despedida hacia atrás, empezó a rodar y cayó golpeando el suelo de piedra con la cabeza, siguió un terrible sonido seco y luego todo fue oscuridad.

Cuando volvió en sí, Lirael no tenía ni idea de dónde se encontraba. Notaba como si le hubiesen traspasado el cráneo con un hierro candente. Además, notaba la cabeza mojada y la garganta le dolía como si estuviese incubando una gripe monumental. Durante un momento pensó que estaba enferma, en cama, y que pronto vería a tía Kirrith o a una de las otras chicas inclinada sobre ella con una cuchara de reconstituyente de hierbas. Entonces se dio cuenta de que lo que tenía debajo era piedra fría y no un colchón, y de que estaba completamente vestida.

Con mano vacilante se tocó la cabeza y al mirarse los dedos descubrió por qué la tenía mojada. Contempló la sangre brillante y se sintió recorrida por un escalofrío y una náusea insoportable que partía de los pies y le subía a la cabeza. Intentó pedir ayuda, pero le dolía demasiado la garganta. No lograba articular más sonido que una especie de zumbido entrecortado.

Recordó entonces lo que había intentado hacer y le dio tal ataque de pánico que se olvidó de la náusea. Intentó levantar la cabeza, pero le dolía muchísimo, optó entonces por volverse de lado para ver la puerta.

Estaba cerrada y no se veía rastro alguno de la criatura. Lirael clavó la vista en la puerta hasta que las vetas de la madera se tornaron borrosas y dudó de que estuviese realmente cerrada y de que la criatura hubiese desaparecido. Cuando tuvo la plena certeza de que estaba cerrada, volvió la cabeza hacia el otro lado y vomitó, la bilis agria le quemó todavía más la garganta dolorida.

Después se quedó tumbada, sin moverse, tratando de acompasar la respiración y de calmar el corazón desbocado. Tras otro examen cuidadoso comprobó que la sangre de la cabeza comenzaba a coagularse, de modo que dedujo que la herida no sería grave. La garganta le ardía cada vez más, dañada por haber pronunciado una seña del Gremio para la que carecía de la fuerza y la experiencia necesarias. Intentó decir unas palabras, no consiguió más que emitir un susurro ronco.

Se miró entonces los pies y comprobó que más que cortes se había hecho muchos rasguños y que los zapatos tenían tantos agujeros que habían pasado a ser sandalias. En comparación con la cabeza, los pies estaban estupendamente, de modo que intentó levantarse.

Tardó unos cuantos minutos en conseguirlo pese a que se apoyó en la pared. Necesitó cinco minutos más para agacharse, recoger la daga e introducirla en su

funda.

Después de tanto movimiento, se quedó de pie un rato, hasta que se sintió lo bastante firme para examinar la puerta. Estaba bien cerrada, no se veía ninguna rendija. Lirael notó que su hechizo, junto con el candado mágico, la mantenían cerrada. Nadie podría entrar ni salir sin romper el encantamiento de Lirael. Incluso la bibliotecaria jefa necesitaría de su ayuda para levantar o romper el hechizo.

Al pensar en la jefa, Lirael empezó a recoger todos los botones sueltos que logró encontrar y puso otra vez la cuerda roja y los sellos que atravesaban la puerta, aunque le costó un triunfo lanzar el encantamiento para calentar la cera. Cuando hubo terminado, avanzó unos pasos hacia la espiral principal, pero tuvo que sentarse porque se sentía muy débil y no logró seguir.

Se dejó caer y entró en un estado de semiinconsciencia que le impidió pensar en nada, analizar la situación. Estuvo sentada durante mucho tiempo, tal vez una hora, al cabo de la cual, surgió en su interior una especie de resistencia natural que le permitió percatarse del lugar y el estado en que se encontraba. Ensangrentada, magullada, con el chaleco roto y sin botones, sin el ratón de emergencia. Para todo aquello necesitaba una explicación. La pérdida del ratón le recordó la estatuilla. No atinaba a coordinar los movimientos de las manos, se sentía más torpe que de costumbre, aunque tras insistir un poco, consiguió sacarse del bolsillo la figurita de piedra y colocársela sobre el regazo.

Se trataba de un perro tallado en un trozo de esteatita gris azulada, agradable al tacto. Tenía pinta de tratarse de un perro bastante fiero, de orejas puntiagudas y hocico afilado. Al mismo tiempo intentaba disimular una mueca afable y por la comisura de la boca le asomaba la lengua.

—Hola, perrito —susurró Lirael con voz tan débil y ronca que ni ella misma se oyó.

Le gustaban los perros, aunque en las alturas del glaciar no había ninguno. Las tropas de asalto disponían de perreras cerca de la gran puerta, donde guardaban sus perros de labor, y en ocasiones los visitantes llevaban sus perros a las habitaciones de invitados y el refectorio inferior. Lirael siempre saludaba a los canes que iban de visita, incluso cuando eran enormes perros lobos de pelaje manchado, con collares de púas. Ellos siempre la aceptaban de buen grado, a veces incluso mejor que sus propios amos, que se molestaban cuando Lirael hablaba con los chuchos y no con ellos.

Lirael asió con fuerza la estatuilla del perro y se preguntó qué debía hacer. ¿Debía contarle a Imshi o a alguna bibliotecaria de rango superior lo de la cosa que estaba suelta en la cámara del campo de flores? ¿Debía reconocer que había despertado los otros hechizos de las llaves que contenía su pulsera?

Siguió allí sentada durante un tiempo que pareció un siglo mientras iba dándole

vueltas a las ideas y le rascaba la cabeza al perro como si se tratara de un animal de carne y hueso. Tal vez lo mejor era que dijese la verdad, concluyó, pero entonces, con toda seguridad, perdería su puesto... y la idea de regresar a las clases de las niñas y a la odiada túnica azul le resultó insoportable. Volvió a jugar con la idea de que la muerte podía ofrecerle una salida, pero la realidad se impuso y, al recordar que había estado a punto de ser despedazada por los garfios de la criatura, el suicidio le pareció menos atractivo que antes.

«No, no me voy a quitar la vida», decidió Lirael. Se había metido en un buen lío y tendría que salir de él. Averiguaría qué era aquella criatura, aprendería cómo derrotarla y se emplearía a fondo en conseguirlo. Hasta que llegara ese momento, aquella cosa no podría escapar, o eso esperaba. Además, nadie lograría entrar en la cámara, de manera que no resultaría un peligro para las demás bibliotecarias.

Sólo le quedaba encontrarle una explicación al corte de la cabeza, los pies plagados de arañazos, el ratón extraviado, la voz ronca y su aspecto caótico. Conseguiría solucionarlo todo con un único y brillante plan. Pero la muchacha no disponía de ese plan.

—Ya puestos, será mejor que empiece a caminar, a ver si así se me ocurre algo —le susurró a la estatuilla del perro.

Notaba un extraño alivio cuando le hablaba al perro y lo tenía en la mano. Se fijó en la forma en que estaba sentado, con la cola enrollada alrededor de las patas traseras, la cabeza alta y las patas delanteras estiradas, como si esperara a su ama.

—Ay, si pudiera tener un perro de verdad —añadió Lirael soltando un gruñido, poniéndose en pie y echando a andar despacio hacia el corredor espiralado.

Tras unos cuantos pasos, se detuvo, miró la estatuilla y, de pronto, una idea alocada comenzó a tomar forma. Podía crear un enviado del Gremio en forma de perro, uno bien complejo que ladrara y todo. Sólo necesitaba consultar La creación de enviados y tal vez Creación y dominio de seres mágicos. Ambos volúmenes estaban guardados bajo llave, pero Lirael sabía dónde encontrarlos. Podía incluso hacer que el enviado tuviese el mismo aspecto que la preciosa estatuilla del perro.

Lirael sonrió ante la idea de tener un perro todo para ella. Un verdadero amigo, alguien con quien pudiera hablar y que no le hiciera preguntas ni le llevara la contraria. Un compañero adorable y cariñoso. Se metió la estatuilla en el bolsillo del chaleco y avanzó a trompicones.

Tras recorrer cien metros dejó de pensar en cómo crear un enviado y empezó a preocuparse por cómo iba a averiguar la naturaleza de la criatura de la sala de las flores. En la biblioteca había bestiarios, le constaba, pero dar con ellos y obtenerlos en préstamo sería tarea complicada.

Siguió pensando en ello durante otros cientos de metros hasta que se dio cuenta de que tenía un problema más urgente. Debía encontrar una explicación para

justificar sus heridas y la pérdida del ratón sin contar demasiadas mentiras. Lirael sabía que le debía mucho a la biblioteca y no quería que su relato fuera un completo embuste. Además, se consideraba incapaz de mentir, sobre todo si la bibliotecaria jefa la sometía a un interrogatorio despiadado.

Lo más complicado era justificar la pérdida del ratón. Se detuvo en seco para poder pensar con más claridad y se sorprendió al comprobar que el cuerpo le exigía descansar. En circunstancias normales, se pasaba todo el santo día dando vueltas por la biblioteca, subiendo y bajando la espiral y las escaleras, entrando y saliendo de las salas. En ese momento apenas lograba moverse si no se empleaba a fondo y ponía toda su voluntad.

Para explicar la herida de la cabeza podía decir que se había caído, pensó Lirael mientras se tocaba otra vez el corte. Ya no le sangraba, pero tenía el pelo enredado y lleno de sangre reseca y notaba cómo le iba aumentando el chichón.

Una caída interminable en la que había gritado sin parar explicaría por qué se había quedado ronca. Los botones se le habían saltado también durante la caída y cuando por fin dejó de caer, descubrió que el ratón ya no estaba en su bolsillo.

Por una escalera, decidió Lirael. Una caída por una escalera lo explicaría todo. Especialmente si alguien la encontraba al pie de esa escalera, entonces no tendría que dar muchas más explicaciones.

Al cabo de nada se le ocurrió que la quinta escalera trasera que unía la espiral principal y la Residencia de Jóvenes era el sitio más adecuado para sufrir un accidente. De camino podía incluso coger un vaso de agua de la fuente monumento en memoria de Zally. Lógicamente, tenían prohibido llevarse los vasos, pero sería una ventaja adicional. Daría a ellas, especialmente a tía Kirrith, un motivo para regañarle y así, nadie repararía en otras faltas más graves. Y el vaso roto explicaría por qué tenía los pies llenos de rasguños.

Sólo le restaba llegar hasta allí sin ser vista. Si había que guiarse por las últimas y nutridísimas guardias, la de las mil quinientas sesenta y ocho estaría a punto de terminar.

Había una relación clara entre el número de componentes de una determinada guardia y su duración. La normal, formada por cuarenta y nueve clarvis, duraba nueve días, de ahí su nombre. Pero cuando participaba más gente, las clarvis regresaban mucho antes. En la guardia más reciente, las clarvis se habían ausentado menos de un día.

Cuanto más se acercaba a la Residencia de Jóvenes, mayor era el peligro de cruzarse con las pequeñas, que no formaban parte de la guardia. Lirael decidió que si se encontraba con alguien, se dejaría caer, fingiría haberse desmayado y cruzaría los dedos para no despertar demasiado la curiosidad de nadie.

No se topó con nadie hasta abandonar la espiral, recogió el vaso de agua en la

fuente de Zally, cruzó las puertas de piedra permanentemente abiertas del rellano de la quinta biblioteca y llegó a la quinta escalera trasera. Era una estrecha escalera de caracol, no muy utilizada, pues sólo comunicaba la biblioteca con el lado occidental de la Residencia de Jóvenes.

Lirael subió los primeros escalones con paso cansado y llegó hasta donde la escalera comenzaba a girar hacia adentro. Allí tiró el vaso y dio un respingo cuando se rompió. A continuación tuvo que decidir dónde echarse para que pareciera que había dado un traspié de verdad. Se mareó y tuvo que sentarse. Cuando se vio sentada, consideró bastante lógico apoyar la cabeza en el escalón de arriba protegiéndose con el brazo.

Sabía que debía colocarse artísticamente en el rellano de abajo para dar la impresión de que había sido víctima de una aparatosa caída, pero todo le resultaba muy difícil, la fuerza que la había impulsado hasta ese momento se había esfumado. No lograba ponerse en pie. Le resultaba más fácil rendirse al sueño, el hermoso sueño donde los problemas no la atormentarían...

Lirael se despertó al oír que una voz la llamaba con insistencia y unos dedos le tocaban el cuello para tomarle el pulso. En esta ocasión volvió en sí bastante deprisa, con una mueca al notar otra vez el dolor.

—¡Lirael! ¿Puedes hablar?

—Sí —susurró la muchacha, la voz muy débil, extrañamente ronca.

Estaba desorientada. Lo último que recordaba era que se había tumbado en los escalones y ahora estaba tendida en el suelo. Descubrió que se encontraba en el rellano y que daba la impresión de haber sufrido una caída mucho más convincente que la que ella había programado. Al perder el conocimiento debía de haber caído escaleras abajo.

Una bibliotecaria auxiliar primera, identificada por su chaleco azul, se inclinaba sobre ella y la miraba fijamente. Lirael parpadeó y se preguntó por qué aquella mujer tan rara le agitaba la mano delante de los ojos. Al final, no era una mujer rara. Se trataba de Amerane, con quien había trabajado varios días en el curso del último mes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amerane, con tono preocupado—. ¿Te notas algo roto?

—Me he dado un golpe en la cabeza —musitó Lirael llenándosele los ojos de lágrimas. Hasta ese momento había contenido el llanto, pero ahora no podía parar de llorar, el cuerpo se le estremecía todo por más que se esforzara en evitarlo.

—¿Te notas algo roto? —repitió Amerane—. ¿Te duele algo más aparte de la cabeza?

—N... no —sollozó Lirael—. No me he roto nada.

Amerane no parecía fiarse de lo que Lirael le decía, porque le iba palpando los brazos y las piernas y le presionaba las manos y los pies. Y como Lirael no gritó y

Amerane tampoco notó crujidos raros de los huesos ni chichones anormales, la ayudó a levantarse.

—Venga —le dijo, amable—. Te llevaré a la enfermería.

—Gracias —murmuró Lirael al tiempo que rodeaba con el brazo los hombros de Amerane y apoyaba en ella casi todo el peso.

Metió la otra mano en el bolsillo y aferró con fuerza el perrito de piedra buscando consuelo en la suavidad de su tacto, mientras Amerane la llevaba a la enfermería.

Criaturas de Nagg

Al principio, Lirael creyó que en la enfermería le darían el alta al cabo de un día. Pero habían pasado ya tres desde su caída y apenas atinaba a hablar, estaba completamente exhausta y sin ganas de levantarse. Pese a que el dolor de cabeza y de garganta fue remitiendo, el miedo fue en aumento y le restó energías. El miedo al monstruo de ojos plateados y garras ganchudas que imaginaba esperándola en medio de las margaritas rojas. El miedo a que se enteraran de sus faltas y le quitaran el puesto en la biblioteca. El miedo al miedo mismo, un círculo vicioso que la dejaba sin fuerzas y llenaba de pesadillas sus escasas horas de sueño.

La mañana del cuarto día, la curandera jefa rechinó los dientes y frunció el ceño al comprobar que la paciente no mejoraba. Convocó a otra curandera para que examinara a Lirael, que se dejaba hacer pacientemente. Las dos mujeres decidieron en voz alta, para que Lirael se enterara, que no tendrían más remedio que pedirle a Filris que bajara de su cuarto de los sueños.

Lirael se revolvió nerviosa al oír el diagnóstico. Filris era la enfermera y la clarvi viva más anciana. Desde que Lirael había nacido, Filris se había pasado casi todo el tiempo en su cuarto de los sueños y, probablemente, trabajando en la enfermería, aunque Lirael nunca la había visto en ninguna de las dos ocasiones en que las enfermedades de la infancia la habían llevado a buscar ayuda médica.

Jamás había visto a ninguna de las clarvis realmente viejas, las que alcanzaban la edad necesaria para retirarse a un cuarto de los sueños propio. Debían recogerse en esas habitaciones porque con la edad, el don de la visión se hacía cada vez más difícil y enviaba infinidad de imágenes en fragmentos cada vez más pequeños, imposibles de controlar, ni siquiera concentrando los poderes del hielo y de la guardia de los nueve días. No era infrecuente que algunas de las clarvis más ancianas percibieran únicamente estos futuros fragmentados y fuesen incapaces de mantener el nexo con el presente.

Sin embargo, cuando Filris llegó una hora más tarde, lo hizo sola y estaba claro que no necesitaba ayuda alguna para moverse en el mundo corriente. Lirael la observó llena de desconfianza: ante ella vio una mujer bajita y menuda, de cabello blanco como la nieve de las cumbres del monte Estrella, la piel apergaminada de su rostro permitía adivinar una delicada maraña de venas que se confundían con las arrugas propias de la edad avanzada.

Examinó a Lirael de pies a cabeza, sin abrir la boca, mientras sus manos enjutas le iban indicando que se moviera como ella quería. Al final, se entretuvo un buen rato revisándole la garganta, mientras una suave luz producto de la magia del Gremio flotaba a escasos centímetros de la boca abierta de Lirael. Cuando Filris dio por concluida la revisión, mandó a la curandera que se marchara y se sentó junto a la

cama de la muchacha. El silencio las envolvió a ambas; en la sala no había nadie más. Las otras siete camas estaban vacías.

Al cabo de un rato, Lirael hizo un ruido que no llegaba a parecerse ni a un sollozo ni a un carraspeo. Se apartó el pelo de la cara y su mirada se encontró con los ojos azules de Filris.

—Así que tú eres Lirael —dijo Filris—. La curandera me dice que te caíste por las escaleras. Pero a mí me parece que lo que te hiciste en la garganta no fue gritando. Para ser sincera, me sorprende que sigas viva. No conozco a ninguna clarvi de tu edad, y a muy pocas mayores que tú, capaces de pronunciar semejante marca sin ser consumidas por ella.

—¿Qué? —soltó Lirael con voz ronca—. ¿Cómo lo sabes?

—Por experiencia —contestó Filris secamente—. Llevo más de un siglo trabajando en esta enfermería. No eres la primera clarvi a la que veo padecer los efectos producidos tras emplear magia que les viene grande. Siento curiosidad por saber cómo te hiciste estas otras heridas al mismo tiempo, sobre todo porque los restos que te extrajeron de los pies son cristal puro, y está claro que no pertenecen a los vasos de la fuente de Zally.

Lirael tragó saliva y no dijo palabra. El silencio volvió a instalarse entre ambas. Filris esperó pacientemente.

—Perderé el puesto —murmuró Lirael al fin—. Me mandarán de vuelta a la Residencia.

—No —dijo Filris tomándola de la mano—. Lo que me cuentes ahora no saldrá de aquí.

—He sido una estúpida —reconoció Lirael con un hilo de voz—. He dejado que escapara una cosa. Una cosa peligrosa... peligrosa para todas las clarvis.

—¡Vamos! —exclamó Filris—. No será tan mala si en los últimos cuatro días no ha hecho nada. Además, todas las clarvis son muy capaces de cuidar muy bien de la comunidad. Eres tú la que me preocupa. Dejas que el miedo te impida recuperar la salud. Vamos a ver, empieza por el principio y cuéntamelo todo.

—¿Seguro que no le vas a decir nada a Kirrith? ¿Ni a la jefa? —preguntó Lirael, desesperada. Si Filris llegaba a contárselo a alguien, adiós al trabajo en la biblioteca, se quedaría sin nada. Sin nada de nada.

—Si te refieres a Vancelle, no le diré nada —contestó Filris. Le dio una palmadita en la mano y añadió—: No se lo contaré a nadie. Sobre todo porque llego a la conclusión de que debería haber venido a verte hace mucho, Lirael. No tenía idea de que fueras algo más que una niña... y ahora cuéntame. ¿Qué fue lo que pasó?

Poco a poco, con la voz tan débil que Filris tuvo que acercarse más, Lirael se sinceró. Le habló de su cumpleaños, de su incursión a la terraza, de su encuentro con Sanar y Ryelle, de cómo había conseguido el empleo y de cuánto le había ayudado el

trabajo. Le habló a Filris de como había despertado los hechizos de la pulsera, de las puertas del sol y de la luna. Su voz se apagó todavía más a medida que fue describiendo el horror que había encontrado en el ataúd con tapa de cristal. Y le habló también de la estatuilla del perro. De cómo había pugnado por subir la espiral y de los planes que había trazado mientras su mente deliraba. Y le contó también lo de su caída simulada.

Hablaron durante más de una hora; Filris le hizo muchas preguntas que le permitieron sacar a relucir todos los temores, las esperanzas y los sueños de Lirael. Al terminar su confesión, la muchacha se sintió en paz, ya no tenía miedo, se había quitado de encima el dolor y la angustia acumulados que tanto la habían oprimido.

Cuando Lirael se calló, Filris le pidió que le ensañara la estatuilla del perro. La muchacha sacó el perrito de piedra de debajo de la almohada y se lo entregó de mala gana. Le había tomado mucho cariño, era el único objeto que le había proporcionado cierto consuelo, y temía que Filris se lo quitara o le ordenase devolverlo a la biblioteca.

La anciana cogió la estatuilla y la sostuvo en el hueco de ambas manos de modo que sólo el morro del perro asomaba entre los dedos marchitos. Lo miró fijamente durante largo rato, luego lanzó un profundo suspiro y se lo devolvió a la muchacha. Lirael lo cogió, sorprendida por el calor que había absorbido la piedra de las manos de la anciana. Filris siguió inmóvil y callada hasta que Lirael se incorporó en la cama y llamó su atención.

—Lo siento, Lirael. Te agradezco que me hayas dicho la verdad. Y que me hayas enseñado la estatuilla del perro. Ha tardado mucho en llegar, tanto que llegué a pensar que me había perdido en el futuro y que estaba demasiado loca para verla convertida en realidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lirael, llena de inquietud.

—Vi tu perrito hace mucho tiempo —contestó Filris—. Cuando mi don de la visión no se había nublado. Fue lo último que vi de forma completa, sin fragmentarse. Vi una mujer muy, pero muy vieja que sostenía con fuerza un perrito de piedra entre las manos y lo miraba fijamente. Tardé muchos años en darme cuenta de que esa anciana era yo.

—¿Y a mí también me viste? —preguntó Lirael.

—Sólo me vi a mí —respondió Filris con toda calma—. Me temo que eso significa que no volveremos a vernos. No sabes cómo me habría gustado a derrotar a la criatura que has liberado, con mis consejos, aunque no con mis actos, porque me temo que será necesario que te ocupes de ella lo antes posible. Los seres de esa ralea no despiertan porque sí o sin algún tipo de ayuda. También me gustaría ver a tu enviado perro. Lamento que no sea posible. Y más que nada lamento no haber vivido demasiado en el presente estos últimos quince años. Debí haberte conocido antes,

Lirael. Es un defecto de las clarvis, a veces tendemos a olvidarnos de las personas, hacemos caso omiso de sus problemas, porque sabemos que todo pasa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lirael.

Era la primera vez que se sentía cómoda hablando con alguien sobre sí misma, sobre su vida. Supo que aquella charla tan fructífera era una muestra tentadora de la intimidad de la que disfrutaba todo el mundo y que no se repetiría, porque daba la impresión de que ella estaba predestinada a no tener nada de lo que las demás clarvis daban por sentado.

—Todas las clarvis reciben el don de ver algún presagio de su propia muerte, aunque no la muerte en sí, nadie sería capaz de soportar esa carga. Hace casi veinte años me vi a mí misma y a tu perro y con el paso del tiempo, descubrí que se trataba de la visión que predecía el fin de mis días.

—Pero yo te necesito —dijo Lirael, implorante y llorosa, abrazándose a la mujer menuda—. ¡Necesito a alguien! ¡No puedo continuar yo sola!

—Claro que puedes. Y lo harás —dijo Filris con fiereza—. Haz de tu perro un compañero, haz que sea el amigo que necesitas. ¡Debes aprender más sobre la criatura que has liberado para derrotarla! Explora la biblioteca. Recuerda que aunque las clarvis ven el futuro, son otros quienes lo construyen. Presiento que serás una de sus artífices y no una vidente. Debes prometerme que será así. Prométeme que no te rendirás. Prométeme que nunca abandonarás la esperanza. ¡Sé la artífice de tu futuro, Lirael!

—Lo intentaré —susurró Lirael notando fluir en su interior la fuerza feroz de Filris—. Lo intentaré.

Filris la aferró de la mano con una fuerza que Lirael no creyó posible en unos dedos tan delgados y viejos. Besó a Lirael en la frente transmitiéndole el cosquilleo de la energía a través de la marca del Gremio, un cosquilleo que la recorrió toda hasta abandonarla por la planta de los pies.

—Nunca intimé demasiado con Arielle, ni con su madre —dijo Filris en voz baja —. Me pasa por ser demasiado clarvi, por estar demasiado en el futuro. Me alegro de no haber perdido la oportunidad de hablar contigo. Adiós, tataranieta mía. ¡Recuerda tu promesa!

Tras despedirse, se marchó de la sala con la espalda erguida, orgullosa, de manera que alguien que desconociese su edad, jamás habría adivinado que había trabajado en esas salas durante más de un siglo ni que había vivido casi medio siglo más.

Lirael no volvió a ver a Filris. Como muchas otras, lloró durante la ceremonia de despedida celebrada en el salón, olvidándose del disgusto que le causaba la nueva túnica azul, apenas reparó en que les llevaba una cabeza a las demás niñas y a muchas de las clarvis de blanco traje en las cuales el don había despertado hacía muy poco.

No sabía a ciencia cierta en qué medida lloraba por Filris o por ella misma, que

había vuelto a quedarse sola. Parecía predestinada a no tener amigos íntimos. Sólo incontables primas y una tía.

Sin embargo, Lirael no olvidó las palabras de Filris; al día siguiente regresó a su trabajo pese a que todavía no había recuperado del todo la voz y cojeaba ligeramente. Una semana más tarde, sin que nadie se enterara, consiguió hacer copias de La creación de enviados y de Enviados ejemplares en setenta días, pues le resultó muy difícil sacar de su vitrina cerrada con llave el ejemplar de Creación y dominio de seres mágicos. Con los bestiarios también tuvo problemas; todos los que logró encontrar estaban atados con cadenas a los anaqueles. Los hojeaba cuando no había nadie a la vista, pero sin éxito inmediato. Comenzaba a ser evidente que tardaría cierto tiempo en averiguar con exactitud de qué criatura se trataba.

Siempre que podía, pasaba delante de la puerta del sol resplandeciente con el fin de comprobar si su hechizo seguía en pie, sujetando la puerta, los goznes y la cerradura a la piedra de alrededor. En esas incursiones, el miedo despertaba siempre en su interior, y en ocasiones, creía oler el hedor corrosivo de la magia libre, como si el monstruo esperase agazapado al otro lado de la puerta, separado de ella únicamente por la delgada barrera de la madera y los hechizos.

Entonces recordaba las palabras de Filris y regresaba a toda prisa a su estudio, donde se ponía a trabajar en la transmisión del perro o a hojear el último bestiario descubierto, para comprobar si en él se describía una criatura con forma de mujer, ojos de fuego plateado y garras de mantis religiosa, una criatura movida por la magia libre, la maldad y un hambre insaciable.

A veces se despertaba en plena noche, presa siempre de la misma pesadilla en la que veía abrirse la puerta; la imagen se disipaba en cuanto comenzaba a luchar por abandonar los brazos del sueño. De haberle sido posible, habría comprobado la puerta con mayor frecuencia, pero después de la guardia de las mil quinientas sesenta y ocho, la bibliotecaria jefa había dado órdenes estrictas de que las bibliotecarias bajaran a los niveles antiguos de dos en dos, de manera que resultaba más complicado colarse sin ser descubierta y regresar. La guardia no había visto nada concluyente, según oyó decir Lirael, pero las clarvis estaban visiblemente preocupadas por algo que ocurría cerca de sus dominios. La biblioteca no fue el único departamento que tomó medidas de precaución: se formaron más patrullas con las tropas de asalto para vigilar el glaciar y los puentes, los equipos de las tuberías de vapor también trabajaban en grupos de dos y, por primera vez desde la Restauración, se cerraron con llave muchas de las puertas y pasillos interiores.

Lirael examinó la puerta que daba a la sala del campo de flores algo así como cuarenta y dos veces en setenta y tres días antes de que pudiera dar con un bestiario en el que apareciera descrita la criatura. En esas diez semanas de inquietud, estudio y preparación, había pasado revista a once bestiarios y realizado gran parte del trabajo

preliminar necesario para crear la transmisión del perro.

En realidad, tenía en la cabeza esa transmisión cuando por fin encontró una mención del monstruo. Calculaba cuándo iba a poder lanzar el siguiente conjunto de hechizos al tiempo que abría el librito encuadernado en rojo titulado simplemente Criaturas de Nang. Lo hojeó sin esperar nada y con el rabillo del ojo descubrió un grabado que reproducía justo lo que buscaba. El texto explicativo dejaba claro que quienquiera que Nagg fuese o hubiese sido, se había topado con el mismo monstruo que Lirael había liberado del ataúd con tapa de cristal.

Algo más alto que un hombre de gran estatura, adopta en general la forma de una mujer bonita, aunque su silueta tiene mucha gracia. Con frecuencia, en lugar de antebrazos, el stilken está dotado de potentes garras o pinzas. La boca adopta casi siempre apariencia humana hasta que se abre y deja al descubierto dobles filas de dientes finos y afilados como agujas. Estos dientes pueden ser de color plateado brillante o negros como la noche. Los ojos del stilken también son plateados y en ellos arde un extraño fuego.

Lirael se estremeció al leer la descripción y la cadena que sujetaba el libro al anaquel se movió con ella produciendo un sonido metálico. Miró velozmente a su alrededor para comprobar si alguien la había oído y acudiría a inspeccionar los anaqueles. Sólo percibió el ruido de su propia respiración. Aquella sala se usaba muy rara vez; en ella se guardaba una colección de oscuras memorias personales. Lirael había ido hasta allí sólo porque en el salón de lectura aparecía una referencia cruzada a Criaturas de Nagg en la que el libro estaba catalogado como una especie de bestiario.

Intentando reprimir los temblores, siguió leyendo, y las palabras fueron ocupando sólo una parte de su mente, porque la otra luchaba con la idea de que ahora que había adquirido el conocimiento que buscaba, debería enfrentarse al stilken y derrotarlo.

El stilken es un ser elemental de la magia libre por lo que los materiales terrenales como el acero no pueden dañarlo. Tampoco puede tocarlo la carne humana, pues la sustancia de la que está hecho es contraria a la vida. Un stilken sólo puede ser destruido con magia libre, por obra de un hechicero más poderoso que él mismo.

Lirael hizo una pausa, tragó saliva nerviosamente y luego leyó la última línea. «Sólo puede ser destruido con magia libre.» Releyó la frase una y otra vez. Pero ella no podía practicar la magia libre. No estaba permitido. La magia libre era demasiado peligrosa.

Incapaz de que se le ocurriera nada, Lirael siguió leyendo y, al comprobar que el libro seguía ofreciendo más datos, lanzó un largo suspiro de alivio.

Sin embargo, pese a que su destrucción es competencia única de la magia libre, es posible sojuzgar al stilken con magia del Gremio y encerrarlo en un recipiente o botella de metal o cristal reforzado (el cristal corriente es demasiado frágil para estos menesteres) o en el fondo de un pozo seco que luego habrá de cubrirse con una piedra.

Yo he emprendido esta tarea echando mano de los hechizos que indico más adelante. Pero advierto a cuantos lean estas páginas que estos hechizos vinculantes o de sojuzgamiento poseen una fuerza tremenda, pues se basan en al menos tres de las marcas maestras del Gremio. Sólo un gran adepto, algo que yo no soy, se atrevería a utilizarlos sin la ayuda de una espada encantada o una varita de serbal, cargada con el primer círculo de siete marcas para vincular los elementos y, en el caso del fuego y el aire, también el segundo círculo, todo ello unido por la marca maestra...

Lirael volvió a tragar saliva y de repente notó la garganta inflamada. La notación empleada por Nagg se refería a la misma marca maestra que la había quemado a ella. Lo peor de todo era que no conocía el segundo círculo de marcas para vincular el fuego y el aire, y no tenía ni idea de cómo se podían meter en una espada o una varita de serbal. Y si con eso no bastaba, tampoco sabía dónde encontrar una planta de serbal. Cerró el libro despacio y volvió a dejarlo en el anaquel tratando de no agitar la cadena. Por un lado, se sentía contrariada. Había conseguido averiguar de qué criatura se trataba, pero todavía le faltaba mucho por aprender. Por el otro, sentía alivio por no tener que enfrentarse al stilken. Al menos de momento.

Dispondría de tiempo para crear la transmisión del perro. Entonces contaría con algo... Tendría a alguien con quien hablar de todo aquello. Aunque no pudiese contestarle ni ayudarla.

Día de perros

Se tardaba cuatro horas en lanzar el hechizo definitivo para crear la transmisión del perro, de modo que Lirael tuvo que esperar otra oportunidad en que la mayoría de las bibliotecarias estuviesen ausentes. Si la interrumpían durante la elaboración, el trabajo de los meses anteriores se iría al garete y la red de encantamientos del Gremio, unidos por delicadas conexiones, se desintegraría en sus marcas componentes en lugar de quedar unida por el hechizo definitivo.

La ocasión llegó antes de lo que Lirael esperaba, porque estaba claro que fuera lo que fuese que las clarvis intentaban ver, continuaba negándoseles. Lirael oyó a otras bibliotecarias cuchichear algo acerca de las exigencias del observatorio, y estaba claro que la guardia de los nueve días volvía a aumentar de tamaño y comenzaba con noventa y ocho. Ahora, cada vez que se convocaba una nueva guardia más amplia, Lirael se fijaba bien en la hora de la convocatoria y a qué hora regresaban las clarvis. Cuando entre el considerable número de voces discordantes que se alzaron en el salón de lectura, convocaron a las mil quinientas sesenta y ocho, calculó que dispondría al menos de seis horas. Tiempo suficiente para acabar de conformar la transmisión.

En su estudio, la estatuilla del perro seguía sentada en el escritorio y observaba con semblante benigno los preparativos de Lirael.

La muchacha le habló mientras cerraba la puerta con un hechizo: su grado de veteranía no le daba derecho a disponer de llave que atrancara la entrada.

—Ha llegado el momento, perrito —dijo alegremente acariciando el morro de piedra del perro con la punta del dedo.

Se sorprendió al oír su propia voz, no por la ronquera que aún persistía, sino porque le sonó extraña y desconocida. En ese momento cayó en la cuenta de que llevaba dos días sin pronunciar palabra. Las demás bibliotecarias ya se habían acostumbrado a sus silencios; en los últimos días no se había visto en la necesidad de entablar conversaciones que no pudiera despachar con un movimiento afirmativo o negativo de la cabeza o sencillamente cumpliendo al instante con la tarea que le encargaban. Guardaba la transmisión del perro a medio hacer debajo de su escritorio, envuelta en un trozo de tela. Lirael la sacó, le quitó la tela con cuidado, dejando al descubierto el marco que había construido para iniciar el hechizo. Lo acarició y notó el calorcillo de las marcas del Gremio que fluían perezosas por los retorcidos alambres de plata que formaban el armazón de un perro. Se trataba de un animal pequeño, de unos treinta centímetros de altura; el tamaño dependía de la cantidad de alambre de plata que Lirael podía conseguir sin despertar sospechas. Además, estaba convencida de que el envío pequeño sería algo más sensato que uno grande. Quería un amigo que le resultara cómodo, no un perro muy grande para ser un enviado guardián.

Además del armazón de alambre de plata, la silueta del perro tenía dos ojos hechos con botones de azabache y una nariz de fieltro negro, todos ellos elementos ya imbuidos de marcas del Gremio. También disponía de una cola confeccionada con pelo de perro trenzado que ella misma se había encargado de cortar sin ser vista a los canes visitantes que encontraba en el refectorio inferior. La cola ya estaba preparada con marcas del Gremio, marcas que definían en cierta medida cómo debía ser el animalito.

La última parte del hechizo exigía que se sumergiera en las cartas del Gremio y arrancara varios miles de marcas dejándolas fluir a través de su cuerpo para que de allí pasaran al armazón de alambre de plata. Marcas que describían un perro con pelos y señales, y marcas que le darían una apariencia de vida, aunque no vida real.

Cuando el hechizo estuviese terminado, el alambre de plata, los botones de azabache y el pelo de perro trenzado desaparecerían para ser reemplazados por un perrito del tamaño de un cachorro, un ser de carne hechizada. Tendría aspecto de perro hasta que una se acercara lo bastante para ver las marcas del Gremio que lo componían, pero no podría tocarlo. Cuando se tocaba a los enviados, era como hundir la mano en agua: la piel cedía al tacto y envolvía la mano de quien la tocaba haciéndole sentir el hormigueo y el calorcillo de las marcas del Gremio.

Lirael se sentó con las piernas cruzadas cerca del modelo de alambre de plata, comenzó a vaciar la mente inspirando despacio e hinchando el vientre para que el aire le llegase hasta el fondo de los pulmones.

Se disponía a sumergirse en las cartas del Gremio y a dar inicio al encantamiento, cuando vio por el rabillo del ojo el perrito de piedra sentado encima de su escritorio. Tenía un aspecto solitario, daba la impresión de sentirse excluido. Obedeciendo a un impulso, Lirael se levantó y cuando volvió a sentarse lo colocó sobre su regazo. La pequeña talla se inclinó un poco, pero permaneció erguida, mirando de frente la copia de alambre de plata que la reproducía.

Lirael inspiró unas cuantas veces más y volvió a comenzar. Había apuntado las marcas que necesitaba con los caracteres taquigráficos empleados por todas las magas para escribir las marcas del Gremio. Esos apuntes estaban junto a ella, en una pila ordenada. Comprobó que las primeras marcas fluían con facilidad y las siguientes acudían como si se eligiesen solas. Una tras otra, las marcas fueron abandonando la corriente del Gremio para meterse en su cabeza, salir a toda velocidad, entrar en el perro de alambre de plata y en forma de relámpago dorado.

A medida que las marcas iban surcando su cuerpo, Lirael se hundió más y más en un estado de trance que sólo le permitía percibir las cartas del Gremio y las marcas que la llenaban. El relámpago dorado se convirtió en un puente de luz que partía de sus manos abiertas y llegaba hasta los alambres de plata aumentando por momentos la intensidad de su brillo. Deslumbrada, Lirael cerró los ojos y se deslizó hacia la

Frontera del sueño, la consciencia apenas despierta. Entre las marcas que le llenaban la mente, las imágenes se movían incesantes. Imágenes de perros, muchos perros, de todas las razas, colores y tamaños. Perros ladrando. Perros corriendo a buscar un palito. Perros que se negaban a correr. Cachorrillos que daban los primeros pasos vacilantes. Perros viejos que temblaban al incorporarse. Perros contentos. Perros tristes. Perros famélicos. Perros gordos, soñolientos.

Las imágenes siguieron apareciendo hasta que Lirael tuvo la sensación de que había alcanzado a ver a casi todos los perros que algún día habían sido. Las marcas del Gremio continuaban fluyendo por su mente con una fuerza arrolladora. Hacía rato que había perdido la noción de adonde debía llegar, de qué marcas seguían. La luz dorada era demasiado brillante para permitirle ver qué porción del envío estaba hecha.

Y las marcas seguían fluyendo. Lirael se dio cuenta de que no sólo no sabía hasta qué marca había llegado, sino que ni siquiera conocía las que le pasaban por la cabeza. Marcas extrañas, abstrusas, que salían de ella a raudales para entrar en el enviado. Marcas poderosas que sacudían su cuerpo al abandonarlo, expulsando de su mente cuanto encontraban a su paso.

Desesperada, Lirael intentó abrir los ojos para comprobar lo que hacían las marcas, pero el brillo era cegador y quemaba. Intentó ponerse de pie para dirigir el flujo de marcas hacia la pared o el techo. Sin embargo, su cuerpo parecía haber quedado desconectado del cerebro. Lo sentía todo, pero las piernas y los brazos no la obedecían, como si intentara despertar de un sueño.

Las marcas continuaron fluyendo hasta que a Lirael le llegó el terrible e inconfundible hedor de la magia libre y entonces supo que algo se había torcido de la peor manera posible.

Intentó gritar; de su boca no salió sonido alguno, sólo marcas del Gremio que abandonaban sus labios en dirección de la luz dorada. De la punta de sus dedos también partían al vuelo marcas del Gremio que flotaban delante de sus ojos haciéndole derramar lágrimas que al caer se transformaban en vapor.

De Lirael, de sus lágrimas y de su boca abierta en un grito emergieron más y más marcas. Eran como enjambres de brillantes mariposas que, en un vuelo interminable, cruzasen la cancela de un jardín. Pese a que miles y miles de marcas se lanzaron hacia el fulgor, el olor de la magia libre se intensificó y en el centro mismo del fulgor dorado se formó una luz blanca y crepitante, tan intensa, que penetró los párpados cerrados de Lirael hasta clavársele en los ojos rebosantes de lágrimas. Inmovilizada por el torrente de magia del Gremio, Lirael no pudo evitar que la luz blanca fuera cobrando fuerza y se impusiera al fulgor dorado de las marcas en movimiento. Supo que había llegado el fin. Ignoraba qué era lo que había hecho, pero era muchísimo peor que liberar un stilken, era tan grave que no alcanzaba a comprenderlo. Lo único

que sabía era que las marcas que pasaban ahora a través de su cuerpo eran más antiguas y más poderosas que nada de lo que había visto en su vida. Aunque la magia libre que crecía ante ella le perdonara la vida, las marcas del Gremio la dejarían convertida en un montón de huesos chamuscados.

Cayó entonces en la cuenta de que no le dolía nada. Una de dos, o era presa de una conmoción y ya había empezado a morirse, o las marcas no le estaban haciendo daño. Cualquiera de ellas la habría dejado seca si hubiese intentado utilizarla normalmente. Sin embargo, varios cientos de marcas la habían traspasado en tropel y seguía vivita y coleando. ¿O no?

Asustada de la idea de no seguir con vida, Lirael concentró las pocas energías que le quedaban en la respiración y en ese mismo instante, el tremendo flujo de marcas se detuvo. Notó que la conexión con el Gremio se cortaba cuando la última marca saltó en dirección de la masa hirviente de luz blanca y dorada que había sido su perro de alambre de plata.

Recuperó el aliento con una fuerza tan inusitada que perdió el equilibrio y cayó de espaldas. En el último momento se aferró del borde del estante, que a punto estuvo de caérsele encima. Sin embargo, el estante aguantó firme en su sitio y ella consiguió volver a sentarse, dispuesta a utilizar el aire de los pulmones para gritar.

Aquel grito estaba destinado a morir antes de nacer. Allí donde la magia libre y las marcas del Gremio se habían enfrentado con sus fulgores destellantes y sus remolinos había un globo de la negrura más profunda que ocupaba el espacio donde estaban antes el perro de alambre y el escritorio. El asqueroso hedor de la magia libre había desaparecido, reemplazado por una especie de olor animal húmedo que Lirael no consiguió identificar.

Una estrella diminuta apareció sobre la negra superficie del globo, seguida de otra y otra más, hasta que dejó de ser negra para convertirse en una especie de cielo tachonado de estrellas. Lirael lo miró fijamente, cautivada por la multitud de astros. Se hicieron cada vez más brillantes hasta que la muchacha tuvo que parpadear.

En el instante en que cerró los ojos, el globo desapareció dejando un perro en su sitio. No se trataba del enviado del Gremio de un cachorro simpático y adorable, sino de un chucho negro y marrón que le llegaba hasta la cintura y parecía real como la vida misma, sobre todo por los dientes impresionantes. No tenía ninguna de las características de los enviados. La única pista de su origen mágico era el grueso collar que llevaba ceñido al cuello: en él nadaban infinidad de marcas del Gremio que Lirael no había visto nunca.

El perro era una representación exacta, en tamaño natural, de la estatuilla de piedra. Lirael observó primero al animal y luego se miró el regazo.

La estatuilla había desaparecido.

Levantó otra vez la vista. El perro seguía allí, rascándose la oreja con la pata

trasera, concentradísimo, con los ojos entornados. Estaba calado hasta los huesos, como si hubiese estado nadando.

De repente, dejó de rascarse, se levantó, se sacudió produciendo una lluvia de agua sucia que cubrió a Lirael y mojó todo el estudio. Acto seguido, caminó con paso tranquilo hasta la muchacha, petrificada de miedo, y le lamió la cara con una lengua que pertenecía a un perro de verdad y no a una imitación fabricada con la magia del Gremio. Al no obtener respuesta alguna, el animal sonrió y anunció: —Soy el Perro Canalla. O la *Perra Canalla*, si te pones detallista. ¿Cuándo me sacas a pasear?

La marca de la espada adecuada

El paseo que Lirael y la *Perra Canalla* dieron ese día fue el primero de muchos, aunque la muchacha nunca recordara con exactitud adonde iban ni las conversaciones que mantenía con su mascota. Lo único que recordaba era que sentía el mismo aturdimiento que cuando se había golpeado la cabeza, aunque sin hacerse daño.

Poco importaba que no lo recordase, porque la *Perra Canalla* nunca contestaba de verdad a sus preguntas. Lirael repetía entonces las mismas preguntas en otras ocasiones y obtenía otras respuestas distintas aunque no menos evasivas. Las más importantes, «¿Qué eres? ¿De dónde vienes?», tenían una amplísima gama de contestaciones, algunas de las cuales eran «Soy la *Perra Canalla*» y «de otro lugar», y ocasionalmente otras tan elocuentes como «Soy tu perra» y «Dímelo tú... Al fin y al cabo, el hechizo fue obra tuya».

La perra tampoco quería o no podía contestar a preguntas sobre su propia naturaleza. En muchos sentidos se parecía a un perro de verdad, con la diferencia, eso sí, de que hablaba. O al menos esa fue la impresión que dio al principio.

Las dos primeras semanas estuvieron juntas, la perra dormía en el estudio de Lirael, debajo del escritorio de recambio que la muchacha se había visto obligada a sustraer de un estudio desocupado cercano al suyo. Nunca supo qué había ocurrido con el anterior, puesto que después de la súbita aparición de la perra, se había esfumado sin dejar rastros.

La perra comía lo que Lirael robaba del refectorio o de las cocinas. La sacaba a pasear cuatro veces al día por los corredores y las habitaciones menos frecuentadas que conseguía encontrar; el ejercicio era enervante, aunque de un modo u otro, la perra siempre se las arreglaba para ocultarse a último momento, en cuanto se acercaba alguna clarvi. También era discreta en otros sentidos, siempre escogía los rincones oscuros y solitarios para hacer sus necesidades y nunca dejaba de avisar a Lirael que había dejado por ahí sus regalitos, aunque su amiga humana se negara a olerlos.

De hecho, exceptuando el collar con marcas del Gremio y la peculiaridad de que hablaba, la *Perra Canalla* tenía todo el aspecto de ser un chucho mestizo, de gran tamaño y orígenes extraños.

Aunque no lo era. Lirael regresó sigilosamente a su estudio una noche, después de cenar, y se encontró a la perra leyendo en el suelo. Hojeaba un voluminoso libro gris, que Lirael no reconoció, con una pata, una pata que se había hecho más larga y se había dividido en tres dedos muy flexibles.

La perra levantó la vista del libro y descubrió a su supuesta ama petrificada en el umbral. Lirael sólo atinó a recordar que el libro de Nagg decía que la forma del stilken era fluida y que la criatura de manos ganchudas se había estirado mucho hasta

adelgazarse para poder pasar a través de la puerta custodiada por la luna en cuarto creciente.

—Eres un producto de la magia libre —le soltó Lirael al tiempo que metía la mano en el bolsillo del chaleco para sacar el ratón mecánico y buscaba con los labios el silbato prendido a la solapa.

Esta vez no cometería ningún error. Pediría ayuda de inmediato. —Pues nada de eso —protestó la perra, irguiendo las orejas enfurecida, mientras la pata volvía a su tamaño normal—. ¡Y desde luego no soy ningún producto! Formo parte del Gremio tanto como tú, aunque tengo propiedades especiales. ¡Fíjate en mi collar! Y desde luego no soy un stilken ni ninguno de sus varios centenares de variantes.

—¿Qué sabes de los stilkens? —preguntó Lirael sin entrar en el estudio, con el ratón preparado en la mano—. ¿Por qué los has mencionado justo a ellos?

—Leo mucho —contestó la perra con un bostezo. Olisqueó el aire y sus ojos se encendieron, llenos de expectación—. ¿Qué me has traído, un hueso de jamón?

Lirael no le contestó, se limitó a enseñarle el paquete envuelto en papel que aferraba con la mano izquierda y había ocultado a su espalda hasta ese momento.

—¿Cómo has sabido que estaba pensando en un stilken? Y por cierto, todavía no tengo la certeza de que no seas uno de ellos, o algo peor.

—¡Tócame el collar! —protestó la perra adelantándose relamiéndose el morro.

Era evidente que la conversación no le resultaba tan interesante como la perspectiva de comer.

—¿Cómo has sabido que estaba pensando en un stilken? —repitió Lirael pronunciando cada palabra despacio y con énfasis.

Levantó el hueso de jamón por encima de la cabeza mientras hablaba y observó cómo la perra seguía el movimiento con la cabeza. Era evidente que una criatura producto de la magia libre no estaría tan interesada en un hueso de jamón.

—Lo adiviné, porque últimamente piensas mucho en los stilkens —contestó la perra señalando con la pata los libros que había sobre el escritorio—. Estás estudiando todo lo que hace falta para sojuzgarlos. Además, ayer escribiste catorce veces la palabra «stilken» en una hoja que después quemaste. Quedó calcada en el papel secante y de ahí la leí. Y he olido tu hechizo en la puerta de abajo y al stilken que acecha detrás ella.

—¡Has salido sola! —exclamó Lirael.

Olvidó entonces el temor que le inspiraba no conocer la naturaleza exacta de la perra y, hecha una furia, entró y cerró de un portazo con tanto ímpetu que se le cayó el ratón, pero no el hueso de jamón.

El ratón rebotó dos veces y fue a aterrizar cerca de las patas de la perra. Lirael contuvo el aliento, consciente de que estando la puerta cerrada, el ratón tardaría bastante en salir, en caso de que ella precisara ayuda. Pero la perra no parecía

peligrosa, al contrario, resultaba más fácil hablar con ella que con la gente... exceptuando a Filris, que ya no estaba.

La *Perra Canalla* olisqueó el ratón con ahínco, luego lo apartó empujándolo con el morro y se concentró nuevamente en el hueso de jamón.

Lirael suspiró, recogió el ratón y se lo guardó en el bolsillo. Desenvolvió el hueso y se lo dio a la perra que, de inmediato, lo aferró entre los dientes y lo depositó en un rincón, debajo del escritorio.

—Ésa es la cena —dijo Lirael frunciendo la nariz—. Más vale que te la comas antes de que empiece a oler.

—Lo sacaré más tarde para enterrarlo en el hielo —contestó la perra. Vaciló un instante e inclinó la cabeza un poco antes de añadir—: Además, aunque no tengo necesidad de comer, lo hago porque me gusta.

—¿Cómo? —dijo Lirael, enfadadísima—. ¿O sea que he estado robando comida para nada? Si llegan a pescarme me...

—¡Para nada, no! —la interrumpió la perra acercándose sigilosa a la muchacha, dándole un ligero cabezazo en la cadera y mirándola con ojos suplicantes—. Para mí. Y lo bien que me sabe. Anda, tócame el collar. Comprobarás que no soy un stilken, ni un margrú, ni un siseante. Y ya que estás, aprovecha para rascarme el cogote.

Lirael vaciló, pero la perra se parecía tanto a los canes amistosos a los que acariciaba cuando visitaban el refectorio, que su mano se movió casi automáticamente hacia el lomo del animal. Notó su calidez, la suavidad de su pelambre y empezó a rascarle la columna vertebral en dirección al cogote. La perra se estremeció y murmuró:

—Un poquito más arriba. Más a la izquierda. No, más abajo. ¡Aaah, qué gustito!

Lirael tocó entonces el collar con dos dedos y por un instante sintió como si la hubieran lanzado fuera del mundo. Sólo veía, oía y percibía marcas del Gremio, estaba rodeada de ellas, como si hubiese caído en el interior del Gremio mismo.

Acto seguido, volvió a verse dentro de sí misma, mareada y temblorosa. Sin saber cómo, se dio cuenta de que estaba rascando con ambas manos a la perra justo debajo de la mandíbula.

—El collar —dijo Lirael al recuperar el equilibrio—. Tu collar es como un pilar del Gremio..., un medio para entrar en el Gremio. Pero cuando te estabas formando vi magia libre. Tiene que estar en alguna parte... ¿o no?

Guardó silencio, pero la perra no le contestó hasta que Lirael dejó de rascarla. Volvió la cabeza, se levantó de un salto y lamió a Lirael en la boca abierta.

—Necesitabas una amiga —dijo la perra, mientras Lirael escupía y se limpiaba la boca primero en una manga, luego en la otra—. Por eso vine. ¿No te parece bastante? Sabes que mi collar es del Gremio y sea yo lo que quiera que fuera, él se ocupará de poner freno a mis actos, aunque me empeñara en hacerte daño. Oye, ¿tú y yo no

tenemos que acabar con un stilken?

—Sí —contestó Lirael.

Obedeciendo a un impulso, se inclinó y se abrazó al cuello de la perra notando la calidez de su pelambre; el suave hormigueo de las marcas del Gremio contenidas en el collar traspasó la fina tela de su camisa.

La *Perra Canalla* se dejó hacer con paciencia, luego resopló y movió las patas en el sitio. Lirael la entendió enseguida, era algo que había visto hacer a los perros que iban de visita, y la soltó.

—Ahora bien —anuncio la perra—. Hay que deshacerse del stilken lo antes posible, antes de que salga y se dedique a soltar cosas peores o las deje entrar de fuera. Supongo que habrás conseguido lo necesario para sojuzgarlo, ¿no?

—No, al menos si te refieres a las cosas que Nagg menciona: una varita de serbal o una espada cubierta de marcas del Gremio...

—Sí, sí —se apresuró a afirmar la perra, antes de que Lirael pudiera recitar la lista entera—. Ya lo sé. ¿Por qué no has conseguido esos elementos?

—Pues porque no suelen estar tirados por los rincones —contestó Lirael, a la defensiva—. Pensé que podía servirme una espada normal a la que le pusiéramos las...

—¡Llevaría meses! —la interrumpió la perra, que había empezado a pasearse con aire pensativo—. Yo calculo que ese stilken conseguirá superar el hechizo que dejaste en la puerta dentro de unos días.

—¿Cómo? —gritó Lirael. Y después, en voz más baja, repitió—: ¿Cómo? ¿Quieres decir que está escapando?

—No tardará en hacerlo —le confirmó la perra—. Creía que ya lo sabías. La magia libre es capaz de corroer tanto las marcas del Gremio como la carne. Supongo que cabría la posibilidad de que renovases el hechizo.

Lirael negó con la cabeza. La garganta no se le había terminado de curar del todo tras haber utilizado la marca maestra. Era demasiado arriesgado volver a pronunciarla sin haberse recuperado del todo. Y menos sin la fuerza adicional de una espada mágica del Gremio... y eso la devolvía al problema del principio.

—Entonces tendrás que pedir prestada una espada —sentenció la *Perra Canalla* mirando seriamente a su ama—. Imagino que nadie tendrá la varita que hace falta. El serbal no es precisamente algo que abunde en el mundo de las clarvis.

—Me parece que las espadas con hechizos de sojuzgamiento tampoco lo son —protestó Lirael encogiéndose en la silla—. ¿Por qué no puedo yo ser una clarvi corriente y moliente? Si tuviera el don de la visión, no estaría dando vueltas por la biblioteca y metiéndome en líos. Si alguna vez llego a adquirir el don, juro por el Gremio que no volveré a explorar en mi vida.

—¡Uh! —dijo la perra con una expresión que Lirael no entendió pese a tener toda

la pinta de estar cargada de sentido—. Puede ser. En cuanto a las espadas, estás equivocada. Dentro de estos muros hay unas cuantas espadas cargadas de poder. La capitana de las tropas de asalto tiene una, la guardia del Observatorio tiene tres..., mejor dicho, una es un hacha, pero su acero contiene los mismos encantamientos. Más cerca de casa, la bibliotecaria jefa también posee una. Se trata de una espada antiquísima y famosa cuyo nombre, Sojuzgadora, describe muy bien su función. Nos vendrá como anillo al dedo.

Lirael lanzó a la perra una mirada tan perdida que el animal dejó de pasearse, carraspeó y dijo:

—Pon atención, Lirael. He dicho que te equivocabas al decir que...

—Ya he oído lo que has dicho —le espetó Lirael—. ¡Te has vuelto completamente loca! ¡No puedo robarle la espada a la jefa! No se desprende de ella en ningún momento. ¡Seguro que no se separa de ella ni para dormir!

—En efecto —contestó la perra con tono petulante—. Lo he comprobado.

—¡Estás como una regadera! —gimió Lirael, tratando de no respirar tan deprisa —. ¡Por favor, te lo ruego, ni se te ocurra meterte en las habitaciones de la bibliotecaria jefa! ¡Ni en ninguna otra parte! ¿Qué pasaría si te vieran?

—No me ha visto nadie —contestó la perra alegremente—. Como iba diciéndote, la jefa guarda la espada en su dormitorio, pero no se mete en la cama con ella. La deja en un pedestal, bien a mano. Puedes tomarla prestada cuando esté dormida.

—Ni hablar —respondió Lirael negando con la cabeza—. No pienso colarme en la habitación de la jefa. Prefiero enfrentarme al stilken sin espadas.

—Entonces morirás —dijo la *Perra Canalla* muy seria—. El stilken se beberá tu sangre y así se hará más fuerte. Se esconderá en los niveles más bajos de la biblioteca y luego se dedicará a salir de vez en cuando para capturar bibliotecarias, se apoderará de ellas de una en una, se las zampará en algún rincón oscuro donde nadie encontrará nunca los huesos. Se buscará aliados, criaturas atadas a los niveles más subterráneos de la biblioteca y abrirá las puertas para que entre el mal que acecha fuera. Debes sojuzgarlo, pero no lo conseguirás sin la espada.

—¿Y si tú me ayudaras? —preguntó Lirael.

Debía existir un modo de pasar por alto a la jefa, alguna forma de no utilizar las espadas. Sustraerle el acero de Mirelle a los del Observatorio no sería empresa más sencilla que quitársela a la jefa. Ni siquiera sabía con exactitud dónde estaba el Observatorio.

—Ya me gustaría —contestó la perra—. Pero se trata de tu stilken. Tú lo dejaste salir. Eres tú quien debe afrontar las consecuencias.

—O sea que no me ayudarás —concluyó Lirael con tristeza. Por un momento había abrigado la esperanza de que la *Perra Canalla* entrara en acción y lo arreglara todo. Al fin y al cabo se trataba de una criatura mágica dotada, tal vez, de ciertos

poderes. Aunque, al parecer, no los suficientes para plantarle cara a un stilken.

—Te aconsejaré —dijo la perra—. Cuando haga falta. Ahora bien, deberás encargarte tú misma de tomar prestada la espada y realizar el hechizo de sojuzgamiento. Posiblemente esta noche sea un momento tan bueno como otro cualquiera.

—¿Esta noche? —preguntó Lirael con un hilo de voz.

—Esta noche —confirmó la perra—. Cuando den las doce, la hora en que deberían dar comienzo las aventuras de este tipo, entrarás en la alcoba de la bibliotecaria jefa. La espada está a la izquierda, pasado el armario que, cosa extraña, está lleno de chalecos negros. Si todo sale bien, podrás devolverla antes del amanecer.

—Si todo sale bien —repitió Lirael sombríamente recordando el fuego plateado que ardía en los ojos del stilken y aquellas garras temibles—. ¿Crees que... crees que debería dejar una nota por si... por si no sale todo bien?

—Sí —contestó la perra borrando de un plumazo la última pizca de confianza que sentía Lirael—. Sí. Buena idea.

Cómo entrar en la guarida de la bibliotecaria jefa

Cuando el gran reloj hidráulico del refectorio central marcaba las doce menos cuarto de la noche, Lirael abandonó su escondite en el mostrador donde se servía el desayuno y trepó por un conducto de ventilación hasta la Vía Angosta, desde donde se accedía a la Vistasur y a las habitaciones de Vancelle, la bibliotecaria jefa.

Por si llegaba a cruzarse con alguien, Lirael se puso el uniforme de bibliotecaria, y además, llevaba un sobre dirigido a la jefa. Un grupo reducido de bibliotecarias trabajaba toda la noche, aunque en ese turno nunca recurrían a auxiliares terceras como Lirael. Si la detenían, Lirael podía aducir que iba a entregar un mensaje urgente. De hecho, en el sobre llevaba la nota que había escrito por si acaso, en la que alertaba a la jefa de la presencia del stilken.

No se encontró con nadie. Nadie bajó por la Vía Angosta, digna de su nombre, porque era tan estrecha que en ella no cabían dos personas una al lado de la otra. Se utilizaba muy rara vez, porque si alguien venía de frente, la clarvi más joven debía volver sobre sus pasos, desandando a veces toda su extensión, de más de medio kilómetro.

La Vistasur era más ancha y mucho más arriesgada para Lirael porque muchas de las habitaciones de las clarvis veteranas daban a esta amplia expansión. Por suerte, las marcas que la iluminaban con tanta intensidad durante el día, por las noches se convertían en un débil fulgor que proyectaba pesadas sombras que la muchacha aprovechaba para ocultarse.

Sin embargo, la puerta que daba a las habitaciones de la jefa estaba brillantemente iluminada por una especie de aro de marcas del Gremio distribuidas alrededor del emblema del libro y la espada tallada en la piedra, junto a la entrada.

Lirael lanzó una torva mirada a las luces. Por enésima vez se preguntó qué estaba haciendo. Tal vez lo mejor que debería haber hecho meses atrás, cuando se había metido en el atolladero en el que se encontraba, era confesarlo todo. Entonces, alguien se habría encargado del stilken...

Algo le rozó la pierna impulsándola a dar un salto y a lanzar un grito aterrado. Se contuvo al constatar que se trataba de la *Perra Canalla*. —Pensé que no ibas a ayudarme —susurró cuando la perra se alzó en las patas traseras e intentó lamerle la cara— ¡Bájate, idiota!

—No voy a ayudarte —dijo la perra alegremente—. He venido a observar.

—Estupendo —bufó Lirael, tratando de sonar sarcástica. En el fondo, se sentía satisfecha. En cierto modo, la presencia de la perra hacía que la guarida de la bibliotecaria jefa le resultara menos amenazante.

—¿Cuándo va a pasar algo? —preguntó la perra al cabo de un momento, al comprobar que Lirael seguía vigilando la puerta desde las sombras.

—Ahora —respondió Lirael con la esperanza de que pronunciando la palabra encontraría el valor para empezar—. ¡Ahora!

Cruzó el corredor en diez grandes zancadas, aferró el pomo de bronce de la puerta y empujó. A las clarvis no les hacía falta cerrar con llave las puertas de sus alcobas, de manera que Lirael no esperaba encontrar resistencia alguna. La puerta se abrió, Lirael entró y la perra se coló delante de ella.

La muchacha cerró la puerta sin hacer ruido y se dio media vuelta para explorar el cuarto. Era como una sala de estar, dominada por las estanterías distribuidas en tres paredes, y se veían varias butacas cómodas y una escultura alta y delicada de una especie de caballo plano, tallado en piedra translúcida.

A Lirael le llamó la atención la cuarta pared. Era un ventanal inmenso, del suelo al techo, del cristal más transparente y limpio que había visto en su vida.

Por la ventana Lirael veía el valle del Renegado extenderse hacia el Sur; hacia el fondo, la cinta ancha y plateada del río brillaba bajo la luz de la luna.

Fuera la nieve caía blanda; los copos daban vueltas en el aire y descendían bailando de mil formas por las laderas de la montaña. Y no se pegaban a la ventana ni dejaban en ella marca alguna.

Lirael dio un respingo y se apartó al ver una sombra oscura pasar rauda en medio de la nieve que caía. Se dio cuenta de que se trataba de una lechuza que volaba hacia el valle en busca de algún bocado.

—Hay mucho por hacer antes de que amanezca —susurró la perra, con ganas de charla, mientras Lirael seguía mirando por la ventana, paralizada por la cinta plateada que se alejaba serpenteando hacia el horizonte y por el extraño paisaje bañado de luna que se perdía en la distancia.

Más allá del horizonte se extendía el reino propiamente dicho: la gran ciudad de Belisaere, con todas sus maravillas, abierta al cielo y rodeada de mar. El mundo entero, el mundo que las demás clarvis veían en el hielo del observatorio, estaba allá fuera, pero de él sólo sabía lo que había leído en los libros o aprendido de las anécdotas que contaban los viajeros en el refectorio inferior.

Por primera vez Lirael se preguntó qué trataban de ver las clarvis allá fuera durante sus prolongadas guardias. ¿Dónde se encontraría el lugar que se resistía a ser penetrado por la visión? ¿Qué futuro se estaba gestando allí, incluso mientras ella contemplaba el paisaje?

En el fondo de su mente tuvo la sensación de haber estado allí antes, una especie de recuerdo fugaz. Aunque no sacó nada en limpio, continuó como en trance, mirando el mundo exterior.

—¡Queda mucho por hacer! —repitió la perra en voz algo más alta.

Lirael se apartó a regañadientes de la ventana y se concentró en la tarea que tenía entre manos. La alcoba de la jefa tenía que encontrarse después de la sala. ¿Pero dónde estaría la puerta? No veía más que la ventana, la puerta exterior y los estantes...

Lirael sonrió al descubrir que al final de un estante asomaba el picaporte de una puerta en lugar de libros. Si a alguien podía ocurrírsele disimular una puerta detrás de un estante, ese alguien era la jefa.

—Encontrarás la espada en el pedestal, a la izquierda —susurró la perra, que de repente se mostró un tanto ansiosa—. No abras demasiado la puerta.

—Gracias —dijo Lirael tanteando con mucha delicadeza el picaporte para comprobar si la puerta cedería tirando o empujando de él o girándolo—. Creía que no ibas a ayudarme.

La perra no contestó, porque en cuanto la muchacha posó la mano en el picaporte, la estantería entera se desplazó, dejando un hueco enorme. Lirael consiguió a duras penas aferrar con firmeza el picaporte para impedir que se desplazara del todo, y tuvo que tirar para dejar una rendija lo bastante amplia para colarse.

El dormitorio estaba en penumbras, la única parte iluminada por la luz de la luna era la alcoba exterior. Lirael asomó la cabeza despacio y esperó un momento para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, mientras aguzaba el oído para captar ruidos o el movimiento repentino de alguien que despierta en mitad de la noche.

Tras unos minutos, logró ver la mole desdibujada de la cama y percibió la respiración acompasada de alguien dormido, aunque no supo bien si la oía de verdad o se la imaginaba.

Tal como había dicho la perra, junto a la puerta había un pedestal. Una especie de jaula metálica redonda, abierta por arriba. Pese a la escasa luz, Lirael alcanzó a ver que Sojuzgadora estaba allí, metida en su vaina. La empuñadura se encontraba a pocos centímetros del borde del pedestal, al alcance de la mano, aunque debería situarse justo al lado de él para levantar la espada lo suficiente para sacarla de la jaula. Se agachó un poco y respiró hondo. El aire del dormitorio parecía más denso, más oscuro, empalagoso, como si conspirara contra ladrones como Lirael.

La perra la miró y le hizo un guiño para darle coraje. Pese a todo, a Lirael empezó a latirle el corazón más y más deprisa a medida que cruzaba la puerta y empezaba a notar un frío cargado de misterio.

Tras dar unos cuantos pasos sigilosos se plantó delante del pedestal. Lo tocó con ambas manos y luego avanzó con suavidad para aferrar la espada debajo de la empuñadura, justo donde empezaba la vaina.

Los dedos de Lirael tocaron apenas el metal, la espada lanzó un silbido bajito y las marcas del Gremio de la empuñadura comenzaron a brillar. Lirael la soltó de inmediato y se encorvó encima del arma tratando de ocultar la luz y amortiguar el sonido con el cuerpo. No se atrevió a darse la vuelta. No quería ver a la jefa despierta

y enfurecida.

No oyó ningún arranque súbito de cólera, ni su voz severa le exigió saber qué hacía allí.

Despareció de sus ojos la imagen borrosa y rojiza y logró ver otra vez en la oscuridad. Aguzó el oído e intentó oír por encima del tamborileo de su corazón.

Calculó entonces que el silbido y la luz no habían durado ni un segundo. Pese a ello, estaba claro que Sojuzgadora elegía quién podía o no podía empuñarla.

Lirael reflexionó un momento, luego se inclinó hacia adelante y susurró tan despacito que casi, casi ella tampoco se oyó.

—Sojuzgadora, te tomaré prestada por esta noche, necesito que me ayudes a someter a un stilken, una criatura producto de la magia libre, prometo devolverte antes del amanecer. Lo juro por el Gremio cuya marca llevo.

Se tocó la marca del Gremio de la frente y dio un respingo al ver que se iluminaba de pronto alumbrando el pedestal. Luego tocó la guarda de Sojuzgadora con los dos dedos de antes.

No silbó y las marcas de su empuñadura se limitaron a desprender un leve fulgor. Lirael estuvo a punto de dar un suspiro, pero lo reprimió para no delatarse.

La espada salió del pedestal sin hacer ruido y la muchacha tuvo que levantarla muy por encima de la cabeza, para sacar la punta del interior de la jaula; pesaba mucho. No sabía que fuese tan larga ni que pesara casi el doble que su pequeña espada de prácticas, además, era tres veces más larga. Demasiado para atar la vaina al cinturón, a menos que se ajustara éste a la altura de las axilas, de lo contrario, la punta rozaría el suelo al caminar.

Aquella espada no había sido forjada para una muchacha de catorce años, concluyó Lirael, mientras salía y cerraba la puerta con mucho cuidado. En ese momento, la cabeza no le daba para pensar nada más elaborado.

No vio señales de la *Perra Canalla*. Lirael miró a su alrededor y no encontró nada lo bastante grande para que la perra se ocultara, a menos que se hubiese encogido y metido debajo de una de las sillas. —¡Eh, perrita! ¡Ya la tengo! ¡Vámonos! —siseó Lirael. Nadie le respondió. La muchacha esperó un minuto entero, aunque a ella le pareció mucho más tiempo. Fue hasta la puerta exterior, se asomó y aguzó el oído para ver si oía pasos en el corredor. Regresar a la biblioteca con la espada sería la parte más complicada de la empresa. Si llegaba a cruzarse con alguna de las clarvis, le resultaría imposible ofrecer una explicación creíble.

Como no oía nada, salió con sigilo. Cuando la puerta se cerró con un chasquido, Lirael vio una sombra larga surgir delante de ella y el miedo la recorrió de pies a cabeza. Se trataba, una vez más, de la *Perra Canalla*.

—¡Me has dado un susto tremendo! —susurró Lirael mientras se ocultaba en las sombras y bajaba por la segunda escalera trasera que la llevaría directamente hasta la

biblioteca—. ¿Por qué no me esperaste?

—Porque no me gusta esperar —contestó la perra, trotando detrás de su ama—. Además, quería echar un vistazo a las habitaciones de Mirelle.

—¡No! —exclamó Lirael más alto de lo que hubiera deseado. Se inclinó sobre una rodilla, se metió la espada debajo de la axila y agarró a la perra de la mandíbula inferior—. ¡Te dije que no entraras en las habitaciones de la gente! ¿Qué haremos si a alguien se le ocurre pensar que eres una amenaza?

—Soy una amenaza —farfulló la perra—. Cuando quiero. Además, ya sabía que ella no estaba. Olí que no estaba.

—Por favor, te lo suplico, no te metas en ningún sitio donde puedan verte —le pidió Lirael—. Prométemelo.

La perra intentó apartar la vista, pero Lirael la aferró con firmeza de la mandíbula. Al final masculló algo que quizá contuviese la palabra “promesa”. En vista de las circunstancias, la muchacha tuvo que conformarse con eso.

Poco después, al bajar a hurtadillas por la segunda escalera trasera, Lirael recordó la promesa que le hiciera a Soguzgadora. Le había jurado que la devolvería a la alcoba de Vancelle antes del amanecer. ¿Y si no lo conseguía?

Abandonaron la escalera y bajaron por la espiral principal hasta llegar casi a la puerta de la habitación del campo de flores. Cuando la divisó, Lirael se detuvo de golpe. La perra, que se encontraba a unos cuantos metros detrás de ella, se le acercó al trote y le lanzó una mirada interrogante.

—Perrita, sé que no me ayudarás a luchar contra el stilken —dijo Lirael con cuidado—. Pero si no logro someterlo, quiero que cojas a Sojuzgadora y vuelvas a ponerla en la alcoba de Vancelle. Antes de que amanezca.

—La llevarás tú misma, ama —dijo la perra llena de confianza, casi con un gruñido. Luego vaciló y, con tono más suave, añadió—: Pero si fuera necesario, haré lo que me pides. Te lo prometo.

Lirael asintió en señal de agradecimiento, incapaz de articular palabra. Recorrió los últimos metros que la separaban de la puerta. Al llegar, comprobó que llevaba el ratón mecánico en el bolsillo derecho del chaleco y la botellita plateada en el izquierdo. Desenvainó a Sojuzgadora y, por primera vez, la blandió como un arma, poniéndose en guardia. Las marcas del Gremio de la hoja se encendieron como una brillante hoguera al percibir al enemigo, y Lirael notó la fuerza latente de la magia que portaba la espada. Sojuzgadora había derrotado a muchas criaturas extrañas, lo sabía, y eso la llenaba de esperanza, hasta que recordó que quizás era la primera vez que la esgrimía una muchacha que no tenía ni idea de lo que hacía.

Antes de que semejante pensamiento la paralizara, Lirael tendió la mano y rompió el hechizo que mantenía la puerta cerrada a cal y canto. Tal como había dicho la perra, el encantamiento había sufrido la corrosión de la magia libre, una corrosión tan

profunda que el hechizo se desmoronó en cuanto la muchacha lo tocó y susurró una orden.

Y entonces hizo un movimiento de muñeca. Las esmeraldas de la pulsera se encendieron y la puerta se abrió con un crujido. Lirael se dispuso a recibir el ataque violento del stilken... pero no ocurrió nada.

Con paso vacilante, cruzó el umbral frunciendo la nariz por si captaba el hedor de la magia libre, y abrió los ojos como platos tratando de buscar algún indicio que delatara la presencia de la criatura.

A diferencia de lo ocurrido en su visita anterior, al fondo del corredor no brillaba ninguna luz, sólo se percibía un fulgor fantasmagórico que teñía todos los colores con distintos matices de gris. En alguna parte, el stilken acechaba en la penumbra. Lirael levantó la espada bien alta y entró en la cámara haciendo crujir las flores bajo sus pies.

La *Perra Canalla* la seguía a diez pasos de distancia; los pelos del lomo erizados formaban una cordillera en su espalda y del fondo del pecho le subía un gruñido contenido. Encontraron allí rastros del stilken, aunque su olor estaba algo difuminado. Se ocultaba en alguna parte, dispuesto a atacar por sorpresa. La perra estuvo a punto de decir algo. Pero entonces recordó que Lirael debía derrotar sola al stilken. Se echó con la panza pegada al suelo y se quedó mirando a su ama que avanzaba entre las flores hacia el árbol y el estanque donde, sin duda, estaría emboscado el stilken.

De Stilkens y magias extrañas

En la amplia cámara de las flores, el silencio recibió a Lirael con su misteriosa profundidad. Aparte del suave crujido de sus pasos al pisar las margaritas, no se oía nada más.

Poco a poco, dando vueltas en redondo cada tres o cuatro pasos para asegurarse de que nada la atacaría por la espalda, Lirael cruzó la caverna y llegó a la puerta de la luna en cuarto creciente. Seguía entreabierta, pero la muchacha no osó entrar por temor a que el stilken la encerrara dentro en caso de que siguiese oculto en el campo.

El árbol es el escondite más probable para la criatura, pensó Lirael, y se imaginó al stilken enroscado a una rama como una serpiente. Oculto entre las verdes hojas, sus ojos plateados seguirían cada uno de sus movimientos.

Bajo la extraña luz, el roble no era más que una gran mancha en sombras. El stilken podía incluso ocultarse detrás del tronco y dar vueltas a su alrededor para que el árbol se interpusiera entre él y la muchacha. Lirael no apartaba la vista del roble y abrió los ojos todo lo posible, como si así pudieran captar más luz. Nada se movía, de modo que comenzó a caminar hacia el árbol, con pasos cada vez más cortos mientras el estómago se le iba encogiendo de miedo.

Tan concentrada estaba en el árbol que chapoteó en el borde del estanque antes de darse cuenta de que había llegado hasta él. Las ondas brillantes, que reflejaban la falsa luz de la luna, se expandieron un momento y de inmediato el agua volvió a ser un espejo inmóvil.

Lirael retrocedió, sacudió los pies y empezó a bordear el estanque.

Empezaba a ver el roble con más claridad, a distinguir las hojas y las ramas, aunque persistían grandes manchas de sombra que podían ser cualquier cosa. Cada vez que apartaba la vista del roble, creía ver movimientos en la oscuridad.

Decidió que había llegado el momento de alumbrarse, aunque al hacerlo, delataría dónde estaba. Se zambulló en el Gremio y las señales necesarias comenzaron a fluir en su mente y se perdieron en cuanto el stilken surgió de improviso del estanque, a su lado, y atacó con sus feroces garras.

De alguna forma, Sojuzgadora las recibió con una lluvia de blancas chispas envueltas en vapor y una estocada que a punto estuvo de dislocarle el hombro a la muchacha. Retrocedió a trompicones lanzando un grito de furia guerrera y de pánico, e instintivamente se puso en guardia. Volaron más chispas y el agua rebulló cuando el stilken contraatacó; sus garras fueron rechazadas apenas a tiempo por Lirael y Sojuzgadora.

Sin detenerse a reflexionar, Lirael se replegó en dirección al roble. De su cabeza desaparecieron todos sus conocimientos de hechizos para someter y vincular así como el contacto que la unía al Gremio. Lo único que importaba en ese momento era

sobrevivir, colocar la espada en el sitio adecuado para impedir el asalto asesino del monstruo.

La bestia golpeó bajo, a la altura de las piernas. Lirael atajó el golpe y se sorprendió al comprobar que los músculos, no del todo adiestrados en esas lides, tomaban las riendas. Lanzó una estocada directa al torso de la criatura. La punta de Sojuzgadora dio en el blanco y le abrió un tajo en el vientre del que partió una nube de chispas que dejaron el chaleco de Lirael como un colador.

Pese a todo, el stilken no parecía malherido, sólo furioso. Atacó otra vez y cada embate de sus garras obligaba a Lirael a retroceder varios pasos. La muchacha agitaba con desesperación a Sojuzgadora, y con cada estocada sentía que se le sacudían todos los huesos del cuerpo. El peso de la espada comenzaba a debilitarla. Nunca había sido una buena espadachina y jamás lo había lamentado... hasta ese momento.

Retrocedió un poco más, con el pie notó una ligera resistencia, dio entonces un paso más amplio de lo necesario y acabó metida en un agujero. Lirael perdió el equilibrio y cayó de espaldas justo cuando una garra afilada cortaba el aire a escasos centímetros de su garganta.

En la caída, el tiempo pareció detenerse. El golpe de parada que acababa de lanzar salió demasiado abierto cuando empezó a girar los brazos como un molino de viento para recuperar el equilibrio. Las garras del stilken continuaron cortando el aire, cada vez más cerca de la muchacha, a punto de alcanzarla a la altura de la cintura.

Lirael cayó con un golpe seco y apenas notó el dolor. De inmediato volvió a rodar hacia un lado, y en una fracción de segundo descubrió que acababa de tropezar en un hueco entre dos raíces y que el suelo estaba plagado de ellas y se le hundían en el cuerpo.

A medida que rodaba y veía tierra, flores, el techo allá en lo alto y sus luces del Gremio como estrellas lejanas, más tierra, más flores, el cielo artificial, Lirael esperaba en todo momento captar los ojos plateados del stilken y sentir el dolor ardiente de sus garfios. Pero no los vio y el golpe mortal no llegó nunca. A la sexta rodada se detuvo y se lanzó hacia adelante, y los abdominales le dieron un tirón dolorosísimo cuando se puso en pie de un salto.

Sojuzgadora seguía firme en su mano y el stilken trataba de sacar el garfio izquierdo de donde se le había enganchado, a bastante profundidad, en una de las raíces principales del roble. Lirael dedujo enseguida que la garra había errado el golpe y en lugar de clavarse en la presa, se había hundido en la raíz.

El stilken la miró, los ojos plateados echaban chispas y del fondo de su garganta partió un horrible glugluteo. Su cuerpo comenzó a cambiar, el peso pasó de la pata izquierda, atrapada en la raíz, al lado derecho del cuerpo. Se volvió más rechoncho y los músculos se movieron debajo de la piel, aparentemente humana, como babosas en

una hoja en dirección de la pata atascada. Antes de que acabara aquella operación, comenzó a tirar tratando de soltarse para ir tras Lirael.

La muchacha sabía que aquella era su oportunidad y no debía desaprovechar esos pocos segundos. Las marcas del Gremio refulgieron en la hoja de Sojuzgadora cuando Lirael las invocó para unirlas a otras extraídas de las cartas del Gremio. Necesitaba cuatro marcas maestras, pero para utilizarlas, antes debía protegerse con marcas menores.

Sojuzgadora la ayudó y, poco a poco, las marcas fueron formaron una cadena en su mente, mientras el stilken glugluteaba y haciendo fuerza iba desenterrando el garfio centímetro a centímetro. El roble daba la impresión de estar tratando de mantener atrapada a la criatura, al menos eso creyó notar Lirael con aquella parte de su cerebro no concentrada en el hechizo del Gremio. Le llegaron la crepitación y los crujidos del árbol mientras pugnaba por mantener cerrado el corte de su raíz principal y evitar que la garra se liberara.

La última marca fluyó en Lirael con gracia, sin esfuerzo. Dejó que el hechizo saliera y notó su fuerza bullirle en la sangre y en la médula de todos los huesos mientras se fortificaba contra las cuatro marcas maestras que debía pronunciar.

La primera de estas marcas maestras floreció en su mente en el preciso instante en que el stilken consiguió arrancar el garfio atascado en medio de un descomunal gemido del roble y una lluvia de savia blancoverdosa. Pese a estar rodeada del encantamiento protector, Lirael no dejó que la marca maestra se demorara demasiado en su mente. La lanzó fuera obligándola a recorrer la hoja de Sojuzgadora, donde se extendió cual mancha de brillante aceite hasta que se encendió y la espada quedó envuelta en doradas llamas.

El stilken, que ya se disponía a atacar, intentó apartarse. Demasiado tarde. Lirael dio un paso al frente y Sojuzgadora salió impulsada en una brillante parada que atravesó el cuello de la bestia. El fuego dorado ardió lanzando por el aire estelas de chispas como la cola de un cohete; la criatura quedó inmovilizada, a escasa distancia de la muchacha, sus garras a punto de aferrarla de ambos lados.

Lirael invocó la segunda marca maestra que también recorrió la espada. Al llegar al cogote del stilken, desapareció. Poco después, la piel de la criatura comenzó a resquebrajarse y a arrugarse proyectando una luz blanquísima y cegadora a medida que el cuerpo se le iba cayendo a pedazos. Poco después, el stilken había perdido su apariencia semihumana para convertirse en una columna informe de intensísima luz blanca traspasada por una espada.

La tercera marca maestra abandonó a Sojuzgadora y penetró la columna. Al instante, lo que quedaba del stilken fue menguando más y más hasta convertirse en una mancha de luz de pocos centímetros de diámetro en la que Sojuzgadora quedó clavada.

Lirael sacó la botella de metal del bolsillo del chaleco, la puso en el suelo y utilizó la espada para meter dentro los restos del stilken. Sólo entonces retiró el acero, lo dejó a un lado y le puso el corcho a la botella. Poco después, la selló con la cuarta marca maestra que se enroscó al corcho y la botella con un destello.

La botella dio unos cuantos brincos, se retorció en la mano de Lirael y luego se quedó quieta. La muchacha se la guardó otra vez en el bolsillo y se sentó al lado de Sojuzgadora con la respiración entrecortada. Todo había terminado. Había conseguido dominar al stilken. Ella sólita.

Se echó hacia atrás y dio un respingo al notar infinidad de sitios doloridos en la espalda y los brazos. Un breve fulgor en algún lugar cerca del árbol captó su atención. Al instante volvió a estar alerta, la mano se acercó rápida a Sojuzgadora y los dolores pasaron al olvido. Levantó la espada y fue a investigar. No podía tratarse de otro stilken. ¿O acaso había escapado en el último momento? Revisó la botella; estaba completamente sellada. ¿No habría parpadeado por una fracción de segundo en el preciso momento en que acudía a ella la cuarta marca?

La luz volvió a brillar suave y dorada cuando Lirael se acercó y suspiró con alivio. Tenía que tratarse de magia del Gremio, de manera que estaba a salvo. El fulgor salía del agujero en el que había tropezado.

Cautelosa, Lirael metió en él la punta de Sojuzgadora y apartó un poco de tierra. Comprobó que el fulgor provenía de un libro encuadernado en pieles o una especie de cuero peludo. Utilizando la espada como palanca, sacó el libro. Había visto al árbol tratar de retener al stilken, no quería que la agarrara a ella también.

Cuando logró separarlo de las raíces, levantó el libro. Las marcas del Gremio de la cubierta le resultaban familiares, un encantamiento lo mantenía limpio y libre de lepismas y polillas. Lirael se metió el grueso volumen debajo del brazo y en ese momento cayó en la cuenta de que estaba empapada en sudor, cubierta de tierra y pétalos de flores, completamente exhausta y llena de morados. El chaleco era el único con desperfectos permanentes: estaba tan lleno de agujeros allí donde habían caído las chispas que daba la impresión de haber sufrido el ataque de polillas incendiarias.

La perra se levantó de entre las flores y salió al encuentro de su ama cuando ésta se dirigió hacia la salida. Llevaba la vaina de Sojuzgadora en la boca y no la soltó cuando Lirael envainó el acero.

—Lo he conseguido —dijo Lirael—. He sometido al stilken.

—Uy, Uy, Uy —dijo la perra levantándose sobre las patas traseras. Depositó la espada con cuidado y añadió—: Sí, señora mía. Sabía que lo conseguirías. Con razonable certeza.

—¿Ah, sí? —Lirael se miró las manos, empezaban a temblarle. Y a continuación le tembló todo el cuerpo y tuvo que sentarse hasta que se le pasara. Apenas notó el cuerpo caliente de la perra apoyado contra su espalda ni los lametones en la oreja con

que pretendía infundirle coraje.

—Yo devolveré la espada —se ofreció la perra cuando Lirael dejó de temblar—. Descansa aquí hasta que vuelva. No tardaré nada. Estarás a salvo.

Lirael asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra. Le dio unas palmaditas en la cabeza a su mascota, se echó encima de las flores y se dejó envolver en su aroma al tiempo que notaba la suavidad de los pétalos contra la mejilla. Su respiración se fue haciendo más acompasada, parpadeó dos o tres veces y... cerró los ojos.

La perra esperó hasta estar segura de que Lirael se había dormido. Soltó un ladrido breve. Salió de la boca del can acompañado de una marca del Gremio que flotó en el aire, encima de la muchacha dormida. La perra inclinó la cabeza y la miró con ojo experto. Satisfecha, levantó la espada con sus poderosas mandíbulas y salió a paso vivo, rumbo a la espiral principal.

Cuando Lirael despertó era de día, o al menos la luz de la caverna volvía a ser brillantísima. Por un instante tuvo la impresión de que había una marca del Gremio encima de su cabeza, pero era evidente que se trataba de un sueño, porque cuando despertó del todo y se incorporó, no vio nada.

Se notaba muy entumecida y le dolía todo el cuerpo, pero no se encontraba peor que al día siguiente de uno de los exámenes anuales de esgrima y boxeo. El chaleco ya no tenía arreglo, menos mal que disponía de otros de repuesto; por lo demás, no veía más signos físicos de su combate con el stilken. Nada que precisara de una visita a la enfermería. La enfermería... Filris. Lirael se sintió triste de no poder contarle a su tatarabuela que había logrado derrotar al stilken.

Además, a Filris le habría gustado la *Perra Canalla*, pensó Lirael, y echó un vistazo al animal que descansaba cerca de ella. Estaba ovillada, la cola enroscada a las patas traseras le llegaba casi al hocico. Roncaba con suavidad y de vez en cuando se movía espasmódicamente, como si soñara que perseguía liebres.

Lirael iba a despertar a la perra cuando notó que el libro le daba un toquecito. Con más luz descubrió que no estaba encuadernado en pieles o cuero sino que la cubierta era una especie de entablillado unido por un tejido de punto bien cerrado, algo muy extraño, la verdad.

Lo levantó, lo abrió por la carátula y antes de leer la primera palabra, adivinó que se trataba de un libro de poderes. Todo él estaba saturado de magia del Gremio. El papel estaba cubierto de marcas, lo mismo la tinta y las puntadas del lomo.

La carátula rezaba simplemente Con piel de león. Lirael pasó la página con la esperanza de encontrar un índice, pero comenzaba directamente en el primer capítulo. Empezó a leer después de las palabras «Capítulo uno», pero las letras se volvieron borrosas y brillantes. Parpadeó, se restregó los ojos, y cuando volvió a mirar la página en ella se leía «Prólogo», aunque estaba segura de no haber pasado la página. Volvió

hacia atrás y ahí estaba otra vez la carátula.

Lirael frunció el ceño y siguió hojeando. Seguía diciendo «Prólogo». Antes de que la palabra volviera a transformarse en otra, se puso a leer.

«La confección de pieles del Gremio», leyó:

...permite a las magas adquirir algo más que la apariencia de una bestia o una planta. Una piel del Gremio correctamente tejida, colocada de la forma estipulada, otorga a las magas la forma deseada, con todas las peculiaridades, percepciones, limitaciones y ventajas de esa forma.

Este libro es un tratado teórico del arte de confeccionar pieles del Gremio, un manual práctico para portadoras de formas principiantes, un compendio completo de pieles del Gremio, incluidas las de león, caballo, sapo saltimbanqui, paloma gris, fresno y gran variedad de otras formas utilísimas.

El estudio disciplinado y minucioso de este curso teórico dotará a las magas aplicadas de los conocimientos necesarios para confeccionar una primera piel del Gremio en un plazo de tres a cuatro años.

—Sí que es útil ese libro —dijo la perra que acababa de despertarse e interrumpió la lectura de su ama metiendo el hocico entre las páginas y exigiéndole sin lugar a dudas que la rascara entre las orejas.

—Mucho —convino Lirael, tratando de seguir leyendo con la perra encima aunque sin ningún éxito—. Parece ser que si estudio este manual ordenadamente, dentro de tres o cuatro años podré adoptar otra forma.

—Dieciocho meses —bostezó la perra, soñolienta—. Dos años si eres perezosa. Aunque lleves una piel del Gremio, no cambias tu propia forma. Asegúrate de empezar por una piel del Gremio que te sirva para explorar. Ya sabes, una que te permita colarte por agujeritos y cosas así.

—¿Por qué? —preguntó Lirael.

—¿Por qué? —repitió la perra con incredulidad al tiempo que apartaba la cabeza de la mano de su ama—. ¡En este lugar hay montones de cosas para ver y oler! ¡Niveles enteros de la biblioteca en los que nadie ha puesto los pies desde hace siglos, milenios! Cuartos llenos de antiguos secretos cerrados con llave. ¡Tesoros! ¡Conocimientos! ¡Diversión! ¿No querrás ser una auxiliar tercera de la bibliotecaria toda tu vida?

—No exactamente —contestó Lirael con frialdad—. Quiero ser una clarvi hecha y derecha. Quiero tener la visión.

—Bueno, a lo mejor encontramos algo que despierte en ti el don —sentenció la perra—. Sé que tienes que trabajar, pero quedan muchos ratos libres que no debemos desperdiciar. ¿Qué podría ser mejor que caminar por sitios donde nadie ha pisado

desde hace miles de años?

—Supongo que puedo intentarlo —convino Lirael.

Su imaginación ya se había echado a volar tras oír las palabras de la perra. Había muchas puertas que deseaba abrir. Estaba el extraño agujero en la piedra, por ejemplo, justo donde la espiral principal termina abruptamente...

—Además —añadió la perra interrumpiendo los pensamientos de Lirael—, en este lugar hay fuerzas que quieren que utilices el libro. Algo liberó al stilken y la presencia de la criatura ha despertado otros embrujos. El roble no habría soltado el libro, si no hubieses estado decidida a tenerlo.

—No, supongo —admitió Lirael.

Le disgustaba la idea de que el stilken recibiera ayuda para escapar de su prisión. Eso significaba que había una fuerza superior del mal que estaba en los niveles antiguos o que algún poder venido de lejos podía meterse en el Glaciar de las Clarvis, pese a las defensas mágicas.

Si en la biblioteca había algo como el stilken, algún ente muy poderoso de la magia libre, Lirael consideraba su deber encontrarlo. Tenía la opinión de que al haber derrotado al stilken, sin quererlo había dado el primer paso para asumir la responsabilidad de destruir cualquier otra cosa como aquella criatura que pudiese amenazar a las clarvis.

La exploración llenaría sus horas muertas y la distraería. Lirael se dio cuenta entonces de que en los últimos meses ya no pensaba tanto en las ceremonias del despertar, ni en el don de la visión. Crear a la perra y descubrir cómo derrotar al stilken habían mantenido su mente muy ocupada.

—Aprenderé a hacer una piel del Gremio útil —declaró—. ¡Y exploraremos, perrita!

—¡Estupendo! —dijo la perra; para celebrarlo soltó un ladrido cuyo eco resonó en toda la caverna—. Será mejor que te des prisa, que te laves y te cambies, antes de que Imshi se pregunte dónde estás.

—¿Que hora es? —preguntó Lirael, sorprendida.

Alejada de los inaplazables golpes de silbato de Kirrith en la Residencia de jóvenes y de los toques del reloj del salón de lectura, había perdido la noción de la hora. Calculaba que estaba a punto de amanecer porque ya empezaba a tener sueño.

—Serán más o menos las seis y media de la mañana —contestó la perra después de levantar la oreja como si estuviese escuchando un carrillón lejano—. Minuto más, minuto menos...

Se quedó con la palabra en la boca porque Lirael había echado a correr a trompicones y ya estaba lejos. La perra suspiró y en cuatro saltos con los que estiró el cuerpo entero, alcanzó a su ama antes de que llegara a la puerta.

SEGUNDA PARTE

Ancelstierre
Año Reino Antiguo
Decimoctavo año de la Restauración del rey Piedra de Toque I

Principe Sameth

A más de mil kilómetros al sur del Glaciar de las Clarvis, veintidós muchachos jugaban al críquet. En el Reino Antiguo, al otro lado del Muro, situado a cincuenta kilómetros al Norte, estaban a finales del otoño. Aquí, en Ancelstierre, el final del verano traía consigo días luminosos y cálidos, perfectos para la final del muy disputado Campeonato Juvenil por el Trofeo, en el que participaban los alumnos de los dos últimos cursos de dieciocho escuelas.

Era el último over del partido, sólo quedaba una pelota por lanzar y con tres carreras había que ganar el turno de lanzamiento, el partido y el campeonato.

Al bateador que le tocaba darle a la última pelota le faltaba un mes para cumplir los diecisiete años y un centímetro para pasar del metro ochenta. Tenía el pelo castaño oscuro lleno de rizos apretados y unas características cejas negras. No era guapo, lo que se dice guapo, pero llamaba la atención y los pantalones de franela blancos le sentaban de maravilla. Claro que ya no estaban tan almidonados y planchados como al empezar el partido, porque al cabo de setenta y cuatro carreras del equipo, sesenta de las cuales se debían al bateador, habían quedado completamente empapados de sudor.

Un nutrido público llenaba las gradas del campo de críquet de Bain, un público más nutrido de lo normal para tratarse de un partido juvenil y viniendo uno de los equipos de la cercana Escuela Dormalan. Casi todos los espectadores habían ido a ver al bateador alto y joven, no porque fuera más habilidoso que el resto del equipo, sino porque era un príncipe. Para ser más exactos, era un príncipe del Reino Antiguo. Bain no sólo era el pueblo más próximo al Muro que separaba Ancelstierre de aquella tierra de magia y misterio, sino que hacía diecinueve años también había padecido la incursión de los muertos, derrotados con la ayuda de los padres del bateador, sobre todo de su madre.

El príncipe Sameth era consciente de la curiosidad que despertaba en los habitantes de Bain, pero no permitió que eso lo distrajera. Concentró toda la atención en el lanzador que se encontraba en el otro extremo del punto de lanzamiento, un temible muchacho pelirrojo cuya fuerza al lanzar le había permitido ganar tres wickets. Aunque daba la impresión de estar un poco cansado, y su último over había sido algo irregular, pues había permitido que Sam y su bateador, Ted Hopkiss, bateara la pelota a la otra punta del campo en su afán por conseguir las últimas y vitales carreras. Si el lanzador no recuperaba las fuerzas y la precisión del principio, pensó Sameth, tenía una oportunidad. Cuidado, el lanzador no parecía tener prisa, flexionaba despacio el brazo con el que bateaba y miraba las nubes que surcaban el cielo.

El tiempo era un factor de distracción, pero sólo para Sameth. Hacía unos minutos

que se había levantado un viento. Soplaba directamente del Norte trayendo consigo la magia recogida en el Reino Antiguo y el Muro. Como reacción, la marca del Gremio que Sameth llevaba en la frente le producía un cosquilleo y aumentaba su percepción de la muerte. Desde luego, su fría presencia no se notaba con excesiva intensidad donde él estaba. Pocos habían muerto en el punto de lanzamiento del campo de críquet, al menos en época reciente.

El lanzador emprendió por fin su carrera y la pelota rojo brillante salió aullando en dirección del punto de lanzamiento y rebotó hacia arriba cuando Sameth dio un paso al frente para recibirla. El bate de sauce chocó contra el cuero produciendo un potente crujido y la pelota salió disparada por encima del hombro izquierdo de Sameth. Subió y subió formando un arco por encima de los fielders que corrían, en dirección a las gradas, donde un hombre de mediana edad saltó del asiento en una exhibición de su maña algo olvidada para el críquet y la agarró. ¡Seis tantos! Sameth notó que la boca se le ensanchaba en una sonrisa al oír que el público de las gradas aplaudía con fervor. Ted se le acercó a la carrera para estrecharle la mano y balbució algo, luego se vio estrechando la mano a los jugadores del equipo contrario y a un montón de gente más mientras se abría paso hacia las casetas. Entre un apretón de manos y el siguiente, levantó la vista para ver el marcador que continuaba cambiando. Había conseguido sesenta y seis not out, su mejor marca personal y un final apropiado para su trayectoria en el críquet escolar. Probablemente de toda su trayectoria en el críquet, pensó, al recordar que faltaban apenas dos meses para que regresara al Reino Antiguo. Al norte del Muro no se jugaba al críquet.

Su amigo Nicholas fue el primero en felicitarlo cuando llegó al vestuario. Nick era fantástico como lanzador con efecto, pero batear ya no se le daba tan bien y como fielder era un desastre. Con frecuencia desconectaba, como si entrara en un sueño, y se ponía a analizar un insecto del suelo o alguna nube con forma rara en el cielo.

—¡Has estado genial, Sam! —exclamó Nick estrechándole la mano con fuerza—. Otro trofeo más para el viejo Somersby.

—Muy pronto, Somersby será tan viejo que pasará a la historia —contestó Sam sentándose en un banco y empezando a desatarse las espinilleras—. Tiene gracia, ¿eh? Nos pasamos diez años quejándonos del lugar y cuando llega el momento de largarnos...

—Sí, ya lo sé, ya lo sé —dijo Nick—. Por eso deberías venir conmigo a Corvere, Sam. La universidad es más de lo mismo. Olvida tu miedo al futuro...

La frase quedó interrumpida cuando el resto del equipo entró en tropel a estrecharle la mano a Sameth. Hasta el señor Cochrane, entrenador y profesor de educación física de Somersby famoso por su irascibilidad, se dignó a darle una palmada en el hombro y a declarar:

—Magnífico espectáculo, Sameth.

Una hora más tarde, estaban todos en el autobús escolar, empapados por el chaparrón repentino que había traído consigo el viento del norte. Los chubascos se iban alternando con los claros que duraban pocos minutos. Por desgracia, el último chubasco los había pillado justo cuando cruzaban el camino hacia el autobús.

El viaje a Somersby era en dirección sur por el camino de Bain y duraba tres horas. Por ello los pasajeros del autobús se sorprendieron cuando, justo a las afueras de Bain, el conductor abandonó el camino principal y enfiló por una carretera comarcal de un solo carril.

—¡Eh, chofer, pare! —exclamó el señor Cochrane—. ¿Dónde diablos cree que va?

—Por un desvío —contestó brevemente el hombre, apenas sin mover los labios. Sustituía a Fred, el chófer habitual de la escuela, que el día anterior se había fracturado el brazo en una pelea por un polémico campeonato de dardos—. El camino de Bain está inundado a la altura de Armas del Criquetista.

—Muy bien —dijo Cochrane; su ceño fruncido indicaba que no estaba tan de acuerdo como aparentaba—. Qué cosa más rara. Juraría que no ha llovido tanto. ¿Está seguro de que conoce otro camino?

—Sí, jefe —afirmó el hombre y en su cara de comadreja se vio algo parecido a una sonrisa—. El puente de Beckton.

—En mi vida lo había oído nombrar —dijo Cochrane con desdén—. En fin, supongo que sabrá lo que hace.

Los muchachos no prestaron demasiada atención a la conversación ni al camino. Llevaban levantados desde las cuatro de la mañana para poder llegar a Bain a tiempo, y se habían pasado el día entero jugando al críquet. La mayoría de ellos, incluido Nick, se pusieron a dormir. Sameth se mantuvo despierto, todavía le duraba el entusiasmo por los seis tantos ganadores. Contemplaba por la ventanilla cómo caía la lluvia sobre el campo. Dejaron atrás una serie de granjas colonizadas en cuyas ventanas se veía el cálido fulgor de la luz eléctrica. Los postes del telégrafo, al costado del camino, pasaban raudos, como la cabina de teléfono roja cuando cruzaron el pueblo a toda velocidad.

Pronto dejaría atrás todo aquello. La tecnología moderna como el teléfono y la electricidad no funcionaban al otro lado del Muro.

Diez minutos más tarde, dejaron atrás un paisaje que Sameth tampoco vería al otro lado del Muro. Un gran campo lleno de cientos de tiendas, la colada puesta a secar en todas las cuerdas tensoras disponibles y un aire general de desorden. El autobús aminoró la marcha al pasar y Sameth vio que en la puerta de la mayoría de las tiendas se amontonaban mujeres y niños contemplando tristemente la lluvia. Casi todos ellos llevaban la cabeza cubierta con pañuelos o sombreros azules, que los identificaban como refugiados sureños. Más de diez mil recibían cobijo temporal en

lo que el Corvere Times describía como «las lejanas regiones norteñas del país», en clara referencia a su proximidad al Muro. Aquel debía de ser uno de los campamentos de refugiados que habían surgido en los últimos tres años, dedujo Sameth, al reparar en la triple alambrada de acordeón que rodeaba el campo y en los policías que montaban guardia en la entrada mientras la lluvia caía a raudales sobre sus yelmos y los chubasqueros azul oscuro.

Los sureños huían de una guerra que libraban cuatro estados del lejano Sur, al otro lado del Mar Hendido que bañaba Ancelstierre. La guerra había comenzado tres años antes, a raíz de una pequeña rebelión en la Autarquía de Iskeria que, contra todo pronóstico, resultó un éxito. Aquella rebelión se había convertido en una guerra civil en cuyos bandos opuestos se vieron implicados los países vecinos de Kalarime, Iznenia y Korrovia. Sameth sabía que había por lo menos seis facciones en guerra, entre las cuales estaban las fuerzas del autócrata iskeriano, los primeros rebeldes anarquistas, los tradicionalistas apoyados por Kalarime y los imperialistas korrovianos.

Tradicionalmente, Ancelstierre se mantenía neutral cuando el Continente Sur estaba en guerra y confiaba a su marina de guerra y su cuerpo de aviación la tarea de mantener los problemas al otro lado del Mar Hendido. Sin embargo, la guerra había alcanzado gran parte del continente y en ese momento, el único lugar seguro para los no combatientes era Ancelstierre.

Ancelstierre era así el destino elegido por los refugiados. A muchos les impedían la entrada en alta mar o en los principales puertos, pero por cada barco que regresaba, una embarcación menor recalaba en algún punto de la costa ancelstierrana donde descargaba los doscientos o trescientos refugiados que habían viajado en ella apretados como sardinas.

Muchos más morían ahogados o de inanición, pero eso no disuadía a los demás.

A la larga, terminaban cayendo en las redadas que se organizaban para perseguirlos y eran conducidos a los campamentos temporales. En teoría, a partir de ese momento, reunían los requisitos para convertirse en inmigrantes de la Mancomunidad de Ancelstierre, pero en la práctica, sólo los que tenían dinero, contactos o aptitudes útiles llegaban a obtener la ciudadanía. Los demás se quedaban en los campamentos de refugiados hasta tanto el gobierno ancelstierrano encontrara la manera de enviarlos de vuelta a sus países de origen. El recrudecimiento de la guerra y la confusión que traía aparejada no contribuían en nada a que quienes habían huido regresaran voluntariamente. Los intentos de deportaciones masivas culminaban siempre en huelgas de hambre, disturbios y todo tipo de protestas.

—Tío Edward dice que el tal Corolini quiere enviar a los sureños a tus pagos —comentó Nicholas con voz soñolienta cuando, al disminuir la marcha el autobús, despertó—. Al otro lado del Muro. Aquí no hay sitio para ellos, dice, mientras que en

el Reino Antiguo sobra.

—Corolini es un agitador populista —contestó Sameth, citando el editorial del Times.

Su madre, que estaba al frente de gran parte de la diplomacia del Reino Antiguo con Ancelstierre, tenía una opinión todavía más dura sobre ese político que, desde los comienzos de la guerra del Sur había adquirido cada vez más importancia. Lo consideraba un ególatra peligroso, capaz de cualquier cosa con tal de conseguir el poder.

—No sabe de lo que habla. Morirían todos en las Tierras Fronterizas. No es seguro.

—¿Qué problema hay con que se vayan para allá? –preguntó Nick.

Sabía que a su amigo no le hacía gracia hablar del Reino Antiguo. Sam siempre decía que no se parecía en nada a Ancelstierre y que Nick no lo entendería. Casi nadie conocía a fondo esa zona, y en las bibliotecas existía poca información importante que Nick hubiera visto. El ejército mantenía la Frontera cerrada y eso era todo.

—Hay... animales y... y cosas peligrosas —le contestó Sameth—. Ya te lo he dicho. Las armas, la electricidad y esas cosas no funcionan. No se parece en nada a...

—Ancelstierre —lo interrumpió Nicholas con una sonrisa—. La verdad es que no me faltan ganas de ir a verte en las vacaciones para comprobarlo con mis propios ojos.

—Ojalá pudieras venir —dijo Sameth—. Me hará falta ver una cara amiga después de seis meses en compañía de Ellimere.

—¿Y cómo sabes que no es a tu hermana a quien quiero ir a visitar? —preguntó Nick con una mirada lasciva.

Sam nunca hablaba bien de su hermana mayor. Iba a comentar algo más, pero las palabras se le helaron en la boca cuando miró por la ventanilla. Nick también miró.

El campamento de refugiados había quedado atrás hacía rato para dar paso a un bosque bastante cerrado. A lo lejos, la bola del sol, desdibujada por la lluvia, colgaba encima de las copas de los árboles. Ellos eran los únicos asomados a las ventanillas del lado izquierdo del autobús y el sol debería haber estado a la derecha. Iban en dirección norte, y ya llevaban un buen trecho. En dirección Norte, hacia el Muro.

—Será mejor que avise a Cockers —dijo Sameth, que ocupaba el asiento del pasillo.

Se había levantado para dirigirse a la parte delantera del autobús cuando el motor comenzó a resoplar y el vehículo dio un bandazo que casi echó al suelo a Sam. El conductor lanzó una maldición y redujo las marchas, pero el motor siguió resoplando. El conductor renovó las maldiciones y entonces aceleró con tanto ímpetu que el quejido del motor despertó a cuantos seguían dormidos. Y entonces se apagó. Las

luces interiores y los faros se apagaron y el autobús acabó deteniéndose del todo.

—¡Señor Cochrane! —gritó Sam imponiéndose al repentino alboroto que hicieron sus compañeros al despertar—. ¡Nos dirigimos al Norte! Creo que estamos cerca del Muro.

Cochrane, que escudriñaba por su ventanilla, se volvió en el mismo instante en que Sam pronunció su nombre, se plantó en el pasillo y su imponente mole bastó para hacer callar a los muchachos que tenía más cerca.

—¡Calma! —ordenó—. Chorradas, Sameth. Volved a vuestros asientos. Iré a ver qué...

Se interrumpió bruscamente cuando oyó al conductor cerrar de golpe la puerta tras haberse bajado del autobús. Todos los muchachos se asomaron a las ventanillas pese al rugido de Cochrane, y comprobaron que el conductor saltaba el murete que bordeaba el camino y echaba a correr entre los árboles como si lo persiguiese un enemigo mortal.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? —gritó Cochrane volviéndose para mirar por el parabrisas.

Estaba claro que lo que había asustado al conductor a él no le parecía tan terrible, porque abrió la puerta de acceso de pasajeros y salió bajo la lluvia al tiempo que sacaba el paraguas.

En cuanto se apeó del autobús, todos corrieron a la parte delantera. Desde el lugar que ocupaba en el pasillo, Sam fue el primero en llegar. Se asomó y lo primero que vio fue que una barrera atravesaba el camino y junto a ella un enorme cartel rojo. No se leía bien a causa de la lluvia, pero de todas maneras sabía lo que ponía. Todas las veces que había vuelto al Reino Antiguo a pasar las vacaciones, había visto carteles idénticos. Los carteles rojos indicaban el comienzo de la Frontera, la zona militar que el ejército ancelsterriano había delimitado justo frente al Muro. Más allá de esos carteles, los bosques a ambos lados del camino desaparecían para dar paso a una franja de algo menos de un kilómetro, plagada de plazas fuertes, trincheras e interminables vallas de alambre espino que se extendían desde la costa este a la oeste.

Sam recordaba exactamente lo que decía el cartel. Fingiendo tener una vista de lince que le permitía ver a través del parabrisas empañado, recitó la advertencia desconocida por los demás, pero que él sabía de memoria. Era importante que ellos también la conocieran.

MANDO FRONTERIZO EJÉRCITO DEL NORTE
Queda terminantemente prohibido salir de la Zona Fronteriza.
Se disparará sin previo aviso a toda persona que intente
cruzarla.
Los viajeros autorizados deberán presentarse en el Cuartel

General del Mando Fronterizo.
SE RECUERDA QUE SE DISPARARÁ SIN PREVIO AVISO

En el silencio que siguió a su fingida lectura, todos se pusieron muy serios. De inmediato surgió un torrente de preguntas que Sam no contestó. Creía que el conductor había huido por el miedo que le causaba estar tan cerca del Muro. ¿Y si los hubiese llevado hasta allí adrede? ¿Y por qué había huido de los dos policías militares tocados con gorra roja que habían abandonado su garita para acercarse?

La familia de Sameth tenía muchos enemigos en el Reino Antiguo. Algunos eran humanos, y en Ancelstierre pasaban muy bien por inofensivos. Algunos no lo eran, y contaban con el poder suficiente para cruzar el Muro y bajar hacia el Sur, hasta allí mismo. Sobre todo en días en que el viento soplaba del norte.

Sin molestarse en ponerse el impermeable, Sam se bajó del autobús de un salto y corrió hacia donde los dos policías militares acababan de encontrarse con el señor Cochrane. O más bien hasta donde el sargento de la policía militar le chillaba a Cochrane.

—Haga bajar a todos del autobús y hágalos retroceder lo más rápido posible —le gritó el sargento—. Corran lo más lejos posible y luego caminen. ¿Entendido?

—¿Por qué? —inquirió el señor Cochrane, irritado. Como la mayoría de profesores y el personal de Somersby, no era del Norte, y no sabía nada del Muro, la Frontera o el Reino Antiguo. Siempre había tratado a Sameth como trababa al otro príncipe de la escuela, un albino del lejano país de Karshmel, como un niño adoptado que no acababa de pertenecer a la familia.

—¡Limítese a obedecer! —le ordenó el sargento. Sameth lo notó nervioso. Llevaba la funda del revólver abierta y no paraba de echar miradas furtivas hacia los árboles. Como la mayoría de los soldados apostados en la Frontera, aunque a diferencia de todas las demás unidades del ejército de Ancelstierre, también llevaba una especie de espada larga, casi una bayoneta, colgada de la cadera izquierda y una cota de malla cubría su traje de campaña color caqui, aunque lucía la gorra roja de policía militar en lugar del yelmo con protección de barrotes en nariz y cuello, propio de la plaza fuerte de la Frontera. Sam se dio cuenta de que ninguno de ellos lucía en la frente la marca del Gremio.

—Esa no es una explicación válida —protestó Cochrane—. Insisto en hablar con un oficial. ¡No permitiré que mis chicos vayan por ahí corriendo bajo la lluvia!

—Será mejor que obedezcamos al sargento —sugirió Sam, acercándose por detrás—. Hay algo en el bosque... y se está acercando.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el sargento, desenfundando la espada.

El soldado de primera que estaba a su lado lo imitó al instante y comenzó a rodear al muchacho. Los dos miraban la frente de Sam y la marca del Gremio que asomaba

apenas debajo de su gorra con la inscripción «Críquet XI».

—El príncipe Sameth del Reino Antiguo —contestó Sam—. Sugiero que llame al mayor Dwyer, de los Exploradores o al general Tindall del Mando Central y les diga que estoy aquí... y que hay por lo menos tres braceros muertos ocultos en el bosque.

—¡Por las barbas de mi abuelo! —exclamó el sargento—. Sabíamos que este viento no traería nada bueno. ¿Cómo habrán...? En fin, da igual. Harris, vuelva a toda prisa al puesto fronterizo y advierta al cuartel general. Avíseles que tenemos aquí al príncipe Sameth, a un puñado de colegiales y al menos tres intrusos de categoría A. Utilice una paloma y el cohete. Seguramente el teléfono estará estropeado. ¡Dése prisa!

El soldado de primera clase desapareció antes de que el sargento terminara de cerrar la boca y justo cuando Cochrane intervino.

—¡Sameth! ¿De qué estás hablando, si puede saberse?

—No tengo tiempo de explicárselo —contestó Sam.

Percibía la presencia de braceros muertos, cuerpos dotados de espíritus convocados entre los difuntos, se movían en el bosque, paralelos al camino. No daban la impresión de haber notado la presencia de seres vivos, en cuanto lo hicieran, los tendrían encima.

—Hay que sacar de aquí a todo el mundo... y alejarnos del Muro lo más posible.

—Pero....pero... —soltó Cochrane.

La impertinencia de uno de sus muchachos, que se atrevía a darle órdenes nada menos que a él, lo hizo enrojecer de rabia y asombro. Habría dicho algo más, si el sargento no hubiese empuñado el revólver y le hubiese mandado con toda calma:

—Sáquelos de aquí ahora mismo, señor, o le meto un disparo entre ceja y ceja.

Los muertos son muchos

Cinco minutos más tarde, todo el equipo estaba bajo la lluvia, en mitad del camino, corriendo en dirección al Sur. Siguiendo el consejo de Sameth, se habían armado con bates de críquet, los palos con punta metálica y las pelotas usadas en los partidos. El sargento de la policía militar corría con ellos, su revólver desenfundado continuaba acallando las protestas de Cochrane.

Entre bravatas y jaleos, al principio, los muchachos se lo tomaron a broma. A medida que oscurecía y la lluvia caía más tupida, se calmaron. Las bromas cesaron por completo cuando a sus espaldas oyeron cuatro disparos en rápida sucesión, seguidos más lejos de un grito angustiado.

Sameth y el sargento se lanzaron una mirada cargada de miedo, una mirada en la que se adivinaba que, para su desgracia, sabían qué estaba pasando. Los disparos y el grito debían de venir del soldado de primera clase Harris, que había vuelto al puesto fronterizo.

—¿Hay algún arroyo u otra corriente de agua por aquí cerca? —jadeó Sameth, consciente de la cantinela de advertencia que, desde la infancia, venía oyendo sobre los muertos.

El sargento negó con la cabeza, sin pronunciar palabra. No dejaba de mirar por encima del hombro y de correr, con el peligro de perder el equilibrio. Poco después de haber oído el grito, vio lo que buscaba y se lo indicó a Sameth: tres bengalas con paracaídas flotaban en dirección al suelo, pocos kilómetros más al Norte.

—Parece que Harris consiguió al menos soltar la paloma —resopló—. O tal vez, el teléfono funcionaba, igual que la pistola. Pronto enviarán a la compañía de reserva y un pelotón de Exploradores, príncipe Sameth.

—Eso espero —contestó el muchacho.

Percibía a los muertos; los seguían por el camino y se acercaban rápidamente. Daba la impresión de que allá adelante no había ni esperanza ni seguridad en ninguna parte. Ni una granja o granero de construcción sólida, ni un arroyo cuya agua corriente los muertos no pudieran cruzar. El camino proseguía un trecho e iba a terminar en un sendero hundido, más oscuro y más cerrado, el lugar perfecto para una emboscada.

En el instante en que estos pensamientos pasaban por la cabeza de Sam, el muchacho advirtió que el sentido que le permitía percibir a los muertos había cambiado. Al principio se desorientó, hasta que descubrió lo que pasaba. En algún lugar de la oscuridad que los rodeaba, en el camino flanqueado de altos terraplenes, frente a ellos, acababa de alzarse el espíritu de un muerto. Y peor aún, se trataba de un espíritu reciente, escapado hacía poco del Reino de la Muerte. No eran espíritus de muertos obstinados que habían conseguido cruzar la Frontera. Eran braceros muertos,

resucitados en el lado ancelstierrano del Muro por un nigromante. Eran controlados por la mente del nigromante, y por eso, resultaban mucho más peligrosos que los espíritus delincuentes.

—¡Alto! —aulló Sam; su grito se impuso al repiqueteo de la lluvia y de pasos en el asfalto—. Están delante de nosotros. ¡Debemos abandonar el camino!

—¿Quienes están delante de nosotros, muchacho? —gritó Cochrane, perdiendo otra vez los estribos—. Ya está bien de sandeces...

Enmudeció al ver una silueta que salía a trompicones de las sombras, delante de ellos, y se plantaba en mitad del camino. Era humana o lo había sido, de sus brazos colgaban restos de carne y la cabeza era casi, casi un cráneo reseco, las cuencas de los ojos, dos negros y profundos hoyos y una hilera de dientes brillantes. No cabía duda alguna, estaba muerta; el olor a podrido que de ella se desprendía, mataba el aroma suave de la lluvia. Al avanzar iba soltando terrones de tierra, prueba patente de que acababa de salir de la sepultura.

—¡A la izquierda! —gritó Sam—. ¡Todos a la izquierda!

A su grito, los muchachos, hasta ese momento inmóviles y silenciosos, brincaron por encima de la tapia de piedra que flanqueaba el camino. Cochrane fue el primero, se precipitó hacia ella lanzando el paraguas a un lado.

La cosa muerta se movió también y echó a correr desmañadamente al notar la presencia de la vida que tanto ansiaba. El sargento se apoyó en la tapia y esperó hasta tenerla a tres metros. Entonces, con el pesado revólver calibre 455 apuntó al torso de la criatura y descargó todas las bailas, cinco disparos en rápida sucesión, acompañados de un suspiro de alivio al comprobar que el arma funcionaba.

La criatura se detuvo y cayó de espaldas, pero el sargento no esperó. Llevaba en la Frontera el tiempo suficiente para saber que no tardaría en levantarse. Las balas detenían a los braceros muertos, aunque sólo si las criaturas eran despedazadas. Las granadas de fósforo blanco resultaban más efectivas, las dejaban reducidas a cenizas, siempre y cuando funcionaran. Las pistolas, las granadas y otras armas corrientes de la tecnología militar ancelstierrana tendían a fallar cuanto más cerca del Muro y del Reino Antiguo se utilizaban.

—¡Subamos la colina! —gritó Sam, señalando a una elevación del terreno que tenían delante, donde el bosque raleaba.

Si conseguían llegar hasta allí, al menos tendrían la ventaja de ver desde lo alto cualquier cosa que se acercase.

Echaron a correr y a sus espaldas se elevó un grito discordante, inhumano, un sonido como de fuelles rotos pisoteados de repente por un montón de pies, más chillido que grito. Sam sabía que aquel grito partía de los pulmones resecos de un bracero muerto. Sin embargo, provenía de algún lugar situado más a la derecha de donde se encontraba el muerto viviente que el sargento había eliminado. Al mismo

tiempo, presentía a otros moviéndose a diestro y siniestro, rodeando la colina. —Allá abajo hay un nigromante —dijo sin dejar de correr—. Y calculo que habrá muchos cadáveres, muertos no hace mucho.

—Un camión lleno de sureños... se salió del camino por esta zona hará algo así como mes y medio —dijo el sargento hablando a toda prisa en cuanto terminaba de tomar aliento—. Hubo diecinueve muertos. Todo un misterio... adonde se dirigían..., en fin..., que el coadjutor de Archell no... no los quiso... en el crematorio del Ejército, tampoco... así que los enterraron junto al camino.

—¡Estúpidos! —gritó Sameth—. ¡Estamos demasiado cerca del Muro! ¡Deberían haberlos incinerado!

—Malditos cagatintas burócratas —resopló el sargento agachándose con agilidad para evitar una rama—. Las disposiciones prohíben sepultar a nadie dentro de la... Frontera. Pero aquí estamos fuera... ¿me comprende?

Sameth no contestó. Empezaron a subir la colina y había que ahorrar aliento. Notaba la presencia de al menos doce braceros muertos a sus espaldas, y tres o cuatro desplegados a ambos lados. Percibía también algo, una presencia, probablemente un nigromante, en la zona donde los cuerpos estaban enterrados..., mejor dicho, donde habían sido enterrados.

En la cima de la colina la arboleda desaparecía, quedaban apenas unos cuantos arbolillos raquíticos a merced del viento. Faltaban pocos metros para llegar a lo alto y el sargento les ordenó que se detuvieran.

—¡Acercaos todos! ¿Falta alguno? ¿Cuántos...?

—Dieciséis, incluido el señor Cochrane —dijo Nick, que era una luz para los cálculos.

Cochrane le lanzó una mirada colérica, pero no dijo nada, inclinó la cabeza y trató de recuperar el aliento—. Están todos.

—¿Cuánto tiempo tenemos, príncipe Sameth? —le preguntó el sargento a Sam al tiempo que ambos miraban hacia los árboles de abajo.

La lluvia arreciaba y la noche caía veloz; apenas se veía.

—Tendremos a los dos o tres primeros encima dentro de pocos minutos —contestó Sameth sombríamente—. La lluvia los demorará un poco. Habrá que derribarlos y atravesarlos con palos para que no se muevan. Nick, organiza a todos en grupos de tres. Dos bateadores y alguien que sujete los palos. No, Hood..., ve con Asmer. Cuando vengan, yo los distraeré con un... bueno, los distraeré. Los bateadores deberán golpearlos con todas sus fuerzas y sin pérdida de tiempo, a la altura de las rodillas, y después, clavarles palos en brazos y piernas.

Sameth calló al ver que uno de sus compañeros observaba el palo de madera de setenta y cinco centímetros de largo con el pincho metálico en la punta. Por la expresión del muchacho, quedaba claro que era incapaz de verse clavando aquello a

nada.

—¡No son personas! —gritó Sam—. Están todos muertos. Si no lucháis contra ellos, nos matarán. ¡Pensad en ellos como en animales salvajes y no olvidéis que luchamos por nuestras vidas!

Uno de los muchachos se echó a llorar, las lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas. Sam creyó en un primer instante que era lluvia, hasta que reparó en la desesperación y el terror más absoluto que destilaba la mirada de su compañero.

Iba a decirle unas cuantas palabras para infundirle ánimos cuando Nick señaló colina abajo y gritó:

—¡Ya vienen!

Tres braceros muertos salieron de entre los árboles, haciendo eses como borrachos, los brazos y las piernas despendolados. El choque había destrozado sus cuerpos, pensó Sam, al tiempo que calculaba cuánta fuerza tendrían, el que estuvieran tan maltrechos era una buena noticia: avanzaban con mucha torpeza, medio descoyuntados.

—Nick, tu equipo se ocupará del que está a la izquierda —ordenó, hablando deprisa—. Ted, el tuyo se encargará del que está en el medio, y el de Jack, del que está a la derecha. Apuntadles a las rodillas y clavadles los palos en cuanto los tengáis en el suelo. No dejéis que os agarren, son mucho más fuertes de lo que parecen. Los demás, y por favor, también ustedes, sargento y señor Cochrane, manténganse a distancia y ayuden a los equipos que se vean en dificultades.

—¡A sus órdenes! —contestó el sargento.

Cochrane se limitó a asentir sin abrir la boca, la vista clavada en los braceros muertos que iban acercándose. Era la primera vez, desde que Sam tenía memoria, que el entrenador no se ponía rojo como un pimiento. Estaba pálido, casi tanto como la asquerosa carne descolorida de los muertos que se aproximaban.

—Esperad que os dé la orden —gritó Sam.

Buceó en las profundidades en busca del Gremio. En casi todo el territorio de Ancelstierre era imposible lograrlo, sin embargo, estando cerca del Muro, no sería imposible, le costaría lo suyo, eso sí, como tratar de zambullirse en la parte más honda de un río.

Sameth dio con el Gremio y aquel contacto familiar lo reconfortó; sintió que su permanencia y su totalidad lo vinculaban a todo lo existente. Invocó las señales que necesitaba, las retuvo en la mente mientras formaba sus nombres para pronunciarlos. Cuando todo estuvo dispuesto, estiró el brazo derecho separando tres dedos de la mano para señalar a las criaturas muertas que se aproximaban. —¡Anet! ¡Calew! ¡Ferhan! —rugió Sam.

Las marcas del Gremio salieron de sus dedos en forma de relucientes cuchillas plateadas que cruzaron silbando el aire a tanta velocidad que ningún ojo humano fue

capaz de seguir su curso. Cada una de ellas golpeó a un bracero muerto abriéndole en las carnes putrefactas un agujero del tamaño de un puño. Los tres se tambalearon, uno de ellos cayó al suelo agitando brazos y piernas como un escarabajo patas arriba.

—¡Demonios! —exclamó uno de los muchachos que estaba cerca de Sam.

—¡Adelante! —gritó Sam.

Los colegiales avanzaron lanzando un rugido de guerra y revoleando las improvisadas armas. Sam y el sargento los siguieron, pero Cochrane atacó en solitario, bajó corriendo la colina en ángulo recto respecto de los demás.

Todo fueron gritos, bates levantados en el aire y asestados con fuerza, el sonido amortiguado de los palos al traspasar la carne muerta y clavarse en la tierra empapada.

Sam lo vivió todo en una especie de extraño frenesí; los sonidos, las imágenes y las emociones se amalgamaron de tal forma que no tuvo certeza de lo que realmente ocurría. Salió de la intensa furia y se vio ayudando a Druitt el menor a clavar un palo en el antebrazo de una criatura que se revolvía en el suelo. Pese a tener ambas piernas sujetas, siguió luchando, rompió uno de los palos y a punto estuvo de soltarse, hasta que los muchachos del equipo de reserva intervinieron certeramente colocándole una piedra encima del brazo suelto.

Cuando retrocedió y se enjugó la cara empapada de lluvia, Sam comprobó que todos daban vivas. Todos menos él, porque notaba la presencia de más muertos que venían por el camino, por el otro lado de la colina. Tras un rápido examen comprobó que sólo quedaban tres palos y que dos de los cinco bates se habían roto.

—¡Retroceded! —ordenó, acallando los vítores—. Vienen otros. Mientras retrocedían, Nick y el sargento se acercaron a Sam. Nick fue el primero en preguntar en voz baja:

—¿Y ahora qué hacemos, Sam? ¡Esas cosas siguen moviéndose! Dentro de media hora se habrán soltado.

—Ya habrán llegado las tropas de la Frontera —masculló Sam, al tiempo que echaba una rápida mirada al sargento, que asintió con la cabeza—. Los que me preocupan son esos otros que están subiendo ahora. Lo único que se me ocurre es...

—¿Qué? —inquirió Nick al comprobar que Sam se interrumpía en mitad de la frase.

—Son todos braceros, por tanto, carecen del libre albedrío de los muertos de verdad —contestó Sam—. Además, son de confección reciente. Los espíritus que los albergan hacen lo que el nigromante les ordene, de manera que no son ni poderosos ni listos. Si lograra dar con el nigromante que los controla, tal vez podría hacer que se atacaran entre ellos o que dieran vueltas en círculos. Con un poco de suerte, incluso consigo que algunos regresen al reino de los muertos.

—¡Pues entonces, a buscar al nigromante ése! —pronunció Nick con firmeza.

Pese a que la voz no le tembló, no pudo evitar echar una mirada nerviosa colina abajo.

—No es tan sencillo —comentó Sam, pensativo. Concetraba gran parte de su atención en los braceros muertos cuya presencia notaba por doquier. Habría unos diez en el camino y otros seis ocultos en el otro lado de la colina. Ambos grupos comenzaron a formar en filas irregulares. Estaba claro que el nigromante se disponía a lanzarlos a todos al ataque desde ambos flancos.

—No es tan sencillo —repitió Sam—. El nigromante está allá abajo, en alguna parte, al menos físicamente. Aunque lo más seguro es que en realidad se encuentre en el Reino de la Muerte, donde habrá dejado su cuerpo protegido por un hechizo o algún tipo de guardaespaldas. Para llegar a él, tendré que adentrarme en el Reino de la Muerte... y no dispongo de espada, ni de campanas, ni de nada.

—¿Adentrarte en el Reino de la Muerte? —preguntó Nick elevando la voz media octava. Iba a decir algo más, pero bajó la vista y contempló a los braceros empalados y se calló.

—Ni siquiera tengo tiempo de levantar un escudo protector en forma de diamante —rezongó Sam a media voz.

En realidad nunca había ido solo al Reino de la Muerte. Siempre lo había hecho acompañado de su madre, la Abhorsen. Deseó con toda el alma que estuviera allí para ayudarlo. Pero no estaba, y a él no se le ocurría otra solución. Podía salvarse solo, aunque jamás se permitiría dejar atrás a sus compañeros.

—Nick —dijo, tomando una decisión—. Voy a adentrarme en el Reino de la Muerte. Mientras esté allí, no veré ni sentiré nada en este mundo. Mi cuerpo parecerá congelado, de modo que necesito que tú, con la ayuda del sargento, me vigiles lo mejor posible. Pienso regresar antes de que los muertos hayan llegado hasta aquí; si no lo consiguiera, tratad de detenerlos. Lanzadles pelotas de críquet, cualquier cosa que tengáis a mano. Si no conseguís detenerlos, agarradme del hombro, pero no me toquéis nada más que el hombro.

—De acuerdo —contestó Nick.

Estaba intrigadísimo y tenía miedo, pero le tendió la mano. Sam se la estrechó mientras los demás muchachos los miraban con curiosidad o contemplaban la lluvia. Sólo el sargento se adelantó y le entregó a Sam su espada por la empuñadura.

—Le hará más falta que a mí, príncipe Sameth —dijo. Y como si le leyera el pensamiento al muchacho, añadió—: Ojalá estuviera aquí su señora madre. Buena suerte, mi señor.

—Gracias —dijo Sam devolviéndole la espada—. Por desgracia, sólo me sirve una espada encantada. Quédesela.

El sargento asintió y recuperó la espada. Sam adoptó la postura de defensa de los boxeadores y cerró los ojos. Tanteó en busca del límite entre la vida y la muerte y lo

encontró sin tropiezos; experimentó la extraña sensación de la lluvia deslizándose por la nuca al tiempo que el frío tremendo del Reino de la Muerte, donde nunca llovía, le daba en la cara.

Concentrando toda su fuerza de voluntad, Sam empujó en dirección al frío para que su espíritu se adentrara en el reino de los muertos. A continuación, sin previo aviso, se encontró allí, y notó el frío en todo el cuerpo, no sólo en la cara. Abrió los ojos como platos, vio la luz grisácea y monótona del Reino de la Muerte y notó en las piernas que la corriente del río tiraba de él. De lejos le llegó el rugido de la Primera Puerta y se estremeció.

Entretanto, en el reino de los vivos, Nick y el sargento comprobaron de repente que el cuerpo de Sam se ponía rígido. De la nada surgió una niebla que, cual enredadera, se enroscó a sus piernas. Ante sus ojos, vieron su cara y sus manos cubrirse de escarcha, una capa helada que la lluvia no conseguía disolver.

—No sé si creer en lo que veo —susurró Nick apartando la vista de Sam para observar a los muertos que se aproximaban.

—Más te vale dar crédito a tus ojos —dijo el sargento sombríamente—. Porque creas o no en ellos, te matarán.

En el reino de la Muerte

Excepto por el rugido lejano de la cascada que indicaba dónde se encontraba la Primera Puerta, en el Reino de la Muerte todo era silencio. Sam se quedó quieto, muy cerca del límite con la vida, escuchando y mirando atentamente. La extraña luz grisácea, que parecía achatar las figuras y distorsionar la perspectiva, no permitía ver a mucha distancia. Sólo distinguía el río, de aguas negrísimas, salpicadas por la blanca espuma de los remolinos que se formaban alrededor de sus rodillas.

Sam echó a andar con cautela por el borde de la muerte, luchando contra la corriente que intentaba tragárselo y llevárselo lejos. Calculó que el nigromante también estaría cerca de la Frontera con el reino de los vivos, aunque el muchacho no tenía ninguna duda de que estuviese yendo en la dirección correcta para dar con él... o con ella. El muchacho carecía de la habilidad necesaria para saber en qué lugar de aquel vasto reino de los muertos se encontraba en relación con la vida, lo único que tenía claro era dónde estaba el punto que iba a permitirle regresar a su cuerpo.

Se movía con más cautela que la última vez que había estado allí. Había sido el año anterior, en un recorrido hecho con su madre, la Abhorsen. Ahora que iba solo y desarmado, la sensación era completamente distinta. Si bien era cierto que silbando y batiendo palmas podía ejercer cierto control sobre los muertos, sin las campanas le sería casi imposible dominarlos y expulsarlos. Seguramente se trataba de un mago del Gremio con unas habilidades más que notables, pero el nigromante podía muy bien ser un adepto de la magia libre, en cuyo caso, Sam se encontraría en franca desventaja.

La única táctica posible era acercarse sigilosamente a su enemigo, pescarlo desprevenido, algo que sólo era posible si el nigromante estaba concentrado por completo en buscar y someter espíritus muertos. Sam se dio cuenta de que lo peor de todo era que al avanzar en ángulo recto contra la corriente hacía mucho ruido. Por más que intentara ir despacio, le resultaba imposible silenciar el chapoteo. Además, se trataba de una tarea ardua, tanto física como mentalmente, pues el río tiraba de él y le llenaba la cabeza de sensaciones de cansancio y derrota. Qué fácil sería tumbarse y dejarse llevar por la corriente, no tenía ninguna posibilidad de vencer...

Sameth frunció el ceño y se obligó a seguir avanzando y a expulsar de su mente aquellos pensamientos morbosos. Como seguía sin encontrar señales del nigromante, comenzó a preocuparse de que su enemigo no estuviese en el Reino de la Muerte. A lo mejor estaba en el reino de los vivos, ordenando a los muertos que atacaran. Sam tenía la certeza de que Nick y el sargento harían lo imposible por proteger su cuerpo, pero estarían indefensos frente a la magia libre del nigromante.

Por un instante, Sam pensó en regresar, y fue entonces cuando un leve sonido lo obligó a centrarse en la muerte. Oyó una nota suave, purísima, que al principio

parecía venir de muy lejos, pero que avanzaba a toda velocidad hacia él. Vio entonces las ondas que acompañaban el sonido, ondas que se movían en ángulo recto con respecto a la corriente del río... ¡e iban directamente hacia él!

Sam se tapó las orejas con las manos y apretó con fuerza. Conocía aquel llamado prolongado y clarísimo. Provenía de Kibeth, la tercera de las siete campanas. Kibeth, la caminante.

La nota solitaria se deslizó entre los dedos de Sam y penetró en sus oídos llenando su mente con su fuerza y su pureza. Luego cambió y se convirtió en una serie de sonidos casi idénticos. Juntos formaron un ritmo que recorrió el cuerpo de Sam, llegó a sus miembros e hizo palpitar un músculo aquí, otro allá, impulsándolo hacia adelante, contra su voluntad.

Desesperado, Sam intentó fruncir los labios para silbar un hechizo defensivo o producir incluso un ruido al azar que pudiera interrumpir la llamada de la campana. Imposible, las mejillas no le respondían, y las piernas comenzaron a chapotear en el agua llevándolo a toda prisa hacia el lugar de donde provenía el sonido, hacia quien tañía la campana.

Demasiado deprisa, porque el río tuvo así ocasión de aprovecharse de la súbita torpeza de Sam. La corriente cobró fuerza enredándose entre los pies del muchacho, tiró de una de sus piernas, lo hizo tambalear tumbándolo como un bolo. El príncipe Sameth se hundió estrepitosamente en las aguas. Los mil puñales del frío atravesaron su cuerpo entero.

La llamada de Kibeth se interrumpió entonces, pero lo mantuvo sujeto, como un pez al anzuelo. Kibeth intentó llevarlo de vuelta pese a que la corriente pugnaba por retenerlo en sus garras. Sam luchó por mantener la cabeza despejada, por tomar aire antes de tragar agua. Los efectos de la campana y la corriente eran demasiado fuertes, lo obligaron a enzarzarse en una pelea en la que había perdido el control de su cuerpo. Pese a que ya no oía a Kibeth, se estremecía de pies a cabeza, recorrido por la tremenda fuerza de la Primera Puerta, la cascada que se lo tragaba llevándolo cada vez más hacia lo hondo, cada vez más cerca.

Sam hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió sacar la cabeza a la superficie y tomar aire. En ese instante, oyó que el rugido de la puerta se elevaba en un crescendo. Estaba demasiado cerca, lo sabía, en cuestión de instantes la corriente lo arrastraría hasta el otro lado de la puerta. Desprovisto de las campanas, sería presa fácil de cualquiera de los habitantes del segundo recinto. Aunque lograra huir de ellos, probablemente estaba ya demasiado débil para resistirse a la corriente. Sería arrastrado hasta llegar a la Novena Puerta, y al trasponerla, lo estaría esperando la muerte definitiva.

Fue entonces cuando algo lo aferró de la muñeca izquierda y notó que se detenía de repente mientras el río bullía y se arremolinaba imponente a su alrededor. Sam

estuvo a punto de resistirse a quien lo rescataba, temía que se tratara de alguna extraña criatura, pero se impuso su temor al río, además era tal su desesperación por respirar que no pensó en otra cosa. Pataleó hasta hacer pie y entonces tosió con fuerza para expulsar el agua que se le había metido en los pulmones.

Notó entonces que de la manga le brotaba una nube de vapor y que la muñeca le ardía. Lanzó un grito. El miedo que le provocaba su captor volvió a apoderarse de él; no se atrevía a mirar para comprobar de quién... o de qué se trataba.

Sam levantó la cabeza despacio. Estaba en poder del nigromante al que el muchacho había planeado pillar por sorpresa. Se trataba de un hombre enjuto, medio calvo, que vestía una armadura de cuero, reforzada con placas esmaltadas en rojo y, cruzada sobre el pecho, llevaba una bandolera con campanas.

En el Reino de la Muerte, la magia libre aumentaba su estatura, envolviéndolo en un gran manto de sombra y fuego y la oscuridad avanzaba cuando él lo hacía, transformando su presencia en algo terrible y cruel. Al tocar a Sam, aquella criatura le había dejado un brazalete de ampollas; ahora lo miraba echando llamas por las cuencas de sus ojos.

En la mano izquierda sujetaba una espada con la que apuntaba al cuello de Sam, la hoja afilada a escasos centímetros de su garganta. Una serie de lenguas de fuego recorrían el acero moviéndose como el mercurio y cayendo a la superficie del río, donde seguían ardiendo hasta acabar arrastradas por la corriente.

Sam volvió a toser, no porque tuviera necesidad, sino para disimular su intento de recurrir al Gremio. En cuanto estableció contacto, la espada se acercó más y el humo acre del acero encantado lo obligó a toser de verdad.

—No —dijo el nigromante con una voz que destilaba magia libre y un aliento que apestaba a sangre reseca.

Sam trató por todos los medios de buscar una salida. No podía establecer contacto con el Gremio ni enfrentarse a puño limpio a la espada. Para colmo de males, estaba paralizado, como si su brazo hubiese quedado inmovilizado para siempre en la garra ardiente del nigromante.

—Regresarás a la vida y me buscarás —le ordenó el nigromante, la voz queda y dura, llena de confianza.

Sam comprobó que lo que oía no eran sólo palabras. Sintió la obligación de hacer exactamente lo que el nigromante le pedía. Se trataba de un hechizo de la magia libre, un hechizo que no estaría completo hasta que no quedara sellado con el poder de Saraneth, la sexta campana. Y en ese momento tendría Sam su oportunidad, porque el nigromante se vería obligado a soltarlo o a envainar la espada para empuñar la campana.

«Ay, que me suelte —deseó Sam con todas sus fuerzas, tratando de no tensar demasiado los músculos para no delatar sus intenciones—. Que me suelte, que me

suelte.»

El nigromante optó por envainar la espada y sacar con la mano derecha la segunda campana en tamaño. Saraneth, la que sojuzgaba. Con ella vincularía a Sam a su voluntad, aunque era muy raro que quisiera que el muchacho regresara al mundo de los vivos. Los nigromantes no sentían un especial interés por los siervos vivos.

La mano que sujetaba a Sam no se abrió un ápice. El dolor era intenso, tan intenso que se hacía insoportable y el muchacho decidió borrarlo de su mente. De estar viéndose los dedos, habría creído que le había quemado la mano a la altura de la muñeca hasta haberla separado del cuerpo.

El nigromante abrió con cuidado la bolsa en la que guardaba a Saraneth. Antes de que sujetara la campana por el badajo para sacarla, Sam se lanzó hacia atrás y cruzando las piernas en tijera, enganchó al hombre por la cintura.

Cayeron los dos a las aguas heladas; el nigromante despidió una enorme nube de vapor en cuanto tocó el líquido elemento. Sam quedó debajo y el agua le llenó la boca y la nariz y llegó a sus pulmones. Pese al frío, notó un ardor en los muslos, pero no aflojó la llave. El nigromante se retorcía para soltarse; Sam entreabrió los ojos bajo el agua y comprobó que el nigromante era una silueta de fuego y oscuridad, más monstruosa y mucho menos humana que antes.

Con la mano que le quedaba libre, Sam tiró con fuerza de la bandolera del nigromante tratando de coger una de las campanas. Al tocarlas, le resultaron extrañas, los mangos de ébano eran ásperos y cortantes, muy distintos de la caoba suave, cargada de marcas del Gremio, con la que estaban hechos los mangos de las campanas de su madre. Sus dedos no conseguían sujetar ni un solo mango, sus piernas iban cediendo poco a poco ante la fuerza descomunal del nigromante, que seguía asiéndolo sin piedad de la muñeca... Sam se había quedado sin aliento.

La corriente se avivó envolviéndolos a ambos en un vertiginoso torbellino hasta que Sam no supo ya qué más hacer para respirar. Fueron arrastrados hasta caer por la cascada de la Primera Puerta.

La cascada les dio mil vueltas y se encontraron en el segundo recinto donde Sam no consiguió seguir sujetando al nigromante. El hombre deshizo la llave de Sam y le dio un codazo en el estómago que le hizo soltar el poco aire que le quedaba en los pulmones produciendo una explosión de burbujas.

Sam trató de devolver el golpe, pero estaba tragando agua en vez de aire y se había quedado sin fuerzas. El nigromante lo soltó y se alejó de él, moviéndose en el agua como una serpiente; a partir de ese momento, el muchacho no tuvo más meta que luchar por su vida.

Poco después, Sam llegó a la superficie y tosió con furia tragando tanta agua como aire. Al mismo tiempo y pese a la corriente, hizo lo imposible por mantener y por localizar a su enemigo. Abrigó una chispa de esperanza cuando comprobó que no

había señales del nigromante y que se encontraba cerca de la Primera Puerta. En el segundo recinto no era fácil calcular las distancias, pues la luz poseía una particularidad que impedía ver más allá de lo que tocabas.

No obstante, Sam distinguía la espuma de la cascada y cuando avanzó a trompicones, tocó el agua corriente de la Primera Puerta y no le quedó más que recordar el hechizo que le permitiría cruzarla. Estaba escrito en El libro de los muertos, que había empezado a estudiar el año anterior. Pensó en el grueso volumen y ante sus ojos brillaron las páginas y las palabras del hechizo de la magia libre, dispuestas para que él las pronunciara.

Abrió la boca... y dos manos ardientes lo agarraron de los hombros lanzándolo de cabeza al río. Esta vez no tuvo ocasión de contener la respiración; su grito, convertido en burbujas y espuma, apenas alteró el fluir del río.

El dolor lo obligó a volver en sí. El dolor en los tobillos, la extraña sensación en la cabeza. Tardó un instante en darse cuenta de que seguía en el Reino de la Muerte, aunque cerca de la Frontera con la vida. Y de que el nigromante lo sujetaba cabeza abajo por los tobillos, mientras Sam seguía soltando agua por la nariz y las orejas.

El nigromante volvía a hablar, pronunciaba palabras poderosas que se elevaban alrededor de Sam como aros de acero. El muchacho notó cómo lo aprisionaban y fue consciente de que debía resistirse. Era inútil. Apenas podía mantener los ojos abiertos, e incluso ese mínimo esfuerzo exigía de toda su energía y su voluntad.

El nigromante seguía hablando; sus palabras iban tejiendo una trama alrededor de Sam hasta que comprendió al fin lo único importante: el nigromante lo devolvía a la vida y aquel hechizo vinculante tenía por finalidad que él hiciese lo que le ordenaban.

El hechizo vinculante carecía de importancia. Nada importaba más que regresar al reino de los vivos. Le daba igual que, una vez estuviese de vuelta, tuviera que seguir los terribles designios del hechicero. Estaría otra vez en el reino de los vivos...

El nigromante le soltó un tobillo y Sam se balanceó como un péndulo; su cabeza rozó apenas la superficie del agua. El hechicero parecía haberse vuelto muchísimo más alto, porque no levantaba demasiado el brazo. Aunque tal vez, pensó Sam pese al embotamiento que le producían el dolor y el asombro, cabía la posibilidad de que él hubiera encogido.

—Me buscarás en el reino de los vivos, allí donde el camino se hunde y las tumbas yacen abiertas —le ordenó el nigromante.

El hechizo se apoderó de Sam con tanta firmeza que se sintió como una mosca atrapada en una telaraña. Todavía faltaba el sello de Saraneth. Sam se revolvió al ver aparecer la campana, pero su cuerpo ya no lo obedecía. Intentó invocar al Gremio y en lugar del agradable consuelo del flujo incesante de marcas, se sintió envuelto en un inmenso torbellino de fuego, una vorágine que amenazaba con quemarle la mente, tal como había ocurrido con su cuerpo.

Saraneth sonó, profunda, clara, y Sam lanzó un grito. El instinto lo ayudó a dar con la única nota que desentonara con la campana. El grito se impuso al tono imperioso de Saraneth y la campana se quebró en la mano del nigromante, su toque transformado en un sonido agudo y ronco. El nigromante lo soltó de inmediato y trató de sujetar el badajo con la mano, porque las campanas que tañían desafinadas tenían consecuencias desastrosas para quien las empuñaba.

Cuando la campana calló al fin, el nigromante se concentró otra vez en el muchacho. No lo encontró por ninguna parte, y además, era imposible que la corriente lo hubiese sustraído de su vista tan deprisa.

Nicholas y el Nigromante

Sam regresó al reino de los vivos donde fue recibido por el seco tableteo de las ametralladoras y un paisaje en blanco y negro teñido por el brillo descarnado de las bengalas con paracaídas que caían lentamente en medio de la lluvia.

El hielo se resquebrajó al primer movimiento del muchacho; en la escarcha que cubría su ropa se formaron extraños dibujos. Sam dio un paso al frente y cayó de rodillas, llorando de dolor y angustia, mientras con los dedos arañaba el barro en busca del reconfortante cobijo de la vida.

Poco a poco adquirió consciencia de los brazos que lo sostenían y de la gente que hablaba. No oía bien, porque las palabras del nigromante continuaban repitiéndose en su mente, ordenándole lo que debía hacer. Intentó decir algo pese a que le castañeteban los dientes por el frío y, sin darse cuenta, imitó el ritmo de los disparos.

—Nigromante... El camino se... se hunde... cerca... cerca de las tumbas —murmuró entrecortadamente, sin saber bien a quién se dirigía ni qué estaba diciendo.

Alguien lo agarró de la muñeca y Sam soltó un grito; el dolor lo encegueció mucho más que las bengalas que como flores seguían abriéndose en lo alto del cielo. Y tras el brillo, se hizo la oscuridad. Sam perdió el conocimiento.

—Está herido —dijo Nick al ver las marcas de dedos y las ampollas en la muñeca de su amigo—. Se ha quemado.

—¿Qué? —preguntó el sargento.

Un ese momento miraba ladera abajo, veía cómo la roja estela de las balas trazadoras describía arcos a ras del suelo en la base de la colina y a lo largo del camino. De vez en cuando, una de estas estelas iba seguida de un súbito estallido, una especie de soplo y la luz cegadora del fósforo blanco. No cabía duda de que las tropas de la Frontera se abrían paso con brío hacia donde estaban el sargento y los muchachos. Al sargento le preocupaba la forma en que los artilleros cruzaban el fuego a la derecha y a la izquierda del camino.

—Sam se ha quemado —contestó Nick, incapaz de apartar los ojos de las marcas moradas que su amigo tenía en la muñeca—. Tenemos que hacer algo.

—Ya lo creo —dijo el sargento, como si de repente perdiera coraje al ver que la última bengala se apagaba—. Los soldados de allá abajo están empujando hacia aquí a los muertos... Deben de pensar que ya estamos acabados, porque no ponen ningún cuidado. Si no nos largamos, pronto nos dispararán a nosotros también.

Como para corroborar el comentario, otra bengala describió un arco en lo alto y la ráfaga repentina de una trazadora cruzó por encima de sus cabezas como un trallazo. Todos se agacharon y el sargento gritó: —¡Poneos a cubierto! ¡A cubierto todos!

Bajo la luz de la nueva bengala, Nick vio unas negras siluetas salir de entre los árboles e iniciar el ascenso de la colina; por el paso desgarbado no cabía duda de lo

que eran. Al mismo tiempo, uno de los muchachos situado al otro lado de la colina gritó: —¡Vienen por detrás! Un montón de...

Sus palabras quedaron ahogadas por los disparos de las ametralladoras y los prolongados estallidos rojizos de las trazadoras que hacían impacto en los muertos, traspasándolos muchas veces. Se retorcían, se tambaleaban con cada disparo, pero no se detenían.

—Han conseguido enfilarlos hacia la colina —dijo el sargento—. Llegarán aquí antes de que las balas los despedacen. Lo he visto otras veces. Las balas nos despedazarán a nosotros también.

Hablaba despacio, casi mecánicamente; Nick advirtió que el sargento había perdido la capacidad de pensar, que tenía el cerebro saturado por la situación de peligro y que no sabía cómo reaccionar.

—¿No podemos hacerles alguna señal a los soldados? —gritó por encima de otra descarga.

Las negras siluetas de los muertos y las brillantes estelas de las trazadoras, hipnótico instrumento del destino, avanzaban hacia ellos a un ritmo inexorable, lentas, pero imparables.

La línea de una trazadora se acercó peligrosamente a ellos y las balas rebotaron en las piedras y la tierra, pasaron silbando por encima de la cabeza de Nick. Se agazapó más en el barro, tiró de Sam para acercarlo a él y cubrir con su cuerpo a su amigo inconsciente.

—¿No podemos hacerles señas? —repitió Nick desesperado, la voz amortiguada, la boca llena de tierra.

El sargento no le contestó. Nick miró hacia donde estaba el hombre y lo vio tumbado, inmóvil. Se le había caído la gorra ribeteada de rojo, su cabeza yacía en un charco de sangre, una masa negra bajo la luz de las bengalas. Nick no supo bien si seguía respirando.

Vacilante, tocando el barro, tendió la mano hacia el sargento mientras su mente se llenaba de imágenes de balas incrustándosele en el hueso. Rozó con los dedos algo metálico, la empuñadura de la espada del sargento. En otras circunstancias habría retirado la mano, pero en ese momento, alguien a su espalda lanzó un grito, un grito tan aterrado que aferró el acero con un movimiento convulsivo.

Se dio media vuelta y vio perfilarse a lo lejos a uno de sus compañeros; luchaba con una silueta mucho más grande. Lo tenía agarrado por el cuello y lo agitaba como quien prepara un batido de leche.

Sin pensar en que podía alcanzarlo una bala, Nick se levantó para ayudar. Al hacerlo, otros compañeros lo imitaron y destrozaron al bracero muerto con bates, palos y piedras.

Segundos después, lo tenían en el suelo y empalado, aunque no habían sido lo

suficientemente rápidos para salvar a su víctima. Harry Benlet tenía el cuello roto y nunca más volvería a conseguir tres metas en un solo partido, ni a saltar, por el puro placer de hacerlo, los bancos de la sala de exámenes en Somersby.

La lucha con el bracero los había llevado a lo alto de la colina, desde donde Nick vio que los muertos avanzaban por ambos flancos. Sólo los que venían por la ladera del frente eran derribados por los disparos. Vio desde dónde tiraban los soldados y logró distinguir algunos grupos. En la colina más cercana había varias ametralladoras y al menos cien soldados caminaban entre los árboles a ambos flancos del camino.

Nick contemplaba el panorama cuando una descarga de balas trazadoras se elevó de pronto en dirección a ellos. Llegó a trescientos metros de distancia y se interrumpió de repente. Con la lluvia que caía, resultaba difícil ver con claridad a tanta distancia, pero Nick dedujo que quien disparaba había parado para recargar la ametralladora o cambiar el trípode de sitio, porque divisó a varios soldados moviéndose deprisa, era evidente que habían visto un blanco: las siluetas perfiladas en lo alto de la colina.

—¡Moveos! —gritó, se agazapó y se lanzó colina abajo.

Deslizándose como un fardo por un tobogán, los demás lo siguieron como locos y se detuvieron cuando varios de los muchachos chocaron haciendo caer a los demás.

Poco después, una bala trazadora pasó por encima de sus cabezas y la cima de la colina estalló provocando una ola expansiva cargada de agua, barro y balas que rebotaban.

Nick se agachó instintivamente pese a haber llegado casi al final de la ladera. En ese mismo instante, descubrió tres hechos horripilantes: que había dejado atrás a Sam, casi al otro lado de la colina, que no tenía manera alguna de hacerles señales a los soldados para que no les disparasen, y que aunque siguiesen en movimiento, los muertos les darían alcance antes de que los soldados hubiesen acabado con ellos.

En cuanto Nick se dio cuenta de aquella terrible realidad, una energía y una determinación inusitadas se apoderaron de él y fue tal la claridad de su pensamiento que no daba crédito a su reacción.

—Ted, dame las cerillas —ordenó, porque conocía el gusto de Ted por fumar en pipa, pese a que lo hacía fatal—. Los demás, traedme todo lo que esté seco y arda. ¡Papel, lo que sea!

Sus compañeros se apiñaron a su alrededor, entusiasmados de poder hacer algo al fin. Aparecieron cartas, barajas sobadas y, tras cierta vacilación, las páginas arrancadas de un cuaderno que, hasta ese momento había contenido lo que su propietario consideraba su prosa inmortal. Y como guinda del pastel, un botellín de brandy aportado por el más inesperado de todos, Cooke el menor, que respetaba las normas a rajatabla.

Las tres primeras cerillas se apagaron con un ruido siseante en cuanto las tocó la

lluvia y la ansiedad de todos se disparó hasta llegar a las nubes. Ted utilizó la gorra para cubrir la cuarta. Se encendió sin problemas y el papel empapado en brandy ardió la mar de bien. Una fogata de llamas anaranjadas, con los toques azules del brandy, cobró vida tiñendo de color el monótono paisaje atravesado por una sucesión aparentemente infinita de bengalas con paracaídas.

—Estupendo —dijo bruscamente Nick—. Ted, ¿por qué no vas con Mike hasta donde dejamos a Sam y lo traéis hasta aquí sin levantaros demasiado para que no os vean? No os acerquéis a la cima. Y no le toquéis las muñecas, que las tiene quemadas.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Ted tras cierta vacilación, mientras las balas trazadoras seguían volando sobre la colina y las granadas de fósforo blanco estallaban a lo lejos. Era evidente que tenía miedo de ir, aunque no pensaba reconocerlo.

—Intentaré encontrar al nigromante, el hombre que controla todo lo que está pasando —contestó Nick, blandiendo la espada—. Sugiero que los demás os pongáis a cantar, para que el ejército sepa que los que estáis junto a la fogata sois personas de verdad. Además, tendréis que mantener a raya a las criaturas, entretanto, intentaré que me sigan las que están más cerca.

—¿Que cantemos? —inquirió Cooke el menor. Parecía tranquilo, probablemente porque se había tomado la mitad del botellín antes de entregarlo—. ¿Y qué vamos a cantar?

—La canción del colegio —contestó Nick por encima del hombro dirigiéndose colina abajo—. Es la única que se sabe todo el mundo.

Para mantenerse fuera del alcance de las ametralladoras, Nick rodeó la colina para descender en dirección a los muertos, que se encontraban ahora detrás de su posición original. Mientras corría, agitó la espada por encima de la cabeza y gritó palabras sin sentido que quedaron ahogadas por el tableteo constante de las ametralladoras.

Había cubierto la mitad de la distancia que mediaba entre él y los braceros más cercanos cuando los muchachos empezaron a cantar lo bastante alto para imponerse al fragor de la batalla, con un volumen mucho mayor de lo que el maestro de coro de Somersby jamás hubiera soñado.

A Nick le iban llegando frases sueltas de la letra mientras amagaba hacia la izquierda, delante de los braceros, para acabar saliendo disparado hacia la derecha y dirigirse hacia los árboles y el camino.

«Sigue el camino del honor...»

Aminoró el paso para no tropezar con un tronco. Entre los árboles había una mayor oscuridad, la luz de las bengalas que brillaba en lo alto quedaba oculta por el follaje. Nick se arriesgó y echó un vistazo a sus espaldas; se sintió aterrado y contento a la vez al comprobar que por lo menos algunos de los muertos habían virado en redondo y lo seguían. El terror es la más fuerte de las emociones; lo

impulsaba a correr entre los árboles más deprisa de lo que el sentido común aconsejaba.

«Juega por el puro placer de jugar...»

La letra de la canción del colegio se interrumpió cuando Nick abandonó el refugio de los árboles, plantó ambas manos en una pared de piedra, saltó por encima, cayó unos dos metros y se encontró en el camino hundido. La espada salió disparada de su mano y él aterrizó sobre el asfalto amortiguando la caída con las manos, que le quedaron en carne viva.

Se quedó tumbado en el camino, para recuperarse y luego empezó a incorporarse. Estaba a gatas cuando notó que alguien se encontraba ante él. Unas botas de cuero con rodilleras metálicas taconearon al acercársele.

—De modo que has venido como te he ordenado, aunque no traes a Saraneth para sellar la promesa —dijo el hombre.

La voz de aquel hombre poseía la extraña cualidad de apagar todos los demás sonidos que llenaban los oídos de Nick. Los disparos, las explosiones de las granadas, el canto..., todo desapareció. Sólo se oía aquella tremenda voz, una voz que le inspiraba un terror indescriptible. Nick había empezado a levantar la cabeza cuando el hombre le habló, pero enseguida tuvo miedo de mirarlo. Su instinto le decía que se trataba del nigromante en cuya busca se había lanzado de forma tan atolondrada. Se limitó a fijar la vista en el suelo, la visera de la gorra de criquet le ocultaba la cara impidiéndole ver una mirada que intuía terrible.

—Levanta la mano —le ordenó el nigromante. Las palabras atravesaron el cerebro de Nick como hierros candentes. El muchacho se arrodilló despacio, como si rezara con la cabeza inclinada, y tendió la mano derecha ensangrentada.

El nigromante acercó la mano despacio, con la palma hacia fuera, y tocó la del muchacho. Nick pensó que iban a darse un apretón de manos y en ese mismo instante le vino a la mente las marcas de las serias quemaduras que tenía Sam en las muñecas. ¡Eran marcas de dedos! Fue incapaz de reaccionar. Su cuerpo estaba paralizado por la fuerza de las palabras del nigromante.

La mano del nigromante se detuvo a pocos centímetros, algo temblaba bajo la piel de la palma, como un parásito que trataba de salir. Y quedó libre. Era una fina lámina de metal plateado que, poco a poco, se dirigió hacia la mano abierta de Nick. Quedó suspendida en el aire un segundo y luego dio un brinco.

Nick notó cómo le golpeaba la palma, penetraba en su piel y se perdía en su torrente sanguíneo. Lanzó un grito, su cuerpo se arqueó, presa de las convulsiones y, por primera vez, el nigromante le vio la cara.

—¡Tú no eres el príncipe! —aulló el nigromante. Levantó la espada cortando el aire y la bajó hacia la muñeca de Nick. El acero se detuvo a menos de un centímetro de su blanco mientras las convulsiones cesaban y el muchacho lo miraba con calma,

sosteniéndose la mano contra el pecho.

En el interior de la mano, la lámina de arcano metal avanzaba por los complejos senderos de las venas del muchacho. A este lado del Muro, no tenía tanta fuerza, aunque la suficiente para llegar a su destino final.

Alcanzó el corazón de Nicholas Sayre un momento después y allí quedó alojada. Al cabo de otro momento, el muchacho comenzó a despedir por la boca nubécillas de espeso humo blanco.

Hedge esperó mientras observaba el humo. La nubecilla se disipó repentinamente y Hedge sintió que el viento rolaba al Este y que eso hacía que sus fuerzas mermasen. Oyó el taconeo de botas con tachuelas avanzar por el camino y el zumbido de una bengala disparada al cielo.

Hedge tuvo un instante de vacilación, saltó el Muro de contención con asombrosa destreza y se perdió entre los árboles. Agazapado detrás de los troncos, observó a los soldados que se acercaban con cuidado al muchacho desmayado. Algunos iban armados de fusiles con bayonetas y había dos que portaban ametralladoras ligeras Lewin. Esas armas no constituían peligro alguno para Hedge, sin embargo, otros soldados del grupo llevaban espadas con las brillantes marcas del Gremio y escudos con el símbolo de los Exploradores de la Frontera. Estos hombres lucían marcas del Gremio en la frente y eran magos experimentados, pese a que el Ejército negaba su existencia.

Hedge lo sabía, eran muchos, los suficientes para apresarlo. Casi todos sus braceros muertos habían desaparecido, o bien inmovilizados de un modo que no acababa de comprender, o devueltos al Reino de la Muerte cuando los cuerpos ocupados recientemente quedaban demasiado dañados para seguir albergándolos.

Hedge parpadeó, mantuvo los ojos cerrados un brevísimo instante, único gesto por el que reconocía que su plan se había ido al garete. No obstante, había conseguido pasar cuatro años en Ancelstierre y poner en marcha otras tramas. Pronto volvería por el muchacho.

Hedge huyó al abrigo de la oscuridad mientras los camilleros recogían a Nick; un joven oficial convenció a los colegiales que seguían en la colina de que de verdad podían parar de cantar; Ted y Mike procuraron contarle a Sam, que a duras penas se tenía en pie, lo que había ocurrido mientras un médico del ejército le revisaba las quemaduras de las muñecas y las piernas y preparaba una inyección de morfina.

La mano de un padre todo lo cura

El hospital de Bain era relativamente nuevo, lo habían construido seis años antes, cuando desde el Sur había llegado un aluvión de reformas del sistema hospitalario. En esos seis años había muerto mucha gente en el hospital y se encontraba lo bastante cerca del Muro para que el sentido de la muerte de Sam continuara alerta. Debilitado por el dolor y la morfina que le daban para calmarle los dolores, Sam era incapaz de abstraerse de su sentido de la muerte. Estaba siempre presente, como una sombra, le metía en los huesos su frío amargo haciendo que su cuerpo estuviera sumido en un estremecimiento perpetuo y que los médicos le aumentaran la medicación.

Soñaba con criaturas incorpóreas que vendrían del Reino de la Muerte para terminar lo que el nigromante había empezado y no conseguía despertar de esos sueños. Cuando por fin lo lograba, muchas veces veía a ese mismo nigromante acercarse a él y entonces se ponía a gritar y no paraba hasta que la enfermera, que era en realidad quien se le estaba acercando para ponerle otra inyección, le daba más morfina y así volvía a empezar el ciclo de pesadillas.

Sam estuvo cuatro días en este estado, recuperando la conciencia para volver a perderla, sin llegar nunca a despertar del todo ni perder su sentido de la muerte y el temor que llevaba aparejado. A veces, alcanzaba la lucidez suficiente para reparar en que Nick estaba en la cama de al lado, con las manos vendadas. En ocasiones se decían alguna cosa, pero no era una conversación de verdad, porque Sam no contestaba a lo que le preguntaban ni seguía el hilo de lo que Nick le decía.

Al quinto día todo cambió. Sam volvió a caer en las garras de una pesadilla que tenía lugar, una vez más, en el Reino de la Muerte; se veía frente a un nigromante que era muchas cosas a la vez, en el agua, debajo del agua, encima del agua. Sam echaba a correr, se caía y se ahogaba, tal como había ocurrido, y entonces lo aferraban de la muñeca... pero en esta ocasión no lo aferraban de la muñeca, sino del hombro, y notaba una sensación fresca y reconfortante. Esa mano que lo asía lo ayudaba a salir de la pesadilla y lo hacía volar hasta un cielo lleno de sol y de marcas del Gremio.

Cuando Sam abrió los ojos vio la luz por primera vez sin esa calidad nebulosa que le daba a todo la morfina y la sensación de vértigo. Notó unos dedos que le tomaban el pulso en el cuello; no tuvo necesidad de levantar la vista para saber que eran los dedos de su padre. Piedra de Toque se encontraba junto a su cama, con los ojos cerrados, mientras pronunciaba un conjuro curativo sobre el cuerpo de su hijo; con un destello, las marcas salían de sus dedos y entraban en Sam.

El muchacho miró a Piedra de Toque y agradeció que su padre tuviera los ojos cerrados y no viera la trágica expresión de alivio reflejada en la cara de su hijo ni las lágrimas que el muchacho se apresuró a enjugar de un manotazo. La magia del Gremio le infundía calor por primera vez en muchos días. Sam notaba cómo las

marcas iban eliminando los medicamentos de su torrente sanguíneo y se encargaban de calmarle el dolor producido por las quemaduras. Sin embargo, para alejar el miedo a la muerte había bastado la presencia de su padre. El muchacho seguía sintiendo el reino de los muertos aunque lejano y amortiguado, y ya no tenía miedo.

El rey Piedra de Toque I concluyó el hechizo y abrió los ojos. Unos ojos grises como los de su hijo, pero los del rey estaban llenos de preocupación y en ellos se reflejaba el cansancio. Poco a poco apartó la mano del cuello de Sam.

Estuvieron a punto de abrazarse pero Sam vio que en la sala del hospital había dos médicos, cuatro miembros de la guardia de Piedra de Toque y dos oficiales del ejército de Ancelstierre, además de un nutrido grupo de policías, soldados y oficiales ancelstierranos que, desde el corredor, espiaban por la puerta. De modo que Sam y Piedra de Toque se limitaron a agarrarse de los brazos mientras el muchacho se incorporaba en la cama. La fuerza con la que Sam se sujetaba y su renuencia a soltarlo indicaban cuánto se alegraba de volver a ver a su padre.

Los dos médicos se quedaron de una pieza al ver que Sam había vuelto en sí; uno de ellos echó un vistazo a la hoja clínica colgada a los pies de la cama, para confirmar que el paciente había estado varios días recibiendo inyecciones endovenosas de morfina.

—¡Francamente imposible! —comenzó a decir el médico hasta que la fría mirada de uno de los guardias de Piedra de Toque lo convencieron de que su opinión no era imprescindible.

Un leve ademán lo convenció de que su presencia tampoco era imprescindible y retrocedió en dirección a la puerta.

Al igual que el rey, los guardias lucían ternos de un sobrio gris oscuro, para no alarmar las delicadas sensibilidades de los ancelstierranos. El efecto no acababa de quedar del todo logrado porque también llevaban espadas, ocultas con poco disimulo entre las gabardinas enrolladas.

—El séquito —dijo Piedra de Toque secamente, al ver que Sam miraba a la gente que ocupaba el corredor—. Les dije que venía como un hombre más, a ver a mi hijo, pero parece que hasta para eso necesito escolta oficial. Espero que te sientas con fuerzas para cabalgar. Si nos quedamos mucho más, acabaré arrinconado por alguna comisión o por los políticos, seguro.

—¿Cabalgar? —preguntó Sam. Repitió la pregunta dos veces, porque tenía la garganta tan débil que al principio no le salían las palabras—. ¿Voy a dejar el colegio antes de terminar el trimestre?

—Sí —contestó Piedra de Toque en voz baja—. Te quiero en casa. Ancelstierre ya no es un refugio seguro. La policía de aquí detuvo al conductor de tu autobús. Lo sobornaron con denarios de plata del Reino Antiguo. Uno de nuestros enemigos ha encontrado la manera de trabajar a ambos lados del Muro. O al menos ha encontrado

la manera de gastar dinero en Ancelstierre.

—Creo que estoy en condiciones de cabalgar —dijo Sam, frunciendo el ceño—. Quiero decir, no sé si me queda alguna herida. La muñeca me duele...

Se interrumpió y se miró la venda. Las marcas del Gremio continuaban moviéndose alrededor del vendaje, rezumaban de sus poros como una especie de sudor dorado. Sam se dio cuenta de que lo estaban curando, porque la muñeca le dolía muy poco, cuando antes el dolor había sido insoportable, y las quemaduras leves en muslos y tobillos habían desaparecido.

—Ya te podemos quitar la venda —dijo Piedra de Toque empezando a desenrollarla. Mientras lo hacía, inclinó la cabeza hacia su hijo y le susurró—: No has sufrido daños físicos graves, Sam. Aunque noto que tienes una herida en el espíritu que tardará en curarse, porque no está en mi mano sanarla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sam, preocupado. De repente volvió a sentirse niño, un niño muy alejado del príncipe adulto que se suponía que debía ser—. ¿Y mamá no podría curarme?

—No lo creo —contestó Piedra de Toque, posando la mano en el hombro de Sam. Bajo la luz del hospital, los nudillos le brillaron, plagados de las pequeñas cicatrices blancas dejadas por años de práctica con la espada e incontables peleas—. Aunque no sé decirte cuál es su naturaleza, lo único que puede decirse es que está ahí. Deduzco que por haberte internado en el reino de los muertos sin estar preparado y sin contar con la protección adecuada, un fragmento de tu espíritu te ha sido absorbido. No muy grande, pero lo suficiente para que te sientas más débil o más lento... en una palabra, menos tú mismo. Con el tiempo lo recuperarás.

—No debí hacerlo, ¿verdad? —murmuró Sam, mirando a su padre a la cara en busca de alguna señal de severidad o de reproche—. ¿Está mamá enfadada conmigo?

—En absoluto —dijo Piedra de Toque, sorprendido—. Hiciste lo que consideraste necesario para salvar a otros. Fue muy valiente por tu parte y al hacerlo, seguiste las mejores tradiciones de ambas ramas de la familia. A tu madre lo que más le preocupa eres tú.

—¿Entonces por qué no ha venido? —preguntó Sam sin poder contenerse.

Era una pregunta petulante y en cuanto cerró la boca, deseó no haberla hecho.

—Al parecer, un mordacis se ha metido en el cuerpo de un barquero de Oldmond —le explicó Piedra de Toque pacientemente, igual que había explicado tantas de las ausencias necesarias de Sabriel a lo largo de la infancia de Sam—. Recibimos noticia de su presencia cuando estábamos llegando al Muro. Montó en la papelonave y fue a enfrentarse a él. Se reunirá con nosotros en Belisaere.

—Si es que no le sale un viaje a alguna otra parte —dijo Sam aun a sabiendas de que el tono empleado era amargo y que se comportaba como un crío.

Pero podía haber muerto y, al parecer, eso no era motivo suficiente para que su

madre fuera a verlo.

—A menos que reclamen su presencia en alguna otra parte —convino Piedra de Toque con toda la calma de que fue capaz.

Sam sabía que su padre estaba haciendo un gran esfuerzo por no perder los estribos, porque por sus venas corría sangre de antiguo guerrero y Piedra de Toque temía dejarse llevar por ella. La única muestra de esa furia la tuvo Sam una vez, cuando un falso embajador de uno de los clanes del Norte intentó apuñalar a Sabriel con un tenedor de servir, durante una cena de gala en palacio. Rugiendo como una bestia enfurecida, Piedra de Toque levantó por los aires al bárbaro, que medía metro ochenta, lo lanzó por encima de la mesa y lo hizo aterrizar sobre el cisne asado. Aquel arrebato asustó más a los allí presentes que el intento de asesinato, en especial, porque a continuación, Piedra de Toque intentó levantar el doble trono y arrojárselo al hombre. Por suerte, no lo consiguió y al final, Sabriel pudo calmarlo acariciándole la frente mientras su marido tiraba con furia de la base de mármol del trono.

Sam recordó aquel episodio justo cuando vio que su padre entornaba los párpados un segundo y en su frente se dibujaba una arruga.

—Lo siento —murmuró—. Sé que no le queda más remedio porque es la Abhorsen.

—Sí —dijo Piedra de Toque, y Sam intuyó los profundos sentimientos que le inspiraban a su padre las muchas y frecuentes ausencias que exigía la lucha de Sabriel contra los muertos.

—Entonces será mejor que me vista —sugirió Sam sacando las piernas de la cama. En ese momento reparó en que la cama de al lado estaba vacía y hecha.

—¿Dónde está Nick? —preguntó—. Estaba aquí internado, ¿no? ¿O también lo soñé?

—No lo sé —respondió Piedra de Toque, que había conocido al amigo de su hijo en sus anteriores visitas a Ancelstierre—. Ya no estaba cuando yo llegué. ¡Doctor! ¿Ocupaba Nicholas Sayre esta cama?

El médico se acercó a toda prisa. Ignoraba quién era aquel visitante extraño, pero era a todas luces importante, ni quién era el paciente, puesto que el Ejército había insistido en mantener el secreto y utilizar sólo los nombres de pila. Deseó en ese momento no haber oído el apellido del otro paciente, puesto que Sayre le sonaba. Sin embargo, el Ministro Supremo no tenía un hijo de esa edad, de manera que podía tratarse de algún pariente, lo cual era un alivio.

—El paciente Nicholas X —dijo, recalcando la «X»—, fue entregado ayer a los representantes de sus padres. Sólo había sufrido una ligera conmoción y algunas escoriaciones.

—¿Dejó algún mensaje? —preguntó Sam, sorprendido de que su amigo no hubiese intentado comunicarse con él de algún modo.

—No lo creo... —comenzó a decir el médico, pero se vio interrumpido por una enfermera que se abrió paso entre las filas de uniformes de color azul, caqui y gris del corredor.

Era muy joven y bonita, tenía una cabellera pelirroja que la cofia almidonada no conseguía ocultar del todo.

—Ha dejado una carta, majestad —dijo con el acento característico del Norte.

La muchacha era oriunda de Bain, por eso sabía bien quiénes eran Sam y Piedra de Toque, mal que le pesara al médico, que cogió la carta que la chica le tendía con un bufido y se la entregó a Sam, que la abrió inmediatamente.

Al principio, Sam no reconoció la letra, pero luego supo que pertenecía a Nick, aunque el tamaño era mucho mayor de lo habitual y los trazos menos regulares. Tardó un momento en deducir que se debía a que Nick había escrito la carta con las manos vendadas.

Querido Sam,

Espero que pronto estés recuperado y puedas leer estas líneas. Al parecer, yo me he recobrado casi del todo, aunque debo reconocer que los acontecimientos de nuestra noche poco corriente están envueltos en una nebulosa. Imagino que no te habrás enterado de que se me metió en la cabeza que debía ir tras ese nigromante al que te fuiste a perseguir no sé dónde. Por desgracia, entre la oscuridad, la lluvia y el paso en exceso vivo, no conseguí otra cosa que caer al camino hundido y perder el conocimiento. Los médicos dicen que fue una suerte que no me rompiera los huesos, aunque me han salido unos morados la mar de interesantes. ¡No guardo ninguna esperanza de que las debutantes de Corvere estén tan dispuestas a echarles un vistazo como la enfermera Moulin!

Entiendo que el Ejército ha conseguido dar con tu padre y que vendrá para llevarte a casa, así que no acabarás el trimestre. Diría que yo tampoco me voy a molestar en terminarlo, puesto que ya tengo plaza en Sunbere. No será lo mismo sin ti, ni sin el pobre Harry Benlet. Ni sin Cochrane, si me apuras. A la mañana siguiente lo encontraron a cinco kilómetros de donde nos pasó todo, al parecer, murmuraba cosas ininteligibles y echaba espumarajos por la boca. Me imagino que lo habrán internado en el Hospital Especial de Smithwen. Deberían haberlo hecho hace años, claro.

Por cierto, estaba pensando que podría ir a visitarte a tu misterioso Reino Antiguo antes de empezar la universidad la primavera que viene. Debo reconocer que mi interés científico se vio azuzado por esos cadáveres aparentemente animados y la exhibición de eso que hiciste, que no tengo la más remota idea de lo que es. Estoy seguro de que lo consideras magia, pero

confío en que todo pueda explicarse aplicando correctamente el método científico. Espero ser yo quien encuentre esa explicación, claro. Teoría sobre la irrealidad de Sayre. O ley de la explicación mágica de Sayre.

El hospital es un aburrimiento, sobre todo si tu compañero de sala es incapaz de mantener una conversación. Así que tendrás que perdonarme si me voy por las ramas. ¿Por dónde iba? Ah, sí, los experimentos en el Reino Antiguo. Deduzco que el motivo por el que no se ha llevado a cabo antes una investigación científica en toda regla es por culpa del Ejército. ¿Quieres creer que nada menos que un coronel y dos capitanes vinieron a verme ayer para que les firmara una declaración por la que admitía conocer la Ley de Secretos Oficiales y por la que me comprometía a no hablar ni escribir nada sobre los recientes y extraños acontecimientos ocurridos cerca de la Frontera? Olvidaron prohibirme el uso de la lengua de los signos, de modo que, cuando vuelva, espero poder informar a un periodista sordo.

No lo haré, claro está. Al menos hasta que tenga algo mejor que contarle al mundo..., algún descubrimiento realmente grande.

Los oficiales querían que tú también firmaras, pero como no estabas para burocracias, se limitaron a esperar y a pelearse entre ellos. Entonces les expliqué que ni siquiera eras ciudadano de Ancelstierre. Eso les dio que pensar y se fueron al pasillo a conferenciar con el teniente al mando de la guardia. Algo me dice a mí que la mano derecha no se entera de lo que hace la izquierda, puesto que estos tipos eran del Departamento de Asuntos Jurídicos de Corvere y los del corredor pertenecían al Cuerpo de Exploradores de la Frontera. Tuve ocasión de comprobar algo muy interesante, que estos últimos profesan esa peculiar religión tuya, y llevan la marca de casta o lo que quiera que lleven en la frente. Me apresuro a advertirte, sin embargo, que la sociología está entre mis intereses.

Bueno, me despido ya. Los ancianos de mis padres han enviado a una especie de subsecretario privado del supersecretario del chambelán, más o menos uno de esos personajes que forman parte de la comisión asesora de reconocido prestigio, para que viniera a recogerme y llevarme a la corte de Amberne. Al parecer, mi padre está demasiado ocupado con el problema de los refugiados sureños, las cuestiones que le plantean en la Cámara y demás, y tío Edward necesita su apoyo... y bla bla bla... como de costumbre. Y mi madre, probablemente estaba ocupadísima con sus cenas benéficas o alguna otra actividad apasionante. Te escribiré pronto para que organicemos mi visita. Espero tenerlo todo a punto dentro de un par de meses, a lo sumo tres.

¡Ánimo!

Nick, el misterioso paciente X

Sam dobló la carta con una sonrisa. Al menos Nick había pasado por la terrible experiencia de aquella noche sin sufrir verdaderos daños y con el sentido del humor intacto. Era muy propio de él que los muertos no hubiesen hecho más que despertar su interés científico en lugar de azuzar sus miedos.

—¿Todo en orden? —preguntó Piedra de Toque, que esperaba pacientemente. Sam comprobó que casi la mitad de los allí presentes habían perdido todo interés y se habían retirado al final del corredor, para no ser vistos y charlar a sus anchas.

—Padre —dijo Sam—, ¿me has traído ropa? Todo el equipo de la escuela estará destrozado.

—Dadme la bolsa, por favor —dijo Piedra de Toque—. Los demás podéis salir, si no os importa.

Como dos rebaños de ovejas a los que les cuesta mezclarse, la gente que quedaba en la sala intentó salir al mismo tiempo que los del corredor intentaban ayudar complicándolo todo mucho más. Al final, todos acabaron fuera, salvo Damed, el principal guardaespaldas de Piedra de Toque, un hombrecito delgado que se movía a una velocidad alarmante. Damed le entregó una maleta compacta antes de salir y cerrar la puerta.

En la maleta había ropa ancelstierrana obtenida, como la de Piedra de Toque y los guardias, en el consulado del Reino Antiguo en Bain.

—Por ahora ponte esto —le sugirió Piedra de Toque—. En la Frontera nos cambiaremos. Llevaremos ropa más cómoda y práctica.

—Coselete y yelmo, botas y espada —dijo Sameth quitándose la bata del hospital por la cabeza.

—Sí —dijo Piedra de Toque. Tras una vacilación, agregó—: ¿Te molesta? Si te apetece, podrías ir al Sur. Yo tengo que volver al Reino. En Corvere podrías estar a salvo...

—¡No! —gritó Sam.

Quería estar con su padre. Deseaba llevar el peso del coselete, tocar el pomo de la espada con la palma de la mano. Por encima de todo, quería estar con su madre en Belisaere. Porque sólo entonces se sentiría verdaderamente a salvo de la muerte... y del nigromante que seguramente en ese mismo instante esperaba en las frías aguas del río a que Sam regresara.

Las ideas de Ellimere sobre la educación de un príncipe

Tras dos semanas de esforzada cabalgata, mal tiempo, comida no muy buena y dolores musculares hasta volver a adaptarse a la montura, Sam llegó a la gran ciudad de Belisaere para encontrarse con que su madre no estaba. Sabriel había pasado y había vuelto a marcharse, requerida para hacer frente a un presunto hechicero de magia libre y jefe de unos bandidos, que atacaba a los viajeros en el extremo norte del camino de Los Clavos.

Un día más tarde, partió también Piedra de Toque a caballo, para asistir a una sesión del Tribunal Supremo de Estwael, donde un antiguo y encendido enfrentamiento entre dos nobles familias había desembocado en asesinatos y secuestros.

En ausencia de Piedra de Toque, Ellimere, la hermana mayor de Sam, que le llevaba catorce meses, actuaba en calidad de corregente junto con Jall Oren, el canciller. En realidad se trataba de un formalismo, pues Piedra de Toque rara vez viajaba a más distancia que la cubierta en un par de días por un halcón mensajero, pero era un formalismo que afectaría enormemente a Sam, porque Ellimere se tomaba su responsabilidad muy a pecho. Y creía que uno de sus deberes como corregente era enmendar los puntos flacos de su hermano menor.

Piedra de Toque llevaba apenas una hora fuera de casa cuando Ellimere fue en busca de Sam. Dado que el rey se había marchado al amanecer, Sam seguía durmiendo. Se había recuperado de sus heridas físicas, aunque todavía no acababa de ser el de siempre. Se cansaba con mayor facilidad que antes y buscaba la soledad de los pasillos. Las dos semanas que había pasado levantándose antes del alba y cabalgando hasta la caída del sol, acompañado por el humor bullanguero y campechano de los guardias, no habían contribuido a que se sintiera menos exhausto ni más sociable.

De manera que no le sentó nada bien que, justo la primera mañana que tenía para dormir un rato más, Ellimere fuera a despertarlo abriendo de par en par la ventana y retirándole las mantas. En el Reino Antiguo el invierno había comenzado varios días antes y hacía francamente fresquito. La brisa del mar que entraba a raudales por la ventana podía calificarse, sin temor a errores, como gélida, y los débiles rayos del sol no hacían más que deslumbrar a Sam.

—¡Despierta! ¡Levántate! ¡Arriba! —exclamó alegre Ellimere, con su voz sorprendentemente profunda y cantarina para ser mujer.

—¡Vete! —gruñó Sam, tratando de recuperar las mantas.

Siguió un breve tira y afloja del que Sam desistió cuando una de las mantas se

rasgó por la mitad.

—Mira lo que has hecho —dijo Sam con amargura.

Ellimere se encogió de hombros. Se suponía que era guapa, algunos hasta la consideraban hermosa, pero Sam no sabía apreciarlo. Por lo que a él respectaba, Ellimere era la peste personificada. Al nombrarla corregente, sus padres la habían elevado a la categoría de monstruo.

—He venido a hablar de tu agenda —dijo Ellimere.

Se sentó al pie de la cama, con la espalda erguida y las manos entrelazadas regiamente sobre el regazo. Sam vio que llevaba un tabardo fino, con mangas acampanadas, de paño rojo y dorado, encima del vestido de lino de estar por casa; una especie de diadema medio fastuosa le sujetaba la larga cabellera negra peinada con esmero. Dado que su atuendo habitual eran las ropas de cuero para la caza y que llevaba el pelo recogido de cualquier manera para que no le cayera en la cara, el aspecto que presentaba en ese momento no era buen presagio para el deseo de informalidad de Sam.

—¿Mi qué? —preguntó Sam.

—Tu agenda —repitió Ellimere—. Seguro que tienes pensado pasar la mayor parte del tiempo trasteando en ese pestilente taller tuyo, pero me temo que antes están tus deberes para con el Reino.

—¿Qué? —preguntó Sam.

Se sentía cansadísimo y no tenía fuerzas para afrontar aquella conversación. Sobre todo porque entre sus planes figuraba pasar la mayor parte del tiempo en su taller de la torre. En los últimos días, a medida que se acercaba más y más a Belisaere, habían ido aumentando sus ansias de disfrutar de la soledad y la paz de su taller, con las herramientas ordenadas en la pared, encima de la cómoda con cajoncitos llenos de materiales útiles como alambre de plata o feldespato. Había conseguido sobrevivir a la última parte del viaje soñando con los nuevos juguetitos y artilugios que construiría en aquel remanso de calma y recuperación.

—El reino debe ser lo primero —reiteró Ellimere—. La moral del pueblo es muy importante y todos los miembros de la familia deben contribuir a mantenerla bien alta. Como único príncipe, debes...

—¡No! —exclamó Sam, dándose cuenta de repente de lo que su hermana se proponía.

Saltó de la cama, la camisa de dormir se le infló a la altura de las piernas, y miró con rabia a su hermana, hasta que ésta se puso en pie para contemplarlo con aire de suficiencia. No sólo era más alta que él, sino que tenía la ventaja de llevar zapatos.

—Sídijo Ellimere, severa—. Se celebra el Festival del Solsticio de Verano. Harás el papel de pájaro del amanecer. Mañana comienzan los ensayos.

—¡Pero si faltan todavía cinco meses! —protestó Sam—. Además, no quiero ser

el condenado pájaro del amanecer. ¡El traje debe de pesar como una tonelada y tendría que llevarlo durante una semana entera! ¿No te ha dicho papá que estoy enfermo?

—Me ha dicho que había que mantenerte ocupado —dijo Ellimere—. Y como nunca has bailado en el papel de pájaro, te harán falta cinco meses de práctica. Además, también está la actuación al final del Festival de Invierno, y para eso faltan apenas seis semanas.

—No tengo piernas para ese papel —masculló Sameth pensando en las medias amarillas con ligas que había que llevar debajo del plumaje dorado del pájaro del amanecer—. Búscate a otro con dos piernas como troncos de árbol.

—¡Sameth! Te guste o no, vas a bailar en el papel de pájaro —sentenció Ellimere —. Ya es hora de que hagas algo útil. Además, todas las mañanas, de diez a una, deberás asistir junto a Jall a las sesiones del Tribunal Inferior, y harás prácticas de esgrima dos veces al día con la guardia, y luego, tienes que venir a almorzar... Nada de pedir que te suban la comida a ese taller roñoso. Ah, y para que aprendas perspectiva, trabajarás con los galopillos los miércoles alternos.

Sam lanzó un gemido y se tumbó en la cama. Lo de las clases de perspectiva era idea de Sabriel. Un día cada dos semanas, Ellimere y Sam debían trabajar en algún lugar de palacio, supuestamente como la gente corriente. Aunque resultaba muy difícil que, pese a que fregaran platos y lustraran suelos como el que más, los sirvientes olvidaran que, al día siguiente, Sam y Ellimere volverían a ser el príncipe y la princesa. La mayoría de los sirvientes se enfrentaban a la situación simulando que Sam y Ellimere no estaban presentes; las únicas excepciones eran la señora Finney, la halconera, que les gritaba como a todo el mundo. De manera que la clase de perspectiva consistía en un día de trabajo muy monótono, hecho en un silencio y un aislamiento extraños.

—¿Y tú qué harás para las clases de perspectiva? —preguntó Sam, pues sospechaba que ahora que Ellimere era corregente, aprovecharía para pasarlas por alto.

—Trabajaré en los establos.

Sam resopló. El trabajo en los establos era muy fatigoso, sobre todo porque implicaba pasarse el día entre montañas de estiércol. Aunque a Ellimere le encantaban los caballos y todo lo relacionado con ellos, de manera que era muy probable que no le importase.

—Mamá dijo también que debías estudiar esto.

Ellimere se sacó un paquete voluminoso de la manga. De inmediato no resultaba reconocible, estaba envuelto en un hule y atado con un trozo de bramante grueso y peludo. Sam tendió la mano hacia él y en cuanto sus dedos tocaron el envoltorio, notó un frío tremendo y la repentina presencia de la muerte, pese a los hechizos y

encantamientos entretejidos en las piedras preciosas que llevaba incrustadas y que, según se suponía, debían impedir todo intercambio con ese frío reino.

Sam apartó la mano y se refugió en el otro extremo de la cama; el corazón le latía con fuerza y el sudor le humedeció la cara y las manos.

Conocía el contenido de paquete en apariencia inofensivo. Era El libro de los muertos. Un pequeño volumen, encuadernado en cuero verde, con broches de plata deslustrada. Cuero y plata cargados de magia protectora. Marcas para someter y cegar, para cerrar y apresar. Sólo quienes poseían un talento innato para la magia libre y la nigromancia eran capaces de abrir el libro, y sólo un mago incorrupto del Gremio podía cerrarlo. Era un compendio de todas las tradiciones de la nigromancia y la contranigromancia reunida por cincuenta y tres Abhorsen a lo largo de un milenio y mucho más, porque su contenido no era nunca el mismo sino que cambiaba según el capricho del propio libro. Sam había leído algunas partes en compañía de su madre al lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ellimere, llena de curiosidad, porque Sam se puso cada vez más pálido y empezó a castañetear los dientes.

Depositó el paquete al pie de la cama, se acercó a su hermano y le tocó la frente.

—Estás frío —dijo, sorprendida—. ¡Helado!

—Estoy enfermo —masculló Sam con un hilo de voz. El miedo le cerraba la garganta. El miedo a que el libro lo lanzara al reino de los muertos, el miedo a verse otra vez bajo las aguas del frío río, el miedo a ser arrastrado más allá de la Primera Puerta...

—Métete otra vez en cama —le ordenó Ellimere, en un arranque de amabilidad —. Llamaré al doctor Shemblis.

—¡No! —gritó Sam, al recordar al médico de la corte y sus métodos inquisitivos y curiosos—. Se me pasará. Déjame solo un rato.

—Está bien —aceptó Ellimere, cerró la ventana y ayudó a su hermano a remeter lo que quedaba de las mantas—. Si piensas que así te vas a librar de interpretar al pájaro del amanecer, estás equivocado. Tendrás que hacer el papel, a menos que el doctor Shemblis diga que estás gravísimamente enfermo.

—No lo estoy —dijo Sam—. Dentro de unas horas me habré recuperado.

—¿Y qué te ha pasado a ti, si puede saberse? —preguntó Ellimere—. Papá no me dio demasiados detalles; tampoco tuvimos tiempo para conversar. Me comentó que habías ido al reino de los muertos y que te metiste en líos.

—Más o menos eso fue lo que pasó —murmuró Sam.

—Menos mal que no me ocurrió a mí. —Ellimere cogió el paquete, lo sopesó con curiosidad y lo lanzó junto a Sam. —Me alegro de no tener aptitudes para eso. ¡Imagínate que tuvieras que ser rey y yo la Abhorsen! De todos modos, me alegro de que ya hayas empezado a pasearte por la muerte, porque en estos momentos, a mamá

le vendría de perlas que la ayudaran, y le serás más útil así que perdiendo el tiempo con tus trastos. Y ten en cuenta que pensaba pedirte que me hicieras dos raquetas de tenis, de modo que a lo mejor no debería quejarme. No consigo que nadie entienda lo que quiero, y llevo sin jugar un partido desde que dejé Wyverley. Podrías hacerme unas, ¿verdad?

—Sí —contestó Sam, aunque no pensaba en el tenis sino en el libro que estaba a su lado, y en el hecho de que era el Abhorsen en ciernes.

Todo el mundo esperaba que sucediera a Sabriel. Tendría que estudiar El libro de los muertos. Tendría que volver a recorrer el Reino de la Muerte y enfrentarse al nigromante... o a cosas peores, si es que las había.

—¿Seguro que no quieres que llame a Shemblis? —insistió Ellimere—. Estás más blanco que un papel. Haré que te suban una manzanilla, y creo que no hace falta que empieces con el programa hasta mañana. Mañana te sentirás mejor, ¿no?

—Eso creo —dijo Sam.

La proximidad del libro lo dejaba petrificado. Ellimere le echó otra mirada que contenía partes iguales de preocupación, aburrimiento e irritación. Giró en redondo y salió dando un portazo.

Sam se quedó en la cama tratando de respirar acompasadamente. Notaba la presencia del libro a su lado, como si fuera un ser vivo. Una víbora enroscada, al acecho, esperando algún movimiento suyo para atacar. Permaneció largo rato tumbado, escuchando los ruidos de palacio que subían flotando hasta su alcoba en la torre, colándose incluso a través de la ventana cerrada. El santo y seña que daban los guardias en la muralla; la conversación espontánea de quienes cruzaban el patio y se encontraban mientras iban a sus ocupaciones; el entrechocar de las espadas en el campo de prácticas que estaba más allá del Muro interior. Y por encima de todos aquellos ruidos, el estrépito constante de las olas del mar. Belisaere era casi una isla, y el palacio estaba construido sobre una de sus cuatro colinas, en la porción noreste. La alcoba de Sam se encontraba en la torre del acantilado, más o menos a media altura. Pese a la distancia que separaba la torre de la costa, en el curso de las tempestades invernales más enfurecidas, no era infrecuente que el rocío salobre mojara su ventana.

Un criado le llevó una infusión de manzanilla e intercambiaron unas pocas palabras, aunque Sam no tenía ni idea de lo que le dijo. La infusión se enfrió, el sol siguió su curso por el cielo hasta que cruzó de un extremo a otro de la ventana y el aire volvió a enfriarse.

Y al final, Sam se movió. Con manos temblorosas, se obligó a recoger el paquete. Cortó el bramante con el cuchillo que guardaba enfundado en la cabecera de la cama y le quitó rápidamente el hule sabiendo que, si se detenía, sería incapaz de continuar.

Allí estaba, era El libro de los muertos, el cuero verde brillaba como si estuviese

recubierto de sudor. Los broches de plata que lo mantenían cerrado estaban empañados, habían perdido su lustre. Se aclararon cuando Sam los miró y volvieron a empañarse, aunque él no les había echado el aliento.

Había una nota, una sola hoja de papel de bordes desiguales que llevaba una sola marca del Gremio y el nombre de Sam, escrito con la caligrafía de trazos firmes e inconfundibles de Sabriel.

Sam cogió la nota y utilizó el hule a manera de guante para ocultar el libro debajo de la cama. No soportaba verlo. Todavía no.

Rozó entonces la marca del Gremio del papel y la voz de Sabriel sonó en su mente. Le habló deprisa, y por los demás sonidos de fondo, Sam dedujo que le había escrito el mensaje inmediatamente antes de partir en su papelonave para combatir a los muertos.

Sam,

Espero que te encuentres bien y que sepas perdonarme por no estar a tu lado en estos momentos. Por el último mensaje que tu padre me envió con un halcón, sé que estás en condiciones de cabalgar de vuelta a casa, pero que el encuentro que tuviste en el reino de los muertos, ha sido para ti una durísima prueba. Sé lo que significa. Y estoy orgullosa de que te arriesgaras a adentrarte en el Reino de la Muerte para salvar a tus amigos. No sé si yo me atrevería a hacer lo mismo que tú sin mis campanas. Ten por seguro que el paso del tiempo se encargará de reparar el daño sufrido por tu espíritu. Está en la naturaleza de la muerte el tomar, y en la de la vida, el dar.

Tu valentía me ha demostrado que ha llegado el momento de que inicies formalmente tu preparación como Abhorsen en ciernes. Es algo que me enorgullece y me entristece a la vez, porque significa que te has hecho mayor. Son muchas las cargas del cargo de Abhorsen. Una de las más pesadas de sobrellevar es el hecho de que estemos condenados a perdernos gran parte de la vida de nuestros hijos..., de tu vida, Sam.

He ido retrasando tu aprendizaje porque quería que siguieses siendo el niñito cuyo recuerdo surge tan fácilmente en mi memoria. Sé que hace muchos años que has dejado de ser ese niño, que ahora eres un muchacho y que debo tratarte como a tal. Para ello, debo reconocer tu herencia y el papel esencial que vas a desempeñar en el futuro de nuestro reino.

Gran parte de esa herencia se encuentra entre las páginas de El libro de los muertos, que ahora tienes en tus manos. Has estudiado conmigo algunas de sus páginas, pero ha llegado el momento de que domines todo su contenido, en la medida en que esto es posible. No cabe ninguna duda de que en estos días he necesitado de tu ayuda, pues se ha producido un extraño

renacer de los problemas, tanto por parte de los muertos como por parte de los seguidores de la magia libre, y soy incapaz de dar con la fuente de ninguno de ellos.

A mi regreso, seguiremos hablando de este asunto, por ahora quiero que sepas que estoy orgullosa de ti, Sameth. Tu padre también. Bienvenido a casa, hijo.

Con todo cariño, Mamá

Sam dejó caer la hoja sobre la almohada. El futuro, tan brillante cuando aquella pelota de críquet había descrito un arco sobre las gradas permitiéndole anotar seis puntos, se presentaba ahora muy negro.

Una puerta con tres señales

Para celebrar su decimonoveno cumpleaños, Lirael y la *Perra Canalla* decidieron embarcarse en una exploración especial, aventurarse por el agujero irregular de la pálida piedra verde donde la espiral principal de la Gran Biblioteca se interrumpía abruptamente.

El agujero era demasiado pequeño para que Lirael pasara por él, de modo que la muchacha confeccionó para la ocasión una piel con marcas del Gremio. En los años transcurridos desde que encontrara el libro Con piel de león, había aprendido a hacer tres pieles del Gremio. Las había elegido con sumo cuidado por sus ventajas naturales. La nutria de los hielos era pequeña y ágil, y le permitía moverse por lugares estrechos y cruzar fácilmente extensiones cubiertas de hielo y nieve. El oso bermejo era más grande y mucho más fuerte que la forma natural de Lirael, y su grueso pelaje la protegía del frío y de los ataques. El búho bramador le permitía volar y evitaba que la oscuridad fuese un obstáculo, aunque todavía no había ensayado el vuelo fuera de las grandes salas de la biblioteca, que nunca quedaban del todo a oscuras.

Las pieles del Gremio tenían, sin embargo, ciertos inconvenientes. La nutria de los hielos veía sólo en tonos de gris, su perspectiva se mantenía pegada al suelo e inducía un gusto por el pescado que a Lirael le duraba hasta varios días después de haberse quitado la piel. El oso bermejo tenía poca vista y llevar su piel ejercía en la muchacha el efecto adverso de convertirla en un ser malhumorado y goloso, efecto que le duraba incluso tras dejar de utilizarla. El búho bramador servía de poco a plena luz del día; cuando Lirael se quitaba su piel, los ojos le lloraban por efecto de las brillantes luces del salón de lectura. No obstante, estaba contenta con el resultado general de las pieles del Gremio, con la elección hecha, y se sentía orgullosa de haber aprendido a conjurar tres pieles del Gremio en menos tiempo del que indicaba Con piel de león. El mayor inconveniente era el tiempo que llevaba prepararlas y ponérselas. En circunstancias normales, Lirael tardaba cinco horas o más en preparar una piel del Gremio, otra hora en doblarla como debía para que le durara un par de días en el morral o el bolso, y por lo menos media hora para ponérsela. En ocasiones, toda la operación se prolongaba más, en especial con la piel de la nutria de los hielos, porque era mucho más pequeña que Lirael. Era como meter el pie en un calcetín en el que sólo cabía el dedo gordo, con la ventaja de que el calcetín se iba estirando a medida que el pie se encogía. Calibrar el procedimiento resultaba una operación difícil; tanto cambiar y encogerse acababa por provocar náuseas y mareos a la muchacha.

En el día de su cumpleaños, en vista de que el agujero de la piedra tenía menos de sesenta centímetros de diámetro, la única forma que le serviría era la de la nutria de

los hielos. Lirael empezó a ponérsela mientras la *Perra Canalla* escarbaba el agujero. Al parecer, con eso conseguía hacerse más larga y más delgada hasta convertirse en un perro salchicha como los que las reinas de los pastores Rasseli llevaban alrededor del cuello, tal como había visto Lirael en su libro de viajes favorito.

Al cabo de varios minutos de frenética actividad con las patas traseras, la perra desapareció. Lirael lanzó un suspiro y siguió tratando de embutirse la piel del Gremio. La perra tenía un serio problema con las esperas, y a Lirael la ofendió un poco el hecho de que el can no aguardara siquiera el día de su cumpleaños y que no la dejara entrar primero. En realidad, no esperaba que lo hiciese. Para Lirael, su cumpleaños era la fecha más detestada del año, el día en que la obligaban a recordar todas las cosas malas de su vida.

Ese año, como había ocurrido con todos sus aniversarios, se había despertado sin el don de la visión. Aquello se había convertido en un viejo agravio, en una cicatriz imborrable, enterrada en lo más hondo de su corazón. Lirael había aprendido a no mostrar el dolor que le causaba, ni siquiera a la *Perra Canalla*, con la cual, por otra parte, compartía todos sus pensamientos y sus sueños.

Lirael tampoco pensaba suicidarse, como había decidido al cumplir los catorce años, y como había considerado, si bien fugazmente, a los diecisiete. Había conseguido forjarse una vida que, aunque no ideal, resultaba satisfactoria en muchos sentidos. Seguía viviendo en la Residencia de Jóvenes, y allí continuaría hasta que, al cumplir los veintiuno, le asignaran su propia alcoba; sin embargo, como se pasaba casi todas las horas del día en la biblioteca, conseguía sustraerse en gran parte a las intromisiones de Kirrith. Desde hacía mucho tiempo, Lirael había dejado de asistir a las ceremonias del despertar y a los demás actos oficiales en los que el protocolo mandaba lucir la túnica azul, que ella tanto odiaba, símbolo evidente de que no era una clarvi con todas las de la ley.

Se vestía con el uniforme de bibliotecaria, incluso para desayunar, y le había dado por cubrirse la cabeza con una bufanda blanca, como hacían algunas de las clarvis más ancianas. De esa manera ocultaba la cabellera negra y, con el uniforme, nadie dudaba de quién era, incluso entre los visitantes del refectorio inferior.

La semana anterior a su cumpleaños, las prendas de trabajo se habían visto muy mejoradas cuando le cambiaron el chaleco amarillo por otro rojo, orgulloso símbolo de que Lirael había sido ascendida a auxiliar segunda de la bibliotecaria. El ascenso fue bien recibido, aunque no estuvo exento de dificultades, pues la carta oficial con la cual se lo comunicaban, llegó de forma inesperada, a últimas horas del día. En la carta, Vancelle, la bibliotecaria jefa, felicitaba a Lirael y le indicaba que a la mañana siguiente haría una breve ceremonia en el curso de la cual despertarían otro hechizo de la llave que llevaba en la pulsera y le enseñarían ciertos encantamientos «acordes con las responsabilidades y funciones de segunda auxiliar de bibliotecaria en la Gran

Biblioteca de las clarvis».

Por tanto, Lirael había pasado la noche en su estudio, sin pegar ojo, para poner a dormir los hechizos de las llaves que ella ya se había encargado de despertar en su pulsera y evitar así que se descubriesen sus incursiones prohibidas. Por desgracia, resultaba más difícil ponerlos a dormir que despertarlos. Tras muchas horas de intentos fallidos, a las cuatro de la madrugada, sus quejas desesperadas despertaron a la perra, ésta echó un poco de aliento a la pulsera, devolvió los hechizos extra a su estado latente y sumió a Lirael en un sueño tan profundo que a punto estuvo de perderse la ceremonia.

El chaleco rojo era un regalo de cumpleaños por adelantado, al que seguirían otros cuando llegara la fecha señalada. Imshi y las otras jóvenes bibliotecarias que trabajaban más estrechamente con Lirael le regalaron un portaplumas flamante, un bastoncillo de plata con cabezas de búhos grabadas en cuyo extremo llevaba dos pequeñas garras en las que se podían introducir todo tipo de plumines de acero. Iba en una caja forrada de terciopelo que despedía un dulce aroma a sándalo y hacía juego con un tintero antiguo de cristal verde aluminio, con reborde de oro, adornado de runas que nadie sabía leer.

Tanto el portaplumas como el tintero constituían un comentario tácito sobre el muy arraigado hábito de Lirael de hablar lo menos posible. Siempre que podía, escribía una nota. En los últimos años, apenas había pronunciado más de diez palabras seguidas y, con frecuencia, se pasaba días enteros sin hablar con otros seres humanos.

Evidentemente, las demás clarvis ignoraban que Lirael se resarcía de tanto silencio en sus largas conversaciones con la *Perra Canalla*. En ocasiones, sus superiores le preguntaban por qué no le gustaba hablar, a lo que Lirael no sabía contestar. Lo único que sabía era que conversar con las clarvis le recordaba todos aquellos asuntos que le estaban vedados. Las conversaciones de las clarvis estaban plagadas de referencias a la visión, eje central de sus vidas. El silencio era para Lirael una forma de protegerse del dolor, aunque no fuese consciente del motivo.

Durante el té organizado con motivo de su cumpleaños en la sala de reuniones para jóvenes bibliotecarias, una estancia informal en la que se solían entablar animadas conversaciones salpicadas de risas, Lirael se limitó a pronunciar un «gracias» y a sonreír, aunque fue una sonrisa acompañada de ojos llorosos. Sus compañeras eran muy amables. Aun así eran primero clarvis y luego bibliotecarias.

El último regalo lo recibió Lirael de la *Perra Canalla*, que le dio un beso enorme. Y como los besos perrunos se componían de enérgicos lengüetazos en la cara, la joven bibliotecaria se alegró de abreviar la manifestación de buenos deseos dándole la tarta que había sobrado en el té.

—Es lo único que recibo, un beso perruno —masculló Lirael. Ya se encontraba

medio metida dentro de la piel de nutria de los hielos y le faltaban todavía diez minutos para poder correr tras su amiga. Lirael no lo sabía, pero había muchas otras personas que habrían deseado darle un beso de cumpleaños. A lo largo de los años, varios jóvenes de la guardia y algunos mercaderes que visitaban con asiduidad a las clarvis se habían fijado en ella con creciente interés. Ella les dejaba bien claro que se encontraba muy bien sola. Estos admiradores también habían notado que la muchacha no hablaba, ni siquiera con las clarvis que cubrían el turno de cocina. De manera que se limitaban a observarla, y los más románticos soñaban con el día en que se les acercara y los invitara a subir a su alcoba. Otras clarvis lo hacían de vez en cuando, pero Lirael no. Seguía comiendo a solas y los soñadores seguían soñando.

Lirael casi nunca reflexionaba sobre el hecho de que a los diecinueve años nadie la hubiera besado. Lo sabía todo sobre la teoría del sexo, porque había seguido las clases obligatorias de la Residencia de Jóvenes y había leído los libros de la biblioteca. Pero era demasiado tímida para acercarse a ninguno de los visitantes, ni siquiera a los que veía con frecuencia en el refectorio inferior, y además, había pocos clarvis del sexo opuesto.

Con frecuencia, oía de pasada a las otras jóvenes bibliotecarias cuando hablaban sin tapujos de los hombres, a veces incluso con lujo de detalles. No obstante, estaba claro que aquellas relaciones no eran tan importantes para las clarvis como el don de la visión y su trabajo en el Observatorio, y Lirael juzgaba las cosas con las mismas normas que sus compañeras. La visión era lo más importante, lo que venía en primer lugar. Cuando tuviese el don de la visión, ya pensaría en hacer lo mismo que las demás clarvis, invitar a un hombre a cenar en el refectorio superior y a dar un paseo por el jardín perfumado y después... tal vez a su cama.

En realidad, a Lirael ni se le pasaba por la cabeza que pudiera gustarle a ningún hombre como les ocurría a las clarvis de verdad. Como en todo lo demás, la muchacha pensaba que una clarvi de verdad siempre resultaría más interesante y atractiva que ella.

Fuera del trabajo, Lirael también seguía un camino diferente al de otras jóvenes clarvis. A las cuatro de la tarde, finalizado el turno en la biblioteca, la mayoría se marchaba a la Residencia de Jóvenes o a sus habitaciones, o a uno de los refectorios, o a las zonas de recreo donde se reunían las clarvis, como el jardín perfumado o la escalinata del sol.

Lirael siempre iba en dirección opuesta, bajaba del salón de lectura hasta su estudio y despertaba a la *Perra Canalla*. Con el ascenso le habían dado un nuevo estudio en el que disponía de una habitación más grande con un pequeño cuarto de baño en el que había un váter y lavabo con agua fría y caliente.

Cuando terminaba de despertar a la perra y de acomodar los distintos objetos que tiraban al suelo con el efusivo saludo, Lirael y su mascota esperaban hasta la reunión

del turno nocturno de guardia, cuando todas las bibliotecarias de guardia se juntaban brevemente en el salón principal de lectura para el reparto de tareas. Y así, libres de toda mirada indiscreta, Lirael y la *Perra Canalla* bajaban sigilosamente la espiral principal y pasaban a los niveles antiguos, por donde las demás bibliotecarias rara vez aparecían.

A lo largo de los años, Lirael había conseguido conocer a fondo los niveles antiguos y muchos de sus secretos y peligros. También había ayudado a otras bibliotecarias sin que ellas se enteraran. Al menos tres de ellas habrían muerto si Lirael y la *Perra Canalla* no se hubiesen ocupado de varias criaturas desagradables que habían logrado colarse en la biblioteca.

—¡Vamos! —gritó la perra, asomando la cabeza por el agujero.

Lirael ya tenía puesta la piel de nutria, pero notaba la barriga rara. Tenía un aspecto distinto y no conseguía saber por qué. Se volvió para mirarla y rodó por el suelo.

—Ya veo que estás contenta con el nuevo chaleco —le dijo la perra con un bufido.

—¿Cómo? —preguntó Lirael.

Se sentó e inclinó la cabeza para mirarse la barriga peluda. Tenía un tono de gris distinto del normal, aunque ella no recordaba haberla cambiado.

—Las nutrias de los hielos no tienen la barriga rojiza, mi querida auxiliar segunda de bibliotecaria —le informó la perra—. ¡Vamos!

—Ah —dijo Lirael.

Nunca antes había cambiado el color de su piel. Aunque había que reconocer que aquello denotaba un dominio inconsciente de la confección de pieles del Gremio. Sonrió y salió corriendo detrás de la perra. Siempre habían querido averiguar qué se ocultaba al fondo de aquel pasadizo, pero por un motivo u otro, nunca habían tenido ocasión. Ahora iban a descubrir lo que se escondía en el otro extremo de la espiral principal.

—El túnel se ha desmoronado —anunció la *Perra Canalla,* meneando la cola de una manera que restaba importancia a la aparente seriedad de la noticia.

—¡Ya lo veo! —le soltó Lirael.

Estaba irascible, sobre todo porque llevaba las dos últimas horas embutida en la piel de nutria de los hielos. La piel del Gremio empezaba a resultarle muy incómoda, como una prenda muy sudada que se te pega donde no debe. No había nada que le hiciera olvidar la incomodidad, porque el agujero situado en el extremo de la espiral principal había resultado muy aburrido. Al cabo de un trecho se ensanchaba, pero por lo demás, se limitaba a seguir un curso zigzagueante, con avances y retrocesos carentes de intersecciones, cámaras o puertas interesantes.

Descubrieron entonces que terminaba en una pared derruida de hielo que les

impedía continuar.

—No hace falta que rezongues, mi ama —contestó la perra—. Además, hay una forma de cruzarla. El glaciar ha proseguido su avance, no hay duda, pero seguro que alguna larva taladradora ha abierto un paso. Si subimos, es muy probable que demos con uno de esos túneles por donde cruzar al otro lado.

—Perdona —se excusó Lirael lanzando un suspiro al tiempo que encogía los hombros de nutria con un movimiento que recorría el resto de su largo cuerpo cubierto de blanca piel—. ¿A qué esperas, pues?

—Ya casi es la hora de comer —dijo la perra remilgadamente—. Te echarán de menos.

—Di más bien que echas de menos la comida que robo para ti —protestó Lirael —. Nadie me echará de menos. Además, no te hace falta comer.

—Pero tengo ganas —protestó la perra, paseándose de un lado al otro y evitando con destreza los trozos de hielo desprendidos del espolón del glaciar que les impedían seguir avanzando por el túnel.

—Limítate a encontrar el camino, por favor —le ordenó Lirael—. Utiliza tu famoso olfato.

—A la orden, mi capitana —dijo la perra, resignada. Empezó a escalar la pared derruida de hielo derritiendo las zonas donde clavaba las uñas—. La larva taladradora está justo allá arriba.

Lirael subió a saltos tras su perra, disfrutando de la ágil sensación de ser una nutria de los hielos. Cuando se quitara la piel del Gremio, el recuerdo de aquella sensación la haría tropezar y caminar haciendo eses durante unos minutos, hasta que su mente volviera a conectar con unos músculos diferentes.

La *Perra Canalla* se había puesto a escarbar en el agujero de la larva taladradora, un hoyo perfectamente cilíndrico de casi un metro de diámetro que atravesaba el centro mismo de la barrera de hielo. Se trataba de una perforación de tamaño medio. Las grandes medían más de tres metros de diámetro. Las larvas habían pasado a ser una rareza en todos sus tamaños. Lirael era probablemente uno de los pocos habitantes del Glaciar de las Clarvis que había visto una.

De hecho, había visto dos, con un intervalo de varios años. En ambas ocasiones, la perra las había olfateado primero, y eso les había permitido a la muchacha y a su mascota apartarse a tiempo de su camino. Las larvas no eran peligrosas, al menos de forma intencionada, pero eran de reacciones lentas y sus múltiples mandíbulas rotativas se tragaban cuanto encontraban a su paso: hielo, piedras, seres humanos de reflejos lentos.

La perra dio un resbalón que no la hizo retroceder como le habría ocurrido a un can de verdad. Lirael notó que las uñas de su mascota habían crecido el doble para permitirle agarrarse al hielo. Definitivamente algo que ningún chucho de verdad era

capaz de hacer, pero hacía tiempo que Lirael se había resignado a la idea de que no sabía muy bien qué era su perra. No había duda de que había nacido de la combinación de marcas del Gremio y magia libre, sin embargo, Lirael no estaba dispuesta a meditar demasiado al respecto. Fuera lo que fuese, la perra era la única amiga fiel que tenía, y a lo largo de los últimos cuatro años le había demostrado lealtad en cientos de ocasiones.

Pese a sus orígenes mágicos, el olor de su mascota era idéntico al de un chucho de verdad, pensó Lirael, especialmente cuando la *Perra Canalla* estaba mojada. Como en ese momento, cuando la nariz fruncida de nutria que lucía Lirael iba pegada a las patas traseras y la cola de la mascota, mientras la seguía a través de la perforación. Por suerte, el túnel no era largo, y a Lirael se le olvidó el tufillo de la perra en cuanto comprobó que faltaba poco trecho para que el túnel llegara a su fin. Vio el fulgor del techo, producto de la magia del Gremio, y una especie de pared azulejada.

—La habitación es antigua —anunció la perra, al salir disparadas de la perforación y caer sobre las baldosas azules y amarillas del suelo.

Las dos se quitaron el hielo con tres o cuatro sacudidas; Lirael imitó a su perra y se meneó de la cabeza a los pies.

—Es cierto —reconoció Lirael, reprimiendo el impulso de rascarse con fuerza el cuello.

La piel del Gremio empezaba a perder pelo e iba a necesitarla para regresar a través de la perforación y el túnel. Cerró con fuerza las garras de las patas delanteras e intentó concentrarse en la sala, tarea harto difícil con vista de nutria porque su campo visual era diferente y no veía los colores.

Una serie de marcas del Gremio destinadas a crear luz iluminaban la estancia desde el techo, aunque Lirael se dio cuenta en seguida de que estaban algo apagadas y que llevaban encendidas mucho más tiempo del habitual para las de ese estilo. En un rincón había un escritorio de madera rojiza al que le faltaba la silla. En una de las paredes, cubierta de estantes vacíos, había puertas de cristal cerradas. Las marcas del Gremio para repeler el polvo se movían sin cesar en toda su superficie, como lustrosas manchas de aceite en el agua.

En la pared más alejada se veía una puerta de la misma madera rojiza, tachonada de estrellas y torres de oro y llaves de plata. Las estrellas de oro tenían siete puntas, el emblema de las clarvis, y la torre era la divisa del reino. Lirael ignoraba qué representaba la llave de plata, aunque no se trataba de un símbolo infrecuente. Muchas ciudades y pueblos utilizaban la llave de plata como divisa en sus escudos de armas.

La muchacha notaba que la puerta desprendía un poder mágico considerable. Las marcas del Gremio destinadas a cerrar y proteger corrían parejas a las vetas de la madera, en la que había otras marcas más que describían algo que Lirael no alcanzaba

a comprender.

Olvidados los picores, empezó a caminar hacia ella para comprobar de qué se trataba, pero la perra se interpuso en su camino, como quien pone freno a un cachorrillo entusiasmado.

—¡Alto! —gañó—. Está protegida por un guardián transmitido que vería en ti únicamente a una nutria de los hielos y te mataría. Debes aproximarte con tu aspecto normal y permitir que sienta que tu sangre es pura.

—Ah —dijo Lirael, se echó en el suelo y dejó reposar la delgada cabeza sobre las patas delanteras, los ojos relucientes clavados en la puerta—. Si vuelvo a adoptar mi aspecto normal, tardaré gran parte de la noche en hacer una nueva piel del Gremio. Nos perderemos la cena... y las rondas de medianoche.

—Hay ciertas cosas por las que vale la pena perderse la cena —sentenció la perra con tono profetice

—¿Y las rondas, qué? —preguntó Lirael—. Será la segunda vez esta semana. Aunque sea mi cumpleaños, me caerá doble turno en la cocina...

—A mí me gusta que te den doble turno en la cocina —contestó la perra, lamiéndose los belfos, tras lo cual, le dio un lengüetazo en la cara a su ama, por si acaso.

—¡Aaaj! —exclamó Lirael.

No se decidía; seguía pensando no sólo en el doble turno en la cocina, sino en el sermón que le soltaría su tía Kirrith.

Desde el fondo, la puerta de las estrellas, las torres y las llaves la llamaban...

Lirael cerró los ojos y pensó en la secuencia de marcas del Gremio que le permitirían deshacerse de la piel de nutria; su mente se zambulló en el flujo del Gremio, donde se apoderó de una marca por aquí, de un símbolo por allá, y con ellos tejió un conjuro. Pocos minutos más y volvería a ser la Lirael de siempre, la de la larga melena negra y alborotada que tanto la diferenciaba de sus primas rubias y castañas, la del mentón más afilado que las redondas caras de sus parientes, la de la piel blanquísima que jamás se bronceaba, ni siquiera con la intensa luz del sol reflejada en el glaciar, la de los ojos castaños, tan distintos de los azules o verdes de las clarvis...

La *Perra Canalla* contempló su transformación; la piel de la nutria de los hielos brilló recorrida por marcas del Gremio que se enroscaron y reptaron hasta convertirse en un torbellino de luz que giró y giró, cada vez más reluciente y veloz, hasta desaparecer. En su lugar surgió una joven con el ceño fruncido y los ojos cerrados con fuerza. Antes de abrirlos, se pasó las manos por el cuerpo, para comprobar si llevaba el chaleco rojo, la daga, el silbato y el ratón mecánico para las emergencias. Al quitarse alguna de sus anteriores pieles del Gremio, las ropas de Lirael habían caído a trozos tras descoserse todas sus piezas como por arte de birlibirloque.

—Bien —dijo la *Perra Canalla*—. Ahora veremos si podemos abrir la puerta.

Detrás de la puerta de madera y piedra

Lirael avanzó dos pasos en dirección a la puerta de madera roja y se detuvo al comprobar que la magia del Gremio llameaba y bullía ante ella y que el marco despedía una intensa luz amarilla que le obligó a inclinar la cabeza y entrecerrar los ojos.

Cuando levantó la vista, plantado delante de la puerta vio a un enviado del Gremio, una criatura de carnes y huesos mágicos, conjurada para un fin específico. No se trataba de uno de los ayudantes pasivos de la biblioteca, sino de un guardián con forma humana, aunque mucho más alto y corpulento que cualquier hombre real, ataviado con una cota de malla plateada, un yelmo de acero con la visera baja, que le ocultaba el rostro forjado por el hechizo. Inmóvil como una estatua, estaba en guardia, con la espada empuñada apuntando a escasos centímetros del cuello de Lirael. A diferencia de la carne y los huesos mágicos de los enviados, sus armas o herramientas siempre eran tangibles. En ocasiones, tal como sospechaba Lirael en el caso de la espada que la apuntaba, eran incluso más duras, más afiladas y más peligrosas que si hubiesen sido forjadas en acero.

El enviado mantuvo la espada tendida unos segundos, sin un solo temblor. Acto seguido, con un movimiento tan veloz que Lirael ni se percató, la punta del acero rozó la garganta de la muchacha causándole un corte diminuto del que recogió una sola gota de sangre.

Lirael reprimió un grito de asombro, pero no se movió por temor a que volviera a herirla. Conocía gran parte de las tradiciones referidas a los enviados, pues había seguido estudiándolos incluso después de haber creado a la perra. Sin embargo, no lograba precisar con exactitud el verdadero fin de éste. Por primera vez desde su enfrentamiento con el stilken, sintió mucho miedo, y el temor atávico a que la magia del Gremio se hubiera torcido de algún modo le heló los huesos.

El enviado levantó otra vez la espada y Lirael dio un respingo, incapaz de dominar el miedo. El guardia no hacía más que permitir que la gota de sangre se deslizara poco a poco por el canal de la espada, como un chorrito de aceite, sin dejar rastro en el acero producto del Gremio. Al cabo de un tiempo que se hizo eterno, la gota llegó a la empuñadura y se extendió por la guarda como la mantequilla sobre las tostadas.

A espaldas de Lirael, la *Perra Canalla* soltó una mezcla de suspiro y ladrido al ver que el enviado hacía la venia con la espada y se desintegraba, los símbolos del Gremio que le habían dado cuerpo se transformaron en volutas que volaron por el aire y desaparecieron. Poco después, del enviado no quedaba rastro alguno.

Lirael se dio cuenta de que llevaba un rato conteniendo el aliento y soltó el aire con un soplido. Se palpó el cuello esperando notar la desagradable humedad de la

sangre. No encontró nada. Ni cortes, ni el más leve rasguño en la piel.

La perra le dio un golpecito con el morro a la altura de la rodilla. Pasó a su lado, se volvió y le sonrió.

—Muy bien, has pasado esa prueba —dijo—. Ahora puedes abrir la puerta.

—No estoy segura de querer hacerlo —respondió Lirael, pensativa, sin dejar de palparse el cuello—. Tal vez deberíamos regresar.

—¡Qué dices! —exclamó la perra, irguiendo las orejas con incredulidad—. ¿Y no ver lo que hay detrás? ¿Desde cuándo has adoptado la filosofía del «yo no me meto en esto»?

—Podía haberme rebanado el cuello —dijo Lirael con la voz temblona—. Estuvo a punto.

La *Perra Canalla* puso los ojos en blanco y, exasperada, se dejó caer sobre las patas delanteras.

—Estaba poniéndote a prueba, para asegurarme de que en tus venas fluye la sangre adecuada. Eres hija de las clarvis, ninguna criatura producto del Gremio podría hacerte daño. No obstante, como el gran mundo está lleno de peligros, será mejor que vayas haciéndote a la idea de que no debes rendirte ante lo primero que te dé un susto.

—¿Soy hija de las clarvis? —susurró Lirael con los ojos llenos de lágrimas. Llevaba todo el año conteniendo la pena, pero el día de su cumpleaños le costaba mucho más. Ya no podía reprimirla. Se agachó y abrazó a la perra haciendo caso omiso del tufo a humedad que despedía su pelambre—. He cumplido diecinueve años y todavía no tengo el don de la visión. No me parezco al resto de las clarvis. Cuando ese enviado sacó la espada, de pronto me di cuenta de que lo sabía. Sabía que no soy una clarvi y por eso iba a matarme.

—Pero no lo hizo, porque eres una clarvi, so tonta —contestó la perra con el mejor de los tonos—. Ya sabes lo que les pasa a los perros de caza, de vez en cuando, en alguna carnada sale uno con las orejas caídas o el lomo marrón en vez de dorado. Pero siguen formando parte de la jauría. Lo que te pasa a ti es que has salido con las orejas caídas.

—¡Pero soy incapaz de ver el futuro! —gritó Lirael—. ¿Aceptaría la jauría al perro sin olfato?

—Tú tienes olfato —dijo la *Perra Canalla* lamiendo la mejilla de la muchacha—. Además tienes otros dones. Como magas del Gremio, las demás no te llegan ni a la altura del zapato, a que no.

—No —musitó Lirael—. Pero la magia del Gremio no cuenta. Lo que cuenta para una clarvi es la visión. Sin ella, no soy nada.

—Bueno, a lo mejor puedes aprender otras cosas —la animó la perra—. Podrías pensar en algo distinto...

—¿Como qué? ¿Las labores de bordado? —pronunció Lirael con tono monótono y deprimido apoyando la cabeza en los brazos mojados de lágrimas—. Ya puesta, ¿por qué no me sugieres que me dedique a la talabartería?

—Te estás compadeciendo de ti misma —sentenció la perra sin asomo de lástima en la voz—, y sólo hay una manera de lidiar con eso.

—¿Cuál? —preguntó Lirael con resentimiento.

—Ésta —dijo la perra y le dio un mordisco en la pierna.

—¡Ay! —chilló Lirael poniéndose en pie de un salto y tropezando con la puerta —. ¿Por qué me has mordido?

—Porque das pena —dijo la perra mientras Lirael se frotaba la pantorrilla donde se notaban las marcas de los dientes en las calzas de lana—. Ahora estás enfadada. Vamos mejorando.

Lirael le echó una torva mirada a su perra pero no le contestó, porque no se le ocurría nada que decir que no pudiera interpretarse como una reacción malhumorada. Además, se acordó de que cuando había cumplido los diecisiete, otro perro le había obsequiado un mordisco y no tenía ningún deseo de añadir otra cicatriz a su haber.

La perra la miraba fijamente, con la cabeza ladeada y las orejas tiesas; esperaba una respuesta. Lirael sabía por experiencia que, si hacía falta, su perra era capaz de quedarse horas así sentada, y decidió que era mejor dejar de compadecerse. Estaba claro que su mascota no tenía la menor idea de lo importante que era para su ama tener el don de la visión.

—Bueno... ¿cómo la abro? —preguntó Lirael.

Sin darse cuenta, se había quedado apoyada en la puerta para mantener el equilibrio después del salto provocado por el mordisco. Notaba la magia del Gremio fluir por la madera, cálida y rítmica bajo la palma de la mano, se movía despacio, en contrapunto con el pulso que le latía en la muñeca y el cuello.

—Empuja —sugirió la perra acercándose para oler la rendija que había entre la puerta y el suelo—. Probablemente el enviado ha descorrido el cerrojo.

Lirael se encogió de hombros, puso las palmas de las manos sobre la puerta y, por extraño que parezca, en un momento de distracción, los remaches metálicos se habían movido. Antes estaban mezclados, y ahora se habían distribuido siguiendo tres esquemas clarísimos, aunque no tenían un significado especial. Lirael no estaba segura de cuáles eran los símbolos que cubrían las palmas de sus manos, aunque notaba que le dejaban una marca en la piel.

La muchacha notó que los remaches metálicos también estaban impregnados de símbolos del Gremio. Ignoraba qué representaban exactamente, pero era evidente que la puerta era una obra maestra de la magia, resultado de largos meses de encantamientos de alto vuelo, combinados con el trabajo magistral de artesanos del metal y la madera.

Empujó una vez y la puerta crujió. Empujó con más fuerza y, de repente, se plegó como un acordeón separándose en siete paneles diferentes. Lirael no se dio cuenta de que mientras sucedía todo esto, uno de los tres símbolos desapareció por completo dejando sólo dos tipos de remaches. La puerta despidió de pronto una descarga de magia del Gremio que fluyó a través de Lirael. La muchacha la notó en su interior, sintió una felicidad embriagadora que no conocía desde que la *Perra Canalla* había llegado para poner remedio a su gran soledad. Inundó cada poro de su piel, brilló en su aliento y... desapareció dejándola débil y palpitante, apoyada contra el marco. Las señales dejadas por los remaches en sus manos desaparecieron antes de que Lirael las viera y dedujese qué significaban. —¡Uf! —resopló, sacudiendo la cabeza mientras con una mano buscaba distraídamente el reconfortante corpachón de su perra—. ¿Qué ha pasado?

—Pues... que la puerta te ha saludado —contestó la perra, se apartó de su ama y la precedió, decidida, golpeteando con las uñas los primeros escalones de un tramo de escaleras que se hundía en la montaña.

—¿Cómo que me ha saludado? —preguntó Lirael. La cola levantada de la perra se perdió de vista en una vuelta de la escalera de caracol—. ¿Cómo es posible que una puerta sea capaz de saludar a nadie? ¡Espérame! ¡Que me esperes te digo!

La *Perra Canalla* se caracterizaba por su pertinaz desobediencia, no cedía nunca, ni siquiera a las súplicas, pero se detuvo veinte escalones más abajo. Había muy pocas marcas del Gremio para la iluminación y los escalones estaban cubiertos de un musgo renegrido. Era evidente que hacía mucho tiempo que por allí no pasaba nadie.

Miró a Lirael en cuanto la vio llegar, continuó el descenso y volvió a dejar entre ambas una distancia de veinte escalones y a perderse de vista, aunque Lirael seguía oyendo el golpeteo de sus patas contra el suelo.

La muchacha suspiró y fue bajando más despacio, pues no se fiaba de aquellas escaleras cubiertas de musgo. Más adelante había algo que no le hacía ni pizca de gracia y notaba un desasosiego que le oprimía y que no lograba precisar del todo. Era como una desagradable presión que se hacía más insoportable a medida que bajaba.

La perra la esperó, al menos un instante, en ocho ocasiones más antes de que llegaran al final de las profundas escaleras. Lirael calculó que estarían como a cuatrocientos metros por debajo de la montaña, una profundidad a la que no habían llegado antes. No había allí intrusiones de hielo, y ese detalle no hizo más que aumentar su sensación de extrañeza. Aquel lugar no se parecía a ningún otro del dominio de las clarvis.

Además, cada vez estaba más oscuro; cuanto más descendían, las marcas del Gremio para la iluminación se iban apagando hasta convertirse en puntitos que titilaban aquí y allá. Tras observar las marcas, la muchacha dedujo que quienes habían construido aquella escalera habían empezado desde abajo. Las marcas situadas

en lo más hondo eran más antiguas, llevaban siglos sin ser sustituidas.

Normalmente, la oscuridad no le suponía problema alguno, pero ahí abajo, en las profundidades de la montaña, era diferente. Lirael invocó una luz, dos brillantes marcas del Gremio para la iluminación que se prendieron en el pelo, y sus dos haces temblorosos alumbraron el descenso.

Al final de las escaleras, la perra la esperaba rascándose la oreja delante de otra puerta producto de la magia del Gremio. En este caso era de piedra y llevaba unas letras esculpidas, letras grandes, talladas con pericia, pertenecientes al alfabeto medio, así como los símbolos sólo visibles para un mago del Gremio.

Lirael se acercó más para leerlas, retrocedió, volvió a la escalera y quiso salir corriendo. La perra se enredó entre sus piernas y le hizo tropezar. La muchacha cayó y perdió el control del hechizo de la luz, las brillantes marcas se apagaron y volvieron a penetrar en el eterno fluir del Gremio.

Aterrorizada, tanteó la oscuridad hacia donde creía que se encontraban los escalones. Sus manos tocaron entonces la nariz húmeda y blanda de la perra y percibió un débil fulgor espectral que delineaba la silueta de su mascota.

—Vaya, qué lista eres —dijo la perra en la oscuridad acercándose a su ama para ladrarle bajito en la oreja—. Supongo que no te habrás acordado ahora mismo de que te dejaste un pastel en el horno, ¿eh?

—La puerta —susurró Lirael sin hacer el menor esfuerzo por incorporarse—. Es de una sepultura. De una cripta.

—No me digas.

—Tiene mi nombre escrito —añadió la muchacha entre dientes.

Siguió una larga pausa tras la cual la *Perra Canalla* dijo:

—¿Me estás sugiriendo que alguien se tomó la molestia de construirte una cripta hace cosa de mil años por si a ti se te ocurría algún día pasarte por aquí a que te diera un oportuno ataque al corazón?

—No...

Otra larga pausa tras la cual la perra dijo:

—Suponiendo que se trate de verdad de la puerta de una cripta, ¿me permites que te pregunte si el nombre Lirael es tan poco común?

—Bueno, creo que a mí me llamaron así en recuerdo de una tía abuela mía y antes que ella hubo otra...

—De manera que si se trata de una cripta, probablemente pertenezca a una Lirael que existió hace mucho —sugirió la perra con amabilidad—. Ahora bien, ¿qué te hace pensar que se trata de la puerta de una cripta? Si no recuerdo mal, en la puerta había dos palabras. Y la segunda no tenía nada que ver con «sepultura» ni con «cripta».

—¿Cuál era esa segunda palabra entonces? —preguntó Lirael levantándose con

esfuerzo al tiempo que, con las manos tendidas para dibujarlas en el aire, buscaba las marcas del Gremio que le darían luz.

No recordaba haber visto la segunda palabra, aunque no quería reconocer ante la perra que no lo había hecho a causa de la fuerte impresión que se había llevado al descubrir que se trataba de una cripta. Esa sensación, unida al hecho de que había leído su nombre, le hicieron sentir un pánico tal que no atinó a hacer más que buscar el modo de salir, de regresar a la seguridad de la biblioteca.

—Algo muy distinto —contestó la perra, satisfecha, cuando la luz surgió de la punta de los dedos de Lirael y cayó limpiamente sobre la puerta.

En esta ocasión, Lirael observó atentamente las letras talladas mientras pasaba la mano por los huecos profundos de la piedra. Leyó y releyó las palabras con el ceño fruncido, como si no consiguiera unir las letras y darles un sentido.

—No lo entiendo —dijo al fin—. La segunda palabra pone «sendero». «¡El sendero de Lirael!»

—Bueno, en ese caso deberías trasponer la puerta —dijo la perra sin inmutarse ante aquellos signos—. Aunque no seas la Lirael dueña del sendero, eres una Lirael, lo cual, según mis normas, es una excusa bastante buena...

—Cállate ya, *Perra Canalla* —le ordenó Lirael mientras pensaba.

Si aquella puerta era el inicio de un sendero que llevaba su nombre, debían de haberla construido miles de años antes. Algo no del todo imposible, porque las clarvis solían tener visiones de futuros tan lejanos. O posibles futuros, como ellas mismas los llamaban, puesto que el futuro era, en apariencia, como un arroyo con muchos ramales que se separaban y convergían para volver a separarse. Gran parte del adiestramiento de las clarvis, al menos por lo que Lirael sabía, consistía en deducir cuál de los futuros era el más probable... o deseable.

Sin embargo, la idea de que las clarvis de hacía mucho tiempo habían visto a Lirael no acababa de resultar aceptable, porque las clarvis del presente no podían ver el futuro de Lirael y nunca habían podido verlo. Sanar y Ryelle le habían contado que incluso cuando la guardia de los nueve días intentaba verla, no recibía señal alguna. El futuro de Lirael era impenetrable, igual que su presente. Ninguna clarvi había conseguido nunca tener una visión de ella, ni siquiera por casualidad y de refilón, en la que apareciera en la biblioteca, o dormida en su cama a un mes vista. Otra diferencia más, era incapaz de ver y de ser vista.

Si ni siquiera la guardia de los nueve días podía verla, pensó Lirael, ¿cómo era posible que las clarvis de hacía mil años supieran que un día ella iba a llegar hasta allí? ¿Y por qué iban a construir no sólo la puerta sino la escalera? Lo más probable era que ese sendero hubiese recibido el nombre de algún antepasado suyo, alguna otra Lirael de hacía mucho, mucho tiempo.

Y así pensando, ya no se sintió tan mal por tener que abrir la puerta. Se inclinó

hacia adelante y empujó con ambas manos la piedra fría. La magia del Gremio fluía también por aquella puerta, pero no entró en ella, si no que se limitó a latir contra su piel. Era como un perro viejo tumbado junto al fuego del hogar, contento de que lo acaricien sin tener que manifestar su alegría.

La puerta cedió poco a poco, se resistía a que la empujaran, el roce de piedra sobre piedra produjo un sonoro chirrido. La ráfaga de aire frío que salió del otro lado agitó el pelo de Lirael e hizo bailar las luces del Gremio. Lirael percibió también un olor a humedad y la extraña y opresiva sensación que la había asaltado en las escaleras cobró más fuerza, como esa molestia sorda que precede el futuro y lancinante dolor de muelas.

Detrás de la puerta se abría una amplia sala que se extendía hacia arriba y hacia afuera dando la sensación a quienes en ella entraban de encontrarse ante un espacio infinito, más allá del halo de luz que la rodeaba. Una caverna inconmensurable en la oscuridad.

Lirael entró y miró hacia lo alto, hacia la oscuridad, hasta que le dio tortícolis y sus ojos se acostumbraron poquito a poco a la penumbra. Una extraña luminiscencia, que no provenía de las luces mágicas del Gremio, brillaba formando charcos desperdigados y llegaba tan alto, que el fulgor más lejano era como la bruma distante y envolvente de los cielos estrellados. Lirael siguió mirando hacia arriba y se dio cuenta de que se encontraba en el fondo de una grieta profunda que llegaba casi hasta la cumbre del monte Estrella. Miró hacia ambos lados y comprobó que estaba parada en una ancha cornisa y que la grieta continuaba hundiéndose más y más en la oscuridad más negra, tal vez llegara incluso hasta las mismas raíces del mundo. Entonces fue cuando reconoció el lugar, porque sólo sabía de un abismo tan estrecho y tan hondo. Allá arriba, muy alto, se extendían varios puentes cubiertos. En muchas ocasiones, Lirael había cruzado el abismo casi sin saberlo y nunca había notado su terrible profundidad.

—Conozco este lugar —dijo Lirael con un hilo de voz que, no obstante, emitió un eco—. Estamos en el fondo de la Sima, ¿no? —Tras una vacilación, agregó—: El lugar donde entierran a las clarvis.

La *Perra Canalla* asintió sin pronunciar palabra.

—Tú lo sabías, ¿no? —prosiguió Lirael, sin bajar la cabeza.

No las veía, pero sabía que la parte más alta de las paredes de la Sima estaban plagadas de cuevas y que cada una de ellas albergaba los restos mortales de una clarvi desaparecida. Generaciones de difuntas cuidadosamente guardadas en aquel cementerio vertical. Por extraño que pudiera parecer, notaba la presencia de las sepulturas o de los muertos que las ocupaban... o algo.

Su madre no estaba allí, porque había muerto sola en algún país del extranjero, lejos de las clarvis, demasiado lejos para que pudiesen devolver su cuerpo. Sin

embargo, Filris sí que descansaba allí, como las demás clarvis que Lirael había conocido.

—Es una cripta —dijo la muchacha mirando a la perra con aire severo—. Lo sabía.

—En realidad es más bien un osario —la corrigió la perra—. Entiendo que cuando una clarvi ve su propia muerte, la bajan con una cuerda hasta la cornisa que le toca, la depositan allí y ella misma cava su propia...

—¡Imposible! —la interrumpió ella, horrorizada—. Sólo saben cuándo les sobrevendrá la muerte hasta cierto punto. Y Pallimor y los jardineros son quienes suelen ocuparse de preparar las cuevas. Tía Kirrith dice que es de muy mala educación cavar tu propia cueva...

Se interrumpió de repente y susurró:

—¿Perrita? ¿Estoy aquí porque me han visto morir y tengo que cavar mi propia cueva porque soy una maleducada?

—Tendré que pegarte un mordisco descomunal si continúas con esas tonterías —gruñó la perra—. ¿A qué viene esa repentina preocupación por morirte?

—Porque es algo que noto, me rodea —masculló Lirael—. Sobre todo en este lugar.

—Eso se debe a que las puertas que conducen al Reino de la Muerte se encuentran entreabiertas precisamente donde han fallecido muchos, o donde hay muchos enterrados —le explicó la perra con aire ausente—. La sangre se mezcla un poco, de manera que siempre hay clarvis con una percepción especial de la muerte. Es lo que tú sientes. No debes asustarte por ello.

—No estoy asustada, de verdad —dijo Lirael, intrigada—. Es como un dolor o los picores, siempre me impulsan a hacer algo. A rascarme. A buscar el modo de que se me pase.

—¿Por casualidad no sabrás algo de nigromancia?

—¡Claro que no! Eso es magia libre. Está prohibida.

—No necesariamente. En el pasado, las clarvis han tenido sus escarceos con la magia libre y algunas siguen teniéndolos —dijo la perra distraídamente. Había encontrado el rastro de algo y estaba olisqueando con vigor alrededor de los pies de su ama.

—¿Quién ha tenido sus escarceos con la magia libre? —preguntó Lirael. La perra no le contestó y siguió oliendo alrededor de los pies de Lirael—. ¿Qué hueles?

—Magia —dijo la perra, levantando la cabeza un instante y volviendo a olisquear alejándose en un círculo cada vez mayor—. Magia muy, pero muy antigua. Aquí, oculta en las profundidades del mundo. ¡Es muy, pero muy... aaay!

Sus últimas palabras concluyeron en un gañido cuando una llama repentina saltó de la Sima llenándolo todo de luz y calor. A Lirael la cogió totalmente desprevenida,

retrocedió de un salto y cayó en la abertura de la puerta. Al cabo de un instante, la perra cayó encima de su ama desprendiendo un perceptible olor a chamuscado.

Dentro de la pared de fuego comenzaron a percibirse unas formas, siluetas humanoides que flexionaban brazos y piernas en medio de las llamas. Las marcas del Gremio rugían y fluían en el infierno rojo, azul y amarillo a tal velocidad que Lirael no podrá descifrarlas. Las siluetas salieron entonces de las llamas; eran guerreros hechos de fuego que blandían espadas relucientes, al rojo vivo. —¡Haz algo! —ladró la perra.

Lirael se quedó allí, viendo avanzar a los guerreros, hechizada por las llamas que despedían sus cuerpos. Todos ellos formaban parte de un gran conjuro del Gremio, según pudo comprobar, se trataba de un enviado poderosísimo formado por muchas partes. Un guardián transmitido, como el que había en la puerta de madera roja...

Lirael se levantó, le dio una palmadita en la cabeza a su mascota y salió andando en dirección del fuego atroz y los guardianes con sus espadas llameantes.

—Soy Lirael —dijo, dotando a sus palabras de las marcas del Gremio destinadas a la verdad y la elocuencia—. Una hija de las clarvis.

Sus palabras flotaron un momento en el aire, cortando el crepitar de los abrasadores enviados. Entonces, los guardianes levantaron las espadas a manera de saludo y una oleada de calor aún más intenso partió de ellos privando de aire a los pulmones de Lirael. La muchacha se ahogó, tosió, retrocedió y... perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, la *Perra Canalla* se disponía a lamerle la cara. Por enésima vez, a juzgar por el grosor de la capa de saliva acumulado en la mejilla de Lirael.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando a su alrededor.

Ya no había fuego, ni guardianes llameantes, sino pequeñas marcas del Gremio destinadas a la luz que titilaban alrededor de ella como estrellitas.

—Que cuando te saludaron te dejaron sin aire. Creo que quienquiera que haya creado a esos enviados esperaba que la gente se identificara desde la puerta —sugirió la perra, probando a darle otro lametazo que fue prudentemente frenado—. Aunque también cabe la posibilidad de que se tratara de enviados tontos de remate. Sea como fuere, al menos uno de ellos tuvo la deferencia de soltar este puñado de lucecitas. Ah, por cierto, se te ha quemado parte del pelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Lirael mientras se examinaba las puntas chamuscadas de los cabellos que asomaban debajo de la bufanda—. Tía Kirrith lo notará, seguro. Tendré que decirle que me incliné encima de una vela o algo así. Hablando de Kirrith, será mejor que volvamos.

—¡Todavía no! —protestó la perra—. Y menos después de tanto esfuerzo. Además, las luces señalan un sendero. ¡Mira! Por ahí debe de ser. ¡El Sendero de Lirael!

Lirael se incorporó y miró hacia donde señalaba la perra en su clásica postura: una pata delantera en el aire y el hocico apuntando al frente. No cabía duda, ahí delante había un sendero de titilantes lucecitas del Gremio, a lo largo de la cornisa que conducía hasta el lugar donde la Sima se estrechaba en una oscuridad de muy mal agüero.

—Deberíamos regresar —dijo sin mucho entusiasmo.

El sendero de luces seguía allí, llamándola. Los enviados la habían dejado pasar. Del otro lado debía de haber algo que merecía la pena descubrir. A lo mejor hasta podía tratarse de algo que la ayudaría a conseguir el don de la visión, pensó, sintiéndose impotente ante aquel anhelo, ante la débil esperanza que seguía latiendo en su corazón. Los años que había pasado investigando en la biblioteca no le habían servido de mucho. A lo mejor, allí, en el antiguo centro del Reino de las Clarvis, eso podía cambiar.

—Andando, vamos —dijo levantándose con esfuerzo y soltando un gemido. De momento, sólo había conseguido una cabellera chamuscada y una colección de morados—. ¿Qué esperas?

—Ve tú adelante —le respondió la perra—. Me sigue doliendo el hocico por culpa de esos estúpidos guardianes llameantes.

El sendero de luces se internaba por la cornisa, la Sima se estrechaba y las paredes de piedra se cerraban sobre ella, hasta que bastó con que Lirael estirara la mano para pasar los dedos por la piedra húmeda y fría que se alzaba a ambos lados. Dejó de tocarla cuando descubrió que la luminiscencia era producto de un hongo húmedo que hacía brillar la punta de sus dedos y olía a coles podridas.

A medida que la cornisa se iba estrechando, comenzó también a descender hacia el interior de la montaña y un frío húmedo acabó con la quemazón de la cara de Lirael. Se oía también un sonido, como un rugido profundo que hacía vibrar el suelo, le penetraba por los pies y cobraba intensidad a cada paso. Al principio, Lirael pensó que se lo imaginaba, que tal vez formara parte de aquello que la perra llamaba su percepción de la muerte. Entonces se dio cuenta de qué se trataba: era el rugido incesante de aguas impetuosas.

—Debemos de estar cerca de un río subterráneo o algo así —sugirió la muchacha, elevando la voz para hacerse oír por encima del ruido del agua.

Como la mayoría de las clarvis, apenas sabía nadar, y su experiencia con los ríos se limitaba a los impresionantes torrentes del deshielo que todas las primaveras recorrían el glaciar.

—Estamos a punto de llegar —dijo la perra que, gracias al fulgor del sendero flanqueado de estrellas, alcanzaba a ver hasta muy lejos—. Como dijo el poeta:

Río veloz que naces en la noche profunda, y avanzas para captar la luz de

este mundo.

Tus ropajes son fría escarcha y negrura los enemigos del Reino sentirán su mordedura.

Hasta que el Renegado a su fuerza dé rienda suelta en todos y cada uno de los recovecos del delta.

—Humm... me parece que se me ha olvidado un verso. A ver, a ver... «Río veloz...»

—¿El nacimiento del Renegado está por allí? —preguntó Lirael señalando el frente—. Yo creía que no era más que agua del deshielo. No sabía que tuviera un nacimiento.

—Hay un manantial —contestó la perra tras una pausa—. Un manantial más viejo que Matusalén. En el centro mismo de la montaña, en la oscuridad más profunda. ¡Detente!

Lirael obedeció y con una mano se agarró instintivamente al pliegue de piel suelta que tenía su perra justo detrás del collar.

Al principio no entendió por qué la *Perra Canalla* le había pedido que se detuviera, hasta que le obligó a dar unos cuantos pasos cautelosos. Tras recorrer esa corta distancia, el sonido del río se convirtió como por arte de encanto en un rugido atronador y el rocío frío cayó sobre su cara como una bofetada.

Habían llegado a la orilla, el sendero seguía estrechándose hasta convertirse en un puente resbaladizo de piedra mojada que se extendía veinte pasos o más, hasta acabar en otra puerta. El puente carecía de barandillas y tenía poco más de medio metro de ancho. Su estrechez y las aguas veloces que fluían allá abajo indicaban claramente que había sido construido como barrera contra los difuntos. Nada que estuviese muerto cruzaría por allí.

Lirael miró el puente, la puerta y la corriente oscura e impetuosa y sintió una mezcla de pánico y fascinación. El movimiento constante del agua y el rugido incesante ejercían un efecto hipnótico, pero al final consiguió apartar la vista. Miró a la perra y pese a que el estruendo del río casi ahogó sus palabras, logró exclamar:

—¡No pienso cruzar por ahí!

La perra no le hizo ni caso y Lirael quiso repetir lo que acababa de decir, pero las palabras se negaron a salir de su boca cuando comprobó que las patas de la perra habían crecido casi al doble de su tamaño y se habían aplanado. Al mismo tiempo, el can había adoptado un aire petulante.

—Sólo falta que te hayan salido ventosas —gritó la muchacha estremeciéndose de asco ante aquella idea—. Como un pulpo.

—Ni más ni menos —le gritó la perra y al levantar una pata produjo un ruido de succión tan fuerte que Lirael lo oyó pese al rugido del río—. Este puente tiene una

pinta de lo más traicionera.

—Ni que lo digas —se desgañitó ella volviendo a mirar el puente.

Estaba claro que la perra tenía toda la intención de cruzar; con la ayuda de sus patas dotadas de ventosas, recorrer el puente pasaría de ser imposible a algo meramente peligroso, según dedujo Lirael. Lanzó un suspiro, se inclinó, se quitó los zapatos sin dejar de pestañear a causa del abundante rocío que flotaba en el aire. Se ató los cordones de las botas de cuero suave al cinturón y pisó con decisión la piedra. Estaba muy fría; Lirael se sintió más tranquila al notar que la superficie era bastante rugosa, detalle que se le había escapado por la falta de luz suficiente y que le permitiría agarrarse mejor.

—Me pregunto a quién querrían impedir el paso los que construyeron este puente —comentó, y pasando los dedos por debajo del collar de su mascota notó el cosquilleo reconfortante de la magia del Gremio y el cuerpo firme y seguro de la perra.

Apenas habían dado el primer paso cuando Lirael expresó su segundo pensamiento, aunque sus palabras no pudieron oírse a causa del fragor del río.

—O la salida.

El poder de un rey

La puerta situada al final del puente se abrió en cuanto Lirael la tocó. Una vez más, comprobó que la magia del Gremio fluía por su cuerpo, pero el tacto no era amable como el de la puerta superior, tampoco se trataba del reconocimiento tranquilo del portal de piedra que daba entrada a la Sima. Esta puerta procedió a efectuar más bien un precavido examen, seguido del reconocimiento inmediato, no necesariamente amable.

En cuanto la puerta se abrió, Lirael sintió temblar a la perra y se preguntó por qué hasta que percibió el característico olor corrosivo de la magia libre. Provenía de allá adelante y estaba recubierto de magia del Gremio que la contenía y la frenaba.

—Magia libre —susurró Lirael, titubeante.

La perra siguió avanzando y arrastrando a su ama. Lirael la siguió muy a su pesar y cruzaron la puerta.

En cuanto Lirael traspuso el umbral, la puerta se cerró con un ruido seco. El rugido del río se interrumpió al instante. Y se apagó la luz del sendero con marcas del Gremio. Estaba oscuro, más oscuro que ninguna oscuridad de las que Lirael había conocido hasta ese momento, una oscuridad genuina en la que de golpe resultaba difícil incluso imaginar la luz. La negrura se cernió sobre Lirael y le hizo dudar de sus sentidos. Sólo la piel tibia de la perra bajo su mano le decía que seguía de pie, que la estancia no había cambiado y que el suelo no se había inclinado.

—No te muevas —susurró la perra y Lirael notó que un hocico le rozaba rápidamente la pierna, como si la advertencia hablada no bastase.

El olor de la magia libre se hizo más potente. Lirael se tapó la nariz con una mano e intentó no respirar, mientras con la otra buscaba en el bolsillo del chaleco el ratón mecánico para emergencias, y no precisamente porque ese dispositivo tan ingenioso fuese capaz de encontrar la forma de salir de allí y regresar a la biblioteca.

La muchacha notó también que la magia del Gremio comenzaba a formarse: unas potentes marcas flotaban en el aire como motas de polen, su luz interior algo apagada. Sintió que la magia libre y la del Gremio trabajaban juntas, se enroscaban a su alrededor tejiendo algún encantamiento que no lograba identificar.

El miedo se le instaló en el estómago y comenzó a subir desde allí hasta paralizarle los pulmones. Quería respirar, tomar aire y soltarlo para calmarse con el ritmo acompasado de su propio aliento. Mas el aire estaba denso de extraña magia, magia que ella no podía, o no quería respirar.

Y entonces un montón de luces chisporrotearon en el aire, pequeñas bolas luminosas y frágiles formadas por cientos de espinas relucientes, como los frutos sedosos y brillantes del diente de león, danzaron al compás de una brisa que Lirael no lograba sentir. Con las luces, el efecto venenoso de la magia libre disminuyó

permitiendo que la magia del Gremio adquiriese más fuerza, momento en el que Lirael aprovechó para inspirar con cautela.

Bajo la luz de extraños colores y cambios constantes, Lirael vio que se encontraba en una estancia octogonal. Una habitación amplia, pero no de fría piedra tallada, como era lógico esperar en aquel lugar del corazón de la montaña. Las paredes estaban tapizadas con un delicado dibujo de estrellas doradas, torres y llaves de plata. El techo era de yeso y reproducía un cielo nocturno, preñado de gruesos nubarrones tormentosos que avanzaban hacia siete estrellas brillantísimas. Lirael notó que bajo sus pies desnudos había una alfombra azul, suave y cálida, tras la humedad y el frío del puente.

En el centro de la habitación, una mesa de madera de secuoya y patas rematadas en pies de tres dedos lucía en solitario esplendor. Sobre su superficie pulida había tres artículos alineados: una cajita metálica del tamaño de la palma de la mano, algo que parecía una zampona metálica y un libro de cuero azul oscuro con broches plateados. La mesa o quizá los artículos que había sobre ella eran el centro de atracción de la magia, porque las luces proyectadas por los frutos de diente de león eran allí más abundantes y creaban el efecto de una niebla luminosa.

—Pues venga, vete ya —dijo la perra, sentándose sobre las patas traseras—. Parece que por fin encontramos lo que estábamos buscando.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lirael con recelo e inspirando profundamente varias veces para calmarse.

Ya se sentía bastante segura, pero en aquella habitación había mucha magia que le resultaba desconocida y no tenía ni la más remota idea de para qué servía ni de dónde venía. Y todavía notaba en la boca y en la lengua el sabor de la magia libre, como un regusto a hierro que no acababa de marcharse.

—Las puertas se han abierto a ti. El sendero se ha iluminado para ti. Los guardianes de este lugar no han acabado contigo — dijo la perra acariciando con el hocico frío y húmedo la palma de su ama. Miró a Lirael con aire cómplice y añadió —: Lo que ves en esa mesa debe de estar destinado a ti. Lo cual significa también que no está pensado para mí. Así que me quedaré aquí sentada. No, mejor me tumbaré. Despiértame cuando sea hora de marcharnos.

Dicho lo cual, la perra se estiró a sus anchas, bostezó y se tumbó en la alfombra. Cómodamente acostada de lado, agitó la cola varias veces y después, según todos los indicios, se quedó profundamente dormida.

—¡*Perra Canalla*! —exclamó Lirael—. No puedes dormirte ahora. ¿Qué hago si ocurre algo malo?

La perra abrió un ojo y moviendo apenas la mandíbula, contestó: —Me despiertas, claro.

Lirael contempló a la perra dormida y luego se acercó a la mesa. El stilken era lo

peor que se había encontrado en la biblioteca. Sin embargo, en los últimos años había hallado otros seres peligrosos, criaturas malignas, antiguos encantamientos del Gremio que se habían deshecho o se habían vuelto impredecibles, trampas mecánicas e incluso encuadernaciones de libros envenenadas. Todos ellos formaban parte de los gajes del oficio de una bibliotecaria, pero no eran nada comparados con lo que tenía delante en ese momento. Fueran lo que fuesen aquellos artículos, estaban dotados de una férrea protección y de magia mucho más fuerte y poderosa que la que Lirael había visto jamás.

Lirael percibió también que, fuera cual fuese la magia concentrada en aquel lugar, era muy antigua. Las paredes, el suelo, el techo, la alfombra, la mesa, incluso el aire de la estancia estaban saturados con capa sobre capa de marcas del Gremio, algunas de ellas con una antigüedad de mil años. Las notaba moverse por todas partes, mezclarse, cambiar. Cuando cerró los ojos un momento, la estancia le pareció casi, casi un pilar de piedra del Gremio, una fuente de magia del Gremio más que un lugar sobre el que habían echado muchos hechizos.

Aquello no era posible, al menos por lo que ella sabía...

De sólo pensarlo notó que se mareaba y por eso, Lirael abrió los ojos. Las marcas del Gremio fluían sobre su piel, se metían en su aliento, navegaban por sus venas. La magia libre flotaba entre las marcas. Las luces de los frutos del diente de león se dirigieron hacia ella como zarcillos, se enroscaron suavemente alrededor de su cintura y tiraron y tiraron de ella hasta llevarla a la mesa.

La magia y las luces le provocaron mareos, la aturdieron, como si acabara de despertar de un sueño. Lirael luchó por mantenerse serena, pero la sensación era agradable, no encerraba amenaza alguna. Dejó dormir a la perra y despacio, muy despacio, avanzó envuelta en luz.

De repente se encontró ante la mesa, sin recordar haber cruzado el espacio que antes la separaba de ella. Tenía las manos apoyadas sobre su superficie fresca y pulida. Como cabía esperar de una auxiliar segunda de bibliotecaria, lo primero que hizo fue coger el libro, acariciar el broche de plata que lo mantenía cerrado y leer el título estampado en relieve en letras plateadas sobre el lomo: Libro del recuerdo y el olvido.

Lirael abrió el broche, notó también la magia del Gremio de la que estaba hecho y las marcas que se perseguían por la superficie plateada para hundirse en el metal. Marcas para vincular, marcas para cerrar, marcas para quemar y destruir.

El broche estaba ya abierto cuando descifró lo que significaban las marcas y comprobó que nada le había ocurrido, que seguía indemne. Con cuidado, abrió la cubierta y pasó la portada, el papel crujiente y finísimo tenía un tacto fantástico y las hojas pasaban fácilmente. En las páginas había marcas del Gremio puestas allí en el momento de fabricar el papel. Y había magia libre, canalizada y obligada a guardar su

lugar. En el cartón y el cuero de la cubierta había magia de los dos tipos, e incluso en la cola y las puntadas del lomo.

Sin embargo, eran las letras mismas las que contenían más magia, las más poderosas. Lirael había visto libros parecidos, aunque menos poderosos, libros como Con piel de león. Era una obra que nunca se terminaba de leer, porque su contenido variaba según las necesidades, a capricho de su hacedor original, o para adaptarse a las fases de la luna o a los cambios de estaciones. El contenido de algunos libros era imposible de recordar hasta que no ocurrían ciertos hechos. Invariablemente, se trataba de un acto de amabilidad por parte del creador del libro, porque ese contenido trataba casi siempre de cosas cuyo recuerdo podía llegar a convertirse en una verdadera carga.

Las luces bailaron alrededor de la cabeza de Lirael cuando se puso a leer y la sombra de su pelo se movió sobre las hojas. Leyó la primera página, luego la siguiente, y la que venía después. Lirael no tardó en terminar el primer capítulo mientras con la mano iba pasando las páginas cada pocos minutos. A sus espaldas, el aliento pesado y soñoliento de la perra servía de contrapunto al ritmo lento con que volvía las páginas. Horas más tarde o incluso días, porque Lirael había perdido la noción del tiempo, pasó la que parecía ser la última página y cerró el libro. En realidad, se cerró solo con un chasquido del broche.

Lirael se apartó al oír el chasquido, pero no se alejó de la mesa. Cogió la zampona, siete tubitos de plata de diferentes tamaños: el más pequeño como su propio meñique, el más grande como su mano. Se llevó la zampona a los labios pero no sopló. No eran lo que parecían. En el libro estaba escrito cómo la habían hecho, y cómo se utilizaba; Lirael había aprendido, además, que las marcas del Gremio que se movían en la plata no eran más que una capa que ocultaba la magia libre agazapada en su interior.

Tocó las flautas, una por una, de la menor a la mayor, y susurró sus nombres hasta que volvió a dejar el instrumento sobre la mesa. Cogió entonces el último artículo, la cajita metálica. También era de plata y llevaba unos bonitos grabados así como las marcas del Gremio. Estas últimas se parecían a las del libro y amenazaban con toda suerte de desgracias a quien se atreviera a abrirla sin contar con sangre auténtica. No daba más detalles sobre cómo tenía que ser la sangre, pero Lirael pensó que si el libro se había abierto para ella, la caja también lo haría. Rozó el pasador y retrocedió un poco al notar el calor de la magia libre que ardía en su interior. La caja siguió cerrada. Le cruzó por la cabeza la idea de que a lo mejor el libro estaba equivocado o que había leído mal las marcas o que por sus venas no corría sangre auténtica. Cerró los ojos y presionó con fuerza el pasador.

Nada terrible sucedió, pero la caja se estremeció bajo su mano. Lirael abrió los ojos. La caja se había abierto en dos mitades unidas por una bisagra. Una especie de

espejito de mesa.

Lirael lo abrió del todo y lo colocó en forma de uve invertida sobre la mesa. Por un lado era de plata y por el otro llevaba algo que la muchacha no logró describir. Allí donde los espejos muestran una superficie brillante, se veía un rectángulo opaco... como un vacío. Un trozo de la oscuridad más negra, un retal hecho con la ausencia total de luz.

En El libro del recuerdo y el olvido había leído que se denominaba espejo oscuro y una somera descripción de cómo se usaba. Sin embargo, el espejo oscuro no funcionaba en esa habitación, ni en ninguna parte del mundo de los vivos. Sólo se utilizaba en el reino de los muertos y Lirael no tenía ninguna intención de visitarlo, aunque en el libro contuviese una explicación detallada para poder regresar. El Reino de la Muerte era terreno de los Abhorsen y no de las clarvis, pese a que el uso peculiar del espejo oscuro estuviese probablemente relacionado con el don de la visión de estas últimas.

Lirael cerró el espejo oscuro con un chasquido y lo dejó sobre la mesa, sin retirar la mano de él. Permaneció inmóvil durante un buen rato, pensando. Luego lo cogió y se lo metió en el bolsillo izquierdo del chaleco, junto con un plumín, un trozo de bramante encerado y un lápiz enano a fuerza de sacarle punta. Tras un instante más de vacilación, cogió la zampona y la guardó en el bolsillo derecho, donde tenía el ratón mecánico. Por último cogió El libro del recuerdo y el olvido y se lo metió debajo del chaleco.

Fue hasta donde dormía la *Perra Canalla*. Era hora de que ambas hablaran muy en serio sobre lo que estaba ocurriendo. El libro, el espejo oscuro y la zampona llevaban allí mil años o más, esperando en la oscuridad a que llegase alguien que las antiguas clarvis sabían que llegaría.

Esperando en la oscuridad a que llegase una mujer llamada Lirael.

Esperándola a ella.

Una estación turbulenta

El príncipe Sameth temblaba en la estrecha plataforma defensiva situada en la segunda torre más alta de palacio. Pese a que vestía su capa de pieles más gruesa, el viento conseguía penetrarla, pero él no estaba de humor para lanzar un hechizo del Gremio destinado a darle abrigo. En el fondo, le apetecía pillar un resfriado, porque así conseguiría eludir el programa de adiestramiento que Ellimere le había impuesto.

Estaba en la plataforma de defensa por dos motivos. El primero, porque quería vigilar, pues tenía la esperanza de ver regresar a su padre o a su madre. El segundo, porque quería evitar a Ellimere y a cuantos se empeñaban en organizarle la vida.

Sam echaba de menos a sus padres no sólo porque podían librarlo de la tiranía de Ellimere. La cuestión era que siempre surgían asuntos que requerían la atención de Sabriel y que la llevaban a recorrer el reino de un extremo al otro en su papelonave roja y dorada. Aquél era un mal invierno, según había oído Sam comentar a más de uno, con mucha actividad de los muertos y de las criaturas de la magia libre. Sam siempre se estremecía al oír estos comentarios, porque era consciente no sólo de que la gente clavaba en él la vista sino de que debía estudiar El libro de los muertos para prepararse a ayudar a su madre.

Debería estar estudiando en ese preciso instante, pensó sombríamente, pero siguió con la vista clavada en la lejanía, más allá de los tejados llenos de escarcha y del humo que salía de miles de chimeneas acogedoras.

No había abierto el libro ni una sola vez desde que Ellimere se lo entregara. El tomo verde y plateado seguía a buen recaudo en un armario de su taller. Pensaba en él todos los días, y lo miraba, pero no conseguía armarse de valor para leerlo. De hecho, se pasaba las horas, que en teoría debía dedicar al estudio, tratando de encontrar el modo de contarle a su madre que no podía hacerlo. No podía leer el libro ni enfrentarse a otro viaje al Reino de la Muerte.

El programa de Ellimere dedicaba dos horas al estudio del libro, o al «Preparatorio para Abhorsen», como lo llamaba su hermana, pero Sam no leía nada. Empleaba ese tiempo en escribir un discurso tras otro en los que intentaba explicar sus sentimientos y sus temores. Cartas a Sabriel. Cartas a Piedra de Toque. Cartas a ambos. Cartas que acababan, indefectiblemente, en la chimenea.

—Se lo contaré a mi madre —anunció Sam al viento.

Lo dijo en voz baja por si el centinela que ocupaba el otro extremo de la torre lo oía. Los guardias ya pensaban que como príncipe dejaba mucho que desear. No quería que, además, lo tuvieran por un príncipe loco.

—No, mejor se lo cuento a mi padre y así él puede decírselo a mi madre —añadió tras una breve reflexión.

Por desgracia, Piedra de Toque había regresado de Estwael y no llevaba en

palacio más que unas horas cuando tuvo que volver a cabalgar hacia el Sur, al fuerte de la guardia del monte Barhedrin, al norte del Muro. Habían llegado noticias de que los ancelstierranos dejaban a los grupos de refugiados sureños cruzar el Muro y establecerse en el Reino Antiguo, o en realidad, dejaban que los mataran las criaturas o la gente salvaje que merodeaba por las Tierras Fronterizas. Piedra de Toque había ido a investigar si aquellas noticias eran ciertas, a comprobar qué tramaban los ancelstierranos y a salvar a los sureños que siguieran con vida.

—Estúpidos ancelstierranos —masculló Sam pegándole una patada al Muro, con tan mala sombra que resbaló en la piedra helada, perdió pie y se golpeó el codo en la pared.

—¡Aaay! —exclamó agarrándose el brazo—. ¡Maldita sea!

—¿Se ha hecho daño, mi señor? —preguntó el guardia, que acudió a la carrera sin caerse, pues sus botas con tachuelas se agarraban mejor al suelo que las zapatillas de piel de conejo de Sam—. No querrá usted romperse una pierna, ¿verdad?

Sam lo miró ceñudo. Sabía que el hecho de que tuviese que interpretar al pájaro del amanecer en el baile constituía una fuente interminable de diversión para los guardias. Las risitas mal disimuladas de los guardias y la facilidad con la que Ellimere practicaba su futuro papel de corregente con gracia y autoridad, al menos delante de todos menos de su hermano, no contribuían a reforzar la autoestima de Sam.

La torpeza del muchacho en los ensayos del papel del pájaro del amanecer para el Festival de Invierno y el del Solsticio de Verano era uno de los muchos aspectos en los que demostraba que como miembro de la realeza estaba muy por debajo de su hermana. En los bailes le resultaba imposible fingir entusiasmo; con frecuencia, en las sesiones del Tribunal Inferior se quedaba dormido y aunque sabía que era un espadachín competente, no se sentía lo bastante seguro para aumentar su destreza midiéndose con los guardias.

Tampoco le iba demasiado bien en las clases de perspectiva. Ellimere siempre se lanzaba a la tarea asignada con todas sus fuerzas y trabajaba como una fiera. Sam hacía justo lo contrario, se quedaba embobado mirando el aire y preocupándose por su confuso futuro y, con frecuencia, se quedaba tan absorto que dejaba de hacer lo que le habían mandado.

—¿Se ha hecho daño, mi señor? —repitió el guardia.

Sam pestañeó. Otra vez en las mismas. Se había quedado embobado mirando el aire.

—No, no me he hecho daño, gracias —contestó flexionando los dedos enguantados—. He resbalado y me he dado un golpe en el codo.

—¿Ha visto algo interesante ahí fuera? —preguntó el guardia.

Sam se acordó de su nombre, se llamaba Brel. Era un guardia bastante amable, no

era de los que reprimía una sonrisa cada vez que Sam pasaba con el traje del pájaro del amanecer.

—No —contestó Sam.

Y volvió a mirar el interior de la ciudad. El Festival de Invierno comenzaría al cabo de pocos días. La construcción de la Feria de la Escarcha se encontraba en pleno apogeo. La Feria de la Escarcha consistía en una inmensa carpa, del tamaño de una ciudad, montada sobre la superficie helada del lago Loesare, donde se organizaban desfiles de carrozas, y había actores, bufones y malabaristas, músicos y magos, exposiciones y todo tipo de juegos, por no mencionar los puestos con manjares de todos los rincones del Reino Antiguo y de más allá. El lago Loesare abarcaba más de treinta hectáreas del valle central de Belisaere, pero la Feria de la Escarcha lo superaba, pues se extendía incluso a los jardines públicos de las orillas.

A Sam siempre le había gustado la Feria de la Escarcha, sin embargo, esta vez no le hacía mucha ilusión. No lograba desprenderse de la sensación fría y depresiva que lo embargaba.

—Lo divertido es la feria —dijo Brel, dando palmas—. Parece que este año el festival será estupendo.

—¿Ah sí? —comentó Sam sombríamente.

El último día del festival tenía que bailar y hacer de pájaro del amanecer. Le tocaba portar el ramito verde de la primavera y desfilar en último lugar en la procesión del Invierno, detrás de Nieve, Granizo, Aguanieve, Niebla, Tormenta y Escarcha. Eran todos bailarines profesionales montados en zancos, de manera que no sólo se alzaban amenazantes por encima del pájaro del amanecer, sino que contribuían a resaltar la falta de experiencia de Sam.

La danza invernal era larga y complicada, recorría los casi tres kilómetros de tortuosos senderos de la feria. Pero era mucho más larga, porque había que retroceder constantemente mientras los seis espíritus del invierno se ocultaban del pájaro e intentaban prolongar su estación quitándole el ramito de la primavera que Sam llevaba debajo del ala dorada o ponerle la zancadilla con los zancos.

De momento llevaban dos ensayos generales. Se suponía que los espíritus del invierno no debían conseguir que el pájaro tropezara, pero aunque lo desearan con toda el alma, no podían impedir que éste tropezara solo. Al final del primer ensayo, el pájaro se había caído tres veces, se había doblado el pico en dos ocasiones y llevaba las plumas muy alborotadas. El segundo ensayo había sido aún peor, el pájaro había chocado con Aguanieve haciéndole caer de los zancos. La nueva Aguanieve seguía sin dirigirle la palabra.

—Dicen que cuanto más duras sean las prácticas, mejor sale el baile —comentó Brel.

Sam asintió y apartó la vista del guardia. En el cielo no había señales de que se

aproximara ninguna papelonave ni de que un escuadrón de jinetes llegara por el camino del sur portando el estandarte real. Era una pérdida de tiempo buscar a sus padres.

Brel se llevó la mano enguantada a la boca y tosió. Sam volvió a observar al guardia cuando éste lo saludó con una inclinación de cabeza y reanudó su paseo por la plataforma defensiva mientras la trompeta colgada de su correa le golpeaba suavemente la espalda.

Sam bajó. Llegaba tarde al siguiente ensayo.

Brel se equivocaba cuando comentó que los ensayos fallidos anunciaban un baile bien ejecutado. Cuando llegó el día, Sam no dejó de trastabillar y tropezar en ningún momento, y sólo gracias a la profesionalidad y la energía de los seis espíritus, la danza no resultó un completo desastre.

Tradicionalmente, después del baile, todos los bailarines del festival cenaban con la familia real en el palacio, pero Sam prefirió no compartir mantel con ellos. Habían hecho bastante por su príncipe, y su príncipe había hecho lo suficiente, como probaba su colección de morados. Tenía la certeza de que Aguanieve le había golpeado adrede con el zanco. Era la hermana de la muchacha que había derribado durante el ensayo.

En vez de asistir a la cena, Sam se retiró a su taller, donde intentó olvidar sus problemas dedicándose a construir un juguete mágicomecánico especialmente complicado e interesante. Ellimere lo mandó a buscar con un paje, pero el muchacho consiguió desembarazarse de él y que lo dejaran en paz, al menos por esa noche.

No tendría tanta suerte al día siguiente ni en los sucesivos. Ellimere no podía o no quería ver que la tristeza de su hermano se debía a problemas reales. De modo que la chica se limitó a buscarle más tareas. Algo peor aún, con la clara intención de una buena muchacha que iba a ser capaz de averiguar qué males aquejaban al príncipe, comenzó a endilgarle a las hermanas pequeñas de sus amigos. Naturalmente, a Sam le caían fatal todas las chicas que Ellimere le sentaba al lado durante la cena o que, por esas casualidades de la vida, pasaban por su taller a enseñarle el cierre roto de un brazalete para que lo arreglase. La preocupación constante de Sam por el libro y el regreso de su madre le dejaba muy pocas fuerzas para cultivar amistades y mucho menos amoríos.

De manera que se ganó la reputación de estirado y distante, no sólo entre las jovencitas que Ellimere le presentaba, sino entre todas las personas de su edad que vivían en palacio. Incluso de aquellas con las que había hecho amistad en años anteriores, cuando regresaba a casa por vacaciones, descubrieron que ya no disfrutaban con su compañía. Atribulado por sus problemas y ocupado con sus deberes oficiales, Sam apenas cayó en la cuenta de que los chicos de su edad lo eludían.

Hablaba un poco con Brel, porque los dos se encontraban en la segunda torre más

alta, a las mismas horas. Por suerte, el guardia no era muy conversador y no daba la impresión de que le molestaran los silencios de Sam ni su tendencia a detenerse y quedarse mirando la ciudad y el mar.

—Hoy es su cumpleaños —dijo Brel, a primeras horas de una mañana clara y fría.

La luna seguía en el cielo y lucía un halo a su alrededor, algo que solo ocurría en las noches más frías de invierno.

Sam asintió. Como su cumpleaños caía dos semanas después del Festival de Invierno no pasaba de ser un acontecimiento menor. Ese año seria todavía menos espectacular a raíz de la continua ausencia de Sabriel y Piedra de Toque, que sólo podían enviar mensajes y regalos que, aunque elegidos con cuidado, no contribuían a que Sam se animara. En especial porque uno de ellos era una sobrevesta con las llaves plateadas del Abhorsen estampadas sobre un campo azul, cuartelado con el castillo dorado de la línea real sobre campo rojo, y el otro era un libro titulado Merchane y el sometimiento de los seres elementales de la magia libre.

—¿Le han hecho buenos regalos? —preguntó Brel.

—Una sobrevesta —contestó Sam—. Y un libro.

—Ah —dijo Brel. Batió palmas para ayudar a que le circulase mejor la sangre—. Nada de espadas, ni de perros, entonces.

Sam negó con la cabeza. No quería ni una espada ni un perro, pero habría recibido mucho mejor esos regalos que los que le habían hecho.

—Seguro que la princesa Ellimere le hará uno bueno —sugirió Brel tras meditarlo un buen rato.

—Lo dudo —dijo Sam—. Lo más probable es que me organice alguna clase de algo.

Brel volvió a batir palmas, se quedó quieto y luego oteó el horizonte de sur a norte.

—Feliz cumpleaños —dijo una vez concluyó el lento movimiento de cabeza—. ¿Cuántos cumple? ¿Dieciocho?

—Diecisiete —contestó Sam.

—Ah —dijo Brel, y caminó hasta el otro extremo de la torre donde volvió a otear el horizonte.

Sam se fue para abajo.

Ellimere le había organizado una fiesta de cumpleaños en el Gran Salón, pero resultó algo deslucida, sobre todo por el ánimo tristón de Sam. No quiso bailar, porque era el único día que podía negarse a hacerlo, y como se trataba de su fiesta, eso significaba que nadie más podía bailar. Se negó a abrir los regalos delante de todo el mundo porque no le apetecía, y se limitó a jugar con la comida que le sirvieron: pez espada con salsa de lima y pan con mantequilla, en otros tiempos su plato

preferido. De hecho, se comportó como un mocoso malcriado de siete años más que como un muchacho de diecisiete. Sam lo sabía, pero no podía evitarlo. Era la primera vez en varias semanas que conseguía desobedecer las órdenes de Ellimere o, como ella las llamaba, sus firmes sugerencias.

La fiesta terminó temprano y todos se marcharon enfadados y de malhumor. Sam se retiró a su taller haciendo caso omiso de los cuchicheos y las miradas de soslayo que lo acompañaron al salir del salón. Le importaba un bledo lo que pensaran de él, pese a que se sintió muy incómodo al notar que Jall Oren observaba su salida con los ojos entornados. Al regreso de sus padres, Jall se encargaría de informarles de los puntos flacos del príncipe, si es que no decidía antes hacerles una de sus temidas recapitulaciones sobre el comportamiento del joven príncipe.

Los sermones de Jall se convertirían en algo sin importancia alguna cuando su madre se enterara de la verdad sobre su hijo. Sam no se atrevía a pensar qué ocurriría después. No conseguía imaginar lo que podía pasar ni cuál podría ser su futuro. El reino debía contar con un Abhorsen en ciernes y un heredero real. Ellimere había dado muestras de ser la heredera real perfecta, de manera que Sam debía ocupar el cargo de Abhorsen en ciernes. La cuestión era que no podía. No es que no quisiera, como todos pensaban. No podía.

Esa noche, tal como había hecho en cientos de ocasiones, Sam abrió el armario situado a la izquierda de su banco de trabajo y se armó de valor para mirar El libro de los muertos. Ahí estaba, en su estante, brillando con su luz verde, cargada de malos presagios, haciéndole sombra al suave fulgor de las luces del Gremio del techo.

Tendió la mano como el cazador que intenta acariciar al lobo con la vana esperanza de que sea un perro fiel. Rozó el broche de plata y las marcas del Gremio que en él había, pero antes de que pudiera hacer algo más, empezó a temblar con violencia y la piel se le puso fría como el hielo. El príncipe Sameth trató de contener los temblores y hacer caso omiso del frío, sin conseguirlo. Apartó la mano, se acercó a la chimenea, se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas, embargado por la tristeza.

Al cabo de una semana de haber cumplido años, Sam recibió una carta de Nick. O más bien los restos de una carta, porque había sido escrita en papel elaborado a máquina. Como la gran mayoría de los productos de la tecnología ancelstierrana, el papel había empezado a deteriorarse al cruzar el Muro, y en ese momento, iba camino de transformarse en sus fibras originales. Sam le había dicho muchas veces a Nick que utilizara papel hecho a mano, pero su amigo no se daba por aludido.

Sin embargo, de la carta quedaba lo suficiente para deducir que Nick le solicitaba que le expidiese visados con destino al Reino Antiguo para él y un sirviente. Tenía intención de cruzar el Muro en el solsticio de invierno y le pedía a Sam que se reuniese con él en el paso fronterizo.

Sam se alegró. Nick siempre conseguía infundirle ánimos. Consultó el almanaque

para ver a qué época de Ancelstierre correspondía el solsticio de invierno del Reino Antiguo. En general, el Reino Antiguo iba una estación adelantado con respecto a Ancelstierre, pero como se producían extrañas fluctuaciones, se hacía necesario comprobarlo bien con un almanaque, sobre todo en el período de los solsticios y los cambios de estaciones.

En otros tiempos, los almanaques comparativos del Reino Antiguo y Ancelstierre, como el que Sam tenía delante, eran muy difíciles de conseguir, pero hacía unos diez años, Sabriel le había prestado el suyo al impresor de la Casa Real, que había vuelto a componerlo para incorporar todos los comentarios manuscritos y las notas al margen puestas por Sabriel y los anteriores Abhorsen. Había sido una tarea larga y laboriosa. El resultado final era estéticamente agradable, el tipo de letra, claro, y el texto se distribuía ordenadamente sobre el crujiente papel de lino, pero el coste era ruinoso. Sabriel y Piedra de Toque seleccionaban con cuidado a quién regalaban estos almanaques. Sameth se sintió muy orgulloso cuando le entregaron uno el día en que cumplió los doce años.

Por suerte, el almanaque traía una correspondencia exacta para el solsticio de invierno, en lugar de una ecuación que permitía hacer los cálculos tras ver la posición de la luna en el cielo y realizar otras observaciones. Esa fecha en Ancelstierre correspondía al día de los barcos en el Reino Antiguo, y a la tercera semana de la primavera. Todavía faltaban muchos días, pero al menos Sam tenía un motivo para esperar con ilusión que llegara ese momento.

Después de leer lo que quedaba de la carta de Nick, el príncipe se sintió algo más animado y empezó a llevarse mejor con todos en palacio, menos con Ellimere. Lo que restaba del invierno transcurrió sin que sus padres regresaran y sin que se produjesen tormentas especialmente terribles ni las olas de frío paralizante que a veces venían del noreste, acompañadas de grupos de ballenas extraviadas que no habían sabido encontrar el mar de Saere.

Desde el punto de vista del tiempo, aquel era un invierno especialmente benigno, pero en la corte y en la ciudad, la gente seguía diciendo que estaba siendo bastante crudo. En aquella estación surgieron por todo el reino más problemas que en los últimos diez inviernos, problemas como no se conocían desde los inicios del reinado de Piedra de Toque. Los halcones mensajeros partían constantemente de la torre de las caballerizas y a la señora Finney se le pusieron los ojos colorados, incluso más irritables que lo habitual, porque sus pequeñuelos, los halcones, se veían en apuros para atender tanta demanda de comunicaciones. Muchos de los mensajes transportados por los halcones hablaban de los muertos y de criaturas de la magia libre. Buena parte de esos mensajes resultaban ser falsos, pero por desgracia otros eran ciertos y exigían la presencia de Sabriel.

A Sam le inquietaban otras noticias. Una carta de su padre le recordó demasiado

el terrible día que había tenido en la Frontera, cuando los sureños muertos habían atacado a su equipo de críquet y él había tenido que enfrentarse al nigromante en el Reino de la Muerte.

Sam se llevó la carta a la segunda torre más alta para leerla y meditar sobre su contenido, mientras Brel se paseaba a su alrededor. Leyó hasta tres veces varios de los párrafos:

El ejército ancelstierrano, supuestamente bajo las órdenes del gobierno, ha permitido que un grupo de «voluntarios» sureños entren en el Reino Antiguo por uno de los viejos pasos fronterizos del Muro, infringiendo así todos los acuerdos firmados y todas las reglas dictadas por el sentido común. Evidentemente, Corolini ha conseguido más apoyos, y ésta sería una puesta a prueba de su plan de enviar a todos los sureños al reino.

He impedido lo mejor que he podido que se produzcan más cruces de la Frontera y he reforzado la guardia en Barhedrin. Por desgracia, no hay garantías de que los ancelstierranos dejen de enviarnos más sureños, aunque el general Tindall ha manifestado que tardará en poner en marcha las órdenes oportunas y que nos avisará en cuanto le sea posible.

En cualquier caso, ya han cruzado algo más de mil sureños y nos llevan al menos cuatro días de ventaja. Al parecer, fueron recibidos por «guías locales», pero como al Cuerpo de Exploradores de la Frontera le estaba prohibido escoltar refugiados, ni siquiera sé si se trataba de hombres de verdad.

Seguiremos en la brecha, claro está, pero todo este asunto me huele mal. Estoy seguro de que al menos un hechicero de la magia libre está implicado en nuestro lado del Muro, y el paso fronterizo utilizado por los sureños es el más cercano al lugar donde tú sufriste la emboscada, Sameth.

El nigromante, pensó Sam mientras doblaba la carta. Se alegró de que el sol brillara en el cielo y de estar en palacio, protegido por guardias y agua corriente.

—¿Malas noticias? —inquirió Brel.

—Noticias, a secas —contestó Sam sin poder contener un escalofrío.

—Nada que el rey y la Abhorsen no puedan solucionar —dijo Brel, con plena confianza.

—Dondequiera que estén —musitó Sam.

Guardó la carta en el bolsillo del abrigo y se fue para abajo, a su taller, para enfrascarse en mil tareas y detalles que exigían toda su atención y la destreza de sus manos.

Y a cada paso que daba se repetía que debía abrir El libro de los muertos.

Para variar, la Abhorsen y Piedra de Toque regresaron una magnífica tarde de primavera, mucho después de que Sam hubiera bajado de la torre y de que la guardia

de Brel hubiese terminado. El viento había rolado al Este, el mar de Saere cambiaba de color, del negro invernal al turquesa estival, el sol seguía calentando pese a hundirse en el Oeste y las golondrinas que vivían en los acantilados robaban lana para sus nidos de la manta rota de Sam.

Sabriel fue la primera en llegar, su papelonave pasó volando bajito sobre el patio de práctica donde Sam sudaba la gota gorda repasando en compañía de Cynel, una de las mejores guardias, los cuarenta y ocho movimientos de ataque y defensa. La sombra de la papelonave los sobresaltó a ambos y le permitió a Cynel, que se recuperó rápidamente mientras Sam se quedó como un pasmarote, hacerse con el punto definitivo.

Al muchacho le había llegado el día decisivo, y todos los discursos y cartas que había preparado se le filtraron del cerebro, como si su contrincante le hubiera perforado la cabeza en lugar de asestarle una estocada triunfal y sonora con la espada de madera en el casco acolchado. Sam salió corriendo para quitarse la armadura de prácticas justo cuando las trompetas sonaban en la Puerta Sur. Al principio pensó que anunciaban la llegada de su madre, hasta que oyó otras trompetas más lejanas, en el Patio Occidental, donde debía de haber aterrizado la papelonave. Por tanto, las trompetas de la Puerta Sur debían de estar anunciando la llegada del rey, el único recibido con una fanfarria.

En efecto, se trataba de Piedra de Toque. Sam se reunió con su padre veinte minutos después en las dependencias privadas de la familia, una amplia estancia situada tres plantas más arriba del Gran Salón, con una única ventana alargada que daba a la ciudad en lugar de al mar.

Sam entró y encontró a Piedra de Toque asomado a la ventana, contemplando cómo se encendían las luces de su ciudad. Brillantes luces del Gremio, luces suaves de las lámparas de aceite, temblorosas llamas de velas y fuegos. Era el mejor momento para estar en Belisaere, una cálida tarde de primavera, a la hora en que se encienden todas las luces.

Como de costumbre, Piedra de Toque tenía aspecto cansado, aunque le había dado tiempo a lavarse y quitarse la armadura y la ropa de jinete. Vestía una bata de baño al estilo de Ancelstierre y llevaba el cabello ensortijado todavía húmedo tras el rápido baño. Al ver entrar a Sam le sonrió y le estrechó la mano.

—Tienes mejor aspecto, Sam —dijo Piedra de Toque, al notar los colores que lucía su hijo tras la práctica de esgrima—. Aunque me hubiera gustado que este invierno te hubieses convertido también en un buen escritor de cartas.

—Hum —dijo Sam.

En todo el invierno sólo le había enviado a su padre dos cartas y unas cuantas notas añadidas al final de algunas remitidas por Ellimere, que era una corresponsal mucho más fiable. Ni las cartas ni las notas decían nada demasiado interesante ni

demasiado personal. Sam había escrito algunos borradores más profundos, pero al igual que los dirigidos a su madre, habían ido a parar a la chimenea.

—Papá, yo... —comenzó a decir Sam, vacilante, y notó una profunda sensación de alivio por atreverse al fin a sacar el tema al que había estado dándole vueltas todo el invierno—. Papá, no puedo...

Antes de que pudiese continuar, la puerta se abrió de par en par y Ellimere entró como un vendaval. Sam cerró la boca y la miró ceñudo, pero ella no le hizo el menor caso, fue directa hasta Piedra de Toque y lo abrazó con ostensible alivio.

—¡Papá! No sabes cómo me alegro de que hayas vuelto —dijo—. ¡Y mamá también!

—La familia feliz y unida —masculló Sam entre dientes.

—¿Cómo dices? —preguntó Piedra de Toque con tono severo.

—Nada —contestó Sam—. ¿Dónde está mamá?

—En el embalse —contestó su padre. Enlazó por la cintura a Ellimere con un brazo y con el otro agarró a su hijo—. Vamos a ver, no quiero que os preocupéis, pero ha tenido que ir a los Pilares Mayores porque la han herido...

—¡La han herido! —exclamaron Ellimere y Sam al unísono volviéndose hacia su padre hasta que los tres formaron un apretado círculo.

—No es grave —se apresuró a aclarar Piedra de Toque—. La mordió en la pierna una especie de cosa muerta, no pudo curarse cuando ocurrió y ahora se le ha infectado la herida.

—¿Va a... va a...? —preguntó Ellimere presa de ansiedad mientras se miraba consternada una pierna.

Por la cara que puso, estaba claro que le resultaba difícil imaginar a Sabriel herida y no del todo dueña de sí misma y de cuanto la rodeaba.

—No, no va a perder la pierna —afirmó, decidido, el rey Piedra de Toque—. Ha tenido que bajar hasta los Pilares Mayores del Gremio porque los dos estábamos demasiado cansados para realizar los encantamientos curativos. Pero podemos acompañarla allá abajo. Además, es el mejor lugar para que podamos hablar tranquilamente y celebrar una conferencia familiar.

El embalse donde se alzaban los seis Pilares Mayores del Gremio constituía, en muchos sentidos, el corazón del Reino Antiguo. Era posible acceder al Gremio, la fuente misma de la magia, desde cualquier punto del Reino Antiguo, pero la presencia de los pilares corrientes facilitaba mucho la operación, como si fuesen los conductos que llevaban al Gremio mismo. Sin embargo, daba la impresión de que los Pilares Mayores del Gremio formaban parte de éste, además de estar relacionados con él. El Gremio contenía y describía a todos los seres vivos y todas las posibilidades, existía en todas partes, pero su presencia se concentraba mucho más en los Pilares Mayores, el Muro y los linajes de la familia real, así como en los Abhorsen y las

clarvis. Cuando dos de los grandes pilares fueron rotos por obra de Kerrigor, y la familia real sufrió una aparente dispersión, el Gremio quedó debilitado y así, la magia libre y los muertos camparon por sus respetos.

—¿No sería mejor celebrar la conferencia aquí arriba, cuando mamá haya realizado el hechizo? —sugirió Sam.

Pese a la importancia que tenía para el reino, el embalse nunca había sido uno de sus sitios predilectos, ni siquiera antes de que le tuviera tanto miedo a la muerte. Los pilares de piedra mismos ejercían un efecto reconfortante, llegaban incluso a calentar el agua que los rodeaba, pero el resto del embalse era frío y horrendo. La madre y las hermanas de Piedra de Toque habían sido asesinadas allí por Kerrigor, y mucho más tarde, en ese mismo lugar, el padre de Sabriel había encontrado la muerte. Sam no quería ni pensar en lo que había sido el mundo en la época en que hubo dos pilares rotos y Kerrigor acechaba allí dentro, envuelto en la oscuridad, acompañado de sus bestias nigrománticas y sus siervos muertos.

—No —contestó Piedra de Toque que tenía más motivos que su hijo para temerle al embalse, pero lo había perdido hacía años, durante su prolongado esfuerzo por reparar los pilares rotos con su propia sangre y fragmentos de magia recordados a duras penas—. Es el único lugar donde nadie nos oirá, además, son demasiadas las cosas que debéis saber, de las que nadie más debe enterarse. Trae el vino, Sameth. Lo necesitaremos.

—¿Vas a ir así? —preguntó Ellimere cuando Piedra de Toque se dirigió al banco de la izquierda de la chimenea.

Se volvió mientras su hija le hablaba y se miró la bata y las dos espadas que colgaban del cinturón, se encogió de hombros y siguió su camino. Ellimere lanzó un suspiro, fue tras él y ambos desaparecieron en la oscuridad detrás del fuego.

Sam frunció el ceño, cogió la jarra de barro llena con ponche de vino y especias colocada cerca de la chimenea para que se mantuviera caliente. Siguió a su padre y a su hermana, con la mano presionó la parte trasera del banco y las marcas del Gremio llamearon cuando el hechizo de defensa le permitió abrir la puerta secreta. En cuanto la hubo franqueado, oyó a su padre y a su hermana bajar ruidosamente los ciento cincuenta y seis escalones que conducían al embalse, a los Pilares Mayores del Gremio y a Sabriel.

Agua pura, piedra antigua

El embalse era una amplia estancia silenciosa, de piedra fría y aguas gélidas. Los Pilares Mayores se alzaban en su centro, envueltos en la oscuridad, invisibles desde el descansillo, donde la escalera de palacio se hundía en el agua. Por el borde del embalse se veían haces de luz provenientes de las aberturas enrejadas que había en lo alto proyectándose por la superficie del agua lisa como un espejo. Entre los haces luminosos se elevaban altas columnas de mármol blanco que, cual mudos centinelas, aguantaban el peso del techo, situado a casi veinte metros del suelo.

Como siempre, el agua era transparente. Sam metió la mano para ayudar a su padre a desatar la barcaza amarrada al final de la escalera de palacio. Mientras el agua se escurría entre sus dedos, comprobó que las marcas del Gremio destellaban brevemente. Toda el agua del embalse absorbía magia de los Pilares Mayores del Gremio. Más cerca del centro, el líquido elemento se componía de magia más que de otra cosa y ya no estaba frío... ni siquiera húmedo.

La barcaza era poco más que una balsa con pomos dorados en cada esquina. Había dos en el embalse: evidentemente, Sabriel se había llevado la otra. Estaría subida a ella, en el centro, donde no llegaba la luz del sol. Los Pilares Mayores brillaban con millones de marcas del Gremio que se movían sobre su superficie y en su interior, aunque casi todo el tiempo se trataba de un débil fulgor que no llegaba a rivalizar con la luz filtrada del sol. Por lo tanto, no verían el fulgor hasta haberse acercado del todo y alejado del borde bañado en luz, más allá de la tercera fila de columnas.

Piedra de Toque desató las amarras de su lado, puso la mano en la tabla y susurró una sola palabra. Las ondas encresparon la superficie tranquila del agua cuando él habló y la barcaza comenzó a alejarse del descansillo. En el embalse no había corrientes, pero la barcaza se movía como si la hubiera, o como si unas manos invisibles la empujasen por el agua. Piedra de Toque, Sam y Ellimere se acurrucaron en el centro, moviéndose de vez en cuando con el balanceo.

Sam se acordó de que sus tías y su abuela, desaparecidas hacía mucho tiempo, habían viajado al encuentro de sus muertes del mismo modo. Tal vez incluso en aquella misma barcaza, ahora rescatada, reparada y remozada; habían ido confiadas, hasta que sufrieron la emboscada de Kerrigor. Aquel ser despreciable les había rebanado el cuello para recoger su sangre en un cáliz dorado. Sangre de la realeza. Sangre para romper los Pilares Mayores del Gremio.

Sangre para destruir, sangre para construir. Con sangre de la realeza habían destruido los pilares y con sangre de la realeza, la de su padre, habían vuelto a construirlos. Sam miró a Piedra de Toque y se preguntó cómo lo habría hecho. Había pasado muchas semanas de duro trabajo en aquel lugar, él solo, y todas las mañanas

tomaba un cuchillo de plata, producto de un hechizo del Gremio, para volver a abrirse las heridas en las palmas de las manos, las mismas que el día anterior habían cicatrizado. Heridas que habían dejado unas líneas blancas y finas que iban desde el meñique hasta la yema del pulgar. Se cortaba las manos y formulaba encantamientos de los que apenas estaba seguro, encantamientos terriblemente peligrosos para quien los formulaba incluso cuando no existía la carga y el riesgo adicional de los pilares rotos.

A Sam le intrigaba especialmente el uso de la sangre, la misma sangre que corría por sus venas. Le parecía extraño que su corazón palpitante estuviese íntimamente relacionado con los Pilares Mayores que se alzaban allá adelante. Qué ignorante se sentía, en especial, en todo lo relacionado con los grandes secretos del Gremio. ¿Por qué se consideraba que la sangre de la realeza, de los Abhorsen y las clarvis, era distinta de la de las personas normales, incluso de la de otros magos del Gremio, y que bastaba para reparar o estropear otros pilares menores? Los tres linajes se conocían como grandes cartas del Gremio, como los Pilares Mayores que se alzaban allá adelante, y el Muro. ¿Pero por qué? ¿Por qué su sangre contenía magia del Gremio, magia que las marcas extraídas del Gremio, generalmente accesible, no podían imitar?

A Sam siempre le había fascinado la magia del Gremio, sobre todo le encantaba hacer cosas con ella, pero cuanto más la utilizaba, más se daba cuenta de lo poco que sabía. En los doscientos años de interregno se habían perdido muchos conocimientos. Piedra de Toque había transmitido a su hijo cuanto sabía, sin embargo, su padre estaba especializado en magia guerrera, no en hacer cosas ni en los misterios más profundos. En el momento de fallecer la reina, su padre era guardia real, príncipe bastardo, no mago. Después, pasó siglos prisionero en forma de mascarón de proa de un barco, mientras el reino se hundía en el caos más absoluto.

Piedra de Toque consiguió reparar los Pilares Mayores porque, según dijo, ellos mismos quisieron que los rehiciesen. Al principio se había equivocado muchas veces y había sobrevivido por obra y gracia del apoyo y la fuerza de los pilares, nada más. Aun así, el esfuerzo le había llevado varios meses y le había quitado varios años de vida. Antes de proceder a la reparación, el cabello de Piedra de Toque no tenía hebras de plata.

La barcaza pasó entre dos columnas; Sam se fue acostumbrando a la extraña penumbra. Divisó a lo lejos seis Pilares Mayores, altos monolitos de color gris oscuro, sus formas irregulares eran muy distintas de las columnas suaves de mampostería y sólo tenían un tercio de su altura. Vio también la otra barcaza, flotando en el centro del círculo formado por los pilares. ¿Dónde estaba Sabriel?

El miedo le oprimió el pecho. Sam no veía a su madre y en lo único que atinaba a pensar era en que el difunto Kerrigor había recuperado su forma humana para

engañar a su abuela, la reina, y conducirla a una muerte oscura y sangrienta. Cabía la posibilidad de que Piedra de Toque no fuera de veras Piedra de Toque sino otra cosa que había adoptado su aspecto...

Algo se movió en la barcaza, allá adelante. Sam, que había contenido el aliento de forma inconsciente, lanzó un grito ahogado al pensar que todos sus temores se estaban haciendo realidad. Aquella cosa no tenía aspecto humano, le llegaba más o menos a la cintura y no tenía brazos, ni cabeza ni forma reconocible. Donde debía haber estado su madre se veía un trozo de oscuridad cambiante...

Piedra de Toque le dio una fuerte palmada en la espalda. Inspiró hondo y aquella cosa de la barcaza despidió una tenue luz del Gremio y destelló en el aire como una estrella permitiéndole ver que, después de todo, se trataba de Sabriel. Se había quedado tumbada, envuelta en su capa azul y acababa de incorporarse. La luz le brillaba sobre la cara y comprobaron que los recibía con una sonrisa. Sin embargo, no era la sonrisa despreocupada y plena de la felicidad completa; Sam la vio más cansada y ajada que nunca. Su piel, siempre pálida, se presentaba casi translúcida bajo la luz del Gremio, y la cubría una capa brillante de sudor. Se notaba que sufría mucho. Por primera vez, Sam descubrió canas en la cabellera de su madre y la idea de que no era eterna, de que un día envejecería, cayó sobre él como una losa. Su madre no llevaba puesta la bandolera, sino que la había depositado a su lado: los mangos de caoba de las campanas se encontraban a prudente distancia, igual que la espada y la mochila. La barcaza de Sam flotó entre dos de los pilares y entró en el círculo. Los tres pasajeros se estremecieron. Notaron una súbita descarga de energía y la fuerza de los Pilares Mayores. Acto seguido, notaron también que habían perdido parte del cansancio. Sam se dio cuenta de que el miedo y la culpa que lo habían perseguido durante todo el invierno eran sólo un vago recuerdo. Se sintió más confiado, casi casi como el que había sido siempre. Era una sensación que no experimentaba desde aquel día en que se había dirigido al punto de lanzamiento para disputar el último partido de críquet del Campeonato Juvenil.

Las dos embarcaciones se encontraron. Sabriel no se levantó, se limitó a tender los brazos. Un segundo después, abrazaba a Ellimere y a Sam con tanto entusiasmo que las barcazas estuvieron a punto de hundirse con el movimiento.

—¡Ellimere! ¡Sameth! Cómo me alegra veros, no sabéis cuánto lamento haber estado ausente todo este tiempo —dijo Sabriel, aflojando el abrazo.

—Tranquilízate, mamá —dijo Ellimere como si ella fuera la madre y Sabriel la hija—. Tú eres la que nos preocupa. Anda, deja que le eche un vistazo a esa pierna.

Iba a levantar la capa, pero Sabriel la detuvo en el mismo instante en que a Sam le llegaba un horrendo tufillo a carne podrida.

—No tiene buen aspecto todavía —se apresuró a aclarar Sabriel—. Las heridas causadas por los muertos se infectan muy deprisa, por desgracia. Con la ayuda de los

Pilares Mayores he lanzado sobre ella varios encantamientos curativos y le he puesto una cataplasma de feliac. No tardará en mejorar.

—Esta vez —dijo Piedra de Toque.

Se había mantenido alejado del ovillo formado por Sabriel, Ellimere y Sam, y miraba a su esposa desde lo alto.

—Vuestro padre está enfadado conmigo porque cree que estuve a punto de perder la vida —dijo Sabriel con una sonrisa forzada—. Y la verdad es que no entiendo su postura, sobre todo porque creo que debería alegrarse de que no fuera así.

Su comentario fue recibido en el más absoluto de los silencios, hasta que Sam preguntó tímidamente:

—¿Es muy grave la herida que te hicieron?

—Mucho —contestó Sabriel dando un respingo al mover la pierna.

Debajo de la capa, las marcas del Gremio refulgieron y fueron visibles a través de la gruesa lana. Tras un momento de vacilación, Sabriel agregó—: Si no me hubiera encontrado con tu padre al regreso, tal vez no habría llegado hasta aquí.

Sam y Ellimere se miraron horrorizados. Durante toda la vida habían oído contar historias de las batallas y las victorias conseguidas con gran esfuerzo por Sabriel. La habían herido en otras ocasiones, pero nunca la habían oído reconocer que podían haberla matado; tampoco habían considerado nunca que esa posibilidad existiera, que era real. Se trataba de la Abhorsen, capaz de entrar en el Reino de la Muerte a su antojo.

—Pero he conseguido llegar y voy a ponerme bien —dijo Sabriel con firmeza—. De manera que no hay necesidad de tantas alharacas.

—Te refieres a mí, supongo —dijo Piedra de Toque. Se sentó soltando un suspiro y en seguida volvió a levantarse de mal humor para acomodarse las espadas y la bata y se sentó de nuevo.

—El motivo por el cual hago tantas alharacas —aclaró—, es que me preocupa que durante todo este invierno alguien o algo pueda haber estado organizando de forma deliberada y astuta una serie de situaciones para ponerte en peligro. Analiza los lugares a los que tuviste que acudir, siempre había más muertos de los que hablaban los informes y criaturas mucho más peligrosas...

—Piedra de Toque —lo interrumpió Sabriel tomándolo de la mano—. Tranquilízate. Estoy de acuerdo contigo. Y tú lo sabes.

—¡Bah! —masculló Piedra de Toque, pero no dijo nada más.

—Es cierto —prosiguió Sabriel mirando a los ojos a Sam y a Ellimere—. Existe un plan claro y no sólo en los muertos sacados de sus tumbas con el único propósito de tenderme emboscadas. Creo que el número creciente de seres elementales producidos por la magia libre está relacionado con lo mismo y con los problemas que vuestro padre ha tenido con los refugiados sureños.

—Casi seguro que es así —acotó Piedra de Toque con un suspiro—. El general Tindall cree que Corolini y su Partido Nuestro País reciben subvenciones en oro desde el Reino Antiguo, aunque carece de pruebas concretas. Dado que Corolini y su partido mantienen ahora un equilibrio de poderes en la Asamblea de Ancelstierre, han conseguido que se traslade a los sureños cada vez más al Norte. También han dejado claro que su objetivo último es que todos los refugiados sureños acaben instalados al otro lado del Muro, en nuestro reino.

—¿Por qué? —preguntó Sam—. Quiero decir, ¿para qué? Al fin y al cabo, la zona norte de Ancelstierre no se caracteriza precisamente por estar superpoblada.

—No lo sé bien —contestó Piedra de Toque—. Las explicaciones que se oyen en Ancelstierre son pura basura populista que apelan al miedo del campesinado. De todos modos, tiene que haber un motivo que impulse a alguien de aquí a pagarles en oro, el suficiente para comprar doce escaños en la Asamblea. Me temo que ese motivo tiene algo que ver con el hecho de que no hemos conseguido encontrar más que una veintena de las miles de personas a las que obligaron a cruzar el mes pasado y ninguna de ellas con vida. Las demás se esfumaron...

—¿Cómo es posible que desaparezca tanta gente? Seguramente dejarían algún rastro —lo interrumpió Ellimere—. Tal vez debería ir a...

—No —dijo Piedra de Toque con una sonrisa, divertido por la convicción de su hija de que era capaz de hacer mejor papel que él cuando se trataba de buscar algo. La sonrisa se le borró de los labios cuando siguió diciendo—: Esto no es lo que parece, Ellimere. Esto es cosa de la brujería. Tu madre cree que los encontraremos cuando menos lo deseemos y que cuando lo hagamos, no estarán vivos.

—Ahí está el quid de la cuestión —dijo Sabriel sombríamente—. Antes de que sigamos analizando el problema, creo que deberíamos tomar más precauciones para que nadie nos oiga. ¿Piedra de Toque?

Piedra de Toque asintió y se puso en pie. Desenvainó una de sus espadas y se concentró. Las marcas del Gremio de su espada comenzaron a brillar y a moverse, hasta que toda la hoja se llenó de luz dorada. El rey levantó la espada y las marcas del Gremio saltaron hasta el pilar mayor más cercano y se esparcieron sobre él como fuego líquido.

Nada ocurrió durante un instante. A continuación, otras marcas captaron la luz, y las llamas doradas se extendieron hasta cubrir todo el pilar y ardieron como un incendio desbocado. Otras marcas saltaron al pilar siguiente hasta que prendió fuego también y lo mismo ocurrió con el siguiente hasta que los seis Pilares Mayores quedaron envueltos en llamas y de ellos salieron torrentes de brillantes marcas del Gremio que fueron a entretejer una tracería de luces en forma de domo que cayó sobre las dos barcazas.

Sam se asomó por la borda y comprobó que el fuego dorado se había esparcido

incluso por debajo del agua para formar un enloquecido laberinto de marcas que cubrían el suelo del embalse. Los cuatro quedaron envueltos por una barrera mágica alimentada por la fuerza de los Pilares Mayores. Se sintió tentado de preguntar cómo se hacía el encantamiento y cuál era su naturaleza, pero su madre ya había empezado a hablar.

—Ahora podemos hablar sin temor a que nos escuchen, ni oídos humanos ni de otro tipo —dijo Sabriel.

Tomó en las suyas las manos de Sam y Ellimere y las apretó con fuerza, tanto, que sus hijos notaron los callos de los dedos y las palmas, resultado de tantos años de empuñar la espada y las campanas.

—Vuestro padre y yo tenemos la certeza de que los sureños han sido desplazados hasta el otro lado del Muro para hallar la muerte a manos tic... a manos de un nigromante que ha utilizado sus cuerpos para albergar en ellos espíritus muertos que le deben lealtad. Sólo la brujería producto de la magia libre explica cómo los cuerpos y los demás rastros han desaparecido sin ser vistos por nuestras patrullas ni por la visión de las clarvis.

—Yo creía que las clarvis lo veían todo —dijo Ellimere—. Bueno, casi siempre se equivocan de fecha, pero ven el futuro. ¿O no?

—En los últimos cuatro o cinco años las clarvis vienen comprobando que su visión está nublada y que probablemente siempre ha estado nublada en la zona que rodea las costas orientales del lago Rojo y el monte Abed —dijo Piedra de Toque con tono grave—. Se trata de una zona amplia en la cual, no por casualidad, nuestro mandato real no se sostiene. Existe allí cierto poder que se opone tanto a las clarvis como a nuestra autoridad, bloqueando la visión y rompiendo los pilares del Gremio que he erigido allí.

—¿No deberíamos convocar a las bandas adiestradas y llevarlas, junto con la guardia, hasta allí para solucionar el asunto de una vez por todas? —protestó Ellimere en el mismo tono que Sam imaginó que había empleado cuando estaba al frente del equipo de hockey del Colegio Wyverley en Ancelstierre.

—No sabes dónde está ni qué es —contestó Sabriel—. Cada vez que nos disponemos a rastrear la zona en busca de la fuente del problema, siempre ocurre algo en otra parte. Hará unos cinco años creímos haber encontrado la raíz de este enojoso asunto en la batalla del pueblo de Roble...

—La nigromante —la interrumpió Sam, que se acordaba bien del episodio. En los últimos meses había dedicado mucho tiempo a meditar sobre los nigromantes—. La de la máscara de bronce.

—Sí. Chlorr de la Máscara —aclaró Sabriel clavando la vista en la barrera dorada; era evidente que le traía malos recuerdos—. Era muy vieja y poderosa, por ello supuse que las dificultades con las que nos encontramos allí habían sido obra

suya. Aunque ahora no estoy segura. Está claro que alguien más sigue haciendo lo posible por ofuscar a las clarvis y causar problemas a lo largo y a lo ancho del reino. En Ancelstierre hay alguien que apoya a Corolini y es posible que incluso las guerras de los sureños. Una posibilidad es que se trate del hombre que encontraste en el reino de los muertos, Sam.

—¿El... el nigromante? —inquirió Sam.

Su voz sonó como un patético pitido; el muchacho se restregó inconscientemente las muñecas y al hacerlo, las mangas se le subieron dejando ver las cicatrices de las quemaduras.

—Debe de tener un poder inmenso si es capaz de levantar a tantos braceros muertos al otro lado del Muro —contestó Sabriel—. Y si tiene tanto poder, yo debería haber oído hablar de él, pero no es así. ¿Cómo habrá hecho para mantenerse oculto durante todos estos años? ¿Cómo se ocultó Chlorr cuando organizamos batidas en todo el Reino entero tras la caída de Kerrigor y por qué se mostró para atacar el pueblo de Roble? Empiezo a preguntarme si no habré subestimado a Chlorr. Incluso es posible que consiguiera eludirme la última vez que nos enfrentamos. La obligué a cruzar la Sexta Puerta, pero yo estaba tan exhausta que no la seguí todo el trayecto hasta la Novena. Debería haberlo hecho. Tenía un no sé qué de extraño, algo más que la mácula habitual que dejan la magia libre o la nigromancia...

Se interrumpió, sus ojos recorrieron el vacío con aire ausente. Tras parpadear, añadió:

—Chlorr era vieja, lo bastante vieja para que otros Abhorsen se hayan cruzado con ella en el pasado y sospecho que ese otro nigromante también tiene muchísimos años. Sin embargo, en la Casa Real no he encontrado ningún registro que se refiera a ellos. Cuántos datos se perdieron en el incendio del palacio, y muchos más con el simple paso del tiempo. Y aunque las clarvis lo guardan todo en esa Gran Biblioteca suya, rara vez encuentran algo útil en ella. Tienen la mente muy fija en el futuro.

»Me encantaría echar un vistazo a mí también, pero se trata de una tarea que llevaría meses, incluso años. Creo que Chlorr y ese otro nigromante estaban conchabados y puede que todavía sigan estándolo, si Chlorr ha sobrevivido. No queda claro quién manda y quién obedece. Temo también que descubramos que no están solos. Sea quien fuere o lo que quiera que actúa en contra de nosotros, debemos asegurarnos de que sus planes acaben en agua de borrajas.

La luz fue mermando a medida que Sabriel hablaba y el agua se lleno de ondas como si una brisa indeseada hubiese conseguido saltarse la protección del dorado fulgor que despedían los pilares.

—¿Qué planes? —preguntó Ellimere—. ¿Qué es lo que esos seres... o esas cosas... se proponen hacer?

Sabriel intercambió con Piedra de Toque una mirada cargada de incertidumbre

antes de contestar.

—Creemos que tienen pensado traer a los doscientos mil refugiados sureños al Reino Antiguo para... para matarlos —susurró Sabriel como si temiera que, pese a las precauciones tomadas, alguien pudiera oírla—. Doscientas mil muertes por envenenamiento en un solo minuto con el fin de construir una avenida hacia el reino de los muertos que permita llegar a todos los espíritus que vagan allí, desde el primer recinto hasta el precipicio de la Novena Puerta. Y así, reunir las huestes de muertos más numerosas que jamás han hollado el reino de los vivos. Unas huestes a las que nos resultará imposible derrotar aunque fuera posible que a ellas se opusieran todos los Abhorsen que han sido.

Una asamblea familiar

Las palabras de Sabriel fueron recibidas por el silencio, un silencio que no terminaba nunca, mientras todos imaginaban las huestes de doscientos mil muertos y Sam hacía lo imposible por quitárselas de la cabeza. Unas hordas de difuntos, un enorme mar de cadáveres tambaleantes, sedientos de vida, que abarcaban todo el horizonte, y marchaban inexorables hacia ellos...

—No será así, claro —dijo Piedra de Toque interrumpiendo las terribles imaginaciones de Sam—. Nos aseguraremos de que nada de eso ocurra, de que los refugiados no crucen el Muro. Sin embargo, no podemos detenerlos desde nuestro lado. El Muro es demasiado largo y en él hay demasiadas puertas rotas y muchos pasos fronterizos antiguos en el otro lado. Deberemos asegurarnos de que los ancelstierranos no los envíen hacia aquí. Por tanto, vuestra madre y yo hemos decidido viajar a Ancelstierre. Iremos en secreto para no despertar sospechas, para no provocar alarmas. Nos dirigiremos a Corvere y negociaremos con su gobierno; se trata de una misión que seguramente llevará varios meses. Eso significa que dejaremos el reino en vuestras manos.

La revelación fue recibida por otro prolongado silencio. Ellimere se mostró muy pensativa aunque tranquila. Sam tragó saliva varias veces y dijo:

—¿A qué... a qué te refieres exactamente?

—Por lo que respecta a nuestros amigos y enemigos, me habré marchado a una misión diplomática con los jefes bárbaros en su Parada Sur, y Sabriel se dedicará a sus asuntos de la misma forma misteriosa a la que nos tiene acostumbrados —contestó Piedra de Toque—. En nuestra ausencia, Ellimere seguirá ejerciendo de corregente junto con Jall Oren... Al parecer todo el mundo parece haberse acostumbrado a ellos. Sameth, tú la ayudarás. Lo más importante de todo es que deberás continuar estudiando El libro de los muertos.

—A propósito, tengo algo para ti —agregó Sabriel antes de que Sam pudiera intervenir. Empujó la mochila hacia él haciendo un esfuerzo evidente—. Mira en lo alto.

Sam la abrió despacio. De pronto se sintió muy mal; sabía que debía hablar en ese momento o callar para siempre. La mochila contenía un paquete envuelto en hule. Sameth lo sacó con parsimonia porque se le habían helado las manos y las notaba insensibles. Se le nubló la vista y oía a Sabriel como si le hablara desde otra habitación.

—Las encontré en la Casa Real... o mejor dicho, los enviados las dejaron allí. No sé de dónde las habrán sacado ni por qué lo han hecho ahora. Son muy, muy antiguas. Tan antiguas que no dispongo de datos sobre quién fue su primer usuario. Se lo habría preguntado a Zapirón, pero continúa durmiendo...

—Menos cuando pesqué ese salmón el año pasado —intervino Piedra de Toque, enfadado.

Zapirón era el espíritu protector de la Abhorsen que tenía forma de gato y estaba sometido al hechizo vinculante de Ranna, la adormecedora, la primera de las siete campanas. Había despertado apenas cinco o seis minutos en casi veinte años, en tres ocasiones, para robar y comer el pescado que Piedra de Toque había capturado.

—Zapirón no va a despertarse —prosiguió Sabriel—. Pero como yo tengo las mías, está claro que éstas son para el Abhorsen en ciernes. Enhorabuena, Sam.

Sam asintió sin decir palabra; el paquete seguía sin abrir sobre su regazo. No le hacía falta ver su contenido para saber que el hule arrullado envolvía las siete campanas con el hechizo del Gremio que todo Abhorsen debía llevar.

—¿No vas a abrir el paquete? —le preguntó Ellimere.

—Luego — contestó Sam con voz ronca.

Intentó sonreír pero sólo le salió una mueca forzada. Sabía que Sabriel lo miraba aunque no se atrevió a levantar la vista.

—Me alegra de que hayan llegado las campanas —dijo Sabriel—. La mayoría de los Abhorsen que me precedieron trabajaron con sus sucesores, a veces durante años, y espero que tú y yo podamos hacerlo. Según Zapirón, mi padre le enseñó a su tía durante casi un decenio. No sabes la de veces que habré deseado haber tenido la misma oportunidad.

Hizo una nueva pausa tras la cual se apresuró a agregar:

—A decir verdad, necesitaré que me ayudes, Sam.

Sam asintió, incapaz de hablar, las palabras de la confesión que tenía preparada se le secaron en la boca. El cargo le correspondía por derecho de nacimiento, tenía el libro y las campanas. Evidentemente, no le restaba más que poner empeño y leer el libro, se dijo, tratando de superar el terror que le anudaba el estómago. Se convertiría en el Abhorsen en ciernes hecho y derecho que todos esperaban y necesitaban. No le quedaba otra alternativa.

—Haré todo lo posible —dijo atreviéndose finalmente a mirar a los ojos a Sabriel.

Su madre le sonrió con tanta satisfacción que se le iluminó la cara y luego lo abrazó.

—Tengo que marchar a Ancelstierre porque conozco sus costumbres mejor que tu padre —dijo Sabriel—. Buena parte de mis antiguas amigas de la escuela son ahora influyentes o se han casado con hombres que lo son. No quería partir sin saber que aquí hay un Abhorsen para proteger a la gente del ataque de los muertos. Gracias, Sam.

—Pero yo no... —gritó Sam sin poder contenerse—. No estoy preparado. No he terminado el libro y además...

—Estoy segura de que sabes más de lo que crees —lo animó Sabriel—. En cualquier caso, ahora que la primavera está en su apogeo, habrá pocos problemas. Los arroyos y los ríos llevan toda el agua del deshielo y de las lluvias propias de la estación. Los días se alargan. En esta época de la primavera y durante el verano nunca se producen amenazas importantes por parte de los muertos. Como mucho tendrás que ocuparte de algún bracero delincuente o tal vez de algún mordacis. Tengo total confianza en ti, sabrás arreglártelas.

—¿Qué me dices de los sureños desaparecidos? —preguntó Ellimere con una mirada muy elocuente que no dejaba dudas sobre la confianza que le tenía a Sam—. Novecientos muertos constituyen una amenaza importante.

—Deben de haber desaparecido en la zona del lago Rojo, de lo contrario, las clarvis los habrían visto —dijo Sabriel—. De manera que seguirán confinados allí por las riadas primaverales. Iría hasta allí a ocuparme de ellos en primer lugar, pero la situación realmente peligrosa está en Ancelstierre, donde se encuentran los demás sureños. Habrá que confiar en las crecidas de los ríos y en ti, Sam.

—Pero... —comenzó a protestar el muchacho.

—Te advierto que el nigromante o los nigromantes que se oponen a nosotros no deben tomarse a la ligera —prosiguió Sabriel—. Si se atreven a enfrentarse a ti, debes luchar contra ellos en el mundo de los vivos. No vuelvas a pelear contra ninguno de ellos en el reino de los muertos, Sam. Fuiste muy valiente cuando lo hiciste, y muy afortunado. También deberás poner especial cuidado al usar las campanas. Como sabrás, te pueden obligar a internarte en el reino de los muertos o engañarte para que lo hagas. Utilízalas sólo cuando estés seguro de que has aprendido bien las lecciones del libro. ¿Me lo prometes?

—Sí —contestó Sam.

Apenas le quedaba aliento para pronunciar esa única palabra. Sin embargo, cuando lo hizo, estaba cargada de alivio porque en cierta manera acababan de concederle una especie de aplazamiento. Con toda probabilidad conseguiría vencer a los muertos menores sólo con magia del Gremio. Su determinación de convertirse en un Abhorsen hecho y derecho no había logrado ahuyentar el miedo que seguía anidado en su corazón; cuando tocó el envoltorio con las campanas, sus dedos seguían helados.

—Muy bien —dijo Piedra de Toque—. Me pregunto si vosotros, que habéis estudiado allí, tenéis alguna idea sobre cómo tratar a los ancelstierranos. El tal Corolini, por ejemplo, el jefe del Partido Nuestro País. ¿Podría ser oriundo del Reino Antiguo? ¿Qué opináis?

—No es de mi época —contestó Ellimere, que había terminado sus estudios hacía un año y daba la impresión de considerar que su estancia en Ancelstierre era historia pasada.

—No tengo ni idea —respondió Sam—. Salía mucho en los diarios, antes de que yo me fuera, pero no decían nada de sus orígenes. Mi amigo Nicholas tal vez sepa algo, y creo que podría echarnos una mano. Como ya sabrás, su tío es el Ministro Supremo Edward Sayre. Nick vendrá a visitarme el mes que viene aunque es posible que consigas verlo antes de que emprenda el viaje.

—¿Va a venir? —preguntó Piedra de Toque—. Me sorprende que lo autoricen. El ejército lleva años sin expedir permisos, exceptuando los de los refugiados, que fueron un montaje político en el que el ejército no tuvo voz ni voto.

—Nick sabe ser muy convincente —dijo Sam recordando los diversos apuros en los que Nick había conseguido meterlo en la escuela y de los que muy pocas veces había conseguido sacarlo después—. Le pedí a Ellimere que le sellara un visado por nuestra parte.

—Lo envié hace siglos —aclaró Ellimere lanzándole una mirada insidiosa a su hermano—. Todavía quedan personas eficientes en el reino.

—Bien —dijo Piedra de Toque—. Resultará un contacto útil. Será importante que una de las familias ancelstierranas que ocupa el gobierno compruebe que no nos inventamos las historias que circulan sobre el reino. Me aseguraré de que el puesto de la Guardia de Barhedrin le proporcione una escolta desde el Muro. Las negociaciones se verían seriamente afectadas si perdiéramos al sobrino del Ministro Supremo.

—¿Con quién estamos negociando? —preguntó Ellimere—. Al fin y al cabo, a los de Corvere les encanta fingir que no existimos. Siempre me vi en la necesidad de convencer a las estiradas chicas de ciudad de que el reino no era un invento mío.

—Dos cosas —contestó Sabriel—. El oro y el miedo. Disponemos de una modesta dotación de oro que, sin embargo, podría alcanzar para inclinar la balanza, si va a parar a los bolsillos adecuados. Y hay muchos norteños que se acuerdan de cuando Kerrigor cruzó el Muro. Intentaremos convencerlos de que volverá a ocurrir si mandan a los refugiados sureños hacia el Norte.

—¿No podría ser Kerrigor? —preguntó Sam—. Quiero decir, ¿no podría ser él quien está detrás de todo?

—No —contestaron Sabriel y Piedra de Toque al unísono. Se miraron; era evidente que recordaban el terrible pasado y lo que Kerrigor había intentado hacer, tanto en el Reino Antiguo como en Ancelstierre.

—No —repitió Sabriel—. Fui a verlo cuando visité la Casa Real. Está dormido para siempre bajo el hechizo de Ratina, encerrado en el sótano más hondo, sometido por todas las marcas de defensa mágicas que tu padre y yo conocemos. No se trata de Kerrigor.

—Sea quien sea o lo que sea, nos ocuparemos de ellos —dijo Piedra de Toque con tono potente y regio—. Los cuatro nos encargaremos de que así sea. Por ahora, sugiero que bebamos vino caliente con especias y hablemos de asuntos mejores. ¿Qué

tal ha ido el Festival de Invierno? Sam, ¿te había contado que bailé el papel del pájaro del amanecer cuando tenía tu edad? ¿Qué tal te fue?

—Me he dejado las copas —dijo Sam entregándole la jarra todavía tibia.

—Beberemos de la jarra —dijo Sabriel poco después al ver que nadie contestaba la pregunta de Piedra de Toque. Cogió la jarra y, con mano diestra, se echó un chorro de vino al gollete—. Ah, qué delicioso. Cuéntame, Sam, ¿qué tal tu cumpleaños? ¿Pasaste un buen día?

Sam contestó mecánicamente, sin percatarse casi de las intervenciones mordaces de Ellimere. Estaba claro que sus padres no habían hablado todavía con Jall, de lo contrario, las preguntas habrían sido muy distintas. Sintió alivio cuando sus padres se centraron en Ellimere y la hicieron rabiar con sus comentarios sobre su habilidad para el tenis y la cantidad de jovencitos interesados en aprender ese nuevo deporte. Estaba claro que los cotilleos sobre su hermana habían viajado más deprisa que las nuevas sobre los puntos flacos de Sam. Volvió a ser el centro de la conversación cuando Ellimere lo acusó de negarse a fabricar más raquetas, una verdadera pena, porque no había nadie que las hiciera tan bien como él; Sam aprovechó la ocasión para prometerle que le haría una docena y con eso consiguió escurrir el bulto otra vez.

Los demás siguieron charlando, pero el negro futuro pesaba sobre ellos como una losa. Sameth no dejaba de pensar en el libro y en las campanas. ¿Qué haría si llegaban a convocarlo de verdad para rechazar una incursión de los muertos? ¿Qué haría si al frente de esa incursión estaba el nigromante que lo había torturado en el Reino de la Muerte? Peor aún, ¿qué pasaría si se trataba de un enemigo más poderoso, tal como Sabriel temía? De repente se atrevió a soltar:

—¿Y si... y si este enemigo no estuviera detrás de Corolini? ¿Y si tramara algo más en vuestra ausencia?

Sus padres y su hermana, que comentaban el episodio ocurrido en el curso de una recepción vespertina en honor del alcalde de Sindle, en el que Heria se había pisado el vestido y, al tropezar, había caído en brazos de Jall Oren, lo miraron llenos de asombro.

—Si así fuera, estaremos a una semana de viaje de aquí, a lo sumo diez días —contestó Sabriel—. Un halcón mensajero a Barhedrin, un jinete hasta la Frontera, un telegrama desde allí o desde Bain a Corvere y un trayecto en tren de vuelta a Bain... tal vez menos de una semana. Creemos que sea lo que sea lo que trame este enemigo, como tú muy bien lo has llamado, debe de implicar a gran número de muertos. Las clarvis han visto muchos futuros posibles en los que todo nuestro reino queda reducido a un desierto, habitado únicamente por muertos. ¿Qué otra cosa sería capaz de producir ese efecto sino la concentración que sospechamos? Sólo sería posible matando a todos esos pobres refugiados desprotegidos. Nuestra gente está demasiado bien protegida. En cualquier caso, exceptuando Belisaere, en todo el reino no hay

doscientas mil personas en un solo lugar. Y mucho menos doscientas mil sin una sola marca del Gremio.

—No sé qué otra cosa podría ser —dijo Sam resoplando—. Lo que sí me gustaría es que no te marcharas.

—El cargo de Abhorsen constituye una gran responsabilidad —comentó Sabriel en voz baja—. Comprendo que te cueste afrontarla, incluso compartiéndola conmigo. Pero es tu destino, Sam. ¿Es el caminante quien escoge el camino, o el camino el que escoge al caminante? Tengo la plena certeza de que lo harás bien. Pronto volveremos a estar juntos y a hablar de tiempos más felices.

—¿Cuándo partes? —preguntó Sam, incapaz de disimular que abrigaba la esperanza de que surgiese alguna demora que le permitiera hablar con Sabriel al día siguiente, conseguir que lo ayudara con El libro de los muertos, a superar el miedo que lo paralizaba.

—Mañana al amanecer —contestó Sabriel de mala gana—. Siempre y cuando la herida haya cicatrizado lo suficiente. Tu padre cabalgará con la embajada real a las tierras de los bárbaros del Norte y yo volaré al Oeste. Mañana por la noche haré el camino inverso para recogerlo y volaremos al Sur, hasta la Casa Real, para tratar de consultar otra vez con Zapirón, y desde allí iremos a Barhedrin y al Muro. Con suerte, este itinerario nos permitirá confundir a los espías que puedan estar siguiéndonos.

—Nos gustaría quedarnos más tiempo —dijo Piedra de Toque con tristeza mientras contemplaba a su pequeña familia, a la que conseguía reunir en contadas ocasiones—. Pero como de costumbre, el deber nos llama... y debemos acudir.

Una carta de Nicholas

Esa noche, Sam abandonó el embalse con la jarra de vino vacía, una bandolera de campanas, el corazón apesadumbrado y mucho que meditar. Ellimere fue con él, pero Sabriel se quedó porque debía permanecer hasta el amanecer dentro del círculo de los Pilares Mayores del Gremio y así acelerar su curación. Piedra de Toque también se quedó; los dos jovencitos comprendieron que sus padres deseaban estar a solas. Tal vez para hablar de los puntos flacos de su hijo, pensó Sam mientras subía las escaleras con dificultad llevando el paquete de campanas en la mano.

Cuando estuvieron ante los aposentos de Ellimere, su hermana le dio las buenas noches en tono amistoso, pero Sam no se fue a la cama. Subió otro tramo de escaleras hasta su taller de la torre y pronunció la palabra que hizo encender las luces del Gremio. Colocó las campanas en otro armario distinto del que contenía el libro y cerró la puerta para no verlas más, aunque no consiguió quitárselas de la cabeza. Después, sin mucho entusiasmo, trató de continuar trabajando en el jugador de críquet, combinación de mecánica y magia del Gremio, un bateador de quince centímetros de alto. Tenía pensado confeccionar dos equipos para hacerlos competir, sin embargo, ni la magia ni la mecánica acababan de satisfacerlo.

Alguien llamó a la puerta. Sam no contestó. Si se trataba de un sirviente, insistiría o acabaría marchándose. Si se trataba de Ellimere, entraría como un vendaval.

Volvieron a llamar, se oyó un bisbiseo y, acto seguido, Sam sintió que deslizaban algo debajo de la puerta y unos pasos que bajaban la escalera, en el suelo había una bandeja de plata y en ella una carta completamente arrugada. A juzgar por el estado en que se hallaba, debía de venir de Ancelstierre y seguramente sería de Nicholas.

Sam suspiró, se puso los guantes de algodón blancos y cogió unas pinzas. Abrir una de las cartas de Nick tenía más de ejercicio forense que de otra cosa. Recogió la bandeja, la llevó a su mesa donde las marcas del Gremio brillaban con más intensidad y se puso a despegar el papel y a colocar los trozos podridos en orden.

Media hora más tarde, cuando el reloj de la Torre Gris daba las doce campanadas de medianoche, la carta estaba lista para ser leída. Sam se inclinó sobre ella y el ceño se le fue frunciendo a medida que leía.

Querido Sam,

Gracias por conseguirme el visado para el Reino Antiguo. No sé por qué vuestro cónsul en Bain se mostró tan reticente a otorgármelo. Menos mal que eres príncipe y consigues lo que te propones. De este lado no he tenido problema alguno. Mi padre llamó a tío Edward y éste utilizó todas sus

influencias. Prácticamente nadie de Corvere sabía que se podía obtener un permiso para cruzar la Frontera. En fin, supongo que esto viene a demostrar que Ancelstierre y el Reino Antiguo no son tan diferentes. Todo es cuestión de tener los contactos adecuados.

En cualquier caso, mi intención es partir mañana desde Awengate, y si los trasbordos de trenes no fallan, llegaré a Bain el sábado y cruzaré el Muro el día 15. Sé que me anticipo a la fecha convenida, de manera que no podrás ir a recibirme, pero no iré solo. He contratado a un guía, un ex explorador del Paso Fronterizo con quien me topé en Bain. Y lo digo literalmente. Él cruzaba el camino para evitar una manifestación de los seguidores del Partido Nuestro País, chocamos y casi me voltea. Fue un encuentro casual, la verdad, el hombre conoce el Reino Antiguo como la palma de su mano. Me confirmó también algo que he leído sobre el curioso fenómeno denominado «celada de rayos». Él lo ha visto y no me cabe duda de que es digno de ser estudiado.

De manera que creo que iremos a echarle un vistazo a esa celada de rayos de camino a tu indudablemente encantadora capital de Belisaere. Por cierto, a mi guía no pareció sorprenderle lo más mínimo que yo te conociera. ¡Tal vez la realeza lo deje tan frío como a algunos de nuestros ex compañeros de estudios!

En cualquier caso, la celada de rayos se produce, aparentemente, cerca de un pueblo llamado Borde que, si no me equivoco, se encuentra cerca de la ruta al Norte que seguiremos para llegar a ti. ¡Sería de agradecer que en tu tierra confiaran en los mapas normales y no en la memoria casi mística ayudada por papeles en blanco!

Tengo muchas ganas de verte en tu entorno natal, casi tantas como de investigar las curiosas anomalías de tu Reino Antiguo. Por sorprendente que parezca, es muy poco lo que se ha escrito sobre este asunto. La biblioteca del colegio sólo dispone de unos pocos textos antiguos, altamente supersticiosos, y en la de Radford tampoco disponen de mucho más. En los periódicos tampoco se habla de este asunto, salvo de pasada, cuando Corolini desvaría en las reuniones de la Asamblea sobre la posibilidad de enviar a «indeseables y sureños» a lo que él llama «el extremo Norte». ¡Espero ser la avanzadilla de lo que, según sus términos, es un «indeseable»!

Todo lo referido al Reino Antiguo parece estar rodeado por una conspiración de silencio, de modo que estoy seguro de que un joven y ambicioso científico como yo, encontrará muchas cosas por descubrir y revelar al mundo.

Espero que te hayas recuperado por completo. Yo no acabo de estar fino,

he tenido dolores en el pecho, según parece, debidos a una especie de bronquitis. Y aunque resulte increíble, se agudizan cuando me encuentro más al Sur, en Corvere no había modo de soportarlos, probablemente se debe a que allí el aire es pura suciedad. He pasado este último mes en Bain y casi no los he notado. Sin duda, tendré ocasión de mejorar todavía más en tu Reino Antiguo, donde el aire debe de ser absolutamente impoluto.

En cualquier caso, espero verte pronto, un abrazo de tu fiel amigo,

Nicholas Sayre

P.D. No me creo que Ellimere mida casi dos metros y pese ciento veinte kilos. Me lo habrías comentado antes.

Sameth dejó la carta sobre la mesa poniendo cuidado de no romper lo poco que quedaba de ella.

Cuando terminó de acomodarla, volvió a leerla con la esperanza de que las palabras hubiesen cambiado. No podía ser que Nick cruzara hacia el Reino Antiguo acompañado de un solo guía que, seguramente, sería de poco fiar. ¿Acaso no se daba cuenta de lo peligrosas que eran las Tierras Fronterizas que rodeaban el Muro? Sobre todo para un ancelstierrano que carecía de marca del Gremio y de dones para la magia. Nick ni siquiera podría comprobar si su guía era un hombre de verdad, un portador contaminado del Gremio o un engendro de la magia libre con poderes suficientes para cruzar la Frontera sin que lo detectasen.

Sam se mordió los labios mientras meditaba sobre todo aquello, visiblemente preocupado y, tras consultar su almanaque, comprobó que el quince había sido hacía tres días, de manera que Nick ya debía de haber cruzado el Muro. Por tanto, era demasiado tarde para ir a recibirlo, incluso en papelonave, y para buscar un halcón mensajero y enviarlo con ordenes para la guardia. Nick disponía de un visado para él y un sirviente, de manera que no lo detendrían en el puesto de Barliedrin. En esos momentos debía de estar en las Tierras Fronterizas, en dirección a Borde.

¡Borde! Sam se mordió el labio con más fuerza. El pueblo de Borde se encontraba demasiado cerca del lago Rojo y se trataba de la región donde la nigromante Chlorr había destruido los pilares y donde en ese momento se ocultaba el enemigo para pergeñar sus planes contra el reino. ¡Era el peor lugar al que Nick podía haberse dirigido!

En ese instante llamaron a la puerta. Sam interrumpió sus pensamientos y se mordió el labio con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre. Irritado, gritó:

—¡Sí! ¿Quién es?

—¡Yo! —contestó Ellimere entrando como una tromba—. Espero no interrumpir alguno de tus procesos creativos.

—No —contestó Sameth con cautela.

Señaló con un leve ademán su banco de trabajo y se encogió de hombros para darle a entender a su hermana que no había avanzado nada en sus inventos.

Ellimere miró a su alrededor con interés, pues Sam tenía por costumbre echarla en cuanto intentaba entrar. Sameth había recibido la pequeña habitación de la torre al cumplir los dieciséis y desde entonces la utilizaba con frecuencia. En ese momento, los dos bancos de trabajo estaban repletos de herramientas de joyero y muchos otros útiles que a la muchacha le resultaban desconocidos. También vio dos figuritas de jugadores de críquet, delgados lingotes de oro y plata, rollos de alambre de bronce, unos cuantos zafiros desperdigados y una pequeña fragua humeante construida en lo que había sido el hogar de la habitación.

Todo el cuarto estaba impregnado de magia del Gremio. Las imágenes diluidas que dejaban las marcas del Gremio en el aire brillaban por todas partes, se deslizaban lentas por las paredes y el techo y se apelotonaban al lado de la chimenea. Era evidente que Sameth no estaba creando joyas para adornar trajes, ni las raquetas de tenis prometidas.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Ellimere, llena de curiosidad.

Algunos de los símbolos del Gremio, o mejor dicho, los pálidos reflejos que de ellos quedaban, eran sumamente poderosos. Se trataba de marcas que ella misma no se habría atrevido a utilizar.

—Cosas —contestó Sameth—. Nada que pueda interesarte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ellimere. Surgió entre ambos la consabida oleada de resentimiento.

—Juguetes —le soltó Sam, levantando el pequeño bateador que, de repente, revoleó el bate diminuto y luego volvió a su inmovilidad de antes—. Estoy construyendo juguetes. Sé que no se trata de una ocupación a la altura de un príncipe y que debería dormir para poder mañana enfrentarme descansado a mis clases de baile y las sesiones del Tribunal Inferior, pero... no logro conciliar el sueño —concluyó con tono cansado.

—Yo tampoco —dijo Ellimere, más amable. Se sentó en la otra silla y añadió—: Estoy preocupada por mamá.

—Dijo que se pondría bien. Los Pilares Mayores la sanarán.

—Esta vez. Necesita que la ayuden con su trabajo, Sam, y tú eres el único que puede hacerlo.

—Ya lo sé —dijo Sam. Apartó la vista y contempló la carta de Nick—. Ya lo sé.

—En fin —prosiguió Ellimere, incómoda—, sólo quería decirte que estudiar para ser el Abhorsen es lo más importante, Sam. Si necesitas más tiempo, no tienes más que decírmelo y te reorganizo enseguida los horarios.

Sam la miró con cara de sorpresa.

—¿Quieres decir que no dedicaríamos tantas horas al pájaro del amanecer y a

esas fiestas vespertinas con las tontas de las hermanas de tus amigos?

—Oye, que no son... —comenzó a protestar Ellimere, se lo pensó mejor, inspiró hondo y dijo—. Sí. Ahora las cosas han cambiado. Ahora sabemos lo que está pasando. Yo también dedicaré más tiempo a la guardia. Y a prepararme.

—¿Prepararte? —preguntó Sam con nerviosismo—. ¿Tan pronto?

—Sí —contestó Ellimere—. Aunque mamá y papá salgan airosos en la misión de Ancelstierre, habrá problemas. Quien esté detrás de todo esto no esperará sentado a que nosotros desbaratemos sus planes. Algo pasará y debemos estar preparados. Tú debes estar preparado, Sam. Es cuanto quería decirte.

Se levantó y se marchó. Sam se quedó mirando el vacío. No tenía a quien recurrir. Se había convertido en un verdadero Abhorsen en ciernes. Debía contribuir a luchar contra el enemigo, fuera quien fuese. Es lo que todos esperaban de él. Todos dependían de él.

Incluido Nicholas. Debía ir en busca de Nicholas, salvar a su amigo antes de que se metiera en líos, porque nadie más podría hacerlo.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Sam sintió una gran determinación, una valentía que no quiso analizar a fondo. Su amigo estaba en peligro y él debía salvarlo. Estaría alejado de El libro de los muertos y de sus deberes principescos durante pocas semanas. Tal vez consiguiera encontrar a Nick rápidamente y ponerlo a salvo, en especial, si lo autorizaban a llevar consigo a una decena de hombres de la Guardia Real. Como había dicho Sabriel, no había demasiadas posibilidades de que los muertos hicieran mucho con los deshielos en curso.

En su fuero interno, una vocecilla le decía que en realidad estaba huyendo. Pero él se encargó de acallarla con otros pensamientos más importantes y ni se molestó en buscar en los armarios donde estaban guardados el libro y las campanas.

Una vez tomada la decisión, Sam sólo se dedicó a pensar en cómo lograr lo que se proponía. Ellimere nunca lo dejaría marchar, estaba seguro. De manera que debía pedirle permiso a su padre, lo cual implicaba levantarse antes del amanecer para ver a Piedra de Toque en sus aposentos.

Sam se decide

Pese a sus buenas intenciones, Sam se quedó dormido y no pudo ver a Piedra de Toque antes de que éste emprendiera su viaje. Con la intención de encontrarlo en la Puerta Sur, bajó a la carrera la Colina de Palacio y recorrió la ancha Avenida de las Estrellas flanqueada de árboles, así denominada por los pequeños soles incrustados en los adoquines. Dos guardias corrían a su lado, sin perder el ritmo no obstante llevaran el peso de los plaquines de cota de malla, los yelmos y las botas.

Sam acababa de ver a los últimos componentes de la escolta de su padre cuando oyó las aclamaciones de la multitud y un repentino toque de trompetas. Subió de un salto a un carro detenido en la calle y miró por encima de las cabezas. Llegó justo a tiempo para ver a su padre cruzar la gran puerta de Belisaere, la capa roja y dorada se agitó a su espalda, sobre la grupa del caballo, el sol del amanecer se reflejó en su yelmo con coronas grabadas antes de que se perdiera en la oscuridad de la puerta.

El rey iba precedido y seguido de guardias reales a caballo, ochenta hombres y mujeres altísimos, cuyas brillantes cotas de malla asomaban por los cortes verticales de las sobrevestas rojas y doradas. Sam sabía que al día siguiente los guardias continuarían viaje hacia el Norte y que alguno de ellos se disfrazaría de Piedra de Toque, Entretanto, el rey volaría hacia el Sur, a Ancelstierre, en compañía de Sabriel para tratar de impedir la matanza de doscientos mil inocentes.

Sameth siguió contemplando la escena incluso después de que el último guardia hubiera cruzado la puerta y que el tráfico hubiese recuperado la normalidad; incontables personas, caballos, carromatos, burros, carretillas de mano, mendigos, pasaron ante el sin que notaran su presencia.

No había alcanzado a Piedra de Toque y ahora debería decidir por su cuenta.

Cuando dio media vuelta, fue al centro del camino y empezó a caminar en dirección contraria al tropel que salía de la ciudad; iba con la mirada ausente. Gracias al espacio creado a su alrededor por dos guardias corpulentos evitó chocar con varios viandantes.

En cuanto Sameth tuvo la idea de ir en busca de Nicholas, notó que ya no podía detenerse. Estaba seguro de que la carta era real. Sam era el único que conocía a Nick lo suficiente para seguirle el rastro, el único que tenía con él un vínculo de amistad que permitiría el libre fluir de la magia investigadora. El único capaz de salvarlo de los problemas que se estaban gestando alrededor del lago Rojo.

Sin embargo, eso implicaba que Sam debía abandonar Belisaere y sus deberes. Sabía que Ellimere jamás iba a darle permiso.

Estos pensamientos con sus múltiples variaciones bullían en su mente mientras él y sus guardias pasaron debajo de uno de los inmensos acueductos que abastecían la ciudad de agua pura del deshielo. Los acueductos habían demostrado su utilidad no

sólo para ese fin. Sus aguas caudalosas constituían una defensa contra los muertos, en especial, durante los dos siglos de interregno.

Sameth pensaba también en eso al oír el bramido profundo del acueducto que discurría encima de su cabeza, sintió un súbito remordimiento de conciencia. Entre sus deberes estaba el de defender a su pueblo de los muertos.

Abandonó la fresca sombra del acueducto y enfiló la Avenida de las Estrellas antes de emprender el empinado ascenso del Camino del Rey, lleno de cambios de rasantes, que conducía a la Colina de Palacio. Seguramente Ellimere estaría esperándolo en palacio; esa mañana ambos debían asistir a una audiencia del Tribunal Inferior. Su hermana luciría una tranquilidad y un temple pasmosos con su toga blanquinegra y el cetro de marfil y la varita de azabache utilizados en el hechizo de comprobación de la verdad. Se mostraría disgustada al ver que Sam se presentaba sudoroso, sucio, sin el traje adecuado ni los instrumentos necesarios, pues sus varitas habían desaparecido, aunque el muchacho recordaba vagamente haberlas visto rodar debajo de su cama.

El Tribunal Inferior. Los deberes del festival de Belisaere. Las raquetas de tenis. El libro de los muertos. Todo esto se agolpó dentro de él como una inmensa y negra ola que amenazaba con tragárselo.

—No —susurró y se detuvo tan de sopetón que los dos guardias estuvieron a punto de chocar con él—. Iré, iré esta noche.

—¿Cómo ha dicho, mi señor? —preguntó Tonin, la más joven de los dos guardias.

Tenía la edad de Ellimere y eran amigas desde el primer día en que jugaron juntas cuando eran niñas. Siempre formaba parte de su escolta en las raras incursiones a la ciudad, y Sameth tenía la certeza de que informaba a su hermana de todos los movimientos del príncipe.

—Eeh... Nada, nada, Tonin —contestó Sameth sacudiendo la cabeza—. Estaba pensando en voz alta. Supongo que esto de levantarme antes del amanecer no es para mí.

Tonin y el otro guardia se lanzaron una mirada tolerante a espaldas del muchacho y continuaron avanzando. Ellos siempre se levantaban antes del amanecer.

Sameth ignoraba lo que pensaban sus guardias, entretanto, terminaron de ascender la colina y entraron en el patio fresco en cuyo centro había una fuente, y desde el cual se accedía al ala oeste de palacio. No obstante, había visto la mirada que habían intercambiado e intuyó que consideraban que no reunía las condiciones necesarias para ser príncipe. Sospechaba que gran parte de los habitantes de la ciudad pensaban igual. Resultaba irritante para alguien que había sido la estrella de la escuela en Ancelsteirre. Allí había destacado en todo lo importante. En críquet en verano; en rugby en invierno. Y había sido el primero de la clase en química y uno de

los mejores alumnos en las demás asignaturas. Sin embargo, en su propia tierra no conseguía hacer nada bien.

Los guardias lo dejaron delante de sus aposentos, pero Sam no se puso enseguida la toga de juez ni hizo ademán de utilizar el lavamanos y el aguamanil dispuestos en una especie de nicho embaldosado que le servía de cuarto de baño. El palacio, reconstruido con austeridad tras haber quedado devastado en un incendio, no contaba con tuberías de vapor ni sistema de agua caliente como la Casa del Abhorsen. Sam había diseñado una instalación de este tipo y algunas de las obras originales seguían sepultadas bajo la Colina de Palacio, pero no tenía tiempo para investigar los principios mágicos y de ingeniería necesarios para que funcionaran.

—Iré —declaró una vez más ante el cuadro de la pared que representaba una agradable escena de la siega. Los segadores y los campesinos que empuñaban las horquillas no reaccionaron cuando añadió—: La cuestión es... ¿cómo?

Se paseó por la habitación. No era demasiado grande, de manera que hubo de recorrerla unas veinte veces antes de tomar una decisión, al llegar ante el espejo de plata que colgaba en la pared, a la derecha de su cama de armazón de hierro.

—Seré otra persona —dijo—. El príncipe Sameth se quedará aquí. Seré Sam el viajero que vuelve para reunirse con su banda después de buscar tratamiento médico para su enfermedad en Belisaere.

Sonrió al decirlo y se miró en el espejo. La imagen del príncipe Sameth lo miró a su vez, resplandeciente con su jubón rojo y dorado, la blanca camisa de lino mojada de sudor, los pantalones de cabritilla color tostado y las botas de caña alta y suelas doradas. Y coronando el fino traje regio, una cara agradable que en el futuro alcanzaría una hermosura estatuaria, aunque Sameth no era conciente de ello. Demasiado joven y franco, decidió. A su cara le faltaban los rasgos que da la experiencia. Precisaba una cicatriz o el puente de la nariz roto o algo por el estilo.

Mientras se miraba, buscaba en el infinito fluir del Gremio y recogía una marca aquí, un símbolo más allá, para unirlos en una cadena que forjó mentalmente. Así los mantuvo hasta elegir, señalándola con el índice, la marca del Gremio definitiva que flotaba ante sus ojos; todas las marcas salieron a borbotones para quedar suspendidas en el aire y formar una reluciente constelación de símbolos mágicos.

Sameth los observó atentamente y comprobó el encantamiento antes de dar un paso al frente y meterse en el dibujo brillante. El hechizo relució con fuerza al tocar su piel y la marca del Gremio de su frente chisporroteó despidiendo lenguas de fuego dorado que surcaron su cara.

Cerró los ojos mientras el fuego envolvía los símbolos del hechizo e hizo caso omiso del cosquilleo que sentía debajo de los párpados y de la urgente necesidad de estornudar. Permaneció así varios minutos hasta que el cosquilleo desapareció. Lanzó un estornudo explosivo, inhaló con mucha fuerza y abrió los ojos.

El espejo le devolvió el reflejo de las mismas ropas y de un hombre con una corpulencia parecida. Pero la cara había cambiado. Quien lo miraba era Sam el viajero, un hombre que recordaba al príncipe Sameth pero que era varios años mayor que él, con un bigote bien cortado y una perilla. El color del cabello también era distinto, más claro, más lacio y más largo en la nuca.

Mejor. Mucho mejor. Sameth... mejor dicho, Sam le hizo un guiño a su reflejo y empezó a desvestirse. Lo más sensato era llevar la vieja ropa de caza y algunas camisas y calzones sencillos. Se compraría una capa en la ciudad. Y un caballo. Y una espada, pues no convenía que llevase el acero producto de la magia del Gremio que su madre le había regalado al cumplir los dieciséis. No le añadiría atractivo y resultaba demasiado reconocible.

Sin embargo, sí podía llevar algunas de las cosas de su propia creación, pensó mientras se quitaba las botas de una patada y desenterraba del armario otras de caña altísima, de cuero negro bastante gastado, pero en buenas condiciones.

Al pensar en su taller de la torre le resultó imposible no recordar El libro de los muertos. Tenía clarísimo que no se lo llevaría. Sólo le restaba subir corriendo las escaleras, recoger unas cuantas cosas, incluida la pequeña reserva de nobles de oro y denarios de plata y entonces podría partir.

El problema radicaba en que no podía subir al taller con el aspecto que tenía en ese momento. Debía, además, hacer algo que disipara las sospechas de Ellimere, de lo contrario, lo perseguirían y lo obligarían a regresar. Lo obligaría a regresar por la fuerza, imaginó, pues los guardias no tendrían problema alguno en obedecer las órdenes de la princesa Ellimere en lugar de las del príncipe.

Suspiró y se sentó en la cama con las botas en la mano. Empezaba a comprender que aquella huida, o mejor dicho, aquella operación de rescate iba a exigir más preparación de la que había calculado. No le quedaba más remedio que construir un enviado temporal del

Gremio que fuese un doble razonable de él mismo e inventarse alguna situación especial de manera que Ellimere no se fijara en él demasiado de cerca.

Podía decir que debía estudiar un pasaje especialmente difícil de El libro de los muertos que lo obligaba a encerrarse en su taller durante tres días o algo por el estilo, para contar así con cierto margen para su misión. Con eso no quería decir que fuera a abandonar los estudios para convertirse en Abhorsen. Simplemente necesitaba un respiro, y era más importante dedicar tres semanas a rescatar a Nicholas que emplearlas en el estudio; de todas maneras, cuando regresara podía recuperar el tiempo perdido.

Incluso si Ellimere le pedía a las clarvis que investigaran sobre su paradero, un margen de tres días sería suficiente. Suponiendo que su hermana dedujera lo ocurrido al tercer día y enviara un halcón mensajero a las clarvis, pasarían al menos dos días

antes de que éstas contestaran. En total cinco días.

Para entonces habría cubierto la mitad del camino que lo separaba del pueblo de Borde. O la cuarta parte, supuso, tratando de recordar con exactitud a qué distancia se encontraba el pueblecito del lago Rojo. Debía hacerse con un mapa y echarle un vistazo a la última edición de la Guía utilísima para comprobar dónde podía hacer una parada en el camino.

Vaya, antes de escapar debía realizar al menos una decena de cosas, pensó Sam dejando caer las botas y poniéndose otra vez en pie delante del espejo. Para empezar, debía deshacerse de su atractivo si no quería que sus propios guardias lo detuvieran.

¿Quién iba a pensar que emprender una aventura iba a resultar tan complicado?

Desanimado, comenzó a deshacer el encantamiento del Gremio con el que se había disfrazado, dejó que las marcas que lo constituían se disolvieran y regresaran al lugar de donde habían salido. En cuanto terminara, subiría a la habitación de la torre y comenzaría a organizarse. Siempre y cuando Ellimere no lo interceptara y se lo llevara al Tribunal Inferior.

Sam el viajero

Ellimere interceptó a Sam, de modo que perdió el resto del día en el Tribunal Inferior: sentenciaron a un ladrón que intentó mentir pese a que el hechizo de la verdad le teñía la cara de amarillo brillante cada vez que de su boca salía una mendacidad; actuaron de árbitros en la disputa por unos inmuebles en la que se ponían a prueba las verdades absolutas, pues todas las partes implicadas habían muerto, y en el juicio rápido a una serie de delincuentes menores que confesaron de inmediato con la esperanza de que el hecho de no tener que ser sometidos a hechizo alguno mejorara el punto de vista del tribunal y, finalmente, asistieron al largo y aburrido alegato de un abogado que, al final, no resultó relevante, pues se basaba en un fundamento de derecho anulado hacía más de diez años por una de las reformas de Piedra de Toque.

Sin embargo, durante la noche ningún deber oficial exigió su presencia, pese a que en la cena, Ellimere se las ingenió, una vez más, para sentar al lado de Sam a la hermana menor de uno de sus miles de amigos. Para sorpresa de la princesa, Sam se mostró conversador y afable, detalle que contribuyó a que durante unos días, Ellimere defendiera a su hermano cada vez que otras muchachas se quejaban de su frialdad.

Tras la cena, Sam le dijo a Ellimere que se encerraría durante tres días a estudiar un encantamiento que exigía total concentración. Le comentó que se llevaría agua y provisiones de las cocinas, que estaría en sus aposentos y que nadie debía molestarlo. Ellimere recibió la noticia sorprendentemente bien, lo cual hizo que Sam se sintiera fatal. Pero ni siquiera eso consiguió frenar su entusiasmo; las largas horas que dedicó a la creación de un enviado muy simple de si mismo no disminuyeron la expectación que lo embargaba. Pasada la medianoche, cuando lo terminó, visto desde la puerta, el enviado se le parecía bastante, aunque desde otros ángulos carecía de profundidad. Y si se le hablaba, sólo gritaba «¡Vete!» y «Estoy muy ocupado» imitando bastante bien su voz. Concluida la creación del enviado, Sam fue a su taller y recogió su dinero en efectivo y algunas de las cosas que había hecho y que podrían resultarle útiles durante el viaje. No miró en los armarios, que se alzaban como guardianes y lo miraban con desaprobación desde los rincones de su cuarto.

Sin embargo, soñó con ellos cuando por fin se metió en la cama. Soñó que volvía a subir las escaleras, que abría los armarios, que se ponía la bandolera con las campanas, que abría el libro y leía palabras que se incendiaban para después apoderarse de él y transportarlo al Reino de la Muerte, donde lo sumergían en el río helado y no podía respirar... Despertó dando manotazos y patadas, las sábanas enrolladas al cuello le cortaban la respiración. El pánico se apoderó de él y luchó hasta que se dio cuenta de donde estaba y el corazón dejó de latirle frenéticamente. A lo lejos, un reloj dio la hora y a continuación se oyeron los gritos del sereno, que

anunciaba que todo estaba en orden. Eran las cuatro. Apenas había dormido tres horas y sabía que no volvería a conciliar el sueño. Había llegado el momento de lanzar sobre sí mismo el hechizo del atractivo. El momento de que Sam el viajero se marchara. Todo estaba oscuro cuando Sam salió a hurtadillas de palacio en los momentos frescos que preceden el amanecer. Protegido por los encantamientos del silencio y la invisibilidad, bajó las escaleras, pasó delante del puesto de la guardia del Patio Suroeste y recorrió el corredor que bajaba en pendiente a los jardines. Eludió a los guardias que marchaban entre los rosales de la terraza inferior y salió por un portón cerrado a cal y canto mediante hechizos y refuerzos de acero. Por suerte, había robado la llave del candado y el portón lo reconoció por su marca del Gremio. Fuera, en el sendero que conducía al Camino del Rey, se echó las alforjas al hombro y, al notarlas tan pesadas, se preguntó sobre la conveniencia de repasar otra vez su contenido para desprenderse de algunos objetos, porque las pobres estaban llenas a reventar. No se le ocurrió nada que pudiera dejar atrás, además, llevaba sólo lo esencial: una capa, camisas limpias, pantalones y calzones, un costurero pequeño, una bolsa con jabón, artículos de tocador y una navaja que apenas usaría, un ejemplar de la Guía utilísima, fósforos, zapatillas, dos lingotes de oro, un trozo de tela impermeable con el que improvisar una tienda, una botella de coñac, una buena ración de cecina, una hogaza de pan, tres tortas de jengibre y unos cuantos dispositivos de creación propia. Además de lo que cargaba en las alforjas, llevaba un sombrero de ala ancha, un bolsito atado al cinturón y una daga bastante anodina. La primera parada la haría en el mercado central para hacerse con una espada y luego pasaría por la Feria Equina, en el Campo de Anstyr, donde compraría un caballo.

Al salir del sendero y enfilar el Camino del Rey para unirse al nutrido tropel de hombres, mujeres, niños, perros, caballos, mulas, carros, mendigos y demás cosas que avanzaban por él, Sam sintió que se animaba de un modo increíble, algo que llevaba años sin ocurrirle. La misma sensación de alegría y expectación que había tenido de niño cuando le daban vacaciones imprevistas. Libre de responsabilidades, con permiso para divertirse, correr, gritar, reír.

Y Sam rió, ensayó una carcajada grave más acorde con su nueva personalidad. Le salió forzada, una especie de gorjeo, pero no le importó. Se retorció el bigote creado con los hechizos del Gremio y apuró el paso. A la aventura y a rescatar a Nicholas.

Tres horas más tarde había perdido gran parte de su euforia del amanecer. Su disfraz de viajero contribuía a que no lo reconocieran, pero no lo ayudaba para llamar la atención de los mercaderes y los vendedores de caballos. Los viajeros no tenían fama de buenos clientes, pues rara vez comerciaban con dinero, preferían el trueque de bienes y servicios.

Además hacía un calor inusual para esa época de la primavera, con lo cual la compra de la espada en el mercado atestado se convirtió en una operación

desagradable y sudorosa en la que cada segundo parecía durar una hora.

El regateo para conseguir montura fue peor aún; enjambres de moscas por todas partes que se posaban en los ojos y las bocas de hombres y bestias sin distinción. Con razón, pensó Sameth, el rey Anstyr había mandado, siglos atrás, que la Feria Equina se montara a cinco kilómetros de la ciudad. La feria había dejado de organizarse durante el interregno, para volver a florecer en el reinado de Piedra de Toque. Las cuadras permanentes, los corrales y los ruedos de subasta ocupaban algo más de dos kilómetros cuadrados, y en los pastizales que rodeaban la Feria Equina propiamente dicha había siempre lotes de caballos. Natural— mente, encontrar el caballo que querías comprar entre una oferta tan variada llevaba un tiempo considerable y las pujas por los mejores caballos se disparaban hasta las estrellas. A la feria acudía gente de todos los rincones del reino e incluso bárbaros del Norte, sobre todo en esa época del año.

Pese al amontonamiento, las moscas y la pugna permanente, Sameth salió bastante airoso de sus dos ajetreadas compras. De su cadera colgaba una larga espada, sencilla pero práctica, con el dedo rozaba la áspera empuñadura de piel de tiburón. Una yegua zaina algo nerviosa lo seguía; la rienda impedía que el animal se rindiera a la neurosis. No obstante, parecía bastante sana y fuerte, no llamaba demasiado la atención y no había resultado demasiado cara. Sam le daba vueltas a la idea de llamarla Tonin, como su guardia menos apreciada, pero llegó a la conclusión de que aquello era una chiquillada vengativa. El dueño anterior le había puesto el enigmático nombre de Retoño y con eso bastaba.

Tras abandonar el hedor y la multitud de la Feria Equina, Sam montó y condujo a Retoño a través del tropel, abriéndose paso entre carros y buhoneros, asnos con alforjas de mimbre vacías que salían de la ciudad y otros con las alforjas llenas que se dirigían a ella, grupos de obreros que iban a sustituir a los que colocaban adoquines en el camino, así como todos los viandantes anodinos que pululaban por ahí. No se había alejado mucho de la ciudad cuando lo adelantó un mensajero del rey montado en un purasangre negro que en las pujas habría alentado a los compradores a licitar como posesos, y más tarde, pasaron cuatro guardias a una velocidad que sólo podía mantenerse si se contaba con monturas frescas en alguna posada del camino. En ambas ocasiones, Sam se encogió en la silla y se caló el sombrero hasta las cejas para que le tapara la cara, pese a que el atractivo mágico no había desaparecido.

Con la ayuda de la Guía utilísima, Sam había decidido ya cuál iba a ser su primera parada. Había tomado ya la Vía Angosta, la que cruzaba el istmo y unía Belisaere con tierra firme pues no había otra manera de ir. Después proseguiría por el camino en dirección sur, hacia Orquire. Había sopesado la posibilidad de dirigirse hacia el Oeste, a Sindle, y de allí al río Renegado, donde podía tomar una barca hasta Qyrre. Sin embargo, la Guía utilísima mencionaba una posada muy buena en Orquire

donde servían la famosa gelatina de anguila. Y Sam tenía debilidad por la gelatina de anguila y no veía por qué no podía llegar al pueblo de Borde por la ruta más agradable.

A partir de Orquire no tenía demasiado claro cuál sería la ruta más agradable. El Gran Camino del Sur seguía la costa este durante buena parte de su recorrido, pero para llegar al pueblo de Borde había que dirigirse hacia la costa oeste. De manera que tarde o temprano debía desviarse hacia allí. Tal vez le convendría incluso dejar los caminos reales, como los llamaban, y desde Orquire desviarse a campo traviesa, confiando en hallar caminos y sendas menos transitados que lo llevaran en la dirección correcta. El peligro de esa ruta radicaba en las riadas de primavera. Los caminos reales contaban en su mayoría con buenos puentes, pero las rutas rurales carecían de ellos y en esa época algunos vados podían resultar impracticables.

En cualquier caso, todavía le quedaba tiempo para decidirlo y no debía preocuparse hasta salir de Orquire. El pueblo se encontraba a dos días a caballo, podía dedicarse a pensar qué haría durante el trayecto o bien esa noche, cuando se hospedara en alguna posada.

Sin embargo, la planificación de la siguiente etapa del viaje fue lo último en lo que pensó Sameth cuando por fin llegó a una aldea y a una posada que podía considerarse lo bastante alejada de Belisaere para detenerse en ella. Había cabalgado sólo siete leguas, el sol ya se ponía y él estaba exhausto. La noche anterior había dormido muy poco y el dolor de espalda y de muslos le recordaba que ese invierno apenas se había dedicado a la equitación.

Cuando vio el cartel oscilante que proclamaba que la posada se denominaba «El perro risueño», sólo atinó a darle una propina al mozo de cuadra para que cuidase de Retoño y a dejarse caer en la cama de la mejor habitación.

Se despertó varias veces en el curso de la noche, la primera para quitarse las botas y la segunda para vaciar la vejiga en el orinal con la tapa rota que la posada le había proporcionado con esmero. En la tercera ocasión, despertó cuando alguien llamaba insistentemente a la puerta y los primeros rayos de sol se colaban por las persianas.

—¿Quién es? —rezongó Sameth levantándose de la cama para ponerse las botas. Tenía las articulaciones entumecidas y se sentía fatal, sobre todo porque había dormido con la ropa puesta y apestaba a caballo—. ¿Es el desayuno?

Por toda respuesta siguieron llamando. Sin dejar de refunfuñar, Sameth fue a la puerta esperando encontrarse con el tonto del pueblo sonriéndole y sosteniendo la bandeja del desayuno. Mas no fue eso lo que vio sino dos hombres corpulentos que, sobre las corazas de cuero, lucían el fajín rojo y dorado típico del cuerpo de policía rural.

A uno de ellos, a todas luces el más veterano, se le notaba la autoridad en el gesto adusto y en la plata del cabello mal cortado. También llevaba una marca del Gremio

en la frente, de la que carecía el joven ayudante que lo acompañaba.

—Soy el sargento Kuke y éste es el agente Tep —anunció el hombre del cabello de plata rozando a Sameth con brusquedad al entrar.

Su acompañante lo imitó, cerró la puerta y la atrancó.

—¿Qué queréis? —preguntó Sam con un bostezo.

No era su intención ser grosero, pero ignoraba por completo que aquellos hombres estuvieran interesados en él y habían llamado a su puerta por decisión propia y no por azar. Su única experiencia anterior con el cuerpo de policía rural la había tenido al ver desfilar a sus agentes o al pasar revista con su padre en alguna comisaría.

—Queremos algunos datos —dijo el sargento Kuke tan cerca de Sam que éste se percató de que el aliento le olía a ajos y de las marcas que le habían quedado tras afeitarse recientemente la barba que le cubría el mentón—. Empezando por su nombre y su condición.

—Me llamo Sam y soy viajero —contestó Sameth sin quitarle la vista al agente que se había retirado a un rincón del cuarto para examinar la espada del muchacho, apoyada en las alforjas.

Por primera vez, Sameth notó la punzada de la aprensión. Tal vez esos agentes no fueran tan zoquetes como él creía. Tal vez descubrieran quién era.

—No es frecuente que un viajero se hospede en una posada del camino. Y mucho menos en la mejor de sus habitaciones —señaló el agente apartándose de la espada y las alforjas de Sam—. Tampoco es frecuente que dé al mozo de cuadra un denario de plata.

—Tampoco es frecuente que el caballo de un viajero no lleve marcas ni símbolos del clan en las crines —añadió el sargento, hablando como si Sam no estuviera allí—. Y sería mucho menos frecuente toparse con un viajero que no llevase un tatuaje de su clan. ¿Le encontraremos uno a este muchachito si lo revisamos? Aunque quizá sea mejor que empecemos a mirar en esas bolsas, Tep. Fíjate si encontramos algo que nos indique ante quién estamos.

—¡No podéis revisar mis cosas! —exclamó Sam, indignado.

Avanzó hacia el agente y se paró en seco al notar el pinchazo del acero a través de la camisa de lino, justo encima del ombligo. Bajó la vista y comprobó que el sargento Kuke empuñaba con firmeza una daga.

—Podría decirnos quién es en realidad y qué trama —dijo el sargento.

—¡No es asunto tuyo! —exclamó Sam echando la cabeza hacia atrás con franco desdén.

Al hacerlo, el mechón que le cubría la frente se movió dejando ver la marca del Gremio.

Kuke lanzó una advertencia, apuntó la daga al cuello de Sam y con el brazo

derecho lo inmovilizó. De todos los temores que podían preocupar a los agentes, el portador de una marca del Gremio falsa o corrupta era el peor, porque sólo podía tratarse de un brujo de la magia libre, de un nigromante que hubiera adoptado forma humana.

Casi al mismo tiempo, Tep abrió una de las alforjas y sacó una bandolera de cuero oscuro, una bandolera con siete morrales tubulares con tamaños que oscilaban entre el de un pastillero a un bote grande. Por los morrales asomaban los mangos de caoba oscura: no cabía ninguna duda sobre el contenido de la bandolera. Eran las campanas que Sabriel le había enviado a Sameth. Las campanas que él había cerrado bajo llave en su taller y que no había metido en el equipaje.

—¡Campanas! —exclamó Tep, y fue tal el susto que se llevó que saltó hacia atrás y las dejó caer, como si acabara de meter la mano en un nido de serpientes.

No se percató de las marcas del Gremio que se amontonaban sobre la bandolera y los mangos.

—Un nigromante —murmuró Kuke.

Y Sam percibió el terror en su voz; notó que el sargento ya no lo sujetaba con tanta fuerza y que la daga se alejaba de su garganta al temblar repentinamente la mano que la sujetaba.

En ese mismo instante, Sameth imaginó dos marcas del Gremio, las extrajo del flujo incesante como un pescador experto escoge su pieza del cardumen reluciente. Dejó que las marcas impregnaran su aliento y las sopló al tiempo que se lanzaba al suelo.

Una marca dio en el blanco, dejando ciego a Tep. Sin embargo, Kuke debía de ser un mago menor del Gremio, porque contrarrestó el hechizo con un encantamiento de protección general; al encontrarse las dos marcas del Gremio, el aire se llenó de chispas y destellos.

Antes de que Sam pudiera levantarse, Kuke lanzó una estocada y la llaga se hundió en la pierna del muchacho, justo encima de la rodilla.

El grito de Sam se unió a la bulla organizada por Tep que, desesperado, tanteaba el aire en busca de asidero, y a los bramidos de Kuke, que no cesaba de repetir a voz en cuello «nigromante» y «socorro». Con eso acudirían todos los agentes en kilómetros a la redonda y cuantos guardias estuvieran en el camino. E incluso los ciudadanos de a pie, aunque sólo los más valientes, pues se trataba de un nigromante.

Tras la primera sorpresa producida por el dolor, cuando tuvo la impresión de que la cabeza iba a partírsele, Sam hizo lo que le habían enseñado para salvar la vida en caso de un intento de asesinato. Dibujó mentalmente varias marcas del Gremio, dejó que crecieran en su garganta y como un rugido, lanzó un hechizo mortal contra cuanto ser vivo y desprotegido hubiera en el cuarto.

Las marcas abandonaron su boca en forma de chispa incandescente, saltaron

sobre los dos agentes con fuerza descomunal. Se hizo un silencio instantáneo porque Kuke y Tep cayeron al suelo, cual marionetas sin hilos.

Sam se incorporó con dificultad y la atrocidad de lo que acababa de hacer se hizo patente por encima del dolor. Había dado muerte a dos hombres de su padre..., a sus propios hombres. Ellos se habían limitado a cumplir con su trabajo. El trabajo que él temía realizar. Proteger a la gente de los nigromantes y de la magia libre y de todo lo que...

No quiso pensar más. El dolor volvía a recorrerle la pierna y sabía que debía alejarse. Aterrorizado, recogió sus cosas, metió las malditas campanas en las alforjas, se colgó la espada al cinto y salió.

Sin saber cómo, consiguió bajar las escaleras y, un momento después, se vio en la sala, rodeado de gente que lo miraba fijamente al tiempo que se arrimaba a las paredes. Sostuvo aquellas miradas, con firmeza enloquecida, salió cojeando y dejando huellas ensangrentadas en el suelo.

Al llegar a la cuadra, ensilló a Retoño. La yegua respiraba agitadamente, con los ollares muy abiertos y los ojos blancos de miedo tras haber olido sangre humana. La acarició con gesto mecánico para calmarla, sus manos se movían sin tener él conciencia alguna de lo que hacía.

Después, en un tiempo que podía haber sido de un año o de unos pocos minutos, Sam montó, espoleó a Retoño, pasó del trote al medio galope y, mientras ocurría todo esto, notaba que la sangre le bajaba por la pierna como agua tibia llenándole la bota hasta rebosar por el borde superior de la caña. En el fondo de su mente, una voz le gritaba que se detuviera para curarse la herida, pero había otra más poderosa que la hacía callar y lo impulsaba a seguir huyendo, huyendo de la escena del crimen.

Instintivamente se dirigió al Oeste, con el sol naciente a su espalda. Durante un buen trecho fue zigzagueando para dejar una pista falsa, luego enfiló un sendero recto, campo traviesa, en dirección a la negra extensión del bosque que tenía enfrente, a poca distancia. No le quedaba más que alcanzarlo y allí podría ocultarse, ocultarse y curarse la herida.

Sam llegó al fin a la sombra reconfortante de los árboles. Se adentró en el bosque cuanto pudo y se dejó caer del caballo. Una punzada le recorrió toda la pierna. Los árboles comenzaron a dar vueltas ante sus ojos y sintió náuseas. La luz de la mañana había virado del amarillo al gris, como un huevo cocido en exceso. No lograba concentrarse en el hechizo curativo. Las marcas del Gremio se le escurrían de la cabeza. Se resistían a alinearse como debían.

Todo resultaba muy arduo. Era más fácil dejarse llevar. Caer en un dulce sueño, dejarse llevar, a la deriva hasta la muerte.

Lástima que él conocía la muerte, conocía sus fríos dominios. Comenzaba a caer en la helada corriente del río. De haber tenido la certeza de que la corriente iba a

tragárselo y arrastrarlo hasta la cascada de la Primera Puerta y de allí hasta las siguientes, se habría dado por vencido. Mas sabía que el nigromante que lo había quemado lo estaba esperando en el Reino de la Muerte, esperaba a un Abhorsen en ciernes demasiado incompetente para gobernar su propio fin. El nigromante se apoderaría de él, de su espíritu, y lo sometería a su voluntad, lo utilizaría contra su familia, contra su reino...

El miedo creció en Sam mucho más angustiante que el dolor. Buscó otra vez las marcas del Gremio para la curación... y las encontró. Un calorcillo delicioso creció en sus manos debilitadas y de ellas pasó a la pierna filtrándose por el pantalón negro y mugriento. Notó cómo se difundía el calor hasta llegar al hueso, sintió que la piel y los vasos sanguíneos se iban reparando mientras la magia lo devolvía todo a su debido estado.

Sin embargo, había perdido demasiada sangre en poco tiempo, por lo que el encantamiento no consiguió sanarlo del todo. Intentó incorporarse y no pudo. Reclinó la cabeza y el lecho de hojas le hizo de almohada. Hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos. No lo consiguió. El bosque comenzó a dar vueltas y más vueltas hasta que todo fue oscuridad.

El observatorio de las clarvis

La *Perra Canalla* se despertó de mala gana y dedicó unos cuantos minutos a estirar las patas entumecidas, a bostezar y a abrir y cerrar los ojos. Como broche de oro del ceremonial, se sacudió y fue hasta la puerta. Lirael se quedó donde estaba, con los brazos cruzados sobre el pecho y el gesto severo.

—¡*Perra Canalla*! ¡Tengo que hablar contigo!

La perra se mostró sorprendida, echó las orejas hacia atrás con un movimiento súbito.

—¿No deberíamos volver a casa a toda prisa? Es más de medianoche. Las tres de la madrugada, para ser exactos.

—¡No puede ser! —exclamó Lirael olvidando al instante su necesidad de conversar—. ¡Imposible! ¡Será mejor que nos demos prisa!

—Aunque si quieres que hablemos —aclaró la perra sentándose sobre las patas traseras e inclinando la cabeza en la actitud perfecta de quien está dispuesto a escuchar—, como yo digo siempre, no hay mejor momento que el momento presente.

Lirael no le contestó. Corrió a la puerta y al pasar al lado de la perra la agarró del collar obligándola a levantarse.

—¡Aay! —gañó la perra—. ¡Estaba de broma! ¡Me daré prisa!

—¡Vamos, vamos! —exclamó la muchacha, y primero empujó la puerta y luego tiró de ella, operación harto difícil porque no tenía picaporte ni pomo—. ¿Cómo se abrirá, si puede saberse?

—Pídeselo —contestó la perra sin inmutarse—. No tiene sentido que empujes.

Lirael soltó un bufido frustrado, inspiró hondo y haciendo un gran esfuerzo dijo:

—Por favor, ábrete, puerta.

La puerta dio la impresión de pensárselo un rato y luego, muy despacio, comenzó a entreabrirse hacia la muchacha dándole apenas tiempo para apartarse. El rugido del río entró por la rendija acompañado de una brisa helada que alborotó el cabello chamuscado de Lirael. El viento llevaba consigo algo más, algo que llamó la atención de la perra, aunque Lirael no supo de qué se trataba.

—Hum —dijo la perra irguiendo una oreja hacia la puerta y el puente iluminado por obra de la magia del Gremio que estaba más allá—. Gente. Clarvis. Posiblemente alguna tía.

—¡La tía Kirrith! —exclamó Lirael, y el miedo le hizo dar un brinco.

Miró en derredor buscando afanosamente una salida. No la había, sólo podría regresar por el puente resbaladizo bañado por las aguas del río. En ese preciso momento vio en el precipicio brillantes luces del Gremio, luces opacadas por la niebla y el rocío producidos por las aguas impetuosas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Y el eco de su pregunta se propagó por la estancia ocupando el espacio donde debía estar la respuesta. Lirael se volvió rápidamente pero no vio señales de la *Perra Canalla*. Había desaparecido.

—¿Perrita? —susurró Lirael; sus ojos buscaban en vano, anegados en lágrimas—. ¿Perrita? No me abandones ahora.

No era la primera vez que la perra se esfumaba en cuanto aparecían testigos; cada vez que lo hacía, Lirael temía en secreto que su única amiga no regresara nunca más. Ese mismo miedo se apoderó de ella, se sumó al terror que le provocaba lo que acababa de saber y notó que se le cerraba el estómago. Temía los conocimientos secretos que sentía bullir y retorcerse dentro del libro que llevaba debajo del brazo. Eran conocimientos que no deseaba poseer porque no eran propios de las clarvis.

Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla y la enjugó de un manotazo. No iba a darle a su tía Kirrith el gusto de que la viera llorar e inclinó la cabeza para contener el llanto. La tía Kirrith siempre ponía cara de esperar lo peor de Lirael, como si en el fondo deseara que cometiese el peor de los delitos y pensara que su sobrina jamás llegaría a nada. Lirael creía que la actitud de su tía obedecía al hecho de que ella no era una clarvi normal, aunque una voz en su interior le recordaba que la tía Kirrith trataba así a cuantos no encajaban en sus estúpidas normas.

Lirael mantuvo la cabeza orgullosamente inclinada hacia atrás hasta haber puesto un pie en el puente; entonces tuvo que mirar abajo, hacia la niebla densa y turbia y las aguas caudalosas. Sin la tranquilizadora compañía de su perra y de sus prodigiosas patas con ventosa, el puente se extendía ante ella como la peor de sus pesadillas. Lirael dio un paso, trastabilló y comenzó a balancearse. Por un instante, creyó que iba a caer y el miedo le hizo ponerse a cuatro patas. El libro del recuerdo y el olvido cambió de posición al moverse ella y a punto estuvo de salírsele de la camisa, donde lo llevaba metido. Lirael lo acomodó otra vez y siguió gateando por la estrecha pasarela.

Ir a gatas exigía toda su concentración, de modo que no levantó la vista hasta haber llegado casi al otro lado. En ese momento tuvo plena conciencia de que llevaba el pelo chamuscado y la ropa empapada por el rocío, que continuaba cayendo sobre el puente. Y de que iba descalza.

Cuando por fin levantó la cabeza, sofocó un grito y saltó como un conejillo asustado. Las manos providenciales de dos de las clarvis más próximas a ella la salvaron de una caída potencialmente nefasta en las caudalosas y frías aguas del río Renegado.

Esas manos pertenecían, además, a las personas que la habían asustado y de quienes Lirael jamás habría imaginado que fueran en su busca: Sanar y Ryelle. Como de costumbre, se las veía tranquilas, hermosas y sofisticadas. Llevaban el uniforme de la guardia de los nueve días, las largas cabelleras rubias recogidas en elegantes

redecillas de pedrería y los largos vestidos blancos salpicados de estrellitas doradas. También portaban varitas de marfil y acero, indicativas de que eran la voz conjunta de la guardia. Ninguna de las dos parecía haber envejecido un solo día desde que, al cumplir catorce años, Lirael las había conocido por primera vez en la terraza. Seguían siendo cuanto Lirael creía que debía ser una clarvi.

Todo lo que ella no era.

Más atrás había un tropel de clarvis. Algunas de rango, incluida Vancelle, la bibliotecaria jefa y otras componentes de la guardia de los nueve días. Lirael las contó rápidamente y se dio cuenta de que se encontraba ante todas las componentes de la guardia de los nueve días. Cuarenta y siete, colocadas en formación, detrás de Sanar y Ryelle, blancas siluetas en la oscuridad del precipicio.

La ausencia de tía Kirrith era el peor de los augurios. Significaba que lo que la muchacha acababa de hacer era digno de un castigo mucho peor que trabajo extra en la cocina. Lirael no lograba imaginar siquiera qué tipo de castigo podía exigir la presencia de toda la guardia. Nunca había oído comentar que hubiesen abandonado alguna vez el Observatorio, y mucho menos todas juntas.

—Levántate, Lirael —le ordenó una de las gemelas.

Lirael se dio cuenta entonces de que seguía a gatas, sostenida por las dos clarvis. Se levantó con cuidado, tratando de no mirar a nadie a los ojos, a esos ojos azules y verdes que, con toda certeza, reparaban en lo pardo que eran los de Lirael.

Las palabras se le agolparon en la cabeza, pero la garganta se le cerró en cuanto fue a pronunciarlas. Tosió, tartamudeó y por fin consiguió susurrar:

—Yo... yo no pretendía venir aquí. Pero... ocurrió. Y ya sé que me salté la cena... y las rondas de medianoche. Lo compensaré de alguna manera...

Se interrumpió al ver que Sanar y Ryelle se miraban y se echaban a reír. La carcajada tenía un sonido amable, sorprendido incluso, pero ni una pizca de sorna, tal como ella había temido.

—Al parecer hemos iniciado la tradición de encontrarte en sitios raros el día de tu cumpleaños —dijo Ryelle, o tal vez fuera Sanar, mientras miraba el libro que Lirael había ocultado en la camisa y la zampona plateada que asomaba brillante por el bolsillo de su chaleco—. No te preocupes por las rondas ni por la cena. Al parecer, esta noche has reclamado una especie de derecho de nacimiento, uno que llevaba mucho tiempo esperando tu llegada. Todo lo demás carece de importancia.

—¿A qué derecho de nacimiento te refieres? —preguntó Lirael.

El derecho de nacimiento de toda clarvi era el don de la visión, y no un trío de extraños dispositivos mágicos.

—Sabes que nunca sola entre las clarvis has aparecido en las visiones —comenzó a decir la otra gemela—. Ni por asomo, al menos hasta ahora. Mas hace una hora, nosotras, es decir, la guardia de los nueve días, vimos que estarías aquí y también en

otro lugar. Ninguna de nosotras sospechaba siquiera la existencia de este puente y de la habitación que hay más allá. Sin embargo, está claro que mientras las clarvis de hoy no te hemos visto en las visiones, las clarvis de hace mucho te vieron lo suficiente para preparar este lugar y los objetos que llevas. De hecho, para iniciarte.

—¿Iniciarme en qué? —preguntó Lirael, asustada por ser de pronto el centro de atención—. ¡Yo no quiero nada! Lo único que quiero es... es ser normal. Tener el don de la visión.

Sanar, porque fue Sanar quien había hablado en último lugar, miró a la jovencita y notó su dolor. Desde el último encuentro, cinco años antes, tanto ella como su hermana habían vigilado de cerca a Lirael y sabían más de su vida de lo que su joven prima sospechaba. Escogió muy bien las palabras.

—Lirael, el don de la visión puede llegarte en el futuro y puede que cuanto más tarde te llegue más fuerte sea. Sin embargo, por ahora te han sido dados otros dones, dones que estoy segura son urgentemente necesarios en el reino. Y como cuantas pertenecemos a este linaje recibimos dones, también cargamos con la responsabilidad de utilizarlos bien y con sabiduría. Cuentas con el potencial de un gran poder, Lirael, pero me temo que también te verás sometida a duras pruebas.

Hizo una pausa, contempló la densa nube de niebla que subía a espaldas de Lirael y la vista se le nubló, al tiempo que la voz se le tornaba más profunda, menos amistosa, más impersonal y extraña.

—Te enfrentarás a muchas pruebas en un sendero que permanece oculto, pero jamás olvidarás que eres hija de las clarvis. No tendrás el don de la visión, pero recordarás. Y al recordar, verás el pasado oculto, el que encierra los secretos del futuro.

Lirael se estremeció al oír aquellas palabras, pues Sanar había hablado con la verdad de la profecía y sus ojos brillaban con una luz extraña y fría.

—¿A qué te refieres con eso de duras pruebas? —preguntó Lirael, cuando los últimos ecos de las palabras de Sanar quedaron ahogados por el rugido del río.

Sanar sacudió la cabeza y sonrió, la visión acababa de terminar. Incapaz de hablar, miró a su hermana, que siguió diciendo:

—Cuando te vimos aquí esta noche, también te vimos en otro lugar, en un sitio que llevamos años y años intentando ver sin conseguirlo —dijo Ryelle—. En el lago Rojo, en una barca de juncos. El sol brillaba alto en el cielo, por tanto sabemos que será en verano. Te vimos bastante parecida a como eres ahora, de manera que sabemos que estarás allí el verano próximo.

«Contigo habrá un muchacho —prosiguió Sanar—. Un hombre enfermo o herido, un hombre que nos pidieron que buscásemos para el rey. No sabemos bien dónde está ahora, ni cómo ni cuándo irá al lago Rojo. Está rodeado de fuerzas que impiden nuestra visión, y su futuro está envuelto en tinieblas. Lo que sí sabemos es que se

encuentra en el centro mismo de un terrible peligro. Un peligro que lo afecta no sólo a él, sino a todas nosotras y al reino. Y estará allí contigo, en la barca de juncos, en pleno verano.

—No entiendo —musitó Lirael—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo? Me refiero al lago Rojo, a ese hombre y a todo lo demás. ¡Sólo soy auxiliar segunda de la bibliotecaria! ¿Qué tengo yo que ver con todo eso?

—No lo sabemos —contestó Sanar—. Las visiones son fragmentarias, y una nube negra se extiende como tinta derramada sobre las páginas de los posibles futuros. Lo único que sabemos es que ese hombre es importante, para bien y para mal, y que te hemos visto con él. Creemos que debes marcharte del glaciar. Debes viajar hacia el Sur y buscar la barca de juncos en el lago Rojo y a ese hombre.

Lirael se quedó mirando a Sanar, que seguía moviendo los labios, pero no oía lo que le estaba diciendo, sólo le llegaba el rugido del río. El sonido del agua cuyos torrentes indómitos pugnaban por abandonar la montaña, por alejarse, por llegar a tierras lejanas, desconocidas.

«Me echan —pensó—. No tengo el don de la visión, y como ya soy mayor, me echan...»

—También hemos tenido otra visión en la que aparece ese mismo hombre —decía Sanar cuando Lirael volvió a prestarle atención—. Ven, te lo enseñaremos para que lo conozcas cuando llegue el momento y para que sepas el peligro que se cierne sobre él. Aunque no aquí... Debemos subir al Observatorio.

—¡El Observatorio! —exclamó Lirael—. Pero si yo no... si todavía no he pasado el despertar...

—Ya lo sé —dijo Ryelle, conduciéndola de la mano—. Te resulta difícil atisbar los deseos de tu corazón cuando no eres dueña de ellos. Si el peligro no fuera tan grave o si alguna otra pudiera llevar la carga, no insistiríamos tanto. Si la visión no tuviese que ver con ese lugar que tanto se nos resiste, probablemente podríamos mostrártelo en otro sitio. En este momento, sin embargo, necesitamos del poder del Observatorio y de la fuerza de la guardia entera.

Retrocedieron a lo largo del precipicio; Lirael iba sin protestar, flanqueada de Sanar y Ryelle. La muchacha se percató de lo que la perra había llamado su sentido de la muerte, una especie de presión de todas las clarvis fallecidas y enterradas en toda la extensión del precipicio, pero le hizo mayor caso. Era como si alguien que estuviese muy, pero muy lejos, te llamara. La pobre Lirael sólo atinaba a pensar que la estaban echando. Que volvería a quedarse sola, porque la *Perra Canalla* no la acompañaría. Incluso cabía la posibilidad de que la perra no pudiese existir fuera del Glaciar de las Clarvis, como les ocurría a los enviados, que eran incapaces de huir de sus ataduras.

A mitad del camino que bordeaba el precipicio, en dirección a la puerta por la que

había salido, Lirael se sorprendió de ver un largo puente de hielo tendido sobre las profundidades. Las clarvis regresaban por él y se metían en la profunda cueva cuya entrada se abría al otro extremo como una boca inmensa. Ryelle se percató de que la muchacha la miraba y le explicó:

—Hay muchos caminos que permiten entrar y salir del Observatorio cuando es preciso. Este puente se disolverá en cuanto hayamos cruzado todas.

Lirael asintió con aire ausente. Siempre se había preguntado dónde se encontraba realmente el Observatorio y muchas veces había tratado de dar con él. En incontables ocasiones había fantaseado con llegar hasta él y encontrar allí el don de la visión. Todas sus fantasías quedaban ahora destruidas.

Al otro lado del puente, la boca de la cueva las condujo hacia un túnel bastante empinado, construido a golpe de pico y pala. Recorrerlo era tarea ardua y cuando al fin dejó de subir, Lirael estaba acalorada y sin aliento. Ryelle y Sanar se detuvieron y la muchacha se secó el sudor de los párpados antes de mirar a su alrededor. Habían dejado atrás la piedra y estaban rodeadas sólo de hielo, hielo azul donde se reflejaban las luces del Gremio que portaban las clarvis. Habían llegado al centro mismo del glaciar.

Tallada en el hielo se abría una puerta, flanqueada por dos guardias vestidas con cotas de malla y protegidas por escudos que lucían la estrella dorada de las clarvis. Las caras adustas se veían a través de los yelmos abiertos. Una de ellas llevaba un hacha brillante, cubierta de marcas del Gremio; la otra, una espada que relucía más que las luces proyectando sobre el hielo diminutos reflejos. Lirael clavó la vista en las guardias, porque era evidente que se trataba de clarvis, pero no las conocía, algo que le pareció imposible. En el glaciar vivían menos de tres mil clarvis y ella no había salido de allí en toda su vida.

—Te veo, portavoz de los nueve días —dijo la mujer del hacha, en un tono extraño y formal—. Puedes entrar. Mas la que va contigo no ha pasado por el despertar. Según nuestras antiguas leyes, le está vedado presenciar las costumbres secretas.

—No seas tonta, Erimael —la regañó Sanar—. ¿De qué antiguas leyes me estás hablando? Esta es Lirael, la hija de Arielle.

—¿Erimael? —susurró Lirael escudriñando el rostro severo, enmarcado por los nítidos bordes del yelmo.

Erimael se había alistado en las tropas de asalto hacía seis años y desde entonces no se la había vuelto a ver. Lirael llegó a la conclusión de que había muerto en un accidente y que se había perdido su despedida, del mismo modo que se había perdido tantas otras ceremonias en las que era obligado llevar la túnica azul.

—Las leyes son claras —insistió Erimael con la misma voz severa, aunque Lirael vio que tragaba saliva nerviosamente—. Soy la guardia del hacha. Deberá ir con los

ojos vendados si quieres que pase. Sanar bufó y se volvió hacia la otra mujer para preguntarle: —¿Y qué opina la guardia de la espada? ¿No me dirás que estás de acuerdo?

—Por desgracia, sí —contestó la otra mujer. Lirael se había dado cuenta de que era mucho mayor—. La letra de la ley es estricta. Los invitados deben llevar los ojos vendados. Se considera invitado a todo aquel que no sea una clarvi que ha pasado por el despertar.

Sanar suspiró y se volvió hacia Lirael. La muchacha ya había inclinado la cabeza para esconder su humillación. Poco a poco, se desató el pañuelo que le cubría la cabeza, lo dobló en una banda estrecha, se cubrió los ojos y se lo ató. Detrás de la suave oscuridad de la tela, lloró en silencio y la venda se empapó con sus lágrimas.

Sanar y Ryelle la cogieron otra vez de la mano y Lirael notó su compasión en cuanto la tocaron. No le importaba. Aquello era peor que lo que le había ocurrido a los catorce años, cuando se quedó sola ahí de pie, con la túnica azul, sufriendo la vergüenza pública de no ser una clarvi. Ahora la identificaban de manera irrevocable como una extraña. Ni siquiera como una clarvi en potencia. Apenas una invitada.

Sólo hizo dos preguntas mientras Ryelle y Sanar la conducían a través de lo que parecía un pasadizo complicado, una especie de dédalo.

—¿Cuándo debo partir?

—Hoy —contestó Ryelle mientras hacía detener a Lirael y la preparaba para otra curva pronunciada empujándola suavemente por el codo hasta enfilarla en la dirección correcta—. Es decir, lo antes posible. Te están preparando una barca. La hechizarán para que te lleve corriente abajo por el Renegado hasta Qyrre. Desde allí podrás conseguir que algunos agentes de policía o incluso la guardia te escolten hasta Borde, un pueblo situado sobre el mismo lago Rojo. Debería ser un viaje rápido y sin incidentes, aunque desearíamos poder ver parte de él antes.

—¿Debo ir sola?

Lirael no veía nada, pese a ello notó que Sanar y Ryelle se miraban mientras acordaban en silencio quién iba a hablar. Al final, Sanar dijo:

—Así has sido vista, de manera que temo que así es como tendrás que ir. Ojalá fuera de otro modo. Nosotras te llevaríamos volando, pero todas las papelonaves han sido vistas en otra parte, de manera que tendrás que ir por el río.

Sola. Sin la compañía de su única amiga, la *Perra Canalla*. Ya no le importaba nada de nada lo que pudiera pasarle.

—Cuidado, que vienen unos escalones —le advirtió Ryelle parando otra vez a Lirael—. Son unos treinta, creo. Y luego estaremos en el Observatorio y podrás quitarte la venda.

Lirael bajó mecánicamente los escalones junto con las gemelas. Causaba una gran desazón no poder ver por dónde caminabas y algunos de los escalones parecían más

bajos que otros. Para colmo de males, por todas partes se oía un ruido extraño, una especie de crujido, y de vez en cuando, como unos murmullos o conversaciones amortiguadas.

Al fin llegaron a la planta baja y avanzaron una decena de pasos. Sanar la ayudó a quitarse la venda.

Lo primero que notó Lirael fue la luz y el espacio, luego las filas apretadas de clarvis, silenciosas, erguidas, con sus blancas túnicas que provocaban aquel crujido tan inquietante. Se encontraba en el centro de una inmensa cámara tallada en el hielo, una inmensa cueva casi de la misma dimensión que el Gran Salón, tan conocido y tan odiado. Las luces de la magia del Gremio brillaban por todas partes, arrancando destellos a las infinitas facetas del hielo de manera que no había un solo punto oscuro.

Lirael bajó la vista instintivamente en cuanto estuvo ante las demás clarvis para no tener que verles las caras. Al espiar disimuladamente detrás del largo flequillo chamuscado, comprobó que no se fijaban en ella. Todas miraban hacia arriba. Las imitó y descubrió que el techo en ángulo era una inmensa y única plancha de hielo claro como si se tratara de una enorme ventana opaca.

—Sí —dijo Sanar al comprobar que Lirael miraba atentamente—. Ahí es donde concentramos nuestra visión para que todas las visiones fragmentadas se unan en una sola y todas podamos ver.

—Creo que podemos empezar —anunció Ryelle echando una mirada a las apretadas y silenciosas filas de clarvis.

Estaban presentes casi todas las clarvis que habían pasado por el despertar, unidas en una guardia de mil quinientas sesenta y ocho. Se dispusieron en series de círculos cada vez más amplios, alrededor de la pequeña zona central ocupada por Lirael, Sanar y Ryelle, como un extraño huerto concéntrico de árboles blancos que dieran frutos de plata y ópalo.

—¡Comencemos! —gritaron Sanar y Ryelle, levantaron las varitas y las entrechocaron como espadas.

Lirael dio un salto cuando todas las clarvis allí reunidas lanzaron un grito al unísono que se le metió en los huesos.

—¡Comencemos!

Todas a una, las clarvis de los círculos más próximos se tomaron de las manos, como en un ejercicio de instrucción militar. Y así fueron haciendo todos los círculos, como una onda expansiva que partía del centro hasta la última fila del Observatorio; después volvieron a la inmovilidad primitiva.

—¡Veamos! —gritaron Sanar y Ryelle, entrechocando otra vez las varitas.

En esta ocasión, Lirael ya estaba preparada para el grito que siguió, pero no para el encantamiento que vino después. Las marcas del Gremio brotaron del suelo de

hielo, subieron y pasaron a través de las clarvis del primer círculo en tal cantidad que, cuando comenzaron a rebosar, fluyeron hacia el círculo siguiente y así hasta llegar al último. Fluían como una espesa niebla dorada por los cuerpos y los brazos de las clarvis.

Lirael contemplaba embobada cómo la magia iba creciendo y pasando de un círculo a otro, la vio enroscarse a los cuerpos de sus primas. Veía las marcas del Gremio, sentía la magia en su corazón galopante, estaba sedienta de ella, aunque la notaba ajena, fuera de su alcance, como si no hubiese existido antes ninguna otra magia del Gremio.

Las clarvis del círculo más exterior se soltaron de las manos y levantaron los brazos hacia el techo helado y altísimo. Las marcas salieron flotando de ellas y saltaron hacia arriba como polvo dorado atrapado en un haz de luz. Al tocar el hielo, se extendieron como si fueran una espléndida pintura y el hielo una tela en blanco, ansiosa por cobrar vida.

Los restantes círculos hicieron lo propio hasta que la magia conjurada cubrió el inmenso techo de infinitos remolinos cargados de marcas del Gremio. Todas clavaron allí la vista, extasiadas; Lirael comprobó que movían los ojos, como si estuviesen viendo algo. Por más que se esforzara, ella no veía nada, nada más que el remolino de magia del que no entendía una sola marca.

—Mira —le dijo Ryelle en voz baja, y la varita que tenía en la mano se convirtió de pronto en una botella de brillante cristal verde.

—Aprende —dijo Sanar, y con la varita dibujó algo en el aire, sobre la cabeza de Lirael.

Acto seguido, Ryelle vertió el contenido de la botella sobre Lirael. Al menos en apariencia. Sin embargo, mientras el líquido se extendía sobre su cabeza, la varita de Sanar lo transformó en hielo. Una plancha de hielo puro y transparente, que colgaba horizontalmente en el aire, sobre la cabeza de Lirael.

Sanar dio unos golpecitos con su varita sobre la plancha de hielo y de ella brotó un fulgor de un tono azul profundo muy tranquilizador. Otro golpecito, y el azul se dirigió a los bordes. Lirael miró a través de él y mientras miraba, comprendió que aquella extraña plancha de vidrio suspendida en el aire la ayudaba a ver lo que las clarvis veían. Los dibujos carentes de sentido que se habían formado en el techo de hielo comenzaban a adquirir un significado. Cientos, tal vez miles de pequeñas imágenes se unían para formar una mayor, como los rompecabezas con los que jugaba de pequeña.

La imagen resultante era la de un hombre erguido con un pie sobre una piedra. Eso fue lo que Lirael empezó a ver. El hombre miraba algo que estaba más abajo.

Llena de curiosidad, Lirael estiró el cuello para ver mejor. Notó un leve mareo y a continuación le pareció que caía hacia arriba, a través de la plancha de hielo azul y

que llegaba al techo y entraba en la visión. Siguieron destellos azules, notó algo frío al tacto que la hizo estremecer y... ¡se vio en el lugar de la imagen!

Estaba junto al hombre. Oía la respiración entrecortada y ruidosa, como de asmático, de aquel hombre, olía su sudor, notaba el calor y la humedad del día estival.

Y notaba el sabor venenoso de la magia libre, más fuerte y más abominable de lo que jamás había imaginado, más fuerte incluso que el que recordaba de su encuentro con el stilken. Tan fuerte, que sintió un regusto a bilis en la garganta y tuvo que tragar saliva para no vomitar. Tan fuerte, que vio bailar ante sus ojos una serie de puntitos.

Nicholas y la fosa

Era joven. Lirael calculó que tendría más o menos su misma edad. Diecinueve o veinte años. Y estaba enfermo. Era alto; iba encorvado, como si el dolor le clavara los dientes en el centro mismo del cuerpo. El pelo rubio, mal cortado y limpio, le formaba mechones húmedos. Rojas las mejillas, gris el contorno de los ojos y los labios. Los ojos azules, sin brillo. En una mano sostenía unos anteojos oscuros con las patillas sujetas con alambre y uno de los cristales verdes rajados.

Estaba de pie sobre una especie de montículo de tierra suelta, los ojos miopes miraban hacia abajo, hacia una fosa honda, un agujero enorme en el suelo. De la fosa abierta, o de lo que en ella había, irradiaba la magia libre que provocaba la náusea de Lirael. Notaba las ondas que partían de la tierra abierta, frías, tremendas, sentía que se le metían en los huesos, le hacían rechinar los dientes.

Era evidente que la fosa había sido cavada hacía poco. Era casi tan ancha como el refectorio inferior, en el que cabían cuatrocientas personas. Por sus bordes reptaba un sendero que se perdía en las negras profundidades. Lirael no conseguía calcular cuan honda era, pero pudo ver que había gente que subía cargada de cestas llenas de tierra y piedras y volvía a bajar de vacío. Eran personas lerdas, cansadas, que a Lirael le resultaron raras. Vestían ropas sucias y hechas jirones; pese a ello, Lirael comprobó, tanto por el corte como por el color, que no se parecían a nada de lo que había visto. Y todos llevaban sombreros azules o restos anudados de pañuelos azules.

Lirael se preguntó cómo diablos lograban trabajar entre los efectos corrosivos y contaminantes de la magia libre; fue entonces cuando los miró con más atención. Reprimió un grito de asombro e intentó retroceder, pero la visión la mantuvo en su sitio.

No eran personas. Eran muertos. Los sentía ahora, sentía el frío de la muerte muy cerca. Esos trabajadores eran braceros muertos, sometidos a la esclavitud por voluntad de un nigromante. Los sombreros azules ocultaban las cuencas vacías de los ojos, los pañuelos azules impedían que las cabezas en descomposición se cayeran a pedazos.

Lirael contuvo el asco y las arcadas y desvió la vista hacia el joven que estaba a su lado, temerosa de que pudiese ser el nigromante y de que la viera. Mas no llevaba marca del Gremio en la frente, ni íntegra ni envilecida por la magia libre. Tenía la frente despejada, cubierta de gotas de sudor, sucias por haberse mezclado con el polvo que flotaba en el aire, y no veía que llevase campanas.

El muchacho levantaba la cabeza, miraba al cielo y sacudía un objeto metálico que tenía en la muñeca. Una especie de ritual, pensó Lirael. Y enseguida sintió pena por él y unas ganas irreprimibles de acariciarle el cuello, justo debajo de la oreja, con la punta de los dedos. Tendió la mano pero recordó dónde estaba cuando el chico

habló. —¡Maldita sea! —masculló—. ¿Por qué no funciona nada? Bajó el brazo pero siguió mirando hacia arriba. Lirael también miró y vio las nubes tormentosas que comenzaban a amontonarse en el cielo. Siguieron algunos relámpagos, pero ni soplaba brisa fresca ni olía a lluvia. Calor y relámpagos.

Y sin previo aviso, un rayo cegador cayó en la fosa e iluminó las negras profundidades con un destello incandescente. En ese instante, Lirael vio a cientos de braceros muertos que cavaban, cavaban con herramientas si las tenían, y si no, con las manos putrefactas. No reaccionaron ante la caída del rayo, que carbonizó a varios, ni ante los truenos ensordecedores que siguieron casi de inmediato.

Al cabo de unos segundos, siguió otro rayo que, en apariencia, cayó en el mismo lugar. Y luego otro, y otro más, con profusión de truenos que sacudieron la tierra bajo los pies de la muchacha.

—Cuatro en aproximadamente cincuenta segundos —dijo el hombre para sí—. Aumenta la frecuencia. ¡Hedge!

Lirael no entendió la última palabra hasta que un hombre salió con paso majestuoso de la fosa y saludó. Un hombre delgado y medio calvo, ataviado con armadura de cuero y placas protectoras de acero, lacado en rojo y oro en cuello, codos y rodillas. Una espada pendía de su costado y una bandolera con campanas le cruzaba el pecho, los mangos de negro ébano asomaban por los morrales rojos. En la madera y el cuero se movían marcas del Gremio pervertidas que dejaban a su paso un espejismo de fuego.

Pese a la distancia, hedía a sangre y a metal candente. Debía de ser el nigromante al que servían los braceros muertos, o uno de los nigromantes, porque había muchísimos muertos. Sin embargo, no era él la fuente de magia libre que quemaba los labios y la lengua de Lirael. Algo mucho peor que él yacía oculto en las profundidades de la fosa.

—¿Sí, amo Nicholas? —contestó el hombre.

Lirael comprobó que con un ademán despedía a los dos braceros muertos que lo seguían y los mandaba regresar a las sombras, como si no deseara que nadie los viese muy de cerca.

—Los rayos caen más seguidos —observó el muchacho.

Y Lirael supo entonces que era Nicholas. ¿Qué clase de hombre sería? ¿Cómo era posible que el nigromante lo llamara amo pese a no llevar marca del Gremio?

—Debemos de estar cerca —agregó con voz ronca—. Pregunta a los hombres si esta noche harán un turno extra.

—¡Claro que lo harán! —gritó el nigromante riéndose de algo que sólo a él le hacía gracia—. ¿Quieres bajar?

Nicholas negó con la cabeza. Tuvo que carraspear varias veces antes de contestar a gritos:

—Me siento... me siento mal otra vez, Hedge. Me voy a echar en mi tienda. Iré después. Pero deberás llamarme si encuentras algo. Será metálico, creo. Sí, metálico y reluciente —continuó con los ojos clavados en un punto frente a él, como si lo estuviera viendo—. Dos hemisferios metálicos y brillantes, más altos que un hombre. Debemos encontrarlos pronto. ¡Muy pronto!

Hedge hizo una leve reverencia, pero no contestó. Salió del todo de la fosa y se dirigió a la montaña de escombros en la que estaba Nicholas.

—¿Quién está a tu lado? —preguntó Hedge señalando.

Nicholas miró hacia donde señalaba, pero sólo vio la luminiscencia de los relámpagos y la imagen de los hemisferios brillantes, la imagen que veía cuando estaba despierto, como si la llevara marcada a fuego en el cerebro.

—Nadie —murmuró clavando la vista en Lirael—. Nadie. Qué cansado estoy. Pero será un gran descubrimiento...

—¡Espía! ¡Arderás a los pies de mi amo!

De las manos del nigromante saltaron miles de llamas que cubrieron el suelo, llamas rojas que despedían un humo negro y asfixiante.

Subieron veloces la montaña de escombros como un incendio incontrolado, en dirección a Lirael.

Al mismo tiempo, la muchacha vio que Nicholas clavaba en ella la vista. Tendió la mano a manera de saludo y dijo: —¡Hola! Supongo que serás otra alucinación. La muchacha notó entonces que unas manos tiraban de ella y la devolvían al Observatorio en el instante preciso en que el fuego llegaba al sito donde había estado y se elevaba como una estrecha columna destructiva despidiendo un humo negrísimo.

El hielo se rompió y Lirael parpadeó varias veces. Cuando abrió los ojos, se vio de pie, entre Ryelle y Sanar, rodeada de fragmentos rotos, la cabeza y los hombros cubiertos de trocitos de hielo azul. —Has visto —dijo Ryelle. No era una pregunta.

—Sí —contestó Lirael, tremendamente inquieta tanto por la experiencia de la visión como por lo que había visto—. ¿Es eso lo que se siente cuando tienes el don de la visión?

—No exactamente —contestó Sanar—. En general, vemos como breves fogonazos, fragmentos mezclados que pertenecen a muchos futuros diferentes. Se unen durante la guardia. Sólo aquí, en el Observatorio, conseguimos unificar la visión. E incluso entonces, la única persona que lo ve todo es la que ocupa el lugar donde estás tú ahora.

Lirael pensó en lo que acababa de escuchar, estiró otra vez el cuello y el hielo se le coló por la camisa. El techo alto volvía a ser una extensión de hielo. Volvió a mirar hacia abajo y vio que todas las clarvis se marchaban sin pronunciar palabra ni mirar atrás. Las del círculo más externo habían desaparecido sin que ella se percatara, y en ese momento, las que seguían en orden salían en fila india por otra puerta. «El

Observatorio parece contar con muchas salidas —pensó Lirael—, muy pronto saldré yo por una de ellas y no volveré jamás.»

—¿Qué se espera de mí? —preguntó Lirael obligándose a pensar en la visión.

—No lo sabemos —dijo Ryelle—. Llevamos años intentando ver las inmediaciones del lago Rojo sin éxito alguno. Y así, de repente, te hemos visto a ti en la habitación de abajo, la visión que te hemos mostrado y después, un pequeñísimo atisbo en el que aparecías en una barca, en medio del lago, acompañada de ese hombre. Todas esas visiones guardan relación entre sí, está claro, pero no hemos visto nada más.

—Ese hombre llamado Nicholas es la clave —dijo Sanar—. Y en cuanto des con él creemos que sabrás lo que debes hacer.

—¡Pero está con un nigromante! —exclamó Lirael—. ¡Están desenterrando algo terrible! ¿No deberíamos contárselo a la Abhorsen?

—Le hemos enviado mensajes, pero la Abhorsen y el rey se encuentran en Ancelstierre, donde confían en poder impedir un problema que probablemente también guarde relación con eso que has visto en la losa. También hemos dado parte a Ellimere y a su corregente, y es posible que tomen medidas, auxiliados por el príncipe Sameth, el Abhorsen en ciernes. Hagan lo que hagan, lo que sí sabemos es que a ti te ha tocado buscar a Nicholas. Ya sé que la reunión de dos personas en un lago te parecerá poca cosa. Pero es el único futuro que veo en este momento. Todo lo demás se nos resiste, permanece oculto, de modo que ésta es nuestra única esperanza de evitar el desastre.

Lirael asintió, pálida como un papel. Eran demasiadas cosas, estaba exhausta y ya no podía aceptar más emociones. Lo que sí estaba claro era que, al parecer, no la echaban, sino que debía hacer algo importante, no sólo por el bien de las clarvis, sino por el del reino entero.

—Ahora deberemos prepararte para el viaje —agregó Sanar cuando notó lo fatigada que estaba Lirael—. ¿Hay algo personal que desees llevar contigo o algo especial que podamos ofrecerte?

Lirael negó con la cabeza. Quería a la *Perra Canalla* aunque, al parecer, eso no era posible puesto que las clarvis no la habían visto. A lo mejor su amiga se había esfumado para siempre cuando el encantamiento que le había dado origen se encontró con algún contratiempo y desencadenó su fin.

—Mi equipo para salir, supongo —murmuró tras pensárselo mucho—. Y unos cuantos libros. Supongo que también debo llevarme las cosas que encontré.

—En efecto —dijo Sanar, curiosa por saber exactamente de qué se trataba.

Pero no se lo preguntó porque Lirael no tenía ganas de hablar de esas tres cosas porque suponían una complicación más. ¿Por qué se las habían dejado? ¿Para qué le servirían en el mundo exterior?

—También debemos equiparte con arco y espada —dijo Ryelle—. Como corresponde a la hija de una clarvi que emprende un viaje.

—La esgrima no se me da muy bien —comentó Lirael con un hilo de voz, atragantándose al oír que la llamaban «hija de una clarvi». Llevaba tanto tiempo deseando oír aquellas palabras que ahora le sonaban huecas—. Pero manejo bien el arco.

Se cuidó mucho de contarles que su destreza en el manejo del pequeño arco laminado utilizado por las clarvis se debía a que practicaba disparando a las ratas de la biblioteca con flechas desmochadas para no dañar los libros. A la *Perra Canalla* le encantaba ir a buscar las flechas, pero las ratas no eran plato de su devoción, a menos que Lirael se las preparara en salsa con hierbas aromáticas, cosa a que la muchacha, evidentemente, se negaba.

—Espero que no te hagan falta las armas —dijo Sanar. Sus palabras resonaron con fuerza en la enorme caverna de hielo. Lirael se estremeció. Tuvo la impresión de que la esperanza que abrigaba Sanar sería del todo inútil. De repente hacía frío. Casi todas las clarvis se habían marchado; las mil quinientas en bloque, en pocos minutos, como si jamás hubiesen estado allí. Sólo quedaban las dos guardias armadas que vigilaban desde el fondo del Observatorio. Una portaba una lanza; la otra, un arco. A Lirael no le hizo falta acercarse para saber que aquéllas también eran armas poderosas impregnadas de magia del Gremio. Sabía que se habían quedado para asegurarse de que le vendaran otra vez los ojos. Apartó la vista, se quitó la bufanda, la dobló despacio, como midiendo cada movimiento. Se la colocó sobre los ojos, se la ató a la cabeza y esperó muy tiesa a que Sanar y Ryelle la cogieran de los brazos.

—Lo sentimos —dijeron Sanar y Ryelle al unísono.

Daba la impresión de que se disculpaban no sólo por la venda sino por toda la vida de Lirael.

Cuando llegaron a su pequeña habitación, cerca de la Residencia de Jóvenes, Lirael llevaba más de dieciocho horas sin dormir ni probar bocado. Se caía de cansancio, de modo que Sanar y Ryelle siguieron sosteniéndola. Estaba tan exhausta que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de tía Kirrith hasta que ésta no la recibió con un abrazo inesperado, repentino, muy apretado.

—¡Lirael! ¿Qué has hecho ahora? —exclamó tía Kirrith, y su voz retumbó encima de la cabeza de su sobrina, firmemente asida al cuello de su tía—. ¡Eres demasiado joven para salir al mundo!

—¡Tía! —protestó Lirael, tratando de soltarse, incómoda de que la tratasen como a una niña delante de Ryelle y Sanar.

Era muy propio de tía Kirrith intentar abrazarla cuando a ella no le apetecía y no hacerlo cuando necesitaba una demostración de afecto.

—La historia de tu madre vuelve a repetirse —decía Kirrith, al parecer

dirigiéndose tanto a las gemelas como a Lirael—. Se marchará a saber dónde y se meterá en todo tipo de líos con vete a saber quien. I hasta es posible que vuelvas...

—¡Basta ya, Kirrith! —le ordenó Sanar, sorprendiendo a Lirael.

Jamás había oído a nadie hablarle a Kirrith en ese tono. Su tía se mostró francamente sorprendida, porque soltó a Lirael e inspiró muy hondo, con cara de ofendida.

—No puedes hablarme en ese tono, San..., Ry..., quienquiera que seas —dijo al fin tía Kirrith, tras inspirar hondo varias veces—. ¡Soy tutora de las jóvenes y soy la que lleva aquí la voz cantante!

—Y nosotras, de momento, somos la voz de las clarvis —contestaron Sanar y Ryelle al unísono, levantando las varitas que llevaban en la mano. Nos han conferido los poderes de la guardia de los nueve días. ¿Acaso pones en tela de juicio nuestro derecho, Kirrith?

Kirrith las miró, trató de inspirar más hondo aún sin conseguirlo y soltó un sonoro resuello como el sapo al que aplastan de un pisotón, que delataba, a todas luces, de una manera de reconocer la autoridad de las gemelas, aunque no fuera suficientemente digna.

—Busca las cosas que quieres llevarte, Lirael —sugirió Sanar, dándole un toquecito en el hombro—. Pronto deberemos bajar a la barca. Kirrith, ¿qué te parece si hablamos un momento fuera?

Lirael asintió con gesto cansado y se dirigió al arcón donde guardaba la ropa, mientras las otras salían y cerraban la puerta. Sin mirar, metió la mano en el interior. Tocó algo duro y con los dedos lo aferró antes de haber echado un vistazo a lo que era; cuando lo hizo, lanzó un grito de sorpresa al reconocerlo. Se trataba de una figura de la perra tallada en esteatita, la que había encontrado en la cámara del stilken, la que había desaparecido al materializarse la *Perra Canalla*.

Lirael la apretó contra su pecho un instante y una luz de esperanza se abrió paso a pesar del cansancio. No era la perra, pero era una señal de que podía volver a invocarla. Sonriendo metió la estatuilla en el bolsillo de un chaleco limpio y se aseguró de que el hocico de esteatita no asomara por ningún lado. Metió el espejo oscuro en el mismo bolsillo, la zampona en el otro y pasó El libro del recuerdo y el olvido a un bolsito para llevar al hombro que parecía hecho a medida para contenerlo. Guardó el ratón mecánico de emergencia en un rincón del arcón y metió también el silbato. Donde iba a ir no le servirían de nada.

Mientras se desvestía y se lavaba a toda prisa, dando gracias de que al cumplir los dieciocho le hubieran asignado un cuarto más amplio y un lavabo sencillo, Lirael consideró la posibilidad de cambiarse por completo de ropas y llevar algo que no la identificara como clarvi. Sin embargo, cuando llegó el momento de vestirse, volvió a ponerse el uniforme de trabajo de auxiliar segunda de la bibliotecaria. Al fin y al cabo

eso es lo que era. Se había ganado el derecho a lucir el chaleco rojo. Nadie podía quitárselo, aunque no fuese una clarvi hecha y derecha.

Acababa de doblar alguna ropa limpia y de envolverla en la capa y estaba sopesando la utilidad que podía tener, a finales de primavera, el grueso abrigo de lana, cuando llamaron a la puerta y enseguida apareció Kirrith.

—No quería decir nada desagradable sobre tu madre —se explicó Kirrith desde la puerta, algo más contenida—. Arielle era mi hermana pequeña y le tenía mucho cariño. Pero era extravagante, no sé si me explico. Además, tenía una tendencia increíble a meterse en líos. Si no era una cosa, era otra... En fin... no ha sido fácil, con mi puesto de tutora y la obligación de meter a todas en cintura. A lo mejor no te he demostrado... En fin, resulta difícil cuando no puedes ver cómo se sienten o cómo se sentirán los demás con respecto a ti. Lo que quiero decirte es que yo quería a tu madre... y que también te quiero a ti.

—Ya lo sé, tía —contestó Lirael, y sin mirar atrás lanzó el abrigo dentro del arcón.

Apenas un año antes habría dado lo que fuese por escuchar esas palabras, por sentir que encajaba en aquel ambiente. Ahora era demasiado tarde. Se marchaba del glaciar, lo dejaba como había hecho su madre hacía años, cuando abandonó a su hija, al parecer, sin pensárselo dos veces.

Aquello era ya cosa del pasado, pensó Lirael. «Me lo echaré a la espalda, empezaré mi historia de cero. No me hace falta saber por qué mi madre se fue ni quién era mi padre. No me hace falta saberlo», se repitió. «No me hace falta saberlo».

Al mismo tiempo que murmuraba esas palabras entre dientes, no conseguía sacarse de la cabeza El libro del recuerdo y el olvido, guardado en el bolso que pendía de su hombro, ni la zampona y el espejo oscuro, ocultos en los bolsillos del chaleco.

No le hacía falta saber qué había ocurrido en el pasado. Siempre había estado sola entre las clarvis por culpa de su incapacidad para ver el futuro, y ahora estaba sola también en otro sentido. A raíz de una perversa inversión de todas sus esperanzas y de todos sus sueños, le había sido concedido exactamente lo opuesto de lo que había deseado con todo su corazón.

Porque con el espejo oscuro y los conocimientos recientemente adquiridos era capaz de ver el pasado.

Una voz entre los árboles

Oculto a unos pocos cientos de metros de las lindes del bosque, el príncipe Sameth yacía, tendido como un muerto, despatarrado, allí donde había caído del caballo. Llevaba una pierna cubierta de sangre reseca y en algunas hojas de los arbustos que se mecían al compás de la brisa se apreciaban manchas de sangre renegrida. Sólo acercándose mucho a él se notaba que seguía respirando.

Mostrándose menos neurótica de lo esperado, Retoño pastaba pacíficamente en las inmediaciones. De tanto en tanto erguía las orejas y levantaba la cabeza, pero a lo largo de todo el día siguió masticando imperturbable.

Al final de la tarde, cuando las sombras comenzaron a descender de los árboles hasta extenderse y juntarse en el suelo, la brisa se avivó aliviando los efectos del caluroso día de primavera. Acarició a Sam cubriéndolo en parte de hojas, ramitas, telarañas viajeras, cuerpos de escarabajos muertos, hierbas ligeras como plumas.

Una hoja de hierba quedó prendida a su nariz haciéndole cosquillas. Lo acariciaba primero de un lado, luego del otro, sin desprenderse. Como resultado de estos movimientos, a Sameth empezó a picarle tanto la nariz que al final soltó un estornudo.

Sam se despertó. Al principio creyó estar padeciendo la resaca de una tremenda borrachera. Tenía la boca reseca y el aliento le olía fatal. La cabeza se le partía de dolor y las piernas le dolían todavía más. Creyó entonces que debía de haber perdido el sentido en el jardín de vete a saber quién; una situación de lo más penosa. Sólo se había emborrachado de aquella manera en una ocasión anterior y entonces había jurado que jamás repetiría la experiencia.

Se disponía a dar voces, y en el mismo instante en que el graznido reseco y patético abandonaba sus labios, recordó lo ocurrido.

Había matado a dos agentes de policía. Hombres que intentaban cumplir con su deber. Hombres con familia y esposas. Con padres, hermanos e hijos. Esa mañana seguramente habían salido de sus casas sin la perspectiva de una muerte repentina. En ese mismo instante, sus esposas estarían esperando que regresaran a tiempo para la cena.

No, pensó Sameth, incorporándose para mirar sombríamente la luz roja del sol poniente que se filtraba entre el follaje. La pelea había sido a primeras horas de ese día. Las esposas ya sabrían que sus maridos no regresarían nunca más.

Poco a poco, se irguió cuanto pudo y se sacudió las hojas y las ramitas de la ropa. También tuvo que tragarse la culpa, al menos de momento. La supervivencia así lo exigía.

En primer lugar, debía cortarse la pernera del pantalón para examinar la herida. Recordó vagamente haber lanzado el encantamiento que, sin duda, le había salvado la

vida, pero la herida seguía fresca y podía abrirse otra vez. Debía vendársela, porque carecía de la fuerza necesaria para lanzar otro hechizo curativo.

Después, se incorporaría como fuese. Se pondría de pie, cogería a la fiel Retoño y se adentraría aún más en el bosque. Le sorprendía que la policía local aún no hubiese descubierto su paradero. A menos que hubiese conseguido dejar un rastro más confuso de lo que creía o que estuviesen esperando la llegada de refuerzos para iniciar la búsqueda de quien consideraban un nigromante asesino.

Si los agentes de policía, o lo que era mucho peor, la guardia, llegaban a encontrarlo en ese momento, tendría que decirles quién era, decidió Sam. Eso supondría regresar a Belisaere cubierto de oprobio y ser juzgado por Ellimere y Jall Oren. Sólo le quedaba por recorrer la senda de la vergüenza y la infamia. La otra alternativa que tenía ante sí era ocultar de forma deshonrosa su terrible crimen.

Ambas situaciones eran intolerables. Imaginaba la decepción reflejada en las caras de sus padres y no podía soportarlo. Sin duda, sacarían a relucir su incapacidad para ser el Abhorsen en ciernes y eso los volvería locos.

Lo mejor era desaparecer. Internarse en el bosque y esconderse hasta completar su recuperación para proseguir luego camino al pueblo de Borde con una nueva fisonomía creada por medios mágicos, porque estaba seguro de que Nick seguía necesitando su ayuda. Al menos eso sí podía hacerlo. Era imposible que Nick estuviese en un brete peor del que él mismo se encontraba.

Resultó más fácil tomar las decisiones que ponerlas en práctica. Retoño se apartó de él con los ollares dilatados en cuanto intentó sujetarlo por las riendas. No le gustaban el olor a sangre ni los gruñidos de dolor que soltaba Sam de vez en cuando al apoyar sin querer todo el peso del cuerpo en la pierna herida.

Al final consiguió llevarla hasta una especie de rincón sin salida, donde tres árboles le impidieron continuar reculando. Montar fue otra odisea. En cuanto subió la pierna notó una punzada de dolor que lo hizo boquear.

Sam se enfrentaba a un nuevo problema. Oscurecía raudamente y no tenía idea de adonde ir. La civilización y cuanto ésta ofrecía estaban hacia el Este, el Norte y el Sur, pero no se atrevía a enfilar hacia allí sus pasos hasta no haber recuperado fuerzas suficientes para elaborar otro encantamiento con el que cambiar su aspecto y el de Retoño. Hacia el Oeste, el bosque se presentaba lleno de senderos de dudoso uso y destino. Tal vez encontrara en el corazón del bosque algún poblado o casas solitarias, pero no era prudente acercarse a ellos.

Lo más preocupante era que sólo llevaba una cantimplora con agua del día anterior, un mendrugo de pan y un trozo de cecina, las provisiones para emergencias en caso de que entre posada y posada se le despertara el apetito. Había dado buena cuenta de las tortas de jengibre durante el viaje.

Se puso a llover; el viento había empujado las nubes desde el mar y caía un

chaparrón breve que hizo maldecir a Sam. El muchacho se afanó con las alforjas tratando de sacar la capa. Si encima de las heridas que tenía, llegaba a pillar un resfriado, no habría manera de predecir cómo acabaría. Seguramente en una sepultura del bosque, pensó con amargura, y ni siquiera cavada por manos humanas. Apenas un montón de desechos arrastrados por el viento, entrelazados por la hierba que crecería alrededor de sus lastimosos huesos.

Imaginaba este futuro tan deprimente cuando, al tirar de la capa, en lugar de lana, sus dedos tocaron cuero y frío metal. Retiró la mano al instante, la punta de los dedos se le había congelado y teñido de azul. Al darse cuenta de lo que era se dobló sobre la perilla de la silla de montar y soltó un sollozo cargado de miedo y desesperación.

El libro de los muertos. Lo había dejado en su taller, pero se había negado a quedarse allí. Como las campanas. Jamás conseguiría deshacerse de ellos, ni siquiera estando herido y solo en ese bosque tenebroso. Lo seguirían para siempre, hasta el mismo Reino de la Muerte.

Iba a rendirse a la desesperación cuando de la oscuridad de los árboles surgió una voz.

—¿Un principito perdido llorando en el bosque? Vaya, te suponía con muchas más agallas, príncipe Sameth. Aunque cierto es que a veces me equivoco.

La voz ejerció en Sameth y en Retoño un efecto electrizante. El príncipe se irguió en la silla, lanzó un grito de dolor e intentó desenfundar la espada. Retoño, tan sorprendida como su amo, emprendió un medio galope zigzagueante entre los árboles, sin detenerse ante las ramas bajas ni pensar en su amo.

Caballo y jinete avanzaron en medio del ruido de ramas partidas, gritos y relinchos. Cubrieron así unos quinientos metros hasta que Sameth consiguió dominar a Retoño y dirigirla hacia el lugar de donde provenía la voz.

Pese a todo, logró desenfundar la espada. Ya casi se había puesto el sol; en la oscuridad creciente, los troncos de los árboles parecían manchas cenicientas que aguantaban las ramas de las que colgaban las hojas como pesados racimos negros. La persona... o la cosa que había hablado podía muy bien acercársele con sigilo, pero prefería enfrentarse a ella antes que acabar despedido de la silla a golpe de ramas.

La voz tenía un timbre poco natural. El príncipe Sameth notaba en la boca un regusto a magia libre y mucho se temía que fuera obra de aquella voz. Y notaba también algo más. No se trataba de una criatura muerta..., no, no era eso. Aunque podía ser un stilken o un margrú, seres elementales, hijos de la magia libre que de tanto en tanto, sedientos de vida, salían en su busca. Deseó haber leído el libro que le habían regalado por su último cumpleaños, el de Merchane, un tratado sobre sometimiento de estos seres.

Se oyó un crujido de hojas en el árbol más cercano y Sam dio un brinco y levantó la espada poniéndose en guardia. Retoño piafaba, no se descontrolaba de milagro,

porque su amo la presionaba fuertemente con las rodillas. Era tanto el esfuerzo, que las punzadas de dolor le subieron a Sam por el costado, pero no aflojó.

Algo se movía, no cabía duda, subía por el tronco... Allí estaba..., no, por allí no, más allá. Saltaba de rama en rama, a sus espaldas. Tal vez fueran más de uno...

Desesperado, Sam intentó bucear en el Gremio para extraer las señales necesarias con las que urdir un ataque mágico. Estaba demasiado débil, la herida era demasiado reciente, el dolor, demasiado agudo. No conseguía mantener unidas mentalmente las señales. No recordaba el hechizo que quería evocar.

Tal vez con las campanas, pensó en el colmo de la desesperación, intentar nuevos movimientos. Por desgracia, ignoraba cómo utilizar las campanas contra los muertos, por no mencionar a los seres de la magia libre. Le tembló la mano sólo de pensar en la posibilidad de usarlas y se acordó de la muerte. Al mismo tiempo, nació en él una fiera determinación. Por más que la mala suerte se hubiese ensañado con el, no tiraría la toalla ni se dejaría morir. Tenía miedo, no lo negaba, pero era príncipe de la familia real, hijo de Piedra de Toque y Sabriel, vendería su vida al precio más alto que le permitieran sus fuerzas.

—¿Quién se dirige al príncipe Sameth? —gritó; las palabras resonaron ásperas en el bosque sumido en la penumbra—. ¡Déjate ver antes de que te lance un hechizo que te destruya por completo!

—Resérvate el teatro para los que se dejan amendrentar por las fantasmadas —contestó la voz, esta vez acompañada del destello de dos brillantes ojos verdes que, desde lo alto de una rama, encima de la cabeza de Sam, captaron los últimos rayos de sol—. Y puedes considerarte afortunado de que no sea más que yo. Has ido dejando detrás de ti sangre suficiente para convocar a un par de hormagantes.

Tras pronunciar el discursillo, un gatito blanco saltó del árbol, se impulsó desde una rama baja y aterrizó a prudente distancia de las pezuñas de Retoño.

—¡Zapirón! —exclamó Sam, mirándolo de reojo, con mareante incredulidad—. ¿Qué haces tú aquí?

—Buscarte —dijo el gato—. Debería resultarle claro como el agua incluso al más zopenco de los príncipes. El leal siervo de la Abhorsen, ese soy yo. Dispuesto a hacer de canguro sin previo aviso. En donde sea. Sin ningún problema. Anda, baja de ese caballo y prepara una fogata, no sea que de veras haya hormagantes rondando por aquí. Supongo que no habrás tenido la previsión de traer algo que comer, ¿verdad?

Sameth negó con la cabeza y se sintió recorrido por una corriente que no podía considerar lo bastante positiva para calificarla de alivio. Zapirón era un siervo de la Abhorsen, pero también era un ser producto de la magia libre, dotado de un antiguo poder. El collar rojo que llevaba, incrustado de marcas del Gremio, y la campana en miniatura que de él colgaba, eran los signos visibles del poder que lo había engendrado. En otros tiempos había sido Saraneth, la sojuzgadora, la que tañía en ese

collar. Desde que Kerrigor fuera derrotado, la campana que mantenía sometido a Zapirón era una pequeña Ranna. Ranna la adormecedora, la primera de las siete campanas.

Sameth prácticamente no había hablado nunca con Zapirón, puesto que el extraño felino sólo había estado despierto en una ocasión cuando el príncipe visitó la Casa de la Abhorsen y de eso hacía diez años. Como hizo en la ocasión más reciente, el gato se había despertado el tiempo suficiente para robarle a Piedra de Toque el salmón que acababa de pescar y le había dirigido unas cuantas palabras al niño de siete años que contemplaba atónito cómo el gato «eternamente durmiente» se apoderaba de un pescado tan grande como él, dispuesto en una bandeja de plata.

—No lo entiendo —murmuró Sameth desmontando de su yegua con mucho cuidado—. ¿Te ha enviado mi madre a buscarme? ¿Cómo consiguió despertarte?

—La Abhorsen —contestó Zapirón cuando por fin dejó de limpiarse la pata a lametazos con aire majestuoso— no tuvo que ver directamente en ello. Como llevo tanto tiempo unido a esta familia, sencillamente me entero de cuándo se requieren mis servicios. Por ejemplo, cuando aparece un nuevo juego de campanas, sugestivo de que un Abhorsen en ciernes está listo para heredarlas. Tras despertarme, me limité a seguir las campanas.

»Mas no fue el regreso de las campanas de Cassiel lo que me arrancó del sueño —prosiguió Zapirón, pasando a limpiarse la otra pata—. Ya estaba despierto. Algo ocurre en el reino. Se están desvelando cosas que llevaban mucho tiempo dormidas, o las están desvelando y las olas provocadas por su despertar han llegado hasta la Casa de la Abhorsen, porque todo lo que despierta, amenaza a la Abhorsen...

—¿De qué se trata exactamente? —lo interrumpió Sam, presa de ansiedad—. Mi madre dijo que temía que algún mal antiguo planeara cosas terribles. Pensé que podía tratarse de Kerrigor.

—¿Tu tío Rogir? —inquirió Zapirón, como si acabaran de mencionarle a un pariente excéntrico y no al temible adepto y muerto mayor en el que Kerrigor había acabado convirtiéndose—. Ranna lo tiene mucho mejor atado que a mí. Duerme en las profundidades del más profundo sótano de la Casa de la Abhorsen. Y allí seguirá durmiendo hasta el final de los tiempos.

—Ah —suspiró Sam, aliviado.

—A menos que lo que se está desperezando lo despierte también —añadió Zapirón, pensativo—. Y ahora explícame por qué mi viaje de placer a Belisaere y mi visita a sus justamente famosas lonjas de pescado se han visto de pronto interrumpidos por la excursión hasta este bosque. ¿Dónde crees que vas y por qué vas hacia allí?

—Voy en busca de mi amigo Nicholas —le explicó Sam notando que los verdes ojos de Zapirón lo traspasaban en busca de las razones más profundas que el

muchacho se empeñaba en ocultarse a sí mismo.

Desvió la vista y con unas ramas y varios puñados de hojarasca formó un montoncito al que prendió fuego frotando contra la bota uno de los fósforos que llevaba.

—¿Y quién es Nicholas? —preguntó Zapirón.

—Un ancelstierrano, amigo mío del colegio. Me tiene preocupado porque el pobre no tiene ni idea de lo que es esto. Ni siquiera cree en la magia del Gremio, ni en ningún otro tipo de magia, por cierto —comentó Sam mientras echaba ramas más gruesas al fuego—. Piensa que todo tiene una explicación científica, como en Ancelstierre. Pese a que los muertos nos atacaron cerca de la Frontera, se negó a aceptar que no hay más explicación que la magia. Es muy tozudo. Cuando se le mete una idea entre ceja y ceja, no cambia de parecer hasta que no se lo pruebas mediante las matemáticas o algo que considere aceptable. Y en Ancelstierre es importante, porque se trata del sobrino del Ministro Supremo. Lo digo porque tal vez sepas que mis padres se disponen a negociar...

—¿Y dónde está el tal Nicholas? —lo interrumpió Zapirón entrecerrando los ojos.

Sameth vio un instante las llamas reflejadas en ellos antes de que el gato entornara los párpados y se estremeció. En los ojos de algunas criaturas muertas, esas llamas no se percibían como un reflejo.

—Debía esperarme para que me reuniera con él en el Muro, pero ya lo ha cruzado. Al menos es lo que me decía en su carta. Contrató a un guía y de camino a Belisaere pensaba ir en busca de una antigua leyenda llamada «celada de rayos» —prosiguió Sameth echando un tronco al fuego—. No sé de qué se trata ni cómo se enteró de su existencia; al parecer, se encuentra del pueblo de Borde. Y, como no podía ser de otra manera, es justo donde mis padres piensan que se encuentra el enemigo.

Su voz se fue apagando poco a poco cuando se dio cuenta de Zapirón no daba muestras de estar escuchándolo.

—La celada de rayos, cerca del lago Rojo —masculló Zapirón entrecerrando los ojos—. El rey y la Abhorsen están en Ancelstierre, tratando de impedir que una gran multitud encuentre la muerte. Un amigo del Abhorsen en ciernes, un príncipe, si así puede llamársele, al otro lado del Muro. Las clarvis ciegas sólo ven visiones en las que la ruina es completa... Esto no presagia nada bueno; tantas relaciones no pueden ser mera coincidencia. La celada de rayos. No he oído precisamente ese nombre, pero algo se mueve... El sueño se apodera de mi memoria y la embota...

A medida que Zapirón hablaba, su voz se iba suavizando, se transformaba en una especie de ronroneo. Sam esperó a que el gato dijera algo más y entonces cayó en la cuenta de que el ronroneo se había convertido en ronquido. Zapirón se había quedado dormido.

Sam se estremeció, aunque no de frío, y echó más leña al fuego, porque su calor lo reconfortaba. Había dejado de llover, o en realidad nunca se había puesto a llover del todo. Cuatro gotas y un ligero descenso de la temperatura. No eran buenas noticias para Sam, que habría preferido encontrarse bajo una lluvia torrencial. Los últimos días había hecho un calor fuera de lo común para esa época del año, un calor de pleno verano a finales de la primavera, y chaparrones aislados que no llegaban nunca a ser tormentas de verdad. Aquello significaba que los torrentes de primavera se quedarían secos antes de tiempo. Y que los muertos podían viajar a su antojo a lugares distantes al no verse confinados por las corrientes de agua.

Miró otra vez a Zapirón y pegó un salto al comprobar que un ojo brillante lo vigilaba y en él se reflejaba la luz del fuego, mientras el otro seguía firmemente cerrado.

—¿Cómo te has hecho la herida? —ronroneó el gato en voz baja, y sus palabras se confundieron con el crepitar del fuego.

Hablaba como si ya conociera la respuesta pero quisiera, no obstante, confirmar algún aspecto.

Sam se puso rojo, agachó la cabeza y entrelazó las manos en actitud de plegaria.

—Me peleé con dos agentes de policía. Me tomaron por un nigromante. Las campanas... —su voz se apagó, tragó saliva.

Zapirón siguió mirándolo fijamente con aquel ojo sardónico, era evidente que quería oír más.

—Los maté —susurró Sam—. Con un hechizo mortal.

Se hizo un largo silencio. Zapirón abrió el otro ojo y bostezó; la boca rosada dejó al descubierto unos dientes blanquísimos y afilados.

—Idiota. Eres peor que tu padre. La culpa, la culpa, otra vez la culpa —dijo reprimiendo a duras penas el bostezo—. No los mataste.

—¡Cómo! —exclamó Sam.

—No puedes haberlos matado —insistió Zapirón dando varias vueltas sobre sí mismo para aplastar las hojas y hacerse una yacija más cómoda—. Tratándose de siervos que han prestado juramento a la Corona, un encantamiento especial del monarca los protege incluso de los hijos díscolos de éste. Pero ojo, de haberse tratado de cualquier otro inocente, lo habrías fulminado. Qué torpeza la tuya, mira que usar ese hechizo...

—No lo pensé —dijo Sam, inexpresivo.

Sintió un alivio enorme de no ser un asesino. Ahora podía enfadarse sin problemas con Zapirón por tratarlo como a un colegial atolondrado.

—No hace falta que lo digas, porque se nota a la legua —convino Zapirón—. Además, todavía no has empezado a pensar. Si hubiesen muerto, lo habrías notado. Eres el Abhorsen en ciernes, que el Gremio nos ampare.

Sam se tragó la respuesta airada al darse cuenta de que el gato tenía toda la razón. No había sentido la muerte de los policías. Zapirón seguía observándolo con los ojos entrecerrados, como si no le tuviese ninguna confianza.

—Una espiral tras otra —murmuró el gato—. Una pulga tras otra, los idiotas traen al mundo más idiotas...

—¿Qué?

—Hum, estoy pensando —murmuró Zapirón—. Deberías intentarlo tú también, para variar. Despiértame por la mañana. Es posible que te cueste un triunfo.

—Sí, mi señor —dijo Sam con todo el sarcasmo de que fue capaz.

Zapirón ni se inmutó, parecía profundamente dormido.

—Siempre me he preguntado por qué papá decía que a ti las botas te venían pequeñas —agregó Sam, estirando la pierna para comprobar si el vendaje estaba bien.

No añadió que a los siete años, al llegar a la escuela de Ancelstierre, había señalado un dibujo de El gato con botas y en voz alta había repetido algo que había oído a su padre decirle a Sabriel: «A tu puñetero gato las botas le vienen pequeñas». Aquella había sido también la primera vez que le pusieron el gorro de burro y lo mandaron al rincón. «Puñetero» era una palabra vulgar, desterrada del vocabulario tenido por aceptable para los jóvenes caballeritos del Colegio de Estudios Primarios Thorne.

Zapirón no se molestó en contestar. Sam le sacó la lengua y, saltando sobre la pierna sana, arrastró un pedazo de tocón medio podrido y lo echó al fuego. El tocón ardería hasta el amanecer, aunque por las dudas, rompió algunas ramas de las que había tiradas por el suelo y las amontonó a su lado.

Se acostó, con la espada a mano y la silla de Retoño a manera de almohada. Hacía una noche cálida, no precisó taparse con la capa ni con el maloliente sudadero de Retoño. La yegua dormitaba no lejos de su improvisada cama; la había maneado para impedir que emprendiera alguna de sus nerviosas aventuras. Zapirón dormía junto a Sam, con más aspecto de perro de caza que de gato.

Por unos instantes, Sam pensó en velar y montar guardia, pero tenían tan pocas fuerzas que ni siquiera podía mantener los ojos abiertos. Además, se encontraban en el corazón del reino, cerca de Belisaere. Al menos en los últimos diez años, aquellos parajes habían sido seguros. Por ventura, ¿qué podría alterar esa calma?

Muchas cosas, pensó Sam, mientras el sueño libraba una batalla contra su percepción de los sonidos más sutiles que flotaban en el bosque nocturno. Las palabras enigmáticas de Zapirón lo habían dejado muy preocupado, y seguía catalogando potenciales horrores y asociándolos a los ruidos cuando el cansancio se apoderó de él y se quedó dormido.

Lo despertó la caricia del sol que se filtraba a través del espeso dosel de los árboles. El fuego seguía ardiendo y el humo se elevaba en el aire dibujando volutas

hasta que Sam se incorporó, entonces cambió de dirección y le fue directo a la cara.

Zapirón seguía dormido, enroscado en una apretada bola blanca, casi sepultado en las hojas.

Sam bostezó e intentó ponerse en pie. Se había olvidado de la herida de la pierna, que ahora notaba tan agarrotada que se dejó caer al suelo soltando un grito de dolor. Al oírlo, Retoño dio un brinco hasta donde se lo permitieron las maniotas y puso los ojos en blanco. Sam comenzó a murmurarle palabras cariñosas para calmarla al tiempo que se apoyaba en un robusto arbolito para ponerse de pie.

Zapirón no se despertó ni en ese momento ni más tarde, siguió durmiendo plácidamente hasta que Sam hubo terminado de vendarse la herida y lanzar un pequeño hechizo del Gremio para calmar el dolor y mantener a raya la infección. El gato siguió durmiendo incluso cuando Sam sacó algo de pan y cecina con los que desayunó frugalmente.

Cuando terminó de comer, Sam cepilló a Retoño y luego la ensilló. Sólo le quedaba tapar los restos de la fogata, por lo que decidió que había llegado la hora de soportar otra dosis de insultos del mordaz felino. —¡Zapirón! ¡Despierta!

El gato ni se movió. Sam se acercó un poco y volvió a gritar: —¡Despierta!

Pero a Zapirón no se le movió ni un pelo del bigote.

Al final, cogió al gato del collar y lo sacudió despacio. Aparte de notar el zumbido y la interacción de la magia libre y la del Gremio, nada ocurrió. Zapirón siguió durmiendo.

—¿Qué tengo que hacer para que te levantes? —preguntó Sam, mirándolo desde arriba.

Esta aventura, o este rescate, para ser más precisos, se le estaba yendo de las manos. Apenas llevaba tres días fuera de Belisaere y ahí estaba, apartado del camino principal, herido y en compañía de un ser producto de la magia libre que podía llegar a convertirse en muy peligroso. Su pregunta le planteó otra que había tratado de evitar: ¿Qué iba a hacer ahora?

No esperaba respuesta a ninguna de las dos preguntas, pero al cabo de mi momento, el gato, en apariencia dormido, soltó una contestación apagada:

—Ponme en la silla de montar. Despiértame cuando encuentres algo decente para comer. A ser posible, pescado.

—De acuerdo —contestó Sam encogiéndose de hombros.

Levantar al gato sin mover la pierna herida resultó tarea difícil, pero al final lo consiguió. Acunó a Zapirón en el hueco del antebrazo y con delicadeza lo depositó en la alforja izquierda, después de comprobar que no fuera la que contenía las campanas y El libro de los muertos. No le hacía gracia la idea de que los tres estuvieran juntos, aunque no conocía ningún impedimento para que se reunieran.

Al final, Zapirón quedó cómodamente instalado, asomando apenas la cabeza.

—Cabalgaré con rumbo al Oeste por este bosque, luego a campo traviesa hasta el bosque de Sindle —le explicó Sam acomodando el estribo y metiendo en él el pie, listo para montar—. Cruzaremos el bosque de Sindle hasta el río Renegado. Seguiremos su curso hacia el Sur hasta que consigamos una barca que nos lleve a Qyrre. Desde allí no deberíamos tardar mucho en alcanzar el pueblo de Borde y, con un poco de suerte, encontraremos a Nick enseguida. ¿Te parece buen plan?

Zapirón no le contestó.

—De modo que nos pasaremos uno o dos días en este bosque —continuó Sam mientras reunía fuerzas para tomar impulso y montar. Le gustaba hablar en voz alta de sus planes, de esa manera se le hacían más reales y sensatos. Sobre todo cuando Zapirón dormía y no podía criticárselos—. Cuando abandonemos el bosque, seguro que encontramos una aldea o un campamento de carboneros o algo así. Nos venderán lo que necesitemos hasta cruzar el bosque de Sindle. Probablemente, una vez allí, nos encontremos con leñadores o gente por el estilo.

Dejó de hablar para montar y tuvo que reprimir un grito de dolor. La herida de la pierna no le molestaba tanto como el día anterior, pero seguía dando la lata. Y estaba un poco mareado, como si tuviese la cabeza en una nube. Tendría que ir con cuidado.

—Por cierto —dijo, azuzando a Retoño para que echara a andar—, anoche me diste la impresión de que sabías algo sobre la celada de rayos que Nick fue a buscar. No te hizo ni pizca de gracia oírla nombrar, pero te quedaste dormido antes de contarme nada más. Me preguntaba si tiene algo que ver con el nigromante...

—¿Un nigromante? —fue la respuesta inmediata que maulló Zapirón saltando de la alforja y acurrucándose delante de Sam mirando en todas las direcciones mientras se le erizaban los pelos del lomo.

—Que no está aquí. Decía que empezaste a hablar de la celada de rayos y que me preguntaba si tenía que ver con Chlorr de la Máscara o el otro nigromante, el que... bueno, el otro al que me enfrenté.

—¡Uff! —le soltó Zapirón con aire sombrío volviendo a meterse en la alforja.

—¡Dime algo, pues! —exigió Sam—. ¡No puedes pasarte el día durmiendo!

—¿Ah, no? —preguntó Zapirón—. Puedo pasarme un año entero durmiendo. Sobre todo cuando no hay pescado, un detalle del que has olvidado ocuparte.

—¿Qué es la celada de rayos? —exigió saber Sam, tirando suavemente de las riendas para que Retoño se desviara más hacia el Oeste, por un sendero bien trillado.

—Ni idea —contestó Zapirón en voz baja—. Pero no me gusta nada como suena. Una celada de rayos. ¿Una cosechadora de rayos? Es imposible que se trate de...

—¿De qué? —preguntó Sam.

—Probablemente no sea más que una coincidencia —dijo Zapirón medio amodorrado mientras los ojos se le volvían a cerrar—. A lo mejor tu amigo sólo va a ver un sitio donde los rayos caen con más frecuencia de la debida. Aunque aquí hay

en juego ciertos poderes, poderes que detestan cuanto está relacionado con el Gremio, los linajes y los pilares. Barrunto confabulaciones y planes pergeñados desde tiempos inmemoriales, Sameth. No me gusta nada. No me gusta nada de nada.

—¿Y entonces qué hacemos? —inquirió Sam, presa de la ansiedad.

—Buscar a tu amigo Nick —susurró Zapirón con voz cada vez más apagada, muy amodorrado—. Antes de que tu amigo encuentre... lo que quiera que busque.

"Cuando el muerto echa a andar, corriente de agua has de buscar"

Impulsado por el alarmante presentimiento de Zapirón, Sam espoleó a Retoño con todas sus fuerzas y abandonó el bosquecillo sin nombre antes de lo calculado, la noche del primer día; a continuación, cruzó las verdes colinas y los campos labrados. Aquella región formaba parte de las Tierras del Centro del Reino Antiguo, un ancho cinturón salpicado de pequeñas aldeas, granjas y rebaños de ovejas, que se extendía hacia el Oeste casi hasta llegar a Estwael y Olmond. Aparte de Sindle, en el Norte no había más poblados hasta Yanyl, a veinte leguas de la margen derecha del Renegado. Aquella región, mayormente despoblada durante el interregno, había conseguido recuperarse con rapidez bajo el reinado de Piedra de Toque, pero seguía contando con muchos menos habitantes que en el período de apogeo del reino.

Dado que su anterior disfraz le resultaba más bien una carga, Sam deshizo el hechizo del Gremio con el que se había convertido en viajero y recuperó su apariencia normal. Retoño estaba bien como iba, las palas cubiertas de barro y un aspecto de lo más corriente. El joven príncipe distaba mucho de parecer lo que era dado con la ropa sucia y mojada de sudor, y resultaba difícil ver en él al Sam al que todos estaban habituados. Se había inventado una historia en caso de que le preguntaran algo. Diría que era el hijo menor de un capitán de la guardia mercante de Belisaere, en viaje desde el Norte, para visitar a un primo cerca de

Chasel, que iba a emplearlo como criado.

Se cambió otra vez la venda y consiguió calzarse los pantalones de recambio, para que las manchas de sangre no delataran que lo habían herido. No consiguió disimular la cojera, aunque con el sombrero tuvo mejor suerte, porque había sufrido la humillación de que le cortaran el ala por la mitad, con lo cual tapaba menos la cara y llamaba menos la atención.

Nada más salir del bosque, llegaron a un pueblo, o más bien un caserío, porque sólo contaba con siete casas. No obstante, cerca de allí había un pilar del Gremio. Sam notaba su presencia, en algún punto, detrás de las casas. Sintió la tentación de acercarse y utilizarlo para que lo ayudara a preparar otro hechizo curativo más potente, pero de ese modo llamaría la atención de los habitantes del caserío.

No había posadas. Y pese a que conseguir una cama mullida era vana esperanza, se las arregló para comprar algo de pan casi fresco, un conejo recién guisado y varias manzanas dulces a una mujer que llevaba un carro lleno de provisiones a su granja.

Zapirón durmió todo el tiempo que duró el regateo, oculto debajo de la solapa de la alforja, atada con un nudo flojo, lo cual era un alivio. Sam no tenía la más remota idea de por qué el gato blanco viajaba con él. Lo mejor era no preguntárselo siquiera.

El príncipe Sameth siguió cabalgando hasta que se hizo de noche y Retoño comenzó a meterse en el barro que cubría los lados de lo que, al parecer, era un camino. No se veía nada. Echó mano de la magia del Gremio para confeccionar una luz y encontraron un almiar con un hueco en un lado y lo usaron como refugio. Zapirón siguió durmiendo, ajeno al hecho de que Sam quitara las alforjas y parte del barro de sus botas y de su cabalgadura.

El muchacho intentó despertarlo para preguntarle más cosas sobre la celada de rayos. La campana que mantenía hechizado a Zapirón funcionaba a las mil maravillas y su tañido soñoliento se oía cada vez que el gato se movía como si fuera a despertarse. La miniatura de Ranna conseguía incluso que a Sam le entrara modorra cuando se acercaba demasiado a ella, así que se echó al lado del gato, se acomodó lo mejor que pudo y se quedó dormido.

El día siguiente fue más o menos como el primero. Como era lógico, teniendo en cuenta la delgada yacija de paja en la que había dormido, a Sam no le costó nada levantarse antes del amanecer y obligar a Retoño a cabalgar a un ritmo más rápido de lo que a la yegua le agradaba.

Poca gente se cruzó en el camino de Sam, si es que a aquello podía llamársele camino, porque apenas alcanzaba la categoría de sendero de tierra batida; el muchacho habló poco con esas personas aunque lo hizo con amabilidad y dulzura, por temor a que lo descubriesen. Decía lo suficiente para no llamar la atención cuando compraba comida o preguntaba cuál era la mejor manera de cruzar el bosque de Sindle y llegar al Renegado.

Se llevó un susto mayúsculo en una aldea, donde se había detenido a comprar algo de grano para Retoño y una bolsa de cebollas y pastinacas para él. Dos agentes de policía se acercaron a caballo sin aminorar el paso, lo saludaron y enfilaron hacia el Este. Al parecer, no había comenzado a correr la noticia de que un peligroso nigromante anduviera suelto ni de que un príncipe hubiera desaparecido, o eso, o él no tenía aspecto de ser ni lo uno ni lo otro. Fuera cual fuese el motivo, Sam se sintió agradecido.

A rasgos generales, fue un viaje sin incidentes, aunque muy cansado. Sam pasaba gran parte del tiempo pensando en Nick, en sus padres v en sus propios defectos. Y esos pensamientos lo llevaban siempre al enemigo. Cuanto más pensaba, más se convencía de que el nigromante que le había causado las quemaduras era el artífice de los problemas que aquejaban al reino. Aquel nigromante tenía poderes suficientes, lo había demostrado al tratar de atrapar y dominar a Sam.

Sobre todo, Sameth no dejaba de darle vueltas a lo que debía hacer y a lo que podía ocurrir. Imaginó varias situaciones horrendas y, por más que se estrujaba los sesos, no se le ocurría cuál podía ser la mejor manera de solucionarlas si llegaban a hacerse realidad. A medida que transcurrían los días, imaginaba cosas peores y

aumentaba su convicción de que Nicholas debía de haberse topado con algo maligno en la celada de rayos. Tal vez con la muerte.

A los cuatro días de su encuentro con los policías, Sam llegó a lo alto de una colina desde donde divisó las verdes lindes umbrías del antiguo bosque conocido con el nombre de Sindle. Parecía más grande, más sombrío y más abandonado que el bosquecillo donde había encontrado a Zapirón. Los árboles eran más altos, al menos los que él veía en las lindes, y no alcanzaba a distinguir sendero alguno.

Sam contemplaba el bosque pero sus pensamientos estaban muy lejos de allí. La situación de Nick le pesaba como una losa, lo mismo que la presencia de El libro de los muertos y las campanas. Se trataba de cosas que ahora estaban íntimamente relacionadas, porque la cuestión era que si Sam quería rescatar a Nick, si su amigo se encontraba en aprietos, la única esperanza que le quedaba era convertirse en un hábil Abhorsen. Si el enemigo se había apoderado de Nick, probablemente lo utilizaría para chantajear al Ministro Supremo de Ancelstierre y poner trabas al plan con que Sabriel y Piedra de Toque querían impedir la matanza de los sureños, la consiguiente invasión de los muertos y la posible caída del Reino Antiguo y...

Sam lanzó un suspiro y volvió la mirada hacia las alforjas. Su imaginación estaba desbocada. Fuera cual fuese la situación, debía hacer un esfuerzo supremo para leer el libro y ser un salvador y no un simple idiota que cabalgaba derechito hacia el desastre, la muerte o la esclavitud.

Cabía siempre la posibilidad de que Zapirón mintiera. Sam sospechaba del gato y recordaba vagamente que el felino jamás abandonaba la Casa de la Abhorsen sin la Abhorsen. Cierto era que Sabriel no podía habérselo llevado a Ancelstierre en su misión diplomática y cabía la posibilidad de que le hubiera otorgado la libertad de salir de la casa. Por otra parte, Sabriel guardaba el anillo con que podía controlar al ser de la magia libre en que Zapirón podía convertirse en caso de que fallara el hechizo vinculante que lo dominaba. Si la criatura que Zapirón llevaba dentro llegaba a soltarse, mataría a cuanto Abhorsen se cruzara en su camino. En este caso, a Sam. Sabriel no habría dejado salir al gato sin asegurarse al mismo tiempo de que le llevara el anillo a Sam.

A lo mejor, el hecho de que su madre no estuviese en Ancelstierre, al otro lado del Muro, había permitido a Zapirón hacer lo que le venía en gana.

O tal vez Zapirón había sido sobornado por el enemigo con el fin de guiar a Sameth hacia la muerte...

Concentrado como iba en sus amargos pensamientos y en manejar a Retoño lo mejor posible a medida que bajaban la colina, el frío estremecimiento que le recorrió la espina dorsal lo pilló por completo desprevenido. En ese mismo instante, sintió que lo vigilaban. Algo muerto lo vigilaba.

Raudo acudió a su memoria el antiguo poemita que tantas veces le habían hecho

repetir cuando era niño:

Cuando los muertos echan a andar corrientes de agua has de buscar.
Porque del agua el muerto huye sea ancho río o cazo que bulle.
A falta de agua, busca el fuego.
Si ambos fallan, se acabó el juego.

Y mientras iba repitiendo mentalmente los versos, Sam miró el sol. Le quedaba algo más de una hora de luz. Acto seguido, buscó agua corriente, un arroyo o un río, y vio un reflejo plateando entre las sombras, cerca de las lindes del bosque. A mayor distancia de la que hubiera deseado.

Espoleó a Retoño en esa dirección y notó que el miedo crecía en sus entrañas recorriéndole hasta el último músculo. No veía a la criatura muerta, pero estaba cerca. Notaba su espíritu como quien siente la palma de una mano húmeda y pegajosa. Para colmo, debía de tener mucha fuerza, de lo contrario no se habría arriesgado a salir antes de ponerse el sol.

A Sam se le doblaron las rodillas, reflejo de la urgente necesidad de atizar a Retoño para que echara a galopar. Por desgracia, hubo de contenerse, porque seguían bajando la colina por terreno accidentado. Si Retoño llegaba a caer sobre él, quedaría atrapado y sería presa fácil del muerto...

No. Lo mejor era no pensar en eso. Volvió a observar los alrededores y entrecerró los ojos cuando su mirada topó con la bola rojiza y amarilla del sol en el horizonte. La criatura se encontraba en algún lugar a sus espaldas..., no..., a su derecha.

Sam estaba al borde de la histeria cuando constató que las criaturas eran dos, tal vez más. Debían de ser los braceros fantasmas que se escabullían entre las piedras, al amparo de las sombras, y lo hacían con tanto sigilo que era imposible verlos hasta que se lanzaban al ataque.

Tanteó la alforja y la abrió. Si no lograba llegar a tiempo hasta una corriente de agua, las campanas serían su única defensa contra los braceros fantasmas. Ridícula defensa, puesto que no sabía cómo usarlas correctamente y podían volverse en su contra.

Notó otro muerto que se movía; el corazón le dio un vuelco al comprobar la velocidad de aquella cosa. Se plantó a su lado y Sam seguía sin verlo. ¡Se plantó a su lado a plena luz del sol!

Levantó la vista. Una mancha negra rondaba el aire, encima de su cabeza, imposible que las flechas la alcanzaran. Detrás de ella había otra y más arriba, otras más.

No se trataba de braceros fantasmas. Sino de cuervos sanguinarios. Y donde había dos, había muchos más. Los cuervos sanguinarios se creaban siempre en bandadas;

eran cuervos corrientes y molientes a los que se mataba en una ceremonia ritual y se les infundía fragmentos de un único espíritu muerto. Guiados por esa única inteligencia rota, aquellas bolas de carne podrida y plumas volaban impulsadas por la fuerza de la magia libre... y mataban por obra y gracia de su número.

Sam oteó el horizonte con detenimiento y no vio a más de dos. Era evidente que ningún nigromante iba a malgastar su poder para crear sólo un par de cuervos sanguinarios. Eran fáciles de eliminar siempre que no atacaran en bandada. Una estocada acabaría con un solo cuervo, pero hasta el más hábil de los guerreros podía ser derrotado por cien de ellos si atacaban a la vez porque sus picos buscaban los ojos y el cuello. No tenían la costumbre de salir cuando hacía sol. El hechizo que les daba vida sufría la erosión del calor y la luz, del mismo modo que el viento hacía pedazos su forma física.

A menos que, pensó Sam, en lugar de utilizar la vitalidad de un solo espíritu muerto para crear una bandada de cien, se hubiesen limitado a repartirla nada más entre dos y se tratara, efectivamente, sólo de dos cuervos sanguinarios. Si era así, durarían mucho más y serían más fuertes pese al sol. También podían ser utilizados para hacer algo más que atacar.

Como vigilar, pensó con tristeza, al comprobar que los dos pajarracos evitaban acercársele. Se mantenían encima de él, volando en círculos lentos, probablemente marcando su posición para que al caer la noche los muertos se abalanzaran sobre él.

Como confirmación de sus pensamientos, uno de los cuervos sanguinarios, el que estaba más lejos, soltó un graznido burlón y ronco, e impulsado más bien por la magia que por el batir de las alas, salió volando hacia el Sur dejando caer plumas podridas.

Con toda seguridad se trataba del mensajero y estaba claro que el otro era el vigilante, encargado de seguirle el rastro al príncipe desde lo alto del cielo.

Por un momento consideró la posibilidad de lanzarle un hechizo destructivo, pero estaba demasiado lejos y seguramente los cuervos debían de contar con instrucciones precisas para eludirlos. Además, Sam seguía debilitado por la herida de la pierna. Sabía que debía conservar los poderes cuando cayera la noche.

Sin despegar los ojos de aquella negra mancha, el príncipe espoleó a Retoño para que continuara avanzando. Desde donde se encontraba, el arroyo no parecía llevar mucha agua, pero le ofrecería cierta protección. Tras una breve vacilación, sacó la bandolera con las campanas y se la colocó. El peso de las campanas y su poder le pesaban sobre el pecho causándole una enorme fatiga, quitándole el aliento. Si ocurría lo peor, procuraría utilizar las menores, echando mano de las lecciones recibidas de su madre. Aquellas lecciones habían sido apenas una introducción a los estudios que había abandonado. A Ranna, al menos, la podía sacar sin temor a verse arrastrado contra su voluntad al reino de los muertos.

Una voz rezongona no dejaba de repetirle en su fuero interno que era demasiado tarde para sacar El libro de los muertos y aprender algo más sobre el derecho que había heredado al nacer y que ahora podía salvarle la vida. Pese a todo, el miedo a ser atacado por los muertos no era lo bastante profundo para imponerse al que le inspiraba el libro. Si lo leía, podía muy bien darse el caso de que acabara en el Reino de la Muerte. Era mejor luchar contra los muertos en el reino de los vivos, con sus escasos conocimientos, que enfrentarse a ellos en el país de los muertos.

Sam creyó oír una risita burlona a sus espaldas que no se parecía a la de Zapirón. Se volvió, la mano instintivamente cogió la espada, pero no vio nada. Sólo al gato que seguía durmiendo en una alforja y El libro de los muertos en la otra. Sam soltó la empuñadura, humedecida por el sudor de sus dedos temblorosos, y volvió a mirar en dirección del arroyo. Si el lecho era liso, cabalgaría siguiendo la corriente hasta donde pudiera. Con suerte, lo llevaría en dirección oeste hasta el Renegado, un río caudaloso que ni siquiera los muertos mayores se atrevían a cruzar.

Desde allí, le dijo una voz cobarde en su interior, podría llegar en barca hasta la Casa de la Abhorsen. Donde estaría a salvo. A salvo de los muertos, a salvo de todo. ¿Qué sería entonces, le preguntaba otra voz, del pobrecito Nick, de sus padres, del reino? Ambas voces callaron cuando Sam se concentró en cabalgar colina abajo, a lomos de Retoño, hacia la prometida seguridad del arroyo.

Sam perdió de vista al cuervo sanguinario cuando las sombras de los árboles y la noche engulleron los últimos rayos de luz. Seguía notando la presencia del espíritu muerto que había bajado un poco, envalentonado por la oscuridad.

Aunque no tanto para acercarse al agua corriente que borboteaba a ambos lados del improvisado campamento de Sam. El arroyo había resultado un pequeño chasco y una prueba patente de que los deshielos de la primavera comenzaban a mermar. Apenas tenía diez metros de ancho y era tan poco profundo que permitía vadearlo. No obstante, menos daba una piedra y Sam había encontrado un pequeño islote, apenas una estrecha franja de arena, por cuyos costados el agua discurría veloz.

Ya había encendido una fogata, puesto que no tenía sentido ocultarse con el cuervo sanguinario volando en círculos en lo alto del cielo. Para que su campamento fuese lo más seguro posible sólo le quedaba conjurar un rombo protector del tamaño suficiente para contenerlo a él, a su caballo y la fogata.

Si las fuerzas le bastaban, pensó Sam, mientras obligaba a Retoño a no moverse. Después de pensárselo mejor, se quitó la bandolera con las campanas, que cada vez se le hacía más pesado llevar. Luego, cojeando un poco se plantó delante de Retoño, adoptó la postura para lanzar el hechizo, desenvainó la espada y la extendió al frente. Manteniendo así la pose, inspiró hondo cuatro veces para oxigenar al máximo su cuerpo cansado.

Buscó entonces las cuatro marcas cardinales del Gremio con las cuales crear los

vértices del rombo protector. En su mente tomaron cuerpo los símbolos necesarios, extraídos del flujo incesante del Gremio.

Para que no cambiasen, se concentró en ellos conteniendo el aliento, y sobre la arena, frente a él, trazó el perfil de la primera marca, la marca del este. Cuando hubo terminado, la marca del este grabada en su mente bajó por su acero en forma de lengua de fuego dorado y llenó de luz el perfil depositado sobre la arena.

Sam fue cojeando hasta situarse detrás de Retoño, más allá de la fogata, y dibujó la marca del sur. Cuando ésta cobró vida, de la marca del este partió una línea de fuego amarillo en dirección a ella y se formó una barrera impenetrable para los muertos y el peligro físico. Como todo su afán era proseguir con el hechizo, Sam no miró su obra. Si llegaba a fallar en ese momento, el rombo quedaría incompleto.

Sameth había conjurado muchos rombos protectores en su vida, pero nunca estando herido y exhausto. Cuando se encendió la última marca, la correspondiente al Norte, el muchacho soltó la espada y se dejó caer sin resuello sobre la arena mojada.

Impulsada por la curiosidad, Retoño volvió la cabeza para mirar a su amo, pero no se movió. El príncipe pensó en la posibilidad de inmovilizarla con un hechizo para impedir que se saliera sin querer del rombo, pero la yegua se quedó quieta. A lo mejor era porque olía al cuervo sanguinario.

—Por lo visto estamos en peligro —le dijo al oído a Sam una voz soñolienta.

El muchacho se incorporó y vio que Zapirón salía, no sin grandes esfuerzos, de la alforja, depositada al lado del fuego y de una pila, quizás insuficiente, de leña húmeda.

Sam contestó que sí con la cabeza porque se había quedado momentáneamente mudo. Apuntó al cielo, en el que empezaba a titilar alguna que otra estrella solitaria y la enorme franja blanca dejada por un cirro en forma de cola de caballo. Altas en el cielo, hacia el Sur, también se veían nubes negras en las que crepitaban los relámpagos, pese a que no había señales de lluvia.

Del cuervo sanguinario no se veía ni una sola pluma putrefacta, pero Zapirón parecía saber lo que Sam le indicaba con el dedo. El gato se incorporó sobre los cuartos traseros, olisqueó el aire y con una pata cazó distraídamente un mosquito gigante que, con toda seguridad, acababa de darse un festín con Sam.

—Un cuervo sanguinario —dijo—. Sólo uno. Sí que es raro.

—Ha estado siguiéndonos —dijo Sam aplastando de un manotazo varios mosquitos que le habían aterrizado en la frente—. Había dos, pero el otro se fue volando. Hacia el Sur. Seguro que para recibir órdenes. ¡Malditos insectos!

—Esto es obra de un nigromante —convino Zapirón olisqueando otra vez el aire —. Me pregunto si él... o ella... estará buscándote a ti en concreto. O si es pura mala suerte de un viajero díscolo.

—Podría tratarse del mismo que me atrapó antes, ¿no? —preguntó Sam—. No

sé... Sabía dónde estábamos mi equipo de críquet y yo...

—Es posible —respondió Zapirón siguiendo con la vista clavada en el cielo—. Es bastante extraño que por aquí haya cuervos sanguinarios o que un nigromante menor se atreviera a atacarte, a menos que actuase con el apoyo de una fuerza rectora. No cabe duda de que estos cuervos son más atrevidos de lo que les corresponde por naturaleza. ¿Has pescado algo para mí?

—No —contestó Sam, sorprendido por la manera súbita en que el gato había cambiado de tema.

—Qué desconsiderado —apuntó Zapirón olisqueando el aire—. No me quedará más remedio que pescármelo yo mismo.

—¡No! —gritó Sam incorporándose—. ¡Romperás el rombo! No tengo fuerzas para volver a conjurarlo. ¡Aay! ¡Que el Gremio maldiga a estos mosquitos!

—No lo romperé —dijo Zapirón, fue hacia la marca del oeste y con cuidado sacó la lengua. La marca soltó un fogonazo blanco que deslumbró a Sam.

Cuando por fin consiguió ver, Zapirón estaba del otro lado, inclinado sobre el agua, atento, con una pata levantada como un oso pescador.

—Será fanfarrón —masculló Sam.

Se preguntó cómo lo habría conseguido el gato. El rombo seguía intacto, las líneas de fuego mágico ardían sin pausa entre el brillo de las marcas cardinales. Sólo faltaba que el rombo ahuyentara también a los mosquitos, pensó el muchacho, y de un manotazo estampó a los que se le habían posado en el cuello convirtiéndolos en manchas sangrientas. Estaba claro que en la lista de daños físicos contra los que protegía el hechizo no se incluían sus picaduras. Sonrió de pronto al recordar algo que había metido en su bolsa.

Estaba sacando ese objeto de la alforja cuando la marca del oeste volvió a soltar un fogonazo; era Zapirón que regresaba al interior del rombo. El gato llevaba en la boca dos truchas pequeñas; la luz de la fogata y el fulgor del Gremio se reflejaban en las escamas de los pescados arrancándoles destellos irisados.

—Éste lo puedes asar —dijo Zapirón, depositando el pescado más pequeño al lado del fuego—. ¿Qué es eso?

—Un regalo para mi madre —contestó Sam, orgulloso, y luego depositó en el suelo una rana mecánica con piedras preciosas incrustadas, dotada de un interesante detalle anatómico: unas alas de bronce cubiertas de delicadísimas plumas—. Una rana voladora.

Zapirón miraba con interés mientras Sam acariciaba el lomo de la rana y ésta comenzaba a brillar por obra de la magia del Gremio, al tiempo que el enviado encerrado en el cuerpo mecánico despertaba del sueño. Abrió un ojo turquesa, luego el otro, los párpados de oro, finos como el papel, se retiraron hacia atrás. Acto seguido, batió las alas; las plumas descaradas chocaron entre sí.

—Muy bonito —dijo Zapirón—. ¿Hace algo más? La rana voladora se encargó de contestar la pregunta. Saltó de pronto en el aire, sacó una lengua roja, larga y vibrátil, con la que atrapó varios mosquitos desprevenidos. Batiendo con furia las alas y describiendo una espiral, persiguió a otros insectos, dio buena cuenta de ellos y aterrizó satisfecha a los pies de Sam.

—Coge insectos —explicó Sam no sin cierta satisfacción—. Se me ocurrió que a mi madre podría serle útil, dado que se pasa mucho tiempo en las ciénagas persiguiendo muertos.

—La has hecho tú —dijo Zapirón, mientras observaba a la rana voladora que, dando otra vez saltos y haciendo mil piruetas, volvía a perseguir a sus presas—. ¿El invento es todo tuyo?

—Sí —contestó Sam, cortante, y esperó alguna crítica a su trabajo.

El felino no abrió la boca, se limitó a observar las acrobacias aéreas de la rana: sus ojos verdes no se perdían un solo movimiento. Luego clavó la vista en Sam y el muchacho se puso nervioso. Intentó sostenerle la mirada, pero tuvo que apartarla... Fue entonces cuando de pronto cayó en la cuenta de que había muertos por ahí cerca. Muchos muertos que se acercaban a ojos vistas.

Zapirón también notó su presencia, evidentemente, porque se levantó de un salto, siseó y los pelos del lomo se le erizaron formando una cresta. Retoño también los olió y se estremeció. La rana voladora se metió volando en las alforjas.

Sam escudriñó la oscuridad, haciendo visera con la mano porque le molestaba la luz del fuego. La luna se había ocultado detrás de una nube, pero el agua reflejaba el fulgor de las estrellas. Sentía la presencia de los muertos pululando en el bosque, pero la oscuridad entre las ramas de los añosos árboles era muy profunda. No se veía nada.

Sólo se oían el murmullo de las hojas, el chasquido de las ramas y, de vez, en cuando, alguna pisada, mientras incesante, como música de fondo, sonaba el borboteo constante del arroyo. Fuera lo que fuese que estuviese acercándose, al menos tenían forma física. Podía tratarse de braceros fantasma. O de glims, o de mordacis, o de cualquiera de las muchas especies de muertos menores. No percibía nada más poderoso, al menos por el momento.

Su naturaleza era desconocida, pero estaba claro que había al menos una docena a ambos lados del arroyo. Sam se olvidó del cansancio y la cojera y recorrió el rombo para comprobar las marcas. El agua corriente no era lo bastante profunda y caudalosa, por tanto, apenas conseguiría disuadir a los muertos. El rombo sería su verdadera protección.

—Tal vez haya que renovar las marcas antes del amanecer —comentó Zapirón viendo que el muchacho inspeccionaba el rombo—. No las has conjurado muy bien que digamos. Deberías dormir un poco antes de volver a intentarlo.

—¿Cómo voy a dormir? —susurró Sam, bajando instintivamente la voz, como si

evitar que los muertos lo oyeran fuera a cambiar algo.

Ya sabían dónde estaba. Y él ya percibía su olor, el hedor a carne putrefacta, a moho de sepulcro.

—No son más que braceros —dijo Zapirón mirando hacia el exterior del rombo —. Es probable que no ataquen mientras dure el rombo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Sam, secándose el sudor de la frente y, de paso, quitándose varios mosquitos aplastados.

Le pareció ver a los muertos..., altas formas entre los troncos oscuros de los árboles. Cadáveres horribles, destrozados, obligados a regresar a la vida, sometidos a los caprichos de un nigromante. Despojados de su inteligencia, perdida toda humanidad, dotados sólo de una fuerza descomunal, impulsados por un ansia insaciable de la vida que ya no tenían. De la vida de Sam.

—Podrías ir a su encuentro y enviarlos de vuelta al reino de los muertos —sugirió Zapirón y empezó a comerse el segundo pescado por la cola. Sam no lo había visto zamparse el primero—. Tu madre lo haría —añadió el gato con malicia al ver que Sam no respondía.

—Yo no soy mi madre —repuso Sam con la boca reseca. No hizo ademán de recoger las campanas, pese a que notaba su presencia allí, depositadas sobre la arena, y sentía su llamada. Querían que las utilizaran para luchar contra los muertos. Casi todas podían convertirse en un peligro para quien las tañera, eran potencialmente traicioneras. Tendría que usar a Kibeth para conseguir que los cadáveres dirigieran sus pasos de regreso al reino de los muertos, y no era nada improbable que el resultado fuera justamente el contrario y quien acabara allí fuera él.

—¿Es el caminante quien escoge el camino, o el camino el que escoge al caminante? —preguntó Zapirón de pronto, los ojos fijos otra vez en la cara sudorosa de Sameth.

—¿Qué? —preguntó el príncipe, distraído. Esa misma frase se la había oído a su madre, pero ni entonces ni ahora le encontraba sentido—. ¿Y eso qué significa?

—Significa que no has terminado de leer El libro de los muertos —contestó Zapirón con un tono rarísimo.

—Bueno, no, todavía no —contestó Sam, desconsolado—. Voy a terminarlo, lo que pasa es que yo...

—También significa que estamos en un brete —lo interrumpió Zapirón mirando ahora la oscuridad circundante—. ¡Yo creía que a estas alturas sabrías lo suficiente para protegerte!

—¿Qué ves? —preguntó Sam.

Oyó que algo se movía corriente arriba, ramas que se rompían, piedras que caían al agua.

—Aquí llegan los braceros fantasmas —contestó Zapirón sombríamente—. Dos

de ellos se escudan detrás de los árboles. Dirigen a los braceros para que construyan un dique en el arroyo. Supongo que atacarán en cuanto el agua deje de correr.

—Ojalá... ojalá fuera un Abhorsen como está mandado —susurró Sam.

—¡A tu edad deberías serlo! —exclamó Zapirón—. Supongo que habrá que arreglarse con lo que sabes, Por cierto, ¿dónde está tu espada? Con un acero que no esté encantado no podrás atravesar ni cortar la materia de la que están hechos los braceros fantasmas.

—La dejé en Belisaere —contestó Sam, tras una vacilación—. No creí que... No sabía lo que hacía. Pensé que a lo mejor Nick estaba metido en un lío, pero no en algo tan gordo.

—Ése es el problema de criarse como un príncipe —gruñó Zapirón—. Siempre esperas que los demás te saquen las castañas del fuego. O te vuelves como tu hermana, y te piensas que sin tu intervención nada funciona. Es un milagro que sirváis para algo.

—¿Qué puedo hacer ahora? —preguntó Sam humildemente.

—Nos queda cierto margen antes de que el caudal del agua disminuya —contestó Zapirón—. Debes intentar dotar de magia a tu espada. Si eres capaz de hacer una rana como ésa, estoy seguro de que no te resultará complicado.

—Sí —dijo Sam, desanimado—. Eso sé hacerlo. Se concentró en la espada, hurgó una vez más en las cartas del Gremio en busca de las marcas correspondientes al filo y la disolución, magia que haría estragos en la carne de los muertos y en los espíritus.

Con gran esfuerzo obligó a las marcas a meterse en la hoja y las vio escurrirse sobre el metal, despacio, como un chorro de aceite que lo empapa todo.

—Eres hábil —observó el gato—. Muy hábil. Me recuerdas a... No consiguió terminar la frase; un grito terrible surcó la noche, acompañado de un frenético chapoteo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sam dirigiéndose hacia la marca del norte, con la espada ya encantada en alto.

—Un bracero —contestó Zapirón riéndose entre dientes—. Se ha caído en el agua. Quien controla a estos muertos está muy lejos, mi señor. Y estos braceros fantasmas son débiles y muy torpes.

—Entonces no todo está perdido —susurró Sam. El curso del arroyo no pareció verse muy afectado por el dique que iban construyendo corriente arriba, y el rombo seguía brillando con fuerza. Tal vez no ocurriera nada antes del amanecer.

—Al contrario —dijo Zapirón—. Al menos esta noche. Pero mañana la noche volverá a caer, y pasado también, y así hasta que lleguemos al río Renegado. ¿Qué harás entonces?

Sam seguía sin saber qué contestar cuando el primer bracero fantasma echó a correr gritando como un poseso, se metió en el agua y fue directo hacia el rombo

soltando chispas plateadas en la noche.

A la carrera hacia el río

El amanecer llegó despacio por las lindes del bosque de Sindle; la luz tiñó primero las copas de los árboles y tardó lo suyo en colarse entre las ramas e iluminar las sombras oscuras del suelo. Se abrió paso al fin tras perder en el camino todo su calor y convertirse en un fulgor verdoso y diluido, que sólo consiguió hacer retroceder las sombras sin eliminarlas por completo.

El sol alcanzó el islote de Sameth y su protección mágica mucho más tarde de lo que el muchacho habría deseado. El fuego se había apagado hacía rato y, tal como Zapirón había presagiado, mucho antes de que comenzara a clarear, Sam se había visto obligado a renovar el rombo protector, echando mano de unas reservas de energía que ignoraba poseer.

Y con la luz llegó la prueba fehaciente de lo ocurrido durante la noche. El lecho del arroyo estaba casi seco, el dique construido por los muertos corriente arriba seguía en pie. Alrededor del islote había seis cadáveres destruidos por obra y gracia de la magia del Gremio: cascarones abandonados por los muertos cuando la protección mágica del rombo había quemado tantos nervios y músculos que los cuerpos quedaban inservibles.

Receloso, Sam clavó en ellos los ojos hinchados y enrojecidos y observó cómo los rayos de sol iban reptando por los hediondos restos. Se había fijado especialmente en la manera en que los espíritus muertos abandonaban los cuerpos, como las serpientes al mudar la piel, pero en medio de la confusión de sus ataques suicidas, no supo a ciencia cierta si se habían ido todos. Todavía podía quedar alguno merodeando por allí, dosificando sus fuerzas, soportando el sol, con la esperanza de que Sam se confiara demasiado y saliera de los límites del rombo.

El príncipe Sameth notaba la presencia de algunos muertos, pero con toda probabilidad se trataba de braceros fantasmas, refugiados durante el día en las madrigueras de los conejos o las nutrias, ocultos en la tierra negra, debajo de las piedras, donde debían estar.

Finalmente, el sol salió en todo su esplendor iluminando el lecho del arroyo y entonces Sam dejó de sentir la presencia de los muertos, aunque el cuervo sanguinario seguía firme en su puesto de vigilancia, volando en círculos allá en el cielo. Suspiró aliviado, se estiró tratando de que se le pasara el calambre del brazo en que empuñaba la espada y el dolor de la pierna herida. Estaba exhausto, pero vivo. Al menos durante un día más.

—Será mejor que prosigamos viaje —sugirió Zapirón, que había dormido gran parte de la noche, ajeno al alboroto producido por los braceros fantasmas al intentar romper el rombo.

Tenía pinta de volver a quedarse dormido en cualquier momento.

—Si el cuervo sanguinario es tan tonto como para acercarse más, mátalo —añadió con un bostezo—. Eso nos dará ocasión de escapar. —¿Y con qué quieres que lo mate? —preguntó Sam, agobiado. Aunque el cuervo sanguinario se acercara más, Sam estaba demasiado cansado para lanzar un hechizo del Gremio, para colmo, no llevaba arco ni flechas.

Zapirón no le contestó. Había vuelto a dormirse, ovillado dentro de la alforja, listo para que lo pusieran a lomos de Retoño. Sam suspiró y se obligó a continuar ensillando su cabalgadura. Entretanto, le daba vueltas al problema que representaba el cuervo sanguinario. Tal como Zapirón había dicho, si continuaba siguiéndolos, otros muertos sabrían dónde encontrarlos. Y entonces, tal vez tendría que enfrentarse a uno de los muertos mayores, o a un mordicante, o a una legión de muertos menores. Sam debía pasar al menos las dos noches siguientes en el bosque y, a medida que transcurrieran las horas, estaría más y más cansado y sin fuerzas para conjurar un rombo protector...

«Sin embargo —pensó, mirando el lecho seco del arroyo y los cientos de guijarros maravillosamente redondeados—, tengo fuerzas para poner la marca de la puntería en una piedra y hacerme una honda con la camisa de recambio que llevo.» Incluso sabía cómo utilizarla. Jall Oren se había empeñado siempre en adiestrar a los herederos del trono en el manejo de todo tipo de armas.

Por primera vez en muchos días, una sonrisa asomó al rostro de Sam borrando el cansancio. Levantó la vista. Ahí estaba, el cuervo sanguinario volaba en círculos aunque más bajo que el día anterior, envalentonado porque Sam no disponía de arco ni flechas y por su evidente incapacidad de hacer nada bien. La posibilidad era bastante remota, pero una piedra con un encantamiento del Gremio podría salvar la distancia.

Sin dejar de sonreír, Sam se arrodilló, disimuladamente cogió varias piedras y arrancó las mangas a la camisa de recambio. Decidió que dejaría que el cuervo sanguinario los siguiera un buen rato, para que fuera animándose más. Y entonces pagaría por espiar a un descendiente del Reino Antiguo.

Sam condujo a Retoño en dirección oeste, por el lecho del arroyo, hasta llegar a otro curso de agua más grande, donde tuvo que elegir hacia dónde seguir viaje. Corriente arriba, hacia el noreste o corriente abajo, hacia el Suroeste.

En el cruce tuvo un momento de vacilación, se ocultó detrás de Retoño para que no lo viesen mientras lanzaba una marca sobre la piedra y la colocaba en la honda improvisada. Al ver que Sam titubeaba, el cuervo sanguinario voló en círculos más bajos para ver bien qué rumbo tomaba. El agua corriente del arroyo más caudaloso disuadió al pajarraco y se veía que esperaba a que el muchacho regresara sobre sus pasos.

Sam esperó a tenerlo lo más cerca posible. Entonces se apartó de Retoño y la

honda zumbó encima de su cabeza. En el momento justo gritó un «¡Aaah!» y soltó la piedra.

El cuervo sanguinario sólo tuvo un instante para reaccionar, pero como era torpe, el sol lo deslumbraba y, además, era un muerto viviente, voló derechito en dirección de la piedra y cuando ésta hizo impacto, en el cielo se produjo una explosión de plumas, huesos resecos y trocitos de carne putrefacta.

Con gran satisfacción primero, e inmensa alegría después, Sam contempló la caída de la asquerosa criatura. El amasijo de plumas se esparció por el arroyo salpicando agua a diestro y siniestro, y el fragmento del espíritu muerto que iba dentro fue raudamente desterrado al lugar de donde había salido. Y cuando esto ocurría, los demás fragmentos del mismo espíritu eran arrastrados de vuelta al reino de los muertos. De modo que los cuervos sanguinarios que lo compartían caerían en picado, inexplicablemente, allí donde estuvieran.

Tras el desplome del cuervo sanguinario, el príncipe Sameth no sintió ya la presencia de más muertos en las inmediaciones. A esas alturas del día, los braceros fantasmas estarían bien escondidos. La inteligencia que los gobernaba a distancia podía adivinar que Sam enfilaría por el arroyo que fluía hacia el Suroeste, en dirección al Renegado, pero no lo sabría con certeza, por lo que cabía la posibilidad de que se viese en la necesidad de dividir sus fuerzas, en cuyo caso, aumentarían las posibilidades de huir del muchacho.

— Tenemos una posibilidad, Retoño —anunció Sam alegremente conduciendo a su yegua hacia una senda utilizada por los animales, que corría paralela al arroyo—. Está claro que tenemos una posibilidad.

Sin embargo, a medida que avanzaba el día, la esperanza se fue mostrando esquiva con Sam, y cuando la marcha se hizo más lenta y difícil, se vio obligado a desmontar y seguir a pie. El arroyo se había hecho mucho más profundo y rápido, pero también más estrecho, apenas tres o cuatro zancadas de ancho, por lo que resultaba imposible recorrerlo ni levantar un campamento protegido por ambos lados.

El sendero también se había estrechado y estaba lleno de maleza. Para avanzar, Sam tuvo que cortar ramas bajas, arbustos y zarzamoras. Las manos se le llenaron de rasguños y heridas sangrantes que atraían a las moscas sedientas. Y por la noche, serían un reclamo para los muertos. Olían la sangre a kilómetros de distancia, y si era fresca, llegaban más deprisa.

A última hora de la tarde, Sam empezó a desesperarse. Estaba completamente exhausto. Esa noche, la construcción del rombo protector iba a quedar descartada. En cuanto intentara visualizar las marcas, se dormiría, y los muertos encontrarían su cuerpo indefenso tendido en el suelo.

Era tanto su cansancio que tenía los sentidos embotados, se le cerraban los ojos, lo veía todo borroso y el ruido de los cascos de Retoño le llegaba amortiguado, era

apenas un suave susurro que la yegua arrancaba al suelo indulgente del bosque.

Sumido en esa especie de letargo, tardó varios segundos en darse cuenta de que los cascos de Retoño producían, de repente, un sonido más fuerte, y que la fresca luz verde del bosque había dado paso a algo más brillante, más intenso. Miró hacia arriba, parpadeó y comprobó que habían llegado a un amplio claro. El claro tendría, sin exagerar, unos cien pasos de ancho, se abría en el bosque de sureste a noroeste y continuaba en ambos sentidos hasta donde alcanzaba la vista. En sus bordes crecían arbolitos jóvenes, pero el centro estaba desnudo y un camino adoquinado lo dividía en dos.

Sameth echó una mirada al camino y luego hacia el sol, que había quedado prácticamente oculto a la vista bajo el umbroso techo del bosque.

—Faltan dos, tal vez tres horas para que anochezca —masculló dirigiéndose a Retoño, mientras ajustaba el estribo y montaba—. Hoy has tomado tu buena ración de avena, ¿no es así, Retoño? Por no hablar de lo ligera que has ido, al no tener que cargar conmigo. Ahora tendrás que devolverme el favor, porque vamos a cabalgar.

Le entró la risa al pensar en una expresión que había visto en las sesiones de cinematógrafo del Somersby Orpheum de Ancelstierre.

—¡Vamos a cabalgar, Retoño! —repitió—. ¡A cabalgar como el viento!

Una hora y media más tarde, Retoño ya no corría como el viento, sino que iba al paso, le temblaban las patas, tenía los flancos empapados en sudor y echaba espuma por la boca. Sam no estaba en mejor forma, volvía a andar, para permitirle a su yegua que se recobrara. No sabía a ciencia cierta si le dolía más la pierna o el trasero.

Pese a todo, y gracias a la presencia providencial de aquel camino, habían recorrido seis o siete leguas. No se trataba de uno de los caminos reales, sino que había sido construido y convenientemente drenado hacía mucho tiempo, por lo que resultaba bastante practicable. Subieron una cima empinada por la que el camino discurría en línea recta, sin curvas. Cuando llegaron a lo alto, Sam levantó la cabeza, con la esperanza de divisar el río Renegado antes de que el día tocara a su fin. Según sus cálculos, la cabalgata le había permitido ahorrar un día de viaje a pie por el bosque, de manera que debían de estar cerca del río. Debían de estar cerca del río...

Se puso un momento de puntillas, pero no vio nada. Aquella cima era un incordio, pues estaba plagada de alturas engañosas y molestas hondonadas. ¡Seguramente vería el Renegado de un momento a otro!

¡Patatac! ¡Patatac! Los cascos de Retoño resonaron al golpear el camino, con tanta fuerza como el corazón desbocado de Sam, pero mucho más despacio. Impulsado por una mezcla de miedo y esperanza, el corazón de Sameth latía veloz.

Más adelante se alzaba la cima propiamente dicha. Sam avanzó un poco más, tratando de ver, pero el sol, aquella enorme bola roja que se hundía por el Oeste, se ponía justo enfrente de él deslumbrándolo.

Entornó los párpados, casi cerró los ojos e hizo visera con la mano para volver a mirar... y allá, debajo del sol, divisó la gruesa cinta azul, que soltaba destellos anaranjados hacia el cielo.

—¡El Renegado! ¡Ay! —exclamó Sam cuando se golpeó el dedo gordo del pie al tratar de superar la cima. Hizo caso omiso del dolor momentáneo. Allá estaba el río caudaloso cuyas aguas mantendrían alejados a los muertos. ¡El río que sería su salvación! El único inconveniente, pensó entonces, presa del pánico, era que todavía se encontraba a media legua de distancia y que ya caía la noche. Y con ella habían llegado los habitantes del Hades. No muy lejos, tal vez delante de él, había tres muertos vivientes. El camino por el que transitaba se juntaba con el camino de sirga del Renegado; desde allí lo estarían vigilando.

Lo peor de todo, pensó, mirando el río, era que no había planificado estrategia alguna para cuando lo hubiese alcanzado. ¿Y si no encontraba allí ni barcas ni balsas?

—Date prisa —le dijo Zapirón, a sus espaldas, desde su refugio en el interior de la alforja. Fue tal la sorpresa de Sam que dio un brinco y asustó a Retoño—. Debemos ir hacia el molino y buscar cobijo allí.

—Yo no veo ningún molino —dijo Sam dubitativo, y volvió a hacer visera con la mano.

No divisaba ninguno de los detalles que rodeaban el río. Le ardían los ojos por la falta de sueño, notaba en ellos como una arenilla y se sentía tan torpe como un bracero muerto.

—Claro que hay un molino —le contestó Zapirón, cortante.

Dando un brinco que sobresaltó al príncipe, salió de la alforja para subirse al hombro de su compañero de viaje y añadió:

—La rueda no da vueltas... Con suerte estará abandonado.

—¿Por qué? —preguntó Sam, medio adormilado—. ¿No sería mejor que hubiera gente? Conseguiríamos comida y agua...

—¿Y que los muertos se dieran un banquete con el molinero y su familia? —lo interrumpió Zapirón—. No tardarán en dar con nosotros... si no lo han hecho ya.

Sam no contestó, se limitó a animar a Retoño con una palmada en el cogote. Pensó que a lo mejor no la cansaba tanto si se levantaba apoyándose en los estribos. Rogó en silencio porque su yegua consiguiera cubrir aquella distancia, pues si se veía obligado a andar el resto del trayecto, dudaba mucho que pudiera llegar.

Como de costumbre, Zapirón estaba en lo cierto. Sameth notó la proximidad de los muertos; al levantar la mirada vio en lo alto del cielo dos motitas negras surgiendo de la noche que avanzaba por el Este, el nigromante que los dirigía contaba con un buen surtido de cuervos sanguinarios. Y siempre que aparecía un cuervo, no tardaban en llegar otros desde el hades, enviados por su amo en busca de su presa.

Zapirón también vio a los cuervos sanguinarios y le susurró a Saín al oído:

—Ahora ya no hay duda. Esto es obra de un nigromante que te tiene especial ojeriza, príncipe Sameth. Sus sirvientes te seguirán dondequiera que vayas, y ese malvado utilizará a todas las criaturas del reino de los muertos para conducirte a tu fin.

Sam tragó saliva. El eco de aquel funesto presagio resonó en sus oídos, venía cargado de la magia libre contenida en la silueta del gato posado sobre su hombro. Palmeó con fuerza en la grupa a su yegua para que se lanzara al galope. Acto seguido, dijo lo primero que se le cruzó por la cabeza:

—Zapirón, cierra la boca.

Retoño se desplomó a menos de un cuarto de legua del molino, consumida por el último trecho cubierto al galope y el peso muerto de Sam, de pie en los estribos. El muchacho consiguió bajarse a tiempo para no quedar aplastado debajo de su cabalgadura. Zapirón saltó de su hombro y se alejó lo más posible.

—Reventada —dijo Zapirón con brío, sin mirarla, sus ojos verdes escrutaban con insistencia la noche—. Se están acercando.

—¡Ya lo sé! —gritó Sam apresurándose a retirar las alforjas de su cabalgadura y a echárselas al hombro.

Se inclinó para acariciar la cabeza de Retoño, pero el animal no respondió. Tenía los ojos en blanco, vueltos casi por completo hacia atrás. Sam empuñó las riendas y trató de hacerla levantar, pero la yegua no hizo nada por colaborar y el muchacho estaba demasiado débil para obligarla.

—¡Date prisa! —le rogó Zapirón, paseándose alrededor—. Ya sabes lo que debes hacer.

Sam asintió y volvió la vista atrás, hacia donde estaban los muertos vivientes. Eran muchos. Una legión de muertos, siluetas oscuras que se movían torpemente, agolpándose en la oscuridad. Sus amos los habían sacado a la fuerza de algún osario lejano y los habían obligado a caminar incluso bajo el sol. Avanzaban lentos, pero implacables. Si el príncipe Sameth se entretenía un minuto más, caerían sobre él como ratas sobre un perro extenuado.

Sacó la daga y palpó el cuello de Retoño. El pulso de la arteria principal latió débil e irregular bajo sus dedos. Posó la punta de la daga en la arteria, pero no la hundió.

No puedo —murmuró—. Podría recuperarse.

—¡Los muertos se beberán su sangre y se darán un banquete con su carne! —exclamó Zapirón—. Este animal te ha servido fielmente, no debes hacerle eso. ¡Clávale la daga!

—No puedo arrebatar una vida. Aunque se trate la de una yegua, ni siquiera por piedad —dijo Sam levantándose vacilante—. Me di cuenta después de... después de lo ocurrido con los agentes de policía. Esperaremos juntos.

Zapirón siseó y dando un salto, se plantó sobre el cogote de Retoño y con una pata trazó una línea de fuego blanco que lo recorrió de lado a lado. Durante un momento, nada ocurrió. Luego, la sangre comenzó a manar a borbotones salpicando las botas de Sam y cayendo en olas calientes sobre su cara. Retoño dio los últimos estertores... y murió.

Sam la sintió morir y apartó la cabeza, incapaz de mirar el oscuro charco que se fue formando debajo del animal.

Algo le rozó las espinillas. Zapirón, que lo incitaba a ponerse en marcha. Cegado, el muchacho se dio la vuelta y caminó con dificultad hacia el molino. Retoño estaba muerta y Sam sabía que Zapirón había hecho lo único que era posible. Aun así, le parecía mal.

—¡Deprisa! —insistió el gato, bailando alrededor de los pies de Sameth, una mancha blanca en la oscuridad.

El príncipe Sameth oía a los muertos a sus espaldas, el entrechocar de huesos, el rechinar de las secas rodillas dobladas en ángulos imposibles. El miedo se encargó de borrar el cansancio de un plumazo impulsándolo a moverse, pero el molino parecía muy, muy lejos.

Tropezó y a punto estuvo de caer, sin saber cómo, recuperó el equilibrio y siguió adelante. La herida de la pierna le daba unos pinchazos que le llegaban a la cabeza, ayudándolo a despejarse. Aunque su yegua ya no existiera, no había motivos para que él la siguiera al Reino de la Muerte. El cansancio le había hecho acariciar por un momento la idea de dejarse estar.

Allá adelante se alzaba el molino, construido en el poderoso río Renegado, con el saetín, la compuerta y la rueda enclavados en la orilla. No tenía más que llegar al saetín, abrir la compuerta y el molino contaría con la defensa perfecta del agua corriente desviada desde el río.

Se arriesgó y echó una mirada por encima del hombro y volvió a tropezar, sorprendido por la negrura, la proximidad y el número de los muertos. Eran más que una legión, avanzaban en filas desde todas las direcciones, los más próximos se encontraban a poco más de quinientos pasos. Sus caras cadavéricas parecían bandadas de polillas flotando espectrales bajo la luz de las estrellas.

Muchos muertos lucían restos de bufandas y sombreros azules. Sam se los quedó mirando. ¡Eran cadáveres de sureños! Probablemente se tratara de los que su padre había intentado encontrar.

—¡Corre, idiota! —gritó Zapirón lanzándose a la carrera delante de él.

Los muertos que venían detrás se dieron cuenta, al fin, de que su presa podía escapar. Los músculos chirriaron, súbitamente obligados a cobrar velocidad, y las gargantas sin vida lanzaron extraños y secos gritos de guerra.

Sam no miró más. Oía sus pesados pasos, el ruido de succión de la carne podrida,

forzada a superar incluso sus límites mágicos. Sam echó a correr, el aliento le quemaba la garganta y los pulmones, notaba fuertes pinchazos por todo el cuerpo.

Consiguió llegar al saetín, un canal estrecho y profundo, con los muertos pisándole los talones. Cuatro pasos más y cruzó las tablas del sencillo puente; una vez del otro lado, le dio una patada y lo lanzó al saetín. Pero el canal estaba seco, de modo que los primeros braceros muertos se tiraron de cabeza y empezaron a trepar por el otro lado. Detrás venían más braceros, fila tras fila, una marea de muertos, imposible de contener.

Desesperado, Sam corrió a la compuerta y la rueda que la subiría para dejar entrar las aguas rugientes del Renegado en el saetín, donde cubrirían a los muertos que habían conseguido colarse.

La rueda estaba herrumbrada y la compuerta, atascada. Sam empujó la rueda de hierro con todo el peso de su cuerpo, hasta que se partió dejándole en la mano un trozo de la estructura herrumbrada.

El primer bracero muerto consiguió izarse por el saetín y fue hacia él. Estaba oscuro, muy oscuro, pero Sam alcanzaba a distinguirlo. En otro tiempo fue humano, pero la magia que lo había devuelto a la vida le había contorsionado el cuerpo como siguiendo los caprichos de un artista enloquecido. Los brazos le colgaban por debajo de las rodillas, la cabeza ya no estaba a continuación del cuello sino que reposaba sobre los hombros, y la boca se abría hacia arriba ocupando el sitio donde antes estaba la nariz. Detrás de ese horror venían más, otras siluetas deformes que salían del saetín subiendo la escalera formada por las palas de la rueda del molino.

¡Por aquí! —ordenó Zapirón, dando un coletazo, y entró de un salto por la puerta del molino.

Sam intentó imitarlo, pero el bracero muerto le impedía el paso, la boca esquelética sonreía burlona y llena de dientes, sus largas manos extendidas, los dedos esqueléticos arqueados, listos para aferrado.

Sam sacó la espada y lo atravesó con un hábil movimiento. Las marcas del Gremio grabadas en la hoja refulgieron, una nube de chispas púrpuras surgió en plena noche a medida que el metal encantado se introducía en la carne muerta.

El bracero retrocedió, quebrado aunque no derrotado, con un brazo colgando de una fina articulación. Sin sacar la espada, Sam lo empujó para apartarlo de sí y, acto seguido, asestó dos estocadas a otros tantos muertos que se le habían acercado. Se dio la vuelta, frenó de un tajo limpio al que intentaba sorprenderlo por la espalda y se retiró al interior del molino.

—¡La puerta! —escupió Zapirón desde algún lugar a sus pies.

Sam tanteó la madera y con desesperación aferró el borde de la puerta y la cerró con fuerza en las narices de los muertos. Zapirón saltó hacia arriba, su pelambre rozó la mano de Sam, y un golpe seco le indicó al muchacho que el felino acababa de bajar

la tranca. La puerta estaba cerrada, de momento.

No se veía nada. La oscuridad era total, sofocante. Sam ni siquiera alcanzaba a divisar el blanco y brillante pelaje de Zapirón.

—¡Zapirón! —gritó el muchacho. Su voz destilaba pánico.

Aquella palabra se vio de pronto ahogada por un gran estrépito: los braceros muertos se abalanzaban contra la puerta. Eran demasiado lerdos para buscar un tronco y usarlo de ariete.

—Aquí estoy —contestó el gato, más tranquilo que nunca—. Tantea el suelo.

Sam obedeció más deprisa de lo que le hubiese gustado reconocer; sus dedos aferraron a Zapirón por el collar, obra de la magia del Gremio. Tuvo un momento de duda atroz, pensó que sin querer le había arrancado el collar. Luego, el gato se movió, la miniatura de Ranna tintineó y el chico supo que el collar seguía en su sitio. El sonido de Ranna desencadenó una ola de somnolencia que envolvió a Sam, pero aquello no fue nada comparado con el alivio de saber que el collar seguía firmemente ceñido al cogote del gato. Estando los muertos tan cerca como estaban, y con la puerta a punto de ceder a los constantes embates, haría falta algo más que una miniatura de Ranna para que le entrara sueño.

—Por aquí —ordenó Zapirón, una voz incorpórea en la oscuridad.

Sam notó que se movía y lo siguió rápidamente, con todos los sentidos concentrados en la puerta que dejaban atrás.

Zapirón se dio media vuelta de repente; Sam continuó andando y su espada golpeó contra algo duro, rebotó y no le dio en toda la cara porque consiguió reaccionar a tiempo; envainó y a punto estuvo de cortarse. Tendió la mano para palpar con qué había chocado.

Descubrió otra puerta, una puerta que debía conducir al río. Le llegaba el rumor del agua corriente, apenas audible en medio de los golpes de los braceros muertos al lanzarse contra la entrada. El ruido reverberaba hasta alcanzar la parte alta del molino. Pese al alboroto, no habían conseguido pasar; Sam agradeció en silencio al molinero por haber hecho una construcción tan sólida.

Con manos temblorosas dio con la tranca y la levantó; buscó luego la argolla con que se abría el candado. Le dio una vuelta, se resistió, le dio otra vuelta, presa del pánico. ¿No estaría la puerta cerrada por fuera?

A sus espaldas, los goznes chirriaron, cedieron al fin y la otra puerta cayó hacia adentro. Los braceros muertos se precipitaron hacia el interior, soltando gritos roncos, ecos inhumanos de los gritos de triunfo de los vivos.

Sam le dio otra vuelta a la argolla y la puerta se abrió de pronto. Y él cayó despatarrado hacia adelante por unas escaleras que daban a un estrecho embarcadero. Aterrizó sobre éste con un golpe seco y notó un dolor agudo en la pierna herida, pero no le hizo caso. ¡Por fin había llegado al Renegado!

Y otra vez veía, no muy bien, pero veía gracias a las estrellas y su reflejo en el agua. Delante de él, a pocos pasos, fluía el río caudaloso. Vio una bañera de latón, era enorme, de las utilizadas para bañar a varios niños de una tacada, lo bastante espaciosa como para que un adulto cupiese en ella bien repantigado. Nada más verla, Sam fue hacia ella, la empujó hasta el río y la sujetó con una mano para que no se la llevara la corriente mientras echaba dentro la espada y las alforjas.

—Retiro lo dicho —comentó Zapirón metiéndose en la bañera de un salto—. No eres tan tonto como pareces.

Sam quiso contestarle, sus labios se negaron a obedecerlo. Se metió en la bañera sin soltarse del último escalón en que acababa el embarcadero. La bañera se hundió de forma alarmante, pero una vez sentado dentro, quedaban unos cuantos centímetros de obra muerta.

Cuando dio un impulso para enfilarla hacia el centro de la corriente, un ramillete de muertos asomó por la puerta. El primero retrocedió espantado ante la proximidad de tanta agua corriente, los que venían detrás, sin embargo, continuaron empujando y el bracero cayó hacia la improvisada embarcación.

La criatura muerta lanzó un grito agónico al tiempo que intentaba subir las escaleras a saltos; por un instante aquel grito sonó como si proviniera de un vivo. Tratando de encontrar asidero, agitó las manos mientras caía; lo único que consiguió fue cambiar de dirección y acabar zambulléndose en las aguas del Renegado. Los gritos se perdieron en la distancia, envueltos en un fulgor de chispas plateadas y fuego dorado.

No terminó dentro de la improvisada embarcación por un margen escaso de dos palmos. La ola del impacto estuvo a punto de llenar la bañera. Sam contempló los momentos finales de la criatura, se fijó en los muertos que habían quedado como congelados en la puerta, en lo alto de las escaleras, y notó en su interior un alivio enorme.

—Asombroso —dijo Zapirón—. Hemos conseguido escapar. ¿Qué haces?

Sam dejó de retorcerse y en silencio le enseñó el trozo de jabón arrucado y reseco por el sol sobre el que acababa de sentarse. Apoyó la cabeza y se agarró de los bordes para disfrutar del dulce río que los había salvado.

—De hecho —añadió Zapirón—, creo que hasta podría felicitarte.

Sam no le contestó. Se había quedado dormido.

TERCERA PARTE

El Reino Antiguo

Decimoctavo año de la restauración del rey Piedra de Toque I

La exploradora

La barca se encontraba amarrada a un muelle subterráneo que Lirael conocía, aunque sólo lo había visitado una vez, hacía muchos años. Estaba construido en uno de los extremos de una amplia caverna; por el opuesto, abierto al mundo, entraba el sol a raudales. Debajo del muelle, las aguas del Renegado bullían vigorosas. Una fila de carámbanos atravesaba la boca de la caverna y daban testimonio de la presencia del glaciar, un poco más arriba, igual que los trozos de hielo y la nieve que crujía de vez en cuando.

Había varias barcas amarradas; el instinto le dijo a Lirael que la embarcación curvada y estrecha, de un sólo mástil, era la suya. Llevaba grabada en la popa una paloma colipava y lucía un mascarón de proa arqueado que representaba a una mujer con los ojos desmesuradamente abiertos. Aquellos ojos parecían apuntar en dirección a Lirael, como si la barca supiera quién iba a ser su siguiente pasajero. La muchacha creyó por un momento que el mascarón de proa le había guiñado un ojo.

Sanar señaló hacia la embarcación y le dijo:

—Ésa de ahí es la Exploradora. Te llevará sin tropiezos hasta Qyrre, río abajo. Ha hecho ese viaje en mil ocasiones o más, de ida y vuelta, a favor o en contra de la corriente. Conoce bien el río.

—No sé navegar —dijo Lirael, nerviosa, al notar que las marcas del Gremio se movían silenciosas por el casco, el mástil y las jarcias. Se sintió pequeña y tonta. Estaba fatigada y ver el mundo exterior que se extendía más allá de la boca de la caverna le produjo unas ganas inmensas de ocultarse en un rincón y echarse a dormir —. ¿Qué tendré que hacer?

—Son pocas las cosas de las que deberás ocuparte —respondió Sanar—. La Exploradora lo hará casi todo sola. Tú tendrás que izar y arriar la vela y timonear un poco. Te enseñaré a hacerlo.

—Gracias —dijo Lirael.

Subió a la barca detrás de Sanar y se agarró de la borda porque la Exploradora se mecía bajo sus pies. Ryelle les pasó la mochila, el arco y la espada de Lirael, y Sanar le enseñó dónde guardarlo todo: un arcón forrado de tela impermeable en la bodega de proa de la embarcación. La espada y el arco iban metidos en unas cajas estancas situadas a ambos lados del mástil, para que estuvieran más a mano.

Sanar le enseñó entonces a Lirael cómo izar y arriar la única vela mayor triangular de la embarcación y cómo se movía la botavara. La Exploradora se ocuparía de orientar la vela, le explicó Sanar, y guiaría la mano de Lirael cuando la posara en la caña del timón. Lirael podía incluso dejar que se gobernara sola en caso de emergencia, pero la barca prefería notar el contacto humano.

—Esperamos que no encuentres ningún peligro durante el viaje —dijo Ryelle,

cuando por fin terminaron de mostrarle a Lirael la barca—. Normalmente, el camino del río es bastante seguro hasta Qyrre. Aunque no estamos ahora seguras de nada. Desconocemos la naturaleza de lo que se oculta en la fosa que viste y sus poderes. Por si acaso, lo mejor será que por la noche eches el ancla en el río en lugar de bajar a tierra o que amarres en una isla. Río abajo hay muchas. De Qyrre en adelante, deberás buscar la ayuda que puedan prestarte los agentes de la Policía Real. Aquí tienes una carta que les mandamos en calidad de portavoz. Con suerte, también estarán presentes algunos miembros de la guardia, y a lo mejor la Abhorsen habrá regresado de Ancelstierre. Hagas lo que hagas, debes asegurarte de viajar desde Qyrre a Borde acompañada de un nutrido grupo, armado hasta los dientes. Lamento decirte que no tenemos más consejos que darte para el resto del trayecto. El futuro está nublado; a ti sólo te vemos en el Lago Rojo, no vemos más imágenes, ni antes, ni después.

—Resumiendo, eso significa que debes tener mucho cuidado —dijo Sanar. Sonrió sin poder disimular el ceño fruncido por la preocupación—. Recuerda que éste es sólo uno de los posibles futuros que vemos.

—Tendré cuidado —prometió Lirael.

Instalada ya en la barca y a punto de partir, estaba que se la comían los nervios. Por primera vez iba a salir a un mundo no delimitado por el hielo y la piedra, y tendría que ver a muchos forasteros y hablar con ellos. Peor aún, iba a enfrentarse al peligro, a un enemigo del que no sabía nada, casi sin preparación alguna. Ni siquiera su misión estaba clara. Debía encontrar a un joven, en medio de algún lago, un día de ese verano. ¿Y si conseguía encontrar a Nicholas y sobrevivir a todos los peligros inminentes? ¿La admitirían las clarvis de vuelta al glaciar? ¿Y si no le permitían regresar nunca más?

Al mismo tiempo, Lirael estaba llena de entusiasmo, notaba una sensación de liberación ante la posibilidad de alejarse de una vida que le resultaba agobiante, aunque le costara reconocerlo. Ahí tenía a la Exploradora y el sol que brillaba más allá, y el Renegado que fluía hacia aguas que ella sólo conocía a través de los libros. Llevaba consigo la estatuilla de la perra y la esperanza de que su mascota regresara. Y estaba en misión oficial, se disponía a hacer algo importante. Casi como una verdadera hija de las clarvis.

—Será mejor que te lleves esto, quizá te haga falta —dijo Ryelle envegándole un monedero de cuero, repleto de dinero—. Al administrador le gustaría que trajeras los recibos, pero yo creo que ya bastantes preocupaciones tienes como para acordarte de eso.

—Antes de despedirnos, veamos si sabes izar la vela tú sola —prosiguió Sanar. Sus ojos azules parecían llegar a lo más profundo de Lirael y percibir los temores que la muchacha ni siquiera se había atrevido a mencionar—. El don de la visión no me

permite percibir imágenes futuras, pero estoy segura de que volveremos a vernos. Y recuerda que, tengas o no el don de la visión, eres una hija de las clarvis. ¡No lo olvides! Que la suerte esté de tu parte, Lirael.

La joven asintió, incapaz de articular palabra, y haló de la driza para levantar la vela, que colgó lacia, pues el muelle de la caverna estaba demasiado resguardado y no llegaban allí los vientos.

Ryelle y Sanar le hicieron una reverencia y luego soltaron las amarras de la Exploradora. La veloz corriente del Renegado acogió la barca y la barra del timón se movió bajo la mano de Lirael, incitándola a gobernar a la impaciente embarcación y conducirla hacia río abierto, al mundo soleado.

Lirael volvió la vista atrás una vez, y cuando pasaron de la sombra de la caverna al sol, los carámbanos tintinearon por encima de su cabeza. Sanar y Ryelle seguían de pie en el muelle. La saludaban con la mano; entretanto, el viento hinchó la vela de la Exploradora y despeinó la cabellera de Lirael.

«Me he ido», pensó Lirael. Ya no podía regresar, y menos con la corriente en contra. La corriente del río mantenía a flote la barca, y la corriente del destino mantenía a flote a Lirael. Ambas la llevaban a lugares desconocidos.

El río se ensanchaba en el punto donde la fuente subterránea se unía a él, alimentado por los lagos de montaña formados por el deshielo, y los cientos de arroyuelos que fluían zigzagueantes como capilares recorriendo todo el Glaciar de las Clarvis. Sin embargo, sólo en el canal central, de unos quinientos metros de ancho, había calado suficiente para navegar, porque a ambos lados de la zona navegable, el Renegado perdía profundidad, y se contentaba con cubrir apenas millones de guijarros, redondeados por la paciente labor del agua.

Lirael inspiró el aire cálido, con olor a río, y sonrió al notar que el sol le calentaba la piel. Según lo prometido, la Exploradora avanzaba hacia la parte más rápida del río, mientras la escota mayor se aflojaba imperceptiblemente hasta que se encontraron con el viento del norte a popa. Lirael se tranquilizó un poco al comprobar que la Exploradora sabía cuidarse sola. Si hasta resultaba divertido, correr impulsadas por la brisa, mientras la proa levantaba una fina nube de rocío al cortar el oleaje provocado por el viento y la corriente. Lo único que necesitaba la muchacha para que aquel momento fuese perfecto era la presencia de su mejor amiga, la *Perra Canalla*.

Buscó la estatuilla de esteatita en el bolsillo del chaleco. Encontraría consuelo con sólo tenerla en la mano, porque era imposible realizar el hechizo antes de llegar a Qyrre donde debía conseguir el alambre de plata y los demás materiales.

En lugar del tacto fresco y suave de la piedra palpó tibia pelambre de perro y lo que sacó del bolsillo fue una oreja puntiaguda que le resultaba muy familiar, seguida por un trozo redondeado de cráneo y la otra oreja. A todo esto siguió de inmediato la cabeza entera de la *Perra Canalla,* demasiado voluminosa para caber en el bolsillo...

como no habría cabido tampoco el resto del cuerpo.

—¡Aay! ¡Qué apreturas! —gruñó la perra, sacando con esfuerzo una de las patas delanteras y contoneándose como una loca.

Por increíble que pudiera ser, apareció luego otra pata, y a continuación salió el can entero y, tras dejarle a Lirael las calzas cubiertas de pelos, se dio la vuelta y la obsequió con un lengüetazo entusiasmado. —¡Por fin estamos en camino! —ladró alegre, la boca abierta para aspirar la brisa, la lengua colgando—. Iba siendo hora. ¿Adonde vamos?

Lirael tardó en contestar. Se limitó a abrazar con fuerza a la perra y a inspirar dos o tres veces profunda y rápidamente para no echarse a llorar. Su mascota esperaba impaciente, ni se le ocurrió lamer la oreja que tenía más cerca. Cuando la muchacha consiguió calmarse, la perra repitió la pregunta.

—Mejor pregunta para qué vamos adonde vamos —aclaró Lirael, mientras metía la mano en el bolsillo del chaleco y comprobaba que al salir, la perra no se hubiera llevado el espejo oscuro. Lo raro era que el bolsillo ni siquiera había cedido, ni parecía haberse ensanchado.

—¿Acaso importa? —inquirió la perra—. Nuevos olores, nuevos sitios, nuevos lugares en los que mear... Con perdón de sus castos oídos, capitana.

—¡*Perra Canalla*! Deja ya de alborotar de esa manera —le ordenó Lirael.

La perra no obedeció del todo, se sentó a los pies de su ama, pero siguió moviendo la cola y a cada ratito lanzaba mordiscos al aire.

—Esta no es otra de nuestra expediciones normales, como las que tuvimos en el glaciar —le explicó Lirael—. Tengo que encontrar a un hombre...

—¡Bien! —la interrumpió la *Perra Canalla*, dando un salto y cubriéndola de lametazos—. Ya era hora de que te quedaras preñada.

—¡*Perra Canalla*! —protestó Lirael, obligándola a sentarse otra vez. ¡No se trata de eso! El hombre es de Ancelstierre e intenta... pues intenta desenterrar algo antiquísimo, creo. Cerca del lago Rojo. Se trata de algo de la magia libre y es tan poderoso que consigue que me entren ganas de vomitar incluso cuando Ryelle y Sanar se limitaron a enseñármelo a través de una visión. Y había un nigromante que me vio y los relámpagos no dejaban de caer en el agujero del suelo...

—No me gusta nada eso que me cuentas —dijo la perra, poniéndose seria de repente. Dejó de menear la cola, miró a Lirael a los ojos y se puso a olisquear el aire —. Será mejor que me lo expliques todo. Empieza por el principio, desde el momento en que las clarvis fueron a buscarte allá abajo.

Lirael asintió; le ofreció un repaso de cuanto las gemelas le habían dicho y le describió la visión que habían compartido con ella.

Cuando hubo terminado, el Renegado se había convertido en el río poderoso conocido por todos en el reino. Tenía más de ochocientos metros de ancho y era muy

profundo. En el centro, el agua era clara, de un azul tan intenso que permitía ver los peces plateados del fondo.

La perra se sentó, posó la cabeza en las patas delanteras y se puso a reflexionar muy concentrada. Lirael observaba sus ojos castaños, fijos en un punto lejano.

—No me gusta —dijo el can al cabo de un rato—. Te envían a enfrentarte al peligro y nadie sabe a ciencia cierta lo que está pasando. Las clarvis no ven claramente, el rey y la Abhorsen ni siquiera están en el reino. El agujero del suelo que se traga los relámpagos me recuerda a algo muy, pero muy malo... y por si eso fuera poco, está el nigromante ése.

—Supongo que podríamos ir a otro lugar distinto —comentó Lirael no sin cierto asomo de duda, inquieta por la fuerte reacción de su mascota.

La perra la miró sorprendida y exclamó:

—¡Ni se te ocurra! Tienes un deber que cumplir. No me gusta, pero habrá que apechugar. Yo no he dicho nada de abandonar.

—No —convino Lirael queriendo aclarar que ella no había sugerido siquiera que abandonaran. Sólo estaba expresando una posibilidad.

Pero prefirió olvidarse del tema.

—Esas cosas que te dejaron en la habitación —dijo la perra tras un largo silencio —, ¿sabes cómo usarlas?

—Es posible que no estuvieran siquiera destinadas a mí —adujo Lirael—. Las encontré por casualidad. Además, no las quiero.

—Los mendigos podrán elegir el día que quieran dejar de pedir —dijo la perra.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No tengo ni idea —contestó la perra—. ¿Sabes o no usar las cosas que te dejaron?

—Verás, he leído El libro del recuerdo y el olvido —contestó Lirael sin excesivo entusiasmo—. De manera que supongo que la teoría me la sé...

—Deberías practicar —sentenció la perra—. Nunca se sabe, a lo mejor se requiere mucha pericia.

—Pero tendré que internarme en el reino de los muertos —protesto Lirael—. No lo he hecho nunca. Ni siquiera estoy segura si debería hacerlo. Soy una clarvi. Debería ver el futuro, no el pasado.

—Lo que deberías hacer es utilizar esos regalos que te han dado —dijo la perra —. Imagínate cómo te sentirías si me regalaras un hueso y yo no me lo comiera.

—Sorprendida —contestó Lirael—. Lo cierto es que a veces los entierras en el hielo.

—Pero tarde o temprano acabo comiéndomelos —dijo la perra—. Cuando me llega la hora.

—¿Cómo sabes que ha llegado mi hora? —preguntó Lirael con suspicacia—. Es

más, ¿cómo sabes siquiera para qué sirven mis regalos?

—Te lo he dicho, ¿verdad? He leído mucho. Es lo que pasa cuando vives en una biblioteca —dijo la perra contestando en primer lugar a la segunda pregunta—. Allí, más adelante hay un montón de islas. Una de esas islas podría ser el lugar perfecto para hacer una parada. Puedes usar el espejo oscuro cuando lleguemos a una de ellas. Si algo te siguiera al salir del Reino de la Muerte, podemos subir a la barca y alejarnos.

—Si algo muerto me ataca, querrás decir —aclaró Lirael. Era el verdadero peligro. En el fondo, tenía ganas de pasar revista al libro. Lo que no le apetecía nada era internarse en el reino de los muertos para poder hacerlo. El libro del recuerdo y el olvido enseñaba a ir y aseguraba que podía regresar. Pero... ¿y si estaba equivocado? La zampona estaba muy bien, a su manera, porque podía utilizarse por si misma para protegerse de los muertos. Al fin y al cabo constaba de flautas que respondían a los mismos nombres que las siete campanas empleadas por los nigromantes. Tenían un solo inconveniente: no eran tan poderosas como las campanas y en cierto pasaje del libro se decía que «aunque suelen ser el instrumento propio de los recordadores, Abhorsen en ciernes las utilizan con cierta frecuencia hasta tanto puedan dominar las campanas». Ese simple comentario bastaba para quitarle a las zamponas el encanto que pudieran tener. Aunque este instrumento no fuese tan poderoso como las campanas el libro daba a entender en cierto modo que su poder bastaba para velar por su seguridad. Siempre y cuando supiera utilizarlo adecuadamente, claro, porque ella sólo se sabía la teoría. No obstante, había una cosa que le interesaba ver especialmente...

—Debemos llegar a Borde lo antes posible —dijo con parsimonia—. Aunque imagino que podríamos tomarnos unas horas libres. Antes necesito dormir un rato. Cuando despierte, atracaremos en una isla, si hay alguna cerca. Luego... luego me internaré en el reino de los muertos y rebuscaré en el pasado.

—Así me gusta —aprobó la perra—. Me vendrá bien un paseo.

Recordadora

Lirael se encontraba junto a la *Perra Canalla,* en el centro de una isleta, rodeada de árboles y arbustos raquíticos que no crecían más por culpa del suelo rocoso. El mástil de la Exploradora se alzaba detrás de ellas, a apenas treinta pasos de distancia, indicándoles donde estaba el refugio si se veían obligadas a huir de algo que saliera del reino de los muertos. Con el fin de prepararse para entrar en ese helado reino, Lirael se colgó al cinto la espada que las clarvis le habían dado. Se le hizo extraño notar su peso en la cadera. Llevaba el ancho cinto de cuero firmemente apretado a la parte baja de la barriga, y la espada, si bien más larga y pesada que la de prácticas, le pareció familiar, aunque era la primera vez que la tocaba. De haberla visto antes, habría recordado la elegante empuñadura de plata y el pomo de bronce con una piedra verde incrustada.

Lirael llevaba la zampona en la mano izquierda; observó que las marcas del Gremio se movían por los tubos de plata, entrelazándose con la magia libre oculta en ellos. Analizó cada una de las flautas y recordó lo que decía el libro sobre ellas. Su vida podía depender de que supiera cuál de las flautas usar. Respirando con dificultad, recitó los nombres en voz alta para fijarlos en la mente y demorar lo más posible su entrada en el reino de los muertos.

—La primera y la más débil es Ranna —comenzó a recitar Lirael como si tuviera la página correspondiente de El libro del recuerdo y el olvido grabada con claridad en la mente—. Ranna, la adormecedora, hará dormir a cuantos la oigan.

—La segunda es Mosrael, la despertadora. Una de las campanas más peligrosas, transmite ese peligro a cualquier cosa. Su sonido de sierra hace que el flautista se interne más en el reino de los muertos al tiempo que conduce a quien la escucha al mundo de los vivos.

—La tercera es Kibeth, la caminante. Kibeth ofrece libertad de movimientos a los muertos o bien los obliga a ir por donde quiera el flautista, pero Kibeth suele llevar la contraria y puede conseguir que el flautista camine hacia donde no quiere ir.

—La cuarta es Dyrim, la habladora, de melodioso tono. Dyrim devuelve el habla a los muertos que hace mucho se han quedado mudos, sin voz, o bien dota de sentido a las palabras olvidadas. Dyrim también suele hacer callar a quienes hablan por hablar.

—La quinta es Belgaer, la pensadora, capaz de devolver el raciocinio y la memoria, así como todas las pautas utilizadas en vida. Mas si cae en manos irresponsables, lo que hará es borrarlas. Belgaer es una fuente problemas. Siempre intenta sonar a su antojo.

—La sexta es Saraneth, conocida también como la sojuzgadora. Saraneth habla con la voz profunda de la fuerza y encadena a los muertos a la voluntad de quien la

usa.

Lirael hizo una pausa antes de recitar el nombre de la séptima y última flauta, la más larga. Al tocarla, su superficie plateada desprendía un río eterno que metía el miedo en el cuerpo.

—Astarael, la afligida —susurró Lirael—. Si se toca como es debido, Astarael enviará a cuantos la oigan a lo más profundo de la muerte. Incluido al flautista. Echa mano de Astarael sólo cuando no te quede otro recurso.

—Adormecedora, despertadora, caminante, habladora, pensadora, sojuzgadora y plañidera —repitió la perra haciendo una pausa en la operación de rascado profundo de una oreja—. Aunque las campanas estarían mejor. Esas flautas de la zampona son para que los niños practiquen.

—¡Chsss! —ordenó Lirael—. Me estoy concentrando.

Sabía que no le convenía preguntarle a la *Perra Canalla* cómo había aprendido los nombres de las flautas. Con toda probabilidad, aquel can increíble había leído a escondidas El libro del recuerdo y el olvido, mientras Lirael dormía.

Una vez se hubo preparado mentalmente para usar la zampona, o al menos algunas de las flautas que la componían, Lirael desenvainó la espada y vio dos cosas: que las marcas del Gremio se movían por la hoja plateada y que ésta llevaba una inscripción. Levantó la espada para que le diese la luz y leyó en voz alta:

«Las clarvis me vieron, los constructores del Muro me hicieron, mis enemigos me recuerdan.»

—Se trata de la espada hermana de Sojuzgadora —observó la perra y, llena de interés, la tocó con el hocico—. No sabía que la tuvieran. ¿Cómo se llama?

Lirael movió la espada para comprobar si había algo escrito en el otro lado de la hoja, pero al hacerlo, la primera inscripción cambió, las letras brillaron y se dispusieron de otra manera.

—Nebima —leyó Lirael—. ¿Qué significa?

—Es un nombre —fue la insulsa respuesta de la perra. Al ver la expresión de Lirael, inclinó la cabeza a un lado y añadió—: Viene a significar algo así como «no me olvides». Lo irónico es que Nebima lleva mucho tiempo relegada al olvido. De todos modos, mejor una espada que un bloque de piedra. Se trata, sin duda, de una de las reliquias de la familia. Me sorprende que te la hayan dado.

Lirael hizo que sí con la cabeza, sin pronunciar palabra porque sus pensamientos regresaban otra vez al glaciar y a las clarvis. Ryelle y Sanar le habían entregado la espada sin demasiada ceremonia. Los constructores del Muro la habían forjado, de modo que debía de tratarse de uno de los tesoros más importantes de sus hermanas.

Un golpecito en la pierna le recordó el asunto que tenía entre manos, parpadeó para contener las lágrimas y se concentró con toda el alma, tal como indicaban las instrucciones de El libro del recuerdo y el olvido. Supuestamente debía sentir la

muerte y luego ingeniárselas para entrar en su reino. Resultaba más sencillo en los sitios donde había muerto mucha gente, o donde la habían enterrado, pero en teoría, debía funcionar en cualquier parte.

Lirael cerró los ojos para concentrarse mejor y se le arrugó el ceño. Sintió la presencia de la muerte como una presión helada en el rostro. Empujó en esa dirección y notó que el frío le traspasaba los pómulos y los labios, y se le filtraba en las manos extendidas. El efecto era muy extraño porque seguía notando el calorcillo del sol en el cuello.

Y el frío aumentó más y más a medida que iba subiéndole por los pies y las piernas. Notó que le daban unos golpecitos en las rodillas, unos golpecitos que no tenían nada que ver con esos otros, los suaves con los que la *Perra Canalla* la sacaba de algún despiste. Era como si una corriente la aferrara, una corriente fuerte que quería arrastrarla y hundirla.

Abrió los ojos. Las aguas de un río fluían entre sus piernas, pero no se trataba del

Renegado. Era un río negro y opaco, y en él no había señales ni de la isla, ni del cielo azul, ni del sol. La luz era grisácea, grisácea y apagada hasta donde alcanzaba a ver, un horizonte completamente plano.

Lirael se estremeció y no era sólo por obra del frío: había conseguido penetrar en el reino de los muertos. Lejos, en la distancia, se oía el ruido de una cascada. Según había leído en el libro debía de tratarse de la Primera Puerta.

El río tiró de ella otra vez y, sin pensarlo dos veces, se dejó llevar unos cuantos pasos. Las aguas la arrastraron con más fuerza y el frío le caló hasta el último hueso. Qué fácil sería dejar que aquel helor se difundiera por todo su cuerpo, qué fácil sería tumbarse y dejarse llevar por la corriente...

—¡No! —gritó dando un paso atrás.

El libro advertía contra este fenómeno. La fuerza del río no estaba solo en la corriente. Lirael debía luchar contra el impulso de echarse a nadar y adentrarse en el Reino de la Muerte, contra las ganas irresistibles de tumbarse y dejarse llevar por la corriente.

Por suerte, el libro también estaba en lo cierto respecto de otro aspecto más ventajoso: notaba el camino de regreso a la vida, su instinto le decía exactamente hacia dónde dirigir sus pasos para regresar, lo cual no dejaba de ser un alivio.

Aparte del rugido lejano de la Primera Puerta, Lirael no percibía que en el río hubiese más actividad. Escuchó con atención, tensa, el cuerpo vigilante, dispuesto a retroceder de inmediato. Nada, ni un leve oleaje.

El sentido que le permitía detectar la muerte le envió una llamada de atención, y echó un rápido vistazo a ambas márgenes del río. Por un instante creyó ver que algo se movía en la superficie; debajo del agua, una delgada línea oscura se adentraba en el reino de los muertos. Y tal como vino, se marchó; la muchacha no vio ni sintió

nada. Un minuto más tarde, ni siquiera estaba segura de haberla visto.

Lanzó un suspiro y envainó la espada con cuidado, guardó la zampona en el bolsillo del chaleco y sacó el espejo oscuro. Allí, en el primer recinto de la muerte, alcanzaba a atisbar una mínima parte del pasado. Para abarcar mucho más, tendría que seguir andando, cruzar la Primera Puerta, e incluso era posible que tuviese que internarse más allá. Sin embargo, en ese momento, su plan era hacer un repaso a los últimos veinte años.

El clic que siguió al abrir el espejo sonó como un estruendo y su eco se propagó por las negras aguas. Al oírlo, Lirael dio un respingo. Le siguió un sonoro chapoteo, a espaldas de la muchacha, que la hizo lanzar un grito.

Saltó instintivamente adentrándose en el Reino de la Muerte, cambió el espejo a la mano izquierda y desenvainó la espada, todo antes de que tuviera conciencia siquiera de lo que hacía.

—Soy yo —dijo la *Perra Canalla* golpeando el agua con la cola—. Me aburría de esperar.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —susurró Lirael, envainando la espada con mano temblorosa—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Te he seguido —contestó la perra—. No es más que un paseo algo distinto.

Lirael se preguntó por enésima vez cuál era la naturaleza exacta de la *Perra Canalla* y hasta dónde llegaban sus poderes. Y como no había tiempo para conjeturas, siguió adelante, porque El libro del recuerdo y el olvido advertía que en el reino de los muertos no había que permanecer mucho tiempo en el mismo sitio pues eso podía llamar la atención de las cosas que pululaban por ahí. Cosas con las que Lirael no deseaba encontrarse.

—¿Quién vigilará mi cuerpo si estás aquí? —preguntó Lirael con tono de reproche.

Si en el mundo de los vivos llegaba a ocurrirle algo a su cuerpo, no le quedaría más remedio que seguir el curso del río o convertirse en una especie de espíritu muerto que vaga por toda la eternidad y trata de regresar a la vida en el interior de un cuerpo ajeno. O transformarse en una sombra que para mantenerse alejada del reino de los muertos se ve obligada a beber la sangre y la vida de otros.

—Ya sabré si alguien intenta acercarse a él —le contestó la perra oliendo el río—. ¿Y si nos adentramos un poco más?

—¡Ni hablar! —le soltó Lirael—. Utilizaré el espejo oscuro aquí mismo. ¡Y tú te vuelves ahora mismo! ¡Estamos en el reino de los muertos, *Perra Canalla*, no en el glaciar!

—Cierto —masculló la perra. Miró a su ama con ojos suplicantes y agregó—: Pero nos encontramos nada más que en la Frontera de la muerte...

—¡Te vuelves ahora mismo! —le ordenó Lirael indicándole el camino.

La perra abandonó la mirada suplicante, puso los ojos en blanco para mostrar su desaprobación y se marchó con el rabo entre las patas. Un segundo después, desapareció y regresó otra vez al mundo de los vivos.

Lirael no le prestó más atención; abrió el espejo y lo levantó a la altura del ojo derecho. «Concéntrate en el espejo con un ojo solo —decía el libro, y contempla el mundo de los muertos con el otro, no vaya a ser que la desgracia caiga sobre ti.»

“Comentario atinado, donde los hubiera, pero nada práctico, pensó Lirael, mientras intentaba fijar la vista en dos cosas distintas a la vez. Después de un momento, la superficie opaca del espejo comenzó a aclararse y la oscuridad se iluminó. En lugar de verse reflejada, Lirael comprobó que miraba a través del espejo y que lo que veía no era el frío río de la muerte, sino más allá. Vio un remolino de luces, luces que de Lirael identificó como el paso del sol por el cielo; el astro rey pasaba a tal velocidad que apenas se percibía como un trazo luminoso, además, realizaba un recorrido inverso al habitual.

Presa del entusiasmo, comprobó que así era como comenzaba la visión. A continuación debía pensar en lo que quería ver. Empezó a hacerse una imagen mental de su madre; para ello, más que de sus propios recuerdos, mezcla de imágenes borrosas de la infancia y sentimientos sitos en lo más recóndito del alma, echó mano del dibujo a carbón que su tía Kirrith le había dado hacía muchos años.

Sin apartar de la mente la imagen de su madre, habló infundiendo a su voz las marcas del Gremio aprendidas en el libro, símbolos de influencia y dominio que obligarían al espejo oscuro a mostrarle lo que deseaba.

—A mi madre la conocí poco —dijo Lirael, levantando la voz para imponerse al murmullo del río—. A mi padre no lo vi nunca y me gustaría conocerlo a través del velo del tiempo. Ahora mismo.

El paso veloz de los soles en sentido contrario al habitual se fue haciendo más lento mientras hablaba, y Lirael notó que algo la empujaba hacia la imagen del espejo hasta que, ante sus ojos, un solo sol cobró forma y la encegueció. Y entonces la luz desapareció y llegó la oscuridad.

Poco a poco, la oscuridad fue menguando y Lirael vio la imagen de un cuarto superpuesta a la del río de la muerte que percibía con el otro ojo. Ambas imágenes eran borrosas, como vistas a través de las lágrimas, pero no estaba llorando. La muchacha parpadeó varias veces sin conseguir ver con mayor claridad.

Ante sus ojos se presentaba un cuarto amplio, en realidad se trataba de un salón con un ventanal en un extremo, cuyo cristal no era transparente, sino una mancha borrosa multicolor. Lirael percibió que la ventana irradiaba una especie de magia, pues los colores y dibujos mutaban, aunque no alcanzaba a verlos con toda claridad.

Una mesa larga, de madera clara y brillantísima, ocupaba el largo de la sala. Sobre ella había todo tipo de objetos de plata: candelabros con velas de cera de abeja

de nítidas llamas amarillas, saleros y molinillos de pimienta, salseras y soperas y muchos ornamentos que Lirael no había visto en su vida. En una bandeja había un pato asado, a medio trinchar, y todo alrededor, infinidad de platos con otros manjares.

A las cabeceras había dos personas, de modo que Lirael tuvo que entrecerrar los ojos para verlas mejor. Una de esas personas era un hombre; estaba sentado en una silla de respaldo alto, como una especie de trono. Pese a que vestía una sencilla camisa blanca y no llevaba joya alguna, tenía el porte y las maneras de alguien de autoridad. Lirael frunció el ceño y movió un poco el espejo oscuro por si conseguía ver algo mejor. La estancia se llenó de arco iris y, aparte de eso, nada cambió.

Existían encantamientos específicos para afinar la visión, sin embargo, Lirael no quería utilizarlos aún por temor a que saliesen mal y la imagen desapareciera del todo. Se concentró entonces en la otra persona. La veía con más claridad que al hombre.

Era Arielle, su madre, la hermana menor de Kirrith. Su hermosura se destacaba bajo la suave luz de las velas; la larga cabellera, rubia y brillante, le caía cual cascada sobre la espalda del vestido de exquisita tela azul salpicado de estrellas doradas. Sobre el profundo escote lucía un collar de zafiros y diamantes.

Lirael se concentró y la visión del pasado se hizo más clara cerca de las dos personas y más borrosa en el resto, como si el color y la luz aumentaran allí donde ella clavaba el ojo. Al mismo tiempo, la imagen del río de la muerte se fue nublando. Comenzó a percibir sonidos, como si escuchara a dos personas que conversaban a medida que iban acercándose a ella. Hablaban utilizando giros distinguidos que en el glaciar no se oían nunca. Era evidente que no se conocían bien.

—Bajo este techo he oído infinidad de cosas extrañas, señora —decía el hombre mientras se servía más vino y despedía con un ademán a un enviado sirviente que había empezado a atenderlo—. Mas ninguna tan extraña como ésta.

—No es algo que yo haya buscado —replicó la mujer

Aquella voz le sonó extrañamente familiar a Lirael. ¿Cómo era posible que la recordara? Apenas tenía cinco años cuando Arielle la abandonó. Entonces se dio cuenta de que aquella voz le recordaba la de Kirrith. Aunque era mucho más dulce que la de su tía.

—¿Y ninguna de vuestras hermanas en la visión ha visto lo que decís de mí? —preguntó el hombre—. ¿Ninguna de las que forman la Guardia de los nueve días?

—Ninguna —contestó Arielle, inclinando la cabeza para ocultar el rubor que le subía por el cuello.

Lirael observaba la escena llena de asombro. ¡Su madre estaba avergonzada! La Arielle de su visión no era mucho mayor que ella. Parecía incluso más joven.

El hombre dio muestras de estar pensando lo mismo, porque dijo:

—Mi esposa murió hace dieciocho años y mi hija debe de tener vuestra edad. No

me son desconocidas las... las...

—¿Imaginaciones de las jovencitas? ¿Los caprichos pasajeros de la juventud? —lo interrumpió Arielle mirándolo a los ojos, enfadada—. Tengo veinticinco primaveras, mi señor, no soy una ingenua virgen que lucha por su caballero. ¡Soy una hija de las clarvis y no habría venido hasta aquí para yacer con un hombre que podría ser mi padre de no haberlo visto en una visión!

El hombre dejó la copa sobre la mesa y sonrió, arrepentido, pero la risa no alegró su mirada cansada.

—Os pido que me disculpéis, señora. En realidad, he oído el sonido de la profecía cuando me hablasteis por vez primera, pero la aparté de mi mente. Mañana debo marcharme de aquí para arrostrar infinidad de peligros. No dispongo de tiempo para pensar en el amor y es de todos sabido que no soy un padre perfecto. Y aunque mañana no tuviera que marcharme y pudiera entretenerme aquí con vos, el hijo que de esa unión saldría vería a su padre en contadas ocasiones.

—No se trata de amor —dijo Arielle en voz baja, mirándolo a los ojos—.Y para engendrar a una hija basta una noche sola, no hace falta un año con todas sus noches. Y así ocurrirá, porque la he visto. En cuanto a vuestra ausencia, me temo que durante mucho tiempo no tendrá ni padre ni madre.

—Habláis de una certeza —dijo el hombre—. Sin embargo, las clarvis suelen ver muchos hilos que el futuro tal vez teja de uno u otro modo.

—En este caso sólo veo un hilo, mi señor —dijo Arielle tomando la blanca mano del hombre entre las suyas, muy morenas—. He venido hasta aquí, impulsada por las visiones que me han sido dadas por un linaje, del mismo modo que a vos os impulsa el vuestro. Así está escrito, primo. Tal vez podamos al menos disfrutar de nuestra única noche prescindiendo de otras razones. Retirémonos a vuestros aposentos.

El hombre vaciló, su mano descansaba abierta sobre la mesa. Entonces rió, se llevó la mano de Arielle a los labios y la besó con suavidad.

—Disfrutaremos de nuestra noche —dijo levantándose de la silla— No sé qué significa ni qué futuro estaremos atando aquí con firmeza ¡Estoy cansado de responsabilidades y preocupaciones! ¡Como vos decís, mi querida prima, retirémonos a mis aposentos!

Se abrazaron y Lirael cerró el ojo derecho; la embargó una gran incomodidad, rayana en la vergüenza. Si seguía mirando, tal vez viera el momento en que fue concebida, la sola idea la hacía sonrojar. Pese a haber cerrado el ojo, la visión continuó allí hasta que se diluyó con las lágrimas de la muchacha.

En el fondo de su corazón había abrigado la secreta esperanza de que la visión le mostrara algo más, alguna indicación de que sus padres habían compartido un amor secreto, de que ella era producto de un vínculo inquebrantable. Al parecer no era así, ella no era más que el producto de una única y fugaz unión, una unión que estaba

predestinada o que era el resultado de las locas fantasías de su madre. Lirael no sabía qué era peor. Por otra parte, seguía sin tener una idea clara de quién era su padre, aunque algunas de las cosas que había visto y oído resultaban muy sugestivas y exigían mayor reflexión.

Cerró el espejo con un golpe seco y lo guardó en el morral que llevaba colgado del cinto. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el rumor de la Primera Puerta había cesado. Algo estaba atravesando la cascada, algo proveniente de las profundidades del reino de los muertos.

Un morador de la Muerte

Segundos después de que Lirael se percatara del silencio de la Primera Puerta, se reanudó el sonido de la caída del agua. Aquello que la había acallado, había cruzado ya la cascada y se encontraba en el primer recinto del Reino de la Muerte. Con Lirael.

La muchacha escudriñó la lejanía sin ver nada que se moviera. La luz grisácea y lo plano del río dificultaba mucho calcular las distancias y no tenía la más remota idea de si la Primera Puerta estaba tan cerca como sonaba. Sabía, sin embargo, que el velo de neblina en que iba siempre envuelta servía para distinguirla, pero la muchacha no lo veía.

Para curarse en salud, Lirael desenvainó la espada, sacó la zampona y avanzó varios pasos en dirección al reino de los vivos, hasta que estuvo lo bastante cerca del límite para notar su calor en la espalda. Debía cruzar ya la Frontera, lo sabía, pero una curiosidad temeraria la mantenía atenazada e inmóvil donde estaba: sentía el loco impulso de ver, aunque fuese brevemente, a un morador de la Muerte.

Cuando por fin contempló sus primeras señales, su curiosidad se esfumó como por arte de encanto para dar paso al pavor. Algo se acercaba bajo el agua, no sobre ella; el oleaje formaba una uve cuyo vértice se dirigía hacia ella, velozmente contra la corriente. Algo grande y oculto, trataba de sustraerse a los sentidos de Lirael. No había notado su presencia y reparó en el oleaje de casualidad, por su exceso de celo.

De inmediato, volvió a tantear en busca de la vida, pero en ese mismo momento, la uve estalló dando paso a una silueta envuelta en llamas y oscuridad. Sostenía una campana, una campana que tañía destilando poder, un poder que la clavaba en la Frontera misma entre la vida y la muerte.

Lirael supo que aquella campana era Saraneth, la reconoció cuando su sonido le traspasó los huesos y luchó contra los músculos palpitantes de la muchacha. Se trataba, sin embargo, de una versión rudimentaria de Saraneth, no ligada a la magia del Gremio, como ocurría con la zampona de Lirael o las campanas de la Abhorsen. En aquel instrumento había más poder que arte. Debía de tratarse de la campana de un brujo practicante de la magia libre. ¡De un nigromante!

La muchacha percibió la voluntad de quien tañía la campana, supo que intentaba dominar su espíritu; era una fuerza implacable, llena de odio, que conseguía derrotar la inútil resistencia de la muchacha. Lirael vio entonces a quien tañía la campana, lo vio con toda claridad, pese al vapor que lo envolvía, como si se tratara de un hierro candente lanza do al río.

Se trataba de Hedge, el nigromante aparecido en la visión que las gemelas le habían enseñado. La magia libre le permitía emitir un calor abrasador, capaz de acabar incluso con el frío de la muerte.

—¡Arrodíllate ante tu amo! —le ordenó Hedge avanzando hacia ella a grandes

zancadas, con la campana en una mano y una espada negra que despedía llamas líquidas en la otra.

Su voz era ronca y cruel y sus palabras despedían fuego y humo.

La orden del nigromante golpeó a Lirael como un azote; notó que las rodillas se le doblaban, que las piernas no la sostenían. Hedge la tenía bajo su dominio, el tono profundo y dominante de Saraneth seguía resonando en sus oídos, el eco se propagaba en su mente, era un sonido que no lograba quitarse de la mente.

Hedge se acercó más, la espada levantada por encima de la cabeza; Lirael sabía que no tardaría en caer sobre su cuello desprotegido. Ella también empuñaba la espada, las marcas del Gremio ardieron como soles dorados cuando Nehima reaccionó con rabia ante el inminente ataque de la magia libre. Pero el brazo con el que empuñaba la espada, trabado a la altura del codo por obra del enemigo, había quedado inmovilizado por la fuerza terrible de la campana.

Lirael intentó desesperadamente infundirle movimiento a su brazo, mas no lo consiguió. Trató entonces de bucear en el fluir del Gremio, sacar de él un hechizo para derribar al nigromante con dardos de plata o fuego dorado.

—¡De rodillas! —le ordenó otra vez el nigromante.

La muchacha se arrodilló y las frías aguas del río la golpearon en el estómago y el pecho, dándole la bienvenida con su abrazo que pronto sería eterno. Los músculos del cuello se movieron con una serie de estímulos y se tensaron como cuerdas mientras se resistía al impulso de inclinar la cabeza.

Descubrió entonces que si cedía un poco, podría bajar la cabeza lo suficiente para acercar los labios a la zampona que seguía sosteniendo entre los dedos helados de la mano izquierda. Se dejó llevar a toda prisa, los labios tocaron la plata con increíble fuerza; la muchacha no supo siquiera cuál de las flautas sonaría. En el peor de los casos sería Astarael, pero daba igual, porque se llevaría consigo al nigromante hasta las profundidades de la muerte.

Sopló con todas sus fuerzas, haciendo acopio de la poca voluntad que le quedaba, procuró que la nota sonara clara y que su eco obligase a batir en retirada el tañido de la campana del nigromante.

Fue Kibeth la que sonó y su voz golpeó a Hedge justo cuando se disponía a asestar la estocada para decapitar a la muchacha. Le envolvió los pies con un ardid lleno de picardía, haciéndolo girar en redondo. La estocada se perdió en el aire, por encima de Lirael, y a partir de ese momento, Kibeth hizo que Hedge caminara y bailara como un borracho perdido y se dirigiera retozando hacia la Primera Puerta.

Aunque sorprendido por la intervención de Kibeth, la voluntad de Hedge y la intervención de Saraneth consiguieron mantener inmovilizada a Lirael pese a que la muchacha intentaba lanzarse de vuelta al reino de los vivos. Notaba los brazos y las piernas pesadas como fardos, el río quería tragársela como si de arenas movedizas se

tratara. Empujó y tiró para soltarse y avanzar hacia el mundo de los vivos, pensó en su pasado, en la perra Canalla, en todo lo que amaba.

Al final, como si la cuerda invisible que la mantenía atada se hubiera roto, Lirael salió despedida hacia adelante, hacia la luz del sol y la brisa fresca, aunque antes de que eso ocurriera, el nigromante se despidió de ella con unas palabras tan frías y amenazantes como el mismo río de la Muerte.

—¡Sé quién eres! ¡No podrás ocultarte! ¡Te voy a...!

No llegó a terminar de proferir su amenaza; sus últimas palabras se perdieron cuando Lirael volvió a tomar plena posesión de su cuerpo y sus sentidos se reacomodaron al mundo de los vivos. Tal como advertía el libro, llevaba hielo y escarcha hasta en el último pliegue de su ropa. Y de la nariz le colgaba incluso un carámbano. Al arrancárselo sintió un daño tremendo y estornudó.

—¿Qué era eso? —ladró la perra, prácticamente bajo los pies de Lirael. Estaba claro que había percibido el ataque a su ama.

—Un... un nigromante —contestó Lirael estremeciéndose de los pies a la cabeza —. El mismo... el de la visión... que las clarvis me mostraron. Hedge. ¡Ha... ha estado a punto de matarme!

La perra gruñó desde el fondo de la garganta y Lirael notó entonces que su mascota había crecido, le llegaba hasta el hombro y tenía unos dientes mucho más grandes y afilados.

—¡Sabía que debía haberme quedado contigo, amita!

—Sí, sí —farfulló Lirael.

Seguía sin poder hablar apenas, respiraba entrecortadamente, atenazada por el miedo. Sabía que el nigromante no podía seguirla, porque para ello debía regresar al cuerpo que había dejado en el reino de los vivos. Por desgracia, la pequeña flauta Kibeth no conseguiría hacerlo llegar muy lejos. Aquel ser disponía de la fuerza necesaria para regresar y enviar espíritus muertos en busca de la muchacha. A los llamados si cuerpo.

—Enviará algo a buscarme. ¡Debemos marcharnos de aquí! ^

La perra volvió a gruñir pero no opuso resistencia y fue tras su ama cuando ésta recorrió la isla pedregosa, sin otra idea en mente que regresar de inmediato a la Exploradora. Se colocó a espaldas de Lirael, de modo que cada vez que la muchacha se volvía para mirar nerviosamente, ahí estaba la *Perra Canalla*, interponiéndose entre su ama y el peligro.

Poco después, a salvo en las rápidas aguas del Renegado, Lirael se desplomó en el fondo de la barca, abrumada por la reciente experiencia, con una mano posada sobre el timón. La Exploradora era de fiar, sabía encontrar el rumbo.

—Con qué gusto le habría arrancado el cuello a mordiscos a ese nigromante —dijo la perra después de permitir que su ama suspirara y temblara durante varios

minutos—. ¡Así se habría acordado de mis dientes!

—Creo yo que no se habría dado cuenta si le hubieses arrancado el cuello a mordiscos —dijo Lirael, temblorosa—. Parecía más muerto que vivo. «Sé quién eres», me dijo —añadió la muchacha en voz muy baja, mirando el cielo, para que el sol le diera en toda la cara, notando su bendito calor en los labios y la nariz helados —. ¿Cómo es posible que me conozca?

—La magia libre carcome a los nigromantes —dijo la perra al tiempo que encogía para adoptar un tamaño menos beligerante, más a pie para la conversación—. El poder que intentan ejercer, la magia libre que quieren dominar, acaba devorándolos. Ese poder reconoce tu linaje. Él se refería a eso cuando te dijo que sabía quién eras.

—No me gusta nada la idea de que me conozcan fuera del glaciar —dijo Lirael estremeciéndose otra vez—. Que sepan quién soy. Es posible que ese nigromante esté ahora con Nicholas, en el reino de los vivos, de manera que cuando por fin localice a Nicholas, encontraré al nigromante. Como el insecto que se acerca a la araña para encontrar a la mosca.

—Esos son problemas de mañana —dijo la perra, tratando de tranquilizarla sin conseguirlo demasiado—. Al menos hemos conseguido salir con bien de los de hoy. Aquí, en el río, estamos a salvo.

Lirael asintió y siguió pensando. Tras un momento se incorporó y tocó a su perra debajo de la quijada y alrededor de las orejas.

—Oye, *Perra Canalla* —comenzó a decir, sin saber cómo continuar—, tú estás hecha de magia libre, puede que en mayor proporción que la magia del Gremio de tu collar. ¿Por qué no te... por qué no eres... por qué no eres como el nigromante?

La perra suspiró a su manera, lanzando un sustancioso buuf que hizo a Lirael a fruncir el ceño. La perra inclinó la cabeza hacia un gesto para meditar la contestación.

—En el principio, todo era magia libre, espontánea, en estado puro, sin canalizar. Después se creó el Gremio, que tomó gran parte de la magia libre y puso en ella orden, la sujetó a estructuras, la ató a los símbolos. La magia libre que se mantuvo separada del Gremio es la correspondiente a la nigromancia, los stilkens, margrús, siseantes, analems y demás criaturas malignas, engendros y espíritus protectores de los brujos. Es la magia aleatoria que persiste fuera del Gremio. También existe la magia libre que contribuyó a crear el Gremio sin ser insumida por éste —prosiguió la perra—. Esa magia libre difiere por completo la otra que se negó a participar en la creación del Gremio.

—Hablas del principio —dijo Lirael, que no estaba del todo segura de haber entendido bien—. ¿Cómo pudo ocurrir antes del Gremio, si no tiene principio ni fin?

—El Gremio tiene un principio —contestó la *Perra Canalla*—. Incluido el Gremio. Te lo digo de buena fuente, porque yo estaba cuando nació, cuando los Siete decidieron crear el Gremio y las Cinco se entregaron a su creación. En cierto modo,

tú también estuviste presente, mi ama. Eres descendiente de las Cinco.

—¿De las cinco grandes marcas del Gremio? —preguntó Lirael, fascinada por esta información—. Recuerdo que había un poema al respecto. Tal vez uno de los primeros que memorizábamos de pequeñas.

Se acomodó mejor, entrelazó las manos a la espalda, adoptando sin darse cuenta la postura del recitado aprendida en la infancia.

Cinco marcas del Gremio ciñen la tierra.
Grandes son los misterios que ellas encierran.
La primera está en la gente que lleva corona.
La segunda, en quienes a los muertos no perdonan.
La tercera y la quinta son piedra y argamasa.
La cuarta lo ve todo en el agua fría que pasa.

—Sí —dijo la perra—. Buen poema para que lo aprendan los cachorrillos. Las grandes marcas constituyen la piedra angular del Gremio. Tanto los linajes, como el Muro y los pilares del Gremio provienen del sacrificio original de las Cinco, que infundieron su poder a los hombres y mujeres que fueron tus antepasados. Algunos de ellos, a su vez, transmitieron ese poder a la piedra y a la argamasa, cuando se consideró que la sangre, por sí sola, se diluía con demasiada facilidad o podía pervertirse.

—Vamos a ver, si las Cinco se... digamos que se disolvieron en el Gremio, ¿qué pasó con los otros dos? —preguntó Lirael, asimilando la información con el ceño fruncido. En todos los libros que había leído se decía que el Gremio había existido siempre y siempre existiría—. Dijiste que fueron Siete quienes decidieron crear el Gremio.

—Comenzó con los Nueve —contestó la *Perra Canalla* en voz baja—. Nueve que eran los más poderosos, que poseían el raciocinio y la providencia que los colocaba por encima de las decenas de miles de seres de la magia libre que pugnaban por existir sobre la faz de la tierra. Sin embargo, de esos Nueve, sólo Siete estuvieron de acuerdo en crear el Gremio. Uno decidió hacer caso omiso de la obra de los Siete, pero al final acabó siendo sometido para que sirviera al Gremio. El Noveno se resistió y fue derrotado a duras penas.

—O sea, el número ocho y el número nueve —dijo Lirael contando con los dedos —. Sería más fácil de entender si tuvieran nombres en lugar de números. De todos modos, todavía no me has explicado lo que ocurrió con..., a ver..., con el seis y el siete. ¿Por qué no pasaron a formar parte de las grandes marcas o cartas del Gremio?

—Contribuyeron con gran parte de su poder a la formación de los linajes, pero no pusieron en ello todo su ser —contestó la perra—. Sospecho que porque a lo mejor

estaban menos cansados de la existencia consciente, de la existencia individual. Querían continuar, de un modo u otro querían continuar. Creo que deseaban ver lo que pasaba. Y los Siete si tenían nombres. Se los recuerda con las campanas y las flautas como la que llevas en tu cinto. Cada una de esas campanas y las flautas de la zampoña que llevas en tu cinto. Cada una de esas campanas contiene parte del poder original de los Siete, el poder que existía antes de la creación del Gremio.

—¿No serás tú... no serás tú uno de los Siete, verdad? –preguntó tras un silencio cargado de ansiedad.

No conseguía hacerse a la idea de que uno de los creadores del Gremio que más poder que hubiese entregado, se hubiese rebajado a ser su amiga. Ni que siguiera siendo su amiga una vez revelado su altísimo rango.

—Soy la *Perra Canalla* —contestó el can lamiendo la cara de su ama—. Una pizca, un resto que quedó del principio, regalado al Gremio. Y siempre seré tu amiga, Lirael. Lo sabes de sobra.

—Supongo —contestó Lirael, dubitativa. Abrazó con fuerza a la perra y apretó la cara contra su cuello cálido—. Yo también seré siempre amiga tuya.

La perra dejó que Lirael siguiera abrazándola, pero tenía las orejas levantadas y escuchaba lo que ocurría en el mundo que las rodeaba. El hocico no dejaba de olisquear el aire, tratando de captar parte del olor que había salido del reino de los muertos junto con Lirael. Un olor inquietante, que la perra esperaba se debiera a su imaginación y sus recuerdos de antaño, porque no se trataba sólo del olor de un nigromante humano, por poderoso que fuera. Era mucho, pero mucho más antiguo y más aterrador.

Lirael dejó de abrazar a su mascota cuando ya no aguantó más el tufo a humedad que desprendía, y entonces, regresó junto a la caña del timón. La Exploradora seguía gobernándose sola, pero Lirael notó la reacción de bienvenida y reconocimiento cuando las marcas del Gremio florecieron en su mano, cálidas y reconfortantes después del frío de la muerte.

—Es probable que dentro de unas horas veamos el trasbordador Sindle —comentó Lirael con el ceño fruncido, mientras recordaba los mapas que había enrollado, desenrollado, catalogado y reparado en biblioteca—. Vamos a buen ritmo..., ¡hemos recorrido al menos veinte leguas!

—Hacia el peligro —aclaró la perra yendo hasta la popa para tenderse a los pies de Lirael—. No lo olvidemos, amita.

Lirael asintió y otra vez se puso a pensar en el nigromante y en el reino de los muertos. En ese momento, bajo aquel sol delicioso, a bordo de la barca que navegaba alegremente río abajo, aquello le parecía irreal. Sin embargo, cuando ocurrió había sido más que real. Y si las palabras del nigromante eran ciertas, no sólo la conocía, sino que tal vez supiera donde iba. En cuanto abandonara el curso del Renegado, se

convertiría en una presa relativamente fácil de los sirvientes muertos del nigromante.

—Tal vez debería confeccionarme una piel con la magia del Gremio —dijo—. La de un búho bramador, por si acaso.

—Buena idea —contestó la perra arrastrando las palabras. Tenía la mandíbula apoyada sobre el pie de Lirael y babeaba muchísimo—. Por cierto, ¿viste algo en el espejo oscuro?

Lirael vaciló. Lo había olvidado. Por un instante, el ataque del nigromante había borrado de su mente la visión del pasado.

—Sí.

La perra esperó que su ama siguiera hablando, pero la muchacha guardó silencio. Al final, levantó la cabeza y dijo:

—O sea que ahora eres una recordadora. La primera en los últimos quinientos años, si no me equivoco.

—Supongo que sí —dijo Lirael, sin mirar a los ojos a la *Perra Canalla*. No quería ser una recordadora, el nombre que en el libro se daba a quien veía el pasado. Ella quería ver el futuro.

—¿Y qué es lo que viste? —inquirió la perra.

—A mis padres. —La muchacha se sonrojó al recordar lo cerca que había estado de ver a sus padres haciendo el amor—. A mi padre.

—¿Quién era?

—No lo sé —respondió Lirael, con aire preocupado—. Creo que si viera un retrato suyo, lo reconocería. O si viera la estancia donde se me apareció. De todas maneras carece de importancia.

La perra bufó para darle a entender que a ella no la engañaban así como así. Claro que tenía importancia, y mucha, pero Lirael no quería hablar del asunto.

—Mi familia eres tú —dijo Lirael rápidamente al tiempo que abrazaba brevemente a su mascota.

A continuación, fijó la vista en la distancia, en las aguas brillantes del Renegado. La perra era, en realidad, su única familia, incluso más que las clarvis con las que había pasado toda su vida.

Le habían demostrado que nunca llegaría a ser una de ellas, pensó mientras se ajustaba el pañuelo a la cabeza, y recordó entonces el tacto de la seda sobre los ojos. Si alguien es de tu familia, no vendes los ojos a tus hijos.

Un baño en el rio

Lirael siguió el consejo de Sanar y Ryelle y pasó la primera noche fuera del glaciar de las Clarvis anclada al abrigo de una isla larga y estrecha, en el centro del Renegado, rodeada de más de cuatrocientos metros de aguas profundas y caudalosas.

En cuanto amaneció, después de desayunar avena, una manzana, una torta canela más bien dura y varios tragos de agua clara del río, Lirael levantó el ancla, la guardó y llamó a la perra con un silbido. Se volvió a nado desde la isla, donde había dejado su canino en recuerdo de los perros que pudieran visitarla algún día.

Acababan de levar el ancla y comenzaban a ponerse a favor del viento cuando de repente la *Perra Canalla* se puso tiesa y señaló hacia la orilla al tiempo que soltaba un aullido de advertencia.

Lirael agachó la cabeza para ver por debajo de la botavara y con la vista siguió la dirección que señalaba con la pata la *Perra Canalla* hasta un objeto situado a trescientos metros corriente abajo. Al principio, la muchacha no distinguió de qué se trataba, parecía algo metálico sobre la superficie del río y reflejaba el sol de la mañana. Cuando por fin lo reconoció, con más atención para confirmar su conclusión inicial.

—Parece una bañera —dijo despacio—. Y dentro va un hombre.

—A todas luces se trata de una bañera —convino la *Perra Canalla*—. Y de un hombre. Hay algo más... Será mejor que tengas una flecha preparada, amita.

—Da la impresión de estar desmayado. O muerto —contestó Lirael—. ¿No deberíamos seguir navegando y dejarlos atrás?

Se limitó a dejar el timón al mando de la Exploradora, sacó el arco y lo tensó. Envainó a Nehima y extrajo una flecha del carcaj.

La Exploradora parecía compartir el deseo de cautela de la *Perra Canalla*, porque se mantuvo a distancia de aquel objeto. La bañera navegaba mucho más despacio que ellas, impulsada sólo por la corriente. Pero con el viento dándole de lleno en la manga, la Exploradora era bastante más rápida y podría adelantar a la extraña embarcación si pasaba por su lado describiendo un arco y proseguía su rumbo.

Seguir su rumbo era lo que Lirael deseaba. No quería tener nada que ver con extraños, si no era absolutamente necesario. Aunque tarde o temprano, se vería obligada a tratar con otras personas y el pobre hombre parecía en dificultades. Seguramente si se había aventurado a navegar por el Renegado en aquella bañera metálica tan poco fiable no había sido por voluntad propia.

Lirael frunció el entrecejo y se caló el pañuelo casi hasta los ojos, para que la cara no le quedara tan al descubierto. Cuando se encontraban a cincuenta metros escasos y a punto de rebasar la bañera, coloco una flecha en el arco pero no la disparó. El hombre no se había dado cuenta de la aproximación de la Exploradora, porque no se

había movido siquiera. Estaba tumbado de espaldas en la bañera, los brazos le colgaban de los costados y tenía las rodillas flexionadas. Lirael vio junto a él la empuñadura de una espada y en el pecho llevaba algo...

—¡Campanas! ¡Es un nigromante! —exclamó Lirael, tensando el arco.

Aquel hombre no se parecía a Hedge, pero un nigromante era un nigromante y estaba claro que eran peligrosos. Atravesarlo con una flecha suponía ganar en tranquilidad. A diferencia de los siervos muertos, los nigromantes no tenían pavor al agua corriente. Con toda seguridad, éste fingía estar herido para hacerla caer en la trampa.

Se disponía a disparar la flecha cuando la perra ladró de repente:

—¡Espera! ¡No huele como los nigromantes!

Sorprendida, Lirael dio un brinco y al dispararse, la flecha surcó el aire pasando a menos de un palmo por encima de la cabeza del hombre. De haberse incorporado, le habría dado en la garganta o en un ojo, matándolo al instante.

La flecha describió un arco descendente y cayó al agua, lejos de la bañera, justo cuando un pequeño gato blanco asomaba entre las piernas del hombre, se subía a su pecho y bostezaba.

Aquello provocó la inmediata reacción de la *Perra Canalla*, que se puso a ladrar como una posesa e intentó lanzarse al agua. Lirael apenas atinó a bajar el arco y a aferrar a su mascota por la cola antes de que se lanzara por la borda.

La *Perra Canalla* meneaba la cola con tanta alegría y a una velocidad tal que Lirael se las vio y se las deseó para que no se le escurriera de las manos. La muchacha no consiguió determinar si aquello era una nuestra de amistad o de entusiasmo ante la perspectiva de perseguir al gato..

Con tanto barullo, el hombre de la bañera acabó por despertar. Se incorporó despacio, medio adormilado, mientras el gato avanzaba con paso inseguro para instalarse sobre su hombro. Al principio el hombre miraba hacia el lado opuesto de donde venían los ladridos; luego se volvió hacia la barca y, de inmediato, echó mano de la espada.

Lirael cogió otra vez el arco y preparó otra flecha. La Exploradora puso proa al viento de modo que aminoraron la marcha, con lo que Lirael contó con la estabilidad necesaria para disparar.

El gato habló entonces, alternando las palabras con los bostezos.

—¿Qué haces aquí?

Lirael dio un brinco de sorpresa pero consiguió que no se le cayera la flecha. Se disponía a contestar cuando advirtió que el gato se dirigía a la *Perra Canalla*.

—¡Put! —contestó la perra—. Yo juraría que alguien tan taimado sabría la respuesta a esa pregunta. ¿Cómo te llamas ahora? ¿Y quién es ese golfillo de aspecto lamentable que va contigo?

—Me llaman Zapirón —contestó el gato—. Casi todo el tiempo. ¿Y a ti qué nombre...?

—Este golfillo de aspecto lamentable sabe hablar por sí mismo —lo interrumpió el hombre, airado—. ¿Quién o qué eres tú? ¡Y tú, muchacha! Ésa es una de las barcas de las clarvis, ¿no? ¿La has robado?

La Exploradora dio un bandazo al oír el insulto y Lirael apretó con fuerza el arco, mientras subía despacio la mano derecha a la cuerda. Se trataba de un golfillo arrogante que, para colmo, era más joven que ella ¡Y llevaba campanas de nigromante! Aparte de ese detalle, era bastante apuesto, otro punto en contra, por lo que a ella respectaba. Los hombres apuestos siempre eran los que se le acercaban en el refectorio, seguros de que ella no se atrevería a rechazar sus atenciones.

—Yo soy la *Perra Canalla* —contestó el chucho con toda tranquilidad—. Compañera de Lirael, hija de las clarvis.

—Así que te ha robado a ti también —gruñó Sam, sin pensar siquiera en lo que decía. Le dolía todo el cuerpo, y llevar a Zapirón montado en el hombro era sumamente incómodo e irritante.

—Yo soy Lirael, hija de las clarvis —anunció Lirael, muy solemne, la rabia se impuso a su habitual sentimiento de ser una impostora—. ¿Y tú quién eres o qué eres, aparte de un grosero insoportable?

El hombre, en realidad, el muchacho, la miró fijamente hasta que a Lirael se le subieron los colores y tuvo que agachar la cabeza y ocultarse tras el flequillo y el pañuelo. Sabía muy bien lo que estaba pensando de ella.

Era imposible que fuese hija de las clarvis. Las clarvis eran altas, rubias y elegantes. Aquella muchacha... en realidad, aquella mujer... tenía el cabello oscuro y llevaba un atuendo raro. Su chaleco rojo brillante no se parecía en nada a las blancas túnicas salpicadas de estrellas que distinguían a las clarvis y que él había visto en Belisaere. Tampoco hacía gala de aquella confianza distante de las videntes que siempre lo habían puesto nervioso cuando se las encontraba por casualidad por los pasillos de palacio.

—No tienes aspecto de ser hija de las clarvis —dijo remando en la bañera para acercarse más. La corriente estaba alejándolo de la Exploradora y tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse en el sitio—. Pero supongo que aceptaré lo que me dices.

—¡Detente! —le ordenó Lirael levantando el arco—. ¿Quién eres? ¿Y por qué llevas campanas de nigromante?

Sam se miró el pecho. Se había olvidado de que llevaba puesta la bandolera. Se dio cuenta entonces de lo fría que estaba y de la fuerte presión que ejercía contra su pecho dificultándole la respiración.

Se desabrochó la bandolera mientras intentaba inventarse una respuesta nada concluyente, pero Zapirón se le adelantó.

—Bienhallada, señora Lirael. Este golfillo, tal como lo ha definido tu sirviente con tan buen tino, es su majestad el príncipe Sameth, el Abhorsen en ciernes. Por eso lleva las campanas. Pasemos ahora a asuntos más serios. ¿Podrías tener la bondad de rescatarnos? La embarcación personal del príncipe Sameth no es de las que tengo por costumbre utilizar, y sé que él está más que dispuesto a conseguirme un pescado antes de mi siesta de la mañana.

Lirael miró a la *Perra Canalla* con aire inquisitivo. Sabía quién era el príncipe Sameth. ¿Pero por qué diablos estaba el segundo hijo del rey Piedra de Toque y de la Abhorsen Sabriel flotando en una bañera en medio del Renegado, a leguas de la civilización?

—Es un príncipe real, sin duda —sentenció la *Perra Canalla* olisqueando el aire —. Huelo su linaje. Además está herido... eso lo vuelve irritable. No es más que un muchacho impetuoso. Pero del otro, de Zapiron, debieras cuidarte. Lo conozco desde hace mucho tiempo. Es el siervo de los Abhorsen, es verdad, pero es producto de la magia libre, a los que es preciso someter a algún vínculo. No sirve por voluntad propia ni se te ocurra nunca quitarle el collar.

—Supongo que tendremos que recogerlos —dijo Lirael en voz baja, con la esperanza de que la *Perra Canalla* le llevara la contraria. Pero la perra se limitó a mirarla con aire divertido, y Exploradora había decidido por ellas moviendo un poco la caña del timón y la barca empezó a dirigirse muy despacio hacia la bañera. Lirael lanzó un suspiro y guardó el arco y sacó la espada, por si la *Perra Canalla* se había equivocado. ¿Y si el príncipe Sameth fuese en realidad un nigromante y no el Abhorsen en ciernes?

—Deja la espada a un lado —le gritó Lirael—. Y tú, Zapirón, siéntate debajo de las piernas del príncipe. Cuando nos pongamos a vuestro costado, no os mováis hasta que os lo ordene, Sam no contestó enseguida. Lirael vio que le susurraba algo al gato y se dio cuenta de que mantenía una conversación similar a la que ella acababa de tener con la *Perra Canalla*.

— ¡De acuerdo! —gritó Sam después de escuchar al gato y dejando la espada en el fondo de la bañera, junto con las campanas.

Cuando se acercaron, Lirael se dio cuenta de que estaba afiebrado; las mejillas encendidas, los ojos hundidos, así lo indicaban. Zapirón se lanzó con elegancia de los hombros del príncipe y desapareció debajo del burile de la bañera. La improvisada embarcación siguió su rumbo girando en la corriente. La Exploradora también avanzó, cortando el viento para poder colocarse de lado.

Barca y bañera chocaron con un fortísimo sonido metálico. Lirael se sorprendió de comprobar lo hundida que iba, desde lejos no parecía tan sumergida. El príncipe la miró ceñudo, pero fue fiel a su palabra y no se movió.

Lirael tendió la mano izquierda y le tocó la marca del Gremio que llevaba en la

frente, con la espada dispuesta para lanzar una estocada en caso de que la marca fuera falsa o estuviera corrupta. Sin embargo, sus dedos notaron el conocido calorcillo que desprendían las genuinas marcas del Gremio cuando brillaban con fuerza. Pese a lo que la *Perra Canalla* le había contado, el Gremio parecía ser eterno, no tener principio ni fin. Tras un momento de duda, Sam alargó el brazo y estando la punta de la espada tan cerca, esperó a que le diesen autorización. Lirael asintió y entonces el muchacho le tocó la frente con dos dedos, y la marca del Gremio se encendió con una luz muy intensa, más brillante que la del sol reflejado en el río.

—Supongo que puedes salir de la bañera —dijo Lirael, rompiendo el silencio.

Volvía a estar muy nerviosa ante la perspectiva de tener que compartir la barca con un extraño. ¿Qué iba a hacer si le daba por hablar todo el rato o si intentaba besarla o algo así? La verdad era que no parecía estar en condiciones de intentar nada. Bajó la espada y lo agarró de la mano para ayudarlo a levantarse al tiempo que fruncía la nariz. Desprendía un tufo a sangre, suciedad y miedo; era evidente que hacía tiempo que no se lavaba.

—Gracias —masculló Sam deslizándose por la borda como pudo, pues tenía las piernas tan entumecidas que apenas le respondían. Lirael vio que aguantaba el dolor estoicamente mordiéndose los labios. Cuando pasó las piernas por encima de la borda, inspiró hondo y dijo—: ¿Me... me harás el favor de coger mi espada, las campanas y las alforjas? Me temo que apenas puedo moverme.

Lirael lo hizo al instante. Recogió en último lugar las alforjas. Cuando las tuvo en la mano, la bañera se ladeó y uno de los extremos quedó un instante bajo el agua. Se enderezó un poco y siguió flotando en el río aunque un poco más hundida. Una ola pequeña chocó con cierta fuerza contra un extremo y la bañera ya no consiguió mantenerse a flote, se dio la vuelta y, como un extraño pez plateado, se hundió en las aguas claras.

—Adiós, mi brava embarcación —murmuró Sam mientras la veía descender hacia las oscuras profundidades.

Se dejó caer y soltó un suspiro, mezcla de dolor y de alivio. Zapirón había saltado justo cuando la bañera comenzó a llenarse y en ese momento estaba frente a la *Perra Canalla*, tan cerca que sus hocicos casi se rozaban. Así siguieron, mirándose fijamente, pero Lirael sospechaba que estaban comunicándose de una manera desconocida para sus amos humanos. Y esa manera no era del todo cordial. Los dos tenían los pelos erizados y la *Perra Canalla* gruñía por lo bajo con un sonido que le salía del fondo del pecho.

Lirael se ocupó de las maniobras de la Exploradora para volver a colocarla corriente abajo, agachándose debajo de la botavara cuando ésta se movió. La barca casi no precisaba de ayuda, pero era mejor dedicarse a gobernarla que hablar. Cuando hubo terminado, el silencio se hizo opresivo. Los dos animales seguían hocico contra

hocico. Al final, Lirael se vio en la obligación de decir algo. Deseó con todas sus fuerzas encontrarse de vuelta en la biblioteca para poder escribir una nota en lugar de hablar.

—¿Qué... hum..., qué fue lo que te pasó? —le preguntó a Sam, que se había tendido cuan largo era en el fondo de la embarcación—. ¿Por qué estabas en esa bañera?

—Es largo de contar —dijo Sam débilmente. Intentó sentarse para verla mejor, pero la cabeza no le respondió y fue a golpear contra un banco de bogar—. ¡Aay! Pero resumiendo mucho, podría decirse que huía de las atenciones de los muertos, y la bañera era la única embarcación disponible.

—¿De los muertos? ¿Cerca de aquí? —preguntó Lirael estremeciéndose al recordar su encuentro con la muerte. Con el nigromante Hedge. Había calculado que aquel ser despreciable estaría cerca del lago Rojo, en el reino de los vivos, como indicaba la visión. Aunque aquello tal vez no hubiese ocurrido aún. Era posible que en ese momento Hedge se encontrara muy cerca de allí...

—A varias leguas río arriba, anoche —contestó Sam, palpándose alrededor de la herida con la punta de un dedo.

Seguía tierna y se notaba tensa contra la pernera del pantalón, síntoma evidente de que, debido a su cansancio extremo, el hechizo para contener la infección había fallado.

—Tiene mal aspecto —comentó Lirael, mirando la mancha oscura que había dejado la sangre al secarse en la pernera del pantalón—. ¿Te la hizo el nigromante?

—¿Mmm? —inquirió Sam, notando que estaba a punto de perder otra vez el conocimiento. Apretar la herida no había sido buena idea—. Por suerte, el nigromante no tuvo nada que ver. Los muertos obedecían órdenes prefijadas y la verdad es que no lo hicieron con demasiada eficacia. Esta puñalada es de antes.

Lirael pensó un momento, sin saber bien qué decirle. Se sentía intimidada, al fin y al cabo, estaba ante un príncipe real y un Abhorsen en ciernes.

—Lo digo porque ayer luché contra un nigromante —dijo al fin.

—¿Cómo? —dijo Sam, incrédulo, y se sentó del todo pese a las náuseas—. ¿Un nigromante? ¿Aquí?

—No exactamente —dijo Lirael—. Estábamos en el reino de los muertos. No sé dónde se encontraba él físicamente.

Sam lanzó un gemido y cayó otra vez hacia atrás. Esta vez Lirael lo notó a tiempo y consiguió sostenerle la cabeza.

—Gracias —masculló Sam—. ¿Era... era flaco, calvo y llevaba refuerzos metálicos rojos en los codos?

—Sísusurró Lirael—. Se llama Hedge. Quería cortarme la cabeza.

Sam tosió y se volvió hacia la borda, tenía los músculos del cuello muy tensos.

Lirael consiguió apartar las manos a tiempo antes de que vomitara. El muchacho se quedó un rato con la cabeza fuera de la borda y luego se echó agua en la cara.

—Perdona —dijo—. Son los nervios. ¿Y dices que luchaste contra ese nigromante en el reino de los muertos? Pero tú eres una clarvi. Las clarvis no se internan en el reino de los muertos. Quiero decir, nadie lo hace, salvo los nigromantes y mi madre.

—Yo sí —farfulló Lirael y volvió a sonrojarse—. Porque... porque soy una recordadora. Tuve que ir hasta allí para encontrar algo en el pasado.

—¿Qué es una recordadora? ¿Qué tiene que ver el pasado con la muerte? —preguntó Sam.

Sentía que deliraba. Una de dos, o Lirael estaba como una cabra o él no conseguía entender lo que le decía.

—Me parece a mí —dijo la *Perra Canalla* interrumpiendo su comunicación hocico a hocico con el gato—, que mi ama debe curarte la herida, joven príncipe. Después, podremos empezar por el principio.

—Eso puede llevar un buen rato —dijo Zapirón, asomado por la borda, mientras buscaba peces sin mucha convicción.

La forma en que los dos animales se movían indicaba que durante la muda conversación que habían mantenido el gato había quedado en segunda posición.

—¿A ti también te quemó el nigromante? —susurró Sam.

—No —respondió Lirael, sorprendida—. ¿Por qué, a quién quemó?

Ahora la confundida era ella. Sam no contestó. Parpadeó una vez y luego cerró los ojos.

—Será mejor que le cures la herida, amita —sugirió la *Perra Canalla*.

Lirael suspiró, exasperada, sacó el cuchillo y cortó la pernera del pantalón. Al mismo tiempo, buceó en el flujo del Gremio y rescató las marcas de un hechizo que limpiaría la herida y repararía el tejido.

Las explicaciones tendrían que esperar.

El libro de los muertos

Las explicaciones tuvieron que esperar casi todo el día, porque Sam no despertó hasta que la Exploradora varó sola en un banco de arena y Lirael levantó campamento en la isla que había al lado. Mientras cenaban pescado asado, tomates secos y galletas, se contaron sus respectivas historias. Lirael se sorprendió de lo fácil que le resultaba hablar con él. Era casi, casi como conversar con la *Perra Canalla*. A lo mejor se debía al hecho de que no era una clarvi, pensó.

—De manera que has visto a Nicholas —dijo Sam resoplando—. Y se encuentra en compañía de ese nigromante, el tal Hedge. Están desenterrando un terrible objeto de la magia libre. Imagino que debe de tratarse de la celada de rayos de la que me hablaba en su carta. Esperaba, tonto de mí, que todo fuese producto de una coincidencia. Que Nick no tuviera nada que ver con el enemigo, que su viaje al lago Rojo estuviese motivado realmente por algo interesante de lo que se había enterado.

—No, no lo vi por mí misma —aclaró Lirael de mala gana, no fuera ser que le pidiera luego que utilizara su supuesto don de la visión para averiguar más cosas—. Sino que me mostraron la visión. Fue precisa una guardia de más de mil quinientas clarvis para ver los alrededores de la fosa. No supieron precisar cuándo fue... o cuándo será. A lo mejor todavía no ha ocurrido.

—Calculo que no debe de llevar mucho tiempo en el reino —comentó Sam con poca convicción—. Aunque yo diría que en este momento ha llegado ya al lago Rojo. Y la excavación que viste pudo empezar sin él.

Los muertos que llevan gorros y pañuelos azules deben de ser los refugiados sureños, los que cruzaron el Muro hace más de un mes.

—Según la otra visión de las clarvis, dentro de muy poco encontraré a Nicholas en el lago Rojo —aclaró Lirael—. Pero no quiero llegar sin estar preparada. Y menos si Hedge lo acompaña.

—La situación se agrava por momentos —dijo Sam quejumbroso mientras se agarraba la cabeza con ambas manos—. Habrá que mandarle un mensaje a Ellimere. Y... no sé..., conseguir que mis padres regresen de Ancelstierre. Aunque ahí todavía tienen que solucionar el problema de los sureños. A lo mejor podría viajar mi madre y dejar que mi padre se ocupara de eso...

—Creo que las clarvis ya han enviado mensajes —dijo Lirael—. La cuestión es que no saben tanto como nosotros, de modo que será mejor que las avisemos. Entretanto, algo tendremos que hacer, ¿no? El rey y la Abhorsen tardarán todavía en enterarse de la situación y más en regresar.

—Supongo —dijo Sam, sin entusiasmo—. Ojalá Nick me hubiese esperado en el Muro.

—Es probable que no le quedara más remedio —dijo la *Perra Canalla* que

escuchaba atentamente ovillada a los pies de su ama.

Zapirón estaba cerca, con las patitas extendidas cerca de los restos del fuego en el que habían hecho la comida, rodeado de espinas de pescado. En cuanto terminó de dar cuenta de la cena, se durmió sin prestar la menor atención a la conversación de Sam y Lirael.

—Es probable —convino Sam mientras se miraba distraídamente las cicatrices de las muñecas—. Ese nigromante, el tal Hedge, debe... debe de haberse apoderado de él cuando estuvimos en la Frontera. Después de aquel incidente no volví a ver a Nick. Sólo nos escribimos. No me queda más que seguir buscando a ese tonto redomado.

—Tenía cara de enfermo —dijo Lirael sorprendida de que el recuerdo hubiera traído tanta preocupación. Nick le había tendido la mano y la había saludado...—. Enfermo y confundido. Yo creo que estaba afectado por la magia libre, pero que no sabía lo que estaba pasándole.

—Nick nunca entendió nada de lo que pasa aquí, ni aceptó jamás la idea de que la magia funciona —dijo Sam con la vista clavada en las brasas.

Con los años, las ideas de Nick respecto de la magia se habían hecho más firmes, si cabe, y no terminaba nunca de cuestionar los conceptos nacidos de ella ni de preguntar por qué las cosas eran como eran. Nunca había aceptado nada que estuviese en abierta contradicción con su comprensión de las fuerzas de la naturaleza y la mecánica que hacía funcionar el mundo.

—Yo no entiendo Ancelstierre —comentó Lirael—. He leído cosas, es muy posible que se trate de otro mundo.

—A mí siempre me pareció menos real que éste —dijo Sam, sin apartar la vista del fuego, como si no estuviera escuchando. Contemplaba las chispas que salían volando y trataba de contar cuántas se elevaban con cada ráfaga—. Como un sueño muy vivido, aunque algo deslavazado y desteñido, como una acuarela de colores muy diluidos, más suaves, pese a que tienen luz eléctrica, máquinas y todo lo demás. Supongo que era debido a que en la escuela casi no había magia, porque estábamos demasiado lejos del Muro. A veces conseguía tejer sombras y hacer algunos trucos con la luz, pero sólo cuando soplaba viento del norte. Muchas veces, al no poder bucear en las marcas del Gremio, sentía como si una parte de mí estuviera dormida.

Quedó en silencio, los ojos clavados en las brasas. Al cabo de un momento, Lirael dijo:

—Volviendo a lo que tenemos que hacer. Yo voy a Qyrre, donde debería reunir a un grupo de agentes de policía o de la Guardia Real para que me escolten hasta el pueblo de Borde. Lo que pasa es que parece que Hedge ya sabe que existo... que existimos..., de manera que no parece que sea la mejor idea del mundo. Tengo que ir al lago Rojo, pero no tan a la vista de todos. Sería muy tonto de mi parte amarrar en el embarcadero de Qyrre y desembarcar, ¿no?

—Sin duda —convino la *Perra Canalla*, mirando fijamente a su ama, orgullosa de las conclusiones que acababa de sacar—. Hedge desprendía un tufo, un olor a poder lo bastante fuerte para que yo lo captara cuando Lirael logró huir de él. Creo que es algo más que un nigromante. Da igual lo que sea, lo que está claro es que es muy listo y que hace mucho que se prepara para atacar el reino. Contará con secuaces tanto entre los vivos como entre los muertos.

Sameth siguió callado. Apartó la vista del fuego y frunció el ceño al ver que Zapirón seguía durmiendo. Ahora que estaba claro que Nicholas se encontraba en las garras del enemigo, Sam no sabía qué hacer. En la seguridad de su cuarto de la torre, acudir al rescate de Nicholas le había parecido una buena idea, pero más simple, sin tantas complicaciones.

—No podemos ir a Qyrre —dijo Sam—. Se me ocurre que podríamos ir a la Casa... la Casa de la Abhorsen. Desde allí puedo enviar halcones mensajeros y podemos... bueno, conseguir cosas para el viaje. Camisones. Una espada mejor para mí.

—Y allí estaríamos a salvo —dijo la perra lanzándole a Sam una penetrante mirada.

El muchacho apartó la vista, incapaz de sostener la mirada de la *Perra Canalla*. Era como si le leyera el pensamiento, como si conociera sus secretos más íntimos. En su fuero interno se producía una dura batalla entre dos voces: una le decía que siguiera adelante; la otra le decía que no sería capaz de continuar. Era tanta la tensión del momento que le entraron ganas de vomitar. Fuera donde fuese, no podía huir de sus deberes de Abhorsen en ciernes, y muy pronto, se descubriría que no era más que un impostor.

—Me parece una buena idea —dijo Lirael—. Está en los Despeñaderos Largos, ¿verdad? Desde allí iremos hacia el Oeste, manteniéndonos alejados de los caminos. ¿Hay caballos en la Casa? Yo no sé montar, pero podría ponerme una piel del Gremio y tú...

—Mi yegua ha muerto —la interrumpió Sam y se puso pálido de repente—. ¡No quiero otro caballo!

Se levantó con brío; se internó cojeando en la oscuridad, llegó a orillas del Renegado y se puso a observar sus olas plateadas y su vasta extensión oscura. Alcanzaba a oír a Lirael y a esa criatura con forma de perro, tan parecida a Zapirón que resultaba inquietante; hablaban de él en voz muy baja y no entendía nada, aunque sabía que él era el tema de conversación; sintió vergüenza.

—¡Es un malcriado! —susurró Lirael, enfadada. No estaba acostumbrada a ese tipo de comportamientos. En sus exploraciones había hecho lo que quería, sin embargo, en la biblioteca, se había sometido a la estricta disciplina y a la cadena de mando. Era cierto que Sam le había dado información muy útil, pero por lo demás,

era un incordio—. Intentaba idear algún tipo de plan. A lo mejor deberíamos dejarlo por aquí.

—Está atribulado —reconoció la *Perra Canalla*—. Además, se ha visto sometido a unas pruebas durísimas que han superado todo lo imaginable... Está dolido y tiene miedo. Irá mejorando conforme pasen los días.

—Eso espero —dijo Lirael.

Ahora que sabía más sobre Nicholas, la celada de rayos y los ataques sufridos por Sam a manos de los muertos, se dio cuenta de que toda ayuda era poca. Tanto para ella como para el reino.

—Al fin y al cabo, es su trabajo —añadió la muchacha—. El es el Abhorsen en ciernes. ¡Yo tendría que estar en el glaciar, tan ricamente, mientras él se ocupa de Hedge o lo que quiera que pulule por ahí!

—Si el palpito de la Abhorsen y el rey sobre los planes de Hedge resultara ser cierto, nadie podrá estarse tan ricamente, como dices tú –le hizo notar la *Perra Canalla*—. Y cuantos pertenecen al linaje, deben defender el Gremio.

—¡Ay, perrita mía! —exclamó Lirael con tono plañidero, abrazándose a su mascota—. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

—Porque sí —dijo la *Perra Canalla* ladrándole en la oreja—. Descansa, el sueño te ayudará a no ver las cosas tan complicadas. El nuevo día traerá nuevas experiencias, nuevos olores.

—Imposible que el sueño ayude en nada —protestó Lirael, no obstante, se acomodó en el suelo y arrastró la mochila para usarla de almohada.

Hacía demasiado calor para taparse con la manta y pese a que soplaba la leve brisa del río, venía cargada de humedad, de mosquitos y jejenes. El verano no había empezado aún, al menos según marcaba el calendario del reino, pero el tiempo hacía y deshacía a su antojo, sin hacer caso de las mediciones del hombre. Y no había señales de que la lluvia refrescante fuera a llegar.

Lirael aplastó un mosquito y se volvió al comprobar que Sam regresaba y hurgaba en sus alforjas. Sacaba algo, un objeto destellante. La muchacha se incorporó al ver que se trataba de una rana con piedras preciosas incrustadas. Una rana alada.

—Discúlpame por haberme comportado mal —murmuró Sam depositando la rana alada en el suelo—. Ella se encargará de ahuyentar a los mosquitos.

A Lirael no le hizo falta preguntar cómo lo hacía. Porque la rana saltó acrobáticamente hacia atrás y utilizó la lengua para zamparse dos mosquitos muy grandes y repletos de sangre.

—Ingenioso —dijo la *Perra Canalla* medio adormilada al tiempo que asomaba la cabeza del cómodo agujero que había excavado para dormir.

—La hice para mi madre —dijo Sam con tono de compadecerse a sí mismo—. Es lo único que se me da bien. Construir cosas.

Lirael asintió mientras veía cómo la rana causaba estragos en la población de insectos del lugar. Se movía con agilidad, las alas de bronce batían tan deprisa como las de un colibrí, produciendo un sonido suave, como el del viento al agitar unos postigos cerrados a cal y canto.

—Zapirón tuvo que matarla —dijo Sam de pronto, mirando el fuego—. Me refiero a Retoño, mi yegua. La hice correr tanto que reventó. No fui capaz de asestarle el golpe de gracia. Zapirón tuvo que cortarle el cogote para asegurarse de que los muertos no la mataran y se hicieran más fuertes.

—No da la impresión de que hubiera otra salida —comentó Lirael, incómoda—. No sé, lo digo porque tú no podías hacer nada más.

Sam guardó silencio y siguió contemplando las pocas brasas rojas que quedaban e iban cambiando de forma y de color pasando del naranja al negro, del negro al rojo. Le llegaba el murmullo amortiguado del Renegado y la respiración jadeante de la *Perra Canalla*. La presencia de Lirael, allí sentada, a tres palmos de distancia, a la espera de que dijese algo, era algo palpable.

—Debería haberla matado yo —susurró Sam—. Pero tuve miedo. Miedo de la muerte. Siempre le he tenido miedo a la muerte.

Lirael calló, cada vez más incómoda. Nadie le había hecho nunca una confesión tan personal, y menos en esas circunstancias. Se trataba del hijo de la Abhorsen, del Abhorsen en ciernes. Era imposible que temiera a la muerte. Era como si una clarvi tuviera miedo del don de la visión. Le resultaba imposible imaginar algo semejante.

—Estás cansado y herido —dijo al fin—. Deberías dormir. Mañana te sentirás mejor.

Sam se volvió y la miró, pero no levantó la cabeza, no se atrevía.

—Tú entraste en el reino de los muertos —masculló Sam—. ¿Tuviste miedo?

—Sí — reconoció Lirael—. Pero me limité a hacer lo que decía el libro.

—¿Qué libro? —preguntó Sam y se estremeció pese al calor—. ¿El libro de los muertos?

—No —contestó Lirael. Era la primera vez que oía mencionar El libro de los muertos—. Me refiero a El libro del recuerdo y el olvido. Trata del reino de los muertos sólo porque las recordadoras se ven obligadas a adentrarse en él para ver el pasado.

—Primera noticia que tengo de él —farfulló Sam. Miró sus alforjas como si se tratara de sacos llenos de veneno, a punto de reventar—. Se supone que debo estudiar El libro de los muertos, pero ni siquiera soporto tenerlo ante mi vista. Intenté dejarlo en mi cuarto, pero me siguió. Igual que las campanas. Me es imposible alejarme de él, pero tampoco me atrevo a mirarlo. Y tal como están las cosas, seguro que voy a necesitar el libro y las campanas para salvar a Nick. ¡Qué injusto es todo! ¡Yo nunca pedí ser el Abhorsen en ciernes!

«Yo tampoco pedí que mi madre me abandonara a los cinco años, tampoco pedí ser una clarvi sin el don de la visión», pensó Lirael. El príncipe Sameth era algo inmaduro para sus años y, como la *Perra Canalla* había dicho, estaba cansado y herido. Que tuviera el ataque de autocompasión en paz. Si a la mañana siguiente seguía hundido, la *Perra Canalla* podía pegarle un buen mordisco. Con Lirael había funcionado.

En lugar de decir lo que pensaba, Lirael tocó la bandolera que estaba junto a Sam.

—¿Te importa si les echo un vistazo a las campanas? —preguntó, notaba la fuerza que destilaban pese a encontrarse inactivas— ¿Cómo se usan?

—Lo explica El libro de los muertos —contestó de mala gana—. Lo que ocurre es que no se puede practicar. Hay que utilizarlas de verdad, cuando llega el momento. ¡No! Por favor..., no las saques.

—Tendré cuidado —dijo Lirael, sorprendida de su reacción. Había palidecido, en la oscuridad, su cara parecía más blanca, y temblaba—. Ya se algo sobre ellas, porque se parecen a las flautas de mi zampona.

Sam retrocedió unos pasos, presa del pánico. Si a la muchacha llegaba a caérsele una campana, o si tañía alguna sin querer, los dos acabarían siendo arrojados al reino de los muertos. La sola idea le producía Terror. Por otra parte, algo en su interior lo impulsaba a dejar que la chica cogiera las campanas, como si al hacerlo se rompiera el vínculo que lo ataba a ellas.

—Bueno, creo que puedes echarles un vistazo —dijo—. Si te apetece.

Lirael asintió, pensativa, mientras acariciaba los suaves mangos de caoba y el cuero fino, cubierto por una capa de cera de abeja. Notó un súbito impulso de ponerse la bandolera y adentrarse en la muerte para probar las campanas. En comparación, las flautas de su zampona eran de juguete.

Sam la observaba acariciar las campanas y tembló de pies a cabeza, al recordar lo frías y pesadas que le habían parecido cuando se las había colocado sobre el pecho. El pañuelo que cubría la cabeza de Lirael se deslizó hacia atrás dejando al descubierto su larga cabellera negra. Al ver aquella cara iluminada por el fuego y la luz reflejada en aquellos ojos, Sam se sintió la mar de raro. Tuvo la sensación de que la había visto antes. Pero era imposible, porque él nunca había visitado el glaciar y ella nunca había salido de allí hasta ese momento.

—¿Me dejas que le eche un vistazo a El libro de los muertos? —preguntó Lirael, incapaz de disimular el entusiasmo.

Sam la miró con fijeza, como si se hubiese quedado con la mente en blanco.

—El libro de los muertos podría de... de... destruirte. —Ya estaba, los nervios lo traicionaban, volvía a tartamudear—. No hay que tomárselo a la ligera.

—Ya lo sé. No sé explicártelo, pero siento que debo leerlo.

Sam reflexionó. Las clarvis eran primas de la familia real y de la Abhorsen, por

tanto, suponía que Lirael tenía todo el derecho a hacerlo por pertenecer al linaje. Al menos eso bastaba para que no los destruyera a los dos en un abrir y cerrar de ojos. Además, había estudiado El libro del recuerdo y el olvido, aunque él no tenía ni idea de qué trataba, pero quedaba claro que tras su lectura, se había convertido en una especie de nigromante, al menos en lo referente a viajar al Reino de la Muerte.

—Lo tienes ahí —dijo bruscamente señalando la alforja correspondiente.

Sam se quedó un instante en suspenso, luego retrocedió hasta situarse a más de diez pasos de la fogata, más cerca del río; la *Perra Canalla* y Zapirón quedaron entre él y Lirael... y el libro. Se acostó y, muy resuelto, miró para otro lado. No quería ver el libro. Su rana voladora fue tras él y en un periquete limpió de mosquitos la zona donde estaba su yacija. Oyó a sus espaldas el ruido que hicieron las correas de la alforja cuando las desabrocharon. Se vio luego el brillo suave de la luz del Gremio, seguido del chasquido de los broches de plata... y el susurro de las páginas. No hubo explosiones, ni llamas destructivas.

Sam dejó de contener el aliento, cerró los ojos y trató de dormirse. Al cabo de pocos días llegarían a la Casa de la Abhorsen. Estaría a salvo. Se quedaría allí. Lirael podía seguir sola.

«Lo que pasa —le dijo su conciencia antes de que se durmiera del todo—, es que Nicholas es amigo tuyo. A ti te corresponde ocuparte de los nigromantes. Tus padres esperan que seas tú quien se enfrente al enemigo.»

Puente de arriba

A la mañana siguiente, Sam se sentía mucho mejor. Al menos físicamente. La magia curativa de Lirael había contribuido en gran medida a esa mejoría. Sin embargo, seguía con el ánimo por los suelos, nervioso por el peso de las responsabilidades.

Por su parte, Lirael sentía el cuerpo cansado, pero la mente muy despierta. Se había pasado la noche leyendo El libro de los muertos; amanecía cuando llegó a la última página y no se dio cuenta porque el calor que despedía el antiguo volumen contribuyó a que las frías horas nocturnas pasaran veloces.

Había olvidado ya gran parte del libro. La muchacha sabía que lo había leído entero, al menos había leído todas las páginas que había vuelto. Sin embargo, no tenía una idea exacta del texto en su conjunto. El libro de los muertos exigía muchas relecturas, pues con cada una de ellas ofrecía algo nuevo. En cierto sentido, era consciente de que aquella obra reconocía la ignorancia de la lectora y le había dejado entrever lo mínimo para que pudiera comprenderlo. Además, el libro le había planteado más preguntas sobre la muerte y los muertos que las que le había respondido. O tal vez había respondido a muchas de ellas, pero no recordaría la respuesta hasta que no llegara el momento.

Lo único que le quedó grabado en la mente fue la última página. Contenía una sola pregunta.

¿Es el caminante quien escoge el camino, o el camino el que escoge al caminante?

Pensó en aquella pregunta mientras hundía la cabeza en el río para tratar de despejarse, se ataba el pañuelo y se alisaba el chaleco sin dejar de pensar en ella. Le costó separarse de las campanas y El libro de los muertos. Al final los guardó otra vez en las alforjas de Sam aprovechando que él terminaba de hacer sus abluciones en otro lugar del río, detrás de los arbustos ralos que crecían en un islote.

Cargaron todo en la barca sin decirse una sola palabra, sin hacer ningún comentario sobre el libro o las campanas, y por supuesto, tampoco hablaron de la confesión que Sam le hiciera la noche anterior. Lirael izó la vela de la Exploradora y emprendieron viaje, río abajo; los acompañó el ruido de fondo producido por el golpeteo de la lona cuando la muchacha recogió la escota mayor, unido al rumor de la corriente al rozar la quilla. Todos parecían coincidir en que era demasiado temprano para conversar. En especial Zapirón, que ni siquiera se había molestado en despertarse y que fue llevado a bordo.

Cuando navegaban a buen ritmo, Lirael partió en trozos más pequeños algunas de sus tortas de canela, grandes como un plato, y las repartió. La *Perra Canalla* se comió su ración de un bocado y medio, pero Sam se quedó mirando la suya con recelo.

—¿Me arriesgo a partirme un diente o me limito a chupar mi trozo hasta que me sobrevenga la muerte? —preguntó al tiempo que intentaba sonreír.

Era evidente que se sentía mejor, pensó Lirael. Mejor esa actitud que el recital plañidero de la noche anterior.

—La tercera posibilidad es que me la des a mí —sugirió la *Perra Canalla* sin apartar la vista de la mano que sostenía la torta.

—Ni hablar —dijo Sam, le dio un mordisco e intentó masticarlo. Luego tendió la mitad sin comer y con la boca llena dijo—: Pero te doy lo que me queda si me dejas echarle un vistazo a tu collar.

No terminó la frase y la *Perra Canalla* ya había dado un salto al frente, se había tragado la torta y había apoyado la mandíbula sobre el regazo de Sam para que éste pudiera ver lo que quería.

—¿Para qué quieres ver el collar de la *Perra Canalla*? —preguntó Lirael.

—Lleva marcas del Gremio que no había visto en mi vida —contestó Sam cuando se disponía a tocar el objeto de su curiosidad.

Parecía hecho de cuero y llevaba grabadas las marcas del Gremio. Cuando lo rozó con los dedos, Sam se dio cuenta de que no era de cuero, ni mucho menos. Estaba hecho exclusivamente de marcas del Gremio, un mar de marcas en eterno fluir. Tuvo la sensación de que si hiciera presión, la mano entera se le hundiría en el collar y, llegado el caso, acabaría zambulléndose en él. En aquella inmensa balsa de magia encontró muy pocas marcas del Gremio conocidas.

De mala gana, apartó la mano y, siguiendo un impulso, le rascó la oreja a la *Perra Canalla*. Al tacto parecía un can como todos, de la misma manera que Zapirón parecía un gato. Sin embargo, los dos eran seres cargados de magia. En el caso de Zapirón, llevaba un collar en el cual había un hechizo vinculante de enorme potencia; el collar de la *Perra Canalla* era diferente, era casi, casi como si formara parte del propio Gremio. Al tacto se parecía mucho a un pilar del Gremio.

—¡Qué gustito! —suspiró la perra mientras la rascaba—. Un poquito más abajo, en el lomo, ahí, ahí. ¡Qué gustito!

Sam obedeció y la *Perra Canalla* se estiró mientras la rascaban, demostrando su deleite. Lirael se quedó mirándolos; de repente cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía a la perra en compañía de otra persona, porque siempre desaparecía cuando aparecía alguien.

—Algunas de las marcas del Gremio que llevas en el collar me resultan conocidas —dijo Sam por comentar algo, mientras rascaba a la perra y contemplaba los juegos

de luz del sol de la mañana sobre el agua.

Iba a hacer otro día caluroso, y él no tenía sombrero. Debió de perderlo al caer por las escaleras del molino que llevaban al embarcadero.

La perra no le contestó, se limitó a retorcerse para guiar la mano de Sam a los sitios donde le picaba.

—Aunque no recuerdo dónde las he visto —continuó Sam dejando de rascar a la perra para concentrarse. No sabía para qué servían, pero los había visto en alguna parte. No era en un gromorio ni en un pilar del Gremio, sino en algún objeto, en algo sólido—. No fue en el collar de Zapirón, porque ésas son distintas.

—Piensas demasiado —gruñó la *Perra Canalla*—. Sigue rascándome. Debajo de la mandíbula también.

—Para ser una sierva de las clarvis, eres una perra muy exigente —observó Sam. Miró a Lirael y añadió—: ¿Siempre se porta así?

—¿Cómo? —preguntó Lirael a su vez distraídamente.

Se había puesto a pensar otra vez en El libro de los muertos. Le costaba un enorme esfuerzo prestar atención a lo que Sam le decía. Por un momento deseó encontrarse de vuelta en la Gran Biblioteca, donde nadie le dirigía la palabra a menos que fuera estrictamente indispensable.

Sam repitió la pregunta; antes de contestar, Lirael le echó un vistazo a la perra.

—Normalmente es mucho peor. Si no da la lata para pedir comida, la da para que la rasques. Es incorregible.

—Por algo me llaman la *Perra Canalla* —observó la mascota de Lirael con aire petulante al tiempo que meneaba el rabo—. Y no perra a secas. Será mejor que dejes de rascarme, príncipe Sameth.

—¿Por qué?

—Porque huelo gente —contestó la perra y, con un esfuerzo inmenso, se incorporó—. Hay gente detrás de esa curva.

Sam y Lirael miraron en esa dirección sin apreciar señales de que hubiera asentamientos ni embarcaciones en el río. El Renegado describía en ese punto una amplia curva y las riberas formaban altos riscos de piedra rosada que impedían ver con claridad.

—Y también oigo como un rugido —añadió la perra, temblorosa, con las orejas erguidas, desde su puesto en la proa.

—¿Como un rugido de cascadas? —preguntó Lirael, nerviosa. Confiaba en la Exploradora pero no le hacía ninguna gracia tener que sortear cascadas en su barca, ni en ninguna otra.

Sam se puso a su lado, se sujetó de la botavara para no perder el equilibrio e intentó ver el horizonte. Si había algo, estaba oculto detrás de la curva. Observó otra vez las riberas y notó que se elevaban hasta formar verdaderos acantilados; el río se

estrechaba y más adelante tendría apenas unos pocos cientos de metros de ancho.

—¡Vale, no pasa nada! —dijo, y al ver la cara de asombro de Lirael tras oír la expresión ancelstierrana, aclaró—: No te preocupes, está todo en orden. Llegamos al Cañón de Puente de Arriba. El río se estrecha mucho y se vuelve muy torrentoso, aunque no tanto como para impedir la navegación. En esta época del año, baja menos caudaloso, de modo que no iremos a mucha velocidad.

—Ah, Puente de Arriba —dijo Lirael, con gran alivio. Había leído acerca del pueblo y había visto un aguafuerte coloreado a mano—. En realidad navegaremos debajo del pueblo, ¿no?

Sam asintió, pensativo. Había estado en el pueblo de Puente de Arriba una sola vez, hacía más de diez años, con sus padres. Entonces habían viajado por tierra, no por el Renegado, pero recordaba que Piedra de Toque le había indicado dónde estaban los guardacostas que patrullaban río arriba, y la balsa que flotaba más allá de Puente de Arriba, donde el río volvía a ensancharse. No sólo mantenían esa parte del Renegado libre de piratas sino que cobraban peaje a los comerciantes. Con toda certeza, Ellimere ya habría dado órdenes a los guardacostas de que lo escoltaran hasta el puerto y lo devolvieran a Belisaere.

Sería una manera de ponerse a salvo, pensó, y entonces la responsabilidad de lo que ocurriera luego recaería en Ellimere. El problema era que tendría que enfrentarse a la discusión con los agentes de policía y eso demoraría todo intento de rescatar a Nick. Por otra parte, estaba seguro de que si eso ocurría, Lirael seguiría sin él.

—Pasamos por debajo, ¿no? —repitió Lirael.

—¿Cómo? —preguntó Sam, que seguía sin saber qué hacer—. Sí... claro. Será mejor que me acueste y me tape con una manta antes de que avistemos el pueblo.

—¿Por qué? —preguntaron Lirael y la *Perra Canalla* al unísono.

—Porque es un príncipe que ha hecho novillos —bostezó Zapirón avanzando unos pasos y levantándose sobre las patas traseras para ver el horizonte—. Se escapó y su hermana quiere que vuelva para asistir al Festival de Belisaere a interpretar el papel de tonto del verano o algo por el estilo.

—El pájaro del amanecer —lo corrigió Sam, muerto de vergüenza, mientras se ocultaba por debajo de los imbornales.

—¡Cuando me dijiste que habías partido de Belisaere en busca de Nicholas, pensé que era porque tus padres te habían mandado! —exclamó Lirael adoptando, sin querer, el mismo tono que empleaba cuando regañaba a la *Perra Canalla*—. Igual que las clarvis me enviaron a mí. ¿Quieres decir que no tienen ni idea de lo que estás haciendo?

—Pues... no —contestó Sam, manso como un corderito—. Aunque es muy probable que mi padre haya adivinado que he ido a encontrarme con Nick. Si es que se han enterado de que me he ido. Depende del lugar de Ancelstierre en donde estén.

Pero pienso explicárselo todo cuando le enviemos mensajes. El único problema es que cabe la posibilidad de que Ellimere haya ordenado a la guardia y a la policía que, si pueden, me devuelvan a Belisaere.

—Lo que faltaba —dijo Lirael—. Contaba con que me serías de utilidad si necesitábamos pedir ayuda por el camino. Pensé que un príncipe real...

—Todavía puedo ser de utilidad... —aventuró Sam, pero en ese momento doblaron la curva y la *Perra Canalla* soltó un ladrido de advertencia.

En mitad del río, un guardacostas estaba amarrado a una boya de considerable tamaño; se trataba de una galera de gran eslora, con treinta y dos remos y vela con aparejo en cruz. En cuanto la Exploradora asomó por la curva del río, un marinero soltó amarras y otros izaron la vela roja que lucía la torre dorada del servicio real.

Sam se agachó todavía más y se tapó la cara con la manta. Algo le rozó la mejilla cuando se acomodó y empezó a pensar que a lo mejor había sido una rata. Acto seguido vio que Zapirón también se había metido debajo de la manta.

—No tiene sentido que les demos motivos para que se pregunten qué hace un gato aristocrático compartiendo la cubierta con una perra sarnosa —susurró Zapirón al oído de Sam, bajo el calor sofocante de la manta—. ¿Tú crees que harán lo mismo que los guardias de las ciudades cuando revisan los carromatos cargados de paja para ver si hay contrabando oculto?

—¿Qué es lo que hacen? —murmuró Sam, a su vez, aunque tenía la sensación de que prefería no saberlo.

—Traspasarlo todo con lanzas para asegurarse de que entre la paja no haya nada... o nadie —contestó Zapirón, con aire ausente—. ¿Te importa si me meto debajo de tu brazo?

—No harán nada así —dijo Sam, convencido—. Porque verán que ésta es una embarcación de las clarvis.

—¿Estás seguro? Todo es posible... Al fin y al cabo, Lirael no tiene pinta de clarvi, ¿o tú le ves pinta de clarvi? Si tú mismo sospechaste que había robado la barca.

—Callaos de una vez —ladró la *Perra Canalla* muy cerca del oído de Sam.

A continuación, el muchacho notó que se acomodaba a su lado, encima de la manta. Volvió a moverse cuando Lirael alisó la manta para que parecieran equipaje en lugar de cuerpos.

Transcurrieron diez minutos sin que nada pasara. Zapirón se durmió otra vez y la *Perra Canalla* se apoyó con más fuerza contra Sam. El muchacho descubrió que aunque sólo veía el revés de la manta, oía todo tipo de sonidos en los que antes no había reparado: el crujido del casco hecho de tablas, el chapoteo de las olas cuando la proa las cortaba, el leve murmullo de las jarcias, el traqueteo de la botavara cuando pusieron proa al viento y se detuvieron.

Entonces oyó otro ruido, el sonoro chapaleteo de muchos remos que bogaban al compás y una voz que gritaba:

—¡Con tesón, sin cesar, a bogar y a cantar, con tesón, sin cesar... remos arriba y adentro!

Siguió un grito tan fuerte y cercano que Sam estuvo a punto de dar un brinco.

—¡Ah, del barco! ¡Identifique la embarcación y el puerto de destino!

—La Exploradora, barca de las clarvis —contestó Lirael, pero el ruido de la corriente ahogó su voz. La muchacha gritó entonces y se sorprendió de la fuerza de sus pulmones—. La Exploradora, barca de las Clarvis. Vamos a Qyrre.

—Ah, sí, conozco la Exploradora —dijo la voz, en un tono menos formal—. Y es evidente que ella conoce la mano de quien la gobierna, señora..., de manera que puede pasar. ¿Hará un alto para subir al pueblo?

—No —contestó Lirael—. Vengo en representación de las clarvis y me urge seguir viaje.

—Sin duda, sin duda —dijo el capitán del guardacostas haciéndole una reverencia a Lirael desde su embarcación, separada de la Exploradora por un corredor de agua de apenas doce metros—. Se avecinan problemas, seguro. Será mejor que se mantenga lejos de las riberas, pues hemos recibido noticias de la presencia de criaturas muertas. Como en los viejos tiempos, antes del regreso del rey.

—Tendré cuidado —gritó Lirael—. Gracias por la advertencia, capitán. ¿Puedo seguir viaje?

—Pase, amiga mía —gritó el guardia haciéndole señas con el brazo.

Con ese movimiento, los remos volvieron a caer en el agua y los hombres comenzaron a bogar con fuerza desde sus bancos. La timonel orientó el timón y el guardacostas se alejó cortando la corriente con la proa. Lirael vio brillar algo metálico debajo del agua cuando la galera se alzó; comprobó que se trataba de un largo ariete de acero. El guardacostas contaba con los medios necesarios para hundir cualquier embarcación que no se detuviera tras recibir la correspondiente advertencia.

Cuando pasaron, uno de los guardias miró a Lirael con cara rara, y la muchacha vio que llevaba la mano a la cuerda del arco. Los demás ni se molestaron en echarle un vistazo, y al cabo de un rato, el guardia de aspecto extraño se alejó dejando en la muchacha una sensación de incomodidad. Por un instante creyó haber percibido el olor metálico de la magia libre. Miró a la perra y comprobó que su mascota también se había fijado en el mismo guardia y tenía el pelo del lomo erizado.

Sam escuchaba el rítmico susurro producido por los remos al alelarse la galera y la voz, cada vez más amortiguada, del cómitre.

—¿Se han ido?

—Sí —contestó Lirael, con calma—. Pero mejor que sigas escondido. Todavía no los hemos perdido de vista y estamos llegando a Puente de Arriba. Uno de ellos me

ha dado mala espina. Y me llegó el olor de la magia libre, como si no se tratara de un hombre de verdad.

—No puede tratarse de alguien producto de la magia libre —adujo Sam—. El río baja con mucha agua.

—A diferencia de los muertos, no todos los seres producidos por la magia libre sienten aversión al agua —dijo Zapirón—. Sólo los que tienen sentido común.

—El gato está en lo cierto —añadió la perra—. El agua corriente no constituye impedimento alguno para aquellos que pertenecen a la Tercera Línea o para cualquier ser dotado de la esencia de los Nueve. No espero que haya nada de eso por aquí, pero sí que olí algo de esa ralea a bordo del guardacostas, príncipe Sameth. Algo que de hombre tenía sólo la apariencia. Por fortuna, no se atrevió a revelar su presencia ante tanta gente. No obstante, debemos mantenernos alerta.

Sam suspiró y logró resistir a la tentación de apartar un poco la manta. Ante la inminencia del peligro, le resultaba difícil seguir tumbado en la oscuridad. Además, nunca había visto Puente de Arriba desde el agua y, según decían, se trataba de uno de los espectáculos más maravillosos del reino.

Lirael así lo creía. Pese a que la corriente se hacía cada vez más fuerte, se alegró de que la Exploradora se gobernara sola para que ella pudiera contemplar el paisaje con la boca abierta.

Puente de Arriba fue en sus orígenes un inmenso puente natural de piedra, apoyado en lo alto de las paredes del cañón, y al fondo, a más de ciento cuarenta metros de profundidad, discurrían las aguas impetuosas del Renegado. A lo largo de los siglos, el esplendor natural del puente se vio complementado por las construcciones del hombre. El primero de los edificios erigidos allí fue un castillo, edificado aprovechando la ventaja de la protección ofrecida por las profundas aguas que fluían allá debajo. No había criatura muerta capaz de acercarse a sus murallas, pues para ello, debían cruzar la veloz correntada.

Aquel lugar resultó una gran atracción en los años que duró el interregno, cuando la mayoría de los pilares del Gremio, erigidos en el reino, habían sido rotos, y las aldeas que dependían de ellos para su protección, arrasadas, con lo cual los muertos y sus seguidores tuvieron las manos libres para hacer y deshacer a su antojo. En pocos años, el castillo primigenio se rodeó de casas, posadas, almacenes, molinos, forjas, talleres, establos, tabernas y todo tipo de edificios. Gran parte de estas nuevas construcciones se cavaron en el mismo puente, pues la piedra tenía decenas de metros de espesor. El puente, por su parte, medía más de kilómetro y medio de borde a borde, aunque no era muy largo; según la leyenda, una flecha disparada por el famoso arquero Aylward Pelonerni había conseguido cubrir la distancia que mediaba entre los acantilados oriental y occidental.

Lirael contemplaba extasiada aquella extraña metrópolis cuando oyó un grito de

mujer que, aparentemente, provenía del mascarón de proa de la barca. En ese mismo instante, se le escapó de la mano la barra del timón y la Exploradora se desvió a babor. Acto seguido, la botavara se deslizó con un movimiento violento, la barca se escoró tanto, que por estribor, el alcázar se hundió casi del todo en el río y la cubierta se llenó de agua.

Sam acabó lanzado contra la barandilla de estribor. Sin saberse como, Zapirón y la *Perra Canalla* acabaron encima de él junto con un montón de bultos más: el agua le caía copiosamente.

El muchacho sacó las manos de debajo de la manta, tanteó desesperado la borda e intentó agarrarse de la barandilla, pero sus manos sólo se encontraron con agua a raudales. Entonces, Sam se dio cuenta de que la Exploradora se había escorado tanto que estaba a punto de volcar. Luchó denodadamente para desembarazarse de Zapirón, la *Perra Canalla*, los bultos y la manta, al tiempo que gritaba:

—¡Lirael! ¡Lirael! ¿Qué ocurre?

Debajo del puente

Lirael estaba demasiado ocupada tratando de subirse otra vez a la barca y no pudo contestar. La botavara le había dado de lleno en el hombro lanzándola por la borda antes de que tuviera siquiera ocasión de enterarse de lo que ocurría. Por fortuna, había logrado agarrarse de la barandilla y, sin soltarse, contempló con pavor cómo el casco de la Exploradora se alzaba sobre ella a tal altura que, con toda certeza, la embarcación acabaría dando una vuelta de campana y atrapando a Lirael debajo.

Con la misma rapidez con la que se había escorado, la Exploradora se enderezó y el bandazo repentino catapultó a Lirael de vuelta a bordo, donde aterrizó encima de la maraña formada por la manta, Sam, la *Perra Canalla*, Zapirón, un variado surtido de bultos y mucha agua.

Al mismo tiempo, la Exploradora pasaba debajo de Puente de Arriba, dejando atrás la luz del sol e internándose en la extraña y suave penumbra, mientras el Renegado entraba caudaloso en el inmenso túnel formado por el puente de piedra, allá en lo alto.

—¿Qué pasa? —barbotó Sam desembarazándose de la manta.

Lirael ya estaba al timón, completamente mojada, y con una mano aferraba algo que sobresalía de la popa.

—Creí que la Exploradora se había vuelto loca —dijo Lirael—. Hasta que vi esto.

Sam dio unos pasos hacia atrás echando maldiciones contra la manta que seguía enredada a sus piernas. Debajo de Puente de Arriba no reinaba la oscuridad propiamente dicha, porque la luz entraba por ambos extremos, pero se trataba de una luz rara, como la del sol cuando penetra despacio la niebla suave y difuminada por el agua. La *Perra Canalla* se abalanzó hacia su ama para ver de qué se trataba; tras olisquear el aire, Zapirón se dirigió con paso silencioso hacia la popa, donde comenzó la larga y ardua tarea de secarse a lengüetazos.

La perra vio lo que Lirael sostenía antes que Sam y se puso a gruñir, en el costado de babor de la popa había un agujero astillado, justo por debajo de la regala, donde Lirael estaba sentada antes de que la Explotadora la derribara con la botavara. La muchacha sostenía en la mano una flecha de ballesta, causante del agujero. La varilla estaba pintada de blanco y en el extremo llevaba plumas de cuervo.

—¡Un poco más y te alcanza! —exclamó Sam al tiempo que metía los dedos por el agujero.

—No me ha dado gracias a la Exploradora —dijo Lirael acariciando con ternura la caña del timón—. Fíjate lo que le ha hecho a mi pobre embarcación.

—Te habría atravesado de lado a lado aunque llevases armadura —dijo Sam sombríamente—. Es una flecha de guerra, no un dardo de punta cuadrada de los utilizados en cacería. El disparo, muy bueno. Demasiado bueno para considerarse

natural.

—Probablemente vuelvan a intentarlo cuando hayamos cruzado... o antes —dijo Lirael y, alarmada, miró hacia arriba y vio la mole de piedra—. ¿Sabes si hay alguna abertura allá en lo alto?

—No tengo ni idea —respondió Sam.

Siguió la mirada de la muchacha y lo único que vio fue una superficie uniforme de piedra amarilla. Sin embargo, el puente se encontraba a cientos de metros encima de sus cabezas y había poca luz. Era posible que existiera cierto número de oscuras aberturas que él no alcanzaba a distinguir.

—No veo ninguna, amita —gruñó la perra estirando el cogote—. Pero con esta corriente habremos cruzado en pocos minutos.

—¿Sabes cómo proyectar una defensa mágica contra flechas? —le preguntó Sam a la muchacha.

La corriente los impulsaba a gran velocidad y el arco brillante y soleado del otro extremo del puente se aproximaba raudamente.

—No —contestó Lirael, nerviosa—. Tal vez debería saberlo. Lo cierto es que falté a muchas clases sobre el arte de la lucha.

—De acuerdo —dijo Sam—. ¿Qué tal si cambiamos de sitio? Yo me sentaré aquí y timonearé con una defensa contra flechas a la espalda. Tú espera con el arco preparado para responder al ataque. Zapirón..., tú eres el que tiene mejor vista..., vigila a Lirael.

—De eso puede ocuparse la Sabuesa Siniestra o como se llame —declaró Zapirón desde la popa—. Yo tengo que seguir durmiendo.

—¿Y si la defensa no funciona? —protestó Lirael—. Ya te han herido...

—Funcionará —dijo Sam avanzando hacia Lirael, de manera que la muchacha no tuvo más remedio que dejarlo pasar—. Practicaba todos los días con los guardias. Sólo una flecha o dardo encantados pueden atravesarla.

—¿Y si estuviera encantada? —dijo Lirael al tiempo que con diestros movimientos cambiaba la cuerda mojada del arco por otra que guardaba en un paquete impermeable.

La flecha blanca y negra no despedía aroma de magia, aunque eso no significaba que la siguiente no estuviese encantada.

—Tendría que ser más fuerte que la defensa —dijo Sam, confiado, mucho más confiado de lo que se sentía en realidad.

Había levantado defensas contra flechas en muchas ocasiones, pero nunca en el curso de un enfrentamiento real. Piedra de Toque le había enseñado el hechizo cuando Sameth contaba apenas seis años y las flechas utilizadas para comprobar la solidez de la defensa eran casi de juguete y las puntas iban acolchadas con tiras de tela hechas con pijamas viejos. Más tarde, había pasado la prueba con flechas de

punta roma. Sus defensas nunca se habían visto sometidas a dardos de guerra capaces de perforar una plancha de acero de tres centímetros.

Sam se sentó al timón y se puso de cara a la popa. Buscó entonces las marcas del Gremio que precisaba. Casi siempre usaba la espada para dibujar la defensa en el aire, pero le habían enseñado que, llegado el caso, las manos también servían.

Lirael observaba cómo movía con destreza las manos y los dedos mientras las marcas del Gremio comenzaban a brillar en el aire. Quedaron allí suspendidas, reluciendo, a poca distancia del arco descrito por la punta de los dedos. Tal vez en otras cosas Sam no supiera desenvolverse muy bien, pensó la muchacha, pero estaba claro que se trataba de un mago del Gremio muy poderoso. Temía a los muertos y al Reino de la Muerte, pero no era cobarde. A ella no le habría hecho ninguna gracia sentarse allí, con la sola protección de un hechizo, a esperar que llegase la afilada punta de un dardo de ballesta disparado a una velocidad letal. Se estremeció. De no haber sido por la Exploradora, probablemente estaría muerta o desangrándose debajo de los imbornales.

A Lirael se le contrajo el estómago de sólo pensarlo y puso especial atención al ajustar la flecha en la cuerda del arco. Fuera quien fuese el asesino oculto, Lirael haría todo lo posible por que no hiciese más que un disparo.

Sam terminó de describir el círculo completo de la defensa contra flechas pero siguió acurrucado en la popa. Movía las manos y trazaba marcas del Gremio que salían volando de sus dedos para unirse al círculo luminoso que se alzaba detrás de él, por encima de su cabeza.

—No puedo parar, tengo que seguir invocándolo —dijo, jadeante—. Es una desventaja. ¡Prepárate! Saldremos en menos que...

De repente se encontraron bajo la luz del sol y Sam se encogió instintivamente para no ser un blanco tan evidente.

Arrodillada junto al mástil, la vista clavada en lo alto, Lirael se quedó deslumbrada durante un instante. El asesino aprovechó ese segundo para disparar. El dardo voló certero. Lirael dio el grito de alarma, pero el sonido no había salido todavía del fondo de su garganta cuando el dardo de negras plumas se estrelló contra la defensa... y desapareció.

—¡Deprisa! —exclamó Sam con un hilo de voz; el esfuerzo de mantener la defensa mágica se le notaba en la cara y el pecho agitado.

Lirael buscaba al de la ballesta. Allá arriba había muchas ventanas y aberturas, tanto en la piedra del puente como en los edificios consumidos encima de él. Y gente en todas partes, en las ventanas, en los balcones, acodadas en las barandillas, de pie en plataformas atadas con cabos a las paredes de yeso... Imposible encontrar al autor del disparo.

Entonces la perra se acercó a Lirael, levantó la cabeza y aulló. Fue un aullido

espectral y agudo cuyo eco surcó el agua, subió por las paredes del paso y recorrió el pueblo entero.

En todas partes, la gente paró en seco y se puso a observar con atención. Excepto en una ventana situada a media altura. Lirael vio que alguien abría de par en par el postigo y con una mano aferraba una ballesta.

Estiró la cuerda y disparó justo cuando el hombre se ponía en pie, pero una leve brisa desvió la flecha haciéndola describir un arco más abierto y clavarse en la pared, justo encima de la cabeza de su enemigo. Mientras Lirael preparaba otra flecha, el asesino se montó sobre el alféizar de la ventana donde a duras penas mantenía el equilibrio.

La perra inspiró hondo y aulló otra vez. El asesino soltó la ballesta para taparse los oídos con los dedos, pese a lo cual, el sonido siguió perforándole los sesos y, sin darse cuenta, avanzó un paso y perdió por completo el equilibrio. Desesperado, intentó inclinar el cuerpo hacia el interior de la habitación, pero las piernas no le respondieron. Poco después, caía como un bólido detrás de la ballesta y en un santiamén cubrió los ciento cuarenta metros que lo separaban del agua. Mientras bajaba, continuaba tapándose los oídos con los dedos y moviendo las piernas pese a que bajo los pies no hubiera más que aire.

La perra dejó de aullar cuando el cuerpo del asesino golpeó el agua con estruendo; Sam y Lirael dieron un respingo al notar su muerte. Observaron cómo las ondas se fueron alejando del lugar del impacto hasta tocar la quilla de la Exploradora y desaparecer.

—¿Qué has hecho? —preguntó Lirael mientras guardaba con cuidado el arco.

Era la primera vez que veía y sentía morir a alguien. Sólo había asistido a las ceremonias del adiós en las que la muerte era algo distante, disimulado por la tradición y los ritos.

—Lo obligué a caminar —gruñó la perra, sentándose en las patas traseras, la pelambre del lomo erizada—. Te habría matado, amita.

Lirael asintió y le dio un rápido abrazo a la perra. Sam las observaba cauteloso. El aullido era un compendio de magia libre, sin una pizca de magia del Gremio. La perra parecía mansa y fiel a su dueña, pero a él no se le olvidaba lo peligrosa que podía llegar a ser. Además, había algo en el aullido que le resultaba familiar, cierta magia con la que había estado en contacto pero que no lograba definir.

Al menos el caso de Zapirón era simple. Era una criatura producto de la magia libre, vinculada y contenida mientras llevara el collar. La perra, en cambio, era una mezcla de las dos magias, dotada de libre albedrío, y eso era algo de lo que Sam no había oído hablar en su vida. Por enésima vez deseó que su madre estuviera allí. Sabriel conocería con exactitud la naturaleza de la perra, estaba seguro.

—Será mejor que volvamos a cambiar de sitio —sugirió Lirael con urgencia—.

Allá delante hay otro guardacostas.

Sam se ocultó veloz enfrente de la perra, que lo miró y le sonrió dejando al descubierto unos dientes largos, afilados y muy blancos. El muchacho hizo el esfuerzo de retribuir la sonrisa y recordó el consejo que le dieran cuando era niño: nunca dejes que los perros se enteren de que les tienes miedo...

—¡Aagh! ¡Cuánta agua hay aquí! —protestó, y con un sonoro chapoteo se acostó y se tapó con la manta empapada—. Debería haber achicado cuando estábamos en el túnel.

Se disponía a cubrirse la cara con la manta cuando vio a Zapirón que seguía sentado en la proa concentrado en su aseo.

—¡Zapirón! —le ordenó—. Escóndete tú también.

El gato le echó una elocuente mirada al agua que se agitaba alrededor de las piernas de Sam y sacó la lengua rosada.

—Está muy mojado para mi gusto —dijo—. Además, el guardacostas nos detendrá, seguro. Habrá recibido el aviso desde el pueblo después de la canina y fanfarrona demostración de talento vocal... aunque con un poco de suerte, a lo mejor no se enteran de lo que ha sido. De manera que ya puedes ir sentándote.

Sam lanzó un gruñido y se incorporó en medio de más chapoteo.

—Haber avisado antes de que me echara —dijo con amargura, cociendo una taza de latón y empezando a achicar.

—Sería conveniente que pasáramos sin que nos detuvieran —comentó la *Perra Canalla*, olisqueando el aire—. Es posible que en este guardacostas haya más enemigos ocultos.

—Allá delante hay más sitio para maniobras —comentó Lirael—. Lo que no sé es si bastará para evadir el guardacostas.

En la ribera izquierda del río se encontraba el puerto principal de Puente de Arriba. Doce embarcaderos de distinta longitud se internaban en el río, en su mayoría llenos de barcos mercantes cuyos mástiles formaban una selva de palos desnudos. Detrás de los embarcaderos había un muelle excavado en la piedra del cañón, una larga terraza atestada de bultos, a la espera de ser trasladados a las bodegas de los barcos o al pueblo. Detrás del muelle se veían varias escaleras que subían por la cara del acantilado hasta llegar al pueblo entre los cables de las grúas que utilizaban para subir infinidad de cajas y cofres, barriles y balas.

La orilla derecha del río estaba despejada, a excepción de algunos barcos mercantes que los precedían, corriente abajo, y el guardacostas, que ya iniciaba la maniobra de desatraque. Si conseguían adelantar el guardacostas y mantenerse delante, nada los detendría.

—Llevan al menos veinte arqueros en ese barco —dijo Sam con cierta reserva—. ¿Crees que nos dejarán adelantarlos sin más?

—Supongo que depende de cuántos agentes del enemigo vayan a bordo, si es que llevan alguno —contestó Lirael izando la vela maestra y orientándola para que la barca tomara más velocidad—. Si son guardias de verdad, no van a dispararles a un príncipe real ni a una hija de las clarvis, ¿no te parece?

—Habrá que comprobarlo, supongo —masculló Sam, al que no se le ocurría ningún plan alternativo. Si los guardias eran verdaderos guardias, lo peor que podía ocurrir era que a él lo devolviesen a Belisaere. Si no lo eran, lo mejor era mantenerse lo más lejos posible de ellos—. ¿Y si el viento deja de soplar?

—Haremos que sople otro silbando —dijo Lirael—. ¿Se te dan bien los hechizos meteorológicos?

—No están a la altura de las exigencias de mi madre —contestó él. Los hechizos meteorológicos se hacían silbando las marcas del Gremio, y él era un silbador mediocre—. Aunque es posible que consiga que el viento sople.

—Un plan nada brillante, incluso para las exigencias de tu madre —comentó Zapirón, que observaba cómo el guardacostas izaba la vela disponiéndose a interceptarlos—. Lirael no tiene aspecto de hija de las clarvis. Sameth parece un espantajo, no un príncipe real. Y el capitán de ese guardacostas tal vez no reconozca la Exploradora. De manera que aunque sean guardias de verdad, es altamente probable que nos obsequien con una lluvia de flechas si intentamos adelantarlos. Personalmente, no tengo ningún interés en convertirme en acerico.

—No nos queda otra salida —dijo Sam en voz baja—. Aunque dos o tres de ellos sean enemigos, nos atacarán. Si logramos conjurar el viento suficiente, quizá logremos mantenernos fuera del alcance de sus arcos.

—¡Fantástico! —rezongó Zapirón—. Mojado, helado y lleno de agujeros. Otro día de diversión en el río.

Lirael y Sam se miraron. La muchacha inspiró hondo. Las marcas del Gremio llenaron su mente y dejó que le fluyeran hasta los pulmones y la garganta donde describieron círculos. Y entonces silbó y las notas puras saltaron al cielo.

En respuesta al silbido, el río se oscureció a sus espaldas. El agua se llenó de olas y espuma blanca que empujaron a la Exploradora y su vela expectante.

Segundos después, el viento les dio de lleno. La barca se escoró un poco y adquirió velocidad, las jarcias sumaron su silbido ante la súbita presión. Zapirón manifestó su desdén con un siseo y abandonó la proa de un salto cuando una nube de rocío envolvió el sitio que había ocupado un momento antes.

Lirael siguió silbando y Sam la secundó; el hechizo meteorológico de ambos consiguió que el viento soplara detrás de la aleta de la Exploradora alejándola del guardacostas, cuya vela seguía mustia y desinflada.

El guardacostas, sin embargo, estaba dotado de remos y expertos bogantes. El cómitre apuró el ritmo, los remos se hundieron a mayor velocidad, la galera se lanzó

a interceptar la Exploradora y, antes de que su proa se hundiera en el agua espumosa, el brillante metal de su ariete destelló bajo el sol.

Magia libre y carne de verraco

—Estarán a tiro de flecha dentro de unos instantes —les advirtió lúgubremente Zapirón calculando con cierta dosis de cinismo primero la distancia de la galera y luego la proximidad de la orilla derecha—. Nos veremos obligados a nadar para salvar la vida.

Lirael y Sam se miraron preocupados, reacios a reconocer en voz alta que el gato tenía razón. Pese al viento conjurado por el hechizo y a que su embarcación cruzaba rauda el río, la galera era más veloz. Se acercaron a la costa hasta donde se atrevieron y lo malo era que se estaban quedando sin espacio para maniobrar.

—Será mejor que nos quedemos al pairo y nos arriesguemos a que entre los guardias haya enemigos —dijo Sam recordando vivamente que había herido a dos agentes de policía—. No quiero que nos disparen porque nos tomen por contrabandistas o algo así, y desde luego que no deseo hacer daño a ningún guardia. Cuando se enteren de quién soy, les ordenaré que te suelten. ¡Quién sabe, a lo mejor tengo suerte! Es posible que Ellimere no haya ordenado mi detención.

—No lo sé.... —comenzó a decir Lirael, carcomida por la desazón. Existía una ligera posibilidad de que lograsen escapar. Pero cuando se disponía a concluir la frase, la perra ladró interrumpiéndola.

—¡No! ¡Llevan a bordo al menos tres o cuatro criaturas producto de la magia libre! ¡No debemos detenernos!

—A mí me huele bien —dijo Zapirón estremeciéndose cuando otra nube de rocío cubrió la proa—. Aunque claro, yo no tengo un olfato tan fino como el tuyo. Sin embargo, como veo que media docena de arqueros se aprestan a disparar, es posible que hayas olido algo después de todo.

Sam comprobó que Zapirón estaba en lo cierto. El guardacostas iniciaba la maniobra para cruzarse en su camino y seis arqueros formaban en la cubierta de proa con las flechas dispuestas. Era evidente que pensaban disparar primero y hacer las averiguaciones pertinentes después. —¿Son humanos los arqueros? —preguntó Sam a toda prisa. La *Perra Canalla* olisqueó el aire otra vez y contestó: —No lo sé. Creo que la mayoría lo son. Pero el capitán, el del sombrero de plumas, sólo tiene apariencia de hombre. Es un engendro, hecho de magia libre y carne de verraco. Su olor es inconfundible.

—¡Debemos mostrarles a los arqueros humanos a quién están disparando! —exclamó Sam—. Debí haber traído un escudo con el blasón real. De tenerlo aquí conmigo, no se atreverían a dispararnos, aunque les dieran la orden de hacerlo.

—¿Cómo no se me ocurrió antes? —gritó Lirael dándose una palmada en la frente—. ¡Anda, coge!

—¡Qué! —aulló Sam, abalanzándose hacia adelante para aferrar la caña del timón

que Lirael acababa de soltar—. ¿Qué hago? ¡No sé gobernar un barco!

—No te preocupes, la barca se gobierna sola —le contestó Lirael a voz en cuello al tiempo que se arrastraba hacia el arcón situado en la bodega de proa.

Debía recorrer algo más de diez metros, pero a la muchacha le costaba un triunfo avanzar, porque la Exploradora estaba escorada en un ángulo imposible y la barca no dejaba de elevarse y de caer con un estrépito enervante a intervalos regulares. —¿Estás segura? —volvió a gritar Sam.

Notaba la presión de la caña y tuvo el convencimiento de que sólo la firmeza con que la empuñaba impedía que la embarcación virase de golpe y fuera a parar a la orilla. Hizo la prueba de separar los dedos un segundo, dispuesto a tomar otra vez la caña de inmediato. Nada ocurrió. La Exploradora seguía su rumbo, la caña del timón apenas se movía. Sam lanzó un suspiro de alivio que se convirtió en una tos ahogada cuando vio que del guardacostas partía una serie de flechas que se dirigían a él. —Todavía están muy lejos —comentó la *Perra Canalla* observando con ojo experto el vuelo descrito por las flechas hasta que éstas acabaron hundiéndose en el agua a cuarenta metros de distancia.

—Pronto los tendremos encima —masculló Zapirón. Volvió a saltar para encontrar un lugar más seco.

Cuando por fin lo había encontrado cerca del mástil, un ligero desvío de la caña del timón, cooperación de Sam, hizo que la embarcación creara una ola que bañó al felino de pies a cabeza.

—Te detesto —siseó Zapirón dirigiéndose al mascarón de proa de la barca mientras el agua se escurría entre sus patas—. Al menos ese barco de remos parece seco. ¿Por qué no dejamos que nos capturen? Al fin y al cabo, sólo a la *Perra Canalla* le huele a engendro ese capitán.

—¡Están disparándonos, Zapirón! —gritó Sam, que no sabía a ciencia cierta si el gato estaba de guasa.

—Además del capitán, a bordo van otros dos engendros —gruñó la perra, cuya nariz seguía oliendo el aire con vigor.

Sam comprobó que la *Perra Canalla* aumentaba de tamaño y adquiría un aspecto más fiero. Se preparaba para luchar sin tener en cuenta lo que Lirael hacía en la proa.

—¡Ya lo veo! —exclamó la muchacha al tiempo que otra lluvia de flechas iba en dirección a ellos.

En esta ocasión se hundieron en el río a poco más de cuatro palmos de distancia.

—¿Qué? —gritó Sam al tiempo que buscaba entre las marcas del Gremio las necesarias para construir defensa contra las flechas, aunque no fuese efectiva contra seis arqueros a la vez, y menos cuando se sentía tan débil.

Lirael levantó un trapo negro y dejó que ondeara al viento para que se viera la brillante estrella plateada puesta en el centro. El viento estuvo a punto de arrancárselo

de la mano, pero lo apretó contra el pecho y regresó arrastrándose al mástil.

—Es la bandera de la Exploradora —gritó al tiempo que tiraba de la driza y desenroscaba el pasador para meterlo por el ojal que tenía la bandera—. Estará izada en un periquete.

—¡No tenemos tanto tiempo! —chilló Sam al ver que los arqueros iban a disparar otra vez—. ¡Olvídate de izarla y despliégala!

Lirael no le prestó atención. Fijó la bandera a los puntos de sujeción, enroscó los tornillos a una velocidad que a Sam se le antojó eterna. El muchacho estaba a punto de lanzarse a agarrar la maldita bandera cuando Lirael la soltó de repente y tiró de la driza en el mismo instante en que otras cinco flechas partían del guardacostas en dirección a ellos.

La Exploradora reaccionó primero: movió la caña del timón y puso proa al viento. Perdió velocidad al instante; la vela se agitaba y palmoteaba como si estuviese aplaudiendo. Sam se agachó como reacción y la caña del timón le dio en la mandíbula con fuerza suficiente para hacerle pensar que había sido alcanzado por una flecha del enemigo. La caña del timón volvió a su sitio y a punto estuvo de darle otra vez al muchacho cuando la barca retomó el curso original.

Esos pocos segundos en que la velocidad disminuyó resultaron de vital importancia, según dedujo Sam, pues las flechas que iban a darles de lleno cayeron al agua a unos palmos de distancia.

La gran estrella plateada de las clarvis ondeaba en lo alto del mástil reluciendo al sol. Ya no cabía duda de quién era el propietario de la embarcación, pues la bandera no era simplemente un trozo de paño sino que, al igual que la Exploradora, estaba saturada de magia del Gremio. Incluso en la noche más negra, la insignia estrellada de las clarvis destacaba con brillo fulgurante. Y allí, a plena luz del día, su efecto era cegador.

—Han dejado de bogar —anunció la *Perra Canalla* alegremente, cuando el guardacostas fue perdiendo impulso y se oyó un confuso entrechocar de remos.

Sam se relajó, permitió que los bordes de la defensa contra las flechas se desdibujaran; quería comprobar cuántos dientes había perdido.

—Pero dos arqueros se disponen a disparar —prosiguió la perra.

Sam lanzó un gemido y buscó apresuradamente las marcas del Gremio que acababa de soltar.

—Sí..., no... no, me he equivocado... Otros cuatro los están maniatando. El capitán grita y... ¡ha revelado quién es!

Sam y Lirael miraron en dirección del guardacostas. Vieron una maraña de cuerpos en lucha, oyeron un griterío y el entrechocar de armas. En el centro del enredo surgió de pronto una blanca columna de fuego; lanzó un rugido tan fuerte que hizo que a la perra se le arrugaran las orejas y que los demás dieran un respingo. La

columna se elevó más de tres metros, se extendió hacia los lados describiendo un arco y saltó por la borda.

Por un instante, Sam y Lirael pensaron que se hundiría en el agua y desaparecería, pero en realidad comenzó a rebotar sobre la superficie del río como si el agua fuese una mullida alfombra de césped. La columna avanzó hacia ellos y, a medida que lo hacía, se transformaba en otra cosa. Dejó de ser un largo haz de fuego blanco para convertirse en un verraco gigantesco y llameante con colmillos incluidos. Corrió en pos de la Exploradora dando inmensos saltos que levantaban una nube de agua, soltando chillidos agudos, un sonido que provocaba las náuseas de cuantos lo oían.

Sam fue el primero en reaccionar. Cogió el arco de Lirael y, en rápida sucesión, disparó cuatro flechas a la cosa que se les acercaba rauda. Todas dieron en el blanco, con el único efecto de arrancar una lluvia de chispas. Las flechas ardieron y quedaron reducidas a cenizas.

Sam se disponía a sacar otra flecha cuando Lirael levantó la mano y gritó un hechizo al viento. De los dedos de la muchacha partió una red dorada que se extendió más y más hasta cubrir el agua. Se topó con el verraco justo cuando iba a saltar y lo ató con cuerdas de fuego dorado y rojo que apagaron parte del brillo que despedía aquella criatura.

El verraco y la red se desplomaron y, al desaparecer bajo la superficie del río, el terrible chillido se interrumpió. Las aguas del Renegado se cerraron sobre el verraco; una nube de blanco vapor se elevó con fuerza a una altura de treinta metros. Al disiparse, no quedaron señales ni de la red ni de la criatura de la magia libre, sólo unos restos pequeños de algo que parecía carne podrida, bocados que no resultaban apetecibles ni siquiera a las gaviotas famélicas que volaban en lo alto del cielo.

—Gracias —dijo Sam, cuando quedó claro que ni guardacostas ni las profundidades iban a soltar nada dañino.

Conocía el hechizo de la red mágica utilizado por Lirael, pero no creyó que funcionara contra algo tan poderoso.

—Me lo sugirió Zapirón —dijo Lirael, sorprendida por la gratitud del muchacho y por el hecho de que el hechizo hubiese funcionado tan bien.

—Esos engendros son capaces de moverse por el agua corriente, pero no resisten la inmersión total —explicó Zapirón—. Bastó con frenarlo apenas un instante.

Echó una mirada picara a la perra y añadió:

—Ahora sabéis que esta cánida no es la única que conoce esas cosas. Y ahora sí que tengo que echar una siestecilla. ¿Puedo esperar que cuando despierte me tengáis preparados unos cuantos pescados?

Sam asintió con cara de cansado, aunque no tenía ni idea de cómo iba a conseguirlos. A punto estuvo de acariciar a Zapirón, como hacía Lirael con la perra. Algo en los verdes ojos del felino hizo que su mano se detuviera antes de haberse

movido.

—Lamento que no se me ocurriera antes lo de la bandera —dijo Lirael mientras avanzaban a toda velocidad. El hechizo del viento continuaba soplando a popa aunque con menor fuerza—. Ahí dentro hay un montón de cosas a las que apenas les eché un vistazo cuando partimos del glaciar.

—Me alegro de que te acordaras cuando lo hiciste —dijo Sam; sus palabras sonaron algo amortiguadas porque las pronunció moviendo la mandíbula para comprobar su estado. La notaba entumecida, pero conservaba todos los dientes—. El viento nos vendrá muy bien. Deberíamos llegar a la Casa mañana por la mañana.

—La Casa de la Abhorsen está construida en una isla, ¿no? —preguntó Lirael, pensativa—. ¿Y está justo antes de la cascada donde el Renegado salta los Despeñaderos Largos?

—Sí —contestó Sam mientras pensaba en la estruendosa cascada y en la gratitud que sentiría al poder contar con su protección.

Entonces se le ocurrió que en lugar de pensar en la cascada como un elemento protector, Lirael se estaría preguntando cómo llegar a la Casa sin peligro de que la barca se precipitara por ella.

—No te preocupes por la cascada —le explicó—. Hay una especie de canal detrás de la isla, donde la corriente no es tan fuerte. Tiene por lo menos una legua, lo único que debemos hacer es tener la precaución de entrar en él en el lugar adecuado y no abandonarlo. No habrá problemas. Lo hicieron los constructores del Muro. Igual que la Casa. Se trata de una obra maestra... Me refiero al canal. Intenté hacer una maqueta utilizando la cascada y los estanques de la segunda terraza de palacio. Pero no me funcionó el encantamiento para dividir la corriente...

Dejó de hablar al darse cuenta de que Lirael no le prestaba atención. Tenía una expresión abstraída y sus ojos estaban clavados en un punto, por encima del hombro de Sam.

—No sabía que fuera tan aburrido —dijo el muchacho con una sonrisa de compromiso.

Sam no estaba acostumbrado a que las muchachas bellas hicieran caso omiso de él. De repente se dio cuenta de que Lirael era guapa, potencialmente hermosa. No había reparado en ese detalle hasta ese momento.

Lirael dio un respingo, parpadeó y dijo:

—Perdona. No estoy acostumbrada a... Allá, en mi casa, la gente casi nunca suele hablar conmigo.

—Por cierto, estarías mucho mejor sin ese pañuelo —sugirió Sam. Era realmente atractiva, aunque su cara tenía algo que lo inquietaba. ¿Dónde la había visto? A lo mejor se parecía a alguna de las chicas que Ellimere le había obligado a frecuentar en Belisaere—. Me recuerdas a alguien. ¿Es posible que haya conocido a alguna de tus

hermanas? Aunque no recuerdo haber visto nunca a una clarvi morena.

—No tengo hermanas —contestó Lirael distraídamente—. Sólo primas. Montones de primas. Y una tía.

—En la Casa podrás cambiarte. Mi hermana tiene muchos vestidos.

Así tendrás ocasión de quitarte ese chaleco —dijo Sam—. Lirael, ¿te importa si te pregunto cuántos años tienes?

Lirael lo miró, intrigada por la pregunta, hasta que captó el destello de sus ojos. Conocía esa mirada porque la había visto en el refectorio inferior. Apartó la vista y se subió el pañuelo mientras pensaba en qué iba a decirle. «Ojalá Sam pudiera ser como la perra», pensó la muchacha. Un amigo fiel, sin las complicaciones del interés romántico. Tenía que existir una manera de cortar de raíz todas sus expectativas sin necesidad de recurrir a algo tan desagradable como vomitar o mostrarse fea y poco atractiva.

—Treinta y cinco —contestó al fin.

—¡Treinta y cinco! —exclamó Sam—. Vaya, perdona, quería decir que no los aparentas... Pareces mucho más joven...

—Ungüentos —dijo la perra con una media sonrisa irónica que sólo Lirael captó —. Afeites. Aceites del Norte. Encantamientos de la apariencia. Mi ama trabaja con ahínco para mantener su juventud, príncipe Sameth.

—Ah —dijo Sam apoyado en la barandilla de popa.

Espió disimuladamente a Lirael tratando de descubrir alguna arruga, algo que indicara su edad, sin ningún éxito: parecía tener los mismos años que Ellimere. Tampoco se comportaba como una mujer tan mayor. Carecía de la confianza y la extraversión necesarias. Eso, para empezar. A lo mejor la clave estaba en el hecho de que fuera bibliotecaria, pensó Sam, al tiempo que intentaba adivinar lo que intuía como una silueta llena de curvas debajo del ancho chaleco.

—¡Calla de una vez, *Perra Canalla*! —ordenó Lirael, volviendo la cabeza para que Sam no descubriera su sonrisa—. Haz algo útil y ponte a vigilar que no aceche ningún peligro. Yo también haré algo de utilidad, prepararé una piel del Gremio.

—A la orden, amita —gruñó la perra—. Ahora mismo me pongo a vigilar.

La perra se estiró, bostezó y luego, de un salto, se fue a la proa donde se sentó justo debajo de la fina lluvia de rocío con la boca abierta y la lengua colgando. Era un misterio cómo conseguía mantenerse erguida y firme, pensó Lirael, aunque intuía, no sin cierto repeluzno, que a lo mejor a la *Perra Canalla* le habían salido ventosas en el trasero.

—Loca. Completamente loca —dijo Zapirón mientras observaba cómo se empapaba la perra. El felino había vuelto a ocupar su puesto, cerca del mástil, donde había retomado la delicada labor de secarse a lengüetazos—. Claro que nunca tuvo un ápice de cordura.

—¡Te he oído! —ladró la perra, sin volverse a mirar atrás.

—Ya, ya, me lo figuraba —dijo Zapirón, con un suspiro y siguió lamiéndose el collar. Levantó la cabeza, clavó en Lirael los ojos verdes, de malvado brillo y añadió —: Supongo que no puedo esperar que me quites el collar para que me seque como es debido, ¿verdad?

Lirael negó con la cabeza.

—En fin, imagino que si el idiota del pueblo que ves aquí se negó a hacerlo, no había ninguna posibilidad de que tú accedieras —gruñó Zapirón, inclinando la cabeza hacia Sameth—. Si hasta me entran ganas de haberme ofrecido yo mismo. Así no me vería obligado a emprender siempre estos bárbaros viajes en barco.

—¿Y qué es lo que no te ofreciste a hacer? —preguntó Lirael llena de curiosidad.

El gato se limitó a sonreír. Una sonrisa que reunía demasiadas características del cazador carnívoro, pensó Lirael. Luego movió la cabeza, Ranna tintineó y se quedó dormido, despatarrado al sol del mediodía.

—Ten cuidado con Zapirón —le advirtió Sam, al ver que Lirael sucumbía a la tentación de rascar la blanca barriga del gato—. En su forma libre, no contenida por el collar, estuvo a punto de matar a mi madre. En tres ocasiones, para ser exacto, desde que es la Abhorsen.

Lirael apartó la mano justo en el instante en que Zapirón abría un ojo y, con las garras al descubierto, hacía un rápido movimiento con la pata, un movimiento engañosamente juguetón.

—Duérmete otra vez —dijo la perra desde la proa, sin volverse a mirar, convencida de que Zapirón la obedecería.

Zapirón le hizo un guiño a Lirael y durante un momento sus miradas se encontraron. Después, cerró el verde ojo de aguda vista y, en apariencia, se durmió del todo mientras Ranna tintineaba.

—Bien, ha llegado el momento de confeccionarme una piel encantada —dijo Lirael.

—¿Te importa si miro? —preguntó Sam, entusiasmado—. He leído sobre las pieles del Gremio, pero creía que se trataba de un arte olvidado. Ni siquiera mi madre sabe cómo hacerlas. ¿Qué formas conoces?

—Sé hacer una nutria de los hielos, un oso bermejo o un búho bramador —contestó Lirael, más tranquila al comprobar que a Sam se le había pasado la vena romántica—. Si te apetece, mira, pero no sé cuánto alcanzarás ver. En esencia, se trata de largas y complejas cadenas de marcas del Gremio y combinaciones de hechizos que es preciso retener en la cabeza todos a la vez. De manera que no podré hablar ni explicarte nada. Es posible que tarde hasta que se ponga el sol. A continuación tendré que doblarla de la forma exacta para poder utilizarla después.

—Fascinante —dijo Sam—. Una vez completado el hechizo, ¿no has intentado

meterlo en un objeto para que la cadena de marcas esté a tu disposición cuando la necesites, sin tener que volver a empezar desde cero?

—No —respondió Lirael—. No sabía que fuera posible.

—Es difícil, pero no imposible —le explicó Sam, entusiasmado—. Es algo así como reparar un pilar del Gremio. Es decir que tienes que usar un poco de tu propia sangre para preparar lo que vaya a contener el hechizo. Sangre real, claro, aunque la sangre de las clarvis o de la Abhorsen funciona igualmente. Debes poner mucho cuidado porque si te equivocas... En fin, veamos antes tu piel del Gremio. ¿Cuál vas a hacer?

—Un búho bramador —respondió Lirael con un mal presentimiento. No le hacía falta disponer del don de la visión para saber que Sameth tenía ganas de hacerle infinidad de preguntas—. Tardaré aproximadamente cuatro horas —añadió—. Y no debe interrumpírseme.

Sureños con un Nigromante

El sol se ponía y su roja luz teñía la ancha superficie del río. Pese al hechizo meteorológico realizado momentos antes por Sam y Lirael, se había levantado viento y ahora soplaba con fuerza desde el Sur. Pese a navegar con el viento en contra, la Exploradora continuaba a buen ritmo virando en largas diagonales entre la ribera derecha e izquierda.

Tal como Lirael había vaticinado, Sam se dedicó a hacer preguntas sin parar. Pese a sus interrupciones, la muchacha había conseguido crear la piel del Gremio de un búho bramador y doblarla de la forma adecuada para su posterior uso.

—Es fascinante —comentó Sam—. Me gustaría aprender a hacer una.

—Me dejé Con piel de león en el glaciar —respondió Lirael—. Pero puedo prestártelo si alguna vez vas a verme. Es de la biblioteca, aunque imagino que te permitirán tomarlo prestado.

Sam asintió. La perspectiva de visitar el Glaciar de las Clarvis le parecía muy remota. Formaba parte de otra porción de un futuro que no se imaginaba. Sólo pensaba en llegar al refugio de la Casa.

—¿Podemos navegar de noche? —preguntó.

—Sí —contestó Lirael—. Si la *Perra Canalla* está dispuesta a pasarse la noche en vela y montar guardia para ayudar a la Exploradora.

—Muy dispuesta —ladró la perra. No se había movido de su puesto en la proa—. Cuanto antes lleguemos, mejor. Este viento trae un hedor insoportable y el río se ha quedado tan vacío que no parece normal.

Sam y Lirael miraron a su alrededor. Habían estado tan ensimismados en preparar la piel del Gremio que ni siquiera habían reparado en la total ausencia de embarcaciones, aunque se veían algunas amarradas cerca de la orilla izquierda.

—No nos ha seguido nadie de Puente de Arriba, y sólo nos hemos cruzado con cuatro naves que venían del sur —informó la perra—. No puede ser normal en el Renegado.

—No —convino Sam—. Las veces que navegué por este río siempre había muchas embarcaciones. Incluso en invierno. Deberíamos haber visto algunas barcazas cargadas de madera con dirección al Norte.

—Yo he visto una sola embarcación en todo el día —dijo la perra—. Lo cual significa que se han detenido y han buscado refugio en alguna parte. Y las barcas que he visto estaban amarradas en los embarcaderos o a las boyas. Lo más lejos posible de tierra.

—Debe de haber más muertos o de esos engendros de la magia libre a lo largo del río —dijo Lirael.

—Ya decía yo que mis padres no deberían haberse marchado —comentó Sam—.

Si hubiesen sabido...

—Se habrían marchado de todos modos —lo interrumpió Zapirón con un bostezo. Se estiró y sacó la delicada lengua rosada para saborear el viento—. Como de costumbre, los problemas vienen de todas partes, todos a la vez. Algunos se dirigen hacia nosotros, me temo que la cánida tiene razón. Esta brisa hiede mucho. Despertadme si estuviese a punto de ocurrir algo desagradable.

Dicho lo cual, volvió a acostarse y a ovillarse hasta formar una bola blanca.

—Me pregunto qué considerará él desagradable —masculló Sam muy nervioso.

Cogió la espada y la desenvainó a medias para comprobar que seguían vivas las marcas del Gremio que había puesto en ella.

La perra volvió a olisquear el aire mientras la barca ceñía por babor. Le tembló el hocico y lo levantó más al notar que el olor se hacía más fuerte.

—Magia libre —dijo al fin—. Viene de la orilla derecha.

—¿De dónde exactamente? —preguntó Lirael, haciendo visera con la mano.

Con la puesta de sol resultaba difícil distinguir nada hacia el Oeste. Lo único que veía eran saucedales enmarañados entre campos vacíos, unos cuantos espigones improvisados y paredes de piedra medio hundidas de las que colgaban algunas nasas.

—No veo nada —contestó la perra—. Sólo me llega el olor. Viene de allá, río abajo.

—Yo tampoco veo nada —añadió Sam—. Pero si la magia libre no está en el río, podemos seguir navegando.

—También huelo gente —informó la perra—. Gente asustada.

Sam no hizo comentarios. Lirael lo miró y comprobó que se mordía los labios.

—¿Podría tratarse del nigromante? —le preguntó Lirael—. ¿Podría tratarse de Hedge?

—Desde aquí no lo distingo —contestó la perra—. El olor de la magia libre es muy fuerte, por lo tanto, podría tratarse de un nigromante. O tal vez de un stilken o un siseante.

Lirael tragó saliva. Sabía cómo someter a un stilken, puesto que contaba con la ayuda de Nehima. Y también de Sam, de la *Perra Canalla* y de Zapirón. La idea, sin embargo, no le hacía gracia alguna.

—Ya sabía yo que tendría que haber leído ese libro —farfulló Sam. No especificó de qué libro se trataba.

Siguieron callados un rato, mientras la Exploradora continuaba avanzando hacia la orilla derecha. El sol se ocultaba rápidamente, apenas se veía la mitad de su rojo disco. A medida que la oscuridad se apoderaba de todo, las estrellas comenzaron a titilar con fuerza en el cielo.

—Será mejor... será mejor que echemos un vistazo —dijo Sam al fin, tras un esfuerzo evidente.

Se ajustó la espada al cinto pero no hizo ademán de colocarse la bandolera con las campanas. Lirael les echó un rápido vistazo y deseó poder utilizarlas, pero no le pertenecían. Era Sam quien debía decidir qué hacer con ellas.

—Si amarramos en ese embarcadero de ahí, ¿estaremos cerca? —le preguntó Lirael a la perra.

La mascota asintió. La Exploradora viró hacia el embarcadero sin necesidad de recibir órdenes.

—¡Despierta, Zapirón! —dijo Sam en voz baja. Con la oscuridad había llegado también un profundo silencio. No quería que el eco de su voz se impusiera al borboteo de la corriente.

Zapirón no se movió. Sam insistió y le rascó la cabeza.

—Se despertará cuando sea necesario —dijo la perra. Ella también hablaba en voz baja—. ¡Preparaos!

La Exploradora se deslizó con movimiento experto hacia el embarcadero al tiempo que Lirael arriaba la vela. Sam desembarcó de un salto, la espada en la mano, seguido de cerca por la *Perra Canalla*.

Lirael fue tras ellos poco después. Llevaba a Nehima desenvainada; las marcas del Gremio de la hoja brillaban en la penumbra.

La perra olisqueó el aire otra vez y levantó una oreja. Los tres se quedaron inmóviles. Escuchando. Esperando.

Hasta las hambrientas gaviotas habían dejado de chillar. No se oía más ruido que el de sus propias respiraciones y el chapoteo del río contra el embarcadero.

Y entonces un grito desgarrador quebró el silencio. Como si se tratara de la señal para que comenzara el alboroto, siguieron aullidos ahogados, más gritos. En ese mismo instante, Lirael y Sam sintieron la muerte de varias personas. Los hechos ocurrían lejos de allí, pese a ello, los dos se estremecieron ante la sorpresa de aquellas muertes que comenzaron a producirse en cadena. Percibían también algo más. Una especie de fuerza que dominaba la muerte.

—¡Un nigromante! —soltó Sam retrocediendo.

—Las campanas —dijo Lirael echando un vistazo a la barca.

Zapirón se había despertado; sus verdes ojos brillaban en la oscuridad. Esperaba junto a la bandolera con las campanas.

—Vienen hacia aquí —anunció la perra sin inmutarse.

El concierto de gritos y chillidos fue acercándose. Lirael y Sam seguían sin ver nada detrás de los saucedales. Y entonces, a quinientos metros, río abajo, un hombre surgió de repente de los árboles y cayó al agua. Se hundió de inmediato para volver flotando a la superficie un poco más allá. Nadó unas cuantas brazadas, se volvió de espaldas para flotar, tal vez porque estuviera demasiado cansado o muy herido para continuar nadando.

Detrás de él, un cadáver chamuscado y ennegrecido avanzó con movimientos desmañados hasta la orilla, se detuvo y soltó un aullido horrendo, como el glugluteo de un pavo, al ver que se le escapaba la presa. El pavor que le provocaba la rápida corriente del río contribuyó a que el bracero muerto retrocediera y buscara el refugio de los árboles.

—Vamos —dijo Lirael haciendo un esfuerzo increíble para hablar.

Sacó la zampona y echó a andar. La perra la siguó. Sam vaciló, se quedó mirando fijamente la oscuridad.

Se oyeron más gritos entre los árboles. Las palabras no se comprendían, pero Sam sabía que estaban desesperados y que eran gritos de socorro. Se volvió y contempló las campanas. Se encontró con los ojos de Zapirón que lo miraban sin pestañear.

—¿Qué esperas? —preguntó el gato—. ¿Que yo te dé permiso?

Sam negó con la cabeza. Estaba paralizado; no atinaba a coger las campanas ni a seguir a Lirael. La muchacha y la *Perra Canalla* se encontraban ya casi al final del embarcadero. Sam sentía la presencia de los muertos muy cerca, a menos de cien metros; iban acompañados del nigromante. Debía hacer algo. Era preciso que actuara. Debía probarse a sí mismo que no era un cobarde.

—¡Las campanas no me hacen falta! —gritó echando a correr por el embarcadero.

El golpeteo de sus botas sobre las maderas se propagó en el silencio. Pasó como una exhalación ante la sorprendida Lirael y la perra y entró como una tromba por el agujero abierto en el saucedal.

En un instante dejó atrás los árboles y se encontró en un cercado en penumbras. Un bracero muerto se abalanzó sobre él. Le cortó las piernas con un tajo certero y lo apartó de una patada. Antes de que volviese a levantarse, le saltó por encima y siguió corriendo.

El nigromante. Tenía que matar al nigromante antes de que lo arrastrase al mundo de los muertos. Tenía que matarlo inmediatamente.

Notó en su interior que el calor ardiente de la rabia acababa con el miedo. Sam lanzó un grito enfurecido y siguió corriendo.

Lirael y la *Perra Canalla* salieron del saucedal a tiempo para presenciar la carga de Sam. El bracero muerto que el príncipe había partido en dos avanzó hacia ellas, pero Lirael ya se había llevado la zampona a los labios. Escogió a Saraneth y sopló con fuerza una nota purísima cuyos tonos imperiosos detuvieron en seco al bracero. Lirael pasó a Kibeth, un trino de notas danzarinas lanzó hacia atrás al cadáver y el espíritu que lo habitaba se vio obligado a regresar al reino de los muertos.

—Se ha ido —dijo la perra, y salió trotando.

Lirael echó a correr también, aunque no con el temerario abandono de Sam.

Todavía quedaba luz suficiente para ver que treinta o cuarenta braceros muertos habían rodeado a un grupo de hombres, mujeres y niños. Era evidente que los

atacados habían intentado refugiarse en el río y que no habían conseguido llegar a destino. Habían formado una rueda en cuyo centro estaban los niños; era una última y desesperada defensa.

Lirael sentía la presencia de los braceros muertos... y de algo más, algo extraño, mucho más poderoso. Sólo cuando vio a Sam salir disparado dejando atrás a los braceros y lanzando un grito de guerra se dio cuenta de que debía de tratarse del nigromante.

La gente también se puso a chillar y a llorar a gritos. Dando gritos y alaridos estremecedores, los muertos se lanzaron sobre sus víctimas para destrozar sus cuellos y arrancarles los miembros uno por uno. Los garrotes y las ramas afiladas golpeaban a los muertos, pero quienes empuñaban tan improvisadas armas no sabían cómo sacarles el mejor partido, y además, el enemigo los superaba en número.

Lirael vio que el nigromante enfrentaba a Sam. Levantó las manos y el olor a metal caliente de la magia libre flotó en el aire inundándolo todo. De la punta de aquellos dedos partió un destello azul y blanco, cegador, que estalló con fuerza y fue a golpear al muchacho.

En ese mismo instante, los braceros muertos soltaron un aullido triunfante y se abrieron paso entre las filas de valientes hombres y mujeres hasta entrar en el círculo interior donde estaban los niños.

Lirael echó a correr como si en ello le fuera la vida. No sabía quiénes eran aquellas personas a las que intentaba salvar, pero era posible que llegara demasiado tarde.

Sam vio que el nigromante levantaba las manos y vio también el bronce que le cubría la cara. Se lanzó al suelo mientras las ideas le pasaban en tropel por la cabeza. ¡Un rostro de bronce! ¡No se trataba de Hedge, sino de Chlorr de la Máscara, la criatura contra la que su madre había luchado años atrás!

El rayo estalló muy cerca y no le dio de lleno por escasos centímetros. El calor que despedía era como una bofetada; la hierba que había a sus espaldas comenzó a arder.

Sam se detuvo para buscar en el flujo del Gremio y extraer cuatro marcas. Las dibujó con la mano que tenía libre, moviendo los dedos con tanta rapidez que era imposible seguirlos. Un acero triangular y plateado apareció de pronto en su mano. Antes de que acabara de adoptar forma completa, Sam lo lanzó.

El acero surcó el aire dando vueltas. Chlorr lo esquivó sin esfuerzo alguno; el acero continuó girando un poco más allá pero luego dio la vuelta y volvió a la carga.

Sam avanzó en el preciso instante en que el acero golpeaba a la nigromante en el brazo. El muchacho esperaba que la estocada consiguiera cercenárselo. No fue así. Sólo logró arrancar una llamarada intensa, una nube de chispas y chamuscar una manga.

—Idiota —gritó Chlorr levantando la espada. El sonido de aquella voz hizo que al príncipe Sameth se le erizara toda la piel. El aliento de aquella mujer hedía a muerte y a magia libre—. No llevas las campanas.

En ese preciso instante Sam cayó en la cuenta de que Chlorr tampoco llevaba campanas. Tras la máscara tampoco había ojos humanos. En las cuencas ardía un fuego abrasador y por el agujero de la boca salía una nube de humo.

Chlorr había dejado de ser una nigromante para convertirse en uno de los muertos mayores. Sabriel había conseguido acabar con su condición de ser vivo.

Sin embargo, alguien la había traído de vuelta.

—¡Corred! —gritó Lirael—. ¡Corred!

Se encontraba entre los últimos cuatro supervivientes y los braceros muertos que habían logrado resistir al sonido de la zampona. Lirael había soplado usando a Saraneth hasta ponerse morada, pero eran demasiados y la fuerza de la zampona no bastaba. Los muertos que seguían en pie se mostraban inmutables.

Lo peor de todo: los niños no echaban a correr. Estaban tan asustados que eran incapaces de reaccionar, ni siquiera comprendían que los gritos de Lirael iban dirigidos a ellos.

Un bracero muerto embistió y Lirael le lanzó una estocada. La perra saltó sobre otro y lo derribó. Pero un tercero, una cosa bajita de mandíbulas alargadas, consiguió burlar las defensas de ambas. Se tiró encima de un niño que gritaba sin cesar. Las mandíbulas se cerraron y el grito cesó de inmediato.

Llorando de asco y rabia, Lirael se volvió y le cortó la cabeza; Nehima soltó un reguero de chispas plateadas cuando entró en contacto con aquel engendro. Pese a ello, el bracero muerto continuó adelante, el espíritu que llevaba dentro se mostraba indiferente al daño físico. Lirael le asestó una estocada tras otra, pero los dedos muertos seguían aferrando a su víctima y los dientes no dejaban de rechinar.

Sam paró otro golpe de la cosa que en otros tiempos había sido Chlorr. Tenía una fuerza descomunal y el muchacho estuvo a punto de perder la espada. Se le entumecieron la mano y la muñeca y las marcas del Gremio que había inscrito con tanto esfuerzo en el acero fueron desdibujándose poco a poco ante el poder de Chlorr. Cuando desaparecieran del todo, el acero caería con estrépito...

El príncipe Sameth retrocedió con paso inseguro y echó una rápida mirada a su alrededor. A lo lejos distinguió apenas a Lirael y la *Perra Canalla*; ambas luchaban contra por lo menos media docena de braceros muertos. Había oído antes el sonido de las flautas de la zampona, las voces de Saraneth y Kibeth, aunque su sonido era extraño y muy distinto del de las campanas que él conocía. Habían conseguido que gran parte de los espíritus que animaban a los braceros regresaran al reino de los muertos, pero no ejercían efecto alguno en Chlorr.

Chlorr volvió a atacar soltando sonoros siseos. Sam se agachó. Con desesperación

intentaba pensar en lo que podía hacer. Tenía que existir algún hechizo, algo que la contuviera lo suficiente para permitirle escapar…

Lirael y la perra atacaron a la vez y derribaron al último bracero muerto. Antes de que volviera a levantarse, la *Perra Canalla* le ladró en la cara. Al instante, perdió las pocas fuerzas que le quedaban y quedó convertido en un cadáver horrendo y deforme, despojado de su espíritu.

—Gracias —jadeó Lirael.

Miró a su alrededor, a las grotescas formas de los braceros muertos, a los patéticos cuerpos de sus víctimas. Buscó afanosamente entre los caídos, con la esperanza de ver al menos a uno de los niños. No había sobrevivido nadie. Las únicas que seguían en pie eran ella misma y la *Perra Canalla*. Cuerpos sembrados por todas partes, despatarrados en medio de charcos de sangre. Los restos abandonados de los braceros muertos se apilaban junto con los cadáveres humanos.

Lirael cerró los ojos; el sentido que le permitía percibir la muerte la aturdía. Le confirmaba lo que sus ojos ya le habían indicado.

No había supervivientes.

Se sintió enferma, la náusea le subía por la garganta. Al inclinarse para vomitar, oyó gritar a Sam. Se incorporó, abrió los ojos y miró a su alrededor. No veía a Sam, pero a lo lejos se elevaba una hoguera de doradas llamas que despedía una lluvia de chispas blanquecinas. Podía haberse tratado de fuegos artificiales, pero Lirael no se dejó engañar. Aun así, tardó unos segundos en deducir desde dónde venía el grito de Sam.

Cuando por fin su mente obnubilada se hizo cargo de la situación, se le pasaron las ganas de vomitar. Saltó por encima de los braceros muertos y sus víctimas y echó a correr.

—¡Socorro! ¡Lirael! ¡*Perra Canalla*! ¡Zapirón! ¡Que alguien me ayude! —gritaba Sam.

La espada de Sam se rompió en el último embate. Se había partido cerca de la empuñadura dejándolo con un peso muerto e inútil, despojado de todo encantamiento.

Chlorr reía. Una risa extraña y distante que salía del fondo de su máscara, como si su eco resonara en el interior de un pasillo lejano.

Se había hecho más alta y era evidente que bajo los jirones de sus ropajes lo que acechaba a Sam era un ser oscuro y vil. Se acercó al muchacho echando humo blanco por la boca y, desde su altura descomunal, levantó otra vez la espada. La hoja de su acero despedía rojas lenguas de fuego que dejaban caer gotas ardientes sobre el césped.

Sam le lanzó a la cara la empuñadura de la espada, retrocedió de un salto y gritó:

—¡Socorro! ¡Lirael! ¡*Perra Canalla*!

La espada cayó. Chlorr dio un salto adelante que la llevó más lejos de lo que Sam

esperaba. La espada le rozó la nariz. Asombrado, volvió a gritar:

—¡Zapirón! ¡Que alguien me ayude!

Lirael vio caer la espada de fuego de la nigromante. Sam sucumbió al golpe y el fuego rojo deslumbró a Lirael.

—¡Sam! —gritó la muchacha.

De inmediato, la *Perra Canalla* echó a correr dando grandes saltos en dirección a Sam y la nigromante.

El pánico se apoderó momentáneamente de Lirael cuando creyó que Sam había muerto. Entonces lo vio rodar a un lado, sano y salvo. La nigromante volvió a levantar la espada y a Lirael casi le estallan los pulmones al tratar de acercarse a tiempo para hacer algo. Pero no pudo. Se encontraba aún a más de doscientos metros y de la mente se le habían borrado todos los encantamientos capaces de recorrer aquella distancia y distraer al enemigo.

—¡Muere! —susurró Chlorr, levantando la espada con ambas manos por encima de la cabeza y apuntándola directa hacia abajo.

Sam levantó la vista hacia el acero y supo que no conseguiría apartarse a tiempo. La nigromante era demasiado rápida, demasiado fuerte. Alzó la mano y trató de pronunciar una marca del Gremio. La única que le vino a la mente resultó del todo inútil, pues se trataba de una marca que empleaba para hacer juguetes.

La espada cayó.

Sam lanzó un grito.

La *Perra Canalla* ladró.

El ladrido llevaba dentro de sí una marca del Gremio que golpeó a Chlorr justo cuando bajaba la espada. Sus brazos despidieron destellos dolados y comenzaron a crepitar al tiempo que infinidad de nubecillas de blanco humo salían por otros tantos agujeritos. La estocada que debería haber atravesado a Sam se desvió y la espada se hundió en la Tierra, tan cerca del muchacho que las llamas lo quemaron a la altura de la cadera.

La fuerza sobrenatural de Chlorr se agotó con la estocada. La nigromante pugnaba por desenterrar su acero mientras la perra avanzaba hacia ella gruñendo. La mascota de Lirael había crecido hasta a1canzar el tamaño de un león del desierto, con dientes y garras a juego. Su collar se llenó de llamas doradas, las marcas del Gremio encerradas en el cambiaron de forma y comenzaron a moverse en una danza enloquecida.

La criatura muerta soltó la espada y retrocedió. Sam se incorporó con mucho esfuerzo justo cuando Chlorr se retiraba. Apretó los puños, miento recuperar la compostura y prepararse para lanzar un conjuro.

Lirael llegó un segundo después, sin aliento. Respirando entrecortadamente, se colocó detrás de la perra.

Chlorr levantó una mano fantasmal y sus uñas proyectaron finísimas dagas negras. Seguía despidiendo humo blanco, pero los agujeros de su brazo se habían cerrado. Dio un paso adelante y la perra ladró otra vez.

Aquel ladrido llevaba dentro el poder de la magia libre reforzado con hechizos del Gremio. El collar de la perra brilló con tanta fuerza que Sam y Lirael tuvieron que cerrar los ojos.

Chlorr se estremeció y levantó las manos para protegerse la cara. De su máscara salió más humo blanco; bajo el abrigo de pieles, su cuerpo comenzó a transformarse. Se fue desmoronando y sus ropajes comenzaron a caer a medida que sus carnes fantasmales desaparecían.

—¡Maldita seas! —chilló.

Las pieles cayeron al suelo y la máscara de bronce se precipitó sobre ellas. Una sombra oscura y densa como la tinta se alejó de la perra y Lirael, moviéndose más deprisa que ningún líquido derramado.

Lirael iba a avanzar pero la perra se interpuso en su camino.

—No —le dijo—. Déjala ir. Sólo la he obligado a abandonar su cuerpo. Es demasiado poderosa y no cuento con la fuerza suficiente para enviarla de regreso al reino de los muertos o destruirla.

—Era Chlorr —dijo Sam, pálido y tembloroso—. Chlorr de la Máscara. Una nigromante a la que mi madre se enfrentó hace años.

—Ahora forma parte de los muertos mayores —aclaró Zapirón—. De los que regresan de la Séptima o de la Octava Puerta.

Sam dio un salto que lo impulsó a varios metros del suelo. Miró hacia abajo y vio a Zapirón sentado mansamente junto a la espada de Chlorr, como si hubiese estado allí todo el tiempo.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Sam.

—Estaba por ahí, investigando, mientras tú tomabas las riendas —le explicó Zapirón—. Chlorr ha huido, pero regresará. Hay más braceros muertos a menos de dos leguas al Oeste. Serán unos cien; los dirigen braceros fantasmas.

—¡Cien! —exclamó Sam.

—¡Braceros fantasma! —dijo Lirael.

—Será mejor que regresemos a la barca —sugirió el muchacho.

Observó la espada de Chlorr que seguía vibrando, clavada en la tierra. Las llamas ya no la recorrían, el acero se había vuelto negro como el ébano y en él se veían grabadas extrañas runas que se agitaban con movimientos convulsos provocándole unas nauseas tremendas.

—Deberíamos destruirla —sugirió. Notaba la cabeza embotada y le costaba mucho ordenar las ideas—. Aunque... no sé... no sé cómo hacerlo deprisa.

—¿Qué hacemos con toda esta gente? —preguntó Lirael.

No se atrevía a llamarlos cadáveres. Se resistía a creer que estuvieran todos muertos. Había ocurrido de forma tan súbita, en tan pocos minutos...

Sam contempló el campo y el cielo. Había más estrellas y una luna en cuarto creciente delgadísima. Bajo la fría luz vio que muchos de los muertos llevaban sombreros y pañuelos azules. Entre las garras de uno de los muertos que Lirael consiguió neutralizar con su zampona había jirones de tela azul.

—Son sureños —observó, no sin sorpresa.

Se acercó para ver de cerca uno de los cadáveres, el de un muchacho rubio que no tendría más de dieciséis años. Los ojos de Sam reflejaron más asombro que temor, como si no consiguiese creer lo que veía.

—Son refugiados sureños. Supongo que intentaban escapar.

—¿Escapar de qué? —preguntó Lirael.

Antes de que nadie pudiese contestar, una criatura muerta aulló en la distancia. Poco después, cientos de gargantas en descomposición repitieron el grito hasta formar un coro.

—Chlorr ha llegado donde estaban los braceros —dijo Zapirón con tono urgente —. ¡Debemos marcharnos ya mismo!

El felino se alejó. Sam se disponía a ir tras él, pero Lirael lo aferró del brazo.

—¡No podemos marcharnos! —protestó la muchacha—. Si los dejamos aquí tirados, alguien utilizará sus cuerpos...

—¡No podemos quedarnos! —adujo Sam—. Ya has oído a Zapirón. Son demasiados para enfrentarnos a ellos. ¡Para colmo, Chlorr va a regresar!

—¡Debemos hacer algo! —exclamó Lirael.

Miró a la perra. Seguramente ella la ayudaría. Tenían que someter aquellos cuerpos al rito de purificación o vincularlos para que no pudiesen ser utilizados con el fin de albergar espíritus provenientes del reino de los muertos.

La perra negó con la cabeza y dijo con tristeza:

—No tenemos tiempo.

—¡Sam puede usar las campanas! —protestó Lirael—. Debemos...

La perra le dio un empujoncito a Lirael a la altura de las rodillas. La muchacha dio un paso al frente, los ojos se le llenaron de lágrimas. Sam y Zapirón ya les llevaban bastante ventaja, estaban cerca de los sauces.

—¡Date prisa! —le pidió la perra, presa de la ansiedad, después de mirar atrás.

Oía el entrechocar de huesos y percibía el hedor de la carne en descomposición. Los muertos se acercaban a toda prisa.

Lirael comenzó a llorar desconsoladamente al tiempo que echaba a correr. Cómo habría deseado ser capaz de correr más deprisa o de utilizar mejor la zampona para salvar al menos a uno de los refugiados.

Uno de los refugiados. Uno de ellos había conseguido huir del acoso de los

muertos.

—¡El hombre! —exclamó Lirael al tiempo que echaba a correr—. ¡El hombre del río! ¡Tenemos que rescatarlo!

Adiós a la exploradora

A pesar de contar con la ayuda del finísimo olfato de la *Perra Canalla* y de la visión nocturna sin par de Zapirón, tardaron casi una hora en dar con el sureño que había conseguido llegar al río.

Seguía flotando sobre la espalda, con la cara apenas asomada a la superficie; no parecía estar respirando. Cuando Sam y Lirael lo acercaron a la barca, abrió los ojos y soltó un quejido de dolor.

—No, no —susurró—. No.

—Agárralo —le pidió Lirael a Sam.

A toda prisa buscó en el Gremio y extrajo varias marcas de las que curaban. Pronunció sus nombres y las atrapó en el hueco de las manos. Quedaron allí encerradas, brillando y despidiendo un reconfortante calorcillo, mientras la muchacha buscaba las heridas del hombre donde colocarlas para que surtieran efecto inmediato. Cuando el encantamiento quedó completo, consiguieron sacar al hombre del agua.

Tenía en el cuello una gran mancha oscura de sangre reseca. Cuando Lirael acercó la mano, el hombre se puso a gritar y quiso soltarse, pero Sam lo mantuvo firmemente asido.

—¡No! ¡Cuánta maldad!

Lirael apartó la mano, intrigada. El hechizo que se disponía a lanzar era a todas luces magia del Gremio. La luz dorada brillaba con gran intensidad, no despedía el hedor típico de la magia libre.

—Es sureño —susurró Sam—. No creen en la magia, ni siquiera en las supersticiones en las que creen los ancelstierranos y mucho menos en nuestra magia. Para ellos debe de haber sido una experiencia terrible cruzar el Muro.

—Tierras al otro lado del Muro —sollozó el hombre—. Él nos prometió tierras. Dijo que podríamos construir granjas, que tendríamos un lugar propio...

Lirael trató de imponer otra vez el hechizo, pero el hombre se puso chillar y a forcejear para soltarse. El agua que levantaba le cubrió varias veces la cabeza, hasta que Lirael tuvo que apartar la mano y dejar que el hechizo se disolviera en la noche.

—Se está muriendo —dijo Sam.

Notaba cómo se escapaba la vida de aquel hombre, sentía las frías manos tratando de aferrarlo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Lirael—. ¿Qué...?

—Están todos muertos —dijo el hombre tosiendo. La brillante luz de la luna les permitió ver que con el agua de río escupía sangre—. En la losa. Estaban muertos... y pese a ello hacían lo que él les mandaba. Y el veneno... Les dije a Hral y a Mortin que no bebieran... Cuatro familias...

—Cálmate —le pidió Sam con dulzura, aunque la voz estaba a punto de

quebrársele—. Han logrado... han logrado escapar.

—Corrimos y los muertos nos seguían —susurró el sureño. Le brillaban mucho los ojos al ver algo muy diferente de lo que veían Sam y Lirael—. Corrimos día y noche. No les gusta el sol. Torbel se torció el tobillo y yo no... no pude cargar con él.

Lirael le acarició la cabeza. Al principio, el hombre dio un respingo, luego se relajó al ver que en las manos de la muchacha no había ninguna luz extraña.

—El granjero dijo que fuéramos al río —prosiguió el moribundo.

—Lo has conseguido —dijo Sam—. Estás en el río. Los muertos no cruzan las corrientes de agua.

—Aaah —suspiró el hombre y, tras expirar, se sumergió en ese otro río, el que lo llevaría hasta la Novena Puerta y al más allá.

Sam lo soltó poco a poco. Lirael levantó la mano. El agua cubrió la cara del hombre y la Exploradora se alejó.

—No hemos conseguido salvar ni a uno solo —murmuró Lirael—. Ni a uno solo.

Sam no contestó. Siguió sentado en su sitio, con la mirada perdida fija en el río iluminado por la luna.

—Ven aquí, Lirael —ordenó la *Perra Canalla* con suavidad, desde su puesto en la proa—. Ayúdame a montar guardia.

Lirael obedeció; hizo un gran esfuerzo por contener el llanto y le temblaron los labios. Pasó por encima de las bancadas, se dejó caer cerca de la perra y la abrazó con fuerza. La *Perra Canalla* aguantó sin decir nada al notar que las lágrimas le mojaban la pelambre.

Al cabo de un rato, Lirael aflojó el abrazo y se quedó al lado de su mascota. El sueño se apoderó de ella, un sueño como los que te entran cuando, al final de la batalla, has agotado todas las fuerzas.

La perra se apartó un poquitín para que Lirael estuviera más cómoda y volvió la cabeza para mirar atrás, torciendo el cogote de un modo en que ningún otro can lo habría hecho. Sam también estaba dormido, acurrucando en la popa, mientras la caña del timón se movía ligeramente por encima de su cabeza.

Zapirón parecía dormido, en su sitio habitual, cerca del mástil. En cuanto la perra lo miró, abrió uno ojo verde brillante.

—Yo también lo vi —dijo Zapirón—. En la muerta mayor, esa tal Chlorr.

—Así es —dijo la perra, muy preocupada—. Confío en que no tengas problemas a la hora de recordar a quién debes lealtad.

Zapirón no contestó. Cerró el ojo despacio y en su boca se dibujó una sonrisa contenida, misteriosa.

La *Perra Canalla* se pasó toda la noche sentada en la proa, mientras Lirael se revolvía inquieta, a su lado. En las primeras horas silenciosas de la madrugada dejaron atrás Qyrre, un blanco puntito en la distancia. Pese a que había sido su primer

destino, la Exploradora no intentó atracar.

Lirael tuvo un ligero ataque de pánico al despertar y oír una cascada. A esa distancia, sonaba como el zumbido de infinidad de insectos; tardó un buen rato en adivinar de qué se trataba. Cuando lo hizo, el susto no se le pasó hasta que se dio cuenta de que la Exploradora se desplazaba muy despacio en comparación con las ramas, las hojas y demás restos flotantes arrastrados a toda velocidad por la corriente.

—Estamos en el canal, nos aproximamos a la Casa de la Abhorsen —le explicó la perra mientras la muchacha se restregaba los ojos y se estiraba en un vano intento por desentumecerse.

Las muertes ocurridas la noche anterior parecían cosa de un pasado lejano. Aunque no tenían las cualidades de los sueños. Lirael sabía que la cara del último sureño, la mirada de alivio de sus ojos cuando por fin tuvo la certeza de que había escapado de los muertos, la acompañarían por el resto de sus días.

Estiró las piernas y aprovechó para contemplar la inmensa masa de rocío que se elevaba al caer el Renegado por los Despeñaderos Largos. El río daba la impresión de desaparecer envuelto en una nube que envolvía los despeñaderos y las tierras colindantes en un gigantesco y ondulante manto blanco. Por un instante, la niebla se abrió permitiéndole atisbar una torre brillante y su tejado cónico de rojas tejas en las que se reflejaba el sol. Parecía un espejismo rielando en medio de aquella nube, pero Lirael supo que había llegado al fin a la Casa de la Abhorsen.

A medida que se acercaban, Lirael vio surgir en medio de la nube otros tejados rojos pertenecientes a otros edificios agrupados alrededor de la torre. Y ya no vio más, porque toda la isla donde estaba construida la casa se encontraba rodeada de una tapia encalada de más de diez metros de altura por la que asomaban únicamente los tejados rojos y las copas de algunos árboles.

Sam se le acercó desde la proa y se quedó a su lado, mirando al frente. Un acuerdo tácito les impedía hablar de lo ocurrido; el silencio entre ambos era una pesada losa. Impaciente por decir algo, Sam asumió el papel de guía.

—No lo parece, pero la isla es más grande que un campo de fútbol. Verás, se trata de un deporte que se practicaba en la escuela, en Ancelstierre. Para que te hagas una idea, la isla tiene casi trescientos metros de largo por cien de ancho. Hay un jardín, un huerto y la casa misma. A la derecha se ven los melocotoneros en flor. Por desgracia, todavía no es tiempo de que den frutos. Los melocotones de aquí son exquisitos, sabe el Gremio por qué. Comparada con palacio, la casa no es gran cosa, pero es más grande de lo que parece, y contiene infinidad de instrumentos. Es muy distinta de tu glaciar, supongo.

—Por lo poco que he visto, me gusta —dijo Lirael, sonriente, sin dejar de mirar al frente.

Vio en la nube un tenue arco iris cuyo arco se proyectaba por encima de las

blancas paredes y rodeaba la Casa con un marco multicolor.

—Menos mal —masculló Zapirón tras aparecer de repente junto a Lirael—. Aunque debería advertirte sobre la comida.

—¿Y la comida? —preguntó la *Perra Canalla* lamiéndose el morro—. ¿Qué pasa con la comida?

—Nada —se apresuró a responder Sam, con aire severo—. Los enviados son muy buenos cocineros.

—¿Tenéis enviados que os hacen de sirvientes? —preguntó Lirael, movida por la curiosidad de conocer mejor las diferencias entre la vida de la Abhorsen y la de las clarvis—. En el glaciar, nosotras nos ocupamos de casi todo el trabajo. Nos turnamos con las tareas, sobre todo las de la cocina, aunque algunas se especializan.

—Aquí no viene nadie más que mi familia —contestó Sam—. Quiero decir que no vienen los parientes lejanos, los que pertenecen al linaje, como las clarvis. En realidad nadie tiene que hacer nada porque los enviados son muchos y siempre se muestran ansiosos por ayudar. Yo creo que se aburren cuando la casa está vacía. Todos los Abhorsen crean nuevos enviados por lo que tienden a multiplicarse. Algunos de ellos tienen cientos de años.

—Miles —rectificó Zapirón—. La mayoría está senil.

—¿Dónde desembarcamos? —inquirió Lirael haciendo caso omiso de los refunfuños de Zapirón. En la pared norte no veía puertas ni embarcaderos.

—En el lado oeste —dijo Sam, levantando la voz para imponerse al creciente rugido de la cascada—. Rodearemos la isla y llegaremos casi hasta la cascada. Hay un muelle que lleva a la Casa y una serie de pasaderas conducen al túnel occidental. Fíjate, ahí se ve la entrada del túnel, en la orilla.

Señaló una estrecha cornisa situada en mitad de la ribera occidental, un afloramiento de roca gris, casi de la misma altura que la Casa. Si había allí la entrada a un túnel, Lirael no la vio a causa de la niebla, además se encontraban a una distancia peligrosa de la cascada.

—¿Me estás diciendo que las pasaderas cruzan por ahí? —preguntó Lirael, extrañada, mientras señalaba una amplia extensión por la que la corriente fluía impetuosa, en una zona que se adivinaba muy profunda.

Lo peor de todo era que Sam le había dicho que la cascada tenía más de trescientos metros de altura. Si la correntada llegaba a sacarlos del canal, la Exploradora iría a parar a la cascada en pocos segundos y la caída sería mortal.

—Sí, las hay a ambos lados —gritó Sam—. Conducen a las orillas y desde ahí hay túneles que llevan al pie de los despeñaderos. También puedes ir a parar a las riberas del río y quedarte en el llano, si lo prefieres.

Lirael tragó saliva y se quedó mirando con cara de asombro el lugar donde las pasaderas cruzaban de la Casa a la orilla occidental. A duras penas alcanzaba a verlas

en medio del rocío y los remolinos del agua. Deseó con todas sus fuerzas no tener que utilizarlas y se acordó de la piel mágica que llevaba doblada en la bolsa donde guardaba El Libro del recuerdo y el olvido. Estaba lista para ser utilizada, por lo tanto, podía ponérsela y volar transformada en búho bramador, aullando todo el trayecto.

Poco después, la Exploradora llegó a las tapias encaladas. Lirael las miró; trazó una línea imaginaria que iba del palo de la embarcación hasta lo alto de las tapias. No sabía cómo, pero vistas de cerca parecían mucho más altas y en ellas había unas curiosas marcas que la cal recién aplicada no lograba ocultar. Se trataba de las manchas típicas dejadas por el agua al subir de nivel hasta llegar casi a lo alto de aquellas paredes.

Y en eso llegaron al embarcadero de madera. La Exploradora topó suavemente contra las defensas de gruesa lona que había allí colgadas; el sonido del topetazo, si lo hubo, quedó ahogado por el estruendo de la cascada, un estruendo tan ensordecedor que ponía nervioso. Sam y Lirael descargaron todos los pertrechos; mientras lo hacían, se hablaban mediante gestos para poder entenderse. El ruido atronador de la cascada impedía toda comunicación y Sam se vio obligado a gritarle a Lirael al oído hasta dejarla casi sorda.

Cuando todo estuvo apilado en el embarcadero, Zapirón se instaló encima de la mochila de Lirael y la *Perra Canalla*, alegre como una castañuela, se dedicaba a beber el rocío con la boca abierta. La muchacha le dio un beso en la mejilla al mascarón de proa de la Exploradora y le dio un empellón para alejarla del embarcadero. Le pareció ver que la cara tallada de la mujer le guiñaba el ojo y que sus labios esbozaban una sonrisa.

—Gracias —dijo mientras Sam, a su lado, hacía una reverencia en señal de respeto.

La Exploradora respondió agitando la vela, dio media vuelta y empezó a navegar río arriba. Sam, que observaba con atención toda la maniobra, notó que la corriente del canal había cambiado y se dirigía hacia el Norte, en sentido contrario al fluir del río. Una vez más, se preguntó cómo era posible e intentó idear la manera de ver los pilares del Gremio hundidos en el fondo del río. A lo mejor, si Lirael le enseñaba cómo hacer una piel de nutria de los hielos usando la magia del Gremio...

Notó que le daban una palmada en el hombro y dejó de soñar despierto; dio media vuelta y se puso a recoger las alforjas y la espada. Se dirigió hacia la puerta y la abrió. En cuanto la cruzaron, el ruido de la cascada cesó casi por completo; Lirael hubo de escuchar con suma atención para captar un rugido leve y lejano. Oyó entonces el canto de los pájaros y el zumbido de infinidad de abejas que, muy atareadas, volaban hacia el melocotonero en flor. La bruma dejó de envolver la Casa de la Abhorsen, el sol brillaba intensamente y secaba a toda prisa el rocío que había

mojado la cara y las ropas de la muchacha.

Ante ella arrancaba un sendero de ladrillo rojo, flanqueado de un prado verde y un seto de arbustos con ramilletes de flores amarillas de extrañas formas. El sendero llevaba a la puerta principal de la Casa que, pintada en un alegre azul cielo, destacaba contra la piedra encalada que la rodeaba. La propia Casa tenía un aspecto de lo más corriente. Se trataba de un edificio amplio, de tres o cuatro plantas, más la torre. Disponía también de un patio interior, pues Lirael comprobó que los pájaros entraban y salían de él. La casa contaba con muchas ventanas, todas ellas bastante amplias, parecía cómoda y acogedora. Era evidente que la Casa de la Abhorsen no era una fortaleza y que su defensa había sido confiada a otros medios que nada tenían que ver con la arquitectura.

Lirael levantó los brazos hacia el sol y aspiró el aire puro y el leve perfume de los jardines mezclado con el aroma de las flores, la tierra fértil y la hierba verde. Se sintió invadida por una sensación de paz y como si estuviera en su propia casa, aunque aquello nada tenía que ver con los túneles y las salas cerradas del glaciar. Ni siquiera los jardines de las amplias cámaras de su hogar, con sus techos pintados y sus soles plagados de marcas del Gremio, eran capaces de reproducir la inmensidad del cielo azul y el sol de verdad.

Espiró despacio y se disponía a dejar caer los brazos cuando notó en lo algo del cielo una motita oscura. Poco después, la motita se veía rodeada de una nube negra formada por cosas más grandes. Lirael tardó unos instantes en percatarse de que la motita era un pájaro que volaba en picado hacia ella y que las motas más grandes también eran pájaros, o cosas que volaban como aves. En ese mismo instante, su sentido para percibir la muerte le dio un toque de atención y Sam lanzó un grito.

—¡Cuervos sanguinarios! ¡Persiguen a un halcón mensajero!

—Están justo debajo de él —observó la *Perra Canalla* estirando el cuello—. ¡Intenta esquivarlos!

Observaron llenos de inquietud al halcón mensajero mientras caía, zigzagueando levemente para esquivar a los cuervos sanguinarios. Pero eran miles, y abarcaban una amplia zona, de modo que el halcón no tuvo más remedio que pasar por donde no estaban tan apiñados. Plegó las alas y cayó más deprisa, como una piedra lanzada desde lo alto del cielo.

—Si consigue pasar, no se atreverán a seguirlo —dijo Sam—. El río y la Casa están demasiado cerca.

—¡Fuerza! —susurró Lirael y sin apartar la mirada del pájaro, deseó con toda el alma que fuera más deprisa.

La caída parecía eterna por lo que dedujo que debía de estar muy, pero muy alto. Y de repente, chocó contra la nube negra, se produjo una explosión de plumas y los cuervos sanguinarios salieron despedidos en todas direcciones, mientras otros volvían

a aparecer para cerrar los huecos que iban dejando. Lirael contuvo la respiración. El halcón no volvió a aparecer. Siguieron llegando más cuervos sanguinarios hasta que quedaron tan apretados que empezaron a chocar entre sí y sus cuerpos rotos fueron cayendo como meteoros.

—Lo han cazado —dijo Sam en voz baja. Luego gritó.

El pequeño pájaro pardo apareció de repente entre la masa compacta de cuervos sanguinarios. Y esta vez caía, en apariencia, sin el control ni la determinación que habían visto antes. Unos cuantos cuervos sanguinarios salieron del montón para perseguirlo; tras recorrer una corta distancia dieron media vuelta y comenzaron a ascender en línea recta, repelidos por la fuerza del río y la protectora magia de la Casa.

El halcón continuó su caída libre, como si estuviese muerto o atontado. Diez o quince metros antes de llegar al jardín, desplegó de pronto las alas interrumpiendo la caída el tiempo justo para acabar posado a los pies de Lirael. Se quedó allí tirado, el pecho le subía y le bajaba agitadamente, y el plumaje revuelto y la cabeza ensangrentada eran prueba evidente del ataque de los cuervos sanguinarios. Sin embargo, sus ojos dorados seguían llenos de vida; el halcón saltó sin dificultad al brazo de Sam cuando éste se inclinó para ofrecérselo de percha.

—Mensaje para el príncipe Sameth —dijo con una voz que no era de ave—. Mensaje.

—Sí, sí —dijo Sam con dulzura, acariciándolo para que se tranquilizara y atesando las plumas—. Soy el príncipe Sameth. Habla.

El pájaro torció la cabeza hacia un lado y abrió el pico. Lirael vio entonces un atisbo de las marcas del Gremio, y entonces comprendió que el halcón llevaba un hechizo en el cuerpo, un hechizo lanzado cuando todavía no había salido del cascarón, para que fuera creciendo con él.

—Sameth, eres un idiota, espero que al llegar este mensaje estés en la Casa —dijo el halcón mensajero, y su voz volvió a cambiar. Parecía la de una mujer.

Por el tono y la expresión de Sam, Lirael supuso que se trataba de Ellimere, la hermana del príncipe.

—Papá y mamá siguen en Ancelstierre. Allí se han encontrado con problemas mucho más graves de lo que temían. Ya no existe ninguna duda de que Corolini está bajo la influencia de alguien del Reino Antiguo, su Partido Nuestro País se ha hecho fuerte en la Asamblea. Los traslados de refugiados a zonas cercanas al Muro van en aumento. Se comenta que hay muchas criaturas muertas a lo largo de la orilla derecha del río Renegado. Dentro de dos semanas, convocaré a las bandas adiestradas y marcharemos hacia el Sur, en dirección a Barhedrin, junto con la Guardia, para tratar de impedir que se pasen al otro lado. No sé dónde estás, pero papá dice que es de vital importancia que encuentres a Nicholas Sayre y lo devuelvas de inmediato a

Ancelstierre, porque Corolini asegura que lo hemos secuestrado para utilizarlo como rehén e influir así en el Ministro Supremo. Mamá te envía todo su cariño. Espero que puedas hacer algo realmente útil, para variar...

La voz calló de repente, pues había agotado la capacidad de la pequeña mente del halcón mensajero. El ave pió suavemente y comenzó a arreglarse las plumas con el pico.

—Bueno, vamos a entrar y a lavarnos —dijo Sam con cautela, aunque seguía con la vista clavada en el halcón, como si éste fuera a hablar otra vez—. Los enviados te atenderán, Lirael. Si te parece, hablaremos de todo esto durante la cena.

—¡La cena! —exclamó Lirael—. ¿Cómo se te ocurre que podemos esperar hasta la cena? Yo creo que deberíamos hablar ahora mismo y que la situación exige que partamos de inmediato.

—Pero si acabamos de llegar...

—Cierto —convino Lirael—. Pero los sureños y tu amigo Nicholas están en peligro. El tiempo es un factor de vital importancia.

—Sobre todo porque quien controla a Chlorr y a los otros muertos sabe que estamos aquí —gruñó la *Perra Canalla*—. Debemos actuar de inmediato antes de que quedemos sitiados.

Sam guardó silencio durante un momento.

—De acuerdo —dijo brevemente—. Nos reuniremos dentro de una hora para almorzar y entonces... eh... decidiremos lo que vamos a hacer.

Se fue sin más palabra, y al andar, cojeó perceptiblemente, llegó a la puerta y la abrió de un empellón. Lirael lo siguió con más parsimonia, caminaba con la mano posada en el lomo de la perra. Zapirón avanzó al lado de ambas durante un corto trecho y luego, usando el lomo de la perra como trampolín, saltó sobre el hombro de Lirael. La muchacha dio un respingo cuando el felino aterrizó, pero se tranquilizó al comprobar que no había sacado las uñas. El gatito se le enroscó con sumo cuidado al cuello y se quedó dormido.

—Estoy muy cansada —comentó Lirael al trasponer el umbral—. Pero no podemos esperar, ¿verdad que no?

—No —gruñó la perra.

Al entrar en el vestíbulo, echó un vistazo a su alrededor y olisqueó el aire. No había señales de Sam, pero un enviado se retiraba en ese momento portando el halcón mensajero en la mano enguantada, y otros dos enviados esperaban al pie de la escalinata principal. Vestían largas túnicas color crema, las cabezas cubiertas por amplias capuchas que ocultaban ante los ojos del mundo que carecían de caras. Sólo se les veían las manos, manos pálidas, fantasmales, formadas por marcas del Gremio que resplandecían de vez en cuando al moverse.

Uno de ellos se adelantó, le hizo una gran reverencia a Lirael y mediante señas le

indicó que lo siguiera. El otro se fue derechito hasta la *Perra Canalla* y la agarró del collar. Nadie habló, pero tanto la perra como Zapirón parecieron adivinar las intenciones del enviado. El felino, pese a hacerse el dormido, fue el primero en reaccionar. Saltó del cuello de Lirael y se coló por la gatera que había en la escalinata, dando muestras de una agilidad y una rapidez de reflejos que Lirael no le había visto nunca. La perra tardó más en reaccionar, bien porque era muy lenta, bien porque era menos experta en evitar las atenciones de los enviados de la Casa de la Abhorsen.

—¡Un baño! —gañó indignada—. ¡No pienso darme un baño! Ayer, sin ir más lejos, nadé en el río. ¡No me hace falta bañarme!

—Claro que sí —dijo Lirael, frunciendo la nariz. Miró al enviado y añadió—: Por favor, asegúrate de que la laven bien. Con jabón. Y que froten a conciencia.

—Espero que al menos me obsequies con un hueso cuando terminen de lavarme —comentó la perra, abatida, y se volvió a mirar a su ama con ojos suplicantes cuando el enviado se la llevaba.

Cualquiera hubiera dicho que la llevaban a la cárcel, o a un sitio peor, pensó Lirael. Pero le dio lástima y corrió a darle un beso en el hocico.

—Claro que te daré un hueso, y un almuerzo abundante. Yo también tomaré un baño.

—Pero para los perros no es lo mismo —protestó la *Perra Canalla*, quejumbrosa, al tiempo que el enviado abría la puerta que daba al palio interior—. ¡A nosotros no nos gusta bañarnos!

—A mí sí me gusta —susurró Lirael, mirándose la ropa empapada de sudor y pasándose los dedos por las greñas sucias. Por primera vez se dio cuenta de que tenía manchas de sangre. La sangre de inocentes—. Un baño y ropa limpia. Lo que me hace falta.

El enviado volvió a hacerle una reverencia y la condujo hasta la escalinata. Lirael lo siguió, obediente, disfrutando de cómo sonaban los distintos chirridos que se producían a medida que iban subiendo. «En la próxima hora —pensó—, voy a olvidarme de todo.»

Pese a este firme propósito, mientras seguía al enviado, iba pensando en los sureños que habían intentado escapar con tanto ahínco. Escapar de la fosa donde sus compañeros habían sido muertos y sometidos a la servidumbre. La fosa que ella había visto, con Nicholas de pie en lo alto de una montaña de escombros, mientras un nigromante y sus cadáveres vivientes, ennegrecidos por el rayo, se afanaban por desenterrar algo que Lirael tenía la certeza de que jamás debería ver la luz del día.

La casa de la Abhorsen

Cuando Lirael volvió a bajar, estaba limpia como una patena. El enviado resultó ser un fervoroso adepto de la esponja y el agua caliente a raudales, proveniente de las termas cercanas, supuso Lirael, porque las primeras palanganas llegaron acompañadas de un pestilente tufillo a azufre, tal como ocurría a veces en el glaciar.

El enviado le había preparado a Lirael un traje muy elegante, pero la muchacha no quiso ponérselo. Prefirió utilizar el uniforme de bibliotecaria que llevaba de recambio. Lo había llevado durante tanto tiempo que sin él se sentía rara. El chaleco rojo le daba al menos la sensación de sentirse como una clarvi de verdad.

El enviado continuaba detrás de ella con una sobrevesta doblada sobre el brazo. Le insistió muchísimo para que se la probara, y Lirael tuvo que emplearse a fondo para explicarle que los chalecos no combinaban nada bien con las sobrevestas.

Otro enviado abrió la puerta de dos hojas situadas a la derecha de la escalinata justo cuando la muchacha bajaba las escaleras. Unas manos pálidas, obra de la magia, giraron los pomos de bronce, y por un instante, destacaron sobre el fondo oscuro de roble cuando el enviado empujó la puerta. Acto seguido, el enviado se colocó a un lado e inclinó la cabeza encapuchada; Lirael vio entonces el salón principal. Ocupaba por lo menos la mitad de la planta baja, pero lo que primero le llamó la atención no fue sus dimensiones. Al recorrer con la mirada la habitación hasta la ventana de vitrales con escenas de la construcción del Muro, tuvo una fuerte sensación de haberla visto antes. Vio entonces la larga mesa pulida y brillante, la cubertería de plata y la silla de alto respaldo.

Lirael ya había visto aquella sala en el espejo oscuro. Y en aquella ocasión, en la silla estaba sentado el hombre que había sido su padre.

—Ya estás aquí —dijo Saín a sus espaldas—. Lamento haber llegado tarde. No conseguí que los enviados me dieran la sobrevesta que yo quería... Me han traído una prenda de lo más rara. Deben de estar volviéndose seniles, como dijo Zapirón.

Lirael se dio media vuelta y contempló la sobrevesta del muchacho. Llevaba bordados los escudos con las torres doradas del linaje real, pero estaban cuartelados con un extraño dispositivo que nunca había visto: una especie de llana o pala, en hilos de plata.

—Es la llana de los constructores del Muro —le explicó Sam—. Hace siglos que han desaparecido. Al menos mil años... Oye, qué bonito pelo tienes —añadió al comprobar que Lirael lo observaba fijamente.

La muchacha no se había cubierto la cabeza con el pañuelo. El pelo negro, recién cepillado, le brillaba mucho y el chaleco no llegaba a ocultar sus bonitas formas. Era muy atractiva, aunque Sam notaba en ella algo que lo intimidaba. ¿A quién le recordaba?

El muchacho pasó junto al enviado que le abría la puerta y estaba a punto de llegar a la mesa cuando reparó en que Lirael no se había movido. Seguía de pie, en la entrada, mirando la mesa.

—¿Qué ocurre? —inquirió Sam.

Lirael no podía articular palabra. Le hizo una seña al enviado que llevaba su sobrevesta. Lirael la cogió y la desplegó para ver los bordados.

Volvió a doblar la sobrevesta, cerró los ojos, contó hasta diez en silencio, la desplegó otra vez y volvió a mirarla.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Sam—. ¿Te encuentras bien?

—Es que... es que no sé cómo decirlo —comentó Lirael mientras se desabrochaba el chaleco, se lo quitaba y se lo entregaba al enviado que esperaba a su lado.

Sam se sintió la mar de incómodo al comprobar que la muchacha empezaba a desvestirse, pero su asombro fue mayúsculo cuando vio que se ponía la sobrevesta y la alisaba con las manos.

Sobre un fondo cuartelado, la prenda lucía las estrellas doradas de las clarvis combinadas con las llaves plateadas de la Abhorsen.

—Debo de ser medio Abhorsen —dijo Lirael con un tono que indicaba claramente que apenas podía creer lo que estaba diciendo—. De hecho, me parece que soy hermanastra de tu madre. Mi padre es tu abuelo. O sea que yo soy tu tía. Bueno, al menos por parte de padre. Lo siento.

Sam cerró los ojos unos instantes. Luego los abrió, avanzó como un sonámbulo hasta una silla y se sentó. Al cabo de un momento, Lirael se sentó frente a él. Y entonces el muchacho habló.

—¿Eres mi tía? ¿Eres hermanastra de mi madre? —Hizo una pausa—. ¿Y ella lo sabe?

—Creo que no —murmuró Lirael, otra vez presa de la inquietud.

Todavía no había tenido tiempo de pensar sobre todas las repercusiones de su nacimiento. ¿Cómo se sentiría la famosa Sabriel al enterarse de un día para el otro de que tenía una hermana? Y tras una pausa, añadió:

—Seguro que no, o me habría buscado hace tiempo. Yo lo deduje utilizando el espejo oscuro. Quería saber quién había sido mi padre. Viajé hacia atrás en el tiempo y vi a mis padres en esta misma sala. Mi padre estaba sentado en esa silla. Sólo pasaron una noche juntos, antes de que él se marchara. Supongo que fue el año en que murió.

—Es imposible —dijo Sam, negando con la cabeza—. Eso fue hace veinte años.

—Vaya —dijo Lirael sonrojándose—. Te mentí... Sólo tengo diecinueve.

Sam la miró como dándole a entender que si llegaba a hacerle una revelación más, empezaría a darle vueltas la cabeza.

—¿Cómo supieron los enviados que debían darte esa sobrevesta? —le preguntó.

—Yo se lo dije —contestó Zapirón, levantando la cabeza desde una silla cercana. Era evidente que había estado durmiendo, porque en uno de sus costados tenía la pelambre toda aplastada.

—¿Cómo lo supiste? —inquirió Sam.

—Llevo siglos al servicio de los Abhorsen —contestó Zapirón mientras se acicalaba—. De manera que estoy al tanto de todo. En cuanto me di cuenta de que Sam no era el Abhorsen en ciernes, mantuve los ojos abiertos para ver si aparecía otra de verdad, porque las campanas no se habrían materializado a menos que la llegada de la Abhorsen fuese inminente. Y yo estaba aquí cuando la madre de Lirael vino a ver a Terciel, es decir, la anterior Abhorsen. Por lo tanto, no tuve más que atar cabos. Estaba claro que Lirael era la hija de la anterior Abhorsen y la Abhorsen en ciernes para quien estaban destinadas las campanas.

—¿Quieres decir que ella es la Abhorsen en ciernes y no yo? —preguntó Sam.

—¡No puede ser! —exclamó Lirael—. Yo no quiero serlo. Soy una clarvi. Supongo que también soy una recordadora, pero... ¡pero básicamente soy una hija de las clarvis!

La muchacha gritó las últimas palabras cuyo eco se propagó por el salón.

—Protesta todo lo que te apetezca, pero el linaje no miente —dijo Zapirón cuando el eco se hubo callado—. Eres la Abhorsen en ciernes, y debes recoger las campanas.

—¡Gracias al Gremio! —suspiró Sam. Lirael vio que el chico tenía los ojos llenos de lágrimas—. Al fin y al cabo, no iba a saber utilizarlas como es debido. Tú serás una Abhorsen en ciernes mucho más adecuada, Lirael. Piensa en la forma en que te adentraste en el Reino de la Muerte armada de una simple zampona. Te enfrentaste a Hedge y saliste triunfante. Yo sólo conseguí una buena quemadura y permití que secuestrara a Nicholas.

—Soy hija de las clarvis —insistió Lirael, con una voz que hasta a ella le pareció poco convincente.

La muchacha sólo había querido averiguar quién era su padre. Ser la Abhorsen en ciernes, y algún día, ojalá lejano, la futura Abhorsen, era algo mucho más difícil de digerir. Se vería obligada a dedicar la vida entera a perseguir y a destruir o enviar al destierro a los muertos. Y a viajar por todo el reino, con lo cual ya no iba a poder llevar la vida de las clarvis, dentro de las fronteras del glaciar.

—¿Es el caminante quien escoge el camino, o el camino el que escoge al caminante? —musitó en cuanto la última página de El libro de los muertos surgió con gran nitidez en su mente. Entonces cayó en la cuenta de otro detalle y palideció—. ¿Entonces jamás tendré el don de la visión? —preguntó en voz baja.

Lirael era medio clarvi, pero en sus venas predominaba la sangre de los Abhorsen. El don que con tantas ansias había ansiado poseer, le quedaba

definitivamente vedado.

—No, jamás lo tendrás, mi ama —dijo la *Perra Canalla* con toda tranquilidad tras acercarse a la muchacha y apoyar la cabeza en su regazo—. Sin embargo, gracias a tu herencia clarvi, posees el don del recuerdo, pues sólo los descendientes de los Abhorsen y las clarvis tienen la capacidad de ver el pasado. Deberás aumentar y perfeccionar esos poderes, por ti, por el reino y por el Gremio.

—Nunca tendré el don de la visión —murmuró Lirael pronunciando despacio cada palabra—. Nunca tendré el don de la visión...

Se abrazó al cuello de la perra extrañamente limpia, ni siquiera notó que su mascota olía a jabón, tal vez por primera y única vez. No lloró. Tenía los ojos secos. Sólo sentía frío; abrazar a su perra no le daba el calor que tanto ansiaba.

Sam la vio temblar, pero no se movió de su asiento. Sintió el impulso de acercarse y consolarla, pero no sabía cómo. Y como no se trataba de una muchacha, ni de una niña, sino de su tía, no tenía idea de cómo comportarse. ¿Se ofendería si intentaba darle un abrazo?

—¿Tan importante es para ti el don de la visión? —preguntó—. Verás... —prosiguió retorciendo la servilleta de hilo—, siento... siento un alivio enorme de no tener que ser el Abhorsen en ciernes. Nunca quise estar dotado del sentido de percibir la muerte, como tampoco quise nunca adentrarme en el Reino de la Muerte. Y aquella vez en que lo hice, cuando el nigromante... cuando me atrapó... quise morirme, porque sentí que si me moría, habría acabado mi suplicio. No sé cómo lo conseguí, pero superé esa prueba, y nada más superarla, supe que jamás podría regresar al Reino de la Muerte. Todos esperaban que siguiera los pasos de mi madre, porque está claro que Ellimere va a ser reina. Se me ocurrió pensar que a ti te pasa lo mismo. Todas las demás clarvis tienen el don de la visión, de modo que eso es lo único que importa, aunque tú no lo quieras. Sería la única manera de cumplir con las expectativas de los demás, como en mi caso, ser el Abhorsen en ciernes. La diferencia, en mi caso, radica en que yo no quería ser lo que ellos me tenían destinado y tú sí... Bueno, me parece que estoy desvariando. Perdona.

—Vaya, más de cien palabras seguidas —observó Zapirón—. Y casi todas tenían sentido. Príncipe Sameth, todavía no eres un caso perdido. Sobre todo porque tienes mucha razón. Es tan evidente que Lirael es una Abhorsen que el hecho de que quiera tener el don de la visión debe considerarse nada más como una peculiaridad de su crianza en esa montaña ridículamente fría donde viven las clarvis.

—Quería tener la sensación de encajar en alguna parte —dijo Lirael en voz baja, acomodándose en el asiento.

Se sentía mal por la sorpresa de haber perdido para siempre un sueño de su niñez. Aunque en cierto modo, lo sabía desde que le habían tapado los ojos antes de permitirle entrar en el Observatorio, o quizá desde que Sanar y Ryelle se habían

despedido de ella. Había tenido el presentimiento de que su vida iba a cambiar, de que nunca iba a gozar del don de la visión, de que jamás iba a ser una clarvi de verdad. Trató de convencerse de que al menos había adquirido otro don, y aunque puso todo su empeño, no conseguía deshacerse de un terrible sentimiento de pérdida. Era mucho mejor ser la Abhorsen en ciernes que una clarvi sin visión, un monstruo. Deseó con toda el alma sentir con el corazón lo que la mente le dictaba.

—Aquí encajas a la perfección —le dijo Zapirón con toda franqueza, al tiempo que con la patita blanca y rosada indicaba todo el salón—. Soy el sirviente más antiguo de los Abhorsen, y me lo dicen las tripas. Los enviados opinan igual. Fíjate cómo se amontonan ahí, sólo para verte. Fíjate en las luces del Gremio, toda vez que se colocan encima de tu cabeza, brillan con más fuerza. Esta casa y todos sus sirvientes te dan la bienvenida, Lirael. Igual que la Abhorsen, el rey y tu sobrina Ellimere.

Lirael miró a su alrededor y, efectivamente, vio que en la puerta que conducía a la cocina se había amontonado una multitud de enviados. Eran al menos cien, algunos tan viejos y desvaídos, que apenas se les veían las manos pues no eran más que un tímido fulgor de luces y sombras. Mientras la muchacha los miraba, todos ellos le hicieron una reverencia. Lirael respondió a su vez con otra reverencia y notó que las lágrimas, pese a sus esfuerzos por no llorar, las lágrimas le bajaban por las mejillas.

—Zapirón está en lo cierto —ladró la perra, apoyando con fuerza la quijada en el muslo de su ama—. Eres quien eres gracias a tu linaje, pero has de recordar que no sólo has ganado el alto cargo de Abhorsen en ciernes. Has encontrado una familia que te acogerá con todo el cariño.

—¡Sin duda! —exclamó Sam y, dominado por el nerviosismo, se puso en pie de un salto—. ¡No veo la hora de ver la cara que pondrá Ellimere cuando le diga que he encontrado a nuestra tía! A mi madre le encantará. Tengo la impresión de que siempre se sintió un tanto decepcionada de que yo fuese el Abhorsen en ciernes. Y a mi padre no le queda ningún pariente vivo, porque se pasó un montón de años aprisionado como mascarón de proa en Hoyo Sagrado. ¡Será magnífico! Te organizaremos una fiesta de bienvenida...

—¿No se te olvida algo? —lo interrumpió Zapirón con un sarcástico maullido. Tras lo cual siguió diciendo—: Queda por solucionar el problemilla de tu amigo Nicholas, los refugiados sureños, el nigromante Hedge y el de la excavación que están haciendo cerca del lago Rojo para extraer vete tú a saber qué.

Sam se calló, como si hubiera perdido el habla, y se dejó caer en la silla, perdido todo el entusiasmo.

—Así es —dijo Lirael casi sin aliento—. De eso mismo deberíamos ocuparnos ahora. Hay que pensar cómo vamos a solucionarlo. Eso es lo más importante.

—Después del almuerzo, porque nadie puede pensar ni planificar nada con el

estómago vacío —interrumpió Zapirón, secundado por un ruidoso y hambriento ladrido de la *Perra Canalla*.

—Bueno, supongo que no habrá más remedio que comer —convino Sam haciendo una señal a los enviados para que comenzaran a servir el almuerzo.

—¿No convendría que antes enviáramos los mensajes a tus padres y a Ellimere? —sugirió Lirael, aunque al oler el delicioso aroma que venía de la cocina, la comida adquirió una importancia capital.

—Sí, convendría —convino Sam—. Aunque no sé muy bien qué decirles.

—Cuanto sea preciso, supongo —dijo Lirael. Le costaba mucho ordenar los pensamientos. Le resultaba imposible mirar las llaves plateadas bordadas en su sobrevesta sin experimentar un mareo y una ligera náusea—. Debemos asegurarnos de que la princesa Ellimere y tus padres sepan lo que nosotros sabemos, especialmente que Hedge está tratando de desenterrar algo que más valdría que continuara donde está, algo de la magia libre, y que Nick es su prisionero, y que Chlorr ha vuelto como espíritu de los muertos mayores. Y deberíamos decirles que vamos a buscar a Nick para rescatarlo e impedir que el enemigo haga lo que quiera que esté planeando.

—Supongo —convino Sam con poca convicción. Bajó la vista hasta el plato que el enviado acababa de ponerle delante, pero era evidente que el objeto de su atención no era el salmón escalfado—. Es que... si no soy el Abhorsen en ciernes, no voy a servir de mucho. Y por eso estoy pensando si no convendrá que me quede.

Sus palabras fueron recibidas por un profundo silencio. Lirael lo miró de hito en hito, pero el muchacho no levantó la vista del plato. Zapirón siguió comiendo con toda la tranquilidad del mundo, mientras que la perra, sentada junto a su ama, soltó un suave gruñido que vibró a través de la pierna de ésta. Lirael siguió observando a Sam y preguntándose qué debía decirle. Para ella habría sido un gran alivio poder escribir una nota, entregársela y salir del salón. Pero ya no era la auxiliar segunda de la bibliotecaria de la Gran Biblioteca de las clarvis. Esa etapa había pasado, se había esfumado junto con todo lo que había definido su existencia y su identidad anteriores. Los enviados se habían ocupado incluso de hacer desaparecer su chaleco de bibliotecaria.

Era ahora la Abhorsen en ciernes. Esa sería su tarea, pensó Lirael, y debía llevarla a cabo adecuadamente. En el futuro no volvería a fallar, como les había fallado a los sureños en la ribera del Renegado.

—No puedes quedarte, Sameth. No se trata sólo de rescatar a tu amigo Nicholas. Piensa en lo que Hedge intenta hacer. Planea matar a doscientas mil personas y liberar a todos los espíritus del reino de los muertos para que se abatan sobre el reino. Eso que está desenterrando ha de formar parte de su plan. Me resultará imposible enfrentarme a él yo sola, Sam. Necesito tu ayuda. El reino necesita de tu ayuda. Tal

vez ya no seas el Abhorsen en ciernes, pero sigues siendo un príncipe del reino. No puedes quedarte ahí, de brazos cruzados.

—Es que... es que tengo miedo a la muerte —sollozó Sam levantando las muñecas quemadas para que Lirael viera las cicatrices rojizas que destacaban sobre la piel pálida—. Hedge me da pavor... No puedo enfrentarme a él.

—Yo también tengo miedo —dijo Lirael en voz baja—. Yo también temo a la muerte y a Hedge y a miles de cosas más. Pero prefiero tener miedo y hacer algo antes que quedarme sentada a esperar que ocurran cosas terribles.

—Atiende bien —dijo la perra, levantando la cabeza—. La acción siempre es lo mejor, príncipe Sameth. Además, no hueles a cobarde, de manera que no debes de serlo.

—En Puente de Arriba no te escondiste del hombre de la ballesta —añadió Lirael —. Ni del engendro que llegó cruzando las aguas. Fuiste muy valiente. Y estoy segura de que sea lo que sea a lo que nos enfrentamos, no será tan terrible como temes.

—Probablemente será mucho peor —dijo Zapirón alegremente. Parecía regodearse ante la humillación de Sam—. Piensa que sería mucho peor quedarte aquí sentado sin saber qué ocurre. Hasta que el Renegado se llene de muertos y Hedge venga andando por el lecho seco del río a derribar la puerta de esta casa.

Sam negó con la cabeza y murmuró algo acerca de sus padres. Era obvio que no deseaba dar crédito a las negrísimas predicciones de Zapirón y que se aferraba a la última esperanza.

—El enemigo ha puesto en movimiento diversas piezas —comentó Zapirón—. El rey y la Abhorsen intentan contrarrestar lo que se cuece en Ancelstierre. Deben conseguir a toda costa impedir que los sureños crucen el Muro, pero casi con toda seguridad, eso sólo es uno de los tantos planes del enemigo, y como es el más evidente, seguro que se trata del menos importante.

Sam clavó la vista en la mesa. Se había quedado sin apetito. Al final, levantó los ojos y le dijo a Lirael:

—¿Tú me consideras cobarde?

—No.

—Entonces, supongo que no lo soy —dijo Sam, el tono más decidido—. Aunque sigo teniendo miedo.

—¿Entonces me acompañarás? ¿Vendrás conmigo a buscar a Nicholas y a Hedge?

Sam asintió. No se atrevía a hablar.

En el salón se hizo el silencio mientras todos pensaban en lo que les esperaba. Las circunstancias habían cambiado transformadas por la historia, el destino y la verdad. Ni Sam ni Lirael eran los mismos de apenas minutos antes. Los dos se preguntaron

qué significaría todo aquello y adonde los conducirían sus nuevas vidas.

Los dos se preguntaron dónde y cuándo acabarían esas nuevas vidas.

EPÍLOGO

Querido Sam,

Te escribo siguiendo la costumbre de aquí, con una pluma de oca, en un papel grueso, de pésima calidad, que chupa tinta como una esponja. Mi estilográfica está tan atascada que tendré que tirarla. Y el papel que he traído se ha estropeado. Creo que ha sufrido el ataque de una especie de hongo.

Tu Reino Antiguo es, sin ninguna duda, enemigo de los productos de Ancelstierre. Es evidente que el nivel de humedad del aire y la proliferación de hongos locales tienen unos efectos tan abrasivos como en los climas tropicales, aunque jamás habría esperado nada parecido en estas latitudes.

He tenido que cancelar gran parte de los experimentos que había pensado hacer a raíz de los problemas con el equipo y ciertos errores alarmantes en mis planteamientos científicos que habrían invalidado los resultados. Lo achaco a la enfermedad que vengo padeciendo desde que crucé el Muro. Una especie de fiebre consume gran parte de mis fuerzas y ha dado lugar a las alucinaciones.

Hedge, el hombre que contraté en Bain, ha resultado ser un gran acierto. No sólo me ha ayudado a establecer con precisión el lugar donde se encuentra la celada de rayos tras un atento análisis de los rumores y las divagaciones supersticiosas que circulan por estas zonas, sino que ha supervisado la excavación con un celo digno de encomio.

Al principio, nos costó bastante contratar mano de obra local, hasta que Hedge tuvo la brillante idea de recurrir a los internos de una especie de lazareto o colonia de leprosos. Los trabajadores de allí están bastante capacitados para llevar a cabo sus tareas, pero sufren de unas desfiguraciones asombrosas y despiden un hedor insoportable. Durante el día, van completamente envueltos en capas y harapos, y parecen encontrarse mucho más a gusto al caer el sol. Hedge los llama «la cuadrilla nocturna», y debo confesar que el nombre resulta de lo más adecuado. Me asegura que la enfermedad que padece no es fácilmente contagiosa, pero yo evito todo contacto físico, por si acaso. Resulta interesante señalar que estos trabajadores comparten con los sureños la afición por los sombreros y las bufandas azules.

La celada de rayos es tan fascinante como esperaba. Cuando dimos con ella la primera vez, observé que los rayos iban a incidir en una pequeña loma o montículo con una frecuencia superior a las dos veces por hora, durante varias horas, y que en lo alto se producían tormentas eléctricas casi todos los

días. Ahora, a medida que nos acercamos al verdadero objeto enterrado debajo, los rayos son todavía más frecuentes y en lo alto, la tormenta es casi constante.

Por lo que he leído —y seguro que te reirás de mí, porque resulta inusual en mí— por lo que he soñado, creo que la celada de rayos misma se compone de dos hemisferios de un metal desconocido, enterrada unas veinte o treinta brazas debajo del montículo que, dicho sea de paso, era completamente artificial y muy difícil de excavar, pues había sido construido con todo tipo de materiales. Hasta con huesos, imagínate tú. Ahora las excavaciones avanzan mucho más deprisa y espero que dentro de unos días podamos realizar nuestro descubrimiento.

Tenía pensado seguir viaje hasta Belisaere para reunirme contigo y suspender el experimento unas cuantas semanas. Pero mi salud está tan deteriorada que lo más prudente es regresar a Ancelstierre, lejos de este aire inclemente.

Llevaré conmigo los hemisferios; he conseguido ya que tío Edward me tramitara los oportunos permisos de importación. Creo que son inusitadamente densos y pesados, pero espero poder transportarlos desde el lago Rojo hasta el mar navegando río abajo, y de allí, procederé a un pueblecito al Norte de Nolhaven, en la costa occidental. Hay un aserradero abandonado con el que me he hecho para usarlo como estación experimental. Timothy Wallach, uno de mis compañeros de estudios de Sunbere, aunque él cursa cuarto, ya debería estar allí, preparando la Central Productora de Rayos que he diseñado para abastecer de electricidad los hemisferios.

Resulta muy agradable, sin duda, contar con medios propios y parientes poderosos, ¿no te parece? Sin ellos, sería dificilísimo conseguir nada. Te adelanto, sin embargo, que estoy seguro de que mi padre se enfadará mucho cuando descubra que me he gastado la paga de todo un trimestre en adquirir cientos de pararrayos y kilómetros de alambre grueso de cobre.

Pero habrá valido la pena cuando lleve la celada de rayos a mi estación experimental. Estoy seguro de que en poco tiempo conseguiré probar que los hemisferios pueden almacenar cantidades incalculables de energía eléctrica extraída de las tormentas. En cuanto haya resuelto el enigma de cómo extraer otra vez la energía, sólo me quedará reproducirlos a menor escala v entonces contaremos con una nueva fuente de energía barata e inagotable. ¡Las superbaterías de Sayre suministrarán electricidad a las ciudades e industrias del futuro!

Como habrás podido comprobar, mis sueños son imparables y fluyen de una manera desbordante. Es preciso que vengas a frenarme un poco, Sam,

con tus criticas a mi persona y mis habilidades.

De hecho, espero que puedas venir a visitar mi Central Productora de Rayos cuando esté en pleno funcionamiento. Anda, haz un esfuerzo, si es posible, aunque ya sé cuánto te disgusta cruzar el Muro. Deduzco por mi última conversación con tío Edward que tus padres ya están en Ancelstierre para discutir los planes de Corolini destinados a asentar a los refugiados sureños en las tierras desiertas de vuestro reino, cerca del Muro. ¿Crees que te seria posible, cuando los visites, organizar un viajecito para ver mi trabajo?

En cualquier caso, espero verte pronto. Te saluda, tu leal amigo,

Nicholas Sayre

Nick dejó la pluma y sopló el papel. No era necesario, pensó, mirando las líneas borrosas por las que la tinta se había extendido convirtiendo su caligrafía en una burla.

—¡Hedge! —gritó, incorporándose para contener el mareo y las náuseas que lo asaltaron. Últimamente, reaccionaba así con mayor frecuencia, sobre todo después de concentrarse en algo. Estaba quedándose sin pelo y tenía las encías hinchadas. No podía tratarse de escorbuto, porque su dieta era variada y todos los días tomaba zumo fresco de lima.

Se disponía a llamar otra vez a Hedge cuando el hombre asomó por la puerta de la tienda. Muy mal vestido, como de costumbre, pero era muy eficiente, como se podía esperar de un ex sargento del Cuerpo de Exploradores del Paso Fronterizo.

—Tengo una carta para enviar a mi amigo, el príncipe Sameth —dijo Nick doblando el papel varias veces y sellándolo con una gota de cera de la vela y la huella del pulgar—. ¿Puedes ocuparte de que se despache por mensajero o por cualquier otro de los medios utilizados aquí? Envía a alguien al pueblo de Edge, si fuera preciso.

—No te preocupes, mi amo —contestó Hedge, con una sonrisa enigmática—. Ya me ocuparé de todo.

—Bien —murmuró Nick.

Volvía a hacer calor, y el repelente de insectos que había llevado no servía de nada. No le quedaría otro remedio que pedirle otra vez a Hedge que se ocupara de mantenerlos a raya... aunque antes debía resolver otro asunto siempre presente: el estado de la fosa.

—¿Cómo marcha la excavación? —preguntó Nick—. ¿A qué profundidad hemos llegado?

—Según mis cálculos, veintidós brazas —contestó Hedge entusiasmado—. Pronto llegaremos.

—¿Ya está preparada la barcaza? —preguntó Nick, incorporándose con esfuerzo.

En realidad, tenía ganas de acostarse, porque la tienda comenzó a dar vueltas y la luz adquirió un extraño tono rojizo, efecto que se debía, sin duda, a sus propios ojos.

—Tengo que contratar a algunos marineros —le dijo Hedge— porque la brigada nocturna le teme al agua debido a... a la enfermedad que la aqueja. Aunque espero que pronto llegue la nueva dotación. Todo está bajo control, mi amo —añadió al ver que Nick no le contestaba.

Sin embargo, en lugar de mirar a los ojos al joven, tenía la vista clavada en su pecho. Nick le sostuvo la mirada pero sin ver y respiraba con mucha dificultad. En el fondo sabía que iba a desmayarse, tal como le ocurría a menudo delante de Hedge. Lo invadía una tremenda debilidad que no lograba controlar.

Hedge esperó lamiéndose los labios con nerviosismo. A Nick le dio vueltas la cabeza. Lanzó un gemido y parpadeó con fuerza. Se sentó en la silla, muy erguido.

Nick estaba inconsciente y en el fondo de sus ojos había algo más, otra inteligencia que había permanecido en estado latente. De repente se puso a cantar, acompañada por nubes de humo blanco y acre que le iban saliendo por la nariz y la garganta.

Antigua es la canción que canto, siete los diamantes del encanto.
¿Qué hicieron los siete con apremio?
¡El delicado tejido del Gremio!
De principio a fin en la urdimbre cinco.
Dos en la trama para sanar con ahínco.
Eso hacen siete, ¿qué fue de los nueve?
¿Y de los dos que brillar no quieren?
El octavo en lo hondo se ocultó, y presa de los siete acabó, que le hicieron pagar lo que hizo.
El noveno era fuerte, y el destino quiso que luchara a brazo partido.
Entonces Orannís, el retraído, de toda luz fue despojado, dividido en dos y enterrado en la colina que es un yermo donde nos desea el mal eterno.

Al terminar la canción se hizo el silencio; la voz entonó entonces los tres últimos versos.

—En dos dividido y enterrado, en la colina que es un yermo, donde nos desea el mal eterno... Pero no es mi canción, Hedge. El mundo sigue girando sin mi canción. La vida que no ha probado mi látigo se mueve libre como el viento. La creación hace estragos sin el contrapeso de la destrucción... y mis sueños de fuego son sólo eso, sueños. Mas no tardará el mundo en dormirse y entonces no podrá soñar más sueño que el mío ni oír más canción que la mía. ¿No es así, mi fiel Hedge?

Fuera lo que fuese el ser que había hablado, no esperó a que Hedge le respondiera. Prosiguió su soliloquio adoptando un tono diferente, más ronco, y ya no cantaba.

—Destruye esa carta. Envía más muertos a Chlorr y asegúrate de que eliminen al príncipe. No debe llegar hasta aquí. Intérnate en el Reino de la Muerte y vigila a esa espía, hija de las clarvis. Si vuelve a ser vista, mátala. ¡Cava más deprisa... porque yo... yo debo volver a estar entero!

Las últimas palabras fueron pronunciadas con tanta fuerza que Hedge salió lanzado contra la lona hecha jirones de la tienda y se encontró en medio de la oscuridad. Temiendo algo peor, se asomó entonces por la lona rasgada, pero quienquiera que fuese aquel ser que había hablado a través de Nick ya se había marchado. Sólo quedaba un muchacho enfermo e inconsciente que sangraba por la nariz.

—Te he oído, mi señor —musitó Hedge—. Y como de costumbre, te obedezco.